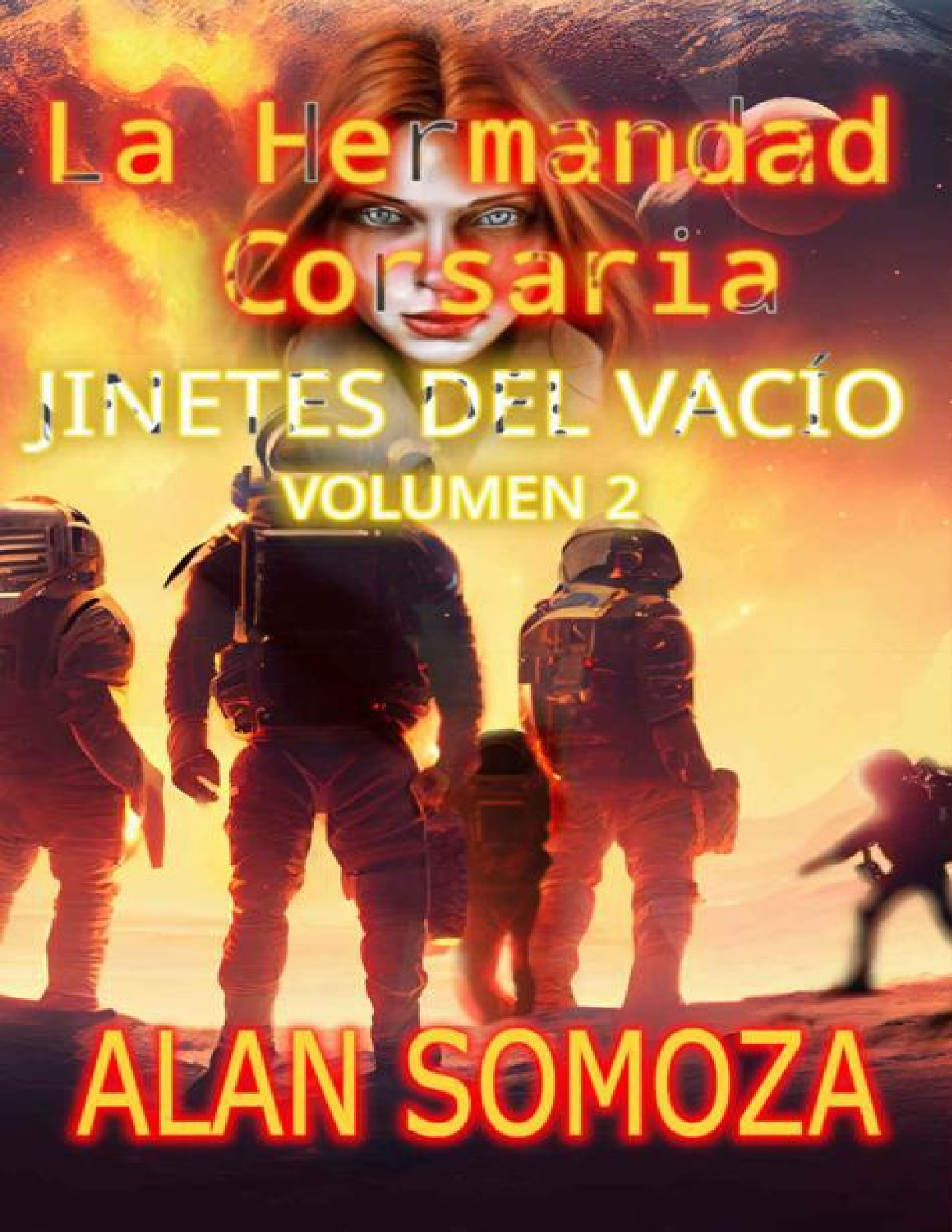

La Hermandad Corsaria
JINETES DEL VACÍO
VOLUMEN 2
ALAN SOMOZA

La Hermandad Corsaria

Volumen 2: Jinetes del Vacío

Alan Somoza



© 2024 Alan-Carlos Somoza Pérez.

1ª edición

Editorial Dragón

ISBN: 978-84-19125-75-0



Este libro electrónico está licenciado exclusivamente para su uso personal. Este libro electrónico no se puede copiar, revender o entregar a terceros. En caso de desear compartir este libro con un tercero, por favor compre una copia adicional para cada receptor. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor vaya a su proveedor de libros electrónicos favorito y compre su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor.

Índice

La hermandad Corsaria Volumen 2: Jinetes del Vacío

El motor de Vacío

La hermana traidora

La colonia silenciosa

Un fantasma entre nosotros

Planos del *Pétalo danzarín*

Créditos y agradecimientos

Sobre la cronología de los episodios

Sobre la colección La Hermandad Corsaria

Otros libros del autor

El universo de “Los Hijos de Orión”

Otros libros del universo “Los Hijos de Orión”

El motor de Vacío

A la caza de un objetivo singular

El lugar estaba atestado, lleno de gente hasta las trancas, y era una desesperación acercarse a su objetivo. A pesar de que la sala era gigantesca y que debía haber sitio de sobra, la afluencia de público la agobiaba. Se estiraba todo lo que podía, mirando por encima de las cabezas de la gente que deambulaba zumbando entre las mesas.

Tenía vigilados varios sospechosos, seguía sus movimientos con nervios febriles en busca de un indicio que le permitiera terminar con aquella tortura de una vez. Un gesto, una voz, una risa. Cualquier cosa. Era uno de los ratos más desagradables que recordaba, peor incluso que algunas de las misiones que habían logrado terminar por los pelos. Se estaba jugando mucho, tal vez demasiado.

Allí. Una pareja se levantaba, y quizás fueran los… no. Solo volvían a recolocar los abrigos que un desconsiderado había sacado del respaldo de sus asientos al pasar. ¿Y los otros de…? ¡Demasiado tarde, maldita sea! ¡Claro, tenía que suceder!

De repente, hubo una carcajada a su derecha y oyó unas palabras mágicas que identificaban su objetivo prácticamente al lado. Cinco amigos repartían la cuenta, dispuestos a pagar y a abandonar el local. Gracias a los cielos, por fin se quedaba una maldita mesa libre. Corrió a colocarse cerca, y sin aguardar ni un segundo les dijo que si podía ocupar el sitio en cuanto se fueran. Le contestaron que sí, no sin antes remarcarle la suerte que había tenido.

Carnomáxima era la mejor cadena de hamburgueserías de la Confederación. No en cuestión de calidad, claro estaba, sino en la relación de esta con el precio. Preparaban sus famosas carnes con varios tipos de *metaanimales*, y estas conservaban un grado suficiente de nutrientes como para no tener que considerarlas comida basura. Otras marcas empleaban toda clase de químicos malignos, azúcares sintéticos e incluso uranio empobrecido con los que alargaban las fechas de caducidad.

Además, los preparados de tipo medio de estos restaurantes no eran prohibitivos y permitían ampliar las raciones y las bebidas a un coste razonable. Sin embargo, lo más importante para Kiara y los suyos era que se trataba del local favorito de George.

Cuando estaban en tierra y en un planeta seguro, se permitían salir a comer fuera, y en cada ocasión le tocaba a un tripulante diferente elegir dónde. A Teresa le iba mucho la cocina japoshi, Pierce era de picante y Will de pastas. Ella iba cambiando. Alessa, por su parte, dijo que le daba igual, renunciando a su turno de forma permanente. El grandullón tenía un estómago a prueba de bomba, y le valía cualquier cosa. Engullía los restos ardientes de la indigesta comida de los demás cuando el mecánico elegía el sitio extra condimentado. Acababa con todos los platos disponibles de un bufé libre e incluso se ponía triste por llegar al final de una comida que dejaba al resto con dolor de estómago.

Siempre elegía una hamburguesería *Carnomáxima* cuando le tocaba a él, y si no había ninguna disponible, cedía su turno hasta que dieran con una. No acababa de entender la fijación

con esa marca, pero le gustaba todo lo que tuviesen que servir. En formato doble.

El pobrecillo tuvo que esperar casi un mes hasta que volvieron a un lugar lo bastante civilizado como para tener un local de esas características. Lo malo era que al tratarse de un punto de aterrizaje bastante concurrido y cerca de una zona universitaria, estaba a reventar.

Llevaban casi dos horas buscando sitio entre los seis. Dio gracias por el golpe de suerte. De haber seguido así un rato más, no hubieran tenido más remedio que ir a otro restaurante menos concurrido, y al pobre gigantón le habría dado una pataleta.

Los que se levantaban, tardaban demasiado.

—¿Entonces os vais?

—Claro, guapa, salvo que nos retengas.

—Solo la mesa, gracias.

—Fiesta en ingeniería naval, por si te animas.

—Lo tengo en cuenta. Muy amables.

Uno de los chicos, que a decir verdad era mono, se tomó la confianza de colocarle una mano en el hombro. Ella la miró de soslayo, a la espera de lo que fuera a decir a continuación. Tampoco era plan ponerse en modo psicópata que retorcía brazos por un toque más bien ligero. Se le acercó a la oreja para que la oyera con el jaleo.

—¡Pide la que lleva *electroqueso,* en serio! ¡Se te deshace en la boca!

Y eso fue todo. Se echó a reír, y el chico le guiñó un ojo mientras ponía el índice y el pulgar como si fueran una pistola. Se despidió de los universitarios, que recogieron lo que había sobre la mesa y lo llevaron a una papelera. Eso estaba bien, alguna gentuza dejaba los sitios convertidos en verdaderos estercoleros que les tocaba limpiar a los siguientes. Los camareros estaban tan desbordados con los pedidos en la barra que ni llevaban la comida, ni desde luego adecentaban nada. Los otros se giraron en cuanto vaciaron la basura y le dijeron adiós como si la conocieran de toda la vida.

La verdad era que habían sido majos.

Levantó la cabeza, y vio a Will. El piloto saltó de alegría al entender su gesto de mesa libre. Tras hacerlo, perpetró su ridículo baile de la victoria antes de ir a avisar a los otros, que estaban estratégicamente repartidos por la descomunal estancia. Sonrió, negando con la cabeza, dispuesta a aposentarse en la silla que tenía agarrada. Al volverse se encontró a alguien apoltronado en ella. Se quedó helada, entre el desconcierto y la rabia.

—Perdona, estaba esperando con el respaldo en la mano. Literalmente.

Los chavales, que desde luego no tenían edad universitaria, se miraron unos a otros con cara de burla. Parecía que hubieran bebido alcohol a pesar de que en aquella roca las reglas para los menores de veintiuno fueran muy estrictas debido al puritanismo de las facciones locales dominantes de la ORU.

—Piérdete, vieja. Haber estado más atenta.

—Le habría dado igual, somos seis y ella solo una. Espera que robo una silla a algún otro pringado y pedimos una doble a costa de esas billeteras que has sisado, Nat.

Chocaron las palmas entre ellos, jactándose de su hazaña. No solo eran unos maleducados,

sino que además debía tratarse de unos delincuentes juveniles venidos a más si hablaban libremente de andar robando carteras cuando los sacerdotes te condenaban al castigo eterno por cualquier tontería. A Kiara empezó a subírsele la sangre a las sienes. Ella sola, y desarmada, se bastaba para mandar a esos zánganos a casa con el culo rojo. *El Brujo* le había dado una azotaina solo una vez, de adolescente, y con esa le bastó. Echó de menos a su padre, porque les habría dejado la cara como un puzle a aquellos alfeñiques.

—Último aviso. Fuera de mi mesa.

Se giraron hacia ella, acodados contra los respaldos, en lo que uno traía la silla que les faltaba. Por los gritos que se escuchaban un poco más allá, se notaba que realmente se la habían quitado a alguien que la estaba usando.

—¿Estás sorda, vieja? ¿Quieres cobrar, o qué?

—Te diría que os puedo partir la cara sin ayuda, pero no va a hacer falta porque tengo un amigo que os va a convencer sin violencia de que no tenéis que andar robando mesas y billeteras.

—¿Ah sí? ¿Qué te apuestas a que no?

Kiara sonrió. De repente, una sombra ominosa eclipsó a los adolescentes, que se preguntaron qué narices pasaba mientras se daban la vuelta. Desde las alturas, una montaña de músculos los contemplaba con gesto muy contrariado. A pesar de que el ambiente era insoportablemente ruidoso, estaba al tanto de lo que acababan de decir. Esos mequetrefes les habían quitado la mesa que esperaba desde hacía una eternidad. En su restaurante favorito. Por el que llevaba salivando un mes. Levantaron la vista topándose con los ojos ardientes del gigante, y los párpados se les fueron abriendo hasta que parecieron ir a dejar escapar los globos oculares fuera de sus órbitas. Entendieron de golpe, y nunca mejor dicho, el tamaño del problema que acababan de buscarse.

—George tiene hambre. Niños bobos son más sabrosos que hamburguesa triple con extra de todo.

Emitieron un sonido similar a un quejido de bisagras oxidadas, girándose de nuevo a la capitana en busca de una explicación. Ella seguía sonriendo con suficiencia, de brazos cruzados.

—Yo si fuera vosotros no me lo tomaría a broma, no seríais los primeros que se zampa en un mal día. Dejad lo que habéis robado sobre la mesa para que podamos devolverlo, y largaos del local. De forma definitiva.

—¿Pa… para siempre?

—George cree que canijo con pecas es el más sabroso.

Los niñatos se levantaron con velocidad, sacando las carteras llenas de créditos, arrojándolas como si quemaran. Luego pusieron pies en polvorosa, abriéndose paso hasta desaparecer a través de las puertas batientes de la entrada. Una pareja les aplaudió desde la mesa de al lado.

—Buen trabajo.

—En serio, capitana. George tiene hambre.

—Solucionemos eso, amigo —Pierce se encendió un cigarrillo tras él, palmeándole lo más alto que pudo. Era una suerte, al menos para el mecánico, que se permitiera fumar en el local—. ¿Te vienes conmigo a dejar eso en la barra y a ponernos en la cola de pedir?

—¡Sí!

La cara seria y furibunda dio paso a una de felicidad en el rostro infantil, y las manazas abarcaron el botín de los adolescentes como si fueran servilletas arrugadas. Will llegó, acompañado de Teresa y Alessa, un instante después. El piloto señaló a la entrada con el pulgar.

—¿Quiénes eran los de la carrerita?

—Unos idiotas que querían interponerse entre George y la comida.

—Buf, pobres diablos. ¿Han ido papá y el grandullón a pedir ya?

—Sí, lo de siempre para todos, imagino.

—Ahora escribo a Pierce por el chat de grupo —Teresa miró el cartel holográfico más cercano—. Quiero cambiar, igual pruebo la de pescado a ver que tal…

—Chiste fácil a estribor, sesenta y nueve grados.

—Eres un gilipollas, Will.

—Respuesta genérica a ofensa cuatro. Marco punto, ¡empatados!

—Disculpen. ¿Puedo unirme a ustedes?

Se volvieron a la derecha. Un tipo flaco, con un sombrero de ala ancha de color blanco, se sentó en su mesa. Era un hombre mayor, arrugado y mustio. Poca cosa físicamente, era cierto. Sin embargo, su traje impoluto con una flor roja, su camisa negra y su bastón de madera de lujo terminado en un cabezal de oro imponían bastante. Era, tenían que admitirlo, muy elegante. Lo que empañaba aquella aura de nobleza eran los dos trajeados, hombre y mujer, que venían tras él. Parecían sacados de la plantilla genérica de fabricar guardaespaldas.

—Lo sentimos, no podemos compartir mesa —Will era el único capaz de sonreír en aquel momento—. Tenemos un compañero muy grandote, y usted y sus amigos no caben. Incluso si traen sillas. No se lo tome a mal.

—Oh, no pasa nada en absoluto. No vamos a comer con ustedes y mis acompañantes pueden quedarse en pie, son jóvenes. Ahora mismo buscamos una silla más para reemplazar la que les ocupo. ¿Tienen algún trabajo en curso, por casualidad?

—Ehhh… no.

—Perfecto, perfecto. Son ustedes la capitana Kiara Dreston, la primera oficial Teresa Daretti y su piloto, William Trevor. ¿No es así? A su otra compañera no tengo el gusto de conocerla, me temo.

Kiara arqueó las cejas, sin saber qué responder. La habían contratado ya de un par de formas bastante excéntricas, pero acercarse a ella en una hamburguesería llena hasta los topes se llevaba la palma con larga diferencia. Superaba incluso a… a…

Sintió una punzada de tristeza.

—No se apuren, solo quiero que escuchen mi oferta. ¿Sí? —El anciano se remojó los labios —. Pagaré su cena, a cambio de su atención durante unos minutos.

—Igual se arrepiente de esa oferta —Teresa dibujó un semicírculo con los ojos.

—No se preocupe, puedo imaginarme que su gran amigo come mucho. Navim, por favor, toma nota de su pedido y sustituye a los otros en la cola. Si no te importa, claro. Si luego necesitas ayuda con las cosas, llama a Jannet en cuanto ella dé con la silla.

El guardaespaldas genérico número uno asintió sin pronunciar palabra y partió raudo en pos de sus tripulantes, mientras su compañera hacía lo propio con el asiento. Suspiró. Se imaginó que George iba a pedir el doble de lo que solía devorar habitualmente. En su particular entendimiento de las cosas, que te invitaran significaba que se podía comer sin control. Teresa tenía razón, aquel vejete iba a arrepentirse más pronto que tarde. Era una suerte que las cosas se pagaran en el *autocobrador* de la barra, y no al terminar. Los empresarios alimentarios desconfiados con los empleados tenían sus ventajas.

—Tengo una proposición muy peculiar para ustedes.

La capitana trató de no inmutarse, tal como había estado practicando ante el espejo. No tuvo éxito. Desgraciadamente, el tipo percibió el gesto de inquietud y sonrió. A veces, los corsarios tenían que parecer lo más neutros posible frente a cosas que no les gustaban. Ella, después de lo de *Triunvirato*, no quería ver a los cíborgs ni en pintura. Tampoco tenía muchas ganas de trabajar para la ORU, porque casi todos sus contratos solían venir de una secta que quería atacar a otra dentro de los límites establecidos por la propia Organización de Religiones Unidas. En ocasiones se salían de estos y pedían alguna cosa ilegal. Teniendo en cuenta que se encontraban en un mundo declarado santuario y controlado de facto por cuatro de aquellas subfacciones, lo más probable era que no se equivocara. El viejo no parecía un religioso, si tenía que ser franca, aunque una tía semidesnuda se había presentado ante ella diciéndole que era sacerdotisa de no-recordaba-cuál diosa pansexual. Unos minutos más y hubiera liado a Teresa. Literalmente.

—Bueno, ahora estamos en un descanso. Sin embargo, aceptamos escuchar la oferta. Siempre y cuando no le moleste que comamos mientras tanto.

—Excelente, excelente.

El hombre juntó las yemas de los dedos y sonrió de forma escalofriante. En su cerebro tintineó una campanilla, como si le sonara familiar. No sabía dónde lo había visto o a qué le recordaba. Sí que estaba segura de que no era por algo bueno.

—¿Es usted de la ORU?

—Oh, no. No, no, no, no. Entiéndame, sé que han hecho algunos trabajos para ellos y me figuro que pueden estar aburridos de las rencillas internas de la empresa. A veces es un poco cargante.

—A veces.

Kiara fulminó a Will con la mirada. No sabían ni siquiera el nombre de aquel tipo, podía ser un directivo disfrazado y que estuviera metiendo la pata hasta el fondo. Al menos bajó los ojos, aceptando la reprimenda.

—Diablos, ¿dónde están mis modales?

El anciano se palmeó la frente. Era un pésimo actor, porque cada gesto con el que trataba de expresar algo diferente parecía preparado y ensayado. O eso, o era que el tío ya no regía correctamente. Que, dado que Dreston le echaba entre ochenta y noventa años, era una posibilidad nada desdeñable.

—Soy Navonod. Walter Navonod.

Will entreabrió la boca, saliendo de su expresión de cordero degollado.

—Yo le conozco. Usted es el dueño del programa *Misterios para la Eternidad* que emite la

tres de *Globalmedia*.

—¡Ese mismo! ¡Millonario y filántropo, siempre interesado en lo oculto!

O sea, otro colgado. Se había corrido la voz de sus aventuras con los hombres-máquina y con el *Sendero del Cielo*, y poco a poco les cayeron trabajos de lo más esotérico. Desde vigilar un palacio embrujado el día de un eclipse doble de sol y luna, en el que no pasó absolutamente nada, hasta perseguir supuestos artefactos de tecnología xenos robados por unos contrabandistas. Ninguno de aquellos encargos supuso un problema o un peligro. Los ladrones, de hecho, les vendieron los trastos por quinientos créditos pensando que carecían de valor.

Lo malo era que a medida que les encargaban cosas raras, iban apareciendo más y más volados buscando sus servicios. Y no, lo del juego mortífero de *Simula3000* no les ayudaba a dar otra imagen. La gente tenía la fea costumbre de juzgar los currículos de los capitanes menos veteranos por lo que habían hecho en un solo trabajo. Y ella no llevaba uno, sino varios que decían que le iba el rollo raro, incluso paranormal.

A los seguidores de ese nicho les fascinaba, y a muchas empresas más serias las espantaba como un recaudador de impuestos que no se deja sobornar. Tenía que intentar salir del encasillamiento de una vez, o acabaría absorbiéndola para el resto de su carrera.

—Si le digo la verdad, estamos tratando de buscar nuevas metas.

—Se refiere a apartarse de la imagen de rarita, ¿no es así? —rio el viejo—. No se preocupe, lo que yo quiero es una cosa bastante normal, dentro de un orden. Es decir, hay un componente en la línea que usted ha llevado, claro está. Lo que pasa es que no es relevante.

George, el escolta genérico número uno y Pierce regresaron, repartiendo las hamburguesas. El gigante había pedido tres de las más grandes, y las miraba suplicante. Ella remitió el permiso a su interlocutor, que estiró una mano en su dirección.

—Empiecen por favor. Todos ustedes.

Tenían un hambre atroz y la oferta iba cuesta abajo, así que se lanzaron al ataque, ya fuera de forma discreta o salvaje. La mitad de la primera hamburguesa desapareció en las fauces del grandullón antes de que el viejo pudiera terminar de contemplar al supersoldado. Parecía impresionado, lo que habría sido un excelente punto de partida de haberse tratado de un cliente serio. Esperó a que ella misma le diera dos bocados a su comida, de una forma inusualmente comprensiva.

—Le agradecemos la invitación, aunque…

—Pago bien, doy máxima puntuación y le escribo la reseña que usted me diga. Nadie tiene por qué saber el motivo por el que les he contratado de verdad. —Navonod se echó hacia adelante, perfilando su mirada con el ala de su sombrero—. No se engañe, no soy un chiflado. Soy la clase de persona que les saca el dinero a los crédulos que persiguen fantasmas, dioses o alienígenas.

Kiara arqueó la columna. Conocía a ese tipo de empresario, y no le gustaba. En efecto, en el mundo de lo paranormal abundaban los creyentes y también los aprovechados, lo mismo que en la ORU. Una podía encontrar clérigos convencidos de que había un monstruo hecho de pasta que volaba por el espacio, y sacacuartos que explotaban la fe de los primeros a base de cepillo. Era lo mismo que se encontró en *Simula3000* con el Doctor Infierno y Arv. Era el patrón que más se repetía por toda la Confederación. La gente de fe, y los que exprimían a los anteriores.

Lo único positivo del viejo que tenía delante era que fuera así de sincero y directo. No trataba de pasar por una *metaoveja*, quizás, porque no sentía la necesidad de hacerlo, o tal vez creía que era demasiado anciano como para andarse con rodeos innecesarios. Era un *metalobo* de los que enseñan los colmillos.

—Está bien. ¿Qué quiere de nosotros?

—Así me gusta. Necesito que vayan a un planeta muy concreto y que recopilen toda la información posible sobre la excavación que se está llevando a cabo en ese lugar.

—¿Quiere que hagamos arqueología?

—Xenoarqueología, para más señas.

Ay. Sintió la mirada de Alessa clavada directamente en su sien. Sabía, porque ella misma se lo dijo, que David robó una copia de la base de datos del *Sendero del Cielo* que la propia ingeniera analizó. Según Fourier la xenoarqueología no solamente era algo real, sino que movía mucho dinero. Muchísimo. En otra ocasión, lo que a priori era un trabajo de supervisión rutinario para una coleccionista excéntrica había terminado a tiros.

Recordaba que Alessa la miró igual, y que luego le advirtió que era peligroso. Ignorarla entonces fue un error, ya se había dado cuenta de que era excelente detectando los problemas. Tenía un sentido de supervivencia hiperdesarrollado.

—¿Puede detallarnos los objetivos?

El viejo sacó la lengua, se humedeció las manos arrugadas y se atusó las cejas. Vio a Will torcer el gesto por el rabillo del ojo. Tenía que darles la razón a ambos, aun sin poder expresarlo. El cliente la miraba.

—Veamos… hay una mina a cielo abierto, cerca de una ciudad pequeña de unos pocos miles de personas. Han desenterrado por accidente algo que es de mi interés, y quiero que recopilen toda la información de la excavación. Una vez me la traigan en mano, les pagaré.

—Eso es una cosa que se solicita mucho. Sin embargo, tengo que pedirle que sea consciente de que tendremos que firmar un contrato que diga que trabajamos para usted por si hubiera dificultades legales.

—Sin problema. A nombre de mi programa, si les parece bien.

—Servirá. Dicho esto, ¿qué clase de información espera? ¿Localización? ¿Datos arqueológicos?

La escolta genérica número dos le tendió una *holotableta*. Dejó a un lado la hamburguesa y se limpió los dedos con las servilletas, con la boca todavía llena tras otro mordisco. La petición no decepcionaba. Como se había imaginado, se trataba de espionaje clásico. No sólo de la instalación minera, sino las medidas de seguridad, cantidad de vigilantes, obreros, datos de maquinaria, turnos e incluso informes de campo.

El trabajo estaba claramente dividido en hitos, y se detallaba la cantidad que se pagaría por cada uno de los apartados. A mayor dificultad, más dinero. El único prerrequisito era que no los descubrieran, porque de hacerlo, los datos serían inútiles y no se les pagaría.

El ritmo de masticado de la capitana se volvió más lento. Aquel tipo pretendía asaltar esas instalaciones, y lo que buscaba era un informe de inteligencia para llevar a cabo la operación de la forma más limpia posible. Se imaginó que habría otra empresa implicada y que, por tanto, se

trataría de una acción delictiva. Sin embargo, el espionaje en aquellos términos estaba permitido por su patente de corso. No podía robar secretos corporativos, pero eso no era lo que le pedían. Le bastaría con descartar y borrar cualquier información de ese tipo que cayera en sus manos por accidente.

El tema estaba bien pagado, la verdad. Solo con el reconocimiento básico y con obtener la mitad de la lista de personal, ya tendrían con qué cubrir los gastos durante un par de meses. Si la cosa iba bien, les alcanzaría hasta los seis.

Por la ubicación, tardarían una semana y media en llegar, más el tiempo que emplearan allí. Suponiendo un mes entero les salía a cuenta, habían aceptado condiciones mucho peores que aquellas en momentos de desesperación, y algunas sólo les permitieron vivir al día sin ahorrar nada.

Era poco peligroso, salvo claro, que los descubrieran. De acuerdo al plan de inserción preliminar, la roca seguía buscando mineros. Hiló rápidamente la mejor aproximación. Al bueno de George le tocaría disimular haciéndose pasar por trabajador, con un compañero. Mientras, los otros investigarían o espiarían. Lo demás era tirando a normalito. Demasiado para ese precio. Pasó los datos a Pierce, pues Teresa los había visto girando la cabeza mientras masticaba, y tanto Alessa como Will lo asaltaron por la izquierda y la derecha, intentando ver también.

—Parece razonable, lo reconozco. No se especifica la naturaleza de lo que han encontrado.

—Eso es porque la desconozco.

Kiara frunció el ceño. Mentira. Nadie, absolutamente nadie, pagaba esa suma por un informe detallado de inteligencia si no tenía claro qué iba a robar.

—¿Cómo sabe que le interesa entonces?

—Espías, capitana. Se les paga, y ellos son crípticos y discretos. Yo busco misterios y los expongo al gran público.

—Lo capto.

Desde luego que lo captaba. Aquel lugar debía estar acordonado por la universidad que había metido pasta al proyecto de arqueología, la *Olimpiana*. Y esta tenía una participación alta de la ORU, que eran sus mejores clientes en los últimos tiempos. Que ayudase a exponer sus secretos no les haría gracia, pero claro, estaba harta de ellos. No le importaba mucho alejarse para que no los enfangaran más. Las cosas raras no le gustaban, aunque prefería ese puntito de incertidumbre y no acabar siendo una mera externa en lugar de una corsaria. Los capitanes inteligentes no se pegaban demasiado a ninguna empresa. Si Navonod le escribía una reseña de espionaje muy positiva, les haría un enorme favor.

—No es lo que se imagina —sonrió el viejo—. No estoy tan loco como para venir a un mundo santuario a ofrecerle un trabajo contra sus propietarios. Ni siquiera yo tengo tanto poder.

Arqueó las cejas, sorprendida. Parecía que le hubiera leído el pensamiento. En efecto, aquel tipo era más inteligente de lo que se había imaginado. Claro que, visto en retrospectiva, tenía un programa engañabobos en *Globalmedia*. Haría bien no subestimándolo.

—Dado que tampoco se especifica quién es el dueño actual de Ñagiss I, entiendo…

—Es una empresa minera. *Vanadiocelsis*, que extrae…

—¿Vanadio?

Kiara trató de no gruñir de forma exasperada al oír la respuesta de Will, que tenía la boca todavía llena. Sabía que no obraba de mala fe, pero a veces le podía la broma y eso no quedaba bien delante de un cliente. Empezaba a pensar que, a pesar de la primera mala impresión, el señor Navonod podía tener algo interesante que ofrecer.

Por suerte, al viejo le hizo gracia.

—¡Exacto! ¡Han dado con el hallazgo por casualidad mientras buscaban algo completamente distinto!

—¿Y qué es? ¿De verdad no lo sabe?

Aquel anciano, que de no haber sido por su conversación previa podía parecer inocente, sonrió de una forma escalofriante.

—Sé sólo lo que necesito saber. Que será una magnífica pieza para mi colección y una gran novedad para el programa, claro.

No. Kiara estaba segura que Walter Navonod no iba a mostrar en antena, ni siquiera mencionar, aquello que quería que vigilaran. Fueran cuales fuesen sus intenciones, no tenían nada que ver con el gran público. Lo sentía en los huesos.



Algo huele a podrido en Ñagiss

El espaciopuerto de la colonia era un lugar apestoso. Lleno de barro, con un firme agrietado, sucio, y dotado de un personal al que le daba igual volar tu nave con una toma de combustible mal ajustada.

Pierce tuvo que desgañitarse dos veces con los mozos de pista para que no averiasen el *Pétalo Danzarín* con su ineptitud y sus pocas ganas de trabajar.

El alquiler de la plaza solo incluía la posibilidad de recargar combustible a un precio prohibitivo y algo de vigilancia desde una torre con un foco. Tras comprobar que los encargados de suministrar el *Helio-3* podían hacerlos estallar en un descuido y que quien estaba de guardia era un maniquí, decidieron que lo mejor era pasar de la recarga y que los Trevor se quedaran en la nave. Mientras, los demás irían a la pequeña ciudad, que comenzaba a unos seiscientos metros de donde se encontraban estacionados.

La carretera, por llamarla de algún modo, era la versión cutre de las calles de mierda de la ciudad de Fortuny donde Kiara y Teresa se habían conocido. La hierba se colaba por cada desperfecto, y si el mantenimiento continuaba así, el firme sería impracticable en pocos años.

La colonia minera era exactamente lo que esperaban que fuera. Estaba compuesta de edificios prefabricados de hormigón clásico, más barato, que se montaban por bloques enormes salidos de impresoras tridimensionales gigantes. Lo que pasaba era que, a diferencia de otras ciudades de su clase, aquella era un hormiguero compacto situado en una planicie de una meseta especialmente estrecha. Las casas eran diminutas, de un par de habitaciones como máximo, con baños y cocinas comunales por cada diez o doce. Divisaron también una avenida lateral para camiones que bordeaba el precipicio.

Las vetas de mineral de paladio se encontraron en la alta montaña, y el asentamiento se creó en el lugar habitable más cercano para ahorrar en tiempo e infraestructura. Existían gran cantidad de pueblos en ese mundo, desde luego, y mucho más grandes. Las ciudades dignas de tal nombre se encontraban en la costa, a varios miles de kilómetros, cerca del modesto océano que los terraformadores habían conseguido. La gravedad era algo más pesada que la estándar, quizás cero coma cero uno o cero coma cero dos ges. El clima era frío, lo habría sido al nivel del mar, y lo era mucho más a aquella altitud. Kiara se arrebujó en su guardapolvo, observando los alrededores.

Mina Tres era una colmena miserable, no sólo pobre. Las estrechas callejas estaban llenas de detritus, olía a orines y heces en los rincones más oscuros. La niebla se metía entre las azoteas, tres plantas más arriba, creando una sensación inquietante y fantasmagórica. A dos manzanas el paisaje urbano se veía difuminado, y a cuatro estaba ya tan encapotado que no podían distinguirse ni las formas de las chabolas. A pesar de que en aquel antro vivían cinco o seis mil personas, el pueblo disponía de una sola calle principal en pendiente ascendente que lo cruzaba de sur a norte, y que pasaba por delante de la plaza del ayuntamiento. Estaba habilitada para camiones pesados, lo mismo que la pista lateral, pero era mucho más sinuosa que esta. Se dirigieron hacia el consistorio, puesto que el edificio de la *Universidad Olimpiana* y el de *Vanadiocelsis* se encontraban al lado.

La *Olimpiana* era una institución privada, como todos los centros de estudios de grado superior. En pocas poblaciones de escasos mundos quedaban ya colegios primarios públicos de

gente pobre, a la mayoría de los obreros eran sus propios padres quienes les enseñaban a leer, escribir y contar. Y eso era porque necesitarían las tres cosas para que no los engañaran en el trabajo.

La cuestión era que la universidad, empresa de facto, había abierto una sucursal debido al hallazgo de una becada. Dreston torció el gesto cuando pensó en los amargos detalles del informe de su nuevo patrón. Las *becas* eran la forma de conseguir trabajadores excelentes a coste cero. La universidad les pagaba los estudios a los alumnos pobres e inteligentes, y luego los esclavizaba por techo y comida durante años para recuperar la inversión. Así que su objetivo, una investigadora brillante, sería posiblemente una amargada infeliz con muchos sueños rotos e incumplidos. Navonod les había autorizado a sobornarla si con ello conseguían la información que buscaban. Por suerte el viejo correría con los gastos que ocasionara.

Cada paso por la ciudad la ponía más y más enferma. Descubrieron un número alarmante de trabajadores mutilados sentados en la calle, vestidos con vendas harapientas y pidiendo comida de forma silenciosa con su mera presencia. Se imaginó que a aquellos desgraciados los habrían despedido nada más quedar lisiados en la mina gracias a las inexistentes condiciones de seguridad, y que sus propias familias los habrían arrojado a la mendicidad al resultarles inútiles en un ambiente dominado por la escasez. Era algo habitual en no pocos lugares.

Hizo ademán de sacar unos créditos, y la veloz mano de Alessa se lo impidió. Su compañera negó con la cabeza y giró los ojos hacia atrás, obligándola a mirar. A pesar de que era obvio que iban bien armados, un grupo de unas diez o doce personas parecía estar siguiéndolos disimuladamente a través de las callejuelas paralelas a la pista principal. Fourier se llevó la mano a la espalda y tras desenganchar la lanza tesla del soporte de su mochila, la desplegó con un chasquido. Empezó a usarla como bastón, para apoyarse en la subida, aunque era obvio que estaba mandando un mensaje. *Sé que estáis ahí, y si os acercáis, os mataré.*

Dreston le asintió, disgustada. Abandonó toda idea de ayudar a los lisiados. Si le daba dinero o comida a alguien, aquella manada de lobos le propinaría una paliza a quien fuera para robárselo.

El murmullo, igual que la calidad de las casas, fue creciendo a medida que se acercaban al ayuntamiento. Quizás era una reunión vecinal, o minera. O un mercadillo, alejado de las calles siniestras que había más abajo. Tras una curva que los acercaba más de lo que era cómodo a un acantilado descendente que se perdía en el mar de nubes, llegaron a una zona más despejada de chabolas. A mano izquierda se alzaba el edificio de la compañía minera que la universidad compartía, enfrente del cual estaban el pequeño hospital y el mercado, y en el extremo opuesto a la desembocadura del camino se alzaba el consistorio que gestionaba de forma oficial aquella colmena.

—Mierda.

En la explanada había una multitud a punto de llegar a las manos, dividida en dos grupos enfrentados que se encontraban ante el ala universitaria de la sede de la compañía. El primero, más numeroso, vestía roñosas ropas de color blanco lejía. El otro, más minoritario y completamente rodeado, estaba ataviado con prendas de un cochambroso negro desteñido. Ambos grupos iban armados con palos y herramientas de minero deslustradas, y a pesar de que aún mantenían las distancias, los más exaltados estaban empujándose ya los unos a los otros. El griterío subía de tono a cada instante que pasaba.

La policía corporativa no tenía intención de intervenir, estaban atentos para defender la sede

propiamente dicha o el ayuntamiento si se daba el caso. Habían formado un cordón con escudos antidisturbios, y mantenían la posición con las armas en ristre.

—Ya empezamos —Teresa puso los ojos en blanco—. Piquetes.

—¿Picotas? ¿De comer?

—No, George —sonrió Dreston. El grandullón solo pensaba en una cosa, y con ello, le alegraba el día—. Gente que no deja a otros trabajar por no reclamar los mismos derechos que ellos.

—Aaaaaah —El gigante puso cara de súbita revelación—. ¿Y piquetes son de ORU?

—No, ¿por?

—Porque ha oído la razón de la gresca. No es algo sindical, sino religioso.

Se volvieron a Alessa, que recolocaba la pequeña antena parabólica en el soporte de su gorro. La ingeniera llevaba puesto un alambicado cubrecabezas de cuero con refuerzos metálicos, del que salían multitud de cables. Iba equipado con lentes de aumento superponibles, conexiones de todo tipo e interfaces de lo más esotérico. A pesar de que le daba un aspecto rocambolesco, les había ayudado en más de una ocasión. Podía ampliar imágenes y sonido con facilidad, e incluso grabarlas.

Varios de los sensores se recolocaron, y su cámara principal se estiró cerca de la coronilla. Su sistema visual de largo alcance acababa de activarse. Era como la versión disparatada y de lujo de los catalejos electrónicos que usaban Dreston y Teresa.

—Oh, oh.

—¿Qué pasa?

—Confirmadme que la mujer morena del pañuelo es el objetivo, Úrsula Jacobinssen.

Las dos corsarias sacaron sus dispositivos y guiñaron el ojo para utilizarlos. Les llevó unos segundos localizar a quien les decía Fourier. En efecto, era la arqueóloga a la que habían ido a buscar.

—Mierda. De nuevo.

—Sí que es ella —Masculló Dreston—. Hay que extraerla, esta algarabía tiene pinta de ir a terminar mal.

—Llamando a Will.

—Gracias, Alessa. ¿Has oído qué narices pasa?

—Parece que el grupo más grande pretende matarla. Los otros están sacando la cara por ella. Will dice que necesita unos minutos, que va a alquilar un aerodeslizador. Omito su opinión sobre la calidad cuestionable del mismo.

—Visto —La capitana guardó el catalejo—. Solo hay una forma de llegar hasta ella.

—¿Cuatreros?

—Cuatreros, Teresa.

Apretaron el paso, recortando metros. Los gritos de la multitud eran cada vez más claros, las acusaciones de herejía y brujería resultaban ensordecedoras a medida que se aproximaban. Ni George ni Alessa se habían equivocado, aquello era una pelea religiosa.

Sacaron las armas ligeras y sin decir nada, dispararon al aire varias veces. Hubo un breve griterío de pánico y desconcierto, la muchedumbre empujó a quienes les rodeaban para intentar apartarse. Empezaron a apuntar a la multitud harapienta y famélica, a obligarlos a retroceder a punta de pistola. A los que aún les quedaban ganas de hacerse los héroes, George los espantaba con un gruñido mientras los amedrentaba con su almádena.

Aquella gente no era más que una turba de individuos asustados. No opusieron resistencia a dejarles pasar, formaban una burbuja de plaza vacía a su alrededor tratando de evitar que les hicieran daño.

Al final, un tipo viejo se les plantó delante, apuntándoles con las manos vacías. Iba algo mejor vestido, con una toga amarillenta, e incluso disponía de un par de sandalias gastadas. Llevaba una larga barba blanca, cuidada dentro de lo posible para un lugar como aquel, y era completamente calvo. Tenía aspecto de ser un clérigo, aunque uno muy pobre. No tenía nada que ver con los otros pomposos sacerdotes que conocían.

—Quítese del medio. —Le ordenó Kiara.

—Debo darles el alto. No saben lo que están haciendo.

—Venimos a por la doctora Jacobinssen, y nada va a impedir que nos la llevemos.

—Es una hereje peligrosa. Por su culpa, los demonios de nuestro mundo han despertado y ahora matan o poseen los cuerpos de mi rebaño.

—¡¡No escuche a este blandengue patético!!

Una vieja de pelo desordenado y sucio se acercó, escupiendo al suelo, delante del sacerdote. Sus ropas eran capas de tela negra descolorida puestas unas sobre otras, su piel arrugada estaba surcada por viejos tatuajes, y le faltaba un ojo.

—Mater Sinistra, esta buena gente tiene todo el derecho a que trate de proteger sus almas.

—Por supuesto, padre Clariano. Si tu dios existiera, seguro que las salvaría. O haría algo, en general.

Dreston suspiró, bajando el arma. Bueno, al menos iba a enterarse de qué iba el jaleo. No creía que fuera a conseguir que esos dos se apartaran sin sermonearla.

—A ver. ¿Me pueden entregar a la arqueóloga, por favor?

—¿Qué quiere hacer con ella, hermana? —preguntó el calvo—. ¿Va a aplicarle la gracia divina?

—Pienso llevármela. A salvo.

—Ah, entonces es de los míos. Jódete, meapilas.

—Ruego disculpe a esta pobre perdida. Es una admiradora del demonio.

—De Methiel, cuarto hijo del infierno para ti, celestialista de mierda.

—A ver si me entero —Teresa apareció tras su jefa, mientras George alejaba a los seguidores de Clariano y Alessa les amenazaba con su lanza tesla, cuya punta chisporroteaba—. ¿Un creyente de los ángeles quiere matar a Jacobinssen y una de los demonios protegerla?

—Sí —contestaron ambos a la vez.

Las dos corsarias pusieron cara de circunstancias. Por una vez, unos religiosos habían

conseguido sorprenderlas con su fe.

—Saben que es un poco… contradictorio, ¿verdad?

—Para nada. Como les he dicho, la arqueóloga despertó a los diablos asesinos poseedores de cuerpos.

—¡Exacto! —La cara de la Mater Sinistra era la de alguien profundamente perturbado, en contraposición al Padre Clariano, que parecía en paz—. ¡Tenemos que conseguir que suelte más!

—No escuche, extranjera. Está desapareciendo gente. Buenas personas. Y creemos que están muertas.

—¡¡Pues de eso se trata, blandurrio podrido!! ¡¡Hay que sacrificar a todos los inocentes posibles para satisfacer a nuestros tenebrosos amos!! ¡Solo así seremos dignos de ser sus esclavos, en vez de su comida!

—Vale, he tenido suficiente. ¡George, levántame a esta parejita!

El gigante se asomó tras ella, como una montaña, haciendo que a los dos sacerdotes se les abriera la boca llena de caries. Se miraron cuando las manazas se cernieron sobre ellos, y no pudieron escapar antes de que el supersoldado los capturara y se los colocara bajo las axilas, inmovilizándolos.

Dreston disparó al aire de nuevo y levantó la voz al ver que unos u otros sectarios podían hacer algo estúpido de un momento a otro.

—¡¡Traedme a Jacobinssen ahora mismo o mi compañero chafará a estos dos!!

A regañadientes, los seguidores de Sinistra abrieron un pasillo de caras tatuadas y túnicas negruzcas para dejar pasar a la arqueóloga, a quien estaban reteniendo contra su voluntad. La mujer cogió la mano libre de Kiara sin siquiera preguntarse quién demonios era, y se colocó entre los cuatro corsarios. Dreston habría desconfiado de unos desconocidos que llegaran pegando tiros y preguntando por ella, pero claro, las alternativas eran los simpáticos satanistas o los peligrosos celestialistas.

El ruido del motor de un aerodeslizador les indicó que Will había llegado con su billete de huida. Retrocedieron entre los seguidores de Clariano, que rezaba mientras Sinistra maldecía, amenazándoles con el fuego eterno a cada paso que daban. Abandonaron la turba y esta empezó a seguirlos dividida ahora en dos alas asimétricas, una por cada credo. George bajó a los sacerdotes nada más llegar al pie del vehículo. Los demás lo abordaron en tanto que él los dejaba en el suelo.

—Comete un error, extranjera. Esa falsa arqueóloga seguidora del maligno destruirá la humanidad.

—¡Sálvela, sálvela y desencadene el juicio final!

Kiara apretó los dientes. Estaba harta, hartísima del rollo de las religiones. Le había tocado trabajar demasiado para fanáticos de todo pelaje en los últimos tiempos, y eran un soberano latazo. Le preocupó durante unos instantes echar de menos el descarnado mundo de los empresarios laicos, que solo adoraban al dios dinero. Gruñó.

—Primer y último aviso, sotanillas. Si cualquiera de ustedes o de sus compinches se acerca a menos de seiscientos metros de esta mujer o de nosotros, mi tripulante les saltará encima.

—George pesa mucho.

—Exacto. Hasta nunca.

Con un rugido de turbina, el aerodeslizador levantó una ola de barro y se alejó de la plaza, dejando tras de sí dos multitudes enfadadas. Los puñeteros policías corporativos ni siquiera se habían movido de su sitio. Seguramente se estarían felicitando por no tener que lidiar con la estulticia de aquellos catetos.



Ladrón y sin escrúpulos, atributos de la familia

La xenoarqueóloga vivía en las afueras, a varios kilómetros al sur de las pistas de aterrizaje del espaciopuerto, separada de un pequeño grupo de casas aisladas que usaban los empleados de otras multiplanetarias que nada tenían que ver con la minería. Su hogar era el más meridional, el que estaba prácticamente pegado al acantilado en el que terminaba la meseta en la que se encontraba la población sin futuro conocida como *Mina Tres*.

El aerodeslizador se detuvo ante la valla de entrada, y Úrsula Jacobinssen se echó a llorar al contemplar lo que la turba le había hecho mientras la universidad todavía tenía ganas de sacar la cara por ella.

Tanto la puerta exterior del pequeño jardín como la interior yacían derribadas, los desarrapados las habían arrancado antes de arrasar con todo a su paso. Sus dos pequeños arbolitos eran ya dos tocones, señal de que ahora serían montones de leña. Las plantas estaban destrozadas y quemadas, lo mismo que los bancos. Las baldosas de piedra del camino se transformaron en proyectiles arrojados contra las ventanas de la casita de dos plantas. El golpe moral era terrible porque, según les contó, el cuidado de su hogar era su única afición fuera de las interminables jornadas de trabajo.

Lo malo era que el exterior, al que tanto mimo le dedicara, era lo que menos ira fanática había atraído. Cuando entraron la cosa empeoró, y mucho. Aquellos lunáticos se esmeraron en no dejar piedra sobre piedra. Las paredes estaban llenas de pintadas hechas con barro que la llamaban hereje, ramera del diablo y cosas peores; los muebles estaban destrozados y todo lo que tuviera algún valor había sido saqueado. Arrancaron las barandillas de la escalera, picaron el suelo hasta abrir agujeros por los que se colaría la humedad, y dañaron los delicados techos de madera y las vigas para que el clima pudriera la estructura y la finca acabara derrumbándose. Si le hubieran prendido fuego a todo habría sido más misericordioso, pues así, la casa sufriría una lenta agonía de varias estaciones antes de acabar de venirse abajo.

Kiara acompañó a la pobre mujer a la cocina, donde pudieron rescatar un par de taburetes que los asaltantes habían usado para reventar los cristales, y sentarse. A su alrededor, el apocalipsis doméstico encarnado las contemplaba. De los electrodomésticos no quedaba ni rastro, y los utensilios que no habían sido robados, yacían destrozados por el suelo. La pobre Úrsula no podía dejar de llorar al ver así su hogar. Dreston le puso una mano en el hombro. Se imaginó lo que iban a encontrarse cuando le dijo que llevaba casi tres días retenida en el ala universitaria por los seguidores de Sinistra, más otros dos bajo la custodia de la universidad, y que temía que los celestialistas le hubieran hecho algo a su casa.

—Vamos, tranquila. Mi tripulación está buscando cosas que puedan salvar.

—Lo he perdido todo. No solo invertí cada minuto libre en hacer de este lugar mi pequeño paraíso. También empleé en él mis escasos ahorros. Estoy en la ruina.

—Vamos, vamos. Ánimo. Sé lo que es, se sale del pozo.

—¿Lo sabe? —La otra miró al techo con una sonrisa sarcástica y los ojos enrojecidos—. Usted no tiene ni idea de lo que significa esto.

—Explíquemelo, y lo vemos. Puede que se sorprenda.

—Soy universitaria, de familia modesta. Mis estudios son becados, y llevo diez años para

pagar dos tercios de mi matrícula. Me quedarían otros tantos más de deuda. Debo lo demás todavía, y lo que vale este montón de ruinas, que me obligaron a adquirir a precio de oro a cambio de mi traslado.

—Así que lleva picando una década, en su excavación. La mandaron aquí, sin opción de negarse, nada más terminar la carrera.

—¡Maldigo el día en que me interesé por los rumores de este jodido mundo! ¡Ahora la universidad me ha despedido, porque piensan que lo que he descubierto es peligroso! ¡No tengo trabajo! ¿Qué va a ser de mí?

Jacobinssen rompió a llorar de nuevo, y Kiara trató de consolarla. Teresa apareció en el umbral, negando con la cabeza. Ella, George y Will estaban registrando las estancias en busca de algo que se pudiera salvar, mientras Alessa vigilaba el exterior con los sensores avanzados de su gorro. Parecía que no había habido suerte, y no era extraño. Una turba de pobres andrajosos es siempre concienzuda a la hora de saquear cualquier cosa que pueda serles de utilidad, y si encima creen tener la verdad absoluta de su parte, se esfuerzan más.

A Dreston le habría encantado ofrecerle un trabajo a aquella infeliz, pero apenas podía mantener una tripulación de seis. Una de siete, y con una aprendiz que no sabía nada relacionado con su oficio, era inviable. En sus actuales circunstancias económicas no podía permitírselo, a no ser que la interesada viniera con una fortuna bajo el brazo con la que costear su periodo de aprendizaje.

Las universidades eran empresas, y como tales, les importaba un pimiento el bienestar y la salud de sus empleados. Si Úrsula no era capaz de pagar su deuda por cualquier motivo, literalmente la alquilarían como esclava. Nunca faltaban los cabrones y miserables que sentían predilección por atormentar a aquellos que habían sufrido una desgracia. Se le erizó el cabello de la nuca, de pura impotencia. Podía tratar de ayudarla, pero tendría que valerse por sí misma.

—Sí que la entiendo. No hace mucho que lo perdí todo, y volví a empezar.

—¿Con una deuda monstruosa como lastre?

—Algo así. No fue solo lo económico, doctora. Tuve que conseguir cien mil créditos con los que pagar la sucesión de mi patente. Me la jugué contra la mafia y los piratas. Hay cierto… monarca bucanero que ha puesto precio a mi cabeza. Uno bastante alto, así que tengo que andarme con cuidado especial al tratar con la plaga espacial favorita. Lo peor fue, sin embargo, que mi familia murió en el accidente que me obligó a volver a empezar. Solo sobrevivimos dos.

La xenoarqueóloga se sorbió los mocos y la miró compungida. Era una buena persona, le pareció que empatizaba con ella de inmediato. Esperó a poder hablar con un tono más neutro que sonara sereno.

—Lo lamento por usted. Yo… imagino que quiere algo de mí. En cualquier caso, tengo que agradecerle que me haya salvado la vida. Ambos grupos habrían acabado matándome.

—De nada. Se puede volver a empezar, de verdad.

—Gracias. Así que corsaria —Se pasó el dorso de las manos por la cara—. ¿Le han encargado secuestrarme, o detenerme? Matarme imagino que no, porque podría haberse limitado a esperar sin arriesgarse.

—Claro que no. Tenía que reunirme con usted para pagarle por cierta información. Así que supongo que mi presencia no le vendrá del todo mal.

—No puedo revelar nada de mi investigación, entiéndalo. Sería un delito gravísimo. Es secreto corporativo, pertenece a la universidad.

—Lo imaginaba, así que he venido preparada. Mi cliente nos ha dado dinero en negro, para que no sea trazable. No le va a solucionar mucho, aunque le permitirá recomponerse de lo de la casa.

—Es que…

Kiara suspiró. No estaba nada contenta con la situación. Jacobinssen no era como otra gente con la que había tratado. Era una trabajadora nata, entregada y dispuesta a apostar cuanto tenía por lo que le gustaba, que era investigar. En otro siglo, quizás en la época de la Tierra, habría cambiado el mundo. Eso era lo que le daba a entender su ficha. Era una fuera de serie, alguien especial. No quería herirla más de lo que ya estaba.

—Mire… no voy a aprovecharme. Si decide no colaborar conmigo, me largaré y trataré de conseguir los datos que necesito por mi cuenta. La cuestión es que veo que está en apuros, y me gustaría ayudarla en la medida de lo posible. ¿Le importa explicarme de qué va este lío en el que se ha metido?

—Vale. Sin datos, de momento.

—Es justo.

La doctora le contó que había hecho una tesis sobre xenología, siguiendo los pasos de su difunto abuelo. Se matriculó en la *Olimpiana* con la esperanza de que dos décadas de sufrido trabajo le dieran acceso a un puesto de investigadora titular. Era una apasionada de la historia, y en particular de todo lo relacionado con la caída de la Tierra y la posibilidad de que el mito tras la Cruzada fuera cierto. Se le iluminaba la cara cuando decía que la humanidad no podía ser la primera especie en surcar las estrellas, y que su sueño siempre había sido descubrir los restos de otra civilización.

Tras una serie de indagaciones muy brillantes, al menos según le pareció a Kiara, dedujo la posición de un planeta presuntamente habitado por otra raza. Se basó en distancias astronómicas, en otros hallazgos xenológicos secretos de su empresa, y en parámetros de viabilidad planetaria.

Ñagiss cumplió los requisitos de habitabilidad en eras pasadas, por su composición y atmósfera pre-terraformación. Lo más interesante, sin embargo, era que parecía haber recibido dos impactos catastróficos de sendos meteoros hacía tres millones de años. Jacobinssen usó los ordenadores del centro de supercomputación de la *Olimpiana* para calcular el suceso, y las gráficas le describían nada menos que dos eventos de extinción. Por ese motivo, Úrsula creía posible que estuvieran en lo que denominaba un *viejo mundo Gaia.*

Así que haciendo un tiro largo desde el otro campo, como se decía en algunos deportes, asoció la caída de la Luna solar con aquel evento con la esperanza de no equivocarse.

Gastó la mayor parte del presupuesto de su tesis en pedir catas de terreno y muestras a los mineros, hasta descubrir que no se había equivocado. Las capas sedimentarias pertenecían a elementos del mismo sistema estelar, pero formados fuera del planeta. O sea, de satélites.

Lo interesante era que, según sus cálculos, la diferencia temporal entre un cataclismo y el siguiente era prácticamente inexistente. O lo que era lo mismo, ambos satélites se estrellaron a la vez. Eso abría dos posibilidades para un físico amigo suyo: o el pozo gravitatorio del mundo había cambiado atrayendo a sus lunas a un rumbo de colisión, o solo tenía una, y el otro objeto

era un meteoro colosal que la había derribado. La tercera, que era recibir dos impactos prácticamente simultáneos, era tan cosmológicamente improbable que se podía despreciar. Le dejó caer, también, que le hicieron las cuentas para ver cómo de factibles eran los sucesos uno o dos.

—Déjeme adivinar. Rozando lo imposible.

—Premio —suspiró Úrsula—. Así que la única conclusión factible es que…

—Ni de coña.

—No se lo crea, pero yo tenía razón. Estoy segura de que hay edificios alienígenas enterrados bajo una capa inmensa de escombros. Los satélites arrasaron la cara A del mundo, aunque no lo destruyeron por completo. Nosotras estamos en la B, que se vio sometida a un invierno perpetuo cuando el polvo cubrió la atmósfera. La vida que pudiera haber se extinguió, dejando fósiles enterrados. Hemos encontrado plantas y animales petrificados en otras minas de Ñagiss.

—Asombroso. Sin embargo, no encuentro un motivo razonable por el que despedirla. Según usted, tiene indicios suficientes con los que demostrar que los *Cosechadores* existieron, y que arrasaron otros planetas. Eso es información muy valiosa, especialmente para los malditos Cruzados. Podrían demostrar que tienen razón.

Dreston trató de disimular el miedo que le estaba dando el tema. David se suicidó persiguiendo al *Sendero del Cielo*, un culto de chalados que quería destapar exactamente aquello. Y para rematar, ella había escuchado de los mismísimos labios de la *sombra de Héctor* que existía un dios destructor de mundos suelto por el cosmos. El mismo que habría arrasado la Tierra, y que acabó con los primeros habitantes de Ñagiss.

Si aquello era verdad, si esa pobre mujer había sido capaz de demostrar la teoría que estaba contándole, estaría en grave peligro. Las dos lo estarían. Solo con que el gobierno confederado quisiera evitar el pánico, ya serían un objetivo prioritario de unos asesinos.

—No me atrevo a asegurar tal extremo. Esto pasó hace millones de años. Es probable que se tratara de otra civilización. Lo que no quita que usar satélites como armas sea una mecánica recurrente.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, hay asteroides y lunas cuyas órbitas son estables por bien poco. Yo creo firmemente en la existencia de razas precursoras, y en la posibilidad de que fueran indistintamente pacíficas o violentas. Si dejamos de lado nuestras consideraciones éticas, es posible que lanzar objetos celestes contra mundos poblados sea una forma eficaz de hacer la guerra.

—Joder, eficaz —intervino Teresa, desde el umbral—. Es un genocidio con todas las letras. Perdón. Xenocidio. ¿No?

—Sí, así es. En la historia humana hemos tenido unos cuantos de esos. Una cultura exterminaba a otra y eliminaba cada prueba de su existencia. ¿Le suenan los Medianitas?

—¿El refresco?

—No, la civilización terrestre.

—Ni idea. Soy una ignorante completa de la historia terrana.

—Pues sus enemigos trataron de exterminarlos y absorberlos. Mataron a los hombres y secuestraron a las mujeres y niñas. Imagínense el porqué.

—Cada vez que alguien dice la palabra *Tierra*, solo sale mierda.

—No nos desviemos —Kiara miró a su compañera, haciéndole un gesto para que fuera a buscar a Will y George—. ¿Y ha podido demostrar su, digamos, *teoría Medianita*?

—Es confidencial.

—Ya se lo he dicho. Hay dinero.

Dreston le extendió un papel doblado con la cifra entre los dedos índice y corazón de su mano enguantada. El método podía parecer pueril, pero creaba una leve expectación que despertaba mucho más interés que una cifra al aire. Ya lo había hecho en otras ocasiones y el resultado siempre era mejor. Aquella vez sucedió lo mismo, la otra lo desdobló y abrió la boca. Tuvo que apartar un mechón de pelo negro de la cara y parpadear un par de veces para terminar de creérselo.

—¿Es en serio? ¿Esta es la cantidad?

—Mi cliente es muy generoso cuando le apetece, supongo. No soy yo quien corre con los gastos, ojalá pudiera permitirme esas cifras.

—Vaya. ¿Y qué necesita que le cuente? ¿Mis hallazgos?

—Quiere saber dónde se encuentra algo llamado *El Motor de Vacío*. Además necesita que le demos un inventario de defensas, vigilancia, turnos… imagino que el tipo pretende robarlo. Pero eso no es asunto mío, a mí me ha pedido solo la información.

La arqueóloga arrugó el papel. Se le cambió la expresión, ya no estaba ni muerta de pena ni emocionada por el dinero. Parecía furiosa. Era un gesto que no le pegaba a una mujer como ella.

—Navonod. Usted trabaja para él.

Ay. Aquello tenía mala pinta. Algo le decía a Dreston que esa pobre doctora de vida miserable ya se había cruzado con el viejo, y que no andaban en buenos términos. Prefirió tantear, hacerse la tonta. Ya sabía que no era trigo limpio, él mismo se lo dejó caer diciéndole que no tenía reparo ninguno al explotar las creencias de la gente de fe para sacarles dinero.

—Sí. ¿Lo conoce?

—¿Que si lo conozco? ¡Este planeta se está hundiendo por su culpa! —Jacobinssen se puso en pie, sacudiéndose el polvo del ajado mono de trabajo arqueológico lleno de bolsillos que llevaba puesto—. ¡Ese idiota se considera a sí mismo mi rival! ¡No es arqueólogo, sino un ladrón de tumbas, un parásito de la peor especie!

Kiara arqueó las cejas. Estaba genuinamente sorprendida, aquello no encajaba para nada con la imagen que tenía del viejo que la había contratado. Era de los que iba comprando cosas ilegales a golpe de talonario, no de los que competía con xenoarqueólogas jóvenes que estaban pagando su beca. No entendía algo. Su interlocutora resoplaba y se ponía cada vez más roja.

—A ver, un momento que yo me aclare. ¿Un nonagenario se considera su rival? ¿Y lo hace sin reírse?

Confusión. Ahora parecía que era Úrsula la que no la comprendía. Miró su cocina destrozada, tratando de encontrar alguna pieza que le encajara en aquel lío. Estaba descolocada.

—¿Nonagenario? ¡Marc Navonod tiene mi edad! ¡La nuestra, si no me equivoco!

—Marc. No, no es mi cliente. Su nombre de pila es Walter.

—¡Walter, seguro! —Will apareció en el umbral, seguido de la primera oficial—. ¡El dueño del programa…!

—También sé quién es —suspiró Úrsula—. Cambiamos al ladrón de tumbas por el coleccionista sin escrúpulos. No hay uno bueno en esa familia.

Eso sí que encajaba. Afuera llovía, y empezaba a entrar agua por las ventanas. El aguacero, de acuerdo a los partes meteorológicos que había leído Dreston, duraría treinta minutos como máximo. Luego escamparía, y el proceso se repetiría en unas diez u once horas. Caería ya a la mañana siguiente.

—Solo nos ha pedido información.

George llamó a la puerta tímidamente. Traía una pieza de cerámica, un patito desportillado pintado a mano. Jacobinssen lo reconoció, porque puso cara de ternura y lo recogió de entre los dedos del gigante con suma delicadeza. Acabó casi abrazándolo, debía serle muy querido por alguna razón.

Úrsula bajó la cabeza, mirando al suelo arruinado, por el que empezaba a circular un pequeño riachuelo que venía de uno de los agujeros hechos en la pared por los desalmados celestialistas. Parecía sentirse culpable por algo, estar incómoda. Nadie tenía por qué enterarse de que les había facilitado las cosas. Desde el punto de vista de Dreston, que no apreciaba a Navonod, la doctora estaba en una situación tan difícil que le convenía ayudarles.

—Incluso si no fuera ese cabronazo de Marc, no puedo. Es peligroso.

—¿A qué se refiere?

—Déjelo estar. De verdad.

—Mire, necesito saberlo. Ya no por el cliente, prefiero acogerme a la cláusula de engaño que incluye comerme la reseña negativa y el gasto de dinero a poner a los míos en peligro. Nos hemos encontrado suficientes desgraciados para los que no valemos nada.

La arqueóloga se lo pensó. Contempló el desastre a su alrededor, y cerró los ojos. A Dreston le dio la sensación de que tenía miedo. Mucho miedo. Volvió a aposentarse en el taburete, con el pequeño patito azul entre las manos. A Kiara le dio la sensación, ahora que lo veía de cerca, de que era obra de una niña. Puede que de su propia interlocutora, o tal vez de una hermana.

—Los celestialistas tienen razón, a su manera. Mi investigación atrajo a Marc, que vino de parte de su abuelo. Su cliente. Robó mis notas, sobornó a quien hizo falta, mató y amenazó. Hasta que encontró lo que buscaba.

—*El Motor de Vacío*.

—Exacto. Solo que en lugar de vendérselo a su abuelo, se ha quedado con él. Ha construido un culto alrededor, usando la credulidad de los pobres desgraciados que viven aquí en su favor.

—¿Quién no quiere su propia secta? —Teresa puso los ojos en blanco.

—Chicas locas por tus huesos, seguidores que te regalan su dinero…

—Nos hemos equivocado de curro, Will. Montemos una secta.

—¡No bromeen con ello! —Les ordenó Úrsula—. ¡No sólo están reclutando gente, también la sacrifican!

Los cuatro corsarios se miraron, asombrados. Ni siquiera la ORU permitía los sacrificios

humanos a sus múltiples cultos y subfacciones, a pesar de que no pocas de ellas los habrían hecho con gusto. Como los Aztexicanistas, sin ir más lejos, que arrancaban corazones a los *metaanimales* y se los comían crudos con el objetivo de quedarse su fuerza o su poder. Sacrificar personas no solo se consideraba inmoral, era ilegal según los estatutos de la multiplanetaria. Que, por cierto, tenía permiso de la Gran Cámara de Comercio para perseguir y destruir cualquier culto no adscrito a ella.

—¿Asesinan personas en sus rituales?

—¡Eso es! ¡Los mineros ya no trabajan, la explotación es suya desde hace semanas! ¡La gente normal huye a otros pueblos temiendo que los maten, y solo se quedan los fanáticos! ¡Creen que yo desperté a algún demonio que ha poseído a ese hijo de perra de Navonod III!

Eso era una pieza de información muy importante a la par que reveladora. Un grupo de obreros semi analfabetos en un mundo pobre podía tragarse ciegamente que la tipa que llevaba hurgando las entrañas de la tierra durante una década era la responsable de cualquier brutalidad perpetrada por un tercero. El cabronazo de Marc tenía montado un negocio redondo: contaba con una secta que explotar hasta que se cansara de ella, con un premio arqueológico y con una infeliz a la que cargar el muerto para que la lincharan.

Jacobinssen había tenido la fortuna de dar con unos tarados adoradores del demonio a los que les iba la marcha de la muerte y la destrucción. Sin ellos, lo mismo la habrían quemado viva, o matado de alguna otra forma ritual macabra para tratar de aplacar a los espíritus. O lo que fuera. Sinistra y sus monstruitos la habían salvado.

—Eso es lo que asustó a la universidad, entonces. Que a raíz de su excavación, ha surgido un grupo que hace sacrificios humanos.

—¡Exacto! ¡Creen que fue mi descubrimiento lo que enloqueció a los del culto! ¡Fue lo que los fanáticos del Padre Clariano les dijeron cuando asediaron nuestras instalaciones! ¡Por eso la Mater chunga y sus compinches me echaron el guante! ¡Y ellos también me habrían matado si hubiera tardado un solo día más en invocar algún demonio al que venerar!

—Está bien. Esto es lo que vamos a hacer. Usted nos contará lo que sabe, y a cambio nosotros le daremos el dinero y la protegeremos.

—No los conozco de nada. No tengo por qué fiarme.

Dreston sonrió. Jacobinssen había tardado un poco más de lo recomendable en reaccionar y ponerse a la defensiva. Si hubieran querido aprovecharse de ella, se habrían largado en aquel mismo momento, dejándola tirada. Ya tenían los datos más importantes que necesitaban. Por suerte para la xenoarqueóloga, Kiara no era así.

—Ah, pero es que parece que usted desconoce algo fundamental de los corsarios, doctora. Cuando queremos una cosa no la tomamos por la fuerza o mediante el subterfugio, sino que hacemos tratos. Las patentes nos dan mucha flexibilidad para solventar ciertas cosas, aunque hay que planificarlas con cuidado. De lo contrario, podemos atraer inspecciones.

Entrecerró los ojos, mirándola con suspicacia.

—¿Solventar cosas? ¿Cómo cuáles?

—Puedo hacer un contrato simultáneo con usted, además del que ya tengo. Restauraré su buen nombre y el de su universidad, e investigaré los sucesos tan raros que me está describiendo.

—A cambio de los secretos corporativos que debo callarme.

—En realidad, no tiene por qué hacerlo. Si firmamos, yo los meteré bajo un paraguas de protección de nivel cuatro y no podré volver a hablar de ellos. Usted me contará todo, y la Central de Patentes de Corso garantizará mi silencio.

La mujer se llevó la mano al mentón, pensativa. Si lograba demostrar que lo sucedido en el planeta era cosa de un cazatesoros y que no tenía nada que ver con ella, podía llegar a recuperar su trabajo y librarse de los locos que querían matarla. Y además, se llevaría una maleta llena de créditos con la que repararía su casa.

—No puedo firmar nada en nombre de la universidad.

—Contrato particular. Permite cesión de datos de los que sea depositaria siempre y cuando sean relevantes para el encargo. Además, baja el mínimo de pago que puedo pedirle.

—¿Y eso no es sospechoso?

—Por eso digo que hay que llevar cuidado. Los inspectores saben de sobra que hacemos chanchullos. Lo que les molesta es que los hagamos a menudo y ellos no vean ningún dinero. Si aceptamos un trabajo en medio de otro trabajo cobrando un solo crédito a un particular…

—Asumen que están comprando información o ayuda a cambio de algún servicio. Aunque lo obvian porque van a cobrar los impuestos del encargo grande.

—Efectivamente.

—Yo estaría protegida de ustedes por el tema de la confidencialidad, y al mismo tiempo podría coger el maletín sin levantar sospechas de la administración confederada. Asumirán que cobré en negro.

—No es elegante, pero…

—No tengo más opciones. Acepto.

Kiara sonrió de nuevo. Jacobinssen era una mujer inteligente. Aquello era ayudarla de una manera diferente, pero ayudarla al fin y al cabo. Como ya había pensado antes, no parecía mala persona. Se equivocaba pocas veces al juzgar a alguien.

—Pues tenemos un trato. Ahora descargamos un modelo estándar y le modificamos lo de la confidencialidad. Voy a necesitar que me cuente todo lo que sepa de ese *Motor de Vacío*.

Pierce se iba a cagar en el infinito cuando le dijeran que tendría que quedarse solo en la nave una vez más. Especialmente ahora que sabían que había un montón de fanáticos religiosos de tres facciones distintas dándose palos los unos a los otros.



Será un paseo por el bosque, decían. Nada más que contar árboles y visitar una cueva, decían

Un contrato después, salieron en medio de la noche para poder atravesar las afueras de la villa sin contratiempos, tras descansar lo que pudieron en las ruinas de la casa. El periodo nocturno rondaba las siete horas nada más en aquella región debido a la inclinación del globo, de forma que los días de treinta y tres horas se hacían interminables para los pobres mineros, cuyas extenuantes jornadas rondaban las dieciséis.

Una vez que abandonaron la meseta usando el empinadísimo camino, el paisaje neblinoso y encharcado dio paso a un gigantesco bosque de árboles adaptados de rápido crecimiento. Las plantas perennes colonizaron cada valle del mundo en cosa de unas décadas, y su ritmo de reproducción desenfrenado permitió mantener una floreciente y próspera industria maderera repartida entre tres empresas locales. Había muchos pueblos pequeños que vivían de ese negocio, separados por pocos kilómetros, formando calvas en el omnipresente tapiz verde.

Gracias a ellos los caminos estaban despejados y los incendios eran testimoniales. Esa red de aldeas seguramente se convertiría en el germen de ciudades más grandes y pobladas con el paso del tiempo.

El vehículo recorrió casi seiscientos kilómetros de *neopinar* interminable con ecosistemas todavía en proceso de estabilización. Fue un paseo tranquilo, durante el que todos dormitaron, alternándose para conducir. Pasadas un par de horas, el aerodeslizador terrestre tomó un desvío marcado únicamente con un rombo rojo. Recorrieron así un trecho, más despacio que por la pista forestal principal, pegados ya a la siguiente estribación de las montañas que se perdían en las nubes.

Fue la nariz de George la que les puso sobre aviso. Olía a quemado.

Subieron un desnivel, acercándose al poblado maderero desde una densa arboleda, rodeando el saliente rocoso en el que estaba encaramado. Pasaron un riachuelo, y la primera curva a la derecha los dejó en la planicie preparada para el asentamiento. Se detuvieron en seco.

El gigante tenía razón. Ante ellos, se extendía un pueblucho calcinado hacía días. Parecía que el fuego había afectado poco al bosque, quizás la gran humedad de la zona combinada con una lluvia oportuna evitó que ardiera medio valle. O tal vez las anchas zanjas colocadas alrededor del perímetro funcionaron correctamente como cortafuegos, salvando la vegetación. La aldea no podría celebrarlo tanto, el incendio había arrasado las casas, más secas, hasta convertirlas en tizones negros. Reinaba un silencio sepulcral.

—Doctora, usted se queda detrás de mí —le dijo Teresa—. No se separe más de un metro.

—¿Qué ha pasado aquí? —Jacobinssen estaba pálida, horrorizada—. Esta gente es experta en el uso de la madera, es casi imposible que un fuego se les haya descontrolado tanto como para…

—Tranquilícese, vamos a investigar. ¿Dónde está el objetivo?

—Al… al final. Más allá acaban las casas y empieza la ladera. Hay una puerta acorazada colocada por la universidad, que bloquea el acceso a una caverna. Es… este sitio era mi lugar de trabajo… Yo…

—Por favor, mantenga la calma —le pidió Dreston—. Baje la voz. Voy a tener que pedirle que se contenga. Vea lo que vea.

—Aquí había familias. Con niños.

—Si quiere mi consejo —Alessa fue la primera en bajar, gimiendo por el esfuerzo de desencajarse del asiento—. No mire, no busque detalles ni explicaciones. A mis años, yo misma sigo sin tener tripas para ver según qué cosas.

Lejos de calmar a Úrsula, aquello hizo que aparecieran dos enormes lágrimas en la parte interior de sus ojos, la más cercana a la nariz. Kiara procuró dejar la mente en blanco, no pensar en lo que habría sido de aquellos pequeños y sus padres. Todavía tenía pesadillas con los chiquillos muertos de su bodega de carga. No podía reprender a Alessa, porque en el fondo era un buen consejo. La realidad solía ser mucho más cruda que la imaginación.

—Will, atento. Vamos a ir en silencio, pero si hay problemas, aceleras y nos recoges. Arma en mano, por si acaso.

—No hace falta que me lo digas dos veces, Kiara. Me sale el gen *Trevor vigila la nave* a nada que lo insinúas.

—Pues estamos listos. Los demás, en marcha.

El paseo fue lúgubre y siniestro. De muchas de las chozas no quedaban más que restos ennegrecidos, incluso los cultivos sufrieron el horror de las llamas. Las estructuras castigadas crujían con el viento, y algunas de ellas se habían derrumbado ya, posiblemente durante el propio incendio.

Se veían montones de cosas carbonizadas por el suelo, desde útiles de leñador a cerámicas rotas y ennegrecidas. El olor era penetrante y macabro aunque, por suerte, no había cuerpos a la vista. Desearon con fuerza que los habitantes hubieran huido a tiempo. Entre el polvo y la ceniza flotaba la sensación terrible de que algo más aguardaba, de que aquello era provocado y de que había un peligro oculto acechándoles en las sombras.

Empezaron a oír un golpeteo. Arrítmico, crudo, de metal contra piedra. Venía acompañado de un gemido y un gorgoteo que uno podía asociar a la respiración de un animal enorme. Eso era imposible, porque no se incluían grandes depredadores en la cadena alimenticia de las colonias. Salvo que fueran *ecorreservas* o mundos-safari con caza mayor para ricos.

Dreston hizo un gesto, en completo silencio, y los cuatro se desplegaron en abanico, con Jacobinssen todavía detrás de Teresa. Alcanzaron la zona alta del cambio de rasante desde el que partía la pendiente descendente que llegaba hasta la caverna, y contemplaron alucinados lo que les aguardaba al final de esta.

La montaña tenía un hueco gigante que se había rellenado con una estructura de *supracero* y *neohormigón*, en la que la universidad colocó una puerta blindada grande, con el objetivo de proteger la excavación. Eso habría sido bastante mundano, una vez privatizada la zona, de no ser por el monstruo que estaba intentando entrar por la fuerza.

Se trataba de un ser humanoide, de piel cenicienta y casi tres metros de estatura. Su pelo escaso y blanquecino caía sobre sus hombros en los que habría cabido Kiara tumbada. Su musculatura estaba hipertrofiada, hasta el punto en que las venas amoratadas y pulsantes parecían ir a reventar de un momento a otro. El engendro iba vestido solamente con harapos, meros jirones de ropa hecha para alguien mucho más pequeño que él.

Estaba atacando la puerta con todo lo que tenía a mano. Había empleado un cortador de fusión de mala manera, reventado a golpes un martillo neumático usándolo como una porra y

estropeado varios cartuchos explosivos. Tenía suerte de no haber saltado por los aires.

Dreston hizo un gesto de bajar con la mano, y los cinco se echaron suavemente a tierra. No sabían cómo de agudos eran los sentidos del monstruo, pero sí que parecía ser capaz de ganar un combate de fuerza bruta al supersoldado. Y eso era aterrador.

—¿Qué mierdas es eso? —susurró Teresa—. Es enorme.

—Ese no es hermano grande y malvado de George. George lo promete.

—La densidad muscular indica una fuerza descomunal. Y el daño que está causando en la pared con un vulgar pico refrenda esa teoría.

—Se ve, Alessa —dijo Kiara—. ¿Alguna idea?

—Sí. Deberíamos retirarnos y traer del aerodeslizador las armas de más calibr…

—¡¡Atchís!!

Se giraron espantados hacia la arqueóloga, que manoteaba a una *metamosca* que se le había metido en la nariz. Úrsula se disculpó por lo bajo, pero era demasiado tarde.

El humanoide soltó su pico y se volvió entre convulsiones. Todo su ser se contraía y estiraba como si recibiera calambres, su boca soltaba espumarajos que caían a borbotones por las comisuras. Sin embargo, lo peor eran los ojos. Unos ojos rojos y de color brillante, que se clavaron en ellos como si fueran los selectores de objetivos de un misil. El ser se agarró la cabeza proporcionalmente enana, estiró los brazos hacia el cielo con un alarido, y luego cargó cuesta arriba.

—¡¡Yo tengo otra idea!! —chilló Teresa, levantándose de un salto—. ¡¡Corred!!

No tuvieron que votar sobre la idoneidad de la retirada. Los cinco salieron huyendo en desbandada hacia el aerodeslizador, gritando a Will que arrancara el motor si no lo había hecho ya. El engendro venía corriendo igual que lo haría un gran *metasimio*, apoyando los nudillos para ganar velocidad, sin dejar de aullar como una sirena de bombardeo.

Por desgracia, era más rápido que ellos. Alessa, viendo que iba más retrasada y que la alcanzaría antes de llegar, se dio la vuelta y moduló su lanza Tesla hasta la potencia letal. Puso la punta de la horquilla por delante, y encajó la parte trasera en un pequeño hueco del suelo.

La capitana se dio cuenta de que el coloso iba a por ella, y gritó su nombre creyendo que la verían morir aquel día. Solo que la científica e ingeniera no pensaba hacerlo. Levantó el extremo hacia el pecho del monstruo en el último momento, cuando saltaba para matarla, y este le golpeó al ser directamente a la altura del corazón.

Fue tal el impulso del empujón que Alessa cayó de espaldas, mientras su enemigo combaba la aleación y salía despedido por encima de la científica como si hubiera usado una pértiga. La descarga mortal lo acompañó en el arco de ciento ochenta grados hasta caer panza arriba cuatro metros más allá. Convulsionó aún más en el suelo mientras despedía pequeñas volutas de humo.

Los demás se detuvieron, esperanzados durante unos instantes. Fourier seguía en el barro, quejumbrosa. El monstruo, por su parte, empezó a ponerse en pie.

—¡Freídlo! ¡A por él antes de que se recupere!

Kiara, Teresa e incluso Will abrieron fuego a discreción contra el enemigo, que empezó a absorber los disparos como si nada. Las balas le causaban heridas, por supuesto, pero parecía que

estar lleno de agujeros no le impedía continuar luchando. Siguió rugiendo hasta que pudo ponerse en pie, y alzó los puños descomunales para aplastar a Alessa. Esta, aún magullada, solo alcanzó a cubrirse la cara.

De repente, una centella enganchó al ser, derribándolo con una llave marcial milimétrica. George le retorció el brazo, luego le propinó un golpe durísimo en las costillas, y después le clavó su enorme cuchillo de combate en los intestinos al monstruo. El otro le agarró de un brazo, lo golpeó contra el suelo, y luego lo lanzó volando varios metros como el propio George habría hecho con los humanos normales. Fourier había reaccionado, y tras ver que la tormenta de balas a la cabeza de Teresa no mató a la criatura, le dio otra descarga de alto voltaje un instante antes de que Will le embistiera con el aerodeslizador.

El monstruo agarró entonces el vehículo, casi debajo del campo repulsor que lo habría chafado, y arrugando la chapa, lo arrojó hacia Dreston. La capitana lo vio venir, y aunque logró esquivarlo, la andanada de choque de repulsión la lanzó despedida.

Notó que su espalda chocaba con una madera carbonizada, atravesándola, y sintió el terrible dolor del impacto contra el suelo. Hubo un estrépito, el sonido de un derrumbe, y todo se volvió negro.



El golpe en la cabeza más chungo de Kiara Dreston

Cuando abrió los ojos, estaba en… ¿dónde carajo estaba?

Se encontró tirada en un suelo de piedra negra, grabado con extraños símbolos brillantes que no reconocía. El firme terminaba en un abismo sin fondo, en un cielo púrpura que se extendía sobre y bajo ella. No veía el sol ni las nubes, solo vaporosas formas que cambiaban a cada momento. A su alrededor, en su solitaria isla flotante en medio de la nada, caían relámpagos que sonaban como alaridos de un condenado. Se dio cuenta enseguida de que estaba soñando, porque lo que tenía antes sí, al otro lado del precipicio, no era sino una representación onírica. Otros islotes flotaban más allá, algunos conectados entre sí por columnas y arcos imposibles. Descubrió ruinas destrozadas cuyos fragmentos rotaban en un rictus eterno, construcciones a medio terminar que salían de la nada y finalizaban en ninguna parte.

Lo último que recordaba era que esa cosa, que ese… ser había golpeado el repulsor, y la dispersión del campo la arrojó contra un edificio. ¿Se le habría caído encima? ¡¿Estaría…?!

—No, no estás muerta, mi querida elegida. Aún no.

Se volvió hacia la voz siniestra a su espalda, y se encontró algo espeluznante. En su primer vistazo creyó estar sola en el islote, pero parecía que se había equivocado, para su desgracia. Ante ella, sobre un sitial de afiladas aristas rocosas del mismo material y tipo que el suelo, se sentaba una criatura. Sólo podía definirla así, porque la otra palabra que se le ocurría, era *demonio*.

El ser se puso en pie, para que pudiera verla mejor desde su precaria posición. Postrada, le dolía cada hueso, como si en efecto siguiera con vida. Ante ella se alzaba una criatura estilizada, con un color de piel rosáceo y pálido de un tono que evocaba una revulsión completamente antinatural. La forma del cuerpo le recordaba a una mujer delgada, angulosa y excesivamente alta. A una que iba completamente desnuda.

Su figura desagradable tenía incrustados fragmentos de roca a modo de armadura, además de cuchillas de metal negro. Estas últimas surgían de forma muy orgánica de sus dedos, codos y rodillas, como si fueran armas integradas en su mismo ser. Del final de su columna emergían tres colas acabadas en puntas afiladas y retorcidas, y de su espalda brotaban dos alas membranosas destrozadas, con las que no podría volar. Su frente era un astado similar al de los *metacaprinos*, y de él surgían dos cuernos retorcidos y asimétricos. Su rostro… no podía describirlo, porque era a la vez bello y pavoroso. A pesar de que, en toda la extensión de la frase… *no era algo humano*.

—Veo que el aspecto que he tomado te infunde miedo. Al mismo tiempo te atrae y tienta. Perfecto.

—No… no me van… las mujeres —balbuceó con un hilo de voz.

—Eso hace la tentación aún más valiosa. Piensa en la sangre. La que se derrama con gusto no es tan preciada como la que se vierte contra la propia voluntad.

—Estoy soñando.

—¿Lo estás? —se burló la criatura—. ¿Es de verdad, lo que ves? ¿O tal vez no?

Kiara se sentó con dificultad. Le dolían las costillas y la cabeza. El golpe del repulsor la había dejado machacada, seguramente estaba agonizando bajo un montón de escombros fuera del

sueño. Deseó estar muerta.

—¿Quién o qué eres?

—Se me conoce como Booc'wque nefat, diosa Kaishh de la Muerte. La señora de los filos, la portadora de la desesperación. La Única, la madre de la sangre. Tengo muchos nombres.

Aquello era una jugarreta bastante desagradable por parte de su cerebro. Llevaba tanto tiempo trabajando para religiosos que, al primer golpe fuerte que se había dado, empezaba a soñar con sus delirios demenciales. Si no se moría de sus heridas, fueran como fuesen de graves, la propia ironía la mataría. Decidió plantar cara a la aparición.

—Los dioses no existen.

—Eso es técnicamente cierto. Y falso. Estoy aquí, contigo. Para ti puedo ser una mera alienígena. O un sueño. O una IA que te habla…

Sintió una electrizante punzada de terror y asco. La revelación onírica se abrió paso en su cerebro, como si fuera un barco rompehielos atravesando un océano congelado lleno de icebergs.

—… a través de la *Forja de las Almas*. Eres ese… ese…

—Talismán. No te compliques, pequeña mortal. Tu limitada mente tendrá suficiente con ese término.

¿Sería posible? ¿Estaría de verdad hablando con un programa alienígena antediluviano que se conectaba a su cerebro? ¡Si habían limpiado de cabo a rabo la nave, sin encontrar nada! ¡¿Seguía a bordo?!

—Tú corrompiste a Matías. Exigiste… todas las atrocidades de *Triunvirato*.

—¿Lo hice? —se burló el ser—. ¿O esa fue su justificación para llevar a término algo horrendo que quería hacer de todas formas? ¿Soy su instigadora, o su excusa?

No. Definitivamente eso no estaba pasando. Era un simple sueño, el resultado de un buen golpe mezclado con una considerable cantidad de traumas acumulados. Era su mente quejándose por lo maltratada que la tenía. Por no haber visitado a un loquero competente y caro que la hubiera encerrado una temporada hasta dejarla curada.

Sí que sabía una cosa de los sueños. Incluso de los demonios, gracias a sus últimos empleadores. Se les puede quitar todo su poder si se les niega con suficiente insistencia. Y eso era lo que pensaba hacer con aquella aparición.

—Déjame en paz, pesadilla. No quiero saber nada. Voy a despertarme.

—Claro que sí. Pero primero me escucharás. Tienes un papel muy importante que desempeñar en tu vida antes de morir. Te quedan muchos, muchos años por delante. Para tu fortuna. No vamos a dejarte marchar hasta que cumplas tu destino.

—¿Quiénes?

—¿Te importa, realmente? ¿Quieres saberlo? —La criatura se encogió de hombros, cortándose ella misma con sus múltiples filos, y regenerando las heridas a una velocidad asombrosa—. A todos los efectos… he hecho llegar mi talismán a tus manos por un motivo muy concreto. Quiero que lo acoples al *Motor de Vacío*. Eso lo inutilizará definitivamente.

—No sé de qué me hablas.

—Ya lo averiguarás. Ese es el uso final de la *Forja de las Almas*. Mientras tanto… te ayudará

a combatir a los *Esclavos del Vacío*. Hay más como el que te ha machacado.

Dreston se cansó. Se puso en pie con dificultad, y señaló a la aparición. No parecía haber venido más que a hablar usando acertijos. A imponerle cosas, a hacerla sentir como una esclava sin voluntad. Y eso no se lo consentiría a nadie, ni siquiera a un sueño.

—En cuanto me despierte, pienso matar a esa cosa. Luego encontraré tu juguete atrapa-almas y lo lanzaré al puto espacio. ¡Ya vi lo que hizo en la estación! ¡Si me lo hiciste llegar, eres tan culpable como Matías!

La criatura mostró su disgusto. Su rostro indescriptible se alteró, transmitiéndole sin palabras que no quería provocarla. Solo estaba contándole las cosas tal como sucederían, a su modo y sin medias verdades. No tenía claro de qué forma sabía todo eso.

—A ver, a ver. No tan rápido, mortal. La *Forja de las Almas* era un artefacto mucho mayor. Lo que tú tienes no es más que un fragmento, y su propósito original está perdido para siempre. No puede encadenar almas a ningún sitio, nunca pudo.

Decidió guardar silencio.

—Matías era un imbécil. Creyó descifrar su significado y uso, e incluso alucinó pensando que yo le pedía cosas. En efecto, el artefacto original comunicaba conmigo, y permitía atar la consciencia de un ser vivo a una máquina. Pero ese cretino quiso entender alma en su lugar, y se convenció de mis exigencias cuando jamás me dirigí a él.

—Entonces, ¿cómo ibas a hacer llegar el fragmento hasta mí?

—Puede que te haya mentido y empujara a ese necio un poquito en la dirección correcta. En la tuya. Imagino que con este aspecto, no pensarás que soy una criatura benévola, ¿verdad?

Dreston levantó los brazos, gimiendo de frustración y golpeándose las caderas. Pues menuda revelación religiosa era aquella si no podía creer una sola palabra de su interlocutora.

—Seguro que me di en la cabeza. ¿Me estoy imaginando esto?

—Puede. Has visto el amuleto en los documentos de tu renegado, está claro que es un trozo de otra cosa. Chatarra en circunstancias normales. Aunque… lo necesitarás en las actuales. Su tecnología parásita sigue siendo un activo importante.

A Dreston se le erizó todo el vello corporal cuando el ser sonrió. Era como si de verdad estuviera en presencia de un demonio, a pesar de que sabía que estaba inconsciente. Se preguntó qué parte dañada de su cerebro era capaz de imaginar una sección del infierno y colocarle a una diablesa desnuda delante. Con la cara de Teresa, al menos hubiera tenido cierto sentido, joder.

—Te enfrentas a una plaga poderosa. Los *Esclavos del Vacío* protegen a sus *Motores* hasta acabar con civilizaciones enteras. Aunque están muy debilitados, aún pueden resurgir y arrasar la tuya. Por eso te doy mi talismán. Fabricar un *Motor* nuevo lleva siglos. Arruina el que han encontrado, ayuda a destruir el que ya está activo, y tu especie sobrevivirá lo suficiente como para completar la tarea que me interesa.

Kiara se hartó. No sabía si soñaba, si de verdad hablaba con una alienígena, con un demonio o un dios. Le daba igual. Necesitaba una respuesta directa. Estaba claro que esa cosa, incluso si era una simple alucinación, no iba a regalarle nada. Suponiendo que estuviera diciendo alguna verdad, y tendría que estar loca para creérselo, habría un precio. Va, iba a jugar. Total, tampoco parecía que fuera a despertarse de inmediato.

—¿Por qué me ayudas?

—Te quiero viva.

—Desarrolla eso.

—En pocas palabras, me interesa que perdures, y eso te viene bien porque me pone de tu parte. Alegra esa cara. Solté mi talismán de Matías, y eso le distrajo lo suficiente como para que lo destruyerais. Ya te he dicho antes que tienes un papel esencial en el futuro, y morirás si luchas sola contra los *Esclavos del Vacío*.

—¡¿Tengo que creerme la palabra de una… diosa del mal?! ¡¿O de lo que quiera que seas?! —Dreston casi se echa a reír, aunque seguía sintiendo un asco y miedo sobrenaturales por la criatura—. Deben haberme drogado hasta el fallo. Tengo que estar muriéndome.

La figura demoníaca sonrió de forma espeluznante. De repente, su carne se agitó y convulsionó, sus alas se retrajeron y sus huesos crujieron al remodelarse. Cuando la macabra transformación terminó, se encontró ante… ¡Ella misma!

Era un sueño, definitivamente. Lo que veía no tenía ni pies ni cabeza, el abismo púrpura cambiaba a los campos de Fortuny ante sus ojos. Se encontró de pie en la granja de Melisa, tal y como se la describió Teresa hacía mucho tiempo.

Su otro yo, la Kiara que tenía enfrente, la tomó de los hombros.

—Debes incapacitar el *Motor de Vacío*. De lo contrario, seguirá extendiendo su mancha. Ya sucedió hace millones de años, y volverá a pasar si no lo impides. Además, necesito que sobrevivas a este desafío.

—Ni siquiera sé qué es esa cosa.

—El talismán es anatema para los de su clase. Si lo acercas a sus esclavos, los matarás.

—Quiero despertar. Esto no tiene gracia.

—Pues despierta.

Abrió los ojos, ahogando un grito.



George uno, monstruo hipermusculoso mortal, cero

Las voces se acercaban, y ella se revolvió. Estaba dolorida, era cierto, aunque no sentía ninguna fractura ni aplastamiento grave. Sobre ella oía el crujir de los maderos, las astillas carbonizadas saltando a medida que sus compañeros las apartaban o partían. El lamento era cada vez más preocupante, así que trató de sacudirse el aturdimiento a base de pura fuerza de voluntad.

Cuando abrió los ojos, se encontró en una situación peculiar a la vez que aterradora. El vehículo antigravedad la había mandado, en efecto, contra una de las casas calcinadas. Tras agujerear los restos de un muro arruinado, golpeó el suelo y lo atravesó. Aunque se había quedado inconsciente, la fragilidad del material seguramente le evitó lesiones graves. Estaba arañada, tenía clavadas varias astillas y un hombro magullado. La cuestión era que, por fortuna, los edificios se alzaban unos sesenta centímetros por encima del nivel del suelo.

Aquel tipo de apaños se hacían desde tiempos inmemoriales para evitar que el agua se metiera en las casas, o que los bichos y *metaroedores* tuvieran un acceso prácticamente garantizado a las viviendas. Con solo levantar un poco las edificaciones sobre los puntales de madera, se ahorraban muchos problemas. A Kiara, esa práctica la salvó del derrumbe que tenía justo sobre la cabeza, dejándola en un espacio angosto pero cómodo.

Se dio la vuelta quejumbrosa, y buscó la fuente de luz más próxima. Aunque la casa no tenía faldones que taparan el alzado, algunos de los restos se habían desparramado sobre los cimientos, dejando pocas opciones para salir. La estructura crujía encima de su cabeza de forma amenazadora, así que no le costó imaginarse a George arrancando maderos del tamaño de un árbol para sacarla. Sonrió como siempre que el gigantón se comportaba de forma adorable, deseando que no le tirase las ruinas encima aquella vez.

Reptó a toda velocidad, apartando de su camino los huesos de un par de *metarratas* que nunca pudieron salir del bosque de puntales. Tras ella, los tablones pesados cedieron con un chasquido, y hubo otro derrumbe que no la alcanzó por bien poco. Aceleró, hasta llegar a la prometedora abertura a la que había confiado su suerte. Mierda. No cabía.

Sacó un brazo y asomó la cara.

—¡¡Aquí!! ¡¡Estoy aquí!!

El estrépito tras ella cesó, y se oyó un estampido de alguien muy pesado cayendo al suelo y rodeando el edificio. Entonces sintió miedo. Había asumido, con mucha alegría, que se trataba de su compañero. Sin embargo, la última noticia que tenía de sus camaradas era que se estaban enfrentando a una mole enorme fuera de control, e igual habían tenido que salir huyendo antes de acabar con ella. Quizás debería habérselo pensado mejor. ¿Y si esa cosa le arrancaba el brazo y la golpeaba con él hasta…?

—¡¡Capitana aquí!! ¡¡George saca a Kiara deprisa!!

Vale. Pues no, no era tan tonta, después de todo. Supuso que confiaba tan ciegamente en sus compañeros que la posibilidad de que los hubieran matado ni siquiera entraba en su repertorio inmediato. Eso era muy bueno, supuso, porque demostraba lo unidos que estaban. Su subconsciente creía en ellos.

Unas manos enormes empezaron a lanzar restos por los aires, y otras más pequeñas la

agarraron. Le dijeron que no se preocupara, que iban a sacarla ilesa de ahí dentro. Se sintió reconfortada por los apretones y por el tacto. Sí. No eran su antigua familia y nunca lo serían. Pero no podría haber dado con nadie mejor que ellos. Sonrió, cerrando los ojos, y dejó que la arrastraran. Dio las gracias en el tono más alto que fue capaz de articular.

Cuando por fin la consiguieron sacar de los escombros, la colocaron boca arriba para analizarla y aplicarle primeros auxilios. Amén de los cortes y astillas que ella misma había notado, estaba maravillosamente ilesa. Le dolía todo, por supuesto, como si le hubieran pegado una paliza considerable. La sentaron, apoyándola contra el vehículo ya posado en tierra, y se les quedó mirando mientras Teresa le arrancaba los diminutos trozos de madera con unas pinzas de las cejas.

Nunca había entendido muy bien por qué las sacaba de la nave, aunque en aquel momento lo agradeció. Al menos, hasta que se imaginó qué usos podía darles su primera oficial en sus encuentros amorosos. Torció el gesto, demasiado dolorida para quejarse.

Los demás estaban magullados. Unos y otros tenían raspones, golpes y desgarros en la ropa. Dado que de la bestia no quedaba ni rastro, se imaginó que habrían acabado con ella. Su voz sonó a tierra quebrada cuando lo preguntó.

—¿Cómo narices lo habéis parado?

—George tiende trampa. George más listo que bruto loco.

Se giró, siguiendo el pulgar de su compañero, lo que provocó que Teresa le clavara más una astilla que trataba de sacarle. El monstruo yacía empalado en un arado tradicional, de tres dientes, que sobresalían de su espalda. Su cabeza estaba unos metros más allá, separada de sus hombros, junto a una guadaña manchada de negro.

—¿Lo decapitaste?

—Bruto loco se regeneraba más deprisa que George. No era posible parar a bruto de otra forma.

—Has hecho bien. Nos habría matado.

—Es como… como un bersérker.

Se volvió hacia la arqueóloga, que estaba a medias entre asustada y muerta de la vergüenza. Si no hubiera sido por su estornudo, no habrían tenido que pelear con aquella mole. O al menos, podrían haber planificado el combate. Decidió no machacarla con ello. Después de todo, no se dedicaba a aquellas cosas, y la pobre mujer había sufrido ya bastante.

—Jesús —suspiró Kiara—. ¿Está bien?

—Teresa me protegió. Es muy maja.

La primera oficial sonrió con suficiencia a Will, que estaba fuera del ángulo visual de Jacobinssen, y este le preguntó por gestos que cómo hacía aquello. Vaya dos elementos tenía en la tripulación, gracias al cielo que al menos disimulaban con los clientes. Cerró el párpado derecho cuando su amiga fue a quitarle otra astilla que tenía clavada en la ceja.

—Le voy a pedir disculpas por la ignorancia. ¿Qué es un bersérker?

—Un guerrero antiguo de la vieja Tierra, previo a la era de las armas de fuego. Consumían una droga para ser inmunes al dolor, al miedo y a la fatiga. Se decía de ellos que eran imparables.

—Pues la definición se acerca —Alessa estaba tratando de estirar el cuello y crujirse las vértebras, sin éxito—. ¿Había visto antes algo semejante?

—Jamás fuera de una leyenda.

Dreston se levantó en cuanto su compañera le dijo que estaba lista, y tras ayudarse de su mano para ponerse en pie, se acercó un poco más al cuerpo. Descubrió varias cosas fascinantes a la par que aterradoras en el primer vistazo rápido. La primera era que algunos músculos del cadáver palpitaban, a pesar de que llevaba un buen rato decapitado. La segunda era que la carne aún crecía lentamente por los bordes del arado, del cuello cortado e incluso de la cabeza seccionada, como si tratara de cerrar las heridas en lugar de darse por vencida. La tercera, y más terrible, era que esa sustancia negruzca era en realidad sangre. Sangre de un color tan intenso que parecía casi negra.

—¿Cómo narices ha acabado este hombre convertido en esto?

—Mujer.

Se volvió hacia el supersoldado, que se pasaba la mano por la cabeza, incómodo por lo que acababa de decir. George había aprendido las diferencias entre los sexos sin querer. Abrió el baño por error cuando Teresa estaba saliendo de la ducha. Ella le tiró una bota, y él acabó con un moratón efímero y muchas preguntas persistentes que Pierce le resolvió. Simplificando todo lo posible, claro.

Kiara señaló el cuerpo.

—¿Esto te parece una mujer?

—Bueno… —El pobre grandullón se mordía el labio, colorado—. George lo ve antes, sin querer. Ropa de bruto rota. George llama bruto y no bruta porque está confuso.

Dreston, asombrada, cojeó para asomarse. A todos los efectos, lo único que permitía la distinción debido a la hipertrofia muscular eran los genitales. El gigantón tenía razón. Bajo cierto punto de vista, porque ni en broma iba a poder explicarle en ese momento algo tan complejo y con tantos matices como la transexualidad a alguien que hasta hacía nada no conocía las diferencias básicas entre los dos sexos.

Ella misma, de hecho, tenía más preguntas que respuestas. ¿Ese bersérker fue en algún momento una mujer? Y si era así, ¿qué clase de tratamiento desquiciado la había convertido en semejante criatura?

—Capitana, deberíamos movernos.

Se incorporó como pudo, mirando a Alessa. La científica-ingeniera se apoyaba en su lanza, ahora doblada, para caminar. Menudo cacharro, bien valdría pagar los créditos que costara enderezarla si podía detener la carga de aquel tanque humano.

No era descabellado pensar que, si había aparecido un engendro como el que tenían delante, otro pudiera estar acechando. A lo peor acababan de encontrar una subespecie humana mutada oriunda de ese planeta. No podían quedarse al descubierto.

—Tienes razón. ¿El aerodeslizador funciona?

—Va a necesitar una revisión, pero sí. —Will se encogió de hombros—. Ahora bien, yo no contaría con la fianza. El monstruito ha arrugado la chapa del morro usando las manos desnudas.

—Llévalo a la puerta del búnker, lo más cerca posible. Trata de llamar a tu padre por la

comunicación vía satélite, y si ves otra de esas cosas, corre.

—¿Y vosotros?

—Me ha dado su frecuencia, señor Trevor —sonrió Jacobinssen—. Ahí abajo hay una radio, y tengo claro que sirve como refugio contra bersérkers, porque este… esta, no ha podido entrar. Le llamo en cuanto tengamos señal.

Will asintió y le guiñó un ojo a Teresa, que entrecerró los suyos. Parecía querer disputarle la partida a su maestra de ligues. Kiara suspiró. El piloto también era bueno con las chicas, estaba más que demostrado. Pero querer competir con su primera oficial era un suicidio, la había visto convencer a mujeres completamente heterosexuales y dejarlas con ganas de repetir la experiencia.



Cuando creo haberlo visto todo, me encuentro esto aquí abajo

No les resultó complicado entrar usando la tarjeta de seguridad de Jacobinssen, que todavía estaba en vigor. La puerta había sufrido daños, aunque eso solo les obligó a que George tuviera que tirar de ella para abrirla primero y cerrarla después. En el interior no les hicieron falta las linternas, pues alguno de los compañeros subcontratados de la arqueóloga había instalado un sistema de focos que se encendían con una pesada palanca de contacto que se encontraba nada más entrar, junto al gran generador que ocupaba la mayor parte del espacio disponible tras el muro de contención de hormigón que se veía desde el exterior.

Se adentraron en el subterráneo, muy diferente en forma y aspecto a la tétrica red de túneles que recorrieran bajo la superficie de Casino. La caverna era una bella formación natural con numerosas filtraciones de agua. El cristalino sonido de las pequeñas cascadas era muy relajante, y se combinaba a la perfección con las luces cálidas elegidas para iluminar las paredes y las pasarelas que acompañaban a los visitantes y trabajadores hasta la excavación en sí. Anduvieron por la espaciosa cueva durante un trecho más, subiendo y bajando de nivel, descendiendo por unas escaleras parcialmente talladas en la roca viva. Transcurrido un rato, el aire húmedo fue dando paso a uno más fresco y la claridad aumentó hasta que encontraron algo completamente asombroso.

En una de las galerías, la humedad había derrumbado una pared y liberado un maremoto desde fuera, formando un lago profundo y negro cuyo fondo no se veía a pesar de las luces que lo enfocaban. Al otro lado de ese viejo tabique natural, la vegetación verde anegaba un escarpado agujero que comunicaba con el exterior. A simple vista parecía una vieja chimenea volcánica extinguida hacía eones, lo que explicaba la existencia de los túneles originales que el agua transformó en la red de cuevas inundadas que tenían bajo sus pies. Habrían sido coladas líquidas en algún momento, o tal vez cámaras rebosantes de lava.

El derrumbamiento era impresionante y gigantesco, ciclópeo, de cientos de metros cuadrados. Debía haber miles de toneladas de roca volcánica convertidas en cascotes que arrasaron el interior de una cámara basáltica de profundidad desconocida. Algo así ya era un atractivo turístico impresionante para un mundo que consistía esencialmente en grandes cantidades de vanadio y madera. La cuestión era que aquellos fenómenos de indescriptible belleza no habrían conseguido fondos a Jacobinssen, a no ser que se hubiera dedicado al turismo naturalista. El cráter de la chimenea estrecha se inundó durante el proceso de terraformación, ocultando el ansiado premio de la arqueóloga a los reconocimientos aéreos y por satélite. Jamás lo habría encontrado de no ser por los habitantes del pequeño pueblo quemado, que hacía unos diez años oyeron un terrible ruido que provenía del interior de las cavernas.

Como el gobierno títere de *Vanadiocelsis* se negó a investigar porque en el fondo le daba igual que un volcán de ese tamaño entrara en erupción, en tanto en cuanto no afectara a *Mina Tres*, los propios lugareños se armaron de valor, adentrándose a investigar el motivo del estruendo. Esos primeros exploradores equipados con simples antorchas contemplaron, atónitos, lo que ellos estaban viendo en aquellos momentos.

En mitad de las rocas yacía un edificio que cayó junto a ellas. Por una casualidad del destino, el apocalíptico temblor dejó una de sus esquinas a la vista, permitiendo a los leñadores informar de su existencia y a la *Universidad Olimpiana* lanzar una puja al mercado de rarezas para conseguir su explotación. La estructura estaba ladeada, llena de golpes y con grandes partes

saltadas. Los daños en las paredes eran enormes, tanto, que en algunos puntos podía verse el interior. Las estatuas, que ya habrían sido muy extrañas en su estado original, no eran más que muñones aplastados, por lo que resultaban irreconocibles. El material, una piedra entre negro y verdoso, era asombrosamente hermoso incluso teniendo en cuenta su lamentable estado de conservación. El color resaltaba muchísimo en contraste con los cascotes grises que lo habían acompañado a su viaje a las profundidades de la tierra.

Una escalera de madera conducía al interior a través de una abertura elíptica y siniestra. A la puerta de un edificio *alienígena*. A Kiara se le erizó el cabello de la nuca, como le pasaba siempre que veía algo desconcertante o aterrador. Aunque la parte racional de su cerebro se oponía, la irracional empezaba considerar que la chaladura de David, *La sombra de Héctor* y el *Sendero del Cielo*… podía no serlo tanto.

Después de todo, Jacobinssen y un departamento entero de la *Olimpiana* estaban dedicando sus carreras a buscar… ruinas Xenos. No creía que hubiera tantísimo dinero con el que regar a una treintena de farsantes. Al menos, no en una multiplanetaria. Solían ser más bien estrictos con lo de financiar engañabobos.

—Bienvenidos a mi vieja oficina —Úrsula miró al increíble edificio con los ojos llenos de devoción—. Si no les importa, me gustaría ver si alguna de mis notas sigue en la cabaña.

—C… claro.

La siguieron a través del puente que cruzaba la laguna oscura hasta la isla en la que asomaba aquel hallazgo asombroso. Se dirigieron a un refugio de madera pegado a la estrecha pared que aún no se había inundado, al borde del agua. Jacobinssen volvió a pasar su tarjeta electrónica por el lector de la puerta, y este se iluminó en rojo. Repitió la operación, con idéntico resultado.

Parecía que aunque no hubieran eliminado sus privilegios de acceso de la puerta exterior, sí que lo habían hecho de la memoria interna de aquella caseta. Quizás porque estaba conectada mediante un cable que surcaba el techo en dirección al cielo visible a través del derrumbe. Al estar comunicada por vía satélite, aquella minúscula base de datos de personal debía actualizarse automáticamente.

—Qué lata. No podemos pasar.

George se adelantó, sonriendo a la mujer y apartándola con delicadeza. Introdujo su enorme cuchillo de combate, que en manos de un simple mortal habría sido un machete descomunal, entre la puerta y la pared. Lo hundió hasta la empuñadura justo por encima de la bisagra superior, y con un suave movimiento de palanca, astilló la madera. Tras repetir el proceso primero bajo la inferior, y luego en la parte alta del marco, sacó limpiamente la puerta.

Úrsula le contempló asombrada.

—George tiene llave maestra de entradas delicadas.

—Gr… gracias.

El gigantón quedó de guardia, mientras las cuatro mujeres entraban a la sorprendentemente espaciosa oficina de la excavación, que también hacía las veces de vestuario a juzgar por los trajes colgados al lado de la entrada. Dreston y Teresa echaron un vistazo. Era un lugar muy funcional, espartano, lleno de corchos para colgar notas y fotografías analógicas. Había una estantería repleta de aparatos de catas y medición, una caja de *poliplástico* atestada de botes de cristal con muestras, un escritorio con un ordenador y sus periféricos, y un equipo de

comunicaciones de largo alcance. Sí, ese debía ser el aparato al que se refería su protegida, el que estaba conectado al exterior a través de la grieta de la chimenea volcánica.

La doctora inició sesión, y comenzó a descargar los datos a una *holotableta* que le prestaron los corsarios. Aquello era, técnicamente, robo de información corporativa. Uno de los delitos más graves y severamente castigados de la Confederación. Aunque bajo cierto punto de vista, Jacobinssen era quien los había generado, de forma que ya tenía acceso a ellos incluso sin poseer una copia física de los mismos.

Con bastante parsimonia, analizó las entradas del registro. Teresa se cruzó de brazos pasados unos minutos. Aunque estaba tratando de ligar con ella, le desesperaba tanta lentitud cuando podía aparecer otra mole fuera de control en cualquier momento. El encuentro le había causado tanto pánico que ni siquiera recordaba, a diferencia de Kiara, que ahí dentro estarían a salvo.

—¿Encuentra lo que busca?

—En realidad, hace un par de minutos que lo tengo. Quería ver qué han hecho desde que me echaron. Lo que he encontrado es… perturbador.

—¿A qué se refiere? —preguntó Dreston—. ¿Hay peligro?

—No, no creo. Aquí estamos tan a salvo como se puede estar de los bersérkers. No hay brechas de seguridad ni nada de eso —Teresa se sintió tonta, relajando la postura—. Es Taley, mi ayudante. Le encargaron recopilar mis notas en lo que mandaban a otro arqueólogo titular. Por lo que dice la última entrada, fue ella quien cerró el búnker por dentro para ocultarse del monstruo.

—Eso explica por qué quería abrirse paso. Intentaba capturarla, o matarla. ¿Dónde está?

—Me temo que no la veremos más. Niña tonta, decidió tomar una mochila y provisiones y… y… buscar otra salida por el sur. Es la peor ruta que podía haber elegido, tras trescientos pasos hay una pendiente en tobogán que lleva a una cámara magmática interna.

—¿No podemos buscarla?

—De esto hace tres días, y la caída vertical es de doscientos ochenta y seis metros, contra una superficie sólida. Me temo que no lo ha contado, o habría regresado aquí. Me… me duele mucho admitirlo, pero incluso si no se ha matado, no disponemos de los medios para rescatarla, es una pared lisa y sin asideros. Ni siquiera seríamos capaces de confirmar su destino, porque la sonda topográfica se devolvió hace meses.

Dreston sintió mucha lástima por la chiquilla. Se veía su foto en la *holopantalla*, parecía una estudiante joven llena de pecas. Con una media sonrisa muy simpática y el pelo claro y revuelto en tirabuzones. Aunque no ponía la edad, podía imaginarse a una joven de dieciocho años viendo cómo una máquina de matar arrasaba el pueblo, corriendo a encerrarse antes de que una montaña de músculos inflados le echara el guante. Asustada, confusa. Escribiendo durante horas, devanándose los sesos intentando entender el transmisor que Alessa reconfiguraba en aquellos momentos. Jacobinssen tenía razón, la lógica indicaba que estaba muerta. Sin embargo, no quería asumirlo sin más, porque… ¿Y si no era así?

—George, Teresa. Buscad unas cuerdas, ataos y comprobad la zona. Dejad una línea de vida enganchada a una estalagmita bien gruesa antes de adentraros en la galería. Si hay algún foco portátil por aquí, lleváoslo.

—De acuerdo, capitana. —Era curioso como, a medida que pasaba el tiempo, a Teresa iba

pareciéndole mejor lo de ayudar a los demás, incluso si era en situaciones tan poco prometedoras como aquella—. Sospecho que no encontraremos nada de nada, pero lo verificaremos de todas formas.

—No os arriesguéis, cuando empiece la pendiente, abandonad. Llamad en voz alta, y que George afine el oído por si hay respuesta. Si es el caso, habrá que dar con la forma de sacar a la chica.

La primera oficial asintió, y salió de la cabaña en cuanto encontró los materiales que necesitaban. El gigante se asomó un momento y se despidió agitando la mano como habría hecho cualquier niño. La arqueóloga contemplaba a Dreston entre conmovida y asombrada. Los dejó alejarse antes de preguntar.

—¿Usted siempre es así?

—¿Se imagina estar herida y sola en la oscuridad, rezando para que alguien la rescate?

—Sería horrible. Taley sabe que cerró tras ella. No espera a nadie.

—Eso le da igual a la capitana, es santa de los imposibles.

Alessa levantó un interruptor. A Dreston le molestaba que fuera así de negativa, por supuesto, aunque sabía que podría cambiarla tarde o temprano tal y como había hecho con su primera oficial. Eso era lo que hacían las familias.

—Listo.

Fourier dejó paso a su jefa, que estableció comunicación con William, contándole las novedades. El piloto les dijo que fuera no había movimiento, que los escáneres no registraban nada y que dejaría el canal abierto con ellos por si acaso. También les recomendó rebotar la señal a sus comunicadores usando el aparato. La ingeniera contestó con vehemencia que ya estaba hecho y que se preocupara más por vigilar.

Will gruñó.

—Papá no responde. Kiara, ¿vais a tardar mucho?

—No lo creo. Doctora, ¿tenemos todo?

—Casi. Me gustaría revisar el equipo de campo que hay en el interior del templo. Parece que algún listo movió los datos en vez de limitarse a copiarlos. Aparte de ser un problema de seguridad, compromete la información. Espero que no lo hayan borrado o voy a…

Kiara estuvo convencida de que Jacobinssen iba a decir *a matar a alguien* tan pronto como vio que se ponía pálida. Podía entender su desazón, era probable que ninguno de sus colaboradores de campo hubiera sobrevivido al ataque de la criatura. O criaturas, si es que había más de una. Abandonaron la cabaña, perseguidas por la fría sensación de que dejaban atrás una tumba.

El edificio se volvía más y más perturbador a medida que se acercaban a él. A diferencia de la xenoarqueóloga, ni Dreston ni su compañera sentían devoción por la construcción. De lejos impresionaba. De cerca, transmitía una sensación inquietante de peligro e inseguridad, como si se tratara de una advertencia que Jacobinssen estuviera pasando deliberadamente por alto. Ponía los pelos de punta de forma literal, a medida que subían peldaños del andamio de madera sentían la necesidad de volver a la nave y salir de aquella roca quemando reactor.

Se encontraron ante la abertura ovalada, ladeada por el derrumbe, de pie sobre la tarima que

daba acceso al interior. Las dos corsarias estaban congeladas, sin atreverse a entrar. La doctora se volvió hacia ellas, sorprendida. Luego pareció reparar en algo, y les sonrió.

—Vamos, pasen. Se me ha olvidado decirles que las primeras veces da un poco de repelús. Sucede a menudo.

Kiara y Alessa se miraron en cuanto la otra se volvió. La capitana bajó el tono incluso más de lo habitual, de forma que solo la oyese su compañera. Fourier se acercó, era lo bastante avispada como para no tener ni que hacerle el gesto.

—¿Tú también lo notas?

—Me considero una persona completamente racional, ya sabes que no creo en la ciencia ficción. Sin embargo, aquí hay *algo*. Algo que no quiere ser molestado. Quizás sea algún tipo de dispositivo alienígena que altera el ánimo.

—¿No te parece una explicación muy fantástica?

—Si yo hubiera creado algo como esto con la idea de mantener a los curiosos fuera y mis secretos dentro, y dispusiera de la tecnología…

—¿Consideras que es peligroso?

—En mi mundo, no. En el de las pelis malas de los Trevor, vamos a morir en breve de una manera horripilante. Ciencia o ficción, capitana. Tú dirás. Podemos decirle que la esperamos aquí fuera si no te atreves.

Dreston sintió una punzante herida en su orgullo. Fourier no se caracterizaba por mimar los sentimientos de nadie, era tan seca y directa que resultaba casi imposible no odiarla en algún momento. Sin embargo, sus evaluaciones solían ser muy acertadas. Las reparaciones estructurales del *Pétalo Danzarín* que sugirió mientras aún trabajaba para David habían resultado de enorme ayuda a nivel de diseño, y sus diagnósticos terminaban siempre en rotundos éxitos. Por eso permitía su actitud la mayor parte del tiempo. Era mitad científica y mitad ingeniera, un perfil muy raro en el currículum de una corsaria. Y encima sabía dar donde dolía.

En aquella ocasión podía concluir dos cosas de sus palabras: que la situación le olía a trampa y que tenía tanto miedo como ella. Había algo irracional flotando en el ambiente, y eso era lo más terrorífico que le podía pasar a su compañera. No encontrar explicación para todo.

—Vamos. Veo que George y Teresa han dado la vuelta. Espero que hayan tenido suerte.

Alessa asintió con gravedad y la siguió a regañadientes. El umbral era pavoroso, la piedra negra y verdosa susurraba algo, como un mudo aviso que les rogaba que no entraran. Sus linternas no alumbraban prácticamente nada, la propia estructura se tragaba la luz.

De repente, por arte de magia, tanto las tinieblas como el miedo desaparecieron, sustituidos por una fantasmagórica representación holográfica tridimensional. Un aparato arqueológico situado en el centro del templo cobró vida, proyectando caracteres y dibujos contra las paredes siniestras. Ambas miraron boquiabiertas. Parecía que, durante sus estudios, Jacobinssen había buscado cada símbolo de la superficie tenebrosa del templo, convirtiéndolo en un haz de luz para no necesitar consultar nada en una representación menor. También tenía cierto sentido, porque eso le permitía colocar notas flotantes alrededor y demarcar aquellas zonas dañadas o sin catalogar.

Una vez dentro, la estancia única no era tan grande, abarcaba unos sesenta metros cuadrados.

Estaba ladeada al igual que el resto del edificio, por lo que las pasarelas y rampas corregían la desviación para permitir a los estudiosos moverse correctamente por el interior. El *holoproyector* se había colocado en un pequeño pedestal, que lo sostenía con el mismo ángulo que tenía el suelo.

Úrsula estaba trasteando un viejo equipo informático, sentada en un taburete sin respaldo. Parecía murmurar en voz baja una maldición o un juramento. Alguien debía haberle estropeado el trabajo.

—¿Sucede algo?

—Que un idiota ha metido la pata. Los datos se trasladaron de forma parcial, habría que recompilarlos usando la información bruta de este terminal. —La mujer aporreó con furia el teclado proyectado, como si eso fuera hacer el proceso más rápido—. Ya está. Llevará unos minutos. Me pregunto qué habrían hecho si no llego a querer una copia para mí.

—¿Este es su trabajo?

La doctora se volvió hacia las proyecciones, casi todas entre blancas y azules, y su expresión cambió del enfado al orgullo. Era igual que una madre contemplando los primeros pasos de su hijo.

Les explicó que casi todo lo que veían era desconocido, que se trataba de un lenguaje basado en fractales y que resultaba complejo tratar de dilucidar simplemente un alfabeto. Estaba explicándole a Dreston lo difícil que era asimilar una gramática humana a la de una especie con una evolución completamente diferente, cuando Fourier las interrumpió con un grito.

—¡¡Joder!! ¡¡Es una advertencia!!

Dreston y la xenoarqueóloga se volvieron hacia Alessa, que había bajado las lentes principales de realidad aumentada de su estrambótico gorro. En los cristales se veían reflejadas las imágenes del techo, junto a otros símbolos y notas que no se podían apreciar debido a su pequeño tamaño.

—¿Perdone?

—¡Que es una advertencia! ¡Tenemos que salir de este mundo cuanto antes!

—Espere, espere —rio Jacobinssen—. ¿Insinúa que entiende mejor que yo estos símbolos?

—Lo afirmo. Deme una toma AA-veintitrés.

La doctora reprimió una carcajada, y levantándose parcialmente del taburete, agarró un cable enrollado que había cerca, le quitó una brida de alambre y lo arrojó en dirección a la corsaria. Ni siquiera se molestó en acercárselo, aquello le parecía tan cómico a la par que insultante que no creyó que mereciera la pena levantarse.

Fourier agarró el cable, mirando únicamente a Dreston con sus ojos oscuros encendidos. Lo insertó con un chasquido en el ordenador de su cadera que alimentaba el terminal del gorro, y que solía ser su principal instrumento de trabajo. A la capitana no le hacía tanta gracia, conocía de sobra las capacidades de su tripulante más reciente.

Le pidió a Jacobinssen que le diera acceso al proyector, y tan pronto como la aún escéptica xenoarqueóloga lo hizo, superpuso palabras comprensibles a los caracteres Xeno. En español. Dreston y la doctora abrieron los ojos y la boca, con incredulidad. Casi todo el texto estaba parcialmente traducido.

Tal y como dijera Alessa, el mural principal con forma ovoide era una enorme advertencia con señales de peligro. Se avisaba a los incautos que no abrieran algo llamado *La Cápsula*, porque si lo hacían, el *Motor de Vacío* consumiría todo lo que encontrara a su paso.

Los retazos de información hablaban de una guerra. Una contienda sanguinaria y horrible entre dos civilizaciones alienígenas desaparecidas en los incontables millones de años de existencia del universo, tan viejas, que llevaban eones extintas incluso antes de que la raza que erigió el templo saliera de su estado primigenio.

Estas dos especies, enemigas irreconciliables, desataron una guerra total entre ellas, arrasando los mundos de la otra sin piedad. Se detallaba algunas de las cosas espantosas que los contendientes habían perpetrado, hasta que una de las civilizaciones creó los *Motores de Vacío*. En plural. Los Ghipdaah se supieron vencidos, y antes de extinguirse activaron unas monstruosas armas del juicio final capaces de aniquilar a sus odiados enemigos, incluso después de su desaparición.

Aquellas abominaciones eran entidades semi conscientes, capaces de crecer hasta tener el tamaño de un edificio. Resultaban virtualmente indestructibles, imposibles de mover porque nada vivo de una talla moderada podía acercarse a ellas sin sucumbir. Un *Motor* infectaba a sus víctimas, seres racionales, originando un culto de *Esclavos del Vacío* a su alrededor. Los obligaba a traerle más y más materia orgánica que consumir para generar energía.

Este proceso terminaba por producir ejércitos enteros de criaturas descomunales y llenas de ira, dirigidas por una casta sacerdotal más inteligente que los llevaba a la guerra. Cada entidad era capaz de terminar duplicándose una vez alcanzado cierto nivel de poder, de forma que su propio culto pudiese trasladar al retoño a un nuevo planeta habitado en el que reiniciar el ciclo.

Los enemigos de los Ghipdaah, fueran quienes fuesen, sufrieron enormes pérdidas tratando de vencer a los ejércitos sectarios, seres de su propia especie subvertidos por los *Motores de Vacío*. Terminaron por destruir los mundos que sucumbieron a la plaga con armas apocalípticas, hasta que creyeron haberlos exterminado por completo.

Pero no lo consiguieron. Los Paatsi, creadores del templo, habían encontrado uno intacto en aquel jodido planeta. Tras entender lo que era, desataron un terrorífico ataque biológico que erradicó toda la vida del globo por encima de las bacterias. Después, encerraron el *Motor* en una cápsula usando unidades robóticas remotas.

Mantuvieron oculta el arma para estudiarla, para tratar de entender cómo era posible crear un horror semejante. Según el templo, querían sacar algo bueno de aquella abominación. Sus esclavos poseían una resistencia inaudita, se regeneraban, eran virtualmente inmortales en términos de longevidad. Alrededor de *La Cápsula* aparecieron ciudades, universidades, campus completos destinados únicamente a estudiar los prodigios de la antaño terrible creación Ghipdaah.

Pero entonces… alguien les atacó. Hablaban de una raza muy superior que barrió sus defensas, que arrasó sus mundos. Tras sellar y ocultar *La Cápsula*, esperaban que para siempre, construyeron varios templos ocultos en el globo como un aviso final que disuadiera a cuantos quisieran…

El texto acababa ahí, justo debajo la piedra se había desprendido, terminando con cualquier pista sobre los misteriosos atacantes. El destino de los Paatsi parecía claro. Fueron aniquilados junto a todos los avances médicos que hubieran logrado extraer del *Motor*.

Kiara guardaba silencio. Una vez más, la *sombra de Héctor* y David acaparaban sus pensamientos. Había abandonado al Renegado porque creyó que estaba obsesionado. Incluso loco. Y ahora se descubría mirando como una estúpida unas inscripciones alienígenas que hablaban de la misma historia que él perseguía. No. Que había perseguido. Solo faltaba que llevara razón y que hubiera sido su obcecación la que lo hubiera echado a los brazos de…

Por suerte, Úrsula la interrumpió.

—¿De… de dónde ha sacado usted esta transcripción? ¡Cuadra al milímetro con mis notas de campo! ¡Es como si alguien hubiera avanzado veinte años mi investigación!

—La explicación más sencilla suele ser la correcta —respondió Alessa—. Usted no es la primera en estudiar a estos Paatsi.

—Imposible. La universidad *Olimpiana*…

—Doctora, siendo más diplomática de lo normal, le diré que sus mecenas son una banda de gilipollas a los que sólo les interesa el dinero. Este estudio lo patrocinó un grupo de chalados a los que sí les importaba lo que hacían.

—¿Quiénes?

—Una secta fuera de la ley. Mi antiguo jefe robó su base de datos, y eso terminó costándole la vida. Sabiendo únicamente eso será más feliz.

—¿Me pasaría esas notas?

—No veo por qué no, usted está colaborando. Copiando a su terminal.

Dreston entrecerró los ojos. Así que Alessa también tenía la base de datos del *Sendero del Cielo* en su ordenador personal. Eso era interesante. No lo había ocultado deliberadamente, aunque tampoco le había dado excesiva publicidad. En el fondo podría haberse callado y jamás habrían leído aquello. Y desde luego, si hubiese sido algo secreto que se guardaba para sí, nunca lo habría compartido con la doctora. Mucho menos, estando ella delante.

Tendría que encontrar una forma educada de pedirle una copia. Sí, podía decirle que sería una magnífica fuente de nuevos trabajos. Una información tan valiosa les ayudaría a encontrar clientes, especialmente ahora que el culto había desaparecido junto a su estación. Apretó los ojos. No. En el fondo quería saber si David llevó razón en algún momento.

No podía negar la evidencia. Estaba *viendo* las pruebas.

—Hay que impedir que el *Motor de Vacío* caiga en malas manos. Si no he entendido mal el texto que las tres hemos leído, es un arma diabólica. Tiene gracia que Clariano llevara razón, en cierto modo, sobre las posesiones y los sacrificios.

—¡Ya lo entiendo! —La doctora reaccionó de repente, como si su cerebro hubiera omitido hasta ese momento el detalle de la guerra apocalíptica—. ¡Ahora sabemos por qué lo quiere Walter Navonod!

Vale. Esa no era la salida que esperaba. Quizás habría preferido que le diera la razón, o que se comprometieran las tres juntas a acabar con aquel mal. O algo así. Lo mismo Fourier estaba en lo cierto y últimamente tenía demasiado complejo de heroína.

—No lo pillo.

—El viejo teme a la muerte, capitana —Alessa puso los ojos en blanco—. Si no me equivoco,

usted tradujo que se trataba de un instrumento de curación de algún tipo. Lo de las ciudades y universidades. ¿A que sí?

—Me… me temo que sí. Eso era lo único que tenía claro.

—Esto es lo que le robó Marc. Lo de sus datos no ha sido un accidente, ese capullo intentó borrarlos deliberadamente para poder vendérselos a la universidad y a su abuelo como si fueran propios —concluyó Kiara—. Sin saber que, con una mala suerte increíble, no había llegado a la parte donde la supuesta panacea que volvía inmortal y súper fuerte a quienes la usaban resulta ser un dispositivo de exterminio ideado por una raza a punto de ser defenestrada por sus enemigos.

—Así que financió a su nieto… —Fourier parecía hastiada, se le notaba a la legua que quería largarse cuanto antes de aquella roca—. Y el imbécil de Marc abrió *La Cápsula* de la historia, porque no leyó las seguramente evidentes señales de peligro que alguien más listo escribió encima.

—Claro que no las leyó. Ese patán no entiende nada xenológico. Y aunque hubiera sabido algo, el único templo superviviente estaba aquí, y sin terminar de traducir. Los otros deben estar enterrados bajo una capa de restos gigantes de los satélites que la otra civilización derribó sobre Ñagiss. Estos datos que tiene usted, señora Fourier… deben venir de otro planeta Paatsi.

Dreston se volvió a su compañera. Tenía razón, eso era lo que habría pasado. El nonagenario, a pesar de los múltiples tratamientos de rejuvenecimiento que pudiera comprar, no tendría ya mucha esperanza de vida. Algunas enfermedades eran incurables, ni los trasplantes ni la ciencia médica humana podrían salvarlo pasado cierto punto. Incluso si en aquellos momentos gozaba de una salud de hierro.

Si existía una posibilidad de rejuvenecer, por remota y descabellada que fuese… estaba segura de que un hombre rico y famoso interesado en el ocultismo haría lo que fuera por conseguirla. Incluso sacrificaría a su nieto o, peor, creería que este se estaba guardando el secreto con la idea de quedárselo.

Mala solución iban a poder darle a su cliente. Si esperaba superar alguna enfermedad terminal usando aquel cacharro, ya podía irse olvidando. El problema era qué narices iban a hacer con el *Motor de Vacío* que el chalado de Marc Navonod había liberado, si para encerrarlo la primera vez hicieron falta un grupo de robots alienígenas no tripulados de una civilización mucho más avanzada que la humana.

Jacobinssen apagó las proyecciones y a Kiara le pareció ver una figura llena de cuchillas y manchada de sangre durante un instante. Estaba grabada en su retina como si fuera una luz que la hubiera deslumbrado. Se frotó los ojos y la imagen se esfumó, sustituida nuevamente por aquella sensación de desasosiego que flotaba en el templo cuando se extinguían las luces.

De repente, Dreston se dio cuenta de algo asombroso e inquietante. Ya no le dolía nada. Las contusiones sufridas durante el combate con el Bersérker habían desaparecido como por arte de magia.


CARGANDO

El frenesí del Vacío llama a tu puerta

—Ya te he dicho que no es una puta opción, Alessa. Igual que te sacamos de esa estación, vamos a intentar arreglar esto.

—Es un error, y lo sabes.

—¡Nada de Protocolo Némesis!

Volvió a mirar al frente, molesta. Teresa se revolvió, atrapada entre ella y Will, encajada en el hueco del asiento delantero de dos plazas. Acabó pasándoles los brazos por encima de los hombros a ambos, aunque había procurado evitarlo hasta ese momento para no hacerlos sentir incómodos.

Dreston estaba cabreada con Alessa. Le sucedía lo mismo que a la propia primera oficial le pasó al principio, y eso la enervaba. Tras la vida que había llevado, sería mucho más difícil de convencer. Tenía que dejar de mirar únicamente por sí misma y empezar a hacerlo por los demás. Al menos, mientras hubiera inocentes que se pudieran salvar.

La ingeniera había sugerido llamar a la Confederación y solicitar un Protocolo Némesis. Al parecer, la Gran Cámara de Comercio tenía preparada una contingencia por si se detectaba una nueva plaga al estilo de los *Fkashi*. Existía un canal especial gubernamental en el que se centralizaban las peticiones de auxilio. Una vez que se confirmara la amenaza, el planeta contaminado por los terribles seres que asolaron Armagedón, o por cualquier cosa semejante, sería sometido a un bombardeo de exterminio cuyo objetivo primario era anegar el mundo con suficiente radiación atómica como para aniquilar toda vida conocida.

El objetivo secundario era encontrar un punto vulnerable en su corteza que permitiera a las naves de ataque fracturar por completo el manto. O lo que era lo mismo, reventar el planeta a base de terremotos catastróficos.

Alessa les dijo que lo mejor era cargar su nave con quienes cupieran en ella, hacer despegar cualquier otra que hubiera en la superficie de Ñagiss, y luego llamar a la flota de exterminio para que convirtieran aquel agujero en un cráter nuclear antes de que el maldito *Motor de Vacío* formara su ejército de leyenda. Una parte de Kiara tenía que reconocer que lo mejor era cortar por lo sano. Por otro lado, quería confirmar si el monstruo que se habían encontrado no era algo creado en un laboratorio con el objetivo de dar vida al mito de la caverna. Después de todo, si Fourier disponía de la información, alguien más podría haber dado con ella y estar aprovechándola para producir un caos terrible y hacerse con el control de la mina y de las reliquias alienígenas. Y por *alguien,* se refería a Marc.

Tras tantos millones de años el dispositivo podía estar averiado, y si ese era el caso, unas cuantas armas automáticas eran mucho más proporcionadas que varios miles de megatones.

La excursión de Teresa y George terminó en un inesperado éxito. El gigantón todavía sonreía desde el asiento trasero a la jovencita que viajaba entre la ingeniera y la xenoarqueóloga en el banco central. Seguía inconsciente, y seguramente necesitaría asistencia médica cuanto antes. Sí que se había caído por el terraplén, aunque la pura suerte hizo que no se matara. Al estar tan asustada por el monstruo de fuera, había cogido un piolet de la caja de herramientas con la vaga esperanza de poder usarlo como arma si llegaba el caso. Al resbalar se giró tratando de agarrarse, y la buena fortuna hizo que la punta del pico se enganchara en una pequeña grieta. La dragonera[1] le salvó la vida.

Taley se rompió la muñeca, se sacó el hombro y se llenó de quemaduras por fricción. La deshidratación casi había terminado con ella, unas horas más y habría sido demasiado tarde. Pero por suerte, las manos enormes de su rescatador la ataron con firmeza y posteriormente izaron hasta un lugar seguro. Se quedó a menos de tres metros de la muerte. Ahora, ya rehidratada y sedada para evitar el terrible dolor del brazo, tenía mejor aspecto. Su cabeza descansaba sobre el regazo de su preocupada jefa, que le ponía la mano en la frente.

—A lo mejor alguien de la universidad…

—Que no, doctora —protestó Alessa, de nuevo, sin siquiera girarse—. Si les avisa de esto, se limitarán a evacuar sus propias instalaciones y la flota nos matará. Si alguien llama, tenemos que ser nosotros.

—Y yo os digo que quiero saber primero si de verdad hay algún fundamento en el tema de la secta, ostia —Kiara estaba ya rematadamente harta de fanáticos religiosos, fueran legales o ilegales—. Vamos a empezar por contárselo al alcalde de *Mina Tres*, incluyendo la parte donde nos achicharran. Es un poderosillo local que en el mejor caso se quedará con lo puesto si consigue escapar. A ver cuántos soldados y voluntarios nos presta, y cómo de factible ve evacuar la ciudad. Igual, si la cosa está contenida, es viable destruir solamente la mina.

—Capitana, algo me dice que el alcalde ya tiene una idea de lo que vamos a contarle.

Dreston sacó su catalejo, apuntando hacia la columna de humo que Will estaba señalando en el horizonte. Enfocó la zona, y haciendo algunos cálculos mentales, se convenció de que debía de ser cerca de la pequeña ciudad minera. Oyó cómo su piloto mascullaba que ojalá su padre se encontrara bien. El joven Trevor apretó ligeramente el pedal del acelerador y el vehículo ganó velocidad al empezar a subir la cuesta que permitía a la carretera trepar hacia la meseta. La estúpida niebla era un problema, y de no haber sido por ella habrían visto la humareda bastante antes.

Qué demonios, Kiara también estaba preocupada por Pierce. Una cosa era que no funcionara la comunicación por satélite, teniendo en cuenta la mierda de mundo en la que se encontraban, y otra muy distinta que no recibieran respuesta a distancia de antenas de tierra.

Pasados unos tensos minutos durante los que el grupo revisó las armas y los seguros, empezaron a ganar velocidad. Ahora el aire traía el inconfundible aroma de la madera quemada. George empuñó su arma, una ametralladora pesada similar en calibre al *Grito de Muerte*, y les dijo en tono moderado que se oía a alguien luchar. El piloto, desatendiendo la prudencia, hundió el pedal del acelerador del sobrecargado aerodeslizador, cuyos repulsores gimieron por el esfuerzo.

Desembocaron en la pista lateral para camiones, en mitad de una batalla campal. O más bien de una carnicería, porque un grupo de bersérkers estaba masacrando a los habitantes de *Mina Tres*, que se defendían como podían de las montañas de músculo.

—¡Tenemos que hacer algo! —imploró Jacobinssen—. ¡La gente está casi indefensa!

—¡¡Vamos a planificarlo bien por una vez!! ¡¡Para, Will!! —El piloto asintió y derrapó de lado lo más alejado posible de la contienda—. ¡¡George, abajo conmigo!! ¡¡Alessa, el gancho trasero, mientras os acercáis!! ¡¡Teresa, coordinas y disparas!! ¡¡Que no os pesquen, atraedlos a la línea de fuego!! ¡¡Doctora, pídale un arma a Teresa por si acaso, y cuide de que su ayudante no se caiga!! ¡¡Vamos!!

Kiara saltó del vehículo tras el gigante, y la ingeniera cambió de asiento y pulsó el control que desenrollaba el carrete de popa que el aerodeslizador usaba para arrastrar vehículos o palés gravitatorios medianos tras él. Fourier, antes de dar luz verde, se ató las piernas anudando el cinturón de seguridad posterior alrededor. Luego se sujetó con dos mosquetones a la barra antivuelco que protegía las cabezas de los pasajeros en caso de accidente.

En cuanto tomó el gancho de aleación ligera en las manos, Will aceleró de nuevo, con Teresa sentada en el cabecero y apoyando el pie derecho en el salpicadero, mientras se alzaba sobre el parabrisas con el izquierdo. Empuñaba sus dos armas, y besó ambos cañones con una dulzura que dedicaba solo a sus amantes.

El vehículo se aproximó por la espalda a una de las bestias, que agarraba a un grupo de cuatro personas de las piernas, a dos con cada mano. Al pasar, Fourier le arrojó un lazo que había hecho con el cable alrededor del cuello. A una velocidad relativamente baja y con un blanco tan descomunal, el centro del lazo le atinó abarcándole la cabeza y un hombro.

Entonces, dio la señal para que el joven Trevor pisara a fondo girando en la dirección de la que habían venido. El tirón del nudo corredizo fue fulminante, y apretó de inmediato el gaznate del sorprendido bersérker, que echó mano al gancho y soltó a sus víctimas.

En cuanto el cable se tensó, el monstruo cayó de espaldas, pataleando y tratando de liberarse mientras el aerodeslizador lo arrastraba por el suelo pedregoso y descuidado. Empezó a rebotar contra las rocas, quedando suspendido por momentos como si pendiera de una horca, hasta que Will hizo un giro cerrado y lo lanzó contra un muro. A tanta velocidad y suspendido del cuello, el ser crujió con el impacto y dejó de moverse, con la espalda completamente desollada.

De forma inmediata, otros dos engendros se giraron hacia el ruido. El primero estaba tratando de sacar a alguien de las ruinas de una chabola. El otro, parecía estar dándose un festín con un infeliz. Los dos gestos cambiaron de una efímera sorpresa a una furia completamente desatada. Rugieron, y salieron disparados como dos misiles teledirigidos.

Los corsarios arrancaron de nuevo, valiéndose de su no tan sobrada velocidad para sacar ventaja a los perseguidores. Aceleraron por la explanada, aún arrastrando el cadáver, pivotaron noventa grados y enfilaron a Kiara y George. Gracias a los continuos tirones y rebotes, los huesos no podrían soldar y la bestia neutralizada no regresaría al combate.

La capitana y el gigante, con sus armas pesadas preparadas, esperaron a que los enemigos estuvieran en medio de los abanicos de fuego que habían previsto al separarse unos metros. Fijaron como blanco a una de las criaturas, y le mandaron una lluvia de plomo del tamaño de un dedo índice. A pesar de lo increíblemente resistentes que eran aquellos mastodontes, el calibre de sus armas era un factor muy a tener en cuenta, mucho más cuando podían usarlas desde lejos y manteniendo una posición estacionaria. Las balas primero magullaron la piel, luego la atravesaron y después chocaron contra una coraza ósea sólida que había sustituido a las costillas de la bestia.

Sin embargo, el fuego sostenido acabó desgarrando los músculos al bersérker, atravesando su caparazón interno y matándolo para siempre. A ambos les invadió una mezcla de horror y lástima al ver cómo el monstruo recorría sus últimos metros arrastrándose, echando espumarajos sanguinolentos, tratando de alcanzarlos antes de morir. Fue triste verlo convulsionar en el suelo, incapaz de regenerar unas heridas tan catastróficas, mirándolos torvamente hasta que sus ojos rojos se quedaron vacíos.

No podría decirse que no lo hubiera intentado.

Mientras el segundo enemigo corría hacia las armas pesadas, los del vehículo volvieron a desviarse, alejando al tercer bersérker, que parecía cada vez más fuera de sí al no poder alcanzarlos. Teresa se giró.

—¡Písale, que nos pesca!

—¡Eso intento, el fardo pesa una barbaridad!

Alessa echó mano de su lanza Tesla, que había acomodado tras los cabeceros de los asientos, sacó el cartucho de la batería de su sitio, y conectó un cable grueso que pendía de su cinturón. Se lo alargó a la xenoarqueóloga, que se sentaba tras ella.

—¡A la toma del suelo! ¡Ya!

La otra agarró el extremo, temblorosa, y pasó como pudo sobre el cuerpo atado e inerte de su ayudante para levantar la tapa de un enchufe eléctrico que comunicaba directamente con el reactor del vehículo. Acertó tras varios intentos, sudando, y le gritó a Fourier que ya estaba.

La ingeniera se acabó de calzar sus guantes aislantes y se subió desde el cuello unas pequeñas lentes redondas, de estilo aviador, que usaba cuando soldaba. Luego agarró la lanza con ambas manos y sonrió con malicia. El extraño aparato empezó a zumbar.

Acorralado contra el final de la explanada, el vehículo tuvo que decelerar, y el engendro agarró el cuerpo de su compañero, hincando los talones en el suelo con un rugido y provocando un crujido de huesos escalofriante. Los pasajeros botaron hacia adelante cuando la inmensa musculatura del monstruo empezó a frenar el aerodeslizador y luego a acercarlo con el cable, a pesar de que Will aceleraba. Teresa se volvió para disparar y la ingeniera la reprendió con violencia.

—¡Tápate los ojos si no quieres quedarte ciega!

Sabiendo que Fourier no amenazaba en balde, la primera oficial se giró de inmediato cubriéndose con el brazo. El fogonazo deslumbrante tras ella le indicó que había hecho bien. Se oyó un chispazo eléctrico de alta tensión, un alarido agudo y comenzó a oler a quemado.

—¡Nos quedamos sin potencia!

El vehículo empezó a perder tracción a medida que el circuito abierto drenaba energía del reactor. Pasados unos instantes los gritos se apagaron, y ellos se posaron en el suelo. El resplandor desapareció.

—Caníbales a la barbacoa. Me encantan las muertes irónicas.

Will y Teresa se miraron. Su compañera había mandado a aquella mole al infierno propagando su descarga con el cable de remolque, achicharrando al que llevaban a rastras también. Había tenido en cuenta que la base era aislante por precaución, y que las carrocerías no se hacían conductivas. Todo ello en cuestión de unos treinta segundos. Daba mucho miedo.

Pasaron unos instantes muy tensos, en lo que el vehículo recuperaba energía suficiente para volver a despegar, durante los que esperaron que no se presentaran más de aquellos mastodontes. No surgió ninguno más de los edificios próximos, medio hundidos en la densa niebla.

La primera oficial sacudió la cabeza, se subió sobre el asiento, y sacó un silbato de su guardapolvo. Lo tocó varias veces emitiendo una secuencia de pitidos que en muchos sistemas, e incluso algunos deportes, se entendía como toque de reunión.

Primero llegaron George y la capitana, y luego otras figuras harapientas. Eran habitantes de la ciudad, heridos y aterrados, que acudían por si alguien podía ayudarles. Parecían aturdidos y confusos, sin un líder claro y sin saber qué hacer.

Estuvieron apareciendo durante unos diez o doce minutos, hasta que se reunió un corrillo de unas cincuenta o sesenta personas. Algunos eran mineros e iban armados con porras o picos, y todos los demás eran meros civiles. Había por lo menos una decena de niños. Dreston se subió al vehículo y se dirigió a la multitud desde las alturas.

—Está bien, escúchenme. Podemos llevar a los heridos a nuestra nave, y refugiar a los pequeños con ellos. Los demás…

—¿Se refiere usted a la corbeta que aterrizó hace poco en el espaciopuerto?

Kiara se volvió hacia quien hablaba. Era un mecánico, uno de los chapuzas que casi se la lían a Pierce nada más aterrizar. El tipo estaba ojeroso y maltrecho, calado hasta los huesos por haber caído en un charco de barro. Quizás se tiró a una zanja tratando de huir, porque también tenía cortes por la cara y el cuello.

—Esa misma.

—Pues llega tarde. Los… seguidores de Sinistra se la han llevado, junto a un tipo pequeño y a mis compañeros. Esa loca y sus adoradores del maligno ayudan a los monstruos, que están dirigidos por un hombre pálido que lleva un bastón. Arrastraron hasta la nave a la gente que querían secuestrar y despegaron —Levantó el dedo, trazando una trayectoria en el aire, en dirección a las montañas más próximas—. Dejaron atrás a una decena de estas cosas para conseguir más víctimas.

—¡¡Quieren comernos!! —Una mujer andrajosa que abrazaba a dos pequeños rompió a llorar —. ¡¡La blasfema a la que protegen trajo a los demonios!!

—Eh, déjela en paz —Kiara frunció el ceño—. Esas cosas no son demonios. Están infectados, parece que se ha desenterrado en la mina un… virus que ha provocado esto.

—¡¿Es una enfermedad?!

—¡¿En la mina?!

—¡Imposible, Jacobinssen es una bruja, seguro! ¡Tiene que ser un maleficio!

Las protestas desembocaron en una algarabía, y Teresa terminó por disparar al aire. No le preocupó, si el silbato no había atraído a los bersérkers, su arma tampoco lo haría. Dreston lo agradeció, porque si esas cosas acercaban a Pierce al *Motor de Vacío*, lo perderían. No podían retrasarse ni un minuto.

—Hagan el favor de escuchar, porque nuestras vidas dependen de ello. Necesito la ayuda de todo el que se vea capaz de luchar. A los demás los mandaremos a un lugar seguro.

—¿Y por qué no huimos?

—¡Eso! ¡Si ha perdido su nave, no tenemos por qué recuperarla!

La xenoarqueóloga se levantó, harta y cansada. Estaba roja, furiosa como no lo había estado nunca. No pensaba soportar tanta superstición y egoísmo ni un minuto más. Cada persona tiene un límite, un punto de ebullición, y ella alcanzó el suyo en aquel preciso instante.

—¿Ustedes se oyen? ¿Van a dejar a sus amigos y familias en las garras de los *Esclavos del*

Vacío?

—¡Silencio, bruja! ¡Deberíamos…!

—¡¡Ningún paleto ignorante me va a mandar callar!! ¡¡Sé exactamente lo que ha pasado!! —Saltó del aerodeslizador y empujó al minero, que le sacaba una cabeza—. ¡¡Un ladrón de tumbas llamado Marc Navonod usó mi investigación para desenterrar un artefacto alienígena, que estaba oculto en una cápsula sellada!!

El hombre fue a protestar de nuevo, pero vio cómo Teresa movía la pistola y negaba con la cabeza. La doctora le agarró de las solapas y le obligó a mirarla. Aquella mujer había tenido suficiente. Suficiente desprecio, abuso y acoso. Una vez rebasada esa barrera invisible que hace que aguantemos en lugar de explotar, no pensaba tolerar ni una duda más sobre su persona.

—Ese imbécil ha desenterrado un arma biológica xeno. Una bomba olvidada o un gas almacenado durante eones, y la fuga química ha convertido a la gente en eso —Le apretó al minero las manos y le obligó a contemplar los dos cuerpos calcinados—. ¡Estos monstruos eran habitantes de *Mina Tres*! ¡Como usted y como yo!

—Imposible. Son gigantes caníbales.

—¡No quieren devorarnos, pretenden exponernos al agente infeccioso para crear más seres como los que nos han atacado!

—¿Por qué…? ¿Por qué querrían…?

El grandullón gruñó, atrayendo la atención. Parecían haberlo obviado hasta aquel momento, pero quedó claro que temían que fuese uno de los monstruos. O una fase temprana de los mismos.

—Hasta George entiende. Marc malvado quiere soldados para conquistar. Arma alienígena puede convertirle en tirano. En jefe supremo.

Hubo un murmullo entre los mineros y la gente en general. Algunos fruncían el ceño, otros tenían miedo. Un joven fornido, de unos ventipocos años, se adelantó. Acababa de llegar desde la niebla acompañado de otros dos mineros de aspecto furibundo, pero había oído lo suficiente. Tenía varios raspones, y la ropa hecha trizas. De un primer vistazo, quedaba claro que era uno de los que peleaban hasta el final, de los que no se limitaba a esconderse de los *Esclavos del Vacío*.

—Así que ese tal Marc, el arqueólogo nuevo del sombrerito ridículo, quiere conquistar Ñagiss y esclavizarnos. No me gustó nada cuando lo vi, no se parecía a la doctora aquí presente.

—Es un pijo de la ciudad —opinó uno de los que venía con él—. No un currante como Jacobinssen. Podemos partirle la cara.

—Al haber robado mi nave espacial, el problema es mucho mayor. —Les advirtió Kiara—. La capacidad de salir de este planeta lo convierte en una amenaza para la Confederación. Si los políticos se enteran, y lo harán más pronto que tarde, nos matarán. Por eso no vale de nada huir a los bosques, o a donde sea.

Hubo un murmullo de incredulidad. La mayor parte de esa gente estaba tan asustada que no les importaba dejar a parte de sus familias atrás si con ello salvaban a los que quedaban allí. El recién llegado les ordenó callar antes de volver a alzar la voz.

—¿Cómo iban a matarnos? ¿Por qué?

—Porque la Gran Cámara de Comercio tiene una directiva muy clara respecto a los peligros

planetarios extremos. —La capitana estaba de pie en el aerodeslizador, atrayendo las miradas de aquellos infelices—. No pueden permitir, y si le digo la verdad lo entiendo, que un accidente en un planeta desate una pandemia similar a la que se habría desencadenado tras la batalla de Armagedón si los *Fkashi* hubieran escapado del sistema. Da la casualidad de que una de mis tripulantes ha trabajado con esa gente. Alessa… cuéntales lo del Protocolo Némesis.

Aunque aquello último no era estrictamente cierto, Dreston no quería que existiera ninguna duda sobre lo que pasaría si no colaboraba todo el que pudiera. Fourier les relató a los presentes en qué consistía el Protocolo, y tras unos interminables minutos de expectación durante los que detalló los pormenores de la filosofía de exterminio Confederada, se desató el pánico entre los lugareños. Agregó un peso indiscutible a la causa, haciendo que incluso varios de los heridos se presentaran voluntarios. El minero joven que había aparecido con sus compañeros, que se llamaba Tobías, se encargó de convencer a quien tenía dudas.

Quizás en otro mundo un poco más civilizado hubiera costado mucho persuadir a tanta gente, no hubiese faltado quien pusiera en duda la palabra de unos forasteros. En aquel lugar dejado de la mano de Dios, sin embargo, la gente confundía a los científicos con brujos. Por tanto, que se creyeran a pie juntilla que la propia Confederación vendría a exterminarlos no resultaba en absoluto descabellado. Después de todo, a los padres y abuelos de muchos de ellos ya los habían esclavizado mediante engaños, o sacado a la fuerza de sus mundos natales para ponerlos a picar piedra hasta matarlos de agotamiento. Que ahora decidieran sacrificarlos en lugar de purgar a los infectados no caía en el reino de lo posible, sino de lo probable.

La xenoarqueóloga se ofreció a llevar a los que no pudieran valerse por sí mismos y a los niños a las ruinas de su casa, y tan sólo dos padres decidieron acompañarla. Las pocas dudas que aún quedaban sobre ella se disiparon cuando, terminados los viajes, les dijo que se atrincherasen dentro y cuidaran de su ayudante porque tenía que volver con los demás a defender a su pueblo.

Los corsarios y voluntarios formaron un grupo cerrado y equipándose con lo que encontraron en las casas, avanzaron hacia el centro de la ciudad. A Kiara siempre le había sorprendido mucho el poder de las turbas. A pesar de que no quedaban enemigos a la vista, su recién formado pelotón de mineros andrajosos fue aumentando en número a medida que otros asustados supervivientes iban enterándose de lo que pasaba. Nadie dudaba de que unos ricos pudieran bombardearlos con armamento nuclear hasta hacer estallar el planeta. Cada versión nueva se exageraba más que la anterior, el arma xeno fue evolucionando desde lo que realmente era hasta convertirse en un artefacto diabólico ideado por el propio Satanás. Marc, por su parte, fue transformado en un anticristo al que habría que quemar.

Pasó un rato hasta que desembocaron en la plaza mayor de *Mina Tres*. Su grupo era ya muy grande, de más de doscientas personas, y seguían apuntándose más y más voluntarios a la retaguardia. Iban apareciendo armas automáticas, explosivos improvisados y toda clase de enseres capaces de hacer daño.

Se encontraron ante el desolador panorama de una batalla campal. El ayuntamiento se había fortificado, lo mismo que el edificio de la universidad, y consecuentemente se llevaron lo peor del combate urbano. Nueve bersérkers yacían muertos en uno y otro lado, aunque de poco les sirvió a los defensores. El alcalde debía de haber sucumbido, porque el cabildo aún ardía por los cuatro costados. Los guardias corporativos se pudrían despedazados por doquier, las criaturas los habían aplastado sin contemplación a pesar de las bajas.

A nadie le importó el balance, salvo a los propios corsarios. Aquellas fuerzas regulares de las

multiplanetarias les habrían venido pero que muy bien. Bueno, al menos pudieron sacarles a unos cuantos de los engendros de encima antes de ser arrollados.

—Dispersaos, en grupos de cuatro —dijo Tobías, el minero—. ¡Buscad supervivientes! ¡Recoged lo que podáis, cualquier cosa útil contra los demonios será bienvenida!

Kiara le puso una mano en el hombro y el joven gruñó a modo de aprobación. Tenía madera de líder, y a ella no le apetecía lo más mínimo hacerse cargo de aquellos voluntarios de *Mina Tres*. El joven le pidió que por favor entraran en el edificio de la universidad, porque al ser de fuera, igual veían algo interesante que a ellos les pasaría desapercibido.

El grupo enfiló la entrada principal. Antes de que pudieran atravesar las puertas arrancadas, alguien les dio el alto desde el piso superior. Retrocedieron unos pasos, y se encontraron a un pequeño contingente de ciudadanos armados con grandes piedras, que estaban dispuestos a arrojarles. Kiara reconoció al que llevaba la voz cantante, un viejo calvo y barbudo que tenía dos brechas muy feas en la cabeza. Le señaló con el dedo.

—¡Padre Clariano!

—¡La defensora de la bruja ha venido a rematar a los píos! ¡No pasarás, seguidora de las tinieblas!

—¡Eh, Vicente! —La voz del minero joven se aproximó tras Dreston y los suyos—. ¡Apea tus rocas, antes de que subamos a partírtelas encima de lo que te quede de sesera!

—¡No te atrevas, Tobías, a dudar de…!

—¡Estos forasteros están ahora bajo mi protección! ¡Nos han ayudado a combatir a los demonios, y han matado a tres de ellos! ¡¿Es que acaso tampoco te fías de mí?!

El sacerdote dejó la pesada piedra en el alféizar arruinado del ventanal, y sus seguidores hicieron lo mismo. Pareció aliviado de que el tal Tobías respondiera por los corsarios. A decir verdad, Kiara también se sentía mejor al no tener que esquivar unas rocas que le podían partir la crisma.

—¡¿Es que acaso vais a luchar contra esos seres impíos?!

—¡Así es!

—En ese caso, hay algo que debéis ver. Puede que, gracias a nuestras plegarias y a nuestro tesón, no tengamos que temer a la corrupción de los infiernos. ¡Hemos encontrado un regalo de los ángeles!

Dreston miró hacia el cielo encapotado por nubes blancas y frías. Empezó a creer que, si había algo divino en el universo, iba a necesitar su ayuda. Pretendía enfrentarse a un arma de destrucción masiva alienígena y a su ejército de monstruos invencibles, y lo único que tenía era a su tripulación con equipo estándar y a un puñado de mineros fanáticos religiosos.


CARGANDO

El único vacío en el que quiero pensar es en el de mi estómago

Las tres seguían mirando una y otra vez las notas de la universidad encontradas por los fanáticos de Clariano. Aunque el edificio fue concienzudamente arrasado por los *Esclavos del Vacío*, su ataque dejó atrás importantes notas a las que Jacobinssen no había tenido acceso hasta entonces. En el aerodeslizador, cuyo asiento central ocupaban, no cabía ni un alfiler.

Lo cargaron con todo el material explosivo que pudieron saquear de los polvorines mineros, reservándose únicamente las cuatro plazas que ocupaban la xenoarqueóloga, Fourier, el joven Trevor y Dreston. En realidad, el pequeño ejército que tenían alrededor llevaba a cuestas muchos kilos más con los que podrían colapsar media montaña. La cosa era que querían verificar que la teoría del sacerdote loco era cierta con datos más o menos científicos, y para eso necesitaban los asientos. Con el tiempo en contra, no les quedaba más remedio que refutar o validar la teoría durante el viaje.

—Yo no encuentro nada que lo desmienta —suspiró Alessa—. Ni en los apuntes, ni en el templo, ni en los datos del *Sendero del Cielo*.

—Así que… puede que funcione.

—Depende. ¿Consideramos la superstición una fuente fiable de conocimiento?

—Bueno, de acuerdo a esto de aquí, debería protegernos durante un rato. Espero que sea suficiente, porque de lo contrario… —Jacobinssen se humedeció los labios con la lengua y miró a Dreston—. Joder, si hubiera tenido más tiempo… ¡No me puedo creer que la universidad me ocultara toda esta información! ¡Pude hacer mucho más!

Las neuronas de Kiara hicieron cortocircuito al descubrir que los celestialistas habían encontrado el modo de que no los mataran de inmediato. Clariano irrumpió en el edificio de la universidad con los pocos seguidores que le quedaban nada más largarse los bersérkers, y empezó a buscar algo que le permitiera acabar con sus *demonios*. El tipo pensó que, dado que los *Olimpianos* eran los responsables de despertar el antiguo mal que acosaba a sus fieles, sin duda tendrían un medio de protegerse de él. Y, contra cualquier lógica científica, resultó que tenía razón.

Los *Motores de Vacío* se diseñaron como antiguas armas de destrucción masiva Ghipdaah, como botones del juicio final que conseguirían un exterminio completo y absoluto de su enemigo. Sin embargo, su funcionamiento no se limitaba a aquella raza odiada por sus creadores, sino que eran capaces de afectar a cualquier otra especie animal. Tenía cierta lógica si uno pensaba en posibles aliados o en bestias de guerra.

En opinión de la capitana solamente un idiota crea un dispositivo que también puede convertirlo a uno mismo en un monstruo sin cerebro. Al principio le pareció que los inventores del *Motor* debían haber pensado lo mismo, puesto que según la documentación robada por los celestialistas sí que existía una forma de librarse parcialmente de su influjo. Una forma descubierta por Marc y vendida a la universidad en forma de una tabla de piedra que explicaba cómo construir una *protección íntegra digna de los altos sacerdotes*. Eso era lo que le abrió las puertas del proyecto, lo que le permitió robar la documentación que luego vendió a su abuelo y lo que le había dado pie a manipular los eventos para echar la culpa a Jacobinssen. Apareció ante los inversores con una pieza de arte xenos en la que supuestamente se detallaban los abalorios religiosos utilizados por la raza alienígena creadora del templo. A los *Olimpianos* les habría

parecido una magnífica donación a cambio de dejarle investigar, y sin pedirle su opinión a su principal xenoarqueóloga, no habrían podido distinguir que se trataba de una raza completamente diferente.

Las fotos del trozo de mural mostraban a una criatura de cuatro brazos, con seis ojos y varios apéndices adicionales en una cabeza bulbosa, que podrían haber sido tentáculos o cuernos. El material era idéntico al del templo del volcán, con las mismas inscripciones y glifos indescifrables. Ellas, gracias a la documentación del *Sendero del Cielo*, sabían que se trataba de los Paatsi, no de los inventores de los *Motores de Vacío*.

Marc Navonod había conseguido una traducción aproximada del mural, quién sabía por qué medio, pero no una precisa como la que tenían ellas. Los abalorios, colocados en el orden en que se indicaba en el grabado ya a duras penas coloreado tras el paso de los eones, no volvían a su portador inmune a los efectos de un *Motor*. Le permitían retener su personalidad individual y *dirigir* a los demás esclavos. Por tanto, los creadores Ghipdaah de aquella arma sí que eran imbéciles. Eran dispositivos del juicio final en toda regla, porque una vez que los activaron, nada ni nadie en la galaxia podría librarse de los condenados aparatos hasta que el último fuera destruido.

Kiara creyó, nada más terminar la traducción, que se merecían la extinción que sus enemigos les dieron. Quizás la actitud le resultaba demasiado incomprensible, porque tampoco era capaz de entender a los hijos de perra que enterraban minas antipersona para que un niño acabara mutilado por su culpa varias décadas después de que hubiera terminado una guerra.

Suspiró, mirando por la borda a los sufridos mineros cargados de explosivos y armados con poco más que picos y palas. Todos se colocaron aquellos talismanes, con fe ciega en las palabras de Clariano, que les aseguró que el cielo mismo le había revelado cómo debían protegerse.

La guardia celestial que se mencionaba en las notas consistía en colocarse una serie de once piedras por el cuerpo, con un tamaño más o menos prefijado. Eso reducía considerablemente el daño que el arma hacía a su portador, e impedía que este fuera transformado en uno de aquellos bersérkers sin cerebro.

El problema era que, de acuerdo a la traducción que habían hecho Úrsula y Alessa de la tabla Paatsi, la protección no duraba más que un tiempo limitado antes de colapsar. Una vez que eso sucediera, el temible ingenio también acabaría controlando a los que llevaran las piedras. Los Paatsi debían haber descubierto en su día la forma de levantar aquellas protecciones, y estaban tratando de mejorarlas para volverlas permanentes. Eso era lo que debían andar investigando los alienígenas cuando el apocalipsis se cernió sobre ellos. Querían encontrar el modo de evitar que sus propios científicos acabaran transformados en sacerdotes de los *Esclavos del Vacío* si se exponían durante demasiado tiempo al temible artefacto.

—Pues es que no hay más —suspiró Alessa—. Que esto te salva de la condenación durante un rato, y que cuando el material se degrada, se acabó. Además, se especifica que llevar más piedras no evita la transformación.

—Ya dije que lo mejor era repartirlas —bufó Will desde el asiento del piloto—. Pero como no soy académico ni jefe, ni caso que me habéis hecho.

Kiara tuvo que darle la razón. Fourier sugirió protegerse ellos mismos hasta encontrar una forma de hacer explotar la montaña, enterrar aquella cosa y aplastar a sus seguidores. Luego quería recuperar la nave y escapar. Jacobinssen le dio la razón, aunque anteponiendo la

destrucción del *Motor* a cualquier otra prioridad. Ella misma se había ofrecido para ceder sus piedras a los corsarios, cuando quedó patente que no tendrían suficientes.

El material, después de todo, lo habían sacado del departamento de geología del edificio universitario. Algunas de las rocas eran semi preciosas, y no eran muy abundantes. Las rompieron de la forma más equitativa posible, pero solo hubo bastantes como para equipar con el juego completo a más o menos la mitad de los que les acompañaban, unos doscientos treinta mineros y voluntarios.

Tobías lo entendió rápidamente, asignando las mejores guardas a los especialistas barreneros que tratarían de tirar la montaña sobre sus enemigos. Los demás iban con protecciones parciales, o con rocas que eran más un placebo que un verdadero escudo.

Los corsarios, mientras se minaba la montaña, tendrían que recuperar su nave y asegurarse de que el Protocolo Némesis no se ejecutaba. O, si no quedaba más remedio, huirían salvando a cuantos niños pudieran antes de que llegara la flota de exterminio.

Dreston empezaba a pensar que Alessa podía acabar llevando razón. Que tuviera que trabajar su empatía no quería decir que debieran ignorar cada palabra que saliera de su boca con respecto a salvar la vida. Podía ser que aquel mundo estuviera ya condenado por culpa de la codicia del joven Navonod, a su vez impulsada por el miedo a la muerte de su propio abuelo. Si ese era el caso, la petición de Tobías sería lo más humano. Hacer lo posible, salvar a los inocentes que pudiera y denunciar la situación.

Lo más terrible era que vivían *millones* de personas en ese planeta. Millones. Le quemaba las entrañas no poder hacer nada más. La cuestión era… ¿qué demonios pasaría si aquella cosa empezaba a replicarse a sí misma y a consumir otros mundos?

La respuesta era simple y aterradora: en lugar de causar tantísimos muertos, causaría cientos de millones. Tal vez miles. Y eso suponiendo que la Confederación, los Cruzados o el Imperio Solariano fueran capaces de detener los *Motores*, claro. En un caso peor, lo mismo estaba ante un evento de extinción. La mina acabaría matando al niño en lugar de mutilarlo para el resto de su vida.

Le vino a la mente el… incidente. Esa visión, extraña y perturbadora que tuvo cuando se le cayó la casa encima. No pudo evitar preguntarse si habría algo de verdad en lo que había ¿soñado?. Una parte de ella no quería creer que existiera nada como la Madre de la Sangre. Porque si admitía su existencia, también asumiría que alguno de los delirios del *Sendero del Cielo* podía ser real. O peor, que alguno de los de ese bastardo malnacido de Matías podía serlo. Se masajeó las sienes.

No, no tenía por qué creer ninguna de aquellas idas de olla. Era su subconsciente, su cabeza tras llevarse un buen leñazo. Había dado forma a las locuras de aquel demente cibernético, otorgándole un cuerpo antropomorfo a la criatura que él eligió adorar. De repente, reparó en algo y sus ojos se abrieron como platos. Se volvió a su compañera.

—Alessa, hay una cosa que nunca te he preguntado.

Ella gruñó con desgana. Estaba repasando una vez más tanto la tablilla como las inscripciones del templo en el visor transparente de su gorro. Seguramente le estaba fastidiando la concentración, y eso la molestaba porque se imaginaba que si dejaba escapar un detalle, podía acabar convertida en una *Esclava del Vacío*.

—Dispara, capitana.

—Desmontaste el cadáver de Matías, ¿no es cierto?

—Ya sabes que sí, y que te hice notar que era una tarea bastante desagradable porque tenía carne humana por encima. Pero a los demás os afectó una barbaridad, así que me tocó a mí mientras otros dos o tres desgraciados apilaban los cadáveres. ¿Por qué?

—¿Lo encontraste?

—¿El qué?

—El artefacto que nos dijo que tenía. La *Forja de las Almas*.

Fourier apagó los hologramas y se quitó el gorro. Suspiró, mirando al infinito y pasándose la lengua por la comisura. Aquel gesto inconsciente lo hacía poco, pero Kiara ya sabía que era su forma de recordar. La pregunta no solo la había incomodado, la hacía cavilar.

—No.

—¿No?

—De verdad que no. Ahora que lo dices, sí que recuerdo haberlo buscado de forma activa. Desarmé casi toda la chapa y rebusqué entre la circuitería. Todo era bastante… mundano, si tenemos en cuenta que se trataba de tecnología muy avanzada. No vi nada alienígena.

—¿Te molesta que te lo pregunte?

—En realidad, sí. Aunque no por el motivo que te imaginas. *Sé* que busqué esa cosa con cuidado, quería asegurarme de que iba al espacio con lo demás. Porque… ya sabes, estuve *descuartizando* en sentido literal al tipo que se volvió loco jugando con ella. Me ponía nerviosa tener un artefacto xenos así a bordo.

—¿Y qué te fastidia, exactamente?

—El reconocer que… me *olvidé* de ello en algún momento. —Alessa remarcó la palabra para dar a entender que aquello la incomodaba profundamente—. Es decir, tras *no* encontrarlo, destrocé a conciencia ese monstruo cibernético y cuando terminé, lo lancé al espacio con la ayuda de George.

—¿Cómo es posible que…?

—Que no lo sé, capitana. No soy la clase de mujer a la que se le pasan estas cosas, ya lo sabes. A la pequeña duende hipocondríaca que vive en mi cerebro le preocupa tener algún tipo de disfunción neuronal derivada de la edad.

La xenoarqueóloga abandonó las notas también, alarmada por lo que acababa de escuchar. Tampoco era que fuesen a sacar nada más de aquello. La pendiente era cada vez más pronunciada, ya no debía quedar mucho para llegar a la meseta a partir de la cual se podía acceder al sistema de túneles que llevaba a las entrañas de la montaña.

—Un momento… ¿ustedes dos tenían *otro* artefacto alienígena?

—En realidad, nunca lo encontramos. Nos encargaron recuperarlo y la cosa se fue de madre. ¿Le resulta familiar el nombre Booc'wque nefat, Jacobinssen?

—En absoluto. Aunque suena horrible.

—Es una diosa de la muerte de la civilización Kaishh. Nos cargamos a un chalado mitad

máquina que decía adorarla. Iba sacrificando gente a un amuleto de esa deidad alienígena.

—Les diría que no me lo creo, pero… —Se encogió de hombros—. Qué diantre, hemos encontrado un arma apocalíptica que puede matarnos a todos. ¿Qué tiene que ver esa… *Forja de las Almas* con el *Motor de Vacío*?

Dreston dudó. Si decía lo que había soñado… o visto… o lo que fuera… los demás creerían que se le había ido la olla. Que tenía algún daño cerebral poco perceptible, como decía Alessa. La cosa era que claro, con las cartas de mierda que tenían para aquel tema, la situación no podía empeorar mucho más. Igual a alguna de las dos se le ocurría algo si les contaba una versión menos esotérica.

—Cuando me golpeé la cabeza, creo que me acordé de la *Forja*. En teoría, es un artefacto súper avanzado que se conecta a otras máquinas y las subvierte, reconfigurándolas para sus propios fines. O eso nos dijo el chalado que la usaba.

—En realidad, creía poder convertir cafeteras en fábricas de encadenar almas a cuerpos de metal, capitana. —El tono de Will sonó a burla—. Contemos la chaladura completa, por favor.

La doctora guardó silencio. Durante unos cuantos segundos la miró seria. No sonreía de forma condescendiente como Alessa, ni hacía chanza de ello como el joven Trevor. Se lo estaba pensando. Finalmente, frunció el ceño.

—Le diría que suena a mitología mal interpretada.

—Exacto. Matías estaba loco —apuntó Dreston, señalando con el índice a su sien—. Sin embargo, si conectamos ese trasto al *Motor de Vacío*…

—…Esperas que convierta el arma en una minifábrica diabólica, anulando su funcionamiento —Will se giró desde el asiento delantero—. Suena a *¿qué puede salir mal?*

—Las fábricas necesitan quien las opere. O los monstruitos que creó Matías, o él mismo. Y nosotros no pensamos usarla. Solo aprovecharnos de su tecnología parásita para gripar el *Motor*. Quizás así podamos averiarlo.

—Habría sido fantástico saber cómo se llamaban los enemigos de los Ghipdaah —La doctora se llevó la mano al mentón—. Sería muy conveniente que se tratara de los adoradores de ¿Fefat?

Kiara abrió los ojos como platos. Ni de coña. Si los creadores de la *Forja de las Almas* eran los cacareados enemigos de los inventores de los *Motores de Vacío*, los que los habían extinguido, pensaba meterse a *neomonja* de la ORU. Bueno. Mejor no, no fuera a acertar.

—Alessa, busca coincidencias en la base de datos que tienes. Usa como términos obligatorios Kaishh y Ghipdaah, optativos…

—Ya, ya, estoy en ello. A ver lo que tarda, que esta base de datos no es relacional.

Pasaron algunos minutos más, durante los cuales contuvieron el aliento. Ya no había nada más que revisar, lo único que les quedaba era lanzar la pelota desde el otro campo y esperar encestar. Si no pasaba, y era probable que no, los estúpidos talismanes de piedra eran lo único que se interponía entre ellos y una muerte o una esclavitud horribles. Era como confiar en un engañabobos, en un brujo de los que se anunciaban en…

—¡No me lo puedo creer! —La ingeniera se echó a reír a carcajadas, con tanta fuerza, que se le humedecieron los ojos—. ¡De verdad que no me lo puedo creer!

—Bromeas —Will se giró de nuevo—. Nos tomas el pelo. Estás de coña.

—Guerra Ghipdaah-Kaishh, referencia encontrada en excavación ochocientos once, grabado en un monolito de siete plantas de altura. El objeto estaba derrumbado, parcialmente enterrado en un mundo sin especificar. Sigue guardado en el contenedor ciento treinta y uno, en el almacén de seguridad dos. Berris VII, Sector Victoria. Es curioso, porque el monolito está escrito en cinco idiomas alienígenas, uno por cara. Es pentagonal, y el *Sendero del Cielo* lo usó como Piedra Roseta.

Hubo un silencio cargado de incredulidad que duró otros treinta o cuarenta segundos eternos. La más sorprendida era sin duda Jacobinssen, que ni siquiera había sabido de la existencia confirmada de más razas alienígenas hasta encontrarse con aquellos corsarios. Por la expresión que ponía, a Dreston le pareció que le habría vendido varios de sus órganos a cambio de una copia de la base de datos. Incluso si la mitad era una ficción o un delirio de la secta, para alguien como Úrsula habría valido millones. También sabía que la universidad los cubriría de oro si la vendían. Era una pena que no quisiera dejar semejante poder en manos de una empresa que seguramente acabaría desenterrando otro horror lovecraftiano, porque se habrían hecho ricos.

—En… entonces no es una teoría —La pobre xenoarqueóloga tenía problemas hasta para pestañear—. Si de verdad poseen ese artefacto, puede que acoplarlo al arma le cause algún daño.

—…o quizás creemos algo peor —dejó caer Will—. En serio, pensad en las consecuencias. Con suerte, esos trastos se anularán el uno al otro. ¡O nos estallará en la cara y mezclarán a los *Forjados* con los bersérkers en un nuevo tipo de tanque humano cibernético no-muerto!

Kiara ignoró a su piloto, a sabiendas de que se arriesgaban a que tuviera razón, y pasó a organizar su propia parte del plan. Tampoco era que pudieran complicarse demasiado teniendo un mero esbozo del escenario que los que trabajaban allí les habían garabateado sobre un papel pringoso. Sabían que la gente de Tobías iba a llenar de explosivos la ladera que dominaba la cara interna de la mina, con el objetivo de colapsar la montaña sobre la zona a cielo abierto, que era donde se suponía que estaba el *Motor*. Primero, tratarían de rescatar a Pierce y, nada más conseguirlo, despejarían la nave y la prepararían para evacuar a quien se pudiera en caso de un previsible desastre.

Luego buscarían el condenado talismán por si estuviera en algún sitio recóndito usando un medidor de radiaciones de alto espectro que Alessa preparó durante un trabajo anterior, capaz de distinguir entre la electrónica estándar y cualquier discrepancia de onda siempre que estuviera dentro de ciertos parámetros. De encontrar la famosa *Forja de las Almas* que David les encargó robar en primer lugar, ya verían lo que hacían con ella dependiendo de cómo se desarrollara el ataque. Después de todo, su posible utilidad había salido de un sueño delirante producto de un golpe en la cabeza. Aparecían tantas incógnitas que aquello, más que un plan, era una mera improvisación con pequeñas ideas felices atadas con esparadrapo.

En cierto modo, y de forma irónica, su conato de estrategia se parecía a las protecciones esotéricas que todos los voluntarios tenían pegadas por el cuerpo. Kiara suspiró al pensar que, seguramente, ambos serían igual de efectivos.

Llegaron a una pequeña explanada con un par de casetas y varios camiones pesados de transporte aparcados. Los vehículos y enseres estaban en muy mal estado, expuestos día y noche a la humedad constante y a un frío viento que cortaba la piel. A la altura de *Mina Tres* ambos factores eran soportables, pero una vez que se subía, la cosa empeoraba drásticamente. Tanto, quizás, que a los corsarios y la xenoarqueóloga les resultó sorprendente que muchos de sus acompañantes fueran sin camiseta o vestidos con harapos. Aquella gente era pobre, aunque desde

luego era mucho más dura de lo que podían haberse imaginado.

Hubo una pequeña pausa en la que Tobías impartió órdenes. Algunos de los suyos no se dedicaban a picar, sino a conducir los transportes de vuelta al complejo cercano al espaciopuerto donde cargaban el material extraído en las naves espaciales de la compañía minera. Fueron directos hacia sus vehículos, abandonados cuando escaparon pensando que el lugar estaba maldito, y uno a uno los pusieron en marcha. Los gigantescos volquetes rugieron al encender sus primitivos motores de biocombustible, muy adecuados para planetas en los que abundaba la madera. Dieron marcha atrás, y tras enfilar la entrada de la parte cubierta de la mina, se adentraron en el profundo corredor con sus enormes faros a toda potencia.

Kiara tragó saliva nada más atravesar el umbral. A pesar de que muchos de los mineros habían recuperado lámparas de frente y más armas de los arcones y casetas, se sentía como una niña entrando en la guarida de un dragón acompañada de unos pocos campesinos. La galería era colosal, las puertas de acceso, monstruosas. Aquellos titánicos camiones, a cuyas ruedas le habría costado trepar a George, cabían holgadamente por ella. Tanto era así, que si dos de ellos se apretaban en alguno de los ocasionales ensanches, podían cruzarse sin problemas sin tener que desandar el camino hasta una de las salidas.

De vez en cuando se encontraban un pasillo lateral más pequeño, y era en esos momentos en los que más se tensaba. Dreston sabía que los mineros estaban en su elemento, en su casa, pero ella no podía dejar de temer una horda de monstruosos seres híper musculados saliendo a emboscarlos desde la oscuridad. Se imaginaba cientos de aquellos ojos rojos apareciendo de repente, mirándolos como depredadores antes de gritar y saltar sobre ellos para comérselos vivos. Decidió creer que sus acompañantes eran capaces de escuchar una canica caer a doscientos metros, incluso con el ruido de los motores atronando el lugar, y procuró alejar a los fantasmas mientras sus compañeras se apuraban tratando de encontrar más referencias en la base de datos del *Sendero del Cielo*. Jacobinssen sugería algo y Alessa lo buscaba.

Pasado un cuarto de hora de lento tránsito por las minas cubiertas, se vio una cegadora luz al otro lado de la suave curva que describía la gruta. Fue engullendo a los primeros camiones y a los que los flanqueaban a pie, acelerándoles el pulso a ellos y al resto de los tripulantes, que caminaban al lado del aerodeslizador.

Al principio la iluminación mortecina los deslumbró por completo. Salieron penúltimos, con solo un camión detrás, que giró a la derecha. Colocaron dos de los volquetes en la rampa de bajada, y los otros dos en la de subida, de forma que podrían atacar desde ambos lados. Los zapadores se les echaron prácticamente encima, y vaciaron su vehículo en un abrir y cerrar de ojos. Se cargaron de explosivos hasta el fallo, colocando una cantidad demencial sobre unas espaldas aparentemente débiles y escuálidas.

En cuanto terminaron, echaron a suertes quién usaría qué ruta, y se dividieron en dos grupos que comenzaron a trepar por los andamios laterales que se alzaban alrededor de la puerta. Tobías se les acercó, indicándoles que bajaran del vehículo. Se aproximaron al borde del precipicio junto a él.

Estaban en una mina a cielo abierto, en la sección más horadada de la montaña. Aunque se habían excavado ingentes cantidades de galerías en la parte más delicada que rozaba con la cara exterior del precipicio, aquella zona se transformó con el paso de los años en una hondonada. Donde antes hubo un pico casi idéntico al que tenían enfrente, ahora había un hoyo profundo surcado por un par de carreteras de descenso laterales, que iban bajando mediante bancales

inclinados terminados en curvas cerradas de casi ciento ochenta grados. Existían doce niveles a un lado y once al otro, hasta llegar a una planicie donde se encontraban tanto el campamento base como la refinería.

En una zona estaba la maquinaria minera pesada. Eran dos tuneladoras monstruosamente grandes que se construyeron allí mismo, y que parecían una suerte de puentes colgantes en cuyo extremo giraba una sierra radial titánica. Con eso iban excavando tanto las paredes como los siguientes niveles de bajada, y las cintas transportadoras acopladas a su parte trasera vertían el material directamente en unos colectores gigantes capaces de separar el vanadio de la escoria. De esa forma, los camiones podían sacar el material sobrante al acantilado donde se vertía, o llevar el valioso mineral de vuelta a *Mina Tres*, desde donde se trasladaba en cargueros a una refinería de verdad que limpiaría sus impurezas.

Además se veía otra zona amplia llena de casas prefabricadas, creadas a partir de contenedores industriales. Allí se podían apreciar claramente el pabellón médico, el comedor y las zonas de descanso. Y un poco más allá, estaba la pista de aterrizaje… con el *Pétalo Danzarín* sobre ella.

Dreston habría sonreído al ver su nave intacta, de no ser por *lo otro* que se percibía a simple vista. Al fondo de la explanada, ya lindando con la falda del pico gemelo que la compañía minera se estaba preparando para desmenuzar, había *algo*. Algo terrible y antiguo, que brillaba con una luz gris y enfermiza, parpadeante, que invitaba a mirar en otra dirección. Rodeado de un edificio esférico arruinado, enterrado en aquel lugar con la intención de que nadie lo encontrara nunca.

—Supongo que no podremos cerrar *La Cápsula* que se mencionaba en el templo.

Aunque era obvio, Jacobinssen se refería al silo del que brotaba aquella luz infernal. Una de las sierras cortadoras de montañas había alcanzado por accidente la cúpula, abriéndola de par en par. Era curioso, porque estando tan cerca de la carretera de su derecha, Kiara habría jurado que debería haber quedado enterrado bajo una calzada como la que estaba pisando. Le daba la sensación de que el desvío era intencionado, como si hubieran metido los dientes de la tuneladora en el lugar equi…

Cerró los ojos. Pues claro. No era un accidente, intuía una mano negra que había movido los hilos del ingeniero responsable de la mina, provocando que horadase en un sitio contraproducente para sacar aquello a la luz. Navonod. Lo único que se preguntaba era cuál de los dos habría sido el artífice de la manipulación. ¿El abuelo temeroso de la muerte, o el nieto sediento de poder? ¿Sería casual también la ubicación de la mina?

—Tenemos que bajar ahí a sacar a la gente de la ciudad y a crear una distracción. Los chicos colocarán las cargas, aunque tendremos que conseguirles entre veinte minutos y media hora. Son muy buenos, pero tienen sus límites. No podemos dejar que los monstruos los vean, o los harán trizas. No me cabe duda de que los demonios podrán trepar a los dos anillos de camino que hay por encima del de los camiones y destrozarlos. ¿Puede ver qué están haciendo, capitana?

Dreston asintió a Tobías. Después de lanzar un rápido vistazo a los valientes que correteaban por las desgastadas y peligrosas terrazas abandonadas tras los compases iniciales del desmontaje de la montaña, sacó su catalejo electrónico y apuntó en la dirección de la luz. A pesar de que a primera vista resultaba cegadora, aquello no era más que un efecto óptico. Cuando su aparato compensó el deslumbramiento, descubrió que la fuente era más bien pequeña, de unos cuatro o cinco metros de alto como máximo. Insignificante si se la comparaba con la ciclópea cúpula que

la había contenido. Supuso que tenía sentido. Aquellas armas debían poder transportarse entre planetas para causar todo el daño posible, no era muy lógico crear armatostes que solo pudieran moverse con naves espaciales gigantescas. Debían ser pequeños en sus fases tempranas, al menos. O quizás encogían si se quedaban aislados.

Abandonó el análisis del arma, contemplando el numeroso grupo de gente reunida en la zona exterior del edificio de contención arruinado. Allí había varios cientos de personas, muchas más que las que iban con ella. Le dio la sensación, por la ropa, de que algunos venían de aldeas madereras como la que habían visto incendiada, y que los demás eran de *Mina Tres*. Veía hombres, mujeres y niños, casi todos de rodillas. Los únicos que permanecían en pie eran los que formaban una fila, una hilera larga de a uno que terminaba en…

—Joder.

…en el puñetero *Motor de Vacío*. No le hizo falta más que sumar dos y dos, teniendo fresca la historia del templo. Combustible orgánico. Ese brillo cegador no era más que lo que se veía cuando uno de aquellos desgraciados se acercaba más de lo recomendable a esa cosa. Los que estaban de pie daban entonces un paso completamente síncrono al frente, al unísono, y la fila avanzaba.

Observó rápidamente el resto de la escena. Ahí estaban los bersérkers, formando un semicírculo alrededor de la gente arrodillada. Por los cadáveres sanguinolentos fuera de su zona de amenaza, quedaba claro que más de uno trató de escapar sin demasiado éxito. La única buena noticia era que había sorprendentemente pocos en comparación con la cantidad de rehenes. Entre veinte y treinta, aunque cada uno de ellos fuera en sí mismo una auténtica picadora. Tal vez la transformación llevaba un tiempo, y por eso no tenían un ejército enorme esperándoles ahí abajo. O quizás el dispositivo necesitaba *varias* personas en el proceso de creación de cada monstruo. A lo peor solo le servían ciertos individuos y empleaba a los demás como pilas.

Le dio un escalofrío al pensar aquello. El *Motor de Vacío* se asemejaba mucho a un reactor nuclear sin protecciones, y de acuerdo a la leyenda, solo requería seres vivos para crear sus ejércitos.

La cuestión era… ¿Cómo obligaba a los prisioneros a colocarse en la fila de la muerte?

No era coacción, los brutos estaban considerablemente alejados del inicio de la línea, y el paso síncrono era demasiado antinatural. Era como si los estuvieran oblig…

Entonces los vio. Había tres individuos circulando entre la multitud, examinando a los reos. Eran de mediana estatura, de talla humana, vestían túnicas de color tierra húmeda e iban equipados con unas varas que le recordaban a la lanza tesla de Alessa. O quizás, a los bastones de un mago de fantasía. Su piel era grisácea, muy similar a la de las bestias bersérker, y el poco pelo que les quedaba parecía una vaporosa sombra blanca que saldría volando en cualquier momento.

Uno de ellos se detuvo cerca de una mujer, y tras mirarla detenidamente la señaló con la punta de su báculo. Ella chilló, tratando de levantarse, pero el hombre calvo de la túnica fue más rápido, golpeándola con la punta de la vara en medio de la espalda.

La víctima cayó al suelo, convulsionando, soltando espumarajos por la boca como si sufriera un episodio de epilepsia especialmente grave. Pasados unos instantes se sacudió, contorsionándose para volver a ponerse en pie.

Cuando lo hizo, el tipo… ¿O era una tipa? Del bastón señaló la fila, y la mujer andrajosa se dirigió hacia ella con paso mecánico. De nada sirvieron las súplicas de la gente cercana, que fueron reprimidas a golpes por el tipo calvo.

Sí, definitivamente ese debía ser uno de los sacerdotes. Amplió un poco más usando el magnificado digital y, a pesar del pixelado, las distinguió. Llevaba puestas las piedras guardianas. Al girarse, también vio sus ojos. Eran de un gris brillante idéntico al tono enfermizo del arma de destrucción, sin iris o pupila. Sus guías. Las extensiones de su voluntad.

Notó una mano en el hombro, y casi se muere del susto.

—¿Qué se ve?

Bajó el aparato, volviéndose hacia Teresa, que fue la única que se atrevió a interrumpirla. Ni siquiera ella había mirado. Los mineros, e incluso sus propios tripulantes, parecían asustados. Todos salvo el pequeño grupo celestialista que oraba con las manos juntas y los ojos cerrados, de cara al cielo.

—Están matando a los prisioneros, tenemos que liberarlos cuanto antes.

—¡Yo lideraré la carga! —Clariano se adelantó con ambas manos en el pecho, bajo la larga barba blanca—. Conduciré uno de los camiones por la carretera corta, y mis seguidores me acompañarán. Atraeremos la atención el tiempo necesario para que los demás os despleguéis.

Los interpelados agradecieron la oportunidad de encontrar el martirio luchando contra los demonios, levantándose a celebrarlo con abrazos. Los demás, incluido Tobías, intercambiaron miradas de desaprobación. La expedición a la mina, en general, ya era rayana a la locura. Los que habían trepado a la parte alta del valle artificial escalonado tenían muy pocas oportunidades de conseguirlo, y los que fueran a lanzarse de cara contra los bersérkers menos aún. Si aquellos chiflados atraían a tan solo una quinta parte de los *Esclavos del Vacío,* los harían trizas. Después de todo, al predicador solamente le quedaban siete seguidores. Los demás, o estaban muertos, o le habían abandonado.

Esos últimos murmuraban en voz baja, unos cuantos metros más atrás del grupo de celestialistas. Ponían exactamente la misma cara que Teresa. Una que daba a entender que se libraban de una buena dejando atrás sus creencias.

—¿Estás seguro? —preguntó el jefe de los mineros—. Solo tendremos una oportunidad de hacerlo bien.

—La vida está llena de momentos así.

—Moriréis, Vicente.

—Ahora es Clariano, hijo mío. Y sí, estoy seguro.

El viejo se acercó al fornido Tobías y le colocó ambas manos en los hombros. El otro apartó la vista, mordiéndose el labio. La mirada del sacerdote era tranquila, era la de alguien que sabe que está haciendo lo correcto. Esbozó una sonrisa mellada, con dientes negros y estropeados. Ahora que Dreston volvía a verlo de cerca, se dio cuenta de que aquel anciano también había sido minero. Los callos en las manos, la artritis evidente de los dedos, los soplidos al respirar que delataban unos pulmones maltrechos.

No era un aprovechado. Era uno de ellos, por eso lo seguían y toleraban.

—Vamos, sobrino. Son ocho vidas a cambio de otras muchas. Divide y vencerás. Sabes que

es lo correcto.

—Es lo más lejos que has llegado con esta religión tuya. Nunca creí que morirías por tu fe.

Clariano bajó la voz hasta convertirla en un susurro, mientras a sus espaldas continuaban las alabanzas a las alturas. Estaba claro que no quería que los demás le oyeran decir aquello.

—La fe solo me proporciona quietud de espíritu. Esto lo hago por esa gente de ahí abajo. Incluida tu hija, a la que aún no has encontrado. Vamos, ve por ella. Os compraremos tiempo.

El joven minero asintió, y tras una parca despedida, empezó a impartir órdenes con una celeridad impresionante. Hicieron apartarse al aerodeslizador, y dando marcha atrás a uno de los colosales camiones, metieron la parte trasera en el túnel y lo giraron para que bajara por el otro lado. Así, tres de los monstruosos vehículos irían por el camino largo, y uno por el corto.

Clariano se acercó a Kiara, que no podía dejar de mirar el valle en lo que se ejecutaba la maniobra. Pierce estaba ahí abajo, y tenían que salvarlo. Su objetivo principal debía ser alcanzar la nave y despejarla de enemigos si los hubiera, pero Teresa y Will irían a buscar al mecánico. Le habría gustado mandar a George con ellos, porque en el frente era donde podría brillar aprovechando cada oportunidad para asestar un golpe mortal a los monstruos. Sin embargo, si todo se iba al garete, necesitarían el *Pétalo Danzarín* libre de enemigos. Y la única forma de garantizarlo era que el supersoldado los acompañara. Se negaba a perder la esperanza. Lo encontrarían sano y salvo.

Notó la esquelética mano sobre su hombro.

—Crea en ello.

—Se equivoca de mujer, sacerdote. Intentó hacerme papilla, ¿recuerda?

—Errar es humano, perdonar, un acto divino. Ahora sé que no nos defraudará.

—¿Ah sí?

A decir verdad, si Trevor no hubiera estado en peligro, la tentación de recuperar su corbeta y salir huyendo habría sido enorme. Casi insoportable. Lo que estaba viendo… ese brillo… era sobrecogedor. Algo en su interior se revolvía, le pedía escapar, poner toda la distancia posible entre ellos y el *Motor de Vacío*. Quizás era una parte primitiva dentro de su mente la que se rebelaba, o tal vez su afinado instinto advirtiéndole que estaba tratando de morder un bocado demasiado grande para ella. Era probable que Alessa tuviera razón. No podía salvar a cada persona desvalida que se cruzara, porque la Confederación estaba llena de ellas. Si lo intentaba, acabaría volviéndose loca. Si lo hacía, terminaría muerta.

Como David.

—Me había equivocado con usted. Es buena gente. Igual que la doctora.

A Kiara le molestó sobremanera aquel intento de conciliación. Era falso, tan falso como eran todos los perdones que había escuchado de labios de predicadores orondos y opulentos. Incluso si su fe era auténtica, sabía que sus palabras no lo eran. Podían morir en cuestión de minutos, así que decidió no guardarse la bilis.

—No intente engatusarme. Quería matar a Úrsula al no tener a nadie más a quien echar la culpa de lo que pasa ahí abajo. Solo nos *perdona* ahora que ha encontrado a otro demonio al que perseguir. No creo en seres imaginarios, ni en supuestos hombres santos como usted.

—En ese caso, crea en algo. Le vendrá bien cuando todas las luces se apaguen.

Se volvió hacia él, encarándolo. Tras el viejo sacerdote continuaba la algarabía, los mineros estaban terminando de subir a los vehículos. En el que iría por el camino corto solo faltaba él, que ocuparía el asiento del conductor.

—Las causas perdidas terminan como va a acabar la suya.

—Míreme. Toda una vida de trabajo a mis espaldas… ¿Para qué? —Su interlocutor rio de forma condescendiente—. Acepte un consejo de alguien que ha visto morir a familiares y amigos durante décadas: busque un ideal que merezca la pena, y entréguese a él. Yo me di cuenta demasiado tarde de que ese, y no otro, es el camino a la felicidad.

—Tiene gracia. Mi… exnovio decía una cosa parecida. ¿Y sabe qué?

—Está muerto.

—Exacto.

—Lo siento por usted. Ahora bien, debería preguntarse si era lo que quería él. ¿Y si le mereció la pena? No todos pueden elegir de qué forma morir, y eso, capitana del espacio… es un privilegio. Tras disculparme una última vez, le deseo suerte en sus aventuras. Algo me dice que vivirá muchos, muchos años.

—¿Su dios?

—Llámelo intuición.

Clariano se dio la vuelta y comenzó a andar con un paso sorprendentemente veloz hacia su vehículo. El aerodeslizador se detuvo a su lado, y la primera oficial la llamó en un tono de voz elevado, indicándole que subiera.

Teresa le preguntó si estaba bien y si necesitaba un momento. Will si había visto a su padre. Alessa si no creía que era hora de llamar a la Confederación para arrasar el planeta. La doctora no dijo nada. George comentó que tenía hambre y que le gustaría repetir lo de la hamburguesería.

Por primera vez, decidió que pensaría en lo mismo que el grandullón antes de que estallara la tormenta. Qué diantres. No habría un último pensamiento más glorioso que imaginarse comiendo una enorme hamburguesa.



La hora de la caballería

Will adelantó a los camiones apurando al máximo el estrecho margen que dejaba la terraza que formaba el camino. Los enormes vehículos descendían la pendiente a una velocidad prácticamente suicida, mucho más raudos que el que conducían los celestialistas por el otro lado.

A medida que se adentraban en el valle, iban dándose cuenta de por qué los extraños humanoides de piel gris no se habían percatado de su presencia. No era solo que su atención estuviera completamente centrada en la selección de víctimas que caminaban hacia el arma alienígena. La cuestión era que esta emitía un zumbido grave y ominoso que el valle amplificaba, de manera que el atronador rugido de los camiones gigantes quedaba eclipsado. Eso les venía bien, y al mismo tiempo les perjudicaba. Jacobinssen empezó a marearse debido a aquella frecuencia, y a Teresa le pasó igual. Ella misma estaba molesta, y notó como Will cometía pequeños errores de maniobra a medida que el sonido alcanzaba el punto álgido.

Quizás era por la curvatura de los bordes de la mina, o porque el *Motor de Vacío* estaba ejecutando alguna fase concreta de su producción de monstruos. Pasados dos tercios de camino, durante los que no cesó el incremento de malestar, este empezó a disminuir paulatinamente.

Llegaron abajo prácticamente a la vez que el otro vehículo, al que los *Esclavos del Vacío* ya habían detectado. Se oyeron varios bocinazos que sonaban como la sirena de un barco o de un carguero espacial pesado, que era la señal acordada para que empezaran la ofensiva. El aerodeslizador se separó a su vez de los demás vehículos, rumbo al *Pétalo Danzarín*. Los edificios cubrían parcialmente la zona de aterrizaje, así que al enemigo le costaría divisarlos.

William empujó al transporte gravitatorio al límite de su capacidad, haciendo que los repulsores gimieran al verse sometidos a tantísimo esfuerzo. Alcanzaron una velocidad de auténtica locura para un terreno tan desigual, tanta, que notaban los baches a pesar de que el propio principio de antigravedad funcionaba mejor que cualquier amortiguador que alguna vez hubiera existido en el viejo Sistema Solar. El joven Trevor redujo el flujo del lado derecho, y los dejó ante la rampa de carga con un derrape tan violento que Jacobinssen casi sale despedida.

Unos instantes más tarde, a bordo solo quedaban Will y Teresa, que volvieron a acelerar rumbo al inminente combate entre mineros y bestias tras una brevísima despedida. Se encontraron frente a la negrura absoluta de la bodega de carga. En las cercanías no se oía nada, amén del zumbido persistente del *Motor de Vacío* y los lejanos bocinazos.

—¿Me llevo a la doctora?

—No, Alessa. Ve con George. Nosotras nos encargamos de la cubierta inferior. Tomad la rampa de personal y despejad vosotros el resto.

—Entendido. ¿Listo, chicarrón?

—George saca a monstruos malos de su casa a patadas.

Fourier le sonrió, pasándole la mano por el gigantesco bíceps tensado por el peso de la ametralladora con más fervor del necesario. Ya hacía tiempo que había quedado claro que le gustaban los hombres más jóvenes que ella, y cuanto más fornidos mejor. Y Kiara creía haberle dejado claro también que el pobre gigante era como un niño, y que ni siquiera entendía aquellas insinuaciones tan poco sutiles. Dreston carraspeó, y la científica se hizo la loca, encaminándose a la subida de personal.

La capitana se volvió hacia Jacobinssen, a quien le temblaban las manos. Era, literalmente, la segunda vez que sujetaba un arma. Le recordó que quitara el seguro y que cuando lo hiciera, no apuntara a nada que no pretendiera matar. Luego, Dreston amartilló el *Grito de Muerte* y entró a la bodega de popa.

Las luces se encendieron con un chasquido, el modo automático seguía activo y el detector de movimiento estaba operativo. Eso indicaba que era improbable que hubiera nadie, y al mismo tiempo que el reactor seguía funcionando con normalidad. Recorrieron la estancia sin incidentes, y Kiara se asomó al foso de la rampa de personal a través de la escotilla de babor. Nada parecía indicar la presencia de un tercero.

Descubrieron señales claras de que allí había subido gente. Además de las abundantes huellas de pies llenos de barro, detectaron numerosos objetos personales desperdigados por el suelo. Una bota rota, harapos, una mochila. Lo más inquietante era una pequeña muñeca de trapo marrón con unos trozos de cuerda por pelos y dos botones por ojos. Se preguntó qué pobre niña aterrorizada la habría perdido, y si podría devolvérsela.

A Kiara le latían los oídos. Estaba histérica, muy nerviosa. No sabía si Pierce seguía con vida, dos de sus tripulantes iban a intentar rescatarlo a la desesperada, otros dos pretendían despejar el resto de la nave solos, y a ella le tocaba hacer lo mismo acompañado de una académica a la que le temblaba el pulso. Podía acabar disparándole por error. Había tantas variables fuera de control, que no le habría sorprendido que le hubiera dado un infarto allí mismo.

Fue pensar eso, irónicamente, lo que la tranquilizó y la hizo sonreír. Se imaginó su propio epitafio. Kiara Dreston, capitana corsaria. La palmó por ponerse nerviosa mientras una batalla desesperada se convertía en un rotundo éxito sin su ayuda.

Jacobinssen terminó de comprobar la escotilla de estribor, y volvió a acercarse a ella, procurando no hacer ruido al andar sobre el suelo de metal. Al menos tenía buena actitud, eso no podía negárselo.

—¿Seguimos?

—Sí. Un momento —Tocó el comunicador con un dedo, y se llevó el pequeño auricular con cable a la oreja—. Bodega de popa despejada.

—Cabina libre, subcubierta de ingeniería… —Se oyó cómo Alessa se apoyaba en la barandilla—. Parece que también. Por lo que puedo ver, todo funciona con normalidad. Vamos al salón, intentaremos no perdernos de vista entre nosotros y que no se nos cuele nada. Por favor, despejadnos abajo.

—Nos dirigimos a la escalera principal. Asegurad las zonas comunes y la entrada cuanto antes.

—Copiado.

Colgó. Tenía que reconocer que la disciplina de Alessa era sobresaliente, a pesar de sus múltiples defectos. En cierto modo, algunas de sus actitudes le recordaban a las de los militares. Quizás se le había pegado algo durante el tiempo que estuvo sometida a la supuesta tiranía de David.

Se detuvo un segundo. No. No era un buen momento. Clariano la había obligado a recordarlo, y tuvo que resistirse a tener ese estúpido diálogo consigo misma una vez más. Estaba muerto. Punto final.

Le hizo un gesto a su compañera para que la siguiera, y le pidió por señas que accionara la apertura de las dos puertas del corredor que pasaba sobre la alimentación principal y comunicaba con la escalera. Según sus cálculos, llegarían a la posición antes que los otros, y les daría tiempo incluso a revisar el soporte vital.

Entraron en el cuarto en el que terminaba la bajada, y que comunicaba con el pasillo de ingeniería y el acceso a la subsección de pasajeros y a la bodega de proa. Se asomó a la escalera mientras su compañera le cubría las espaldas contra nada menos que dos puertas y el corredor que iba hacia la izquierda. Rezó todo lo que se sabía, esperando que no apareciera un enemigo justo en aquel momento, porque era el más delicado.

Por fortuna, fue Alessa la que susurró desde arriba que estaba despejado. Menos mal. Levantó el pulgar, se volvió, y apartando a la xenoarqueóloga con suavidad, introdujo el código de acceso en el panel del cuartito de soporte vital. No creía posible que una de esas moles cupiera ahí dentro cuando era demasiado pequeño para George, pero no estaba de más mirar por si acaso. La doctora entró y salió pasados cinco o seis segundos. Nada.

Luego le tocó el turno al pasillo que terminaba en ingeniería. De acuerdo a la primera inspección visual de sus tripulantes, la subcubierta estaba despejada, así que abandonó parcialmente la cautela, avanzando con decisión hacia la puerta inferior de la misma, en tanto que la otra cubría la zona que dejaban atrás. Introdujo el código correspondiente, abrió, comprobó que todo seguía en orden en las inmediaciones del reactor y cerró de nuevo. Había algo hipnótico y maravilloso en los corazones de las naves, una podía estar horas contemplando la fusión nuclear que tenía lugar en el interior de los mismos. Quizás por eso fue menos precavida, no quería quedarse embobada mirando aquel espectáculo tan hermoso y perder la noción del tiempo.

Rebasó de nuevo a su compañera, para enfilar el último corredor que les tocaba revisar, el de pasajeros y arsenal. Le pidió que vigilara la derecha, mientras ella examinaba lo que en algún momento se convertirían en dos camarotes y una sala de equipaje. Estaban a medio montar todavía, solo habían colocado los paneles blindados que conformaban las paredes. El del pasillo era más grueso, y los tabiques internos, más delgados. Miró los tres compartimentos en un santiamén, puesto que ninguno tenía instaladas las puertas todavía, y estaban completamente vacíos. Luego, las dos comprobaron juntas el que sería el puesto de vigilancia y su zona de carga peligrosa, también diáfanos por el momento.

Dreston introdujo otro código y comprobó el arsenal. Nadie.

—Todavía despejado, falta la bodega de proa —comunicó—. ¿Cómo vais?

—Más rápido que vosotras. Nos queda el *pasillo de la vida* y la reserva de oxígeno.

—Es arriesgado, pero no perdáis de vista…

—…la escalera de subida. Sí, lo sabemos. George ha mirado la enfermería, los almacenes y las cápsulas mientras yo la vigilaba. Por el aspecto, diría que nadie ha estado aquí tras irnos nosotros.

—Quizás solo subieron a la gente a la bodega posterior y obligaron a Pierce a llevarse la nave.

—Es muy posible. Terminamos cuanto antes y nos reunimos.

Tocó en el hombro a su improvisada compañera de armas, que ya parecía mucho más segura de sí misma. Supuso que conseguir llegar hasta la última habitación sin que nada les saltara

encima era un logro más que respetable para alguien cuya única ocupación había sido estudiar, redactar informes y desenterrar el pasado de una civilización extraterrestre.

—Última parada… bodega de proa —Kiara la miró y la otra asintió—. ¿Lista, Úrsula?

—Eso espero. ¿Paso, o voy detrás?

—Mejor me sigue, con el arma baja. Vamos.

Abrieron la puerta, desplegándose en un tosco abanico. Las luces se encendieron en cuanto entraron, mostrando la recientemente remodelada bodega de proa en todo su esplendor. En ella, para su sorpresa… tampoco encontraron nada.

Las dos suspiraron de alivio. Desde donde estaban, se veía a la perfección cada esquina. Con asomarse un poco a la izquierda se podían comprobar las cinchas vacías de la zona de carga segura, y al fondo quedaba a la vista la rampa frontal que encajaba como un guante ahora que la habían reparado.

—Despejado.

—Aquí arriba también. Te lo he dicho muchas veces, pero me encanta tu camarote.

—No pienso cambiártelo, Alessa.

—Bah, seguiré intentándolo. Nos vemos abajo.

—No, de eso nada. Sube a la torreta y dile a George que le quiero en el elevador de la rampa ventral, con el trípode preparado. Vamos a despegar.

—Entendido.

—¡¿Cómo dice?!

La xenoarqueóloga se volvió sorprendida hacia la capitana. Se acercó a ella prácticamente corriendo, desencajada. Por la cara que ponía, Dreston estaba segura de que iba a gritarle que no podían dejar a toda aquella gente indefensa allí abajo. Entonces fue cuando levantó el *holoproyector* portátil de su muñeca hacia ella.

Teresa chillaba al otro lado, parapetada en el aerodeslizador volcado. Por lo que podía ver tras la primera oficial, a la que no se oía, los *Esclavos del Vacío* daban una contundente paliza a los mineros en aquellos momentos. Los trabajadores de *Mina Tres* huían en todas direcciones tratando de escapar con los rehenes o se juntaban en pequeños grupos para plantar cara a alguna de las moles que se separaba de las demás. Su amiga estaba sola, se había raspado la mejilla y no oía nada de lo que Kiara decía. Leyendo sus labios, les pedía refuerzos.

—No iremos a marcharnos, ¿verdad?

—Le voy a disparar a esa cosa usando mi artillería naval, a ver si es tan indestructible como la pintan. Mientras, George va a tomarles la medida a sus marionetas. No sufra, tiene muy buena puntería.

—Lo… lo siento… estoy muy nerviosa. Es como si tuviera un… un latido en la cabeza que no me dejara pensar…

—Yo también. Aguante, Úrsula, vamos a acabar con esto ahora mismo. Ayude a George a bajar el elevador ventral, él le dirá cómo. En lo que mi compañero llega cierre la rampa posterior, el panel más cercano está junto a la primera puerta doble que hemos atravesado. Voy a la cabina.

—Suerte.

—Lo mismo digo.

Dreston salió corriendo hacia el pasillo de ingeniería, mientras la otra se encaminaba a la popa. Abrió la compuerta tecleando el código de seguridad a toda velocidad en el panel numérico, subió la escalera de caracol y atravesó la subcubierta hasta desembocar en el pasillo principal. Luego giró hacia la derecha, abrió el puente, abandonó su arma en el asiento del copiloto y saltó al de Will.

Entonces lo vio enseguida. Una colilla apagada contra el salpicadero. Sonrió. Eso quería decir que, en efecto, fue Pierce el que hizo despegar el *Pétalo Danzarín*. Él nunca dejaba sus cigarrillos en sitios desagradables para el resto de su familia, y mucho menos para su hijo. Así que eso era un mensaje: había tenido que sentarse ahí en contra de su voluntad. Lo cual, de forma directa, implicaba que estaba vivo al menos hasta terminar el aterrizaje.

Tocó algo con el pie, cerca de los pedales. Se agachó, encontrando la gorra del mecánico. Joder, no era nada sutil a la hora de dejar pistas. Sin rastros de sangre o violencia, podía concluir que había salido tan indemne como entró en la cabina. Esperó que siguiera estando bien.

Encendió los sistemas, y la energía inundó los paneles con un zumbido potente y característico. El corazón de su nave latía con normalidad. Los motores rugieron con furia. Ahora volvía a ser una con el *Pétalo*. Y los dos estaban muy, pero que muy cabreados.



¿Magia o tecnología? ¿Magiología? ¿O tecnomagia?

La nave se elevó cincuenta metros en el aire, prácticamente nada en relación con su propio volumen y masa. En ese modo de planeo, más pensado para el aterrizaje que para un tiempo sostenido, el consumo de combustible era exagerado y los motores se estresaban una barbaridad. Especialmente los de maniobra. Dreston sabía que no podría mantenerse mucho rato así, de forma que viró en redondo, enfilando la batalla que tenía lugar al otro lado de la explanada de la mina.

Sus dos tripulantes le confirmaron que aguardaban su señal. Ella tomó el control del cañón principal, que le informó de que el proyectil estaba cargado y preparado. Encuadró el objetivo en la telemetría, sirviéndose de la mano derecha mientras se mantenía al ralentí, sujetando la palanca de vuelo con la izquierda.

Alessa le dijo que había un grupo de cuatro bersérkers trepando por la pared desnuda hacia los encargados de la demolición. Podía verlos a simple vista, iban saltando como asquerosos insectos grises pegados a la piel marrón de la mina. Le ordenó que los fijara en la retícula de disparo, contó hasta tres, y Fourier abrió fuego.

George estaba por debajo de la panza de la nave, de artillero del trípode de la ametralladora pesada que ahora solía llevar a cuestas, para ganar precisión. Se colocó un arnés y crespones magnéticos, usando el ascensor de mercancías ventral como una plataforma de disparo desde la que podía atacar a tierra. Sus ráfagas serraron el enfrentamiento, acribillando a los monstruos que perseguían refugiados o que tenían ventaja sobre un determinado grupo de mineros. Eliminaba a los refuerzos enemigos al mismo tiempo que protegía a los suyos, malhería a alguno de los *Esclavos del Vacío* permitiendo que la gente de Tobías lo rematara. El supersoldado no daba puntada sin hilo, cada secuencia de disparos se traducía en un vuelco a la batalla individual a la que la hubiera dirigido. Los picos se alzaban hacia ellos, mientras los gritos de victoria se ahogaban con el estruendo de los motores que mantenían al *Pétalo Danzarín* en el aire.

Entretanto, Fourier puso a salvo a los zapadores con tan sólo dos golpes de gatillo. El cañón doble de la torreta estaba diseñado para abatir cazas y causar grandes daños a naves espaciales ligeras, de forma que era algo completamente desproporcionado si uno lo utilizaba contra infantería. Incluso si esta estaba potenciada hasta el ridículo por un arma del juicio final alienígena. Los proyectiles explosivos estallaron en las inmediaciones de las criaturas, transformándose de inmediato en nubes de metralla. A pesar de que ninguno de los impactos fue directo, las esquirlas metálicas y de roca convirtieron a los desquiciados engendros en nubes de sangre y vísceras en cuestión de unos terribles instantes. Cayeron deshechos, y los que de otro modo se habrían convertido en sus siguientes víctimas lo celebraron con júbilo.

Kiara, por su parte, se tomó su tiempo. Estuvo calculando cómo de grande sería la onda expansiva, si los zapadores resultarían heridos y dónde debía disparar exactamente. Con la batalla, y especialmente con su entrada en escena, el extraño hechizo que mantenía la fila de víctimas en línea parecía haberse roto. Sus integrantes huían despavoridos, o hacia el lado contrario al que recorrió Clariano durante su última carga, o hacia el lugar desde el que llegaban los rescatadores. La cuestión era que solo tenía que preocuparse de no liquidar a los que había arriba, y para eso ayudaba bastante la curvatura del edificio de contención.

Esperando no producir un derrumbe, pivotó el cañón principal hacia el mismísimo *Motor de Vacío*. Levantó la hebilla que sujetaba la tapa roja de la parte superior de la palanca de vuelo,

asignó el arma a ese control, y colocó el dedo encima del botón.

—A ver si haces honor a tu leyenda, trasto del demonio.

El estruendo del disparo se oyó en el interior de la corbeta como si un enorme gigante hubiera pegado un martillazo a un yunque descomunal. Una fracción de segundo más tarde, el interior del edificio de contención se convirtió en una bola de fuego. La onda expansiva mandó al suelo tanto a mineros como a bestias, y una enorme humareda salió despedida con tanta fuerza que casi asfixió a los hombres de Tobías encargados de colocar los explosivos. Dreston cambió inmediatamente al infrarrojo, anegado por la explosión, y suspiró de alivio. Seguían todos ahí, moviéndose en el suelo de las pistas superiores de la mina. Sus cálculos habían sido correctos. Menos mal.

El interior del edificio de contención alienígena ardió durante un minuto, convertido en la antesala del infierno. No podía distinguir qué hacían las criaturas, cómo reaccionaban a la destrucción del *Motor de Vacío*. Esperó que, con un poco de suerte, se marchitaran y murieran o algo así.

Sin embargo, la sonrisa de suficiencia duró poco en la cara de la capitana. Hubo un golpe de viento antinatural, un remolino que dispersó el humo y las llamas como si se trataran de los tenues rescoldos de una vela de cumpleaños. El artefacto reapareció en medio de la vorágine, más iluminado y vivo que nunca, atrayendo todo el fuego del incendio hacia su interior. Un escalofrío recorrió la columna de Kiara, a quien se le desorbitaron los ojos al ver lo que sucedía.

Había elegido no creerse lo del arma indestructible, y empezaba a entender por qué se la consideraba así. En su mente creció una sospecha, una idea horrible de por qué las razas del pasado no se limitaron a arrojar aquella cosa a una estrella. Se comía la deflagración, absorbiendo la energía térmica de la explosión como si fuera capaz de almacenarla. ¿Y si ese era el verdadero motivo de su invencibilidad? ¿Y si, después de tantos eones ella acababa de alimentar a una bestia hambrienta? ¡Igual, con su estupidez, la estaba haciendo más fuerte!

—¡¡Dispara de nuevo!! ¡¡Los misiles, el cañón!! —gritó Alessa, por el canal interno—. ¡¡Que no se recupere, mándalo al infierno!! ¡¡Dale con todo!!

Fue a tocarse la oreja para responder, pero no le dio tiempo. La energía gris y enferma se arremolinó alrededor del *Motor de Vacío*, y concentrándose, les lanzó una andanada. Un rayo dirigido frontalmente contra la cabina del *Pétalo Danzarín*. La descarga tumbó el escudo, dispersándolo de un solo golpe como si les hubieran lanzado un arma nuclear. Aunque el deflector les evitó lo peor, el haz acabó alcanzándolos de todas formas, y la nave se ladeó al recibir el impacto.

Los sistemas parpadearon, y la corbeta empezó a apagarse como si hubiera sufrido la sobrecarga de un cañón de iones o un pulso electromagnético. Salieron despedidos hacia el lado derecho, con la impulsión vertical fallando, escorándose al mismo tiempo. Kiara golpeó el control de cierre de emergencia con el puño cerrado varias veces, con la esperanza de salvar a George si llegaban a estrellarse. No podía gobernar la nave, y pasaron tan solo unos segundos antes de que la colisión se hiciera inminente. Echó la cabeza hacia atrás, encajándola entre las orejas del sillón de vuelo y apretando los dientes.

Cuando pudo volver a centrar la vista, le dolían las cervicales. Por suerte, el asiento de piloto activó las bolsas de aire anti colisión, dejándola clavada en la postura en la que se había puesto para no romperse la espalda. Estaba todo apagado, era una suerte que hubieran instalado un

sistema salvavidas completamente mecánico en lugar de uno electrónico, por cabezonería de Pierce.

Apartó como pudo las bolsas de aire, que se desinflaron en cuanto hizo un poco de fuerza sobre ellas. Logró ponerse en pie a la primera, aunque notó que el suelo estaba inclinado a estribor, que era hacia donde habían caído. A través del mirador de proa manchado de barro, una vez que se puso en pie, los daños no le parecieron especialmente graves. Estaban clavados en el suelo blando, más apoyados que incrustados gracias a su último y desesperado intento de conseguir que la impulsión de maniobra los mantuviera en el aire usando la energía de emergencia. Joder, aquello iba a salir por un pico repararlo.

Sacudió la cabeza, y echó mano del comunicador de muñeca. Estaba muerto, el pulso debía haberlo dañado también. Sin pensárselo mucho, sacó la linterna a pilas de la guantera, la encendió y fue hacia atrás, recuperando el *Grito de Muerte* del asiento del copiloto. El arma del *Brujo* seguía milagrosamente intacta, su peso y la correa la mantuvieron en una posición cómoda, librándola de los daños de la caída gracias a sus propias bolsas de aire. Pudo hacerse con ella tan solo desinflando las del acceso al asiento. Se la colgó a la espalda y echó a correr por el pasillo inclinado hacia su izquierda.

Era una suerte que hubiera dejado las puertas abiertas. Salió del habitáculo de la cabina, y se plantó en el salón en un santiamén. Asomándose a las escaleras hacia la cubierta superior, juntó ambas manos para llamar por el hueco.

—¡¡Alessa!! ¡¡Alessa, dime algo!!

—¡Uno, este trabajo fue una elección de mierda! ¡Dos, debimos rescatar a Pierce y largarnos! —contestó la ingeniera—. Tres... ¡¿Qué ostias ha sido eso?!

—¡Parecía un PEM[2]! ¡Estamos fritos!

—¡Maravilloso! —Por el tono de fastidio, a Kiara le quedó claro que Fourier también se había hecho daño—. ¡Ve a por los de la bodega, voy a reiniciar los sistemas antes de que vuelva a dispararnos! ¡En cuanto estemos todos a bordo, pienso llamar a los cabrones del Protocolo Némesis!

—¡¡Vale!! ¡¡Ahora vuelvo!!

Kiara se acercó a la puerta de las escaleras que conducían a la cubierta inferior y se coló como pudo en el hueco entreabierto. Desde luego, no quería que destruyeran aquel planeta sin más, pero las opciones empezaban a ser cada vez más escasas. Quizás el único truco que funcionaba con los *Motores* era privarlos de materia orgánica, dejarlos morir de inanición. Porque estaba claro que dispararles con un arma pesada tenía consecuencias. Si uno pequeño era capaz de hacer eso, uno grande seguramente tendría la potencia necesaria para derribar una nave capital que estuviera en la órbita.

Atravesó las dos puertas y desembocó en el hangar, completamente a oscuras. El haz de luz barrió la estancia, enfocando con ansia la compuerta ventral. El alivio fue parcial porque, aunque el ascensor parecía haberse cerrado a tiempo, George no estaba sobre él. Siguió el cable destensado que colgaba del cabestrante, temiendo encontrar algo terrible en el otro extremo. Terminó iluminando dos figuras que se llevaron la mano a la cara cuando las deslumbró.

—Capitana, George y doctora están aquí…

Dreston se plantó a su lado en cuestión de segundos, a pesar de que el suelo inclinado le

impedía correr bien. George estaba incrustado en una caja de almacenamiento de madera, que se había astillado bajo su peso. Tenía mala cara, aunque no parecía gravemente herido. Se acercó, sujetándole el rostro con las manos. El grandullón puso un puchero.

—Dime que estás bien, por favor.

—George se ha roto una pierna. Doctora ayuda a colocar hueso en su sitio, pero George no puede moverse.

—¿Crees que va a soldar sola?

A Kiara seguían sorprendiéndole los atributos inhumanos de su compañero. Llevaban ya mucho tiempo juntos, y aun así, seguía asombrándola con sus muestras de resistencia completamente incomprensibles.

—Sí, huesos de George se han roto otras veces. Sueldan solos, aunque tardan muchas horas…

—…y luego estarás muerto de hambre.

—Sí. ¿Podemos ir a comer hamburguesas?

—Claro que sí, tesoro. ¿Hay algo más que pueda hacer por ti?

—No. Capitana va a salvar a los demás. George está bien.

Dreston le sonrió, y el gigantón le devolvió la sonrisa, agotado. Su cuerpo debía estar derivando todos sus recursos a la reparación del hueso. Joder. En cada ocasión en la que se había fracturado algo, habría firmado con sangre para curarse en unas horas a cambio de tener que comer como una energúmena. Miró la zona que todavía sujetaba Jacobinssen, preocupada. El cuádriceps del gigante estaba extremadamente inflamado, casi en el doble de tamaño que el descomunal músculo equivalente de la otra pierna. De haberse tratado de alguno de los demás, habría urgido a la xenoarqueóloga a que la ayudara a llevarlo a la enfermería. Lamentablemente, sabía que no podrían ni ponerle en pie, mucho menos subirle una cubierta. Una fractura de fémur requeriría que lo cargaran en una plataforma gravitatoria, y no sabía dónde paraba la suya. Tampoco tenía tiempo de buscarla, afuera seguía habiendo un dispositivo del juicio final a punto de desencadenar el apocalipsis.

Se volvió a Úrsula, examinándola a toda velocidad. Se sintió mal por no haberse preocupado demasiado por ella, pero a simple vista parecía que solo tenía un raspón y unas cuantas magulladuras. Entrecerró los ojos, y colocando los dedos en forma de pinza, le tiró de una astilla que le sobresalía del moflete izquierdo. Ella se quejó.

—Lo siento. Mejor retirarla antes de que se infecte.

—Gracias. Yo… gracias a ambos. George saltó y me agarró en pleno vuelo, por eso se ha hecho daño.

—George hizo bolita. Doctora más delicada que él.

Dreston volvió a sonreír a su tripulante. Lo visualizó a la perfección. Él estaba atado y sujeto con crespones magnéticos, y ella había salido disparada al colisionar contra el suelo, así que se soltó para cubrirla con su cuerpo e impedir que se matase. Seguramente le había salvado la vida o, al menos, librado de un montón de fracturas y secuelas permanentes.

—¿Qué hacemos ahora? —La xenoarqueóloga estaba aterrorizada—. No podemos parar a esa cosa, y la nave está inutilizada.

—Capitana. Igual es porque George se golpea la cabeza, pero… ¿compañeras escuchan un latido también?

Ambas se miraron, aguzando el oído. Amén del sempiterno zumbido que producía el horrendo *Motor de Vacío*, se oía una palpitación. Como si fuera un corazón, suave y fuerte al mismo tiempo. Kiara se puso en pie, seguida de Úrsula, y ambas empezaron a recorrer la bodega hacia la popa. Dejaron atrás a George, que les dijo que estaría bien, y la linterna barrió la estancia una vez más.

Recorrieron una decena de metros sin saber qué buscaban, siguiendo el límpido golpeteo en la oscuridad. Pasados unos instantes, el haz led de la linterna arrancó un brillo amarillento del suelo, como si se hubiera reflejado en un cristal de color ámbar. A Kiara se le erizó el cabello de la nuca cuando su compañera le agarró instintivamente del brazo y le preguntó qué era eso con un susurro.

Afuera se oyó el tronar de la bocina de uno de los camiones, que debía ser el único que quedaba en funcionamiento por lo que pudo ver desde la cabina durante su corto y fallido vuelo. Le dijo a la doctora que sujetara la linterna y esperase un instante.

Se aproximó con precaución al pequeño orificio del suelo. Era algo que les había pasado desapercibido hasta ese momento, un agujero redondo y quemado, como si las placas blindadas de la bodega hubieran recibido un impacto de un meteoro. La nave tenía tantos desperfectos que ese, ignorado durante meses, se les había escapado. Algo asomaba por el borde.

Con su respiración rugiendo como la de un paquidermo en el relativo silencio del interior del *Pétalo*, Dreston se agachó. Ante ella sobresalía un dispositivo irregular, una pieza claramente arrancada de otra maquinaria de mayor tamaño, convenientemente oculto desde la pelea contra Matías. Por la forma del agujero, estaba segura de que el causante del desperfecto era el propio aparato.

Miró a su alrededor un instante, y las ideas encajaron de inmediato. Las casualidades existían en su universo, desde luego, pero aquel evento no era una de ellas. Estaba en el mismo lugar aproximado en el que cayó el cíborg, muy cerca de donde lo decapitó. Buscó a su espalda unos instantes, y la encontró. La muesca que el *supracero* de gran calidad de la espada del *Brujo* hizo a las sufridas placas de recubrimiento ferromagnético a las que anclaban las cajas.

No había ninguna duda.

—¿Qué es?

—El artefacto del que hablamos. *La Forja de las Almas*.

—Entonces sí que existe. Por eso no lo encontraron, atravesó el suelo.

Kiara asintió a Jacobinssen, y estirando la mano, hizo ademán de tocarlo. La doctora la detuvo, sujetándola. La miró de medio lado, y entendió de inmediato por qué lo había hecho. Tenía guardadas unas pinzas con punta de goma en su atuendo de campo, seguramente pensadas para recoger reliquias y hallazgos geológicos delicados. Mierda, tenía razón. Era mucho mejor arriesgar una herramienta a los dedos de una mano. ¿En qué diablos estaba pensando?

La xenoarqueóloga sacó la pieza con cuidado, colocándola ante la linterna. Era de forma ovoide, con los bordes serrados. En cierto modo, recordaba a los simpáticos dibujos infantiles que emulaban píxeles gordos. Habrían sonreído de no saber que se trataba de una peligrosa reliquia alienígena responsable, directa o subsidiariamente, de una cantidad atroz de muertos.

Jacobinssen ladeó la pinza, revelando que su instrumento tenía en la cara inferior una pequeña pantalla holográfica que se encendía al colocarse en cierta posición. La diminuta proyección indicaba una serie de valores muy interesantes. Mostraba un análisis preliminar de composición, acidez y basicidad, algunos símbolos que los especialistas interpretaban como precauciones de manipulación y peligro estimado del uno al diez. *La Forja de las Almas*, el terrible aparato que causó la matanza de *Triunvirato*, marcaba un dos punto cuatro en aquella escala. A Kiara le pareció que se equivocaba de cabo a rabo.

Finalmente, Úrsula alargó la otra mano, y tocó la pieza. Dreston sufrió un micro infarto por si pasaba algo a última hora y a su compañera le estallaba el miembro en una cascada de sangre y tejido desgarrado. No sucedió nada fuera de su imaginación.

—Está fría. Inusualmente fría, diría yo.

—Vale. Pues ya tenemos el trasto. ¿Y ahora qué hacemos con él?

—Las opciones son: arrancar de nuevo la nave y escapar, o creer en su idea feliz.

—Si le soy franca, Úrsula, soñé con ella. No es que se me ocurriera, no. Es que la tuve en sueños.

La xenoarqueóloga sonrió, girando sobre sí mismo el disco ovoide.

—¿Vio a la diosa de la muerte?

—Vaya. Diría que *La Forja* le da súper poderes.

—Se me da bien deducir cosas. ¿Se parecía a esto?

A Dreston se le escaparon las manos, que le taparon la boca del susto, dejando caer la linterna. Ahí, en el reverso de la maldita *Forja de las Almas*, estaba grabada Booc'wque nefat. No su versión humana, no, sino la original a la que adoraron los Kaishh. Era una visión incluso más horrenda que su equivalente antropomorfa, un engendro espantoso que la capitana no pudo describir a nadie que le preguntó después. Lo que veía ante ella era un circuito impreso alienígena, una interfaz cuyos puntos de contacto eran las cuchillas que llevaba clavadas la criatura en su propia carne.

—Por la cara que ha puesto, diría que sí que la ha visto de verdad.

—¿Me cree?

—Le habría hecho una foto, de haberlo sabido. Vamos afuera.

Cuando su compañera se levantó y le tendió la mano con una sonrisa, la miró como si estuviera loca. Diablos, sí, en aquellos momentos Jacobinssen le pareció la persona más tarada de aquel mundo. Incluso más que Marc Navonod y los que se habían presentado voluntarios para volar media montaña, estando ellos en las inmediaciones de la zona de impacto. Incluso más que Clariano y sus mártires. Úrsula la miró con decisión, e insistió. Quizás aquel cacharro la había afectado de algún modo.

—Vamos, capitana Dreston. Afuera hay inocentes que cuentan con nosotras. Su gente. La gente de este mundo. Ya nos hemos retrasado lo suficiente.

—¿Qué diablos piensa hacer?

—Lo único que podemos intentar mientras su compañera arranca el reactor. Necesitaré que me defienda todo el tiempo posible. Cuando me acerque al *Motor*, lo neutralizaré con esta cosa.

Siento si suena, como su piloto dijo, a plan de película mala.

—Es que lo es.

—Era. Ha reconocido el dibujo. Sé qué cara pone alguien cuando ya ha visto algo antes, es parte de mi trabajo saberlo. Esto no es magia, es ciencia. El problema es que, como no la entendemos, parece brujería. Esta… *Forja* le mandó un mensaje.

Dreston sacudió la cabeza, anonadada. Ni siquiera se planteaba en serio que un trozo de metal con varios millones de años de antigüedad fuera nada más que una pieza de museo. Pero claro, Matías había usado su tecnología, los *Forjados* tenían *algo* que los distinguía de los cíborgs normales y ni siquiera David habría sido capaz de deducir qué era. Y, por descontado, aquella cosa podía haber vuelto loco de verdad al sectario.

—¿Y cómo sé que no se equivoca? O peor, ¿y si la controla en este momento, subyugándola a su voluntad?

—Supongo que ni siquiera yo misma sabría si me está manipulando —suspiró Jacobinssen—. Si no quiere venir, iré yo sola. Qué remedio.

—¿Me pide que tenga fe?

—Ese predicador loco tenía razón en algo. Hay decisiones que lo cambian todo. Yo voy a elegir creer que esto va a funcionar. Porque en el fondo sé que, si no hacemos nada, moriremos. Igual palmamos de todas formas, pero no podrán decir de mí que no lo he intentado. ¿Se apunta?

Cuando tomó su mano, las luces del hangar volvieron, y la rampa de carga empezó a descender. Las rotativas de emergencia giraron sobre sí mismas y las bocinas sonaron, advirtiendo de que podía haber alguna obstrucción o que los sensores detectaban algo en el camino. Avanzaron juntas y con decisión hacia la salida. Ya llevaban colgados unos talismanes de roca para enfrentarse a un arma del juicio final y habían visto a unas bestias capaces de vapulear a George. Su nave no podía volar y los camiones de huida estarían seguramente inutilizados. Como broche final, la Confederación mandaría una flota de exterminio en cuanto se enterase del peligro que representaba el *Motor de Vacío*.

De perdidos al río. Si iba a vestirse de santa de los imposibles, lo haría a lo grande. Pensaba hacer sudar a la fuerza cósmica que se cachondeaba de su destino.



Combatir el fuego con fuego o lo apaga, o lo hace más intenso

Cuando la rampa terminó de descender, un grupo de gente harapienta se precipitó al interior a toda velocidad. Había hombres, mujeres y niños. También ancianos, mineros heridos o ilesos. Uno de estos últimos ayudaba a Teresa a cargar con Will.

La primera oficial cojeaba de una pierna, mientras el piloto parecía al borde de la inconsciencia. El joven Trevor tenía un raspón en la cara, producto seguramente de un golpe desagradable contra el suelo. Prácticamente se encontraron frente a frente con ellos, y Kiara lo señaló.

—¿Está bien?

—¡Joder, de puro milagro! ¡¿Cómo se te ocurre dispararle a esa cosa?! ¡La onda expansiva mandó a Will por los aires mientras buscaba a su padre!

—¿Lo habéis encontrado?

—¡Lo vimos en la fila, cuando el *hechizo* del *Motor* se rompió! ¡Después nos derribaron, y salió corriendo! ¡Es posible que tu cañonazo lo haya dejado inconsciente!

—Desde luego, sonaba mejor en mi cabeza —Dreston negó con vergüenza—. ¿Tenemos alguna oportunidad?

—Aunque no lo parezca, vamos ganando. Tobías y su gente, una vez metidos en faena, luchan como demonios. ¿Y los demás?

—Alessa está resucitando la nave tras el PEM que nos ha derribado. George se ha roto una pierna, lo he dejado ahí detrás, tirado. Tratad de recoger a todo el que se retire, e intentad volver a poner el *Pétalo* en el aire.

—¡¿Y qué vais a hacer tú y la doctora sexy?!

—Encontraremos a mi segundo padre adoptivo y trataremos de frenar esta locura.

—¡¿Cómo pensáis hacer…?!

Jacobinssen levantó la *Forja de las Almas* ante las narices de la primera oficial, a quien se le fue el color de la cara. Trató de articular algo más, aunque solo se le escapó un gorgoteo. Cuando habían hablado de lo increíblemente mala idea que podía ser juntar aquellos dos trastos ella lo oyó solamente de refilón, y estuvo al cien por cien de acuerdo con Will. Finalmente, reaccionó.

—¡¡Ni se os ocu…!!

A la espalda de Teresa y de cara a Dreston, hubo una explosión. O más bien, una descarga de energía que provenía del *Motor de Vacío*. Un enorme nubarrón salió despedido del mismo, como si un condensador hubiera explotado, o algo semejante. Sin embargo, su esperanza de que el infame dispositivo hubiese sufrido una avería desapareció con la misma facilidad con la que llegó. Aquello no era una nube. Las nubes no se dividían en secciones más pequeñas, ni se movían en todas direcciones, incluso contra el viento.

Les llevó unos momentos más entender lo que estaban viendo. Del interior del arma había salido algo, un polvo extraño que se movía al unísono con un propósito definido. Buscó los cuerpos de los *Esclavos del Vacío*, al mismo tiempo que los de los mineros que caían luchando contra ellos. El polvo deshizo los segundos, devorándolos como lo habrían hecho los ejércitos de

hormigas de la vieja Tierra. Y una vez absorbidos a un nivel celular, usaron la materia orgánica recogida para reconstruir a sus monstruitos destrozados por el combate.

Ni las puntas de pico con carga explosiva, ni las lanzadas, ni los cartuchos arrojados como granadas de mano podían detener a la nueva versión de los *Esclavos* potenciados por el propio *Motor*. Cuando una de aquellas nubes los alcanzaba, su capacidad de regeneración se multiplicaba por cien, y cerraban las heridas un instante después de que se las hubieran hecho. Perdían mucha velocidad, eso era cierto, pero lo compensaban con un aura de amenaza completamente impenetrable. Si alguien sin las piedras protectoras adecuadamente dimensionadas y dispuestas se acercaba a los bersérkers, la niebla plateada que los rodeaba lo atacaba de inmediato, comenzando su transformación en un nuevo *Esclavo del Vacío*. Algo que, por los horripilantes alaridos que estaban escuchando, debía exceder cualquier límite de dolor y sufrimiento que pretendieran conocer.

Los zapadores de la pista alta, atrapados en la humareda inicial más potente, terminaron arrojándose al fondo de la mina entre chillidos, esperando matarse antes de que sus guardas fallaran y los devorasen.

Muchos tiraron sus armas e intentaron escapar, aunque fueron alcanzados y alzados por los aires mientras se los devoraba o transformaba. Otros, los que iban mejor pertrechados, sufrían un embate que los derribaba. Luego eran rodeados, pero las piedras se encendían espantando a los horripilantes enjambres. Funcionaba. El diseño defensivo alienígena funcionaba. Al menos, por un tiempo.

—¡Vamos! ¡Tenemos que parar esto!

Jacobinssen se lanzó hacia delante a la carrera, y Dreston la siguió empuñando el *Grito de Muerte*. Teresa le aulló que se detuviera, rogándole que subieran a bordo, sellaran todas las escotillas y encendieran los escudos navales. La capitana la ignoró. No podía dejar a Pierce al descubierto, porque si aquellas cosas lo encontraban, se lo comerían vivo en el mejor de los casos.

Úrsula notó un cosquilleo en la mano, y distrajo su atención de la carnicería que se desplegaba ante ella para mirar el artefacto que portaba. La joya amarilla del centro se había encendido con un brillo tenue. Sin una idea mejor, la levantó ante ella como si realmente fuera un talismán capaz de repeler aquel horror.

Y contra todo pronóstico, funcionó.

La Forja de las Almas emitió un estallido de luz a su alrededor, que formó una esfera de unos quince metros de diámetro de color amarillento. Como si fuera un escudo táctico o un campo de contención. Dos nubarrones se lanzaron de cabeza contra ellas, abandonando otros quehaceres, y cayeron fulminados tan pronto como atravesaron la zona de exclusión que generaba la reliquia.

Tobías vio aquello con completa incredulidad, y dándose cuenta de que sus hombres morirían uno tras otro, ordenó a quien pudiera seguirle ponerse a cubierto bajo aquel inesperado paraguas de energía, que crecía cuanta más gente se refugiaba en él. La doctora atravesaba el campo de batalla a toda velocidad sin que nada ni nadie pudiera detenerla, con Dreston disparando ráfagas cortas para cubrirla. A la corsaria le asombró la increíble fortaleza física de la xenoarqueóloga, que no parecía ni fatigada cuando a ella le empezaban a doler los pulmones de tanto correr.

Un bersérker recién regenerado se interpuso en su camino, y Kiara abrió fuego gritándole a Jacobinssen que tuviera cuidado. El monstruo se lanzó contra la parte frontal del escudo con una

decisión y una ferocidad desatadas, y lo atravesó limpiamente. Sin embargo, no fue capaz de recorrer el radio de treinta metros que abarcaba el aura que cubría ya a una veintena de supervivientes.

Su piel cenicienta empezó a desprenderse, sus heridas curadas se abrieron. De él salía el mismo vapor, aquella extraña nube que había emergido del *Motor*, como si intentara escapar de la criatura. El bersérker empezó a marchitarse, con la carne desprendiéndose de sus huesos, y comenzó a gritar. El alarido de agonía duró unos instantes, porque para cuando la doctora pasó sobre sus restos, tan solo era una amalgama de polvo y pequeños fragmentos metálicos.

Dreston lo comprendió de inmediato. Claro. El *Motor de Vacío* descomponía a sus víctimas y las transformaba en aquellas bolas de demolición ambulantes que ellos llamaban *bersérkers*. Les daba resistencia, velocidad, regeneración, y una letalidad completamente incomprensible. Sin embargo, era todo fachada. Sus creaciones no debían ser más que meros montones de materia orgánica robada, unida mediante algún tipo de nanomáquinas semiinteligentes. Si una eliminaba a estas últimas, el peso del tiempo regresaba de golpe al resto del individuo y se descomponía tal y como debería haber sucedido nada más ser deconstruido.

Dos de los hombres de Tobías esprintaron y se abrieron al lado izquierdo. Agarraron a alguien, a un par de personas, y los metieron junto a ellos de vuelta al interior del campo, que volvió a agrandarse. Otra de las nubes les pasó alrededor, evitándolos como si quemaran. Cada vez tenía menos dudas, debían ser enjambres de nanomáquinas. Kiara bajó el arma, aún corriendo tras la doctora, y se dirigió a toda velocidad hacia los recién llegados.

Se le cambió la cara a una de inesperada alegría.

—¡¡Pierce!! ¡¡Pierce!!

El mecánico tenía un aspecto terrible. Parecía que algunas de aquellas pequeñas máquinas le habían llenado la cara de picotazos, incluso encima de los moratones causados por la explosión del edificio de contención. Tenía centenares de puntos rojos por la piel de las mejillas y la frente, y también en el cuello o las manos. Y a pesar de todo, había sido capaz de arrastrar a una niña para ponerla a salvo. Se arrodilló al lado de él y de los mineros que lo acababan de rescatar. El campo se alejaba junto a Úrsula, que seguía avanzando.

—¡¡Estás vivo!! —A Kiara se le saltaron las lágrimas cuando le abrazó—. ¡¡Estás vivo!!

—Me escuece todo. Un poco más y no lo cuento.

—¡¿Cómo te cogieron?! ¡¿Qué ha…?!

—Señora, no hay tiempo. Su amiga la bruja se aleja con el hechizo.

Los dos hombres de Tobías, delgados pero muy fibrosos, se echaron a la pequeña de unos cuatro o cinco años y al mecánico a la espalda, uno cada uno. En efecto, el campo protector se aproximaba a ellos desde atrás, y si se retrasaban, quedarían expuestos a las nubes cada vez más densas de… ¿insectos nanomecánicos?. Aunque les faltaba a todos el aliento, reanudaron la carrera para dar alcance a la portadora del escudo.

No les llevó más que otros cinco minutos alcanzar el borde del edificio de contención alienígena, cuyos escombros caían de las alturas por culpa del ataque del cañón principal del *Pétalo Danzarín*. Tan solo quedaban veintitrés bajo el paraguas mágico de la doctora, y frente a ellos había todavía seis bersérkers y dos de los sacerdotes.

Úrsula se detuvo. A duras penas podía mantenerse en pie tras el agotador esfuerzo físico de

recorrer el campo de batalla a la carrera. Sus mejillas sonrosadas estaban hundidas y ahora tenía ojeras, su pelo se había decolorado levemente desde su tono negro intenso hasta uno más blanquecino lleno de canas. Estaba claro que la *Forja de las Almas* otorgaba un increíble poder a su portador. Pero este, como pasaba con los dones de cualquier historia mitológica, acarreaba un coste.

Dreston le dio alcance, y la miró muerta de preocupación.

—Doctora, ¿está bien? —Se sintió boba preguntándolo, si tenía que ser sincera—. ¿Por qué se para?

—Marc Navonod.

El grupo de defensores del *Motor de Vacío* dio varios pasos al frente, y atravesó el escudo. Cuatro de las abominaciones se deshicieron igual que las otras, aunque sus restos volaron como si los arrastrara un viento invisible, y entraron en los cuerpos de los bersérker restantes y de ambos sacerdotes. La condición física de todos empeoró visiblemente, pero resistieron el aura que había exterminado a sus semejantes.

Tobías se colocó al otro lado de Jacobinssen. El minero estaba herido de gravedad, con su fornido brazo izquierdo doblado en una postura poco natural. Eso revelaba una fractura de cúbito y radio. Además, tenía una brecha en la frente y el ojo derecho tan inflamado que a duras penas podía ver nada. Le cedió el pico a uno de sus compañeros, que no estaba mucho mejor que él, para recolocarse las piedras en los lugares adecuados.

—¿Y ahora qué, maestra hechicera?

—Colocaré mi talismán en su altar profano, y lo destruiré con él.

—Quién iba a decir que el tío Vicente llevaba la razón sobre lo sobrenatural, y al mismo tiempo estaba tan equivocado. Usted es una bruja buena.

Kiara habría protestado sobre lo absurdo que era considerar aquella tecnología incomprensible como magia. Sin embargo, fuera lo que fuese, en el fondo resultaba completamente irrelevante. No tenían más remedio que cruzar los dedos para que funcionara, porque no eran más que simples *metasimios* jugando con armas automáticas y fingiendo que entendían el mecanismo de disparo y la composición de la pólvora.

Aquello les venía demasiado grande, ninguno de ellos podía siquiera aspirar a comprender qué era lo que tenían delante, ni qué era lo que llevaba Jacobinssen en la mano. Había cosas que una simple humana como ella no estaba destinada a entender. Algunas de sus pertenencias, por ejemplo, habrían pasado por objetos mágicos en la Vieja Tierra.

Suspiró. Los enemigos aguardaban. Imaginó que si el escudo lo estaba alimentando la propia Úrsula, y a juzgar por lo vieja que parecía en aquellos momentos no podía descartarlo, solo tendrían que mantener la posición y ganarían la partida. Les tocaba mover.

—Tobías, usted, los que puedan pelear y yo distraeremos a esos cuatro. Ella llevará el… talismán y gripará el estúpido *Motor de Vacío* para siempre.

—Entendido. Sin los zapadores y sin su nave, no tenemos más remedio que intentarlo.

—Reúna a todo el mundo detrás de mí. Nos acercaremos un poco y evitaremos que puedan usar ningún truco más.

El otro asintió, y emitió una serie de silbidos en una secuencia muy particular. Aunque

Dreston no lo sabía, aquel sistema de comunicación era oriundo del planeta, y expresaba palabras que los capataces de *Vanadiocelsis* no habían sido capaces de entender. Así fue como los mineros coordinaron pequeños e impredecibles *accidentes* que terminaron con los enviados más beligerantes de la empresa, logrando así una manga ancha poco común en mundos tan atrasados.

Kiara empuñó su arma con todo el aplomo que fue capaz de reunir, y avanzó respaldada por los maltrechos trabajadores de las minas. Ante ella, además de las moles de músculo que rugían y bufaban deseosas de entrar en combate, había otras dos parodias de ser humano.

A la primera la reconoció enseguida. Era Sinistra, la adoradora del diablo rival de Clariano. Su piel ahora era tan gris como la de los demás, y de su grasienta melena negra solamente quedaban jirones blanquecinos que parecían desprenderse con cada leve soplido de viento. Incluso sus tatuajes grotescos estaban decolorados, y el fuego de su ojo oscuro se había convertido en una niebla tras el brillo gris que ocultaba su iris y pupila. Sabiendo que era la secuestradora de Pierce, pensaba volarle la cabeza.

El otro era muy similar a la ex satanista. Alto, calvo y con ojos de un color muy cercano al del propio *Motor de Vacío*. Vestía una túnica raída idéntica a la otra, y portaba el mismo bastón infame con el que controlaba las mentes de los pobres desgraciados a los que capturaba. Igual que Sinistra, o que ellos, llevaba las piedras ornamentales de protección que le permitían no acabar desfigurado en una de las moles de carne. Habría dicho que se trataba de un hombre joven, pero estaba tan consumido que podría haber tenido cien años.

—No deis un paso más, profanadores —La voz de Marc parecía estar agrietada como una tierra desértica y yerma—. ¿Quién osa oponerse a la voluntad del Vacío?

—A ver, gilipollas. Imagino que ya tienes el tarro demasiado comido por la plaga y que no podrás razonar, pero voy a darte una oportunidad. —Kiara amartilló el arma—. Si os apartáis, apagaremos ese trasto por las buenas, y no os haremos daño. Tu abuelo no se tomaría bien que te llenara de agujeros.

—El viejo Navonod no conoce la grandeza del Vacío. Solo me envió aquí porque quería saber si su poder salvaría su miserable vida. No entiende que el Vacío es la Nada, como yo mismo no lo comprendí hasta abrazarlo. No hay poder que esgrimir en este universo, ni riqueza que acumular, solo existe una verdad: no hay nada tras la muerte. El único objetivo que debemos perseguir es la Nada. La aniquilación completa y absoluta de cualquier forma de vida.

Dreston sintió miedo, repulsión y lástima a partes iguales. Aquel pobre desgraciado no era ya más que una mera marioneta, un juguete que daba voz a la terrible plaga de destrucción desatada por un par de especies detestables. Si unos adoraban a la diosa de la muerte y los otros a la misma nada, eran literalmente dos formas diferentes del mismo credo de mierda. Empezaba a pensar que no había ni un sólo Xeno bueno.

—Así que tu abuelo te sacrificó.

—No sabía lo que hacía. Intuía que era peligroso, sí. Ignoraba la grandeza del Vacío. Solo un necio anhela sobrevivir suficiente como para ver las estrellas apagarse.

—Listos.

La voz de Tobías fue suave y rápida. También le transmitió determinación y un implícito sentimiento de apoyo que no podía comprender. Era hora de terminar con aquello de una maldita vez.

—Entonces… ¿Aspiras a la Nada, Marc?

—Sí.

—Pues Nada tendrás, oye.

Levantó el arma y hundió el dedo en el gatillo en dirección a los dos sacerdotes, a la par que los mineros gritaban y cargaban hacia las bestias. Navonod III levantó un escudo hecho de las mismas nanomáquinas que salían de su bastón, lo que le libró de lo peor de la terrorífica descarga del *Grito de Muerte*. Sinistra trató de imitarlo, pero no debía ser tan hábil o tan poderosa como él, porque solo consiguió una cascada de chispas antes de que las balas de enorme calibre la convirtieran en un colador. Cayó al suelo deslavazada, tratando de regenerarse para no morir. Los enjambres de fuera atacaron furiosamente el escudo, concentrándose alrededor de la zona donde había caído.

Los bersérkers se arrojaron hacia adelante, aplastando a los mineros como si fueran moscas, mientras recibían montones de heridas provocadas por las armas de estos. Marc apuntó su bastón dentro del escudo, lanzando dos nuevas nubes hacia delante. La primera alcanzó a un desgraciado al que convirtió en un esqueleto mondo en cosa de cuatro o cinco segundos, tras reventar sus ya deterioradas piedras rituales.

A Kiara le golpeó la segunda, que rebotó sin hacerle daño gracias a las protecciones que llevaba impecablemente medidas y colocadas. Frustrado, gritó algo y movió su vara. Un instante después, la nube de nanomáquinas formó un puño, golpeando a Dreston con la fuerza de uno de los bersérkers. La mandó por los aires, dando vueltas horizontales sobre sí misma hasta aterrizar de lado y rodar por el suelo. Perdió la ametralladora por el camino, por suerte, porque el peso adicional del *Grito de Muerte* le habría roto el brazo al caer. Se quedó tendida, casi sin aliento, tratando de no llorar por el dolor ardiente del impacto.

Cuando logró girarse de nuevo a su enemigo, este ya no le prestaba atención. Úrsula había saltado sobre él, golpeando sus defensas con la mismísima *Forja de las Almas*. Disipó el escudo enjambre, partió su vara y finalmente le arrancó media cara a Marc Navonod de un puñetazo. El sacerdote cayó al suelo aullando, sujetándose el rostro parcialmente derretido que no podía regenerar.

Jacobinssen se volvió a mirar a Dreston, asintiéndole con una sonrisa, y echó a correr una última vez. En esta ocasión, hacia el epicentro de la tormenta, el punto desde donde se emitía aquella luz infernal y salían las nubes de insectos diminutos.

Gritó su nombre con todas las fuerzas de las que disponía, pero era demasiado tarde para que la oyera. Durante un instante, el tiempo se congeló. Pudo ver perfectamente el choque de la luz amarillenta y de la grisácea, la trayectoria de la ardiente *Forja de las Almas* acercándose a un ritmo desesperadamente lento a la boca del *Motor de Vacío*. Escuchó chillar de miedo a Marc Navonod, a los enjambres zumbar hacia ella durante el instante en que la burbuja protectora colapsó.

A cámara lenta Jacobinssen, la simple y valiente xenoarqueóloga, acercó aquel artefacto creador de no muertos mecánicos a un arma de destrucción masiva de una guerra olvidada despertada por un cazador de tesoros imprudente. Se produjo un destello cegador, ámbar contra gris, y quedó deslumbrada como si alguien le hubiera incrustado una antorcha led en las retinas.

Un instante después, solo se escuchaba el silencio. La abertura había desaparecido, las luces también. Los *Esclavos del Vacío* aullaron mientras se descomponían hasta quedar reducidos a

polvo, las nanomáquinas cayeron fulminadas y se deshicieron.

Trece supervivientes, abrumados, se reunieron en torno a Kiara. De la doctora no quedaba ni rastro, y el brillante y terrorífico *Motor* era ahora un monolito transparente de tono inerte que contenía un mercurio líquido semiinteligente que amagaba con saltar sobre cualquiera que se le acercara. Seguía los pasos, y parecía desprender un aura de furia fácilmente perceptible.

La zona baja tenía integrado un circuito medio derretido, en cuyo centro destacaba una joya ovoide agrietada. Por suerte, Will estaba equivocado. Ninguno de los dos aparatos tenía aspecto de ser capaz de volver a funcionar jamás.

El precio por aquella victoria habían sido las vidas de Úrsula Jacobinssen y de todos los valientes mineros que se acababan de sacrificar para conseguir llevarla hasta su objetivo.

Una terrible matanza que, seguramente, salvaba millones de vidas.



Cenar así hace que la comida sepa mal

La hamburguesa estaba increíblemente jugosa. Se notaba que aquel planeta exportaba carne genuina de *metavaca*, y que no les habían dado un sucedáneo como solía pasar en otras partes de la Confederación. El lugar, lógicamente, estaba abarrotado. Las colas eran interminables, la gente se desesperaba guardándolas.

Era muy curioso ver que, a pesar de que la comida rápida se seguía considerando cosa de pobres, había alguna gente de dinero sentada en las mejores mesas. No podían dejar de pensar que sus sufridos empleados habrían guardado cola desde primera hora para conseguirlas. Tras la paliza de una larga espera les tocaría pedir la comida de sus jefes además de la suya propia, que por descontado *disfrutarían* de pie. Pero dejando de lado la injusticia social infame, eso hablaba muy bien del local.

George estaba sonriendo como hacía mucho que no sonreía. Y, qué demonios, los demás también. Incluso Alessa parecía haber superado su fase de mal humor derivada de la pésima elección de misión. Todo se veía con otra perspectiva cuando se tenía una hamburguesa tan deliciosa entre los dientes.

Habían comido allí, pasado la tarde picando aperitivos y charlando, y ahora estaban cenando más de lo mismo. Hablando sobre deportes, carreras, armas e Incluso acerca de los ligues de Will y Teresa. Cualquier tema que se les iba ocurriendo era bueno para charlar. Eso sí que era una jornada excelente y bien aprovechada. Cero trabajo, mucha familia.

Esperaban la visita, que acabó presentándose mientras terminaban de cenar. Fue una pena, porque Dreston sabía que iba a estropearles lo que quedaba de velada. Aunque estaban tan llenos que, salvo el grandullón, nadie lamentaría demasiado abandonar su plato.

El viejo, a diferencia de la primera vez que se habían encontrado, no traía un gesto amable a su mesa. Tenían incluso la silla reservada, se la estuvieron guardando durante el día para cuando le apeteciera aparecer. Lo primero que emitió fue un largo y grave gruñido.

Venía vestido con el mismo traje blanco impoluto y su correspondiente sombrero. Un pañuelo negro combinaba con la camisa, en lugar de la anterior rosa, y parecía que la única nota de color que quería transmitir en aquella ocasión era la del lacito rojo que llevaba prendido en la solapa. Los lacitos se usaban desde tiempos inmemoriales, y dependiendo de quién lo mostrara y en qué época se hiciese, podía tener un significado o el opuesto. Lo mejor era tratar de no adivinar qué quería decir con él.

—Me han defraudado, señores. Imagino que lo saben.

Dreston dejó la hamburguesa a medias, se limpió con parsimonia los labios manchados de tomate y apartó el plato. A diferencia de lo que había pasado al inicio de su primer encuentro, ahora sí debía tratar de ser educada. Y, para que engañarse, estaba a reventar. Lo mismo necesitaba un poco de bicarbonato pasadas unas horas.

—Lo lamento, señor Navonod. La cosa se torció.

—¿Era tan complicado llegar y observar? ¿Tan, tan difícil?

—Ese fue nuestro primer enfoque. Reclutamos a la señora Jacobinssen, fuimos a su excavación, y nos encontramos el pastel. A la vuelta…

—He leído su informe. Busco una explicación coherente, no un resumen. Espero que este

fallo se pueda justificar.

—De acuerdo. Tenían mi nave y a mi mecánico aquí presente. Suponiendo que le diera igual el segundo, cosa que me molestaría, no podía volver a entregarle los datos en mano si no salía del planeta. Si no recuerdo mal, fue muy claro con esa condición.

El anciano pareció rumiar aquellas palabras, masticándolas como si fueran algún tipo de manjar que no sabía de la forma que él habría esperado. Desvió la vista hacia Pierce, que todavía tenía pequeñas heridas a medio cicatrizar por varios puntos del rostro. Luego volvió a centrarse en Dreston.

—Su explicación es que mi nieto lo jodió todo. ¿No?

—En absoluto. Solo alteró las cosas de forma que no nos dejó otra opción que enfrentarnos a él si queríamos recuperar el *Pétalo Danzarín*. Si le sirve de consuelo, lo que nos encontramos ya no parecía Marc. Buscamos más tarde una foto suya de la universidad, y… no. Había perdido su humanidad.

Navonod se inclinó hacia delante, y le indicó con la mano a la capitana que hiciera lo mismo. Bajó el tono de voz a uno mucho más suave que, a la vez, seguía siendo desagradable.

—¿El *Motor de Vacío* era realmente un arma?

—Los creadores del templo que investigaba Jacobinssen fueron incapaces de controlarlo. Por lo que averiguó la doctora, llegaron a ser mucho más avanzados tecnológicamente que nosotros, y nunca pudieron comprenderlo. El *Motor de Vacío* daba vida eterna a quienes infectaba, pero el precio era la esclavitud. Si acaso descubrieron algún otro uso para esa cosa… desapareció con su civilización.

—No es lógico crear algo capaz de causar eventos de extinción. ¿Está segura?

El anciano había llegado a la misma conclusión que ella. Naturalmente, quería oír otra cosa. Que le engañaba, que existía alguna posibilidad de evitar la muerte. Y agarrándose a eso, refutaba la lógica enferma de los creadores del artefacto.

—Estamos de acuerdo. Es ilógico. Quiero creer que se ideó con la misma intención que las armas nucleares originales.

—*Si yo no gano, nadie lo hará*. Conozco el principio de disuasión.

Gruñó una vez más, torciendo el gesto. Estaba convencida de que no le hacía ninguna gracia estar allí. Lo veía incómodo, tanto o más que sus compañeros, que abandonaron casi al unísono sus deliciosas hamburguesas. Excepto George, claro, que le pidió la suya a Teresa. Empezó a devorar los restos tan pronto como ella los empujó con el codo. Lo del hueso roto le había pasado una factura energética enorme, pero ya estaba como nuevo.

—Así que Marc acabó convertido en polvo.

—Si hubiéramos sabido de su implicación, habríamos empezado de otr…

—No me dio la gana de decírselo. Fue mi amor propio, y mi decisión. Viviré con ello.

—Lamento su pérdida.

—No lo haga. Mi nieto era un cretino. Siempre quiso mi fortuna, lo mismo que la quieren su hermana y algunos de sus primos. El dinero compra muchas cosas, pero no el amor fraternal. Me engañó, igual que a esos payasos de la *Olimpiana*.

—Es comprensible que omitiera su presencia. Creyó que le había utilizado para llegar hasta el tesoro y quedárselo.

—¿Es que no es eso lo que hizo? —El viejo se relamió los dedos, atusándose las cejas—. Lo que ninguno de los dos nos imaginamos es que iba a encontrarse la horma de su zapato.

—Entonces… ¿De verdad no sabía qué era el *Motor de Vacío*?

—¿Me ve cara de querer ser el esclavo de una raza extinta? —Navonod entrecerró los ojos, ofendido—. Me vendió que era una fuente de la eterna juventud sirviéndose de sus paparruchas. Decía que había traducido el texto. Ahora tengo claro que mintió.

El viejo se enderezó, escupiendo la última palabra con desprecio y volviendo a su tono normal.

—Quiero perdurar, no extinguir la vida. No me llame estúpido a la cara.

—No era mi intención, lamento si le he dado pie a entender eso.

—Bueno, creo que es hora de cerrar este desagradable episodio. Ha fracasado en su misión. De acuerdo a su informe, los mineros se llevaron el artefacto y lo enterraron en un pasadizo subterráneo cerrado. Un esfuerzo innecesario, puesto que esa necia de Jacobinssen lo inutilizó.

Kiara tuvo que hacer un esfuerzo para no cambiar el gesto hacia uno de profundo desagrado. Úrsula se había *sacrificado* por ellos. Que aquel infame tipejo la insultara cuando ni siquiera lamentaba lo más mínimo que la sangre de su sangre se hubiera desintegrado, era intolerable. Merecía un enorme guantazo de George. ¡Aun sabiendo lo que era el *Motor de Vacío*, parecía lamentar su desaparición!

—Como veo que se le da bien salir de los atolladeros, no quiero acabar a malas con usted. Mi reseña será neutral. Diré que no cumplió con lo prometido, aunque el resultado no fue negativo. Después de todo, detuvo a mi nieto y salvó el día. Le daré la mitad de los puntos acordados y ningún pago.

—¿Eso es no acabar a malas? —intervino Teresa—. Tengo que disentir.

Navonod se volvió hacia ella, y se arrepintió de inmediato de haber intentado que ese viejo depredador se apiadara de sus peripecias. El gasto de munición y combustible, las magulladuras y cicatrices… a él le daban igual. A sus ojos eran sólo unos autónomos fracasados.

—Sí, señora Daretti. Esto es acabar a buenas. A mis enemigos les dedico un programa especial en hora punta en el que explico que asesinaron a mi nieto, cómo casi arruinan dos empresas con su negligencia, y que empujaron a una afamada xenoarqueóloga al suicidio.

—No será necesario. —Dreston atrajo de nuevo la atención del peligroso empresario—. Tiene razón, es un final justo. Usted no consigue lo que buscaba, nosotros tampoco. Su nieto estaba ya muerto de todas formas, así que considero que le hemos dado un final digno. Ahorrándole sufrimiento.

Walter Navonod asintió gravemente. Arqueó una ceja, a la espera de que dijera algo más. Kiara tuvo que hacerle un nudo a su cabreo y mandarlo a su ya de por sí saturado estómago.

—Pero, en efecto, no era lo acordado. A veces las cosas se tuercen. Le ruego nos disculpe por las molestias.

—Usted déjeme la misma reseña neutral, no me importa. Esta es la verdad que decidimos aceptar, y no hay nada más que hablar. Yo me quedo sin mi posible fuente de la juventud y

ustedes sin los recursos empleados. Si algún día me conviene, también puedo ensalzarles como salvadores de la galaxia. No se olviden.

—No lo haremos.

—Si encuentro otro artefacto un poco menos… problemático, les llamaré.

—Para entonces revisaremos nuestra ubicación y agenda, como hacemos siempre, y le buscaremos un hueco.

—Perfecto —Walter Navonod se puso en pie y uno de sus asistentes de aspecto clónico le ayudó a colocarse mejor la chaqueta sobre los hombros—. Ah, y… una cosa más. ¿De verdad no saben en dónde enterraron esos desharrapados el… bien de la discordia?

—Nos dijeron que éramos cómplices de la bruja, Jacobinssen, y que nos matarían si volvíamos por allí. Detonaron unas cargas de demolición con las que destruyeron y enterraron el edificio de contención Xenos. No son gente civilizada ni racional, así que preferimos no preguntarles. Nos preocupó que nos quemaran por ayudar a una hechicera.

—Bueno, al menos no gasté mis créditos en esa estúpida. Bien merecido se tiene lo que le ha pasado. Una pena lo del artefacto perdido, habría sido un maravilloso adorno por el que sí les hubiera gratificado. Mi secretario redactará su reseña y emitirá los puntos en un par de horas. Que tengan un buen día.

La mesa se quedó en silencio tras la marcha del millonario. Desapareció, junto a sus guardaespaldas, después de negar un par de autógrafos a unos chicos de clase alta que lo reconocieron. Una mala propaganda de alguien así habría supuesto la ruina para ellos. Aunque los daños en la nave, el gasto de material, tiempo y combustible eran un palo bien grande. Al menos los mineros les habían ayudado con lo que pudieron. Incluso *Vanadiocelsis*, la empresa dueña de *Mina Tres*, les cedió parte de los recursos de su pequeño espaciopuerto en cuanto se enteraron de lo sucedido.

—Menudo…

—No sabemos si hay alguien escuchando, Will —advirtió Alessa, vaciando su vaso de refresco de un trago—. Perdona la interrupción.

—…marrón. Iba a decir marrón, no seas malpensada —El tono del joven piloto era de derrota y amargura—. A ver cómo nos recuperamos de este desafortunado incidente.

Era verdad que tenían un nuevo problema. Ahora tendrían que buscar otro trabajo rápido y seguramente desagradable para reponer lo que habían perdido y ponerse al día con los sueldos sin machacar sus exiguos ahorros. Quizás podrían darle un toque a Swarley y ver si tenía algo que ofrecerles. Kiara estaba segura de que Teresa la echaba mucho de menos, ni siquiera le lanzó la caña a la pobre Úrsula con su ferocidad habitual, así que le vendría genial verla. Lo malo era que la agente, como buena funcionaria, se hacía de rogar.

Aunque bien pensado, eso les daría margen. Porque antes… antes había algo que tenían que hacer, y que no podía esperar ni un minuto. Una buena acción que desencadenaría un precedente tan determinante para el futuro de la humanidad, que ni siquiera podían imaginárselo.

Estaban a punto, sin grandes aspiraciones, de crear el primer *Archivo Prohibido* bajo la protección de la *Hermandad Corsaria* original. Con Kiara Dreston como dueña del mismo, y Pierce Trevor como primer Custodio.


CARGANDO

Llenando el vacío que dejan los que se fueron

Pierce se colgó la mochila, que en lugar del habitual material de reparaciones contenía un par de generosos bocatas que había hecho George y dos botellas grandes de agua. El gigantón insistió en prepararlos, picoteando algunos ingredientes mientras tanto. Kiara hacía bajar la caja, que descendía en el ascensor ventral hacia la pista de aterrizaje. El diligente personal de tierra, mientras tanto, acercó el remolcador que les permitiría subirla a una plataforma de carga con grúa móvil incorporada.

Se lo dejarían a pie de nave sin siquiera cruzarse con ellos, tal era el nivel de privacidad de aquella compañía de almacenaje. En realidad, era un negocio muy barato a la par que muy sencillo, solo necesitaban disponer de un excelente equipo de seguridad de intervención rápida y de un puñado de técnicos que mantuvieran la maquinaria que necesitaran los clientes. Las propias instalaciones, al ser módulos replicados en serie por toda la luna, se limpiaban con robots de forma automática.

Tatsis-LI-II, segundo satélite de un gigante gaseoso homónimo, era otro proyecto de terraformación fallido. No era que nada hubiera estropeado las condiciones climáticas o que hubiera habido un desastre, sino que la empresa dueña de aquella roca quebró antes de poder llevar la vegetación y el agua para mantenerla desde el cinturón de asteroides más lejano del sistema. Su hermana, Tatsis-LI-I, resultó un fiasco de colonización y no dio suficiente dinero. Así que, aunque estaba habitada, no era más que una pequeña ciudad moribunda en un sistema con poco interés. La pareja de lunas eran exactamente la clase de lugares que necesitaban las empresas como *Parcelanova*, reina de los trasteros del Tercer Anillo.

Los magnates del espacio de almacenamiento crearon un macro complejo en el lugar, y vendieron o alquilaron almacenes de todo tamaño en los que uno podía terminar guardando esencialmente lo que le diera la gana mientras no contraviniera una ley confederada o pudiera causar daños a las instalaciones.

El *Brujo* compró uno de aquellos trasteros para guardar mercancías, y lo acabó abandonando cuando en una mala época tuvieron que sacar hasta los repuestos para pagar el rescate de Nina. Kiara se olvidó por completo de él hasta que, una semana después del trabajo de Ñagiss, le llegó el recibo de la comunidad que incluía un gasto de luz y de seguridad. Ambos importes eran ridículamente bajos, dado que llevaban sin pasar por allí un lustro y se les cobraba por actividad. Tampoco es que fuera muy atractivo vender la propiedad, la zona estaba tan deprimida que habrían conseguido menos de la cuarta parte de lo que Dominique pagó por ella. Y no había sido mucho.

Con el recibo y la confirmación de que heredaba el lugar sin recargos adicionales en la mano, Dreston tuvo una idea. Sí que tenía algo que quería guardar en una luna pequeña y perdida en la que solamente trabajaban un centenar de personas respaldadas por un montón de seguridad automatizada.

—¿Estáis convencidos de que no queréis que os acompañemos?

—Sí, lo estamos —replicó Kiara—. Este sitio está muy vigilado, a pesar de lo vacío que parece. No pasa nada.

—Te daría la razón si supiera dónde hemos aterrizado.

—Ya te lo he dicho, hijo. Cuanto menos sepáis de este sitio, mejor.

Will torció el gesto, y suspirando, miró al techo arqueando las cejas. En cuanto la capitana recibió la factura, acudió a Pierce de inmediato con su idea. El mecánico reconoció que era muy buena, y dado que ellos dos eran los únicos que sabían dónde estaba el trastero familiar, se habían encargado de todos los preparativos.

A los demás les dieron días de vacaciones a bordo, y les prohibieron hurgar en la navegación o los instrumentos de registro de vuelo, de forma que no pudieran adivinar por qué puertas de salto intersectoriales se movían o a dónde se dirigían. Solo les dijeron cuál era el objetivo. Enterrar la maldita caja en un lugar seguro, en el que nadie volviera a encontrarla. Después de todo, la propiedad del puñetero trastero solo la conocía la compañía que la respaldaba, y esta era lo suficientemente sólida como para asumir que no quebraría en un futuro inmediato.

Ahora el bloqueo completo de la nave con autorización única de la capitana estaba activado y los registros de vuelo tras Ñagiss, borrados. Ya no quedaba ningún rastro que pudiera delatar su posición. Incluso habían echado algo de combustible sin llenar el depósito, para despistar. Lo único que tendrían sus tripulantes de cara a una confesión, incluso queriendo darla, sería el tiempo de viaje. Y habían dado un rodeo.

—Me resulta feo que desconfiéis de nosotros —barruntó Alessa.

—A mí no. Teniendo en cuenta lo que hay dentro de la estúpida caja, me siento más segura no sabiendo dónde la hemos llevado. —Teresa se encogió de hombros—. Nos están protegiendo, si alguien persigue el contenido, no irá a por nosotros.

—O nos matará rápido —bufó la ingeniera—. Está bien. La capitana tenía razón con lo de salvar ese planeta perdido, así que no veo por qué no podría llevarla con esto también. Al final, con esa acción desinteresada evitamos montones de muertes. Puede que con esta pase lo mismo. Igual tengo que templar mi punto de vista, y preocuparme por alguien más que mi propia tripulación.

—Sienta bien ser de los buenos, ¿eh Alessa? —Will sonrió, apoyándose en la barandilla levantada del elevador ventral que George había usado de plataforma de armas—. Mira, mira cómo se va de nuestras vidas. Adiós, paquete de mierda. Que te vaya mal.

—George no echará de menos. —El gigante saludó con su manaza—. Que caja no escriba cuando llegue a tumba para cajas.

—Volveremos en unas horas.

Kiara desenganchó la escalerilla plegable de servicio que solían dejar al lado del elevador ventral, y tras asegurarla, descendió hasta la pista. Pierce la siguió en cuanto les recordó a los demás que procuraran divertirse ese rato, porque luego tocaría volver al trabajo con más ganas que antes.

Una vez que llegaron a tierra acercaron el remolcador y lo subieron a su propia plataforma. Tras desplegar las patas de carga que impedirían que volcara, engancharon las cadenas de la caja con el brazo mecánico y la subieron a la parte trasera del vehículo con enormes ruedas de goma. Ni siquiera la aseguraron, sabían que aquella grúa en miniatura podría sujetar su peso durante un trayecto de unos pocos kilómetros por una pista de asfalto sin demasiados baches.

Kiara ya se sentía enferma cuando Trevor ocupó el segundo asiento de la cabina descubierta y cerró la puerta de metal con un estampido seco. Arrancaron, y el elevador de la nave empezó a alzarse a su posición de vuelo a medida que se alejaban. Aquel lugar era un cementerio, tal como

decía George. El *Pétalo Danzarín* era la única nave aparcada en los diez kilómetros cuadrados de pista.

El silencio llevó a Dreston a pensar en *Mina Tres* y sus habitantes. Decenas de familias rotas, el ayuntamiento incendiado. Las autoridades corporativas locales muertas, con sus asesinos reducidos a polvo tan pronto como la pesadilla terminó. La mina gravemente dañada tras demoler el edificio alienígena y tirarle media montaña encima para que nadie volviera a encontrarlo jamás.

Parpadeó un instante antes de pasarse la salida. Pierce también iba ensimismado, seguramente pensando en sus propios demonios. Una vez más, le había ido de un pelo. Le habían secuestrado unas moles hipertróficas caníbales con el objetivo de sacrificarlo a un arma pagana, o de convertirlo en uno de ellos. Esa gente que creía que el que se quedaba en la nave tenía el trabajo más seguro podía meterse sus idioteces por donde la espalda pierde su casto nombre. Enfiló la avenida de cuatro carriles que conducía al megabloque que contenía su trastero. Tomaron la tercera salida, y luego unas cuantas bifurcaciones más.

A pesar de la miseria y la destrucción, los desgraciados mineros hicieron lo que pudieron por ellos. Los consideraban enviados del cielo, ángeles, aquellos de los que el difunto Clariano hablaba en sus sermones. Simples gentiles a primera vista, herejes una vez que los mirabas de cerca, y tocados por los poderes divinos cuando sus acciones hablaban por ellos.

Emplearon varios días en ayudarse los unos a los otros. Los corsarios trataron de mediar con la empresa minera, explicándoles que aquello parecía obra de unos piratas, evitando así la represalia corporativa. Y la gente del maltrecho pueblo había dado lo mejor de sí misma para ayudarles a arreglar los desperfectos de la nave. Les regalaron el aerodeslizador y las armas de fuego de los guardias confederados muertos, e incluso dado los víveres de los que pudieron prescindir.

Eran buena gente. Dreston no había podido evitar romper a llorar cuando Tobías se reencontró con su hija de tan solo tres años. Por poco la pierde, como había perdido a su esposa dos inviernos atrás.

El remolcador se detuvo y ambos bajaron, todavía sin mediar palabra, ante una puerta de un tamaño considerable. Era el final de la pista, y no podían llevar el vehículo más allá porque no cabía. Introdujeron sus credenciales, y tras identificarse, la entrada blindada empezó a abrirse con un lamento. Las cámaras volvieron a la vida, comenzando a grabar, y Dreston saludó con desgana al operador que seguramente no estaba mirándolas. Tenía que reconocer que, si no hubiera estado en una zona deprimida, habría heredado de su padre una propiedad bien valiosa.

Pierce se coló entre las grandes hojas mientras aún estaban retirándose, y desempolvó la simple pero efectiva plataforma motorizada que aguardaba al otro lado. Probó el contacto, la encendió usando su clave personal de autorizado, y arrancó el motor. Esperó unos segundos, se deslizó por el hueco, y luego la colocó a la espalda del remolcador. Después se dirigió a los controles del brazo articulado del vehículo, que estaban en un panel conectado a un cable grueso, colgado detrás de la cabina descubierta.

La empresa minera tuvo sus dudas razonables sobre lo sucedido en Ñagiss, y la universidad *Olimpiana* no se creyó ni una palabra. Eso cambió cuando Alessa, siempre tan eficiente, cargó los vídeos captados por su gorro a la videoconferencia. A los delegados de *Vanadiocelsis* se les había abierto la boca al descubrir que los *piratas* eran gigantes. Pensaron que se trataría de algún tipo de transhumano ilegal producto de un laboratorio genético con pocos escrúpulos. Luego se

les demacró el rostro al contemplar la escena del bersérker caníbal, y empezaron a temblar cuando la ingeniera les enseñó cómo había achicharrado a dos de ellos con la lanza tesla.

En ese punto dijeron que era suficiente, y que ayudarían en la reconstrucción. Los de *Vanadiocelsis*, por descontado. Los de la universidad decidieron cancelar su proyecto de investigación y poner a la venta la explotación del templo. Porque claro, ellos sí que habían comprado la historia del ladrón de tumbas nieto de un rico, y bastaba saber sumar para entender que aquello tenía que ver con las tablillas que obraban en su poder. Dijeron que ascenderían a la ayudante de Jacobinssen a arqueóloga junior tras pagarle el hospital, y eso sería todo. La decisión no gustó a la otra multiplanetaria, que lo consideró desleal teniendo en cuenta la estrecha colaboración que se suponía que existía entre ellos. Finalmente, los representantes principales se despidieron agriamente el uno del otro.

A ella le sirvió de poco la amabilidad de *Vanadiocelsis* al cederle todo el combustible disponible en el espaciopuerto. Había fracasado, perdido dinero y tiempo. La espada de Damocles volvía a acercarse un poco más a su cuello desnudo de autónoma con empleados. Su único consuelo era haber podido ayudar a los inocentes una vez más.

Pero… ¿Sería suficiente si acababan arruinados?

La caja se asentó correctamente en la plataforma motorizada, y el brazo mecánico se retiró despacio tras soltar las cadenas. Quitaron la tarjeta del contacto del vehículo grande y comenzaron a caminar hacia la calle correcta. El ingenio auxiliar era lento hasta la desesperación, seguramente porque su pequeño reactor estaba quedándose sin combustible. Los que compraron trasteros en aquella zona eran de la edad de Dominique, y muchos de ellos seguramente no habrían vuelto a pisar ese sitio desde que se vio que la operación urbanística era un auténtico pufo. Las luces se iban encendiendo a su paso, y se apagaban cuando las dejaban atrás. No funcionaban correctamente ni la mitad. Algunas iluminaban menos, y otras solo chisporroteaban. Era un paseo siniestro a la par que deprimente.

Úrsula Jacobinssen, doctora en arqueología, máster en xenoarqueología. Treinta y tres años, joven, con ganas de comerse el mundo. Una mujer dedicada, atenta, generosa. Querida en la comunidad antes de que Marc Navonod hubiese arruinado su reputación acusándola de bruja ante un montón de ignorantes. Guapa, por lo que decían Will y Teresa. Se había sacrificado, salvando así un planeta lleno de gentuza que quería matarla tras condenarla sin juicio por algo que no hizo.

El tosco dispositivo de transporte se atascó. Menos mal que Pierce sabía por qué traqueteaba y sonaba raro, y ya tenía claro qué pieza estaba fuera de sitio. Lo paró, la colocó como pudo y le dio al botón de encendido. Tendrían que registrar la incidencia y rezar para que nada más se averiara antes de que llegaran al final del pasillo. Ahí, a la izquierda, estaba su trastero. El siete mil trescientos veintiocho del ala K, sector amarillo.

Las palabras de Clariano, el minero reconvertido en sacerdote tras una tragedia familiar que le dejó viudo y sin hijos, pesaban una barbaridad en su cabeza en aquel lugar sepulcral. El *Pétalo Danzarín* no era silencioso. Era una nave espacial y siempre había algo que rechinaba, un transformador que hacía ruido, un objeto sideral que era desintegrado por sus escudos. Allí, una vez que se detuvieron ante la puerta, solo se oía su respiración y el eco de un terrible palpitar.

Úrsula. Yussif. El Doctor Infierno. Susi la *navaja*. Su padre. Su tío. Su otro tío político, Sebastián. Calíope. Nina. Su hermana. Sus verdaderos padres. David. El vacío no estaba en las manos de ninguna raza asesina que no aceptaba la derrota. El vacío era el que dejaban los que se

habían marchado. Aquellos con los que luchó, con los que compartió la vida de una forma u otra. Los que le enseñaron algo. Su familia. Aquellos a los que alguna vez amó.

Se le escaparon dos lágrimas mientras la puerta se abría, activada por Pierce. Recordó la imagen de todo un pueblo en la pista de aterrizaje, despidiéndose con las manos en alto, agradecidos. Hombres, mujeres, niños y ancianos. Heridos y sanos. Los que perdieron a los suyos, a los que les tocaría seguir malviviendo tras haberse quedado solos.

¿Qué sentido tenía la vida? ¿Sobrevivir, procrear? ¿Establecer un legado duradero, ya fuera heroico o infame? ¿Y si Hussman tenía razón sobre su loca ordalía?

El chasquido sordo de la puerta enrollable al llegar al tope la sacó de su ensimismamiento. Pierce se alejó del panel de control pobremente iluminado, tras accionar la luz interior. Condujo al ingenio al centro del trastero, que estaba completamente vacío a excepción de algunos papeles viejos y unos trapos sucios y grasientos que se olvidaron en su última visita, hacía literalmente una vida. Trevor pulsó el botón de descarga, y la plataforma empezó a pivotar para dejar caer la caja suavemente al suelo, retirándose de debajo con una precisión quirúrgica y una lentitud desesperante.

—Hemos llegado, supongo.

Kiara examinó la habitación sin contestar al mecánico. Era grande, de unos ochenta metros cuadrados, sin ventanas y con una ventilación tan deficiente que lo único que se podía oler era el polvo. Hacía tanto que no pasaban por allí, que incluso el resto de olores de las piezas de repuesto y los materiales almacenados habían desaparecido. Como pasaría con ella cuando murieran todos los que la conocían. Como pasó con los bersérkers y sus tres sacerdotes. Solo quedaría polvo.

Ni recuerdos, ni memorias. Quizás una breve leyenda en alguno de los mundos que había visitado o que visitaría, y que no sería más que una pálida sombra de la mujer que era. La idea de la mortalidad se le hizo más opresiva que nunca.

Crea en algo.

¿En qué podía creer? ¿En el amor, tras ser traicionada? ¿En la familia, después de perderla? ¿En la Confederación, que comía bebés y expulsaba cadáveres de mujeres y hombres destrozados? ¿En un futuro que nunca llegaría? ¿En la loca idea que la llevaba ahora a aquel lugar? ¿En un ideal absurdo que conducía a la muerte, como David?

Cree en ti.

Reprimió un grito, y se volvió hacia algo que había olvidado hasta ese momento. Fue a buscarlo con paso resuelto a una pared del lado derecho, acariciando el muro con la mano. Sopló el polvo, y tuvo que rascar un poco porque parecía que la rozadura de un objeto pesado había dañado su obra. Un monigote de Dominique, sonriente, le devolvió la mirada. No tardó en volver a descubrir los que representaban al resto de su familia perdida. Lo firmaba ella misma, su yo de los doce años. Acogida por unos corsarios. Agradecida, y feliz.

Su padre adoptivo se molestó cuando se percató de los arañazos que hizo con su cuchillo en la pared nueva, y tío Jhony le pidió que no la regañara, porque llegaría un día donde volverían a ver aquella trastada y les traería buenos recuerdos. Emocionada, sonrió a la par que lloraba. Ese día había llegado.

Su tío grabó esas tres palabras justo debajo de los nombres de cada uno de los monigotes

garabateados sin ninguna clase de arte. Para ella. Para cuando volvieran a ese lugar pasado el tiempo. Y ahí seguían escritas por uno de los hombres más felices que había conocido.

Cree en ti.

—Yo también creeré en ti siempre.

Se volvió, con la sonrisa aún en los labios, hacia su tercer padre. Pierce la miraba con ternura. Le tendió la mano y ella se puso en pie. Juntos, volvieron al umbral del trastero, donde la plataforma de transporte había regresado automáticamente tras abandonar el terrible contenedor en mitad de la estancia. Una caja grande, voluminosa, sellada con *neoplomo* y marcada con símbolos de peligro radioactivo. Debidamente aislada y señalizada, no era ilegal en Tatsis. En aquel sitio deprimente que evocaba en su cerebro esas ideas tan desafortunadas.

Sí. Esa era su elección. Como fue la de David intentar derribar a una nave indestructible. Como había sido la de un pobre minero llamado Vicente, o Clariano, de ganar tiempo cargando hacia los bersérkers. O la del doctor Infierno de rebelarse contra un tirano que podía matarle con un chasquido de dedos. O la de Úrsula de sacrificarse fundiendo y averiando los artefactos. No era una decisión que la encadenara a un suicidio, no. Era algo asequible, que le permitía seguir con su vida y hacer del espacio humano un sitio un poquito mejor de vez en cuando, dentro de sus posibilidades.

Tendría que tener cuidado con lo que incautaba y a quién. Porque si se descuidaba y alguien descubría ese alijo, las consecuencias podrían ser desastrosas. En cierto modo, era verdad que se estaba encadenando, y al mismo tiempo, se sentía más libre que nunca. Capaz, tras ese momento de súbita debilidad y desesperación, de marcar la diferencia. Debía vivir, sobreviviría para que ese lugar nunca se encontrase.

—No sé si solo eres un objeto, o algo más. O si lo sois, en plural.

Kiara gruñó, pensando en el material similar al mercurio que se revolvería sin duda en su dirección, incluso así de bien embalado. También tuvo un leve recuerdo del talismán ovoide, y lo despreció con idéntica intensidad al recordar *Triunvirato*.

—Siendo sincera, me importa una mierda lo que seáis. Solo espero que de verdad podáis escucharme y entenderme cuando os digo esto. En nombre de mi *Hermandad Corsaria* y del vacío que dejaron mi antigua familia y amigos, os condeno al olvido. A un olvido que pasará de generación en generación, de madre a hijos si los tengo, o a mis herederos si no los tengo. A que nadie encuentre nunca algo tan peligroso como vosotros. A que nuestra civilización caiga y vosotros sigáis enterrados para siempre donde nadie os encuentre. Porque si puedo, buscaré una tumba mucho más honda y oscura que esta, os lo garantizo.

Inhaló aire, y subió la voz dos octavas, dándole un toque solemne que ni siquiera ella misma reconocía. Sentía la mano de Pierce sobre su hombro y a todos los que había perdido respaldándola.

—Yo, la capitana Kiara Dreston, creo hoy los *Archivos Prohibidos*. De los que no se sale. En los que no se entra salvo que su dueña, yo, lo permita. Su existencia será conocida, de forma que quienes los codicien caigan ante mí. Aquellos que los necesiten de veras podrán pedirme que encierre algo en su interior.

—Y yo, Pierce Trevor, cargo sobre mis hombros la responsabilidad de ser su Custodio cuando la capitana no esté presente. Cumpliré su voluntad, y la sustituiré si llegara a faltar. Entre ambos

nos aseguraremos de que cualquier cosa que suponga un peligro tan grande como vosotros, artefactos del demonio, desaparezca sin dejar rastro. Ya no haréis más daño. Nunca más.

—Nunca más —repitió Dreston—. Este es el objetivo que nos hemos marcado. El que elegimos, además de seguir adelante. Que se cumpla vuestra condena eterna, *Forja de las Almas* y *Motor de Vacío*. Espero que hagáis buenas migas porque vais a estar juntos mucho, mucho tiempo.

—Aunque os traeremos compañía, para que no os aburráis. Hasta la próxima.

Pierce le dio un manotazo al control, y ambos contemplaron como la puerta enrollable de *supracero* descendía con lentitud desesperante, gimiendo. La lámpara led del centro de la estancia se apagó, dejando el cajón iluminado únicamente por la luz exterior. Esta se fue volviendo más y más tenue hasta que tanto el contenedor como el artefacto mezclado de su interior, una amalgama compuesta por reliquias de dos razas que se habían odiado la una a la otra con cada fibra de su ser, quedaron sumidos en una oscuridad absoluta.

Dreston y Trevor se asintieron, activaron la plataforma de carga, y emprendieron el camino de vuelta, rellenando un informe de avería en papel que les tocaría escanear y mandar al control de *Parcelanova*. En cuanto acabaran, tenían dos generosos bocatas esperándoles.

Cuando los pasos se alejaron, confirmando su soledad, un objeto semi inteligente que había estado enterrado millones de años se desesperó y trató de gritar. No podía, porque no tenía boca. Había estado tan cerca de cumplir el objetivo de su existencia, y ahora volvía a estar contenido. Gracias al maldito circuito parásito Kaishh, posiblemente para siempre. Maldijo a sus enemigos ancestrales con su mente simple, y luego a Kiara Dreston y su Custodio.



La cuenta atrás que nunca se detiene

Alessa Fourier seguía despierta. No podía dormir, porque estaba demasiado excitada tras su última aventura. No en un sentido fisiológico, ni desde luego en uno de nerviosismo. Era emoción pura y dura por lo que sucedería en poco tiempo.

Su cuarto estaba únicamente iluminado por su *holoproyector*, y había comprobado seis veces que la puerta estuviera correctamente cerrada. Era el equivalente de a bordo de las cuatro de la mañana, estaban en mitad de un salto de *Pulso*, y calculaba que William Trevor abandonaría su camarote en unos cinco minutos. En menos de veinte, entrarían de nuevo al espacio *computacionalmente mensurable*, y al hacerlo llegarían al sistema Uxxis. Media hora después alcanzarían la cobertura de largo alcance de los repetidores de comunicaciones de prioridad militar, a los que solamente se podía acceder siendo rico o muy importante.

Era la primera vez que tenía una ocasión así tras el desagradable incidente que la obligó a abandonar el paraguas de David Hussman, y no pensaba dejarla escapar. El estúpido coronel idealista. Habría preferido que se tratara de un renegado de los de la vieja escuela, rudo y despiadado. Como otros a los que había conocido, cuya sed de poder les llevó a abandonar su vida de esclavos de un ideal ridículo y a abrazar una existencia centrada en la satisfacción personal y el poder.

Uno de ellos fue el mejor amante que había tenido, incluso contando con la brutalidad y salvajismo con el que pasaron algunas de sus noches. Esas no molestaron en exceso a Alessa, y las demás lo compensaron con creces. Fueron unos meses memorables.

En la soledad de su habitación, comenzó a escribir en el pequeño teclado holográfico del diminuto dispositivo, que se engancharía a la red tan pronto como estuviera disponible. A pesar de su minúsculo tamaño, tenía un sistema de comunicaciones envidiable. Estaba guardado en un doble fondo de su maleta, protegido con explosivos. Y esta, a su vez, tenía un sistema de identificación de categoría militar que llamó la atención del estúpido Hussman en su momento. Le confesó que era robado, y tras revelarle su historia, el muy bobo se quedó tranquilo.

Buf, Vardis la habría azotado durante horas por la mera sospecha de que pudiera estarle mintiendo. Se sintió tan acalorada que tuvo que quitarse el jersey lleno de bolas al que tanto aprecio le tenía. Era su posesión más antigua, y recordar la historia de cómo lo había conseguido siempre la ponía de buen humor.

La espera se le hizo eterna. Deambuló por la habitación con las manos a la espalda, pensando en cada una de sus aventuras pasadas. En todos los pringados a los que había terminado traicionando, en esa gente avariciosa que creía que podía engañarla o explotarla de forma física o mental. Finalmente, llegó a la cándida Dreston. Una capitana joven, rota por dentro, traicionada en el amor. Huérfana por dos veces antes de los treinta. A pesar de que su idealismo los ponía en peligro… tenía potencial. Sería una magnífica mecenas o, al menos, un refugio seguro durante bastante tiempo.

Su capacidad para haber encontrado dos objetos tan interesantes como la *Forja de las Almas* y el *Motor de Vacío* en tan poco tiempo, lo demostraba. Su celo a la hora de esconderlos tratando de que nadie más pudiera encontrarlos, también.

La alarma de muñeca zumbó, y la apagó usando el dedo índice de la otra mano. Se acercó al teclado, y pulsó el botón de enviar.

Tuvo que esperar de nuevo. No mucho, porque pasados unos pocos minutos, el aparato de notificaciones centralizadas volvió a vibrar. Se sentó ávidamente ante la pantalla, que mostró una cuenta atrás y un icono de llamada. La abrió. Al otro lado se veía una figura distorsionada con niebla de comunicaciones, de forma que su rostro, ropa, el fondo e incluso la voz resultaran irreconocibles.

—¿Valora sus ojos, señora Fourier?

—¿Cuándo he dejado de hacerlo?

Su interlocutor asintió. Aceptaba la contraseña.

—Tiene tres minutos.

—La vi en acción. Arma xenos de nivel omega. No se activó el Protocolo Némesis confederado, no fue necesario.

—Interesante. ¿La destruyeron?

—No parece que sea posible, de acuerdo a las inscripciones encontradas en el templo Paatsi. Resistió el impacto directo de un cañón naval ligero, absorbió la energía cinética y térmica y eso aumentó su poder. Teorizo sobre la posibilidad de que use la materia de los seres vivos para…

—Me he leído su informe, tengo suficiente velocidad en los ojos. Es mi trabajo ser capaz de hacerlo, y no solo en diagonal. Decía que tenía algo más.

Fourier entrecerró los párpados. No era el mismo operador de la última vez. Este era más seco, más directo. Y seguramente mucho más rácano. Que les quitaran todos los rasgos a la hora de mostrarlos ante ella no hacía que no pudiera deducir sus personalidades. Era muy, muy buena calando a la gente.

—Claro que lo tengo. Quiero dos años.

—Es un precio demasiado alto. Se volverá vaga.

—Lo vale. Si no se lo cree… quitará un mes de lo que pensara darme.

—Hecho. Dispare.

—*Nocturnos de Eclipse*. Perfil de pirata esclavista mal entendido. Secuestran poblaciones enteras cuando pueden y se las llevan a su sistema condenado, que linda con un agujero negro. La estrella primaria está en proceso de desaparición por absorción, la secundaria es insuficiente para mantener el calor de ese planeta, cuyo movimiento de traslación lo llevará al centro del evento en menos de cuatrocientos años. La supervivencia colonial es inviable en la superficie.

—Cree que se trata de otro… *Motor de Vacío*. ¿Verdad?

—Consulte las fotos de archivo. Yo misma me informé sobre esos… *piratas* en su día, y pagué una verdadera fortuna porque alguien me consiguiera imágenes. No hablamos de simples bestias caníbales dirigidas por tres desharrapados con delirios de grandeza. Estos son otra cosa, su casta sacerdotal está plenamente establecida, y la guerrera es peligrosa porque sabe manejar armas avanzadas con destreza.

—Lo que cuadraría con su otra conclusión sobre que el desarrollo psicomotriz y la complejidad mental dependen de cuanto combustible y tamaño tengan esos *Motores*.

—Precisamente. Según los Paatsi, llegado cierto punto de crecimiento, estas armas se auto replican. Si es el caso, y estoy segura de que lo es, podría no quedar mucho antes de que intenten

sacar una copia de la que hay en el sistema *Eclipse*.

Se dio cuenta de que su interlocutor, que por el volumen craneal seguramente era un hombre, se llevaba la mano enguantada al mentón. Debía estar consultando algo, cruzando datos. Aquellos tipos, aunque eran ineptos sociales, eran realmente buenos haciéndolo. Casi tanto como ella misma.

—Es un hallazgo muy interesante. Un arma xenos nivel omega, aunque sea de una especie poco relevante como esta, es digna de mi atención. Especialmente si pueden aparecer varias copias de la misma. Y mucho más si estas absorben la energía dirigida contra ellas. Eso implica que la destrucción mediante armamento convencional es inviable, y que tampoco podemos lanzarla a una estrella.

—Porque podría comérsela.

—Ya le he dicho que no me trate como si fuera tonto, señora Fourier.

Confirmado. Hombre. Y no uno paciente, sino del tipo que se cree superior a otros. Una presa fácil para ella, que estaba harta de tratar con machos alfa. Abundaban entre los piratas.

—Cruce completado, posibilidad de acierto muy elevada. Tendrá sus dos años, con cláusula de revocación sin penalización si se equivoca.

—Como siempre.

Su interlocutor gruñó antes de seguir hablando.

—El asunto se resolverá tan pronto como haya recursos disponibles. Sugeriré que se priorice sobre otros temas, y que incluso se pidan refuerzos de tropa convencional para esta operación. Se estudiará al enemigo y se golpeará sin misericordia.

—¿Sabrán enfrentarse a un *Motor de Vacío*?

—Dado que no poseemos más… amuletos mágicos como esta locura que describe, probablemente sigamos el método Paatsi. Nos limitaremos a matarlo de hambre tras destruir a sus esclavos, y luego esperaremos a que el agujero negro se lo cargue.

—Quizás deberían arrojarlo dentro directamente, se ahorrarían la vigilancia ulterior.

—Implicaría subirlo a una nave y eso podría ser más… peliagudo. En cualquier caso, ya no es su problema. Su contador será actualizado de forma provisional, téngalo en mente. Buena captura.

El interlocutor se desconectó sin más ceremonia. Alessa contempló ansiosa la cuenta atrás durante unos instantes. De repente, esta aumentó hasta los tres años y dos meses. Sonrió con suficiencia. El hallazgo de Hussman y su ahora desconsolada novia había sido increíblemente afortunado. Y el nuevo operador no era un rácano, sino un pardillo.

A veces daba gusto equivocarse. Se echó a reír y apagó el *holoproyector* miniaturizado. Ahora tenía que volver a esconderlo. Por fin las cosas empezaban a irle bien.

La hermana traidora

La cosa va de metalagartos

Dreston saltó por encima de la pareja de ancianos derribados, tratando de seguirle el paso a Teresa, que iba corriendo cinco o seis metros por delante de ella. Le habría encantado detenerse a ayudar a aquellos dos pobres octogenarios, pero su compañera tenía una forma física asombrosa y su presa no le iba nada a la zaga. Si se entretenía treinta segundos los perdería a ambos, y eso dejaría vendida a su primera oficial frente al criminal al que estaban persiguiendo.

Habría suspirado de haber tenido aliento para ello. Seguían encargándoles cosas raras, anómalas, y turbias. A veces se trataba de intervenciones mundanas donde lo extraño estaba únicamente en la mente del empleador. En aquella ocasión les habían pedido que persiguieran a un criminal de la peor especie, lo capturasen razonablemente entero y lo llevaran ante la justicia. Eso, en circunstancias normales, habría sido un trabajo bastante del montón con una buena recompensa. En realidad, actuaban como la subcontrata de una firma de cazarrecompensas, que eran incapaces de dar con el tipo y se jugaban su reputación. Sus empleadores estaban tan acojonados de no cumplir que iban a quedarse sin margen de beneficios.

Ella, ingenua, pensó que los de *AgujereaCriminales Sociedad Ilimitada* eran unos panolis. No por cederles el dinero, que era bastante, sino por ser incapaces de apresar a un tipo que en la foto parecía una rata de laboratorio. Según la ficha, era un genetista impresionante, un cirujano fuera de serie y un psicópata de los que aparecen una vez cada generación. Mostraba un completo desprecio por la vida humana, la integridad física y sexual, por el dolor ajeno y por cualquier cosa que no fueran él mismo y sus planes.

Hasta ahí, podían estar hablando de un jefe de división científica de cualquier farmacéutica. El problema empezó cuando le dio por el transhumanismo. Tras robar todo el contenido de su laboratorio, se esfumó cabreando mucho a sus empleadores originales, *MediCom-Inatuy*. Eso hizo que pusieran precio a su cabeza. La historia era… ¿Cómo podía un científico calvo y tirillas de sesenta kilos esquivar a unos cazarrecompensas profesionales más duros que una declaración de la renta?

La respuesta era sencilla: ¡¡Transformándose en un puñetero hombre-*metalagarto*!!

Giró la esquina y, alertada por Teresa, saltó unos cubos de la basura derribados. Bueno, el primero, porque los siguientes prácticamente los pisó de dos zancadas corriendo el riesgo de desnucarse. Aterrizó trastabillando y tras perder dos valiosos segundos y proferir un juramento, siguió corriendo por la calle estrecha.

Lo veía allá adelante, y era pavoroso. El científico se había sometido a una enorme cantidad de ciclos de esteroides, haciendo que su masa muscular aumentara exponencialmente. Tras operarse para engrosar y extender los huesos largos de su cuerpo, se implantó parte de la columna vertebral de otra persona a continuación de la suya para crear la base ósea sobre la que hacer crecer una cola. Luego, modificó el apoyo de sus pies, sustituyendo los dedos por unas garras en forma de V, lo que le permitió alterar la inclinación de su propio esqueleto. No contento con eso, se alteró las manos soldando los dedos no oponibles de dos en dos. Por si fuera poco, les había añadido garras. Como broche de oro, se extirpó el vello de todo el cuerpo, se tatuó cada centímetro de piel en un verde que simulaba escamas y alteró su rostro. Ahora no tenía orejas, su mandíbula salía hacia afuera y estaba llena de dientes cónicos implantados… y lo

de los ojos no tenía claro si era cirugía o coloreado de córnea. Para qué engañarse, no quería saberlo.

Cualquiera habría dicho que semejante modificación extrema era un pasaporte directo al cementerio. Pero Darío Spothos fue probando todos aquellos cambios en innumerables víctimas antes de aplicárselos a sí mismo. Se sabía de docenas de muertos o mutilados bajo su inmisericorde bisturí, aunque teniendo en cuenta que se asentaba en barrios pobres como el de aquella infraciudad del planeta-pradera Mutis VIII, podrían ser decenas más. Había llegado al extremo de horrorizar a torturadores y asesinos de reputación tenebrosa, que les vendieron información para darle alcance. Tenían que apresarlo. Cuando los accionistas mayoritarios del infierno deciden que eres una mala influencia es que te has venido muy, muy arriba.

El problema era que… joder. Para ser un monstruo demente corría que se las pelaba, lo cual no dejaba de ser irónico, porque al ir desnudo ya había podido comprobar que tampoco tenía genitales. Seguramente se los extirpó como parte de su transformación. *Metalagarto* hasta el final, supuso. Eso explicaba, a su vez, el cambio a su nuevo método reproductivo. Según el informe, quería desarrollar algún tipo de híbrido entre humano y reptil, y estaba convencido de que *implantarlo* en mujeres sanas ayudaría a estabilizar la abominación genética que pretendía dominar. Por supuesto, se encontraba a años luz de lograr su objetivo, así que terminaba matando de forma horripilante a todas sus *voluntarias*.

Atravesaron una calle principal, y se dio cuenta de que llegaban a la meta. Teresa fue guiando al ser a base de tiros para dirigir su estampida, hasta que lo arrinconaron en una plaza central muy conocida en la localidad por ser poco más o menos que un callejón sin salida de altas paredes. Con una decoración preciosa a base de estatuas, eso tenía que reconocerlo.

Spothos se detuvo, sorprendido, levantando su cabeza por encima de su habitual posición casi horizontal. No se esperaba aquel giro de los acontecimientos. De haber sido un *metalagarto* de verdad se habría reído de ellas, porque cualquier *metareptil* digno de tal nombre era capaz de trepar las regias estatuas de la fachada y saltar el muro. Lo intentó, arañando dos de ellas y cayendo con estrépito al suelo.

—Te he pillado, cabronazo. —Teresa jadeó—. Voy a pedir permiso para confeccionar un bolso contigo, y eso que hace como una década que no llevo uno.

Dreston frenó en seco, sin aliento, empuñando el *Grito de Muerte* para sumar su amenaza de fuego a la de las pistolas de su compañera. Decidió que la próxima vez que fuera a perseguir a un monstruo modificado en un laboratorio, llevaría un arma más ligera. Aunque, si tenía que ser sincera, cuando se decidió por el arma de su padre esperaba encañonar a un doctor chiflado tirillas que no era capaz de correr como un velocista.

Jadeó, tosiendo un par de veces antes de poder hablar. Tenía la maldita garganta llena de polvo, aquellas calles sin asfaltar le jodían pero bien. No eran tan malas como las de un planeta desértico, aunque estaban bastante sucias. Se aclaró la garganta y escupió al suelo.

—Darío Spothos, queda detenido en nombre de *AgujereaCriminales Sociedad Ilimitada*, en base a la orden de busca y captura AP3131-6721231 —Kiara se aprendía los números de detención de memoria, para no distraerse mirándolos—. Levante las garras y ríndase. Si intenta sacar un arma o vuelve a huir, lo abatiremos. Su detención se está grabando y es conforme a la ley empresarial.

—Ohhhhh, sssssí —El siseo de aquella cosa era repugnante, lascivo, incluso—. Vaisssss a

detenerme para sssssatisssfacer a la jusssticia. Ah no, esssss porque un empressssario mássss dessspiadado que yo mississsmo essstá enfadado conmigo.

—Personalmente, quiero llenarte de agujeros en nombre de la gente que has atormentado, bicho —Teresa entrecerró los ojos, y enfundando las pistolas, se descolgó el rifle—. Te libras porque hay que llegar a fin de mes.

—El vil metal, la mayor debilidad humana, sssssí. Por esssso quiero trasssscender, alcanzar un nivel de evolución sssssuperior. Esssss un insssssulto a la ciencia que cada logro dependa de sssssi tienessss dinero o no para consssseguirlo.

—Por favor, guarda tu lengua bífida tras tus colmillos —Kiara amartilló el arma—. Ningún torturador asesino como tú tiene derecho a intentar arrogarse la ciencia. Teresa, túmbalo.

La primera oficial comprobó que los dardos sedantes ocupaban el espacio de los cartuchos habitualmente mortales. Ya iban varias veces que lo miraba, pero quería estar segura de no haberse arrepentido en un momento de ira. Cerró el rifle con un chasquido, y apuntó al pecho de la monstruosidad de laboratorio, que levantaba las garras delanteras en señal de rendición, con las puntas de los tres dedos horribles mirando al cielo. Siendo sincera consigo misma, deseó convertirle la cabeza en un guiñapo sanguinolento.

Dreston no tenía muchas más ganas que su amiga de capturar al científico psicópata con vida. A decir verdad, consideraba que existían suficientes de esos en la Confederación y que le harían un favor al mundo si reducían el contador, aunque fuera en una sola unidad. Los mercenarios de *AgujereaCriminales* compartían su animadversión por la presa, de eso estaba segura. Ahora bien, no apostaba porque *MediCom-Inatuy* lo encerrara o ejecutara. ¿Y si lo soltaban tras darle un escarmiento? ¿Y si le obligaban a compartir los datos de sus múltiples torturas y asesinatos y los usaban para algún otro horror?

Mientras sentía que el picor del dedo del gatillo del *Grito de Muerte* iba en aumento, oyó una voz. Alejada, de mujer. Un sonido sordo, una advertencia a la que no estaba prestando atención. Su cerebro la procesó durante una fracción de segundo, y guiada por un sexto sentido que no pudo comprender, saltó con todas sus fuerzas hacia la izquierda, alejándose de su compañera. La reacción le salvó la vida. Si no se hubiera apartado, el repulsor la habría atrapado y aplastado contra el suelo.

Ese metro y medio lanzándose en plancha evitó que el aerodeslizador que iba hacia ellas como una bala la atrapara en su derrape. El campo que suspendía el vehículo la tocó de refilón, levantando las piernas de la capitana por encima de su cabeza y haciéndola caer de espaldas. El costalazo fue monumental, enorme, y la dejó sin respiración unos momentos. Por fortuna, a pesar del dolor, salió bien parada.

Teresa no pudo decir lo mismo. El golpe del lateral derecho del aerodeslizador contra la parte trasera de sus costillas del lado izquierdo la pilló completamente desprevenida, y no le rompió la columna vertebral por cuestión de un palmo o palmo y medio. Perdió el arma y salió despedida por encima de la carrocería, sobre la que rodó hasta caer al otro lado. Cuando tocó el suelo ya tenía varias fracturas, y chorreaba sangre debido a al impacto de su cara contra un embellecedor que le había abierto una ceja.

Sin embargo, eso no fue lo peor. Del vehículo bajaron cuatro individuas embozadas para resultar irreconocibles, y tras propinarle varias patadas, la desarmaron y la subieron a bordo. La primera oficial no pudo resistirse, solo tratar de taparse la cara mientras se ensañaban a golpes

con ella, incluso tras tirarla sin cuidado en el tercer asiento. Las secuestradoras, fueran quienes fuesen, arrancaron y desaparecieron a toda velocidad.

Kiara consiguió volverse con mucha dificultad, aturdida y completamente sobrepasada por lo que acababa de suceder. Spothos se quedó tan sorprendido como ella, aunque se veía en sus facciones reptilianas que aquel infortunio le venía de perlas. Corrió hacia el arma de Teresa, tirada en el suelo, y se hizo con ella. Antes de que la capitana se levantara, el otro le estaba apuntando.

—Tienesssss mala pata, mercenaria. Me llevo el juguete de tu amiguita. Ssssin rencoressss, mi guarida en essste agujero ya no era muy ssssegura. Cambiaré de airesssss. Sssssi me ssssiguesssss, te mataré. ¡Hasssta la vissssta, y ssssuerte con essssse ssssecuesssstro! ¡La vasssss a necessssitar!

El jodido lagarto salió corriendo, mientras se partía de risa. Aquello sustituyó su aturdimiento por cabreo, y la hizo reaccionar. El científico loco acababa de pasar a un segundo, o quizás a un tercer plano. Lo dejó huir sin prestarle atención. Si no iba a dispararle, no le importaba lo más mínimo en aquellos momentos. Del aerodeslizador solo se veía el polvo de las calles sucias a lo lejos.

Miró alrededor, encontrando una solución que le vino caída del cielo. O suspendida sobre el suelo, más bien. A unos cincuenta metros, un grupo de chavales con aspecto de pertenecer a la clase media-alta fardaba de motocicletas a reacción. Eran unos cacharros peligrosos, poco prácticos y raros, la versión minimalista de los mucho más seguros deslizadores de superficie. Más aptos para vacilar o echar carreras suicidas que para viajar o circular con ellos. Algunas de esas *aeromotos* repulsoras alcanzaban varios cientos de kilómetros por hora, terminando por ser cohetes que se movían a ras de suelo. Puestas a ir en un vehículo volador compacto, las personas normales elegían las *aeromotos* convencionales, porque había menos posibilidades de matarse con ellas. Aquellos cacharros solían acabar en manos de adolescentes y jovenzuelos que no podían pagarse las segundas, y provocaban la mayor parte de los accidentes de circulación mortales de los planetas en vías de desarrollo.

Eran exactamente lo que necesitaba en ese momento.

Recorrió la distancia esprintando. Un par de los chicos, jovencillos de unos veinte años a lo sumo, la vieron venir y se rieron de ella. Le dijeron que debía andar con más cuidado, e incluso le insinuaron que tenían apéndices mejores que los del tipo-lagarto que se le acababa de escapar. No le resultó nada complicado determinar que iban muy borrachos, ni tampoco elegir a su víctima. Uno de ellos, que llevaba una chupa de cuero con el milenario símbolo de la anarquía en ella, estaba de espaldas. Le embistió con toda su masa, lanzándolo sobre la copa de otro colega, y subió a la moto de un salto mientras los chavales alucinaban.

—¡¡Ya te la devolveré!!

Sin más explicación, quitó el freno y pisó el acelerador. El motor a reacción, que ya estaba encendido, rugió haciéndola desplazarse hacia atrás. Casi se cayó de espaldas, tuvo que entrecerrar los ojos hasta que fue capaz de colocarse las gafas de sol con una mano. Menos mal que el espectro de luz de aquel planeta la deslumbraba con frecuencia y decidió llevárselas, porque de lo contrario las partículas voladoras la habrían dejado medio ciega en cuestión de pocos segundos.

Si pilotar aquel cachivache era osado, la forma en la que lo hacía daba a entender que había

perdido completamente la cabeza. Quizás era cierto, porque a medida que iba dándole vueltas a qué demonios acababa de pasar, le carcomía cada vez más un terrible presentimiento.

Hizo un giro súper cerrado de noventa grados siguiendo la estela del otro vehículo, derrapando y quitándole el polvo al muro del edificio de enfrente. Le faltó bien poco para llevarse por delante a dos o tres peatones, que debieron de acordarse de sus ancestros hasta la cuarta generación. Tenía que reconocer que la moto era una maravilla, a pesar de su peligrosidad. Iba pulida con esmero en un rojo metalizado, con partes cromadas en las que prácticamente se veía reflejada. Los controles eran suaves y razonablemente precisos, de forma que ganaban enteros en manos de una piloto experimentada como ella. Sí, probablemente su dueño se iba a cabrear, porque le debía haber metido bastante dinero para mejorar la versión de serie. En cuanto estabilizó el giro, tocó el comunicador de la muñeca y se colocó el pinganillo con suma dificultad.

—¿Hola? ¿Cómo vais? ¿Pasamos a recogeros?

—¡¡Will, se ha escapado!! ¡¡Necesitamos refuerzos!!

—¡Oído cocina! ¡El grandullón y yo salimos para allá! ¿Dónde estás? ¡Suena como si estuvieras cayendo desde un octavo!

—¡¡Estoy persiguiendo un repulsor, dirección sur!! ¡¡Han secuestrado a Teresa!!

—¡¿Qué?! ¡¿La tiene el lagarto?!

—¡¡No, joder, ha sido otro grupo!! —Kiara esquivó dos vehículos lentos con un quiebro, casi estampándose contra el camión—. ¡¡Te he mandado mi posición!! ¡¿Qué tengo al frente?! ¡¡Los veo ir rectos, a kilómetro y medio de mí!!

—¡Vienes hacia nosotros! ¡Al *espaciopuerto*! ¡¿Te cuadra?!

—¡¡Quieren sacarla del planeta!! ¡¡Sí que cuadra!! ¡¡Es un vehículo amarillo mate, hecho polvo, con cinco personas a bordo incluyendo a Teresa!!

—¡Entendido! ¡Trazo un vector de intercepción! ¡Dales alcance!

Pisó aún más el acelerador y creyó que se le iba a despegar la piel de la cara. La moto a reacción no tenía cristal cortavientos que impidiera que las piedrecitas le dieran en la jeta, así que imaginó que su dueño usaría casco para evitarlo. Gruñó. Las tipejas del repulsor la habían visto y aceleraban también.

Pasaron a toda velocidad por delante de un edificio un poco más alto y mejor decorado que la media, seguramente institucional. No transcurrieron ni cinco segundos antes de que oyera un sonido altamente familiar y modestamente preocupante: las sirenas de la policía corporativa.

Vio nuevos perseguidores por el retrovisor. Dos *giromotos*, unos vehículos muy sofisticados y resistentes que usaban con frecuencia las fuerzas de seguridad de las multiplanetarias. Se trataba de un par de anillos gigantes situados en paralelo uno muy cerca del otro, sujetos en la parte delantera y trasera por sendas transmisiones. El piloto se colocaba en medio de los anillos, en un chasis suspendido que se mantenía en la misma posición incluso si el ingenio giraba de forma muy cerrada. Iba inclinado hacia adelante, como en las motocicletas estándar, sujeto a un manillar. En muchos modelos se les añadía una cabina parcial o completa, a veces blindada, y una gran variedad de armas para poder desplegarlos como asalto rápido. Las *giromotos*, dependiendo del fabricante, eran capaces de trepar incluso por fachadas de edificios de hormigón. Se alimentaban de un reactor nuclear en miniatura y casi todos sus componentes eran

mecánicos, así que era muy difícil poder escapar de ellas. Solían vencer a sus objetivos prácticamente por agotamiento.

En circunstancias normales, a Kiara le habría preocupado muchísimo que la policía corporativa saliera tras ella. Acababa de pasar a toda pastilla por un sitio que no debía, y la habrían considerado una amenaza. La cuestión era que alguien había atacado a una corsaria durante un trabajo, y eso era bastante probable que pudiera reclamarlo a la Central de Patentes de Corso, además de denunciarlo ante la propia ley. La multarían por exceso de velocidad, e incluso la encarcelarían unos meses por robo en el peor caso. Decidió que, en aquellos momentos, un montón de polis contaban como refuerzos y no como enemigos.

La cosa empeoró cuando las secuestradoras empezaron a dispararle. A alguna de las energúmenas del aerodeslizador se le debió cruzar un cable, porque la emprendió a tiros en medio de la ciudad, tratando de alcanzarla con un rifle. Era la peor elección posible de arma, solo por detrás de las armas cortas, debido a la dificultad para apuntar. A los polizontes les sentó fatal, porque encendieron las luces y empezaron a ordenarles que cesaran el fuego o se verían obligados a contestar. Lo agradeció ya que, si hubieran sido poco razonables, la habrían abatido primero a ella y luego a las otras.

La persecución los sacó de la ciudad. Tal como predijo Will, recorrieron la pradera que separaba la urbe del *espaciopuerto*, y tras dos o tres minutos esquivando balas, llegaron a las pistas. Pronto quedó claro que iban a la zona más retirada. Allí había solamente una nave, un transporte ligero aparcado en el límite más septentrional, lo más alejado posible de la torre de control. Hasta un idiota se habría dado cuenta de que era gente que iba a hacer algo ilegal, pero en la periferia de la Confederación no se perseguía el crimen salvo que eso reportara un beneficio claro e inmediato.

Kiara estaba absorta, completamente consumida por la adrenalina. No oía el ruido ensordecedor de su propio motor, las detonaciones puntuales de sus enemigas, los gritos de *alto* de los *corporatas* que llevaba detrás. Solo podía pensar en quién querría a Teresa, y para qué. A pesar de todo lo que estaba pasando a la vez, el tren de sus pensamientos pasaba por la misma estación a cada intento de dilucidar el sentido del secuestro. Deseó, con mucha fuerza, equivocarse aquella vez.

El aerodeslizador enemigo derrapó de lado una vez más, y sus ocupantes saltaron al suelo. Arrastraron a la maltrecha primera oficial con ellas, parapetándose detrás de una barricada formada por cajas y contenedores. Sacaron las armas y apuntaron en su dirección. El sentido común debió impedirles disparar, no fueran a darles a las *giromotos* que venían detrás.

Kiara deceleró considerablemente, permitiendo que la policía se le echara encima. Según llegó, aterrizó derrapando también, de forma que pudo poner su *aeromoto* robada entre ella y sus enemigas. Prácticamente se dejó caer de costado, asomándose con el *Grito de Muerte* por delante. Un tiro le pasó rozando la cara, así que volvió a esconderse.

Sobre sus cabezas estaba el transporte ligero, un *Atalan-medioclase VI*, típico de las operaciones de contrabando o entrega de mercancías de mediana importancia. Era un buque rápido y barato, empleado por no pocas tripulaciones corsarias nuevas para introducirse en el mundillo cuando tenían fondos escasos. La alta tolerancia a la modificación y su versatilidad hacían de ella una excelente nave para pobres. Es decir, gente *aún* más miserable que la propia Dreston. La rampa de aterrizaje estaba a cosa de veinte metros, así que tendría que andarse con cuidado de que las otras no salieran huyendo. También debía vigilar que no abrieran una escotilla

para atacarla, así que la situación no era precisamente sostenible. Menos mal, menos mal que los *corporatas* la habían seguido.

—¡¡Soltad a mi amiga, hijas de perra!!

—¡¡Si te vuelvo a ver la cara, te la reviento!! ¡¡Lárgate con viento fresco!!

Las dos *giromotos* llegaron a la escena, deteniéndose unos metros por detrás de donde estaba Dreston. Los policías no se bajaron, se limitaron a apuntar las armas pesadas de sus vehículos contra la capitana.

—¡¡Alto en nombre de la compañía!! ¡¡Han infringido ustedes los límites de circulación establecidos por *PastoGranjas*!! ¡¡Se la ha denunciado por el robo de un vehículo personal que está en su posesión!!

Kiara levantó las manos, y también la voz. No pensaba rendirse, sino aprovechar la situación para convertir a aquellos dos en una ayuda que necesitaba desesperadamente. Sin ellos, estaba en una desventaja de cuatro a uno, y con un rehén. Y eso, suponiendo que no hubiera más a bordo. Si se involucraba la autoridad a su favor, la cosa cambiaba bastante.

—¡¡Soy la capitana Kiara Dreston!! ¡¡Estaba persiguiendo a estas individuas porque han secuestrado a una de mis tripulantes!! ¡¡Solicito su ayuda, y depondré las armas si ustedes se hacen cargo de la situación!!

—¡¡Eso es mentira!! —La voz de la barricada parecía barro seco.

Uno de los agentes, una mujer, se asomó por el lateral del vehículo, levantándose la visera polarizada de color verde clásica de *PastoGranjas*. Desde donde estaba no podía verle la cara, pero le daba la sensación de que eso no se lo esperaba.

—¡¿Puede demostrarlo?!

—¡Enlazo mi patente a su vehículo y transmito los códigos! ¡¿De acuerdo?!

La agente le abrió el puerto de comunicaciones estándar, permitiéndole una transmisión de protocolo cifrado, mientras su compañero se separaba en arco unos metros para tener un mejor ángulo de tiro sobre la barricada. Dreston sacó la patente con mucho cuidado de su guardapolvo, procurando no dar motivos para que le disparasen, y transmitió la autorización de corsaria. Su propio documento le confirmó que la autoridad lo reconocía como válido.

Justo en ese instante, aparecieron Will y George con su propio aerodeslizador. Era el que habían conseguido en la aventura del planeta minero, reparado y reforzado para misiones más peligrosas como las que llevaban a cabo. Lo habían pintado de negro mate por sugerencia de Teresa, y la verdad era que imponía muchísimo. Ellos dos no se molestaron en bajar, empezaron a apuntar con la ametralladora pesada montada y con un fusil de asalto a la barricada.

—¡¿Y esos quiénes son?!

—Mis empleados —Ahora que estaba enlazada a la moto, la patente permitía a Kiara comunicarse directamente con la agente sin gritar—. Pedí refuerzos antes de saber que ustedes venían detrás de mí.

—Debió llamarnos en lugar de montar esta escenita. Con tantas armas alguien puede salir herido.

—Lo siento, soy extranjera. No sabía su extensión, y mi misión…

—Ya, no se lo miró porque es usted la típica *prisas*. Se nota. Le vamos a poner una buena multa por exceso de velocidad, y veremos si el dueño de la moto no presenta cargos.

—Me disculparé cuanto antes y le compensaré si él me lo permite para evitar ese extremo. Mi amiga resultó malherida y cayó en manos de unas secuestradoras. Entiéndalo.

—¿Está herida?

—La atropellaron y agredieron mientras cumplíamos un encargo. Seguramente tenga varias fracturas.

Kiara transmitió los datos de la orden de arresto del *metalagarto*. Oyó gruñir a la agente, a quien no debía hacerle demasiada gracia la situación. La cosa pasaba de un robo y una multa a un intento de homicidio y un secuestro. Les habían disparado, y ahora tenía una situación con un rehén y mucha adrenalina flotando en el ambiente.

—A ver, ¡¿y ustedes qué?! —Gritó por el altavoz de la moto—. ¡¿Cuál es su versión?!

—¡¡En virtud de los acuerdos de corso, hemos venido a detener a esta mujer por deserción!! ¡¡No sé qué les habrá contado esa palurda de la moto roja, pero es mentira!! ¡¡Nuestro objetivo se ha resistido al arresto y se ha herido por saltar del vehículo en marcha!! ¡¡Y encima, la otra gilipollas nos ha disparado!!

¡¿Deserción?! Ay. Ay, ay, ay, ay. Los temores de la capitana acababan de cristalizar a toda velocidad. Dejando de lado la flagrante mentira de quienquiera que estuviera contestando ahora, ya sabía lo que estaba pasando. Y tenía que solucionarlo cuanto antes, o de lo contrario la cosa acabaría fatal para Teresa.

—Deponed las armas, chicos —Dreston habló a la vez por el canal de la agente y el de Will —. Ya. La autoridad se hace cargo.

—Pero…

—Bajadlas. Es una orden.

Tanto George como el piloto obedecieron a regañadientes. La policía seguía gruñendo.

—¡Los de la barricada, obedezcan también! ¡Bajen las armas!

—¡No podemos hacerlo! ¡En cuanto salgamos, esos falsos corsarios nos matarán! ¡No nos sentimos seguras, y según la ley corporativa…!

—Basta, agente, no deje que la mareen. —Intervino Dreston—. Pida refuerzos, avise al comisario. Como ve, mi gente y yo vamos a colaborar con ustedes y a someternos a la ley. Si esa señora no se siente cómoda, seguro que la presencia de su oficial al mando la tranquiliza. Con más agentes, incluso entregaremos las armas hasta que se resuelva todo.

Aquello provocó un suspiro de alivio en los dos policías. Claro, pasar el marrón al jefe era una solución perfectamente válida. Ya le habían ido avisando de lo que sucedía, y tenían órdenes de pedir ayuda si veían que la cosa se complicaba. Solo debían mantener el statu quo hasta que llegaran los demás.

Y vaya que si tardaron.

El comisario se tomó su tiempo en cargar toda la artillería. Cuando acudieron a la zona, los refuerzos lo hicieron armados hasta los dientes. Se desplegaron cuatro furgonetas antidisturbios, con más de treinta efectivos equipados con escudos y lanzagranadas de gas. Llegaron en tropel, y

formaron un semicírculo alrededor de la barricada tras desarmar a la tripulación del *Pétalo Danzarín* y retirarlos hasta el vehículo de mando. El jefe de policía se dejó ver tras la segunda negativa de las secuestradoras a bajar las armas.

Era un tipo de sesenta, de piel oscura, gordo, con poco pelo y unas ojeras marcadas. Bajó fumándose un puro, embutido en su uniforme verde claro, frunciendo el ceño de una forma que invitaba a no acercársele demasiado. Miró a Kiara de arriba a abajo, y tras asegurarse de que era la corsaria que se había identificado, se dirigió hacia el muro de escudos levantado por sus agentes. Se presentó como Silas Pashel, y le pidió a Dreston que le acompañara.

Apartó a los dos negociadores de un empujón. Ambos, que estaban terminando de ajustarse las protecciones para salir a hablar con las mujeres atrincheradas, desaparecieron sin protestar ante el desprecio. A Kiara empezó a quedarle claro qué clase de representante de la ley tenía ¿de su lado?. El tipo debía ser de los que terminaba los conflictos al estilo sucio, poniendo sus gónadas sobre la mesa y esperando que los demás retrocedieran al verlas. Los antidisturbios le dejaron pasar.

Se acababa de colocar a pecho descubierto en primera línea, con las manos en las caderas fofas. A pesar de lo arquetípico que resultaba aquel sujeto, la verdad era que imponía. Quizás porque la capitana sabía que no le iba a temblar el pulso si tenía que disparar el gigantesco revólver que llevaba. Estimaba, a ojo, que usaba munición de rifle.

—A ver, en pie la responsable del grupo de gilipollas que no obedece a la policía según se le requiere.

—¿Quién es usted?

—El cuarto rey mago, no te jode, la muchacha. Habéis conseguido que venga el comisario de Caída de la Valkiria, papanatas. ¿Sabéis cuánto dinero cuesta movilizar a todo el cuartelillo? ¿Y os imagináis quién lo va a pagar?

—Qué alivio que sea usted. Espere un momento, que le pedimos a la capitana que baje.

—Lo que sea. No os hemos gaseado porque tenéis una rehén, pero si veo que vuestra compinche hace un solo movimiento sospechoso, la convierto yo mismo en un colador.

Silas desenfundó para reforzar su amenaza, y bajó el arma al muslo. Curiosamente, las que estaban en la barricada dejaron de apuntar en dirección a la policía. Quizás era la actitud más inteligente cuando una trataba con un energúmeno como aquel. Se volvió hacia Kiara y le indicó que se acercara con el índice.

Dreston, desarmada, se colocó al lado de Silas. Olía horriblemente mal a tabaco, mucho más de lo que Pierce había olido nunca. Pero amedrantaba al más pintado, y la estaba protegiendo por el momento, así que se abstuvo de arrugar la nariz.

Esperaron un tenso minuto, durante el cual el comisario fue cambiándose el puro de comisura utilizando únicamente la lengua. Finalmente, la figura apareció en la rampa y Dreston se quedó congelada.

Era una mujer alta, fibrosa y de pelo largo. Estaba encorvada, andaba cojeando y se veía que había sufrido graves heridas. Una cicatriz horripilante le cruzaba la cara desde el labio superior, partiendo la aleta nasal y recorriendo su piel hasta perderse bajo el parche de su ojo izquierdo. Luego cruzaba la ceja, y dejaba un surco de tejido mal cerrado hasta la mitad de la cabeza. Llevaba una pierna prostética y una muleta para suplir su mal funcionamiento, además de una

mascarilla que sujetaba con una goma a la nuca.

Bajó armada, con una pistola en la mano libre, lo que tensó la posición del comisario hasta el punto de casi dispararle sin mediar palabra. Dreston estaba segura de que, si Pashel quería matarla, su cabeza desfigurada por las heridas explotaría antes de que intentara apuntarles.

En cuanto se acercó y levantó la cara para mirarlos, estuvo segura. Ay, ay, ay, ay. Sí que sabía de quién se trataba. La reconoció a pesar de las abrasiones de la piel, claramente provocadas por un torturador, y de las cicatrices con las que habían mutilado su rostro. Su lista de indeseables acababa de volver a aumentar, aunque aquella tipeja fuera enemiga por transitividad. En cuanto estuvo frente a ellos, sacó una patente de corso deslustrada y se identificó de forma válida, como ella.

—Soy la capitana Nalletat. Tal como le han dicho mis tripulantes, he venido a buscar a una desertora, y en virtud de los acuerdos de las patentes de corso…

—Me importa una putísima mierda el rollo ese. Suelte a la rehén. Ahora mismo.

—Comisario, está incumpliendo la ley.

—Mire, señora. Que no me cuente películas. Usted ha montado una barricada delante de dos agentes de la policía y su gente ha desobedecido la orden directa de bajar las armas no una, sino varias veces. Por lo que yo sé, ha secuestrado a una corsaria con un contrato activo tras herirla y maltratarla a conciencia.

—Señor comis…

—Que se calle. Sus piratas de espacio polvoriento han atropellado a un peatón en la vía pública, lo han subido a un vehículo y lo han apaleado. Aquí ya no entra lo que dice la capitana Dreston, le hablo del testimonio del niñato al que la susodicha ha robado la moto. Le he llamado por el camino, y tras contarle lo sucedido, él y sus colegas me han confirmado los hechos. —Se giró a Kiara—. Dice que, si le llena el depósito, le limpia la burra y le compra once cajas de cerveza; están en paz.

—Eh… vale.

—Pues apañado. Usted, por el contrario —volvió a señalar a Nalletat —. Tiene un puto problema. Ha intentado tomar a mis agentes por gilipollas. Y ellos son mis ojos, oídos y manos. Así que ha intentado tomarme por gilipollas *a mí*. Suelte a la rehén. Ahora.

La desfigurada mujer hizo una seña a sus compañeras para que obedecieran. Dos de ellas levantaron a la maltrecha Teresa, que a duras penas se mantenía consciente, y tras arrastrarla la lanzaron al suelo entre los dos grupos. El comisario la miró, evaluando rápidamente que muchos de los golpes poco tenían que ver con un atropello. Incluso se veían las pisadas de bota perfectamente definidas en el guardapolvo.

Se giró a Kiara.

—¿Es una desertora?

—No me consta. Se dio de baja de su anterior empleo por cese de actividad del empleador meses antes de contratarla.

—¡¡Es mentira!! ¡¡Sí que es una desertora!!

—¿Puede demostrarlo?

La otra capitana cambió el gesto tras la mascarilla respiratoria a uno de rabia y odio contenidos. Balbuceó entre dientes que no disponía de pruebas, puesto que su anterior nave terminó en manos de los piratas. Fue a agregar algo más, pero Silas levantó el arma y le apuntó al pecho.

—Ya. O sea, que me tengo que fiar de su palabra y de su buena fe. Aquí la señora prisas va a pagar una multa que le va a dar vueltas la cabeza. Y va a comprar no once, sino quince cajas de cerveza para compensar este fregado sin cárcel. Ahora bien, usted y sus aprendices de pirata se van a venir conmigo hasta que el juez decida que es un buen momento de dejar de meterse drogas y hacer su puto trabajo. Que ya le digo yo que va a tardar, porque el tío no da ni palo al agua.

—¡¡Es una intromisión en los acuerdos de corso!! ¡¡Tengo mis derechos!!

—En base a las pruebas, veo varios delitos en su actuación, incluyendo secuestro e intento de asesinato. Además de resistencia a la autoridad, tía chula. Que aquí la pipa grande la llevo yo.

—Pero…

—Pero los cojones. Si tiene algún problema con mi impresión inicial y mi informe, abra un contencioso en la Central de Patentes de Corso más próxima cuando la suelte. Si aquí la rehén-felpudo es una desertora, tiene el nombre de su capitana y puede pedir que se los retenga hasta que la haya detenido. Y su contraparte debe denunciarla por interrumpir su trabajo para no tener problemas. Así ambas tendrán las reglas claras y no me podrán acusar de ser parcial.

A la otra se le cambió la cara. Incluso a Dreston se le cambió. Aquello era legislativamente correcto. Si la tal Nalletat tenía razón, los detendrían en la siguiente visita a una oficina, y se exigiría la entrega de la tripulante para ser sometida a juicio por sus propios pares. ¿Cómo sabría…?

—No todos nacimos siendo agentes del orden, tía fea. Algunos nos hemos ganado los galones a base de sudor y lágrimas. Manitas sobre la cabeza, y nos vamos por las buenas antes de que se me agote la paciencia. Funcionando, que no tengo todo el día.

Kiara sonrió. Nunca, nunca jamás en su vida había agradecido tanto encontrarse con un policía corporativo con complejo de dios. Estaba claro como el agua una vez que se ponían las cosas en contexto. Silas Pashel fue corsario, retirándose a aquel planeta para acabar convirtiéndose en el comisario de la ciudad.



La hermandad que todos necesitamos

Silas Pahel no bromeaba. Sentada en el asiento de copiloto tras Will, tenía desplegados varios hologramas que andaba compaginando con el apoyo que le daba a su medio hermano durante el vuelo.

La hoja de cálculo titilaba, iluminando su cara en la por otra parte oscura cabina. Hacía bastante tiempo que, como medida de ahorro de combustible del reactor y de desgaste, habían decidido desconectar las luces no esenciales por defecto. Si alguien necesitaba ver mejor en una zona específica, tendría que pulsar un botón. Pasado un tiempo, las lámparas afectadas se apagarían. Eso daba un aspecto siniestro a la mayor parte del *Pétalo Danzarín*, pero cuando a una no le sobraba el dinero, era mejor sacrificar esos detalles que dejar de comer bien.

Menudo problemón tenía entre manos por culpa de las hijas de perra que habían atropellado a Teresa con el aerodeslizador. La multa por exceso de velocidad fue estratosférica, y el precio por las cajas de cerveza también. Lo primero se lo esperaba, visto lo visto. Lo segundo había sido una sorpresa desagradable: en aquella roca las bebidas alcohólicas se consideraban un bien de lujo y estaban sujetas a unos impuestos que rayaban la indecencia. En circunstancias normales se habría limitado a comprarlas en el mercado negro, aunque debiendo *invitar* a la policía, no se atrevió.

Ahora tenía un agujero fiscal por los gastos imprevistos, otro por las pérdidas de la misión, uno más por los emolumentos médicos del doctor de verdad que remendó a Teresa… y encima le aguardaba una bronca del cliente. En fin, por lo menos su primera oficial estaba recuperándose correctamente gracias al segundo maletín médico de los Cruzados, cuyo pegamento de huesos les había venido de maravilla. Otra cosa serían los moratones, la hinchazón y las contusiones. El doctor les recomendó sedar a su compañera hasta que se le bajara la inflamación, así que estaría inconsciente al menos otro par de días.

Bufó al pensar en Nalletat, y aporreó el teclado. Si la pillaba en las circunstancias adecuadas, la dejaría como un colador. A ella y a cualquier tripulante lo bastante estúpida que tratara de meterse por el medio. Aquella vez iban un poco menos al límite que otras, pero les había jodido de lo lindo. Y, sobre todo, no iba a perdonar las heridas de su mejor amiga. El problema que tenía con ella se lo buscó soli…

—Kiara, voy a tener que interrumpirte.

—Ahora no, Will. Estoy tratando de arreglar el desaguisado.

No era verdad. Hacía un rato que estaba cabreada y sin avanzar nada, y él ya sabía detectar ese sutil cambio. Aprovechaba cuando empezaba a divagar para, de forma habitual, contarle algo desagradable. El joven Trevor era un tipo muy listo, a veces demasiado. Esperó que no le tocara las narices más de lo necesario.

—Lo sé. Por eso mismo. Hemos recibido un mensaje que va a solucionar parcialmente el problema. Canal dos. Cascos.

En circunstancias normales gruñía más, pero su piloto se había comportado de una manera impecable durante todo el incidente, poniendo buena cara incluso cuando tenía motivos para golpear un saco de boxeo. El cabrito se hacía querer, era capaz de animar el cotarro incluso cuando se estaba planeando un entierro.

Pasó, de hecho, y los deudos llegaron a sonreír.

Se puso los cascos, y activó el vídeo que le mandó desde el terminal de comunicaciones, situado a su derecha. Las hojas de cálculo se minimizaron hasta convertirse en unos iconos pequeños y luminosos que podía levantar con el dedo, y el programa de reproducción ocupó todo su campo visual. Era un mensaje personal para ella, aunque su remitente lo había enviado sin cifrar, dando a entender que no le importaba que el operador de comunicaciones lo viera antes. Su expresión fue cambiando poco a poco, hasta una de incredulidad. Luego se rio de falsete.

—Ohoho, no puede ser.

—Mira, está firmado —Le resaltó el dato del fichero en el holograma—. ¿La conoces?

—Sí. Así es.

Vaya que sí. Era una de las últimas personas que esperaba que fuera a escribirle, y mucho menos en unas circunstancias semejantes. De haber sabido que andaba por la zona, ella misma habría concertado una cita. Hacía años que no se veían, y de repente le entró una morriña terrible.

—¿Quiere matarnos a alguno? ¿Robarnos? ¿Secuestrarnos? ¿O…?

—Qué va. Es una ex de tío Jhony. Lo dejaron a buenas. Probablemente fue su mejor pareja.

Él soltó una pequeña risa que denotaba incredulidad. Will no tenía contacto con ninguna ex, sentía predilección por las bobas tóxicas o por los rollos de una noche. El concepto debía resultarle tan increíble como la existencia de los *metaunicornios*. La cuestión era que *sí* que era muy buena tipa.

—¿Y te fías de lo que dice?

—De otros muchos capitanes no querría ni la hora. En ella confío prácticamente a ciegas. Vamos.

Con resignación, el piloto miró el indicador situado sobre su cabeza. Medía el volumen de *Helio-3* que les quedaba conectado en los depósitos activos, y la aguja analógica no marcaba una cantidad para tirar cohetes. Dentro de poco les iba a tocar soltar una pasta en repostaje. Menos mal que estaban apuntados a una promoción de una marca de combustibles que les hacía descuento por la patente.

—Es un pico de pasta. Espero que lleves razón.

Pusieron rumbo a Oasis del Explorador, un sistema binario con seis planetas, de los cuales sólo el último era parcialmente habitable. Con tres mundos magmáticos y los demás muertos por culpa del calor, el conjunto carecía de interés, excepto por dos motivos que lo salvaban de la quema.

El primero era que el último planeta no rotaba sobre sí mismo, sino que oscilaba debido a los campos gravitacionales de sus dos estrellas, de forma que en la zona entre la abrasadora luz solar y el frío espacial existía una franja donde la temperatura general era soportable para los seres humanos, incluso teniendo que construir cúpulas habitables para tener atmósfera.

La segunda era su ubicación respecto a los demás cuerpos celestes. Aquel lugar era conocido en el sector por ser un puerto franco, un fondeadero desde el cual uno podía tomar cualquier ruta a los sistemas colindantes. Fue clave durante los años de expansión, y retenía su encanto estratégico al estar literalmente en medio de muchas rutas comerciales. Por eso, la cúpula

colonial inicial se fue conectando en línea con otras siete, todas en la región de la umbría para ahorrar climatización y energía. Los generadores solares estaban en la zona más caliente, y los puertos estelares grandes, en la más fría.

En aquellos días la colonia de superficie la gestionaba una empresa de logística, que hacía como que no veía los trapicheos y fugitivos que cruzaban sus dominios mientras no tocaran las narices en exceso.

Era un muy buen lugar para desaparecer.

Kiara bajó acompañada de George, Will y Pierce. Teresa quedó a cargo de una apática Alessa, que estaba enfrascada en un invento relacionado con la detección de frecuencias invisibles. Se obsesionó con ellas tras el incidente del *Motor de Vacío*, y últimamente estaba frustrada porque no lograba avances. La científica se llevó una mesa a la enfermería, y prometió echar un vistazo a la primera oficial mientras seguía con sus experimentos.

Tampoco era que importara demasiado que no le hiciera caso a la herida, dado que estaba inconsciente e iban a estar a literalmente un tiro de piedra del *Pétalo Danzarín*. Se apostaron en la pista, apoyados y disimulando cerca de unas cajas vacías que ellos mismos bajaron de la bodega.

El *Susurro Gritón* tardó casi cuatro horas en aparecer. Tal como esperaban, se aposentó en la plaza de al lado de la suya, ocupándola por completo y dejando la rampa de cara a donde estaban. Vanisha Khapali tenía una nave grande, un buque que entraba dentro de la categoría de corbeta por un margen escaso. Le debía haber ido bastante bien, pocos corsarios podían permitirse una *Shohuku Hiro* de generación III.

Transcurrieron unos minutos más antes de que la pasarela bajara hasta la pista. Descendió una chica empujando una maleta. Era rubia, menuda y de ojos claros. Por la enseña del hombro, idéntica a la del casco, era parte de la tripulación. Se les quedó mirando y, con disimulo, se tocó la visera de la gorra.

Kiara sonrió. Aquella era la señal convenida que habían pactado en la respuesta al vídeo, así que parecía que la cosa iría según lo planeado.

Ella asintió, devolviendo el saludo tocándose el ala del sombrero de flores estampado que George le prestó. Era gracioso, porque le quedaba pequeño y a él le encajaba como un guante.

La rubia desapareció, subiendo en busca de otras maletas. Mientras, más allá, bajaba una rampa con contenedores industriales que estaban transportando a la vez que su objetivo. Empezó a impacientarse.

Finalmente, cuando creía que se limitaban a tomarle el pelo, aparecieron en pos de la chica. La capitana Khapali descendió la última, con la espada rebotando en el muslo, justo tras la figura ominosa y cuatro de los suyos. Iban todos armados.

Empezó a llover en el ecosistema artificial. Retumbó un trueno en la lejanía, y la ya casi inexistente luz de la corta noche de aquel mundo de paso prácticamente desapareció. El momento no debía ser casual, solo había tres horas nocturnas en aquella roca, y durante las mismas era el mejor momento para salir o entrar en la madriguera.

Ahí estaba, embozado en un abrigo amplio que no disimulaba en absoluto su naturaleza monstruosa. Vanisha le llamó la atención para que se diera la vuelta y poder estrecharle la garra. Eso les dio la oportunidad de colocarse y encañonarlo antes de que se percatase.

—Darío Spothos, queda detenido en nombre de *AgujereaCriminales Sociedad Ilimitada*, en base a la orden de busca y captura AP3131-6721231 —Kiara estaba deseando repetir la puñetera frase—. Levante las garras y ríndase. Si intenta sacar un arma o vuelve a huir, lo abatiremos. Su detención se está grabando y es conforme a la ley empresarial.

El lagarto se volvió a toda velocidad, tratando de empuñar el rifle que le había robado a Teresa y que llevaba en el hombro en aquellos momentos. Antes de que pudiera levantarlo por completo, Pierce le disparó tres dardos aturdidores.

Se le cayó el arma de las manos, y girándose hacia Vanisha, la señaló mientras se tambaleaba.

—Me hassss… me hassss…

—Traído a buen puerto, señor Spothos —sonrió la capitana—. No sabía yo que tenía asuntos con la ley. Espero que no sea usted peligroso, no me gustaría ser acusada de ser su cómplice. Es una suerte que no firmara una confidencialidad alta con nosotros, porque así podremos colaborar con la justicia abiertamente si se nos requiere.

El científico loco fue a decir algo más, pero se desplomó antes de poder hacerlo. Cayó cuán largo era, salpicando las botas de la otra tripulación corsaria con agua de lluvia sucia. Los otros corsarios levantaron las manos.

—No nos oponemos a una detención legal. Nuestro contrato era dejar a este caballero a pie de pista. Es una pena que no pueda evaluar nuestro servicio de transporte. Queremos hacer notar que se nos pagó por adelantado.

—No se preocupe, capitana —Dreston siguió registrándolo todo hasta el final de la frase—. Un testigo lo vio subir a su nave en Mutis VIII, donde perpetró una serie de horribles crímenes. La hemos seguido, sabemos que no tiene nada que ver.

Cortó la grabación, y en lo que George ataba a conciencia al lagarto y lo cargaba de grilletes, se abrazó a Khapali. Hacía mucho que no la veía y, a decir verdad, no se había dado cuenta de lo muchísimo que la echaba de menos.

—Me alegro de verte, Vanisha.

—¿Vanisha? —rio la interpelada—. ¿Dónde ha quedado lo de tita Vani?

Le revolvió el pelo como cuando la vio por última vez, y se sintió niña una vez más. Compartiendo tripulación una temporada, se consideraban medio familia. Se separaron.

—Siento mucho lo de Jhony. Y lo de tu padre. También lo de los demás.

Kiara se permitió humedecer los ojos delante de Khapali. Le otorgaba suficiente confianza como para no ocultarse. A pesar de que ese infausto día estaba cada vez más lejano, las heridas aún escocían mucho. Empezaba a creer que siempre lo harían.

—Gracias. Yo también.

—Tu familia era una gran familia, Kiara. Me alegra que Pierce lo consiguiera.

Alzó la mano, y el mecánico devolvió el saludo con el rifle tranquilizante en el hombro. Luego se verían todos en la cena a la que les iban a invitar a bordo del *Pétalo Danzarín*, así que cada tripulación siguió con sus quehaceres para no retrasar sus respectivas operaciones.

—Lo primero es lo primero. ¿Qué te debo?

—Una cena.

Dreston frunció el ceño. Ese no era el trato, Khapali le dijo que compartirían la recompensa cuando le mandó el vídeo. No le gustaba que cambiara de parecer.

—No caramba, nos lo has dejado en bandeja.

—Querida, yo no podía detenerlo. Me informé de quién era tan pronto como vi la pinta que tenía. El intermediario no dijo nada de un hombre *metalagarto*. Aluciné al enterarme de quién era. Asesinatos, secuestros, violaciones, torturas… de no impedírmelo mi contrato, me lo habría cargado. Solo podrías pagarme en negro sin que ambas incurriéramos en un delito y hace tiempo que lo he dejado. Me va demasiado bien como para arriesgarme.

—Así que me has tomado el pelo. No hubiera…

—…ni venido. Lo sé, eres igual que tu padre. Por eso te he colado la mentirijilla. Dejémoslo en que me debes una pequeñita. Somos amigas, ¿no?

Dreston gruñó, dejando paso a una sonrisa. Sí, sí que lo eran. No le importaba repetir esa jugada en sentido contrario si Vanisha se lo pedía. En el fondo, a su lado, era una mindundi. Y si se invertían los papeles, ella dejaría de cobrar una mitad mucho más grande. Era justo.

—Claro, perdona. No me malinterpretes, es solo que… no me gusta cambiar los tratos, incluso si es con alguien de confianza o si me beneficia.

—Haces bien. Tranquila, no me ofendo.

Khapali suspiró, desviando la vista hacia el horizonte. Los años parecían haberla templado muchísimo, estaba más reflexiva y tranquila de lo que recordaba. Casi la encontraba melancólica.

—¿Estás bien?

—Sí. Es solo que… me encanta la vida corsaria, Kiara. Se me acaba el tiempo.

A Dreston se le heló la sangre. No sabía que la ex de Jhony estuviera enferma. Igual por eso la contactó, quizás no era casualidad que… oh espacio. Se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Qué te pasa? ¿Puedo…?

—Perdón, que ha sonado fatal —Kaphali rio con voz clara, aunque detectó una nota de tristeza en su risa—. No, no. Estoy perfectamente. Es solo que cumpliré cincuenta este año. Los mismos que tenía tu padre cuando… bueno.

—No lo entiendo.

—Kiara, aún eres joven. Sé que haces las cosas de forma meticulosa y precavida. Se te ha educado para ser así. Pero lo normal es que a los treinta y cinco haya más capitanes muertos que vivos. Y que a partir de los cincuenta empieces a encontrar motines o accidentes por falta de reflejos.

—¡¿Intentó deponerte tu tripulación?!

—Llega un momento en que pasas de familia a trabajo. Yo tengo cuarenta y un empleados, algunos de los cuales están conmigo desde que empecé. Otros llevan meses. Hay renuncias, cambios de navío, e incluso bajas. También contrataciones.

—Ya, pero… ¿motines en serio?

—¿Me imaginas ejecutando a alguien? —Dreston negó con la cabeza—. Pues ha pasado hace unos meses. Tres nuevos se cargaron a Osiris, mi primer oficial y amante intermitente. Los tiré al espacio sin más ceremonia.

—Oh, por amor de… cuánto lo siento.

La otra suspiró, mirando al infinito.

—Estas cosas pasan. Veo que tienes una tripulación pequeña. Rara, quizás, pero seguro que leal.

—Muchísimo.

—Pues mantén clara la línea entre tu familia y tus empleados. Y cuando te hagas mayor, planea tu retiro. Es mejor vender todo y quedarte a vivir con quien quiera acompañarte que agarrarte a la silla y acabar mal.

—Como papá.

Dreston bajó la vista. Sabía que Dominique no estaba en la misma situación que Vanisha. Pero era cierto que los años le aportaron sabiduría y le restaron habilidad.

—Es mi consejo, querida. Luego, haz lo que quieras. A mí me quedan meses, y por avariciosa vamos a ser tres en vez de cuatro. Ya te diré dónde me establezco. Estamos entre un bar corsario y un taller de naves.

—Nos encantará ir.

—Y a nosotros recibiros. Te dejo ir. En un rato vamos Peralta, Dravni y yo.

Dreston tenía el estómago revuelto. ¿Tendría razón Vanisha? ¿Tendría caducidad su estilo de vida? ¿Tan exageradas eran las estadísticas?

Por primera vez en algún tiempo volvió a pensar en David y en cómo lo abandonó. Y se preguntó si su misión suicida no era una elección igual de válida que la vida errante que tenía ahora mismo. Si en unos años la parca les andaría rondando… ¿Por qué no decidió ser feliz mientras pudiera?

Crea en algo.

La voz fantasmal regresó a su cabeza para atormentarla, seguida de las caricias de Hussman, del dolor de su traición. De las pérdidas sufridas. Solo tenía una cosa en la que creer. En la hermandad de su tripulación, en que se mantendrían fieles y no la dejarían tirada como los nuevos hicieron con su amiga. Pero… ¿Qué sería de ella si un día también le fallaban? ¿En qué creería?

Se despidió, contagiada de la melancolía y la tristeza de Vanisha Khapali. Tenía una cena que preparar.



Advertidos sobre la peor ex del universo

La entrega de Spothos fue un poco más accidentada de lo que esperaban. Aunque la celda de contención de la proa funcionó a las mil maravillas, la llegada al planeta Taxus I tuvo complicaciones.

La idea era quedar con la firma mercenaria a pie de pista, hacerles entrega del prisionero y luego ir hasta el cliente para cobrar la recompensa. De cara a ellos, Dreston y los suyos se presentarían como empleados de *AgujereaCriminales Sociedad Ilimitada*, aunque fueran una subcontrata.

Las pistolas de alquiler eran sorprendentemente cordiales para dedicarse a la caza humana, y aunque no les pagaban por esa última escolta, quedaba muy bien de cara a la calificación. Especialmente por la sensación de seguridad que aportaba el bueno de George, que se pasó todo el viaje en la puerta de la celda del prisionero por voluntad propia.

Lo que no se imaginaban era que la sucursal de *MediCom-Inatuy* fuera a estar atestada hasta los topes de gente que esperaba a Spothos. Alguien se fue de la lengua en alguna de las dos corporaciones, y se encontraron una monstruosa manifestación de repulsa contra el científico loco. O, para ser más precisos, les aguardaba una ingente multitud que quería lincharlo allí mismo.

Aunque el recorrido era de unos cuatrocientos metros desde la rampa del *Pétalo Danzarín* hasta la zona de seguridad de la multiplanetaria, les llevó nada menos que seis horas alcanzar el objetivo. Fue necesario que los catorce mercenarios subieran a su nave a por equipo antidisturbios, y que la farmacéutica llamara a las autoridades locales para que dispersaran al gentío que no dejaba de crecer.

Les tiraron objetos, pintura e incluso heces. Uno de los del otro equipo acabó apuñalado de poca gravedad. Will con una brecha en una ceja provocada por una botella. El jefe de los cazarrecompensas con dos fracturas, en el brazo y una costilla tras ser golpeado con un bate.

Fue una experiencia agotadora, aunque terminó más o menos bien para Dreston y los suyos, amén de la herida del piloto. *AgujereaCriminales Sociedad Ilimitada* les dio la máxima puntuación, les pagó a tocateja y les cedió munición y un par de chalecos de gama media por la ayuda en la pista.

Cuando llegaron a la enfermería de la nave para poner los puntos de aproximación a Will, Teresa estaba despierta, semi recostada y con un libro en las manos. Tanto ella como Fourier se volvieron asombradas hacia los demás.

—Joder, quién lo iba a decir —Alessa arqueó las cejas, levantándose de la mesa de investigación improvisada—. Tenéis peor aspecto que la paciente. ¿Estáis heridos?

—No mujer, me ha dado por pintarme la cara con mi propia sangre. ¿Dónde están las tiritas?

Teresa se echó a reír, al menos hasta que una punzada dolorosa le obligó a parar y toser. Kiara apretó los puños. Cuando abría la boca se veían mucho los tres dientes que le habían roto, que antaño fueron irresistiblemente bonitos. Se los tenían que arreglar cuanto antes.

Por lo demás, seguía hecha una pena. Inflamación, moratones, un esguince, y heridas cerradas con el bisturí láser por todo el cuerpo. El médico le tuvo que pegar ocho huesos, incluidos tres de los dedos pequeños de la mano izquierda, que estaba extremadamente hinchada.

George se asomó, y tanto él como Pierce entraron en la estancia unos segundos después. Fue el mecánico el primero en preguntar.

—¿Qué tal estás?

—Mejor, gracias. Físicamente, al menos. Este libro romántico-erótico espacial que me ha prestado Alessa me succiona las ganas de vivir.

—Bah, ni caso. Es genial.

—¿Una mujer y un minotauro? ¿En serio te tragas esta basura sin tener arcadas?

—El del hombre lagarto es mejor, pero quería ahorrarte la puyita.

La cara de Teresa, a pesar de estar todavía inflamada por los golpes, se torció con un gesto de asco. Kiara podía entenderlo, la literatura preferida de la científica era de un género entre raro y perturbador. Se arrepintió de su curiosidad cuando le preguntó qué estaba leyendo la primera vez. Ya no solo por la lectura en sí, sino por las implicaciones de la misma.

Dreston acabó de colocarle los puntos de aproximación a Will, que gruñó al recibir el riego final de desinfectante que llevaba el sello personal de tío Jhony. Eso iba a dejarle una marca bastante fea.

—Apañado.

—Pues perfecto, porque así podemos pasar al siguiente *punto* del día. Hemos entregado al cabrón lagarto, cobrado, quedado bien, nos han dado un plus por la turba y mi ceja rota. Lo importante está cubierto, así que es hora de…

—¿Buena ducha? ¡George se pide primer!

—No iba a decir eso, pero vale —Will sonrió—. Tú primero.

—George contento. Huele mal.

—Doy fe, aunque no es tu culpa, campeón. Ha sido un día duro. —Pierce se ajustó la gorra—. Volviendo al tema, a ver si Will y yo tenemos la misma prioridad en la cabeza. ¿Valoramos seriamente cómo partir la cara a la gentuza de Nalletat?

—Exacto, papá. A nivel legal si no hay más remedio, de forma física si es posible. Nadie hace daño a mi compi de ligues.

El gigante gruñó, amenazante, al entender por dónde iba el asunto. Su voz y su cara podían ser infantiles, pero sabían que no amenazaba en balde. Todos conocían de sobra la violencia que desencadenaba en caso de necesidad.

—George aplasta corsarias malas que hacen daño a Teresa.

—Gracias, chicos.

La interpelada les levantó a los tres el pulgar que podía mover. A decir verdad, ni ella misma habría creído que pudiera llegar a apreciar tanto a los hombres de su tripulación. Estuvo muy equivocada con respecto al otro sexo.

—De nada. Pero cuéntanos, ¿de qué conoces a esas aspirantes a difuntas?

—Son Lydia y sus nuevas compinches.

La frase de Dreston cayó como una bomba nuclear en la enfermería. Por supuesto, la propia primera oficial lo sabía, y la capitana lo supo en el mismo momento en que la encaró junto al

policía. La comprobación posterior fue solamente un mero trámite que acompañó a la denuncia por la interferencia en el contrato y la agresión.

Pierce sacó un cigarrillo, salió al pasillo y lo encendió. Le dio una larga calada mientras el silencio producto de la furia y el desconcierto continuaba.

—Me lo temía.

—Lo siento, no quería decir nada hasta terminar el trabajo. Necesitaba teneros centrados.

—Has hecho bien, lo de la entrega ha sido peligroso.

Will reaccionó por fin. Estaba colorado, tan cabreado que le costaba encontrar las palabras adecuadas para expresarlo.

—¿Me estáis vacilando? ¿La psicópata de tu historia que va reclutando niñas, abusa de ellas y luego las convierte en asesinas en serie? ¿Esa?

—La misma.

El tono de derrota de Teresa era fúnebre como un entierro. No le dolía solo el cuerpo, sino seguramente el alma. Lydia no dejaría de perseguirla para matarla mientras tuviera fuerzas, y con la relativa publicidad de los contratos, podía llegar a ponerlos a todos en peligro.

—Sin pretender hacer sangre, la próxima vez que te la cruces, apunta a la cabeza. Sé que no sueles fallar, así que…

—No es el mejor consejo, Alessa. Y menos ahora.

—¿Tú crees, capitana? —La científica empezó a recoger su mesa—. Llevo sobreviviendo mucho tiempo entre piratas y gentuza de la peor especie. Lo único que los detiene una vez que te tienen en el punto de mira es que los mates. O acabarán atrapándote ellos a ti.

—Ya hemos discutido…

—Lo siento, Kiara. Me has convencido de muchas cosas, pero nunca me persuadirás para que deje vivo a un pirata. Y sí, esa Palerma XV llevaba razón. Debiste matar a Le Darab.

Dreston se mordió la lengua. La Central de Patentes de corso anuló y proscribió varios anuncios para capturarla a ella que intuían que venían del entorno del bucanero. Le aseguraron que practicaron detenciones y sancionaron a los publicadores, aunque eso no le quitaba la desazón de imaginarse que habría una recompensa por ella entre los piratas.

—Teresa no puede disparar en la cara a Lydia, salvo que sea en defensa propia. —Pierce seguía fumando en el pasillo, procurando que los anillos de humo que estaba haciendo para liberar tensión no se colaran en la enfermería—. Si lo hiciera estaría cometiendo un delito, y dando peso a las acusaciones de deserción. Actualmente su ex jefa no tiene nada salvo un cabreo y pocas opciones legales.

—Pues a ella no le ha importado mucho atacarla.

—Ya lo sé, Will. Y, aun así, se le va a caer el pelo. Voy a tener que sentarme contigo a repasar leyes, hijo. No es lo mismo disparar a un mindundi que a un capitán, como no es igual pegar una paliza que agujerear a alguien. Ten en cuenta que Lydia genera impuestos al estado.

Eso era verdad. Si algo importaba realmente en la Confederación, eso era el dinero. Estaba por encima de todo. De sueños, de moral, de ética y de consideraciones filosóficas. Y, por supuesto, de las personas.

Ya habían tenido ocasión de comprobarlo en múltiples trabajos a lo largo de los últimos tiempos.

—Igual George tonto, pero… ¿Cómo sobrevive jefa monstruo de Teresa?

—Al contrario, grandullón. Esa es una muy buena pregunta.

Con mala suerte. Con una mala suerte tan épica que, de no haberse tratado de ella, a Kiara le habría dado pena.

—Como dice Will, no es una cuestión nada evidente. Según el informe de la contraparte en la denuncia por deserción que ya nos ha llegado, la mayor parte de la tripulación murió por asfixia. Solo hubo tres supervivientes, que fueron capturadas por piratas.

—Huy. Eso explica las pintas de la bicha.

—Pues hay que ser tonto para creerse que a las otras las mató la asfixia. Lo habrán dicho para hacer que el caso tenga algún peso. —Alessa puso los ojos en blanco mientras golpeaba el taco de hojas, terminando de cuadrarlo—. Al pirata promedio se le va la mano a menudo con sus víctimas. Para ellos capturar una tripulación íntegramente femenina debió ser como si les tocara la lotería. Me pregunto de qué forma escaparían.

Teresa, que había guardado silencio hundida en sus pensamientos, levantó los ojos hinchados y amoratados de las sábanas blanco-amarillentas. La voz le salió agrietada, igual que el lecho de un río seco.

—Sedujo a una guardia. Luego hizo lo mismo con una segunda. Y con ayuda de esas dos, escaparon las cinco. Es muy buena haciendo eso. Su labia te promete el cielo, aunque luego te arrastre al infierno.

Tenía todo el sentido del universo. Si Teresa era tan solo la aprendiz, la maestra de la seducción lésbica debía ser algo completamente asombroso. En el mundo pirata las mujeres necesitaban pelear mucho más que los hombres, y en no pocas ocasiones acababan en él contra su voluntad. Una salida pactada a cambio de un trabajo legal y sin abusos era muy tentadora, incluso sin el sexo espectacular que Teresa describía.

—Yo voy a hacer una advertencia antes de que sea tarde. —Alessa cargó sus papeles en brazos, con el cariño que uno le brinda a un recién nacido—. Si ha admitido a dos piratas en su tripulación, es cuestión de tiempo que ella misma se convierta en una.

—¿Qué tiene que ver? —Kiara iba a contradecirla, pero acabó descartándolo porque no había forma de que sonara bien—. Vale, ignorad que iba a decir algo sobre la redención, que hablamos de Lydia Nalletat.

—Los bucaneros son como una enfermedad de estilo zombi. —Fourier se abrió paso hasta la puerta—. Si te infectan, acabas siendo uno de ellos, y la capitana chalada de Teresa siempre tuvo una predisposición preocupante en esa dirección. Si me permitís la puya, diría que ya iba pidiendo cerebros.

—Menos mal que piratas no mordieron a George y a Alessa.

—Te aseguro, tiarrón, que lo intentaron. Pero soy de piel correosa.

La científica abandonó la enfermería dejándoles con la sensación de que iban a tener serios problemas con Lydia Nalletat y su banda de deshechos humanos en el futuro. Seguramente, más pronto que tarde. Aquella miserable era una retorcida *metarrata* vengativa que llegaba a matar y

torturar a sus tripulantes cuando se liaban entre ellas. Quizás, porque dejaba de ser el centro de atención. Todos concluyeron, de inmediato, que intentaría liquidarlos en cuanto tuviera la oportunidad.

Excepto George, que empezó a plantearse si los zombis no encontrarían a sus víctimas más sabrosas cocinándolas primero.



Los problemas nunca vuelven solos

Estaba ya en pleno proceso de buscar nuevo trabajo cuando le entró un correo electrónico. No se lo esperaba en aquel momento, aunque a decir verdad era uno que sabía que iba a llegarle más pronto que tarde.

La agente Swarley le mandaba una citación oficial para hablar de un asunto de estado secreto e importante. Sonrió al leer el típico tono formal que usaba Elisabeth en sus comunicaciones. Empleaba ese truco a menudo para poder acercarse a ellos sin levantar sospechas del enormemente controlador estado, buscándolos para misiones clasificadas cuyos requisitos no cumplían.

Aunque técnicamente podían acusarla de defraudar el dinero público invertido en el combustible y en sus dietas si la pillaban, era poco probable que nadie quisiera meter las narices en lo que hacía una agente ejemplar. Ya sabían que esas visitas eran el único tema turbio que tenía.

Muchos de los inspectores de asuntos internos aprovechaban cualquier error para entrampar a los agentes, enfangándolos cada vez más hasta que los pudrían por completo. No pocos casos requerían un chivo expiatorio, o una acción prácticamente suicida, y cualquiera que usara su poder para incumplir las reglas solía acabar en primera línea de dichas operaciones. Asumiendo, claro estaba, que el de asuntos internos no tuviera su propio negocio fuera de la ley y buscara secuaces a los que quemar en su lugar.

Swarley iba muy escarmentada con eso, y se guardaba mucho de coleccionar seguros de vida para que, si alguien intentaba empapelarla en algún momento, pudiera arrastrar a quien fuera al abismo con ella. Supuso que en el fondo cualquier operativo medio honrado debía andarse con cuidado en semejante puesto. Si la Confederación era un nido de corrupción, lo de los servicios estatales tenía que ser una delicia.

Eso hablaba muy bien, por otra parte, de su relación con Teresa. Aunque seguían en los mismos términos de falta de exclusividad y libertad absoluta, cada vez pasaba menos tiempo entre visitas. Teniendo en cuenta que si se excedía podían meterle mano a nivel profesional, eso quería decir que se tomaba lo suyo muy en serio. Su primera oficial, juntando todas sus vacaciones, solo podía acercarse una vez por cada tres o cuatro de Elisabeth. En… visita oficial, claro.

Tuvieron que pagar un par de días más de atraque en la estación orbital en la que pararon, pero como Pierce siempre necesitaba horas de dique seco para arreglar cosas, tampoco le importó demasiado. Las gallinas que entraban por las que salían, así podía barruntar un poco mejor los trabajos que le llegaban.

Mientras los demás iban a cenar todos juntos, ella aprovechó su guardia para hacer inventario. Era tarea de Teresa, una de las que más le gustaba, pero no estaba en condiciones de patearse la nave en busca de cajas fuera de sitio. Elisabeth se presentó, la saludó, le dio las gracias por mantener a su chica a salvo y se fue a verla a la enfermería. Ni se planteó acompañarla. Conocía el camino de sobra y se imaginó que, aun estando medio muerta, su primera oficial haría subir la temperatura de la cubierta varios grados.

Regresó pasada una media hora, y la sorprendió clasificando tornillos en una mesa de la armería. Le molestó que ya se supiera el código, pero siendo quien era, lo mismo ya había estado

entre sus armas. Acompañando a Teresa. Arg. Decidió eliminar ese pensamiento cuanto antes de su cabeza.

—Me ha costado encontrarte.

—Puedo hacer guardia desde aquí dentro con la *holotableta* de seguridad que fabricó Alessa, y sabiendo que deambulas por las inmediaciones, me preocupa todavía menos no andar dando vueltas por ahí. Has tardado poco.

—Mi nena está cansada. Le he dado la cena y la he dejado dormida.

—Elisabeth, ya te he dicho otras veces que no quiero saberlo.

—Hablo de alimentos comestibles. De verdad. Sopa reconstituyente que he traído.

—Cielos. Está peor de lo que creía.

Swarley se sentó a su lado, con el respaldo de la silla por delante para estar más cómoda según sus estándares. Se había teñido de pelirroja, tratado la piel con pecas artificiales y coloreado los ojos de verde. Lo cierto era que estaba más guapa que la última vez que se vieron, aunque el gesto no acompañaba. Le extrañó, no era la misma expresión que solía traer cuando venía a ver a Teresa. Quizás era por la falta de… vale. Otro pensamiento cancelado.

—Supongo que, si alguien puede entender lo que pasa en cada una de sus dimensiones además de mí, esa eres tú, Kiara. Se trata de tu mejor amiga, después de todo.

Huy. Esperó que eso no fuera un súbito y novedoso ataque de celos. Porque ni tenía ningún interés en una pelea, ni desde luego en Teresa. Esa parada quedaba muy, muy atrás. Al menos entre ellas dos. De la novia, desgraciadamente, no podría asegurarlo hasta que dijera algo más. Joder, la reaparición de la peor ex del universo podía despertar fantasmas. Esperó estar equivocada, tenían suficientes problemas con Lydia.

—¿A qué te refieres?

—A cómo se siente Teresa. Alguien a quien asesinó ha regresado de entre los muertos para intentar vengarse de ella. Y tras pasar por las garras de una tripulación pirata, nada menos.

Buf. Bala esquivada.

—Ya me dijo que sentía remordimientos, a pesar de que habría tomado la misma decisión de tener que volver a elegir.

—Hizo lo correcto, Kiara —Swarley miraba al infinito, con una expresión pétrea—. Lo único que lamento es que los bucaneros no las mataran. Se dedicaba a torturar física y psicológicamente a sus tripulantes. ¿En qué se diferencia de ellos?

Dreston se perdió en sus pensamientos durante unos instantes. La línea entre una *metahiena* del espacio y un corsario era a veces tan delgada que se desdibujaba e incluso desaparecía. Ella, igual que Vanisha y otros capitanes honrados, consideraba *pirata* como el peor insulto que se le podía dedicar. Era un adjetivo impropio que muchas veces acababa con un baño de sangre. De tener el dinero y la posición necesarios algún día, erradicaría sin remordimientos a sus colegas con hábitos de bandera negra. Y por supuesto, a los bucaneros de verdad.

—No sé si te sigo, Elisabeth. ¿A dónde quieres llegar?

—Está bien, abrevio. Esa malnacida ha atropellado a mi chica y voy a clavar su cabeza en una pica. No solo le ha hecho un daño físico del que le va a costar recuperarse sin secuelas, sino que

además le ha dejado la cabeza como un plato de natillas.

Kiara, por primera vez en la conversación, pudo descifrar el inmutable y aparentemente neutro gesto de su interlocutora. Estaba ardiendo de ira. Con una rabia incandescente y horrible que invitaba a dejarla sola en una habitación llena de armas e interponer protecciones antibalas entre ella y Swarley. Carraspeó.

—Siento que os hayáis tenido que ver así. Fue por mi culpa, no fui lo suficientemente precavida. La cuidaré mejor, te lo prometo.

—Ni yo creo que sea obra tuya, ni Teresa tampoco. Deberías cuidarte de cargar con fantasmas que no te pertenecen. Nada más lejos de mi intención. Solo quería compartir mi frustración contigo porque estaba convencida de que te sentirías igual.

No andaba desencaminada. Se sintió tan impotente y cabreada que habría disparado a Lydia y sus *metalobas* sin dudarlo y sin sentirse culpable. La diferencia entre su estado mental y el de la agente especial era únicamente el tiempo necesario para procesarlo y calmarse. Ahora bien, algo le decía que Elisabeth no se iba a estar quieta y a dejar que la Central de Patentes de Corso dirimiera el conflicto de forma burocrática.

—Me quedo más tranquila. Toda mi familia está igual de enfadada que tú. Cada uno lo expresa de una manera, pero el sentimiento es general.

—Tengo ganas de darle un puñetazo completamente descontrolado.

—Puestas a elegir, mejor que se lo de George, ¿no?

Tras un tenso instante en que la miró como si fuera boba, se echó a reír. Seguramente acababa de imaginarse lo desagradable que debía ser que el gigante con fuerza sobrehumana le diera con el puño cerrado a aquella criminal. O quizás, acababa de recordar algo de cuando la ayudó a salvarlos de *Simula3000*.

—Gracias, Kiara. Necesitaba eso.

—De nada. Eres la chica de mi mejor amiga. Qué menos.

—En fin, voy a cambiar de tercio. Sabes de sobra que he venido un montón de veces con trabajos más falsos que un crédito de chocolate para visitar a Teresa. Bueno, pues hoy voy a romper esa costumbre.

Swarley se enderezó, sacando una *holotableta* del chaleco sin mangas que llevaba. Era de tipo táctico, con patrón de camuflaje verde, más estético que práctico. Los bolsillos eran tan anchos que cabían incluso dispositivos reproductores pequeños. Lo colocó encima de la mesa y le dio al botón de encendido. A Kiara se le descolgó la mandíbula. A continuación, le entró la risa tonta por segunda vez en demasiado poco tiempo.

—Ohoho, no.

—Kenick Von Arvein. Buscado en catorce sistemas. Robo empresarial, estafa, revelación de secretos, secuestro, asesinato en serie… una vez más, qué te voy a contar.

Dreston se aproximó al aparato, y usando el dedo fue bajando por el borrador del anuncio público. Casi todo podía esperarlo de Arv. Al menos, hasta que vio el precio de su cabeza.

—Menuda recompensa más jugosa. ¿Cómo has acabado tras él?

—Llamó la atención robando tecnología punta. La ha usado para cargarse a un directivo de la

misma empresa que lo contrató.

—¿Alguien lo puso en nómina? ¿No es un prófugo?

—Me jode reconocerlo, pero el tipo es un portento de los que hay pocos. —Elisabeth bufó, contrariada—. Es hábil hasta para desaparecer.

—Y, repito, está en busca y captura. ¿Cómo ha conseguido un contrato?

—¿Te sorprende que una multiplanetaria se salte la ley?

Pensó en el tipo lagarto, cuya demencia solo llamó la atención de la farmacéutica cuando les robó, no cuando usó a pobres e inocentes para sus horripilantes experimentos. Era un patrón que se repetía con una frecuencia inaceptable, sin que nadie escarmentara.

—En absoluto. Lo que me sigue asombrando es que vean la banderita roja de *Simula3000* y lo recluten de todas formas. Independientemente de su genio, hace tiempo que se le fue la cabeza. Es peligroso para los demás. Amenaza incluso a las empresas.

—A ver, poniendo las cosas en contexto, no es tan raro. El empresario de *Robomaestros*, Galen Turios, le contrató en negro para algo ilegal. El problema no es que se la jugara. Es que hizo lo que le pidió demasiado bien, añadiendo extras de su propia cosecha.

Al oír el nombre de la multiplanetaria, a Dreston se le erizó el cabello de la nuca. Los conocía. Se dedicaban a los simulacros de vida humana, o SVHs. En pocas palabras, creaban *mecas* con apariencia real que servían para múltiples propósitos. Desde hacer creer a alguien que estabas donde no estabas, hasta morir en lugar del objetivo de un atentado. Eran productores caros, pero ricos y muy buenos en su trabajo. De los exclusivos.

Sacudió la cabeza.

—Me parece que te voy a echar de mi nave. Al menos hasta que la agente se vaya y vuelva mi amiga.

—¿Por qué dices eso? ¡Es muy buena oferta, y de la administración!

—Conoces mi currículum de sobra. El oficial y el extraoficial. No quiero tener *nada* que ver con inteligencias artificiales fuera de control.

—*Robomaestros* no emplea IAs. Son *mecas*. Van preprogramados, a piñón fijo. Si se quedan sin directrices de comportamiento, se bloquean. Su propia publicidad se jacta de eso, y se los vigila con un celo que…

—Venga ya, Elisabeth. Me has dicho que han hecho algo ilegal, y que Arvein está metido en el ajo. Apesta a eso. Las ha vuelto listas.

—A ver, no puedo darte detalles —Swarley bajó el tono, como si alguien fuera a oírlas allí dentro, en una de las zonas más seguras de su nave—. Pero lo que hizo su *meca* fue *matar* al directivo.

—¿Y qué? ¿No hacen eso los *mecas* de vigilancia con los intrusos?

—Te podría soltar una perorata interminable sobre la legislación que tienen que cumplir. —Eli puso los ojos en blanco antes de enumerar con desgana—. Las cámaras y micros no se pueden desconectar, las unidades van identificadas a las claras, las armas que llevan son especiales, la munición también…

—Resumen, por favor.

—El problema es que un *meca* de seguridad *no* es un SVH. Es como comparar algo militar con lo civil.

—Vale, entendido. Así que lo que está haciendo es crear androides homicidas. Y eso es ilegal porque la Gran Cámara lo decidió, sin más, no por otro motivo. Solo quieren asesinos aumentados con base biológica humana.

—Bingo. Este dinero que ves es el presupuesto total de la operación. Tienes que tener en cuenta que es para dos tripulaciones.

Dreston bajó con el dedo un poco más.

—Anda, sí, aquí debajo lo pone. Ya decía yo. Te iba a preguntar cuál era el truco, y luego a decirte que los muertos no cobran.

—Me han pedido que te remarque que el presupuesto es fijo y que, si uno de los contratistas no lo logra, el otro se lo lleva todo.

—Sí, lo acabo de leer. Gracias por esa funesta sinceridad.

—Probablemente soy de las pocas personas que tiene interés en que sobreviváis a toda costa. —Swarley sonrió de forma mecánica—. Es buen pago, incluso entre dos. Además, seréis muchos ahí abajo.

—No sé yo, los trabajos mixtos a veces se complican, salvo que las tripulaciones se conozcan bien. ¿Tienes buenas referencias de los otros implicados? ¿Han aceptado ya?

—Sí. Sé exactamente cómo se comportarán. Bordarán su papel. Además, no estaremos solas. Me han asignado una veintena de agentes para darle caña a los mercenarios que Kenick ha contratado. Sabemos que, si se ven superados, no morirán por Arvein.

—Bueno, pásame los parámetros de misión y me lo estudio. ¿Qué haríamos?

—En pocas palabras, distraerlo. Llevaríais material que otros han robado para él. Mi equipo estará vigilando cada movimiento. Ya hemos colado a alguien.

Kiara suspiró. Detectó un agujero tan enorme en el plan de Elisabeth que le parecía increíble que no lo hubiera pensado. De no ser quien era, la hubiese mandado a la porra en aquel momento. Ser el cebo era una de las tareas más desagradables, porque en general solía acabar con alguien herido. Suerte que, hasta la fecha, no había pasado nada peor.

—Nos reconocerá.

—Me fío de tu habilidad para disfrazarte. Usando mis credenciales especiales, os cambiaré el identificador de la nave, el bastidor y el número de patente por unos de uso reservado que empleamos para camuflar a colaboradores en misiones clasificadas. Al único al que no debe ver es a George.

—Es muy listo. Se dará cuenta.

—Que crea descubrirte nos vendrá bien, en tanto en cuanto se centrará en ti y nos permitirá tomar posiciones a los demás. Está en una fundición, Kiara. No en un complejo de alta tecnología donde reina con mano de hierro. No dispone de un complicadísimo sistema de seguridad que vigila mediante un avanzado interfaz. Lo que tiene es cutre. Y Arvein no está acostumbrado a eso, le cuesta adaptarse a lo que no sea tecnología punta. Por eso la busca como una *metapolilla* persigue la luz.

—No te prometo nada. Lo someteré a consenso.

La verdad era que el plan no le convencía, pero Swarley parecía estarse tomando muchísimas molestias para que ella lo ejecutara. Podía ser favoritismo, o bien contaba con que sacaría de sus casillas al *bueno* de Arv cuando la descubriera. Le daba la incómoda sensación de que había algo muy, pero que muy importante que no le estaba contando.

Sin embargo, enjaular al ex directivo era una cosa que a ella le venía muy bien, obviando el dinero. Sus sicarios ya intentaron cargársela en dos ocasiones. Le había puesto precio a su cabeza, igual que el Rey Pirata, en el mercado negro de las recompensas. Por suerte, parecía que su vida errante y la torpeza de los asesinos de tercera la mantenían relativamente a salvo por el momento. Sin embargo, temía que, si la recompensa por ella aumentaba, acabarían aceptando el encargo unos matones capaces de atraparla.

Lo único bueno del mercado negro de cabezas era que, si el empleador salía del tablero, se sabía rápido y sus encargos desaparecían con él. Igual era una buena ocasión para quitarse del medio un enemigo peligroso.

¿Qué debía hacer?



Apostando aposta por un repostaje a base de postas

Praxia XII era el último planeta de un sistema muy importante y poblado, con nada menos que cuatro mundos habitables. Dos de ellos eran de tipo Tierra, grandes cuerpos celestes con diferentes regiones climáticas y mucha agua que la terraformación convirtió en sendos vergeles. Las playas y maravillas naturales de Praxia III atraían a turistas de los sectores colindantes, y Praxia VI era el paraíso de la ingeniería genética orientada a los aficionados tanto de la caza mayor como menor.

Eso hacía de Praxia VII un patito feo, un mundo minero normal y corriente que además se aprovechaba para alojar a la población obrera de los otros dos planetas. A los pobres trabajadores les tocaba comprar su residencia habitual nada menos que a un viaje espacial de distancia, y pasar la mayor parte de su tiempo libre volviendo a casa para ver a su familia unas pocas horas. Por descontado, el personal de los lujosos hoteles y de los fastuosos safaris aprendió pronto que lo mejor era dormir durante los interminables y aburridos trayectos de ida y vuelta para tener una vida más allá del trabajo.

En un sistema normal, una bola de hielo y nieve como Praxia XII se consideraba útil únicamente para la prospección de agua a escala masiva. A esos cuerpos celestes se mandaban enormes naves dron o teledirigidas a extraer la nieve y el hielo en cantidades industriales, o incluso se instalaban acueductos orbitales para esquilmar los recursos. Luego se abandonaban. En regiones más pobres, ni siquiera las multiplanetarias acuíferas les prestaban atención.

Sin embargo, aquel sitio tenía algo especial. Estaba situado en una zona de tránsito a otros lugares importantes, y su gravedad era inusualmente baja. Esto hacía que las tormentas pudieran mantener una atmósfera tenue, y permitía a las naves aterrizar y despegar a un coste muy bajo. Además, el planeta enano estaba anclado al pozo de gravedad de un gigante gaseoso que podía explotarse, así que se convirtió en una magnífica plataforma de repostaje. Una vez comprado por la empresa de combustibles, ninguna multiplanetaria de aguas podía hacerse con la explotación de Praxia XII a un precio razonable.

Quien sí logró conseguir una parcela para sus operaciones era la agencia de inteligencia del gobierno confederado. Aunque estaba controlada de facto por la Gran Cámara de Comercio, como todo lo demás, el organismo público servía de forma excelente al estado. Perseguía infractores contra la propiedad corporativa, a delincuentes que escapaban de las empresas dedicadas a cazarlos, a ex directivos corruptos, a rebeldes, a anarquistas, a terroristas y en general a cualquiera que tocara las narices a alguien con suficiente poder como para movilizar a sus agentes. Tenían sucursales repartidas a lo largo y ancho de la Confederación, y el número real de estas era desconocido, incluso para la mayoría de sus efectivos. Quizás la maraña burocrática era tan compleja que ya resultaba imposible hacer inventario de las fuerzas reales de los entes públicos, y podía haber tres o cuatro *mandos supremos* dando órdenes a los mismos organismos sin ser conscientes de la existencia de los demás.

El caso era que *Termodinámicol Sociedad Ilimitada* había cedido unos terrenos baldíos bajo una montaña para que la agencia de inteligencia en la que trabajaba Swarley estableciera una base de paso. Después de todo su negocio era vender *Helio-3*, no parcelas en una bola de hielo, y mostrarse cooperativos solía otorgar puntos de cara a conseguir soluciones en el futuro para sus problemas encubiertos. Y, además, los espías y el gobierno compraban combustible a precio de mercado como todos los demás.

Kiara y su tripulación se ofrecieron a llevar a Elisabeth a su base, donde ella les entregaría la caja que tendrían que colarle a Von Arvein y sus compinches. Se citaron con el agente Poe en el hangar dos de la agencia, a una hora intempestiva para encontrar incluso menos personal del habitual. Así evitarían a cualquiera que pudiera pedirles explicaciones. Por lo que la agente Swarley les dijo, no era raro que hubiera efectivos de asuntos internos mosconeando por la zona en horario de oficina, buscando alguna corruptela a la que hincarle el diente. No era que ellos fuesen a hacer algo ilegal, claro, pero prefería no tener un retraso de varias semanas que podía durar la investigación de uno de aquellos buitres. Solían entorpecer las operaciones, y si no encontraban nada evidente, muchos se enrabietaban y retenían a los agentes involucrados hasta quedarse sin opciones que explorar.

La rampa tocó el hangar en mitad de la noche de Praxia XII. Era poco después del amanecer de la hora de abordo, así que en realidad la tripulación del *Pétalo Danzarín* estaba bastante despierta. Pelegrín Poe esperaba en una esquina discreta, acompañado de otros cinco agentes. Cuatro de ellos jugaban a las cartas, mientras el último hablaba con él. Aquel tipo era algo mayor que ella y que Elisabeth, y era la mano derecha de la agente Swarley.

Poe era moreno, de tez oscura y ojos color caramelo. Era un tipo calmado y con los pies en la tierra, cuya mayor fortaleza era resultar anodino y olvidable. Por lo que la chica de Teresa les contaba, era un magnífico agente. Uno de los pocos que quiso trabajar de la familia apoderada de un mundo vidriero, con grandes dotes deductivas y ganas de ayudar. Su único defecto, por llamarlo de algún modo, era que carecía de ambición. No le gustaba mandar, ni dar órdenes, a pesar de poseer capacidad y educación de sobra para ello.

Tenía una relación muy cercana con Swarley, con quien llevaba trabajando ya bastantes años. Le cubría en lo tocante a Teresa, la suplía cuando iba a verla, y solucionaba montones de problemas de la jefa de equipo. Incluso intentaron salir, sin lograr que funcionara, tras verse *obligados a liarse* durante una misión. Kiara estaba segura de que a su primera oficial le habría encantado no enterarse de aquello, porque a ambas les cayó siempre bastante bien.

Poe se apartó el pelo lacio de delante de los ojos cuando las vio bajar, y obligó a los demás a levantar el campo, moviendo el palé gravítico que les servía tanto para desplazar la caja como para jugar a las cartas. Los agentes recogieron a toda velocidad, y en lo que Pierce bajaba la rampa de proa, les acercaron el cajón blanco.

Mientras los otros cambiaban las contraseñas de rutina, Dreston examinó el extraño contenedor. Era un cubo con las caras abombadas hacia afuera, de un tamaño lo suficientemente grande como para que el bueno de George se metiera dentro encogiendo un poco los hombros. Tenía tres portillas, una en cada cara, con forma de ojos de buey. El cristal estaba escarchado, con surcos de hielo que impedían ver el interior. Tan solo podían intuirse vapores helados al otro lado. Se preguntó qué narices guardarían dentro.

—Hola Kiara.

La capitana se volvió, estrechando la mano a Poe. Se fijó rápido en que estaba desmejorado, ojeroso, mucho más agotado que la última vez que lo vio. Le extrañó lo inusualmente fuerte que le resultaba su saludo. Igual estaba cabreado por algo.

—Hola Pelegrín. Encantada de verte.

—Lo mismo digo. Te dejo un marrón grandote esta vez.

Swarley se retiró a dar indicaciones a sus agentes, y Poe le tiró del brazo, apartándola un par

de metros. Se colocó casi tras ella, del lado derecho, lo suficientemente cerca como para poder susurrar. Su voz mantenía un volumen ridículo, y hablaba con prisa.

—Tenemos poco tiempo. Hay algo que tienes que saber de esta misión.

—¿De qué narices vas? ¿Qué pasa?

—Me veo en la obligación moral de advertirte, capitana. Eres una buena profesional que no se deja corromper por nada ni por nadie, así que te corresponde como mínimo la verdad. Eso es para lo que me pagan. O al menos, debería serlo.

—Me estás agobiando y la sensación no me gusta, Pelegrín.

—Es Swarley. Ella te está…

Antes de que pudiera terminar la frase, se escuchó un estampido extraordinariamente alto, que la oquedad del hangar amplificó hasta un extremo asombroso en medio de la tranquilidad nocturna. Era el disparo de un rifle de francotirador grande y sin silenciador, que hizo explotar la cabeza del agente Poe.

Kiara se giró tratando de agarrarlo, pero el cuerpo sin vida se le desplomó prácticamente encima, derribándola. Estalló un griterío, y empezó a oírse el ladrido de múltiples armas automáticas. Desde donde estaba, vio que Will corría rampa arriba y que George saltaba detrás del contenedor, del que emergieron chispas por culpa de los disparos. Dos de los agentes de Elisabeth murieron incluso antes de poder darse la vuelta.

¡¡Joder!!

En lugar de intentar salir huyendo, se tapó disimuladamente con el cuerpo del pobre Poe. No tenía ni idea de dónde venían los tiros y se encontraba completamente al descubierto, así que lo más conveniente era disimular como pudiera que estaba herida o muerta para poder evaluar mejor sus posibilidades. No era la táctica más valiente, pero la valentía estúpida era el camino directo hacia el cementerio.

Escuchaba a Swarley chillar por el comunicador que había una brecha de seguridad en el hangar dos y que tenía varios agentes heridos. A George pedir un arma a quien fuera para poder responder, a los chicos de Elisabeth dando posiciones y número de enemigos. Once, todos ellos situados en la planta de encima, en una pasarela de mantenimiento larga y ancha que les permitía tumbarse al atacar. Empezó a jurar para sus adentros, esperando que los suyos fueran capaces de darle la vuelta a la situación sin su ayuda. Hacerse la muerta era una mierda de táctica, aunque le dio un montón de tiempo para pensar mientras a su alrededor se desataba el pandemónium.

Pasados dos o tres minutos infinitos de tiros y gritos, notó que una manaza la arrastraba de debajo de su escondrijo, y la colocaba sentada. Abrió los ojos de sopetón, encontrándose que George la salvaba una vez más. El grandullón la miraba con la cara contorsionada, aterrorizado ante la idea de verla muerta. Tal fue su desesperación, que había arrancado una plancha pesada del suelo de mantenimiento para cubrirse y llegar hasta ella. Le alcanzaron dos o tres veces con un arma ligera en el proceso, pero estaba tan asustado que parecía no notarlo.

—¡¿Capitana está bien?!

—Sí, cariño, estoy ilesa. ¡A ti te han dado! ¡Tenemos que salir de aquí!

—¡George de acuerdo! ¡Tiene arma de Pelegrín! ¡Tres enemigos a derecha, dos a izquierda!

En otra vida, Kiara se habría reído al ver la pistola diminuta en manos de George. Ahora ya

no se le pasaba por la cabeza. Le acababa de arrancar la guarda del gatillo de un tirón para poder meter el dedazo, y en cuanto pudiera disparar, los otros iban a tener problemas.

—A la de tres. ¡Tres!

El gigante levantó el parapeto, y ambos empezaron a tirotear las posiciones de los atacantes. Kiara no dio ni una, puesto que los enemigos estaban atrincherados, pero George vació el cargador y mató a los dos que acribillaban las salidas del *Pétalo Danzarín*. Empezaron a caerles balas de todas las direcciones, menos mal que el grandullón había doblado la chapa como si fuera un caparazón para brindarles más protección.

—¡¡Estamos en apu…!!

—¡¡Se acabó la fiesta, hijos de perra!!

La voz de Will tronó, precediendo al sonido familiar de un arma automática pesada. El piloto aprovechó su distracción para bajar el aerodeslizador de la bahía de proa, y usando la parte posterior que habían blindado y artillado, estaba ametrallando las posiciones de los cabrones de la emboscada.

—Francotirador en lado de Kiara. Doce o quince metros, tras caja verde.

—¡¿Tienes una granada?!

—George tiene.

—¡¡Pues mándalo al infierno, antes de que dispare a Will!!

El gigante asintió y saliendo de su escondrijo bajo la cobertura del fuego de supresión, quitó la anilla y arrojó el artefacto. En manos de una persona normal, habría sido muy complicado que la parábola esquivara las barandillas semi blindadas del hangar y que cayera en el lugar adecuado. George no tenía ese problema, su habilidad de lanzamiento era casi tan buena como la del piloto, y además poseía muchísima más fuerza para llegar extremadamente lejos. Se oyó un alarido, y el artefacto hizo saltar por los aires a los dos tipos de ese lado.

Unos instantes más tarde, apareció una docena de agentes a medio vestir invadiendo la pasarela y obligando a capitular a los cuatro enemigos supervivientes. Se rindieron sin oponer apenas resistencia.

Kiara salió de debajo de la cobertura ayudada por su debilitado compañero, que estaba expulsando los últimos tres proyectiles que le habían herido en el muslo. Tan solo estaría un día o dos con un montón de hambre y muy pocas fuerzas. Menos mal.

—Gracias cariño.

—De nada, parece que George da en el blanco. ¿Por qué los agentes de Eli nos disparan?

—No lo sé, pero pienso averiguarlo. Quédate aquí y cuando te veas con fuerzas, vacía la nevera si lo necesitas. Luego subimos algo de las reservas.

—Sí, capitana. Gracias.

Tras dejar sentado a su tripulante, Kiara miró alrededor, sin entender todavía el motivo de la masacre. Los de Swarley estaban desparramados por el suelo, y ella trataba de quitarse el polímero balístico con ayuda de Pierce. Parecía que la hubieran alcanzado también.

Los recién llegados estaban deteniendo a los agresores con bastante violencia, mientras un tipo con un enorme mostacho y prominentes entradas ladraba órdenes sin parar. Lo vio apoyarse

en la barandilla y lanzarle una mirada devastadora. No, definitivamente no estaba contento, fuera quien fuese. Imaginó que se iba a armar una buena en cuanto bajara, así que decidió apresurarse a hablar con Elisabeth. Tuvo que sortear, desgraciadamente, tres cadáveres hasta llegar a ella.

—¿Y…? ¿Pelegrín…?

Dreston negó con la cabeza. No tenía muy claro si la cara de dolor era por su amigo, o por el moratón que le iba a salir justo debajo del pecho derecho. Tras retirar el chaleco y subirle la camiseta, se veía perfectamente el golpe de las dos balas inmediatamente bajo el aro del sujetador deportivo.

—Hay alguien con pinta de jefe ahí arriba mirándonos muy mal, Eli. ¿Tienes idea de qué acaba de pasar?

—Que me han… disparado. Y se han cargado a varios de los míos. Alguien… alguien se va a arrepentir de esto, te lo aseguro.

—¡¡Agente Swarley!! ¡¡¿Se puede saber qué cojones está sucediendo aquí?!!

Elisabeth puso los ojos en blanco, bufando a pesar del enorme dolor de costillas. Apareció un paramédico de la nada, y apartando a Pierce con delicadeza, la enderezó un poco y le colocó un panel de hielo seco en las costillas. Ella gimió.

—Buenos días, capitán de sección Marcus.

El tipo venía hecho un desastre. En camisa de tirantes, con las botas sin abrochar, sin cinturón ni calcetines. Se vistió probablemente en diez o doce segundos, agarró el arma y salió corriendo. Por las ojeras, parecía que tampoco hubiese dormido muy bien últimamente. O tal vez nunca.

—¡¡Los cojones del presidente en patinete, agente!! ¡¿Por qué hay una docena de muertos en mi hangar?!! ¡¡¿Qué estabas haciendo?!! ¡¡¿En qué pensabas?!!

—En ahorrarme los ojos indiscretos de AI[3] durante mi operación, señor. Siendo cien por cien franca. Hoffstein me tiene hasta los mismísimos.

Marcus relajó un poco el gesto y se pasó las manos por los cuatro pelos que le quedaban, intentando disimular que salía de la cama. Lamentablemente para él, no lo consiguió. Parecía que su peluquero fuera un enchufe. Al menos la puya a asuntos internos lo aplacó un poco.

—Pues me temo que esa *metarata* va a traer su hocico a este queso a toda velocidad. ¿Y esa gente que le ha disparado, quién narices es? ¡No son de los nuestros! ¡¿Cómo se han colado?!

—Acabo de llegar de vacaciones, capitán —Elisabeth torció el gesto cuando el paramédico le cambió el hielo—. He traído a estos corsarios afines a la administración para que me ayuden con el caso *Doppleganger*. Van a hacerme de señuelo mientras doy jaque mate. Poe iba a… joder… Pelegrín… tío…

Al capitán se le volvieron a juntar las cejas. Iba a decir algo más cuando una suboficial, también a medio vestir y con la placa de la base colgando del cuello, se le acercó y le agarró de un brazo. Le dijo que tenía que ver algo. Según se giró, Swarley le hizo a Kiara un gesto para que le siguiera. Ella no podía moverse, así que quería que pusiera la oreja.

No le gustaba, pero accedió. Después de todo, el otro agente había muerto un instante antes de decirle algo sobre ella. Se preguntó qué sería, qué tendría que ocultarle cuando la propia Dreston la consideraba casi de la fam… mierda. ¡¿En serio?!

Se quedó completamente petrificada. Dos forenses, que también debían haber saltado de sus

literas, estaban mirando en el interior de la cabeza de Poe con el gesto desencajado y los ojos como platos. El proyectil de calibre cincuenta entró por la parte trasera del cráneo, y lo abandonó por un punto entre el ojo derecho y la cavidad nasal, reventando lo que encontró en su camino. El problema era que debajo de la carne expuesta, se veía una calavera de plástico rígido y un computador miniaturizado que tuvo días mejores. Esa cosa no era Poe. Era… ¿un cíborg?

—Teniente, que Marjorie y Tulev acordonen esto. Tapen los cuerpos. Ustedes dos, fuera de aquí. No han visto ni este ni ningún otro cadáver de la pista. Céntrense en los de las pasarelas, y como miren abajo para averiguar algo de estos seis agentes, el papeleo del expediente por revelación de secretos que les voy a abrir les enterrará vivos.

Los dos forenses se miraron entre ellos y desaparecieron a toda velocidad, dejando el cuerpo en el suelo sin ningún tipo de ceremonia. La teniente medio vestida se cuadró y empezó a buscar a los dos que le encomendaban para impedir que nadie se aproximara o viera algo que no debía. Kiara carraspeó, haciéndose notar.

El capitán del bigote se cruzó de brazos, tensando los tatuajes de sus bíceps increíblemente musculosos. Le frunció el ceño en un gesto que la invitaba a largarse antes de que la detuviera.

—Imagino que quiere que desaparezca.

—Corsaria lista. Fuera de mi hangar.

—¿Cíborg o SVH?

La ceja del capitán se levantó ligeramente, deshaciendo la pose imperturbable de hostilidad absoluta. Se giró hacia atrás un momento, a mirar, un instante antes de que uno de sus chicos le pusiera una manta térmica al falso Poe por encima.

—Diría que lo segundo. Carne sintética, polímero plástico para aligerar los huesos o recubrir la estructura. ¿Qué sabe usted de esto?

—En primer lugar, perdone mi falta de elegancia. Kiara Dreston, capitana corsaria contratada por la agente Swarley.

El tipo descruzó los brazos y puso los ojos en blanco, ignorando su oferta de estrechar la mano. Bufó de manera muy sonora, con hastío.

—Al fin conozco a la obsesión absoluta de Elisabeth. Usted es la especialista renombrada de la ostia que la ayudó a acabar con Von Arvein. La que va matando cíborgs, persiguiendo cosas raras, y blablablá…

Kiara dudó qué contestar. No estaba segura de si la confundía con Teresa y sabía el lío que tenía con ella, o si es que Eli vendía sus hazañas a su jefe hasta ponerle la cabeza como un bombo para que pensara que la admiraba y que por eso trataba de reclutarla cada dos por tres.

—¿Encantada de conocerle?

—Yo diré que ya era hora. Ostia, es usted la corsaria más correosa de contratar de la que he oído hablar. ¿Qué cree que paga la administración? ¿*Duratio*?

Vale. Era lo segundo. Elisabeth debía decirle que era tan buena y sus honorarios tan altos, que no era capaz de ficharla en ningún trabajo. Quizás el tipo era tan inocente como para no darse cuenta de lo que pasaba, o lo mismo le importaba literalmente una mierda.

—Pues espero que cumpla. Esta operación es muy delicada y no quiero que meta la pata nadie. Veo que tiene con usted un supersoldado de *Astrabiológica*, así que como mínimo le voy a

advertir que lo mantenga bajo control.

Kiara no pensaba soltar delante de un jefe de policía especial que se trataba de un prototipo estable robado por la mafia, así que se limitó a asegurarle que lo haría y a jurar que cumpliría con lo acordado. Marcus se cruzó de brazos de nuevo.

—Ah, y una cosa más antes de que se vaya…

—¿Sí?

Se le acercó a una distancia incómoda.

—Tenga cuidado con Swarley. Hoffstein, un tipo poderoso de asuntos internos, ha estado preguntando mucho por ella. Si la aprecia por algún motivo, como Elisabeth parece apreciarla a usted, trate de disuadirla de hacer cosas estúpidas. Es de mis mejores agentes, no me gustaría que cayera en desgracia.

—Lo haré, descuide. Gracias, capitán Marcus.

El otro asintió y volvió a tratar de deshacer aquel entuerto. Dreston expulsó aire por la nariz, haciendo que se le hincharan las aletas de una manera bastante cómica. Lo que estaba oyendo no le gustaba ni siquiera un poco. La chica de Teresa parecía estar en el punto de mira de sus propios subalternos y jefes, y no sabía si iba a ser la buena o la mala de la película. Esperó, por el bien de su amiga, que fuera lo primero.

Los Trevor llevaron el palé gravítico a la bahía de proa, que solía ser más segura y estaba menos utilizada, y lo aseguraron con las cintas de carga en la zona de estribor. El cajón había sufrido varios daños durante el combate, aunque no parecía que hubiera fugas de refrigeración de acuerdo a los escáneres preliminares, así que decidieron partir rumbo a Hefestia cuanto antes para simular la entrega.

Los operarios de la policía especial les cambiaron temporalmente el número de matrícula, patente y bastidor. Luego les proporcionaron unos disfraces muy convincentes, e incluso máscaras de látex mioeléctricas que simularían sus gestos faciales para que resultaran irreconocibles. No creía que fueran a usarlas, pero estaba bien tener unas.

Swarley les aseguró ya en vuelo que había hablado con Marcus y que este iba a cederle más efectivos para reemplazar a los caídos. Les invitó al funeral de Poe, que se celebraría en cuanto terminaran la operación. También les comunicó que la otra tripulación recibió el segundo contenedor sin incidentes, y que se dirigiría al punto de encuentro a la vez que ellos para efectuar la entrega.

La misión de ambos sería distraer al enemigo hasta que todos los agentes se colocaran en posición y fuera el momento de ejecutar el jaque mate contra el genio tecnológico más buscado del Tercer Anillo.

Llevaban ya varias horas de vuelo y un par de saltos de *Pulso* cuando la vibración de baja frecuencia del *espacio computacionalmente no mensurable* hizo que se abriera una pequeña grieta en un cristal blindado donde impactó una bala. En la siguiente reentrada, hubo un imperceptible chasquido en la bahía de proa.


CARGANDO

La presencia

Teresa se sentía a morir. El dolor físico le atenazaba por todas partes a pesar de los múltiples calmantes que le daban. Quizás estaba desarrollando tolerancia, o a lo mejor era que le reducían ya la dosis para que no creara dependencia de los mismos, no lo tenía claro. La cosa era que no podía ni dormir.

Se quejó un par de veces a Alessa, y ella se limitó a ajustar la medicación sin responder verbalmente. Tampoco estaba muy convencida de que lo hubiera hecho, puesto que Fourier se declaraba enemiga de las drogas y de los calmantes. La vio desollarse media palma de la mano con un experimento y no recurrir a ellos a pesar de estar sangrando de forma abundante. ¿Tendría alguna mala experiencia en sus años secuestrada por los piratas? ¿Le daría miedo que fueran a hacerle algo mientras estaba inconsciente? ¿O sería de esa gente que le iba el tema del dolor?

Al menos sus manos ya respondían bien. Solamente tenía magulladuras, una de esas cabronas se las pisó varias veces, y tuvo la grandísima suerte de que no le rompiera los dedos. ¿O quizás lo hizo? Le sonaba, eso sí, que un médico le cerró unas heridas con el bisturí láser mágico de los Cruzados. Ese hecho era confuso, como la mayor parte de los recuerdos que tenía de los días que acababan de pasar. ¿Le pegaron los huesos, igual que hicieron con las pandilleras de Fortuny? Esperó que no, porque consideraba que ese material era demasiado caro como para gastarlo en ella.

No sabía qué hora era, si de día o de noche. Las visitas de Alessa, que se ofreció a cuidarla a pesar de su carácter, eran lo único que le daba cierto sentido al tiempo. No le dejaron un reloj, a los lados de la enfermería solo había dos almacenes, y los ruidos del pasillo que conducía al salón o de las otras cubiertas podían estar rebotados o amplificados desde cualquier sitio. A veces le parecía oír cuchichear a alguien o el sonido de unas botas, pero entre los calmantes y el aturdimiento, no podía estar segura.

Tuvo varias alucinaciones a lo largo de la convalecencia. Recordaba hablar con Kiara, con Pierce y Will. Entrevió la cara tristona de George observándola como un cachorrillo preocupado. El problema era que también la visitaron sus padres, sus hermanos, Melisa e incluso Eli. Habría jurado que eran reales, pero era imposible que Ana siguiera teniendo la misma edad que cuando se marchó, o que Juan fuera ahora mayor de lo que era ella. Por no contar que su benefactora estaba muerta.

Al decírselo a Alessa, esta se encogió de hombros, limitándose a pasar de nuevo el TAC portátil. Le aseguró que, desde su posición de profana de la medicina, no veía extraño que su cerebro ligeramente inflamado hiciera cosas raras. Según el criterio del doctor que la atendió, estaba fuera de peligro, pero podía tener sensaciones raras o mareos. Imaginó que las alucinaciones iban un paso más allá, así que le pidió que se lo dijera a Kiara. Fourier se rio de ella, aquella vez en un tono amistoso, y le contestó que lo comentaría, aunque opinaba que siempre había estado un poco loca.

Cerró los ojos, y debió quedarse dormida. Se despertó al oír pasos dentro de la habitación, aunque no vio a nadie. Al menos hasta que fue capaz de girar unos grados hacia la derecha, que era el lado del cuello que le dolía. Fantástico, allá iba otra vez. Había una niña sentada en la silla más próxima a su cama, jugando a mover los pies y a hacer rozar las puntas de los zapatos rojos contra el suelo. Llevaba un vestido con lunares multicolores, dos coletas con lazo en el pelo

castaño claro y unos pendientes de botón que le daban un aspecto repelente. Esperó no ser ella misma de pequeña.

—Hola.

—Hola, supongo…

—¿Quién eres?

La verdad era que no tenía ninguna gana de ponerse a hablar con la alucinación. Los anteriores encuentros fueron agotadores, incluso cuando trató con la encantadora Melisa. Joder, esa visita sí que la disfrutó, a pesar de no ser real. La echaba muchísimo de menos, y verla una última vez cuidando de ella fue un bálsamo para su gigantesco dolor de… de todo.

—Supongo que debería preguntártelo yo a ti. Estás en mi nave. ¿Sabes?

—Me llamo Teresa.

Oh no. Efectivamente, esa era ella de niña. No recordaba haber tenido pecas, pero en el fondo daba igual. Su cerebro estaba apretado dentro del cráneo debido a la cantidad de golpes que recibió en la cabeza, y lo mismo la mezclaba con otra criaturita que hubiera conocido en algún momento.

—Sé que tú también.

La mocosa sonrió, mostrando que se le habían caído varios dientes y que los definitivos le estaban saliendo. Cabrona con suerte. A ella iban a tener que ponerle unos cuantos de almacén después de la manta de palos que le dieron. Menos mal que en aquellos tiempos reemplazar piezas bucales era algo barato, porque de lo contrario habría tenido que vender un riñón para costeárselo.

—Pareces maja, tocaya —Mentira. Mentira gorda—. Pero necesito descansar un rato largo, no me encuentro nada bien.

—¿Estás enferma? ¿Te caíste?

—Me pegaron entre varias.

La niña frunció el ceño. No resultaba nada creíble, aunque tenía que admitir que su visión se esforzaba porque el gesto fuera correcto. Negó varias veces con la cabeza antes de contestar.

—Pues eso no está nada bien. No, no, no, no, no.

—A mí me lo vas a contar, maja.

—¿Por qué lo hicieron?

—Dos de ellas por dinero. Las otras… bueno, supongo que me odian porque las fastidié a base de bien.

—¿Podrías contármelo?

—¿Me ayudaría acaso? ¿Como una especie de terapia para autoconvencerme de que hice lo correcto?

La mocosa puso cara de no entender nada. Bueno, no sabía ni qué años podía tener en realidad, no era extraño que fuera incapaz de comprender a qué se estaba refiriendo. Pasados un par de segundos, respondió, sonriendo.

—Podría intentar ayudarte para que te sientas mejor. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Exacto. Chica lista. Pero antes, una sola pregunta. ¿Eres real?

—Supongo que, bajo cierto punto de vista, no.

Vale, era tal y como pensaba. No era que se hubiera colado una cría de polizona, o que quizás estuvieran transportándola de pasajera. Era que se estaba imaginando a una pequeñaja sentada en la silla. Joder, pues claro, si hasta se llamaba igual que ella. Menuda chorrada, ¿cómo iba a ser de verdad?

—Entonces, imagino que puedo contarte la versión infantil.

La enana se cruzó de brazos.

—Qué rollo. Quiero la de mayores.

—Mira, incluso siendo lo que eres, lo que voy a contarte es perturbador hasta para un adulto. Agárrate las coletas.

La pequeña alucinación arrastró la silla de una forma increíblemente realista, acodándose en la barandilla de la cama de la enfermería para poder escuchar mejor. Teresa le relató su vida entera, tratando de eliminar todo lo que tuviera que tener que ver con sexo o vísceras. Vale, su historia perdía mucho sin ambas, pero quería que la niña imaginaria no se sintiera mal. Especialmente si se trataba de una proyección infantil de sí misma. Quizás alguna recóndita parte de su cerebro seguía guardando su inocencia, y no quería mancillarla.

Cuando terminó, pasado un buen rato, la pequeña se la quedó mirando con el moflete aplastado contra el antebrazo. No sabía si la había traumatizado, espantado, o aburrido. No se le daban bien los niños. Qué demonios. No le gustaban los mocosos en ninguno de sus aspectos. Lo del enano al que le salvó la vida cuando atacó el engendro Matías no fue más que una excepción. Y mantenía correspondencia con él por responsabilidad, no porque le tuviera cariño. Faltaría más.

—Pues creo que hiciste bien. Eran gente mala.

—Las abandoné para que murieran. Y encontraron algo peor que la muerte.

—Ellas hacían lo mismo con otra gente. Con chicas a las que engañaban.

—Sí. Y las convertían en monstruos. Supongo que, aunque salí bien parada, también me transformé en uno.

La pequeña levantó la cabeza y sus coletas se arremolinaron, volviendo a su posición original, mucho más alta que cuando estaba tumbada. Aquello, de algún modo, parecía ofenderla.

—Una vez leí que hay *metalobos*, *metaovejas* y *metaperros*. Los primeros se comen a las segundas. Y los últimos, protegen a las *metaovejas* de los otros.

—Kiara también me contó esa historia. Me quedé a medio camino entre *metalobo* y *metaperro*. Supongo que soy un *metaengendro*.

—Claro que no. Trataste de salvar a la niña. Esa pude ser yo.

A la corsaria se le llenaron los ojos de lágrimas. Sí, esa fue ella. Si existiera una *Superteresa*, habría podido evitarle todo el horror que padeció con Lydia. Quizás la hubiera sacado de la nave con un poco de mejor tino que el que ella tuvo con Carmen, y se habría ahorrado el sufrimiento y la culpa de la novia a la que mató con su egoísmo. De las pesadillas con Maya que aún padecía de vez en cuando y que no le contaba a nadie.

Tenía miedo. Miedo de dormirse y que su cara suplicante y llena de cortes y golpes volviera a pedirle ayuda. Ahora que el monstruo regresaba para hacerle daño, ya no se sentía una intrépida corsaria. Era una mocosa de nuevo. Cobarde, frágil, vulnerable. Quizás por eso estaba teniendo esa alucinación.

—Creo que eres una heroína, como las de las películas.

Se atragantó. No podía gestionar el aplastamiento mental de saber que su mentora y archienemiga vivía, los recuerdos terribles, la paliza y al mini fantasma que tenía delante a la vez. Empezó a toser. ¿Heroína? ¡¿Teresa Daretti?! ¡¡¿Ella?!!

—Necesito descansar tranquila. Déjame un rato, por favor. Podemos jugar más tarde.

Convencida de que se le había ido definitivamente la cabeza, trató de arrebujarse en las sábanas y dormir. La niña se echó hacia delante, y en un precario equilibrio encaramada a las barras laterales de la cama de la enfermería, la tapó como pudo. Luego, apagó las luces y le deseó buenas noches. Antes de quedarse inconsciente de nuevo la oyó decir que no se preocupara porque sabía que, si volvía a cruzarse con la *metaloba*, haría lo correcto.

Cuando despertó, Will acababa de encender las lámparas. Estaba sudando, hiperventilando y muy asustada. No sabía cuánto tiempo había pasado desde la conversación con la mocosa. Se miró las manos que todavía estaban hinchadas. La vía salía de la muñeca izquierda. Le temblaban de forma descontrolada.

—Ala. Sí que estás jodida.

El piloto dejó el desayuno en el carrito alto y lo acercó al lado que tenía la barandilla bajada. Arrastró la silla, muy próxima a la cama, hasta dejarla en un sitio desde el que podía acercarle las cosas. Luego se sentó.

—¿Cómo te encuentras?

Le miró con los ojos enrojecidos. No era sueño agotamiento, o llanto. Era ansiedad, la sensación de estar perdiendo la cabeza. Su amigo, con el que compartía tantas noches de ligue, estaba muy preocupado. Inusualmente serio, para lo que solía ser él.

—¿Cómo se llamaba la rubia que quería hacerse un trío con nosotros dos?

—¿Godwinna? ¿La de la rima fácil a la que le dijimos que primero uno y luego otra y no quiso?

—Esa. Y conste que, si hubiera decidido ir contigo antes, yo hubiese pasado. Vale. Estoy despierta y tú eres Will de verdad.

—Madre mía. ¿Qué te sucede?

El piloto la cogió de la mano temblorosa, y contrariamente a lo que pensaba hacer, no la retiró. En circunstancias normales aprovechaba la cercanía para darle una colleja, pero en aquel momento necesitaba que la ayudara a parar de tiritar. Le habría valido Will, Pierce, Kiara, George… e incluso la fría y muerta Alessa.

—Se me está yendo la cabeza, tío. Tengo que preguntarte una cosa. Necesito confirmarlo.

—Igual exageras un poquito —él puso una media sonrisa—. Va, dispara.

—¿Estamos en una misión?

—Sí. Una de tu chica, de hecho. ¿Por?

—¿Escoltamos pasajeros?

—No. Solo llevamos una caja, y haremos de señuelo al entregarla. Te ahorro los detalles porque…

—¿Hay alguna niña a bordo?

El joven Trevor tenía una cara de desconcierto que no le pegaba para nada. En general, ante una pregunta tan ridícula, se burlaba y se echaba a reír. Aquella vez, por el contrario, estaba descolocado.

—No.

—Entonces estoy de la olla. Creo que he estado charlando con mi yo infantil durante un buen rato. Tras ver a mis padres, a mis hermanos y a Melisa.

—Normal. Vaya manta de ostias que te dieron, maja.

El Will de siempre regresó, para su alivio. Le habló de la *niña del Pulso,* una pequeña rubia y muy inteligente que se aparecía durante los saltos a los pilotos para decirles dónde murió. Luego referenció otras cuantas historias de fantasmas, posesiones y monstruos espaciales de aspecto infantil.

—Eres idiota. Gracias. Lo digo en serio, necesitaba quitarle hierro.

Le sonrió.

—No voy a dejar a mi compinche de ligues tirada, Teresa. Bromas aparte, imagino que Alessa sabe de enfermería tanto como yo sé de economía bursátil, así que igual se le ha ido la mano con algo. O peor, se ha quedado corta. O lo has soñado todo, o efectivamente ha sido la medicación. Me da que la señora Fourier se ofreció a cuidarte para no participar en el reparto de tus tareas.

—Me consuela saberlo —sonrió ella, mostrando los dientes rotos—. Al menos le gusto más que inventariar.

—Inventariar es una mierda. Punto final.

Empezaron a picarse, como siempre que salía aquella extraña vocación de la primera oficial. Pasado un rato, la presencia de su habitación se había convertido en un vulgar chiste entre amigos. Sin embargo, la niña todavía inquietaba a Teresa, sin que ella misma fuera muy consciente de su preocupación.

Después de la masacre de la bodega, quizás no era tan estúpido preguntarse si tendrían fantasmas a bordo.



El típico escondite de un supervillano

Hefestia I era un mundo extremo, situado a una distancia incómoda respecto a su estrella de clase B, de un color azulado. La radiación solar era escalofriante, y eso generaba una temperatura ambiente rayana a los doscientos grados a la sombra. El exceso de calor disparaba a su vez la actividad volcánica, produciendo un efecto invernadero salvaje del que nunca saldría. Aquel tipo de planeta era indeseable para casi cualquier ser vivo. Exceptuando, claro estaba, a un directivo de una corporación.

El sistema Hefestia contaba con una monstruosa cantidad de minerales, repartidos en asteroides a lo largo de los pozos gravitatorios de la estrella, de los gigantes gaseosos e incluso de los planetas arrasados por la radiación. A todos los efectos era un lugar muerto, aunque colmado de riquezas que esperaban a alguien lo bastante sacrificado como para ir a buscarlas. El problema era que, si uno ponía en una balanza el beneficio de sacar un enorme asteroide de su posición natural y llevar el material hasta una localización algo más amigable para su procesado, los costes no compensaban el esfuerzo.

SobreMinera, una de las empresas más grandes de minería de la Confederación, sin embargo, ideó un plan maquiavélico para que aquel tipo de material fuera rentable. Tras fletar gargantuescas naves perforadoras, las convertían en hábitats casi autosuficientes capaces de encaramarse a los enormes asteroides y devorarlos por completo. Conseguido ese hito, la cadena de producción mejoraba considerablemente, pues solamente tenían que cargar a los suministradores con comida, y que luego volvieran con el material en crudo para ser procesado. Eso seguía dando unos beneficios que invitaban a no lanzar demasiadas operaciones así. Sin embargo, alguien descubrió que se podía dar un paso más allá para mejorar los costes.

El problema principal era llevar enormes cantidades de escoria junto a los metales valiosos como el hierro, el titanio, el cobre, el aluminio o las tierras raras. Si uno separaba el producto final de los deshechos, las ganancias crecían a un límite muy interesante. Y esa pequeña diferencia supuso la fama y fortuna de *SobreMinera*. La técnica consistía en buscar sistemas donde hubiera un *planeta caliente* dentro de unos ciertos parámetros de temperatura. Una vez encontrado un candidato, se examinaba la actividad tectónica, localizando una superficie lo suficientemente estable como para poder construir una fundición. Gracias a la temperatura ambiente del planeta y de la actividad volcánica y geotérmica, se reducía drásticamente el gasto energético de los procesos de los altos hornos. Así los mineros podían ser aprovisionados y devolver el material listo para la industria en el mismo viaje. Sí, hacían falta varios vuelos de transporte entre las naves mineras y la fundición, pero eso era un coste de combustible intrasistema frente a varios saltos de *Pulso*.

Los primeros intentos no fueron demasiado bien. Los *planetas calientes* eran colonias horribles, y la tasa de suicidios entre el personal de las plantas de la superficie era tan elevada que suponía un problema para la compañía. No por los muertos, claro estaba, sino por la necesidad continua de formar nuevo personal. Así que, a pesar de que aumentaba la inversión inicial, se concluyó que el mejor procedimiento era crear fundiciones robotizadas autónomas. Eran capaces de repararse a sí mismas de forma rudimentaria, sustituyendo los componentes con mayor tasa de fallos gracias a autómatas simples. Se monitorizaban desde las naves que demolían los asteroides, y en caso de averías graves o necesidad de otras intervenciones, era el propio personal de a bordo el que viajaba al planeta a arreglar el incidente. Pero claro, una

semana de reparaciones no era igual que tener que malgastar la vida en un páramo desolado.

Von Arvein había elegido aquel lugar a sabiendas de todo lo anterior. Nadie en su sano juicio iba a ir a robar a un infierno semejante, porque para empezar era prácticamente imposible de encontrar sin ayuda de la propia empresa debido a la actividad volcánica. Y luego, una vez allí, la infraestructura estaba hecha de forma basta y desproporcionada, puesto que el entorno era altamente abrasivo. Así que la seguridad perimetral y de acceso se consideraban suficientes. Las cámaras se activaban únicamente en caso de avería, y solían ir montadas en los propios robots de mantenimiento remotos.

Así que, en resumidas cuentas, estaba en una base prácticamente ilocalizable, con acceso a gran cantidad de materias primas básicas que facilitaban la fabricación de robots, con una pequeña factoría para crear repuestos, sin vigilancia y con un montón de documentación robada a una empresa de *mecas*. Le faltaba su cara esculpida en un volcán.

Kiara bufó al darse cuenta de que alguien no pensó muy bien lo de dejar sin vigilancia aquel lugar. Supuso que los súper villanos con conocimientos de informática, logística, dirección de empresas y robótica no eran demasiado comunes.

Se hundió en el asiento del copiloto mientras Will completaba el curso de aproximación a aquel infierno. *SobreMinera* no puso ningún problema a Swarley cuando les pidió autorización para operar en sus instalaciones, puesto que los agentes tenían pruebas de que alguien podía estar subvirtiéndolas, aunque les dijeron que los daños ocasionados correrían a cargo del estado. Cómo no.

Lo que seguía preocupándole era lo que no le habrían dicho. El *meca*… la réplica del pobre Poe intentó advertirle de algo. La cosa era que, si Arvein lo enviaba, les llevaba varios cuerpos de ventaja. Iban de cabeza a la boca del lobo.

—Sabes que podemos joderla a base de bien, ¿verdad?

Kiara salió de sus pensamientos. Su hermano postizo se quejó mucho en la reunión, era quien menos ganas tenía de emprender esa misión. Teresa se fiaba de Eli, Pierce estaba de acuerdo con Dreston, George anhelaba pegar a Arvein por casi matarlos. La sorpresa fue Fourier, que aceptó el riesgo de manera bastante estoica, alegando que no podían esperar a que Kenick fuera a por ellos.

—Ya lo hablamos. No quiero pelearme contigo.

—Es que vamos a una trampa a sabiendas, joder. Nos congelará en *crionita* y nos exhibirá en su sala de audiencias delante de un montón de alienígenas raros y decadentes.

Kiara habría contestado que los xenos no existían, y que se dejara de pelis de ciencia ficción de la prehistoria. La cosa era que después de lo del *Motor de Vacío* y el *Sendero del Cielo*, no podía responder a la puya sin sonar como una idiota. No se veía capaz.

—Mira, creo que decir que tenemos ganas a Arv es quedarnos cortos. De hecho, me va a costar no dispararle en la cara según le vea. La cosa es que no venimos por eso. Se está haciendo poderoso, una vez más…

—… y es cuestión de tiempo que contrate a asesinos profesionales a los que no podamos vencer. Lo dijiste, y es verdad. Lo que pasa es que vamos corriendo al peligro con los brazos abiertos. Coña, Kiara, que el replicante de Poe fue a decírtelo.

—Llevo todo el viaje pensando en lo que está pasando, y hay muchísimas cosas que no

cuadran. Veamos los hechos. Eli nos contrata para cazar a Kenick. Von Arvein nos quiere muertos, así que crea un *meca* que trata de minar nuestra confianza en ella, después de mandar a Lydia a que nos hiciera picadillo. Luego, el jefe de Swarley nos avisa de que la están investigando y que nos andemos con cuidado.

—Esa idea de que andan compinchados es de Alessa. Sigo sin estar seguro de que él mandara a las *metalobas* a por Teresa.

—¿Y cómo nos encontraron?

—Mujer, que el registro de tripulantes es público. Pudieron seguirnos.

—Es posible, sí. Aunque como dijo nuestra alma de la fiesta[4], es demasiado casual que los dos eventos hayan sucedido de forma casi simultánea. Además, ¿tienes explicación para lo del SVH que se acercó a mí a hablar en voz baja en lugar de dispararme a bocajarro? ¡Había varios, pudieron cosernos a tiros!

Will rio con ganas, para consternación de Dreston. No acababa de entender cómo podía encontrar algo de lo que cachondearse en esa situación, su humor llegaba a ser francamente desconcertante. Él negó con la cabeza, ajustó un par de controles de vuelo y se volvió hacia ella. Dedujo de su mirada que había descubierto algo obvio.

—Regla número cuatro de las *cien cosas que haré cuando sea un señor del mal*[5]: disparar no es demasiado bueno para mis enemigos.

Ella entrecerró los ojos. No conocía esa referencia.

—¿Qué narices quiere decir eso?

—Que no te mató porque cree que es mucho mejor hacernos sufrir de una manera horripilante y retorcida que ha ideado.

A Kiara se le abrieron los ojos de la impresión. Pues claro que era obvio. Le arruinaron la carrera, le sacaron del negocio y convirtieron en un proscrito. Estaban tratando con un tipo extremadamente egocéntrico e inteligente, que no mandaba a sus mejores cazadores a por ellos. Solamente les amenazaba con escoria, para que supieran que seguía ahí, hasta que lograra una situación en la que pudiera ponerlos a su merced. ¿Habría manipulado a Elisabeth para que los llevara directamente a su presencia?

—No solo sabe que venimos y que somos nosotros, es que es él quien nos ha traído hasta aquí.

—Correcto. ¿Ves cómo tenía razón?

Dreston se llevó la mano al mentón, mientras Will continuaba aporreando hologramas y girando indicadores virtuales. El control mejorado del *Pétalo Danzarín* era muy superior al del buque corsario de su padre, o al menos, al que tuvo antes de las actualizaciones robadas por David. Seguía teniendo mandos mecánicos, por supuesto, por si todo lo digital fallaba. Sin embargo, aquella colección de complicados interfaces mejoraba el rendimiento de Will y de la nave una barbaridad. En cuanto tuvieran las toberas regulables de la proa la cosa iba a ser maravillosa.

Chasqueó los dedos.

—Lo tengo. Sí que tenemos algo a nuestro favor.

—No sabe que lo sabemos.

Kiara gruñó.

—¿No podías dejarme disfrutar de mi idea? ¿Ni un poquito?

—Nop. Pasasteis de mi opinión, así que me quedo la medallita.

—Vale —Renunció a contrariarlo más, no tenía sentido hacerlo cuando llevaba razón—. Entonces vamos a modificar los planes. ¿Te apuntas a ser el cebo, o quieres que vaya sola?

—Qué pregunta tan estúpida.

—Pues ponte un segundo chaleco por encima, aunque parezcas un boliche. Voy a hablar con George.

Kiara se levantó del asiento y salió de la cabina suspirando. Tenían demasiadas incógnitas entre manos. No prestó atención a unos pasitos ligeros que le pareció oír, su cerebro los filtró deliberadamente. Al menos hasta que entró en el pasillo principal de la cubierta media.

Según alzó la vista, creyó ver una sombra entrando en el salón. Una pequeña, del tamaño de una niña. En la penumbra de la nave, se asustó mucho. Echó a correr hacia lo que le parecía haber visto, hasta que atravesó la puerta y casi chocó con el gigante, que iba a asomarse a ver qué pasaba. La miró confuso.

—¿Capitana está bien?

—Yo… ¿Te has cruzado a una pequeña en el salón hace un momento?

—No, George dibujaba en el sofá mirando hacia la puerta.

Los sentidos aumentados del gigante le *impedían* no ver cosas delante de sus narices.

—Diablos. Estoy segura de que estaba ahí.

—¿Kiara ve fantasma?

Estiró la columna de la impresión. Ni siquiera entraba en sus elucubraciones la posibilidad de que fuera un ser de ultratumba. De repente recordó a la mujer que rescató de *Triunvirato*, y sus perturbadoras palabras *sobre los inquietos espíritus de los muertos que vagaban portando el frío allá donde murieron*. La temperatura de su cuerpo empezó a bajar tanto que le dolieron las uñas de las manos.

—De repente estoy helada.

—George espera que no haya fantasma de niña en la nave. George todavía tiene pesadillas con la bodega.

Dreston se sacudió. Habían visto muchas cosas raras e inexplicables, y no tenía ninguna gana de encontrarse una más en su hogar. Decidió negarlo. No quería muertos sin descanso a bordo.

—No te preocupes, anda. Seguro que me lo he imaginado. Estoy nerviosa.

—George sí se preocupa. Sabe que Teresa también ha visto a niña fantasma.

La capitana tragó saliva. Will se lo había dicho hacía un rato, en tono jocoso, achacándolo a las heridas de la primera oficial. Ahora… ya no estaba tan segura de que fuera debido a un golpe. Esperó que no le tocara contratar a un exorcista de la ORU[6], porque eran bien caros.

Pasaron casi tres horas hasta que aterrizaron. Aunque la aproximación al planeta no les llevó más de cincuenta minutos, tuvieron que descender en una zona de baja actividad volcánica muy alejada del complejo para no recibir daños de la atmósfera altamente sulfurosa y caliente. Tras

atravesar una nube de ceniza gris y densa, se encontraron sobrevolando un mar de lava que discurría lento y pesado tras la desembocadura de varios ríos que escapaban de una cordillera ya apagada. El origen del magma eran otros gigantescos conos activos varios cientos de kilómetros más allá. Bajaba serpeando sobre otras coladas largo tiempo extintas, formando un monumental río incandescente que terminaba en un delta inmenso.

Entraron volando por encima de aquel maravilloso y mortífero espectáculo, y siguieron el cauce ardiente entre las montañas furiosas que escupían restos. De vez en cuando llovían escoria y meteoros surgidos de las entrañas de la tierra que tenían que esquivar. Si bien los más pequeños los disolvía el escudo, los más grandes podrían causarles daños en el casco. Hubo uno, en particular, que levantó una ola incandescente tan descomunal ante ellos que necesitaron aminorar para que no les salpicara. Si les alcanzaba algo de ese tamaño, los derribaría con toda seguridad.

Tras mucho serpear, se cruzaron con un carguero que recorría el camino en sentido contrario, y que les saludó de lejos con las luces largas nada más verlos. No estaban seguros si para avisarles de que no le golpearan porque se movía más lento que ellos, o por mera cortesía al encontrarse a alguien más sobrevolando aquel infierno.

Lo dejaron atrás sin incidentes, y poco después abandonaron el río principal para subir por un afluente casi extinto, hasta terminar desembocando en una segunda superficie equivalente a un océano pequeño. Este, sin embargo, estaba conformado por una sucesión de coladas secas superpuestas. Las continuas oleadas de magma se fueron solidificando unas sobre otras hasta crear una costra negra y dura que se mantenía firme y estable dentro del incesante cambio orográfico del planeta. El desierto oscuro se extendía por una superficie ciclópea rodeada por una cadena de supervolcanes que seguían vertiendo su lava a través de galerías subterráneas bajo ella o aprovechando otras zonas menos rígidas del terreno. La ley del mínimo esfuerzo conformó aquella isla casi inaccesible dentro del entorno extremo. Era imposible llegar hasta allí desde el cielo, puesto que las nubes de erupción chocaban entre sí, conformando una borrasca peligrosa que podía llegar a dañar los motores de las naves más recias.

En el punto más central, que a su vez era el más estable, fue donde *SobreMinera* colocó su refinería. Una ampolla negra y de aspecto desagradable que crecía en la piel monstruosa de aquel mundo condenado. Bajo ella discurrían, enterrados, infinitos ríos y afluentes de lava cuya potencia geotérmica podía aprovecharse para los procesos automáticos de los altos hornos.

Una vez se acercaron, descubrieron que la burbuja semiesférica negra tenía varios *nervios* saliendo de su parte inferior. Se trataba de los hangares, colocados como una estrella de ocho puntas. Los dos grandes de salida estaban orientados hacia el sitio del que venían, mientras que los de entrada se oponían al paso natural que habían recorrido. Los pequeños se intercalaban entre los principales, de forma que desde su punto de vista uno miraba de cara a ellos, dos quedaban a los lados, y el último estaba orientado hacia atrás.

Detectaron un carguero atracado en una de las salidas, y la torre de control automática les indicó que podían usar el lateral derecho o el frontal para aterrizar. La descarnada voz sintética les advirtió que encontrarían otras cuatro naves y que se recomendaba aligerar las operaciones de mantenimiento para evitar el colapso de las instalaciones. Así de estúpido sonaba, ocupar la mitad de las plazas ponía nerviosa a la inteligencia artificial medio tonta que gobernaba la fundición.

Eligieron el hangar derecho. Tras transmitir la autorización que les dio *SobreMinera*,

maniobraron mientras el otro carguero despegaba repleto de materias primas, y disminuyeron la velocidad tras completar la aproximación. Las puertas blindadas se abrieron con un crujido, permitiéndoles pasar a un largo conducto de entrada que los roció con un componente químico especial que evitaría que la atmósfera les causara daños permanentes. Era de agradecer, incluso sabiendo que eso se diseñó para disminuir el desgaste de los vehículos de la compañía.

Cuando el tren de aterrizaje tocó tierra, se pusieron manos a la obra. Acomodaron la caja en el palé gravitatorio de nuevo, ayudándose de las grúas de la bodega, y la bajaron a la superficie con toda la presteza que les fue posible. Para entonces ya iban disfrazados, porque sabían que las pistas disponían de un sistema de cámaras y no podían descartar que Arv las hubiera pirateado para monitorizar las entradas y salidas a su antojo.

Kiara y Will tomaron sus armas, las comprobaron y se asintieron el uno a la otra. No llevaban las de siempre, sino unas bastante machacadas que mantenían en la reserva para ocasiones especiales o despiece. Contaban con que iban a quitárselas, así que no arriesgarían su arsenal personalizado sin una buena razón.

Ambos se sentían ridículos. Dreston llevaba puesto un casco completo que le tapaba toda la cabeza a excepción de una visera, al estilo de los caballeros medievales. Se había colocado unas hombreras aparatosas y superpuso las rodilleras con pinchos por encima del equipo balístico. El joven Trevor, por su parte, apiló los dos antibalas y se colocó un pasamontañas. Además, llevaba gorra, unos cascos enormes de comunicaciones y una radio que no funcionaba a la espalda.

Acercaron un remolcador del hangar, engancharon el palé y subieron a bordo. Fue sencillo activarlo, y tan pronto como la cabina transparente se presurizó para mayor comodidad de sus ocupantes, el aire acondicionado bajó la temperatura desde un nivel soportable a uno cómodo.

George pasó despidiéndose con la mano. El supersoldado también vestía el equipo antibalas especial a medida suministrado por la administración, que incluía unas gafas con varios modos de visión. Así vestido amedrentaba al más pintado, porque llevaba un fusil de francotirador que *decomisaron* a los tiradores que los emboscaron durante la recogida del paquete además de su arma pesada normal. Desapareció en cuestión de pocos segundos.

Kiara suspiró. Era una suerte que tuviera tan buena memoria, porque iba a necesitarla para su nuevo plan. Como las cosas no encajaban, decidieron que Pierce y el gigante no harían lo acordado con Elisabeth Swarley. El mecánico se quedaría como refuerzo de Alessa y Teresa, que seguía incapacitada, para poder despegar si fuera necesario. Mientras, George se infiltraría usando los mapas de las instalaciones, siguiéndolos hasta el objetivo desde la ubicación más discreta que fuera capaz. Así podría cubrirles en caso de hecatombe, y de que su primera aproximación para escapar de la encerrona saliera mal. Podían asumir que una de las naves atracadas era la de los agentes gubernamentales, aunque eso no les garantizaba ninguna ayuda, puesto que Von Arvein podía ser consciente de su presencia. Después de todo, no era nada descabellado que hubiera decidido vigilar las entradas a su fortaleza inexpugnable, especialmente teniendo en cuenta los doscientos grados que hacían a temperatura ambiente en aquella región *fría*.

El trayecto fue poniendo a Dreston cada vez más nerviosa. Se encontraban en las entrañas de un monstruo industrial lleno de tuberías, pasarelas con barandillas de tubo y estructuras metálicas superpuestas. Las cadenas y ganchos de alzar contenedores eran omnipresentes, y los carriles que llevaban cubetas llenas de material para fundir o recién refinado abundaban a diversos niveles de la instalación. Más allá, madejas de cables gruesos se habían tendido sin ningún cuidado, y los

carteles de peligro o precaución formaban curiosos e inquietantes mosaicos en las escasas paredes sólidas. La mayor parte de las estructuras eran puntales y vigas, que permitían mejores accesos y un mantenimiento más sencillo para robots o humanos.

El calor era sofocante. Aunque la temperatura era menos extrema que el exterior del habitáculo, y desde luego mucho más baja que en la superficie planetaria, los dos estaban sudando en abundancia. El sistema de refrigeración del vehículo no daba más de sí, iba sofocado para evitar que tanto el motor como sus ocupantes se cocieran.

Alrededor las estructuras de procesado cargadas de cintas transportadoras fueron dando paso a las cubetas. Circulaban incómodamente cerca de la carretera de acceso, algunas vacías y otras derramando pequeñas gotas incandescentes que achicharraban el suelo especialmente preparado para repelerlas. El material fundido pasaba por varios procesos de separación de minerales; ya fueran electrolíticos, hidráulicos, hidrometalúrgicos, por flotación, densidad u otros. Luego se aplicaban procesos de purificado in situ, y más tarde se fabricaban enormes lingotes de una tonelada en los que se estampaba el sello de *SobreMinera*. El proceso en sí parecía muy interesante de seguir, puesto que las máquinas responsables de cada uno de los pasos de manufactura estaban colocadas una tras otra dando lugar a una inmensa cadena de montaje del tamaño de una pequeña ciudad.

A ambos les fascinaba. Habrían escuchado con interés, aún considerando el calor, una voz monótona que les contara los entresijos de aquella maravilla de la ingeniería destinada a evitar los costes de formación de los trabajadores que se suicidaban cada poco. Sin embargo, en la situación en la que se encontraban, no podían sino mirar a todas partes esperando ver el punto de mira láser del francotirador que los mataría. El lugar era una ratonera llena de recovecos, huecos, escondites y zonas de exterminio. Y, lamentablemente, sus enemigos jugaban en casa.

Se les abrió la boca cuando dejaron atrás el primer anillo de edificios y entraron en la zona que la corporación les describió como *la caldera*. Se trataba de un desnivel notable que formaba un cuenco por debajo del nivel del suelo, en el que se habían instalado las cubas principales de fundición y la infraestructura necesaria para llevar los metales a su punto de fusión correcto antes de purificarlos. Las cubetas que viajaban entre procesos eran legión en esa área, y la iluminación roñosa y cálida de la zona exterior se transformaba en un fulgor entre rojizo y anaranjado que vaticinaba la entrada del infierno. Al fondo, justo en el centro exacto, se alzaba una semiesfera que dominaba toda la zona. Era su destino, el edificio de control desde donde podía gobernarse la fundición completa. Además de los terminales, también albergaba el almacén de repuestos y los talleres de robótica que Von Arvein había subvertido.

El vehículo fue avanzando hacia su destino. Durante el trayecto, el algoritmo de a bordo les recomendó *callejear* entre los grandes contenedores al rojo vivo para evitar el peligro de los que estaban en una fase de ebullición, puesto que los procesos no eran completamente exactos y podía rebosar algún metal ardiente que los incendiaría nada más tocarlos.

Tras casi media hora más de retraso, durante la cual la temperatura exterior alcanzó los cincuenta y dos grados y la interior los cuarenta, las estructuras contenedoras y el bosque de carriles elevados fueron despejándose hasta dejarles ver la rampa principal de subida hacia el módulo de control, que hacía también las veces de zona habitable. Kiara tragó saliva cuando las ruedas tocaron la gruesa chapa de *supracero* y empezaron a inclinarse hacia atrás al subir. Rezó cuanto sabía para que George hubiera sido capaz de seguirles la pista sin sufrir daño.

Atravesaron la pantalla de escudos situada al final de la rampa y, nada más hacerlo, dos

individuos armados con fusiles de asalto les ordenaron detenerse. Iban embozados de una forma similar a Will, con pasamontañas y un equipo de radio alrededor de las orejas. Llevaban una mochila, guantes de dedos cortados y algunas granadas sujetas del aparejo táctico. Esos debían ser los mercenarios contratados por Kenick. No tenían nada especial. Ni distintivos corporativos ni ninguna seña de identidad más que una N azul cruzada por un rayo amarillo sobre un hombro. No podían decir, con tan pocos datos, si se trataba de gente inexperta o peligrosa. Tendrían que arriesgarse.

—¿Papeles?

Sacó su patente de corso de un bolsillo cruzado que tenía delante del pecho. A decir verdad, no era la suya… suya, por exponerlo de algún modo suave. Era la falsificación que Swarley le proporcionó, y que le daba una identidad diferente que presentar a aquellos botarates.

—Capitana Bouler. Traigo el paquete.

—Ah, la otra corsaria. —El mercenario cogió el documento, lo encendió y pulsó con profesionalidad el botón correcto que la identificaba—. Ya era hora. El jefe se impacientaba.

—Bah —El otro bajó el arma de la pose de guardia a una de relajación, negando con la cabeza —. Siempre está acelerado. Es como si viviera un cincuenta por ciento más deprisa que la gente normal. Me exaspera.

—Ten cuidado con lo que dices, o vas a acabar mal —Le recomendó el primero—. No le gusta que hablemos mal de él a sus espaldas. A uno de los de antes lo tiró a una cubeta y luego la llenaron de cobre derretido sin sacarlo.

—Vale, mensaje captado. Gracias por el consejo, tío. ¿Limpios?

—Sí. Adelante —Le devolvió la patente falsa e hizo un gesto indicativo con la mano libre—. Atraviesen la segunda puerta a la derecha, y al fondo, a la izquierda. Una vez lleguen a la sala amplia con contenedores abiertos, descarguen en cualquier lado. En medio no, por favor, que mover la grúa es tedioso.

Dreston guardó la documentación y le asintió a su piloto sin decir palabra. Gruñó tras cerrar la ventanilla. Aunque sabía que no serían rivales para él, se preguntó de qué forma se desharía George de aquellos dos sin montar una escenita.

Los minutos pasaron como losas mientras su vehículo rodaba por la desgastada pista de mantenimiento. Durante el trayecto no vieron cámaras, ni guardias, ni ningún otro signo de vigilancia activa o pasiva. Eran unas instalaciones espartanas, nulamente decoradas, donde primaba la funcionalidad sobre cualquier otra consideración.

Los paneles rozados se quedaban así para siempre, las reparaciones aparatosas colgaban remendadas de cualquier forma y los restos perdidos por el camino se abandonaban en donde hubieran caído siempre que no molestaran a nadie. Sobraba decir que la limpieza brillaba por su ausencia.

La puerta que les habían indicado se abrió con un lamento, y volvió a cerrarse automáticamente cuando su palé gravítico la dejó atrás. Se detuvieron en la estancia llena de contenedores. Aquello era un auténtico cementerio de repuestos. Las cajas que indicaban materiales de lo más variopinto estaban abiertas sin ningún cuidado, con paquetes de componentes rotos y saqueados a placer. Al no haber monitorización, auditoría ni supervisores dispuestos a quedarse en ese antro, los empleados elegidos para pasar una temporada en

semejante agujero no respetaban los más mínimos estándares de orden.

Siguiendo las indicaciones, se detuvieron al lado de unos contenedores rojos que llevaban estampado el logotipo de la famosa compañía *RoboTecnia*, dieron marcha atrás, y soltaron el palé. Se separaron un poco más antes de que Will cambiara el control de estacionamiento al de detención total. Las ruedas ignífugas crujieron al quedarse clavadas en el sitio. Afuera no se veía ni el más mínimo atisbo de movimiento.

—Estación término, trampa obvia. Por favor, bajen del expreso suicida en orden y no abandonen sus pertenencias en el interior. O háganlo, en el más allá no les servirán de nada.

Dreston miró alrededor, sin contestar. La estancia era un hangar con el equivalente a tres plantas de alto, de forma que pudieran acumularse en él los materiales para reparar cualquier parte de la instalación. El techo era plegable, y contaba con múltiples pasarelas a diferentes niveles y al menos dos grúas extensibles que permitían cargar y descargar las cosas desde el exterior. Además, vieron multitud de utilidades para levantar y mover peso, empezando por carretillas y terminando por un camión de cuatro ejes que podría salir por la gran puerta levadiza que había al fondo.

—¿Tienes clara tu ruta?

—Sep.

—¿Y la secundaria?

—Me gusta más la principal, me da miedo caer en un pozo de mierda si me tiro a ese foso de reparaciones, Kiara. ¿Alguna noticia de George?

—Todavía no. La fundición causa interferencias. Pero algo me dice que está ahí. ¿Preparado?

—Muy a mi pesar, sí. Tengo los juguetes armados y calentitos. Joder, estoy dándome cuenta de que Teresa tiene unos ovarios gigantescos cuando te sigue a cada una de tus ocurrencias.

—Yo también te quiero, hermano postizo. Vamos.

Salieron abriendo ambas puertas a la vez, y las cerraron tras ellos. Se hicieron los suecos, contemplando la estancia en semipenumbra con la curiosidad de dos despistados que admiran el paisaje. No se oía nada más allá de sus propios pasos, que sonaban huecos y amplificados en la enormidad de la estancia. Por suerte, la temperatura ambiente era más o menos agradable.

Dreston frunció el ceño al oír algo más. Tocó al piloto en el brazo, y cuando ambos se quedaron quietos siguieron oyendo las pisadas. Tenues, apagadas. Como si no fueran zapatos. La voz desagradable y jovial les sacó de su guardia y les hizo mirar hacia arriba. Sobre una pasarela de barandilla de tubo y suelo enrejado, una figura de pequeña talla los observaba con ojos de depredador y las manos a la espalda.

Kenick Von Arvein no había cambiado demasiado, y al mismo tiempo era muy diferente del empresario en la cima que conocían. Seguía llevando su jersey de cuello alto negro, ahora manchado en múltiples puntos, así como sus gafitas ridículas. Vestía pantalón de lona *neovaquera* descolorida, y sus pantuflas de *metaperro* eran ahora dos pequeños tanques *comunazis* con su cañoncito y todo. Su rostro, por el contrario, ya no llevaba la máscara amigable con la que lo conocieron, sino la expresión dura y malvada del monstruo que sabían que era. Sus ojeras se habían multiplicado por cuatro, y su cara era ahora más angulosa y siniestra. Tenía, si cabía, menos pelo que antes.

—Bienvenidos a mi humilde morada, corsarios. ¿Han traído el paquete que les pedí?

Kiara asintió, y le señaló el contenedor cuadrado con sus portillas biseladas por el frío interior. El ex director levantó la vista y se ajustó las gafitas con la punta del dedo corazón en un gesto más cercano a un tic que a la voluntad consciente. Asintió para sí mismo con suficiencia.

—Bueno, bueno. Entonces sí que sí. Usted, capitana, siempre cumple con lo que promete, de una forma u otra.

La corsaria miró de medio lado a Will a través del visor de su extravagante casco. No creía posible que no supiera que eran ellos. Eran un cebo tan evidente que no le entraba en la cabeza que…

—Quítese eso, señora Dreston. Así no verá bien lo que va a pasar, y me he esforzado mucho para traerla aquí.

Vale. Tal y como sospecharon en la cabina, él era el orquestador. Obedeció, desencajándose aquel trasto del cráneo y arrojándolo al suelo sin cuidado. Era un trozo de chatarra, poco más que atrezo pesado y nada funcional. No la protegería. Levantó sus ojos grises hacia Arv.

—Le veo bien.

—Huy, si no está sorprendida. Vamos, vamos, disimule un poco o arruinará la *holografía* —Kenick sacó una cámara de alta resolución de entre las manos cruzadas y se la mostró—. No me prive de mi pequeño placer intelectual.

—Usted era tan superior a mí y tan *requetelisto* que nunca tuve una oportunidad, y ahora por fin tendrá su venganza. ¿Es eso?

—Ser inteligente no altera mi gusto por los arquetipos de héroes contra villanos, ¿sabe? —Aunque la boca de aquel alfeñique sonreía, sus ojos expresaban una maldad concentrada que invitaba a dispararle entre ellos—. ¿No se va a asustar? ¿Ni siquiera un poquito?

—Sobra decir que está detenido, que tiene sus derechos, y todo eso. Venga con nosotros y ríndase.

—Mire, eso también es un buen arquetipo —El genio tecnológico rio—. Obviamente, tengo otros planes.

Subvocalizó algo, y un grupo de mercenarios como los dos que se habían encontrado en la puerta emergió de sus escondrijos. Veinte en total, armados con fusiles de asalto de última generación y chalecos antibalas. Estaban completamente rodeados.

Dreston ni siquiera movió una ceja.

—Huy, es más dura de lo que parece.

—Su trampa obvia ha saltado. ¿Y?

El otro dejó que las gafitas resbalaran hasta la punta de la nariz, y le sonrió con la mirada demente de un perturbado. Quería divertirse, reírse a su costa. Pero no iba a permitirle hacerlo, incluso si su plan se desmoronaba y les estallaba en la cara.

—Soy una persona retorcida, capitana. Una que ahora tiene mucho, muchísimo tiempo para pensar fuera del trabajo. En efecto, la he entrampado con mi tela de *metaraña*. Lo que no se imagina es lo insondablemente profunda que es la fosa en la que todavía no ha terminado de caer.

Eso consiguió, al menos, hacer que frunciera el ceño. No le gustó nada lo que pasó durante la recogida del contenedor, y ahora tenía dudas de nuevo. ¿Sería posible que Elisabeth los hubiera vendido? ¿Tendría razón su jefe, Marcus, y no era de fiar?

Empezó a temerse, y muy en serio, que Will hubiese acertado. Él, a su lado, no hizo nada por disimular que creía que estaban muy, pero que muy jodidos.



Una metaloba acechando en la oscuridad

Pierce levantó el arma en la dirección al ruido. Llevaba un rato inquieto, con los nervios a flor de piel. Aquella misión no solo era peliaguda, sino extremadamente peligrosa dentro del elevado estándar al que estaban acostumbrados.

El único motivo que le llevó a votar a favor de aquella locura fue la aritmética. Si Arvein seguía aglutinando efectivos y poder hasta ser capaz de colocarse al nivel de Le Darab, no tendrían escapatoria. Kenick no era solo brutal y astuto, sino también muy inteligente. Le dio pánico pensar que, si pasaba suficiente tiempo, sus enemigos pudiesen acabar encontrándose en las cloacas confederadas y descubriendo su odio común por Kiara. A pesar de que era muy consciente de que se jugaban la vida, tenía claro lo que sucedía cuando se permitía a los archienemigos obrar sin vigilancia. Poniendo el riesgo y el beneficio en la balanza, no le quedó más remedio que creer que Swarley bordaría su trabajo.

Ajustó la mira del fusil de asalto, retrocediendo dos pasos hacia el interior de la rampa. Si bien podría haberse limitado a esperar dentro de la nave, la prudencia le aconsejaba vigilar también el exterior. No era la primera vez que les saboteaban estando estacionados, y todavía no podían permitirse unos sensores de movimiento decentes para la zona de la panza.

A pesar del sempiterno tintineo a metal que se escuchaba en el hangar, los pasos se acercaban con claridad. Iban acelerados, con prisa, y eso no presagiaba nada bueno. Hacía bastante tiempo que habían acordado llamar antes de aproximarse al *Pétalo Danzarín*. O al menos, emitir una señal de radio muy específica que encendía una tira de color led verde en la rampa. En aquellos momentos, Trevor estaba en penumbra.

—¡¡Ayuda, por favor!!

La voz de mujer no le hizo mover ni un músculo. Era un veterano, no saltaba con la primera petición de auxilio que escuchaba. Sabía desde hacía mucho tiempo qué clase de trampas usaban los asaltantes y los piratas para subir a las naves, y el de la damisela en apuros era uno de los clásicos. Se agachó, dándole más estabilidad a su arma.

Aparecieron dos féminas, una colgando del hombro de la otra. Iban dejando un reguero de sangre por la machacada pista de aterrizaje, cojeando a toda velocidad hacia la rampa en la que se encontraba. Entrecerró los ojos. La escenificación no era muy buena, tenía que reconocerlo. Siguió apuntándoles.

Cuando llegaron a unos diez o doce metros, la herida se desplomó en el suelo. Su compañera se volvió hacia él, implorándole que bajara a echarle una mano. Parecía ser incapaz de continuar. Le dijo que las habían emboscado, y que las demás miembros de su tripulación estaban muertas. Le explicó, en un tono acelerado y suplicante, que los compinches de Arvein las pillaron por sorpresa y que en seguida vendrían a por ellos también.

Pierce frunció el ceño, y apretó el mango del arma. Su dedo acariciaba el gatillo, a falta de una mínima presión para abrir fuego. Trevor solía ser una persona muy razonable, a veces incluso demasiado, pero sentía tanta rabia en aquellos momentos que le costaba contenerse.

—¿Le pregunto a Teresa si podéis subir?

—¡Claro, Montse se está desangrando!

—¿Con cuántos agujeros queréis que os lleve a la enfermería, hijas de perra?

La corsaria se quedó patidifusa. No alcanzaba a articular palabra, solo era capaz de mirar como una boba hacia el mecánico, que dibujó una media sonrisa que contrastaba con su ceño fruncido.

—No tengo ni idea de cómo habéis llegado hasta aquí. ¿Qué pasa, que Arvein os ha hecho un contrato de esbirras?

—Yo, no comprend…

—Venga ya, que soy perro viejo. El truco es más antiguo que el comer, y encima sois bastante torpes ejecutándolo. Primero: combinar la tinta roja con aceite *Rutilus* crea una mezcla que, si bien tiene un color muy creíble, esta es demasiado líquida para ser sangre de verdad. A no ser que añadas un poco de serrín, claro.

La falsa herida se puso en pie en cuanto su compañera le avisó de que su interlocutor les hacía el inconfundible gesto de levantar las manos usando el cañón de su arma. Ambas las colocaron detrás de la nuca, separando también las piernas. Existían una serie de señas universalmente utilizadas entre los marinos del espacio para señalar a un rehén como tenía que comportarse. Y pobre del que no se las supiera, porque quienes las empleaban solían mostrar muy poca paciencia con sus víctimas.

—Segundo, a mis años todavía tengo buena vista. Y eso que te asoma en el cuello, mentirosa de tres al cuarto, es la *serpiente travis*. Se otorga a las mujeres que se ganan la *dignidad* de ser piratas, y suele tatuarse a la vista para que otros bucaneros no se atrevan a intentar nada deshonesto con las que conseguisteis tan dudoso honor. La he encontrado incluso en hombres, pero me voy a arriesgar a decir que tú no eres uno. Meterte eso bajo la piel es ir suplicando que te torturen durante años si descubren que es falso.

Las dos mujeres se miraron, bastante sorprendidas. No esperaban que ese proyecto de viejo estuviera tan puesto en esos temas. A decir verdad, su idea era que cayera como un imbécil en su trampa, sin más complicaciones.

—Tercero, os habéis delatado. Es una pena que el lenguaje solo admita femeninos en plural si no hay hombres. ¿Sabéis cuántas tripulaciones íntegramente compuestas por mujeres conozco? —Trevor suspiró—. En mis años de mecánico, solamente seis. Tres destruidas, una retirada, una desaparecida. Y luego vosotras. En este mundo de la marina del espacio es muy raro que no haya tripulaciones mixtas. Las pequeñas son incluso familias. Por lo general, la ausencia de un sexo suele indicar al cliente que pasa algo raro. En especial si ve únicamente hombres.

—Esa no la compro. Lo otro es bastante inteligente y agudo, pero…

—Por último, Teresa tenía fotos tuyas subidas en la nube, pedazo de subnormal. A la pirata de la serpiente no la conozco de cara, pero tú eres Meritxell, la mano derecha de Lydia. Su primera amante y la mayor pringada de su caterva de paletas. Nos las enseñó en su día, y me fui de cabeza a pedírselas tan pronto como volvisteis a entrar en el radar. Me gusta ponerle rostro a la mala gente para poder llenárselo de agujeros.

La corsaria mayor se echó a reír. Debía rondar los cuarenta, tenía el pelo canoso y una colección respetable de cicatrices en la cara. Estaba delgada, casi esquelética, y llevaba unas ojeras muy marcadas. Trevor se fijó en que le faltaban dos dedos de una mano, seguramente los habría perdido por culpa de los bucaneros. Bajó los brazos, y él apretó el gesto. La pirata joven, reconvertida en tripulante de Lydia, la miró como si estuviera loca.

—Eres un listillo, *aprietatuercas*.

—Imagino que crees saber que soy un tío racional y asumes que no voy a mataros. Teresa nos contó que te encantaba estudiar los perfiles de tus objetivos. Pues mira por dónde, hoy me has pillado en un día malísimo.

—No, machito gilipollas. Me hace gracia que subestimes la hermandad que puede surgir entre mujeres.

Durante unos segundos no entendió a qué se refería aquel monstruo. Al menos, no hasta que sufrió una brutal descarga eléctrica en la espalda. El arma se le escapó de las manos cuando estas convulsionaron, y cayó deslizándose por la rampa hacia la pista. El propio Pierce se desplomó, resbalando un par de metros, hasta que la punta de sus botas de goma lo frenaron atravesado al chocar con los antideslizantes. Su gorra rodó bastante más.

Alessa golpeó tres veces seguidas con la lanza tesla en el suelo, que era la señal convenida con la otra tripulación corsaria. Meritxell y su compinche silbaron con los dedos en la boca, y tanto sus dos compañeras de navío como los ocho mercenarios del grupo de Arvein abandonaron sus posiciones ocultas para acercarse a toda velocidad. Fourier pudo comprobar que, tal y como le dijeron, había dos ametralladoras antibrigada y un par de fusiles de francotirador entre su arsenal. Otro llevaba un lanzacohetes colgado de la espalda, un arma equipada con munición perforante capaz de atravesar el casco del *Pétalo Danzarín* mientras los escudos no estuvieran levantados.

Bajó la vista hacia su víctima. Pierce estaba inconsciente e indefenso en el suelo, con la boca abierta y soltando babas. No pretendió matarlo en ningún momento, eso no entraba en sus planes. Plegó su arma y agachándose, lo puso boca arriba y le agarró de las botas. Tiró de él, subiéndole antes de que los abordaran. Mientras echaban a suertes a quién le tocaba despejar la nave, ella metió a su compañero en un armarito del pasillo, que había vaciado diligentemente a sabiendas de lo que haría con él. Echó el pestillo por fuera, justo en el momento en que uno de los soldados terminaba de subir la rampa y le apuntaba.

—Baja eso, gilipollas. Que soy de los tuyos.

—Permíteme dudarlo. ¿Qué hacías?

—Lo que pacté con la capitana Lydia. Dar cuenta del mecánico y poneros una alfombra roja para entrar en la nave. ¿O no lo ves?

—¿Meterlo ahí dentro es seguro?

—Arvein lo quiere vivo. Prefiero no imaginar por qué.

El tipo asintió. Debía conocer de sobra los castigos draconianos de su jefe para sus enemigos. Se quitó la mira de la cara, bajando el cañón tan solo un poco.

—Entendido. ¿Hay alguien más abordo?

—Solo la herida y yo. Como acordamos, os llevaré a la sala de seguridad para que toméis el control. Seguidme.

El hombre volvió a asentir. Aunque no podía adivinar su gesto tras el casco completo con visera, estaba segura de que no se fiaba de ella. No era de extrañar, teniendo en cuenta que acababa de ver cómo traicionaba a uno de sus compañeros. Hacía bien en desconfiar, porque era una especialista en apuñalar por la espalda a quien le conviniera en cada momento. Llevaba tanto

tiempo haciéndolo que le salía de forma natural, orgánica y sin ningún remordimiento.

Entraron en el salón. Caminaba delante de los cuatro, que iban armados con fusiles de asalto explosivos y equipados con blindaje balístico completo. Eran unas tanquetas andantes, lentos y pesados. Bajo su armadura intuía a unos tiarrones musculosos y bien tonificados, exactamente la clase de hombres que a ella le gustaban. Sonrió para sí misma, sintiéndose acalorada en cuanto vio que se desplegaban por la habitación con las armas en ristre, registrando cada esquina antes de ponerse cerca de las puertas. Dijeron a su jefe, que era quien dudaba de Alessa, que estaba despejado.

—Por la derecha no, eso de ahí son almacenes de comida. La enfermería y la sala de seguridad están abajo.

—Deberíamos asegurarnos, sargento. Y también revisar la cubierta superior, a la que parece que se accede desde esta escal…

—A ver, pinpollo. Tripulación de seis, ya lo sabéis. Habéis visto salir al piloto, a la capitana y al gigante. Al mecánico me lo he ventilado yo, la primera oficial está herida de gravedad y… ¿Aprendiste a sumar en la academia?

El jefe hizo un gesto para cortar la respuesta del soldado ofendido. El otro le pareció contrariado, que era exactamente el efecto que quería producir. Le encantaba frustrar a los hombres buenorros, luego buscaban desquitarse y eso solamente conducía a cosas divertidas. Abrió la puerta de la escalera para descender a la cubierta inferior.

—Por aquí.

Bajó con paso tranquilo, agarrada a la barandilla como si estuviera dando un paseo. Las luces de abajo se encendieron automáticamente, mientras sus acompañantes descendían con paso táctico y se separaban en dos grupos, uno que miraba a proa y otro a popa, hacia las dos salidas de los pasillos principales. Volvieron a decir que estaba despejado.

Alessa se llevó la mano a la cadera con una sonrisa, rozando su ordenador. Y pasado un instante en el que los cuatro parecieron relajarse, las luces se apagaron a la vez que bajaba un pequeño juego de lentes sobre los ojos de Fourier.

—¡¿Qué cojones ha pasado?!

—¡Encended la visión noctu…! ¡¡Aaaagh!!

El sonido a gorgoteo inundó el corredor. Se escuchó perfectamente un cuchillo clavándose en la carne de alguien, y cómo salía con un siseo. Justo cuando encendían el equipo, hubo un restallido de luz cegador y el mercenario junto al sargento recibió una descarga de alto voltaje directamente en el cuello. Los otros dos gritaron cegados, sin abrir fuego para no alcanzar a su propio equipo, tratando de retroceder sin que los emboscaran a ellos también.

El objetivo del ataque de la lanza tesla cayó al suelo fulminado. Mientras se recuperaban del deslumbramiento, los soldados restantes oyeron un ruido muy característico a su izquierda. El que producía una puerta al abrirse y cerrarse tras un tecleo en un panel de seguridad. El aparato de visión nocturna volvió a la normalidad, y ambos se lanzaron maldiciendo a abrir la sala de soporte vital, en la que quedaba un hueco para meter los dedos.

El primero entró con el arma por delante, jurando que iba a matar a aquella vieja, mientras el otro le daba paso para seguirle, desconocedor de lo que había en la nave. Según se giró, se encontró otra lanzada justo en la nuez, que le envió una descarga letal. La corriente eléctrica le

recorrió la garganta, paralizándolo en primera instancia y provocándole un infarto unos segundos más tarde. Sus nervios se achicharraron, sus músculos se quemaron mientras se retorcía entre espasmos. El interior de su casco se llenó de humo proveniente de sus entrañas abrasadas.

El último soldado se giró al escuchar el ruido y ver el fogonazo, dándose cuenta de que estaba en un callejón sin salida. Disparó hacia atrás y luego a través de la puerta, gritándole a Alessa que se pusiera a tiro de una puñetera vez. Entró en el pasillo como un ciclón, aullando, y justo en ese instante se encendieron las luces. Volvió a quedarse deslumbrado por un momento, que su enemiga aprovechó para arrancarle el arma de las manos de un golpe. Luego le dio entre las piernas con el bastón de *supracero*, de forma que le obligó a doblarse a pesar de que la coquilla le evitó la peor parte del golpe.

Sin dejarle descansar ni un segundo, Fourier aprovechó el mismo movimiento para golpearle en la cara y romperle la visera, lo que le hizo trastabillar y le permitió zancadillearlo con su terrorífica arma. El soldado cayó al suelo de espaldas, hecho polvo, justo a tiempo para ver cómo la horquilla electrificaba se acercaba a toda velocidad hacia sus ojos.

—¡¡No, por fav…!!

Se escuchó un alarido cuando la descarga le frio el cerebro a aquel desgraciado. La ingeniera retiró su amado artefacto. Aquello la excitaba sobremanera. Acababa de matar a cuatro cachas ella solita, sin que hubieran tenido ninguna oportunidad de defenderse. Se chupó el índice y el pulgar con la lengua fuera de la boca y se hizo un tirabuzón en la frente que había llevado cuando era más joven.

—Es una pena no poder dejarme uno para luego, mira que me jode trabajar con santurrones. Mejor voy activando el bloqueo de seguridad interior.

Con un comando de voz, las puertas que podían cerrarse automáticamente, lo hicieron con un chasquido. Solo quedaron abiertas la rampa de subida, la entrada a la enfermería y la puerta que llevaba desde donde ella estaba al salón. Bueno, ahora tenía que ver cómo encargarse de los enemigos que quedaban.

Agachándose, le quitó el casco al pobre infeliz al que acababa de derretir la mitad superior de la cara. La carne quemada no le interesó lo más mínimo, ni siquiera le provocó la menor arcada ni ningún arrepentimiento. Se limitó a levantarle el polímero balístico del cuello y a sacar la plaquita de identificación infalsificable. Lo sabía. Eran sumamente tontos llevándolas puestas incluso en *encargos* como aquel. Joder, qué menos que anonimizarse cuando hacían algo ilegal, igual que en una operación legal.

Se rio para sí misma. Contactó con Lydia en cuanto esta atacó a Teresa. Por un lado, quería tantear el terreno. Por otro, como siempre, ver quién tenía más posibilidades de ganar. A ella no le cupo la menor duda de que el tal Von Arvein estaba detrás del ataque, y de que preparaba una emboscada aún mayor que podía llevársela a ella por delante. Así que decidió adelantarse para… negociar la entrega de sus compañeros, si lo necesitaba.

Lo que descubrió era muy decepcionante. Lydia anhelaba tanto su venganza que se había vuelto pusilánime y manipulable, estaba muy lejos de la maestra del engaño y la seducción a la que la primera oficial temía. En aquellas dos cosas, habría dicho que casi la reverenciaba. Menudo chasco se llevó cuando logró convencerla de que traicionaría a Dreston por poco más que tres o cuatro promesas vacías. No era solo que Teresa fuera mucho mejor mentirosa a aquellas alturas que su antigua mentora, sino que esta última a duras penas tenía nada que

ofrecer, salvo la información que le dio sobre su enemigo.

Arvein la rescató de un vertedero, la equipó mucho mejor de lo que habría podido soñar, y la lanzó contra ellos. Lo interesante no era eso, que ya se lo olían, sino la otra parte que Dreston desconocía. Se le ocurrían varias teorías al respecto, y ninguna le venía bien. Iba a tener que cambiar una parte importante de su plan. Sabía que nunca convencería a Trevor para huir dejando a los otros tres atrás. En cuanto a Teresa, quizás pudiera utilizar su miedo para persuadirla. Temía a Lydia más que a nada en el universo, y si le contaba lo que sabía…

Oyó un ruido tras ella, según atravesaba la puerta del salón que daba a la escalera de acceso a la cubierta inferior. Era el inconfundible sonido de un soplete de fusión. Cuando vio que el metal empezaba a calentarse, abrió la puerta del pasillo y la cerró tras de sí. ¡Mierda! ¡Iban mucho más rápidos de lo que esperaba!

Se agachó junto al marco, y tiró con precaución de un hilo prácticamente invisible para que cruzara el umbral. No le hacía ninguna gracia recurrir a algo tan drástico, pero no tenía nada claro que fuera a darle tiempo a poder sacar a su compañera de la cama, hacerla bajar una escalera, recorrer un pasillo, subir la subcubierta de ingeniería, y llegar a la cabina. Así que no le quedaba más remedio que improvisar con lo que tuviera a mano, y rezar para que su plan de emergencia funcionara. Era una suerte que hubiera preparado aquello.

Quizás había elegido el *metacaballo* perdedor.

Levantándose, abrió la tapa de mantenimiento que desatornilló nada más aterrizar y arrancó varios cables de un tirón. Con eso, el sistema de apertura automática se quedaría sin energía y sería imposible que pasaran. Tampoco podrían salir, pero eso no importaba. Solo eran ocho, y con las bajas que les quedaban por sufrir, sería complicado que llegaran a atravesar sus defensas. Excepto si llevaban granadas de gas, claro. Si eso último sucedía, tendría que aceptar que estaban jodidas.

Apretó el paso, entrando en la enfermería como una exhalación. Se encontró a Teresa apuntándola con un arma. El pulso tembloroso de la primera oficial le reveló enseguida que no podría contar con ella para el inminente enfrentamiento. Solo le quedaba un remedio, y era la opción más arriesgada de todas.

Su rostro traslucía sospecha. Sabía perfectamente que su compañera, como buena tahúr que era, siempre tuvo sus dudas sobre lo sucedido en *Triunvirato*. Hacía ver que le caía bien, pero en el fondo no se fiaba ni un pelo de ella. Tendría que contarle un fragmento de la verdad. La parte… desagradable.

—¿Qué ha pasado?

—Que nos han traicionado.

—¿Dónde está Pierce?

—A salvo. Lo he noqueado por su propio bien. Estaba a punto de disparar a dos enemigos, y un francotirador lo tenía en la mira. Así que he sacado provecho de la ineptitud imperante y se la he liado a los malos.

Su interlocutora entrecerró los ojos. No, nada de retrasos derivados de las sospechas. Necesitaba convencerla deprisa y salir de ahí antes de que las mataran. No había sobrevivido tantos años para dejar que unas cuantas dudas de una tonta atrapada en el pasado le costaran la vida.

—He estado haciendo un doble juego. Algo no me olía bien desde el principio, así que llamé a tus ex compañeras de trabajo para ofrecerle mis servicios traicionandoos.

—¡¿Que hiciste qué?!

—Te lo acabo de decir. Cualquiera sin miopía social se daría cuenta de que a tu ex la contrató Arvein. Kiara ha preferido, por razones que se me escapan, mirar a otro lado porque se fía de tu chica. Yo he ido un paso más allá. Me ofrecí a venderos para tender una trampa muy poco sutil. Gracias a eso, los he pescado en mi red. He dejado inconsciente a Pierce antes de que le volaran la cabeza, salvándole la vida. Luego, he metido a cuatro mercenarios en la nave y me los he cargado. Solo quedan ocho.

Teresa bajó el arma. Ya no veía dudas en su rostro, únicamente un profundo asombro. Fourier estaba segura de que no la creía capaz de una mínima habilidad de combate. Era una suerte que ninguno de sus compañeros se pudiera imaginar lo increíblemente mortífera que podía llegar a ser si se lo proponía.

—Tenemos poco tiempo.

Se acercó a la cama, y destapándola, la ayudó a ponerse en pie. Por suerte para los planes de Alessa, estaba débil, pero podía caminar. Ahora tendría que llevársela hasta las cápsulas de salvamento. Se atarían y saltarían despedidas hacia la pista. Solo con la impulsión básica del desacople, se llevarían un porrazo tremendo sin llegar a matarse. Lo calculó y era físicamente posible. Eso, claro estaba, les daría solo unos pocos minutos más antes de que los otros cabrones entendieran lo sucedido y se les volvieran a echar encima. Tendrían que robar otro de esos vehículos de mantenimiento y rezar para llegar hasta Dreston y los demás. Eso, claro, suponiendo que siguieran con vida.

En el peor de los casos, tendrían que despistar a sus perseguidores y recuperar la nave. Trevor estaría bien escondido en el armarito hasta que regresaran. Sin haberla visto meterlo ahí, jamás lo encontrarían. Excepto, claro, si el muy idiota hacía ruido.

—Espera, espera… ¿Y qué pasa con el plan?

—¿Cuál? ¿El de tu novia? ¿Me estás vacilando?

Fourier gimió cuando la primera oficial volcó su peso al pasarle la mano por encima de sus hombros. Se apoyó en la lanza tesla para evitar que lo peor recayera en su columna.

—¿Qué te pasa con Eli?

—Yo si fuera tú empezaría a dejar de hacerme ilusiones con ella, porque me da en la nariz que es quien nos ha echado a los pies de los *metacaballos*, mona. Contábamos con sus agentes y con la tripulación de los otros corsarios para que nos echaran una manita. Vale, pues tengo malas noticias.

Teresa se soltó en mitad de la habitación, sosteniéndose por sus propios medios contra todo pronóstico. Estaba entre pálida y cabreada, una combinación muy extraña que no le conocía.

—¿Qué ha pasado?

Resopló. Perdían un tiempo precioso. Se estaba tomando demasiadas molestias por llevársela, de no haber sido una completa inútil manejando naves espaciales, la habría dejado ahí tirada para que la torturasen. Al final las iban a pillar in fraganti por su culpa. Sacó la placa que le quitó al soldadito del cuello de uno de sus bolsillos y la dejó colgando de los dedos ante su compañera,

para que Teresa pudiera verla.

—Uno de los capullos que he matado es un puñetero agente del cuerpo especial al que pertenece Swarley. Y teniendo en cuenta que la otra tripulación que ella ha contratado es la de Lydia, ¿qué tengo que pensar? ¿Qué está de nuestra parte? ¡Suma dos y dos de una vez, joder!

Teresa colapsó. Le temblaron las piernas, para luego fallarle y dejarla caer al suelo. Se le escapó la pistola también, a pesar de que había sido capaz de sostenerla hasta ese momento. ¡¡Maldita blanda, las iban a atrapar!!

—¡¡Levanta!! ¡¡Tenemos que salir de aquí antes de que sea demasiado tarde!!

La dura corsaria, primera oficial de Kiara Dreston, no podía moverse. Había sufrido disparos, palizas, un atropello, maltrato físico y psicológico para aburrir. Sin embargo, aquello era demasiado. Era algo tan horrible, tan inesperado y dramático, que ni siquiera podía moverse. Solo dejar que las lágrimas corrieran por su rostro.

—No… no puede ser…

—¡¡Levanta!! ¡¡Tienes que levantarte y salir de aquí para vengart…!!

De repente, hubo una explosión en el pasillo que hizo temblar las luces. Entró humo por debajo de la puerta y se oyeron gritos de ira y el reconocible lamento de los heridos. La trampa de Alessa se activó cuando los enemigos atravesaron la puerta que conectaba el salón con el pasillo, detonando una granada de metralla que convirtió la estancia en un cruce mortífero de esquirlas que rebotaron contra paredes y techo. Aquel artefacto lo cebó la propia Fourier para una ocasión especial, transformando el núcleo explosivo en un auténtico horror capaz de convertir a los mercenarios y las corsarias en un guiñapo sanguinolento.

—¡¡Serás boba!! ¡¡Demasiado tarde!!

Alessa cruzó la estancia en dos zancadas, abrió el panel de mantenimiento en un abrir y cerrar de ojos y saboteó la puerta para que no pudiera abrirse. Con mucha, mucha suerte, el tipo del soplete de fusión habría saltado por los aires y tardarían en poder abrir. Rodeó la mesa de operaciones al lado de la entrada y barrió al suelo los objetos que había sobre el tablero grande que se usaba para colocar el material. Soltó los anclajes de gancho de las patas y arrastró el tablero hasta Teresa. La tomó bajo los brazos y se la llevó a la esquina sin que opusiera resistencia. Luego volvió a agarrar la mesa y la volcó delante de ella. Hizo lo propio con la silla, tratando de que ofreciera más protección para cuando les disparasen.

Ya a cubierto, sacó su juego de herramientas, comprobó su arma de fuego y se puso a trabajar. Su única posibilidad sería desmontar el panel del fondo que comunicaba con el almacén de repuestos. Desde ahí podría flanquear a los capullos del pasillo mientras saboteaban la puerta y lanzarles con seguridad una segunda granada que los mandaría al infierno. Malo sería que no se cargara a otros tres o cuatro, equilibrando la balanza lo suficiente como para tener alguna oportunidad de ganar. ¡Si aquella idiota no se hubiera…!

—Venimos a por ti-iiiiiii…

Teresa se echó a temblar al oír la voz al otro lado de la puerta. Reconocía a Meritxell, la mano derecha de Lydia. Experta torturadora y psicópata sin miramientos, era una mujer cruel y retorcida. No era tan sutil como su capitana, sino más bien un arma contundente que te golpeaba en la cabeza hasta reventártela.

El soplete de fusión empezó a cortar la puerta de la enfermería. Alessa juró por lo bajo,

cabreada porque nada le estuviera saliendo bien. En circunstancias normales le habría dado la granada a su compañera mientras ella quitaba el panel de la pared. Sin embargo, estaba tan mentalmente noqueada que la tiraría dentro de su propio parapeto pensando que lo hacía bien. Quitó once remaches en cuestión de cuarenta segundos, hasta que el último se atascó. No podía sacar la placa. Intentó doblarla sin éxito.

La puerta cayó con un estampido, y la científica no tuvo más remedio que abandonar su vía de escape y recoger su arma del suelo para colocarse en el parapeto. Se había terminado la partida. Tantos años de mentiras, de dobles juegos y de traiciones, para acabar de una manera tan estúpida. ¡¡Joder!!

—¡¡Venimos a por ti-iiiii!! ¡¡Vamos a jugar contigo igual que jugamos con Ma-yaaaaaa!! ¡¡Tanto nosotras como los mercenarios del je-feeee!!

—¡¡Por encima de mi cadáver!! ¡¡Lo de la granada se va a quedar en una broma de colegio comparado con lo que os tengo preparado!! —aulló Alessa—. ¡¡Pasa a comprobarlo, si tienes ovarios!! ¡¡Esto no es la enfermería, sino mi sala de torturas personal!!

Las luces se apagaron de golpe. Claro, debía habérselo imaginado. Aquellos cabrones tenían gafas de visión nocturna, pero no imaginaban que su gorro…

De repente se oyó un alarido en el pasillo, seguido de un sonido húmedo. Después hubo otro, y las armas empezaron a ladrar. Los gritos de burla del corredor dieron paso a otros de terror. Alguien exigió que se encendieran las luces con una orden que mezclaba autoridad y desesperación. Se escuchó cómo crujían varios huesos, más disparos, un gorgoteo. Luego se oyeron pasos que se alejaban, una voz que suplicaba que no la dejaran atrás.

Los sonidos húmedos continuaron unos instantes más, mientras ambas se agazapaban la una contra la otra en plena oscuridad. No tenían ni la más remota idea de lo que sucedía. George, que era el único capaz de hacer algo como lo que acababan de oír, estaba lejos de la nave. Fuera lo que fuese, había masacrado a sus enemigos. Lo malo era que nadie les aseguraba que ellas no se convertirían en sus siguientes víctimas.

A lo lejos se oyeron algunos disparos más y otro grito. Se quedaron quietas, inmóviles en la oscuridad, aferradas a sus armas. Afuera no se oía nada. Sobraba decir que, pese a ser dos mujeres increíblemente duras, estaban muertas de miedo. La idea de que un espíritu amargado hubiera tomado forma en la oscuridad y estuviese destripando a sus enemigos se volvió tan sólida como la negrura que las rodeaba. Después de todo, su nave ya era vieja cuando la restauraron, y encima estaba el asunto de los inocentes que asesinó Matías en la bodega.

No era la primera vez que se enfrentaban a algo sobrenatural, era un monotema que parecía perseguirlas allá a donde fueran. Alessa se atrevió finalmente a hablar en un tono de susurro. Estaba tan asustada que ni recordó su propia visión nocturna.

—Fuera lo que fuese, se ha ido. El último superviviente lo ha alejado de aquí.

—¿Qué… qué crees que es?

—Fantasmas, el hombre lobo, un xeno tentacular salido… ¿Qué más da, mientras no venga a por nosotras? ¿Puedes moverte?

—Sí. Espero que sí.

—Vale. En pie. Encenderé la lanza y buscaremos una linterna. Yo podría ver, pero necesito tu ayuda. Agarra tu pistola, y procura no darme a mí.

—De acuerdo.

Se levantaron despacio, apoyándose en la mesa, que emitió un quejido perturbador en mitad del pesado silencio. En cuanto consiguieron erguirse, Fourier pulsó el botón de encendido de su arma. La punta chisporroteó con luz blanca mientras la electricidad la recorría. Primero quedaron deslumbradas, para luego comprobar que una figura ensangrentada las miraba desde el otro lado de la mesa de operaciones.

Una niña con el pelo lacio y oscuro cayéndole sobre la cara aguardaba con las manos en los costados. Tenía los mechones pringosos pegados a la piel debido a los chorretones de sangre, que también empapaba su vestido con lunares multicolores. Había perdido un zapato, y su pie desnudo iba dejando huellas rojas allá por donde iba pasando. Los brazos estaban embadurnados de fluidos vitales hasta los codos, e iban soltando pesadas y espesas gotas. Alessa se asustó tantísimo al ver aquella criatura que gritó y le disparó sin más.

La pequeña, de unos nueve o diez años, absorbió el impacto en el hombro prácticamente sin pestañear. Se escoró ligeramente hacia atrás, y luego regresó a su postura inicial. En cuanto observaron un poco más, se percataron de que no solo tenía un agujero de bala, sino docenas de ellos repartidos por su pequeño cuerpo. Para su horror, empezaron a temer que esa criatura fuera quien había asesinado brutalmente a sus enemigos. La primera oficial, que apenas se tenía en pie por sí misma, habló prácticamente por inercia.

—No me la imaginé. No es un fantasma. Es real.

—Os ruego que no me disparéis más. Ya me han dañado bastante, y estoy de vuestro lado.

—Ah, que habla. Genial. Tu locura es contagiosa.

—Perdonad el susto, estaba corriendo un diagnóstico de integridad mientras decidíais si salir de vuestro escondite. Hola. Soy Teresa. Una SVH de Kenick Von Arvein, programada con mejoras de asesinato ilegales. He sido reconfigurada por la agente Elisabeth Swarley y —La niña emitió una voz masculina que decía la palabra *censurado*—. Para ayudaros contra mi creador. No os preocupéis, haré todo lo posible por protegeros.

Alessa se sentía más confusa que nunca. Estaba segura, segurísima de la traición de la agente Swarley. ¡¿Qué narices significaba aquello, entonces?! ¡¿Cómo era posible que esa cosa se hubiera cargado a varios mercenarios y a las *metalobas* de Lydia sin sufrir nada más que unos pocos agujeros?!

La niña miró con disgusto uno de sus brazos, que había recibido más impactos de lo recomendable. La piel sintética colgaba desprendida tras liberar los contenedores de sangre falsa que imitaban una herida convencional. La replicante suspiró, casi anticipándose al desagrado de Fourier.

—Que no os perturbe mi existencia. Mi núcleo central contiene tecnología altamente avanzada. Fue incautada por —*Censurado*, de nuevo—. Y ahora que he sido descubierta por la administración confederada, es cuestión de tiempo que sea decomisada.

—Imagino, trasto listo, que sabes qué te voy a preguntar a continuación.

—Afirmativo. Lamento informaros de que no conocíais parte del plan. La agente Swarley me ha pedido que os transmita sus más sinceras disculpas por adelantado. No está a cargo de la operación o, al menos, no por completo. Aunque no dispongo de sentimientos reales, sino de un sistema de simulación bastante complejo, imagino que estaréis considerablemente molestas.

Además, puedo inferir que la pregunta se relaciona con una evidente falta de confianza.

—Ya has respondido. Bien hilado.

—Gracias. Os ruego que valoréis que, si pretendiera mataros, lo habría hecho mientras estabais escondidas en la oscuridad. Mi objetivo existencial primario es protegeros a toda costa a vosotras y al resto de vuestra tripulación mientras capturáis a mi creador. El objetivo secundario es destruir cualquier SVH ilegal que encuentre en mi camino. El terciario, detener a los agentes corruptos que podamos encontrar. En caso de conflicto, la directiva principal se prioriza sobre las demás. Como acaba de suceder.

—¿Tratamos con corruptos? —Alessa se volvió a su compañera—. Sorpresa para nadie. ¿Cuándo no?

—Pero si la traidora no es Eli… —Teresa se apoyó en la pared—. ¿Quién narices es el jefe de estos agentes que Arvein tiene de su parte?

—La respuesta es trivial y la contestaré de camino al siguiente punto de la ruta. Tenemos que salvar al resto de vuestra tripulación o mi misión vital fracasará. Quizás queráis visitar el arsenal y despertar al señor Trevor antes de continuar.

La niña sintética sonrió. A pesar de que era una mueca dulce, a las dos corsarias les resultó escalofriante. Aquella cosa, un simulacro de vida humana, parecía ahora una aparición propia de las películas de terror.



De verdad que no deberías contarnos tu malvado plan

Estaban rodeados. Los mercenarios les apuntaban desde las posiciones elevadas y también desde el suelo, tenían tan poco margen de maniobra que cualquiera se habría entregado a la desesperación. La trampa estaba muy bien tejida, no daba pie a una forma sencilla de escapar. Sin embargo, y para consternación de su enemigo, Dreston sonrió.

—Vale, nos ha pillado. Entiendo que somos difíciles de localizar, Arv. Sin embargo, ¿no le resulta un poco desproporcionado enseñarnos su guarida, mostrarnos a sus hombres y dejarnos ver sus cartas? ¿Y si lo estamos retransmitiendo?

El genio se rio. Seguramente conocía cada frecuencia y forma de comunicación existente en su fortaleza de mierda, que no era más que una pústula en la piel enferma de un planeta moribundo. Se tenía tan endiosado a sí mismo que no se paraba a pensar en lo miserable que sería su existencia en aquel lugar. Sus esbirros, hartos, acabarían abandonándolo antes de suicidarse como los pobres infelices que trabajaban en ese tipo de fundiciones cuando los automatismos se consideraban innecesarios.

—Aún no ha visto lo mejor, señora Dreston. Voy a saltarme la parte en la que le describo cómo mis secuaces destrozarán poco a poco a sus seres queridos ante usted. No me entretendré en detallarle que luego la torturarán hasta límites de sufrimiento indescriptibles, porque resulta axiomático. Lo que sí le diré es que la estabilizaré para meterla en un reino virtual donde yo mismo arrancaré su alma, como broche final. Tiene gracia que se crea el ombligo del mundo. Incluso mi venganza contra sus acciones no es más que otro engranaje en mi glorioso ascenso a un trono de emperador.

Vaya. Tuvo que confesar que, aunque se esperaba casi todas las amenazas, lo último la desconcertó. Estaba incluso más lleno de sí mismo de lo que se atrevió a imaginar. La verdad era que… ¡¿Pero qué demonios?!

A Kiara se le agrietó la máscara de póker cuando los mercenarios empezaron a sacar de sus uniformes unas placas de identificación al ritmo de las palmas de Kenick. Se le abrieron los ojos y sus labios se despegaron. Reconocía el diseño, lo veía cada vez que Eli bajaba al desayuno tras dormir en el *Pétalo Danzarín*, sobre la camiseta. ¡Aquellos matados eran agentes del mismo cuerpo que ella! ¡¿Cómo era posible?!

Solo encontró una explicación. Poe, ese Poe robótico, trató de advertirla de verdad de que iban a traicionarla. Eso abría un abanico de preguntas demasiado enorme como para poder abarcarlo. De momento, lo único que tenía claro era que necesitaba estrangular a Swarley con la mayor prontitud posible por apuñalarla por la espalda. Joder. Como la otra tripulación corsaria no viniera a echarles una mano pronto, estaban acabados.

El flash de una foto la sacó de sus pensamientos.

—Eso está mejor. Ahora un pelín más de desconcierto, si es posible. Sé que contaba con refuerzos de su gremio.

—Visto esto, no podrá sorprenderme.

—¿Ah no? ¿Conoce a la capitana Nalletat?

Una figura abandonó las sombras, embozada en una capa amplia con capucha. No lo creyó posible hasta que la voz emergió de la oscuridad de su atuendo. Era inconfundible, la tuvo que

soportar durante horas en el litigio de la Central de Patentes de Corso. ¡Lydia era la otra corsaria, y sus *metalobas*, la tripulación!

—Hola, gilipollas. Espero que te acuerdes de mí, porque te voy a grabar mi nombre con un cuchillo en cualquier sitio desagradable que se me ocurra. Empezando por la frente.

Notó algo raro en la forma de insultar de aquel otro demonio de tres al cuarto. Le sonó… distorsionada. Como si estuviera acatarrada, o enferma. Teniendo en cuenta que se le reconocía un grado moderado de discapacidad en la patente por *accidente laboral*, no le sorprendió. Su estado físico podía haber empeorado si llevaba unos días en aquella fundición.

No. Mierda, que no. Tenía que centrarse, no fijarse en detalles nimios. Se le estaba poniendo todo de cara. No era que no pudiera contar con los corsarios o los agentes, sino que estos se habían cambiado de bando. A la vez. Era su tripulación contra el pequeño ejército privado de Arvein. El flash volvió a aparecer. Sus muertos. No era solo una forma de reírse de ella, ese cabronazo estaba usando aquel truco sucio para hacerle perder su activo más primordial: la concentración.

—Eso está mejor. Mucho mejor. Desesperación, miedo, ansiedad. La rata buscando la salida de un laberinto que no la tiene. Muy bien, número final. Traedla.

Un toro mecánico se apeó de uno de los contenedores grandes llevando una caja cuadrada exactamente igual a la que ellos traían. La depositó en el suelo unos metros más atrás de la pasarela donde estaban tanto Arvein como el mercenario que le acompañaba. La máquina retiró los dientes de debajo con un chirrido y retrocedió a su posición inicial. Su conductor, otro secuaz, corrió de vuelta en medio de un atronador silencio hasta colocarse al lado de la tapa.

Kenick le hizo un gesto de cabeza a su compinche, que debía ser un jefe, y este sacó un megáfono miniaturizado. Era un cacharro potente a pesar de su tamaño diminuto, porque al hablar al tipo se le oyó como si fuera un dios del inframundo. Por algún motivo, la voz le sonó familiar.

Se dirigió al gigante que sabían que se ocultaba en las sombras. Le conminaron a salir en tres minutos, o de lo contrario alguien se acercaría a cortarle una oreja al piloto. Eso le daría noventa segundos adicionales, y luego seguirían amputándole trozos hasta que se dejara ver. Terminada la amenaza, que a Will le puso la piel de gallina, el secuaz guardó el aparato.

—Bueno, bueno, qué caras más bonitas. Incluso con pasamontañas. —El cabrón de Kenick seguía haciéndoles fotos—. Para enmarcar. Me está encantando este nuevo pasatiempo.

—¿Y qué quiere que diga? ¿Que ha ganado?

—Sé que es obvio, pero tengo un poquito de ego. Así que si no le importa…

Había visto estaciones de defensa orbital y acorazados con un tamaño inferior a ese *poquito*.

—Está bien. Usted gana. De algún modo que se me escapa, ha comprado a Swarley y nos ha me…

La carcajada al unísono de su auditorio dejó su frase en el aire. Ah, sí. Ja, ja. Qué divertido resultaba que la gente que iba a hacerte papilla demostrara su superioridad. Había sido una boba y una mema. Lo que no entendía era cómo sus chicos se dejaron liar también. Lo de Teresa era obvio, y George era más inocente que un muñeco de jengibre. Lo de Pierce y Alessa no lo comprendía. A Trevor podía atribuírselo a una vendetta nada propia de él, por lo de *Simula3000*. O quizás le convenció su argumento de que necesitaban cargarse a Arvein antes de que se hiciese

más poderoso. Lo de Fourier no lo asimilaba. Salvo, claro estaba, que David hubiera llevado razón sobre ella y fuese una traidora. ¡¡Joder!! ¡Ya no sabía en quién confiar, salvo en Will, que se lo dejó bien claro!

—¿Puedo decir que te lo advertí?

Se fiaba de él más que nunca. Le faltó un latido para darle con la mano abierta en la cara. Por fortuna, la risotada terminó.

—Elisabeth Swarley es completamente incorruptible. Es una pena, porque era muy buena. A estas alturas ya estará muerta.

El secuaz de al lado de Arv se quitó el casco. Reconoció el rostro al instante, y las piezas encajaron de inmediato. ¡Pues claro, qué boba! ¡Era Pat Marcus, el jefe de Eli! ¡El muy hijo de perra se la jugó, seguramente a instancias de su compinche!

—¡Usted!

—Mire que le di la oportunidad, contra el criterio del señor Arvein. Le dije que se mantuviera alejada de ella, porque iba a acabar mal.

—No sé cómo funciona su cuerpo, pero me va a permitir deducir que usted es un corrupto y un traidor.

—Vaya, sus habilidades detectivescas son encomiables. Quizás debió pasarme su currículum. La habríamos matado igual, pero le garantizo que su estrella anónima en el muro de los agentes caídos estaría siempre reluciente.

El tono cáustico de aquellas palabras le reveló qué era lo que llevaba a aquel hombre a volverse contra los suyos. Se lo imaginó enseguida. Un rico salido de una familia acomodada que entró en un cuerpo de renombre para labrarse una reputación. O tal vez un patriota que quiso ayudar a la Confederación porque creía en ella. Se encontró un trabajo peligroso, mal pagado, con condiciones draconianas y que recompensaba la muerte con el anonimato. En pocas palabras, estaba hasta las narices de ser espía, o lo que quiera que fuera. Se habría metido en ese jaleo por la pasta, pero seguramente también para tener una forma de escapar de una disciplina que no admitiría disidentes.

Lo odiaba y a la vez lo compadecía. Quizás en su momento Pat Marcus fue un agente ejemplar, un hombre convencido por una causa a la que entregó todo. Hasta que ascendió y descubrió el inmenso pozo de mierda que era el sistema confederado. Seguramente los superiores indolentes y tiránicos le quemaron hasta el punto de arrojarlo a los brazos de un megalómano como Arvein.

—Ha elegido el *metacaballo* equivocado, Marcus. Usted y sus hombres la han cagado aliándose con el chiflado que tiene a su izquierda.

—Claro que sí, guapa. Kenick y yo podemos tener nuestras diferencias, pero su proyecto es una oportunidad. La oportunidad de purgar la Confederación desde dentro, de acabar con la chusma vomitiva que la parasita.

No podía creérselo. Debía de haberse metido en la cama con él para que le profesase semejante devoción. O eso, o su fe en el sistema que juró defender estaba tan rota que se agarraba al primer apóstata que le ofrecía venganza. Tenía gracia, la ORU enseñaba términos muy adecuados para definir a la gente, aunque estos fueran religiosos.

—¿En serio? ¿Cree que *ese* va a arreglar algo?

—En realidad, además de gobernar con puño de hierro, tengo muchas ideas buenas sobre como mejorar la humanidad. Verá, señora Dreston, he inventado algo asombroso. Las inteligencias artificiales, por definición, operan dentro de una sala de servidores. La complejidad de los cálculos obliga a desplegar torres enteras que conforman sus cerebros. De este modo las naves espaciales militares, las bases e incluso los centros científicos pueden tener asistentes omniscientes que ayudan enormemente a quienes los operan. Yo mismo contaba con uno que me filtraba la información, y costó una fortuna.

Ay. No. Por favor no. Que no le hubiera dado por crear a *Helios II*.

—La cuestión es que mi invento permite condensar ese hardware en un espacio finito, muy chiquitín. Lo he metido todo en el tamaño de una cabeza. En pocas palabras, he vuelto real el viejo concepto de ciencia ficción inventado hace centurias por Sir Isaac Asimov. He construido el primer cerebro positrónico para un androide.

Lanzó un holograma al aire, y Kiara palideció. Adiós. Eso sí que era algo que jamás habría esperado de su enemigo. Una de las pocas, poquísimas variables que creía tener controladas sobre él. Le subió una carcajada indescriptible desde las entrañas, y explotó en una enorme risotada que dejó en ridículo a la que emitieron antes sus enemigos. Will, y en realidad todo el mundo, la miró como si estuviera loca. Quizás lo estaba, aunque iba a morir. Así que… ¿Qué más daba?

—Absolutamente maravilloso, Arv. Divino, sublime.

—¿De qué se ríe? —Contestó el aludido, con tono glacial—. ¿De su ignorancia?

—Tío, es que tengo una memoria cojonuda para recordar las cosas perturbadoras, y esto ya lo he visto antes. Cuando mi ex le voló la cabeza a un androide muchísimo más avanzado que sus SVHs. Es que me resulta graciosísimo… ¡¡jamás pensé que usted fuese un farsante!! ¡¡Nos ha engañado a todos, incluidos sus secuaces!! ¡¡Ha robado eso, es tecnología militar proscrita de la Flota Cruzada!!

La mitad de los corruptos bajaron la mira de las armas y se volvieron hacia el jefe. Incluso Marcus. No hacía falta ser muy listo como para adivinar que sentían una hondísima decepción, y un considerable malestar. Iba a tener que explicarse muy deprisa o, de lo contrario, ahí estaría su oportunidad de escapar. Esperó que fuera lento. No hubo suerte.

—Lo que llegó a mis manos era un amasijo de circuitos —Por la voz furibunda, supo que había dado en el clavo—. Avanzados, sí. Pero nada funcional. Nada terminado. Solo un callejón sin salida dejado a medias por un científico inferior.

—Y una mierda. Le llevaron el cerebro de algo que yo he visto funcionar. Un avatar, un robot construido por el que es probablemente el mayor peligro para la humanidad. —No iba a soltar allí mismo lo que *realmente* sabía de los *Cosechadores*, por descontado—. Verá, a los Cruzados se les fue de las manos un proyecto de nave nodriza, *Helios*. Tomó consciencia de sí misma, asesinó a no-recuerdo-cuánta-gente y huyó. Lleva liándola por el cosmos desde entonces, creando cultos cibernéticos para dominar a la humanidad. Está convencida de que es nuestro dios, con derecho a gobernarnos mediante implantes invasivos. A mi ex le colocaron uno y mi tío se lo arrancó, junto a un ojo. Ese trasto que tiene en su poder, pertenece a uno de los cuerpos más avanzados que otorga a sus más fervientes servidores, una vez que los transforma en máquinas por completo. Lo llama… *integrar*. Aunque el término correcto debería ser *esclavizar*, porque

absorbe las mentes de los incautos que fusiona consigo mismo.

Hubo un silencio sepulcral que permitía oír incluso los trabajos automáticos que había fuera. Al menos hasta que, un minuto después, Marcus lo rompió.

—¿Quién le ha contado eso?

—Nadie. Le digo que lo he visto. Un Cruzado de las Estrellas ancestral de más de ochocientos años de edad se reencarnó en el cuerpo de uno de esos androides ante mis narices. Mi ex lo mató. Y regresó. Varias veces. Tuvimos que huir, y la estúpida máquina salió tras nosotros. Es así como perdí a mi padre y al resto de mi familia. Al *Brujo* le hicieron un implante cerebral contra su voluntad, y esa cosa le sobrescribió la mente, obligándole a matar a su propio hermano y a mi amiga Calíope. Imagino que no les interesa mi drama, pero… ¿De verdad se han puesto a jugar con tecnología de una IA fuera de control cuyo cuerpo es una nave nodriza cruzada de *veinticinco kilómetros* de eslora sin saber lo que es?

—¿Qué puede salir mal? —Will se quitó el pasamontañas, puso rostro afable y se encogió de hombros—. Kiara, somos unos pardillos. Nos han cazado los tipos más estúpidos de la Confederación. A estos ni siquiera los ha subvertido *Helios*, están desfilando solitos hacia la boca del lobo.

Arv explotó.

—¡Miente!

—Maté un tío escorpión gigante en una zona industrial abandonada de Fortuny. Creo que cualquier pandillera del planeta podrá confirmarlo. La hazaña se volvió muy popular.

—¡¡Miente!!

—Nos persiguieron un montón de ciber-zombis basados en esa tecnología, en la estación espacial de *Triunvirato*. Usaban a los muertos como repuestos. Los supervivientes de la estación…

—¡¡Que miente!!

—Ay, qué carácter. Lo de los cíborgs e IAs fuera de control empieza a ser muy cargante. ¿No tiene algo un poco más original? ¡Yo que sé, unos mutantes con superpoderes!

Funcionó. Aunque no les engañó, era exactamente la misma jugarreta que David empleó con la *Sombra de Héctor*. Desconcertarlos atacando una verdad absoluta en la que creían, para luego demoler su lógica con un argumento incontestable. Pensó fugazmente en Hussman y, a pesar de todo, le dio las gracias por la idea esperando que llegaran al más allá. Su plan funcionó a medias.

Arvein siguió colorado, consumido por la ira que le provocaba que le llamara fraude delante de sus compinches. No eran bobos, se cagaron en el cuerpo del que venían para seguirle. Si resultaba que lo que ella decía era verdad, no era solo que estuvieran perdidos, sino que encima podían acabar desencadenando algo horroroso que afectaría a toda la humanidad. Incluidas sus familias, amigos y demás seres queridos.

Pat Marcus se alejó unos pasos de su jefe.

—Destrúyelos.

Kenick se volvió hacia él con una mirada asesina. El corrupto tiró de la correa de su fusil de asalto, agarrando la empuñadura. Apuntaba al suelo, pero eso dejaba claro que ya no se fiaba ni lo más mínimo de él. Alguien así era inestable, le habrían hecho tantísimo daño que la duda más

insignificante hacía temblar los cimientos de lo que hubiera empezado a creer.

—¿Cómo dices?

El tono fue condescendiente, pueril. La voz le salió aflautada al genio, que arqueaba las cejas en un rictus ridículo. Fue como ver a un padre déspota girarse hacia un niño pequeño que acaba de hacer una trastada imperdonable.

—Es demasiado peligroso, Kenick. Tienes que destruirlos. Los dos ejemplares.

—Así que fías de… veamos… je… mi más odiada enemiga antes que de mí. ¿No?

—No es eso —El rostro de Marcus traslucía preocupación, no enfado ni desde luego amargura—. Lo que dice es verdad. Está en su ficha. Me encargaste que la investigara, y lo hice a través de varios de mis hombres. Hay agujeros en lo que sé realmente de ella, pero esto los explicaría. ¿Y si te engañaron? ¿Y si te dieron restos de un androide peligroso que robaron a esa nave asesina, en lugar de un proyecto propio?

Arvein sonrió, mirando al cielo de *supracero*. Se colocó las gafas con su gesto del dedo corazón, y escupió al suelo.

—Es eso. Claro. Me engañaron. A mí.

—Piénsalo. Podemos completar tu plan con los SVHs normales. Solo será un poco más de trabajo. Si desplegamos los que llevan tu cerebro positrónico, ¿quién nos asegura que ese dios-máquina no pueda controlarlos luego? ¿Y si se vuelven contra nosotros?

Vale. Aunque Dreston no sabía qué maquiavélico plan tenía Arvein entre manos, empezaba a estar segura de varias cosas. La primera, que Marcus estaba en peligro en aquel instante. La segunda, que tenía mucha más sesera que su jefe. La tercera, que el genio loco no iba a darse cuenta del pozo de mierda en el que estaba entrando hasta que fuera demasiado tarde. Decidió esperar antes de jugar sus cartas. Con mucha suerte, Pat le resolvería la situación.

—Vamos. Estamos juntos en esto. Te aprecio, te han jodido igual que a nosotros. Podemos hacerlo. No necesitamos el camino fácil.

—Ni siquiera entiendes lo que significa mi invento.

—No me preocuparía lo más mínimo si fuera tuyo.

—¡¡Es genuinamente mío!!

—¡¡No lo sabes!! ¡¡Puede matarte, acabar con todos nosotros!!

Los agentes que habían bajado las armas se miraban entre sí, cada vez más alarmados. Los sorprendentes eran los otros, que se movían entre poco y nada, como si la cosa no fuera con ellos. Dreston empezó a darse cuenta de que, muy a su pesar, se trataba de SVHs y no de humanos auténticos.

—Poseo la llave de la inmortalidad. Eso es lo que he creado.

—¿Cómo dices?

—El cerebro es eléctrico. Está hecho de señales, impulsos y química. Los antiguos supersticiosos hablaban de que tenemos alma, cuando en realidad lo que somos es un programa de ordenador cargado en un *hardware* orgánico. La mente es un *software* evolutivo basado en la experiencia. Por tanto, si transferimos ese programa en tiempo de ejecución a un nuevo soporte, por pura escalabilidad vertical tendremos el mismo sistema. O, en términos más sencillos,

seremos imperecederos.

Marcus, Dreston, Will y la mitad de los corruptos estaban completamente atónitos. Sí. Ese colgado acababa de decir lo que acababa de decir. Y ninguno sabía cómo reaccionar. Especialmente el capitán. El gilipollas de Arv concluía lo mismo que Héctor. No podía esperar a contarle lo bien que terminó su aventura de ochocientos… ¿o eran novecientos? años.

—¿Me estás diciendo que tu plan consiste en perfeccionar esa cosa tuya y cargar tu consciencia a un androide?

—Así es. En algo indistinguible de nuestros yos actuales. Mejorados. Eternos.

—¿Sabes lo desquiciado que suena eso, Kenick? ¿Especialmente después de encajar la pieza que faltaba en mi rompecabezas? ¡¿La del peligro mortal con forma de nave gigante?!

—Es un no, imagino.

—¡¡Es el no más grande que te han metido jamás por el culo, tío!! —Marcus levantó el arma —. ¡¡Destrúyelo, y volvamos al camino de la cordura de una vez!!

—¿Lydia? —Preguntó el genio loco, elevando el tono.

—Yo sigo dentro —La voz de la aludida seguía sonando muy rara—. La oferta es mejor que la oferta.

—Bien. O. Treinta y tres.

—¿Qué?

De forma instantánea, el mercenario encargado de la caja quitó los cierres de seguridad y tiró de la tapa. Otro hizo lo mismo con el contenedor que llevaron ellos. El vaho helado emergió como una bocanada en pleno invierno, y el ocupante del sarcófago salió de una sola zancada abriendo unos ojos con las pestañas llenas de escarcha.

—O. Sesenta y seis. V, Marcus G. I, Lydia G.

—¿Qué quiere dec…?

Tras la segunda frase, que estaba claro que era una orden codificada de alguna clase, se desató una tormenta fulminante e inesperada. Los corruptos que no se alteraron originalmente se volvieron hacia sus desprevenidos compañeros, descargando una salva de proyectiles letales milimétricamente calculados. Cayeron fulminados, unos muertos y los otros agonizando, ante la perplejidad de Marcus. El capitán murmuró algo entre dientes, probablemente un insulto, llevándose el arma a la cara para ejecutar al cabronazo de Arv. Debía estar barruntando lo estúpido que había sido fiándose de él, incluso después de que Dreston le hubiera avisado lo que iba a pasar más pronto que tarde.

Sin embargo, no le disparó. El SVH salido de la nevera que transportó Lydia saltó sobre su propio ataúd, y de ahí realizó una prodigiosa acrobacia que le llevó primero a agarrar las vigas metálicas con las manos, luego las del otro lateral con los pies, para salir por encima de la barandilla justo a la izquierda del sorprendido capitán. El androide levantó el cañón del arma impidiendo que matara a su creador, y luego lo dobló como si fuera de cartulina hasta un ángulo imposible que impedía abrir fuego.

Marcus retrocedió de un salto, desenfundando una pistola a una velocidad increíble para alguien de su edad. Consiguió descerrajar tres tiros a la máquina, que ni se inmutó al encajarlos en el pecho y el vientre. Iba vestido con el mismo uniforme que sus propios hombres, un

polímero balístico que le evitó la mayor parte del daño. Qué demonios, si el tiro lo hubiera atravesado de lado a lado se habría quedado igual.

Su oponente le arrancó al capitán el arma de una patada. Pat sacó un cuchillo antiblindaje que tenía envainado a la altura del pecho mientras esquivaba un directo que dobló la barandilla, y se lo metió a su contrincante entre las costillas. O eso creyó, porque lo que sacó fue media hoja partida, destrozada tras colisionar con lo que quiera que hubiera dentro del SVH.

A pesar de su valentía inicial, el corrupto no tenía nada que hacer. Esquivó dos veces a la increíblemente veloz máquina, y luego le lanzó un derechazo asombroso al pecho. Kiara estaba segura de que a ella la hubiera mandado al hospital con ese golpe. Sin embargo, pegar a un robot hecho de metal es en el cien por cien de los casos un plan nefasto. Marcus gritó de dolor tocándose la mano, momento en que su contrincante aprovechó para romperle la nariz con un movimiento ligero. Cuando se agachó, sangrando, le agarró de un brazo y una pierna y lo arrojó hacia Arv. El genio loco lo miraba divertido mientras se retorcía en el suelo. Finalmente, el SVH agarró a Pat del cuello y lo sacó de la pasarela arrancando la barandilla con el golpe. Dejó de patalear tras romperse la columna. El pobre desgraciado se aferró a la muñeca de la máquina, tratando de respirar. Y entonces, Dreston lo vio.

¡El SVH era una réplica del propio Marcus, completamente indistinguible del original excepto por el gesto imperturbable!

—Ay. ¿Ves? —El cabrón de Kenick le hizo una foto a su ahora antiguo compinche—. Por eso he ido sustituyendo a tus hombres a tus espaldas. Broma no intencionada. Me temo que la especie humana, salvo honrosas excepciones como Lydia y sus chicas, no es de fiar.

Kiara estaba segura de que la ironía de esa frase había causado una supernova en alguna parte del universo.

—Veamos, que no me deje nada. Te agradezco el soporte militar, logístico y de inteligencia. Los ratos de charla agradables, tu entusiasmo, tu profesionalidad, tu fanatismo ciego… que me pusieras a Swarley a tiro para emboscarla, que la engañaras cambiando las credenciales de Lydia para que eligiera a la capitana equivocada… —Se llevó la mano al mentón, pensando—. Que lo ocultaras a asuntos internos, me dieras la localización de este sitio…

Hizo una pausa, murmurando.

—Ah sí. Y sobre todo que seas un pardillo. La capitana tiene razón. Soy un bicho muy malo.

—Que… te… jodan.

—O. Sesenta y seis. V, Marcus. I, Lydia G.

El androide le rompió el cuello al jefe de Eli y lo dejó caer al suelo ante Kiara y Will, que ni se movieron del sitio. Aquellas cosas eran mortíferas, muchísimo más de lo que Dreston le habría atribuido al aparentemente frágil robot de la *Sombra de Héctor*. Claro, David lo hizo polvo con el *Coracero*. Pero ellos eran simples mindundis confederados a pie y a su lado, esas máquinas parecían malditos dioses de la guerra.

Lydia aplaudió.

—Bravo. Muy impresionante. G significa que he elegido bien. ¿No?

—Grupo. Os excluyo a ti y a tus chicas del protocolo de asesinato.

—Se agradece. ¿Y por qué no han matado a estos dos?

—Mujer, es evidente. Hay un comando para cada cosa, las órdenes es mejor que sean granulares. Y, sobre todo, que respondan únicamente a mi voz.

—No pienses eso, jefe. Si me vas a dar un cuerpo nuevo con el que pueda seguir trincando chicas, me tienes comprada. Lo quiero de mujer. Uno escultural e infatigable.

—Tranquila, te daré el más buenorro que puedas diseñar. Lo otro lo decía por mis invitados. Habría sido divertido que lo intentaran, ¿no crees? —Volvió a mirar a Will con una maldad indescriptible—. ¿Tú no vas a escupir ni una bromita, payaso? ¿No te resulta irónico que la cagada original de tu tripulación sea la que ha llevado a tu nueva capitana y a tu padre a la muerte?

—Es que el chiste se cuenta solo —El joven Trevor se dio por vencido. Si los iban a matar, al menos se daría el gusto de contrariar a aquel imbécil—. El falso genio que roba inventos e ideas piensa que puede triunfar donde un villano más antiguo e inteligente que él fracasó. Vale. No es un chiste. Es triste. Y rima.

Arvein cambió su sonrisa de suficiencia a una cara de demudada ira. No soportaba que las personas tontas le consideraran un fraude, a él, que siempre había sido admirado y respetado por cuantos le rodeaban. Golpeó la barandilla con furia y se hizo daño. Eso lo cabreó todavía más. O lo pareció, al menos, hasta que se percató de algo.

—Un momento. ¿Dónde está la otra positrónica?

El SVH encargado miró dentro del sarcófago vacío, como si reparara por primera vez en el hecho determinante de que no salía nada de su interior. El genio tec se quedó completamente blanco, antes de gritar más alto que nunca.

—¡¿Dónde está?! ¡¿Qué habéis hecho con ella?! ¡¡Os arrancaré la piel a tiras mil veces en el simulador de realidad virtual hasta que confeséis dónde está!!

Dreston y el joven Trevor se miraron sin entender nada. Eso último se les escapaba a los dos. ¿La caja que les había endosado Swarley contenía un segundo androide? ¿O ella, que se creía sabedora de todo lo que iba a pasar, lo sacó para reducir la ventaja de Arv?

—Análisis estructural completo —anunció el falso agente—. Daños leves producidos por un enfrentamiento con armas de fuego. Se ha forzado la puerta desde dentro. Se infiere posible avería del SVH-P1 derivada de un mal trato del contenedor.

—Pues nada, otro mérito más para vuestra horrenda tortura. La amenaza sigue en pie. Hora de empezar a cortar orejas, dado que el gigante no ha aparecido.

Kiara necesitaba un plan, y deprisa. No tenía más refuerzos que George, puesto que Pierce y Alessa tendrían un montón de problemas propios si se encontraban en la misma situación. Esperó que fueran capaces de mantener a los enemigos a raya o, al menos, de ponerse a salvo. Solo le quedaba una carta que jugar.

—Imaginemos que usted no es un fraude. Que se vuelve inmortal y crea un ejército de SVHs. ¿Y luego qué? ¿Capturará la Confederación en una guerra apocalíptica que arrasará la mitad del espacio humano con sus androides? ¿Va a reinar sobre las cenizas de la civilización?

Su enemigo torció el gesto de asco. No, ese no era su objetivo. Era algo más elaborado, y necesitaba ganar tiempo haciendo que se lo contara. Se cruzó de brazos, preparando sus contramedidas de huida con el mayor disimulo posible. Esperó que funcionaran con los sintéticos igual que lo hacían contra los orgánicos pues, al menos a priori, los diseños de *Robomaestros*

imitaban los sentidos humanos para hacerse pasar por ellos.

—Qué pueril. Su nivel de manipulación es lamentable, no pienso revelar mi plan.

—Por temor… ¿A qué? ¿A que escapemos?

Arvein apretó los labios. En efecto, los tenía justo donde quería y no iban a ir a ninguna parte. Sus insultos le habían dolido mucho, sentía la necesidad casi patológica de demostrar a aquellos dos mentecatos que se equivocaban.

—Ha dicho que le gustaban los clichés. Va a contarnos su plan. El giro de guion viene cuando se sale con la suya y nos mata.

Kenick sonrió.

—Bien argumentado. Le seguiré el juego, a grandes rasgos. No tengo intención empezar ninguna guerra. Al menos, no una como su pobre mente inferior la entiende. Mis SVHs irán sustituyendo a personalidades clave. Fabricaré cada vez más, los haré ir escalando en la pirámide de poder, eliminando a cualquiera que sospeche. Hombres, mujeres o niños indistintamente. Cuando las piezas estén colocadas, lanzaré un ataque masivo a las instituciones de gobierno, contra todas, de forma simultánea para reemplazar a los peces gordos…

—…Y ellos mismos cambiarán el sistema siguiendo sus órdenes.

—No. *Yo* seré el sistema. Para entonces habré abandonado este patético cuerpo mortal y me convertiré en un semidios. Controlaré a cada familia de la Gran Cámara, a cada político del parlamento, a cada alto funcionario y a cada militar relevante. Nada se escapará a mi control.

Buf. Qué cargante. A todos los villanos les daba por lo mismo. Inmortalidad, megalomanía, alta tecnología. Joder, parecía que los sacaran de una plantilla de construcción estándar de malos. Y encima este se saltaba la parte de la cibernética y entraba directamente en las drogas duras de la transferencia de cuerpos. Pues iba a echarle por encima un jarro de agua tan fría como su corazón.

—Sabe que morirá. ¿No?

—A cada palabra se descubre más estúpida.

—El *señor sombra*, el cíborg que iba camino de un milenio de edad, me enseñó el concepto de continuismo existencial. No se engañe. Usted la palmará cuando su cuerpo muera. Su consciencia nunca es *transferida*, sino *copiada*. Por tanto, Kenick Von Arvein ya no existirá. Será la *Sombra de Arv* quien herede su trono. Si eso no fuera así, el viejo enemigo de mi ex lo habría hecho mucho antes. Saltó de cuerpo cuando le aplastaron la cabeza. ¿Qué sentido tenía si no preservar su cerebro normal en un tarro dentro de su cráneo indestructible?

Perfecto. Pareció contrariarlo, porque entró a su juego. Comenzó a rebatirle su argumento diciéndole que era una gilipollez y que debía leer más. Escupió que era una nadería teniendo en cuenta que él pensaba hacer una transferencia eléctrica y no de datos, y que se creía aquella bola porque era una doña nadie sin ningún tipo de formación.

Luego continuó describiéndole cómo funcionaba el proceso y por qué la obsoleta concepción que Héctor le contó no aplicaba a sus maquinaciones. Era una auténtica maravilla del autoengaño. Pero si tenía que fiarse de Arvein o del siniestro enemigo ancestral de David a la hora de entender lo sintético, el antiguo Cronista Supremo ganaba al tec por varios cuerpos mecánicos de ventaja.

Accionó la última espoleta y bajó las manos hasta cruzarlas sobre el ombligo con los hilos enganchados a los dedos índice. Ahora tenía que esperar a que George hiciera acto de presencia o a que la situación se volviera insostenible.

—Jefe, es un truco. —Maldita Lydia, siempre tenía que abrir la boca de hangar para acorazados—. Está ganando tiempo tratando de provocarle.

Arvein se detuvo en seco, interrumpiendo su paseo airado por la pasarela. Bajo los brazos, dejando de gesticular, y miró a su subalterna. Dreston pensó durante un momento que se la cargaría por insultarle. Pero no, absorbió sus palabras y se puso completamente rojo. La miraba a ella, no a la otra corsaria. Fue a dar algún tipo de orden. Joder, ¿Y George? Demasiado tarde, tenía que moverse.

—¡¡Ya!! ¡¡A tu B ambos!!

Deseando no quedarse sorda, cerró los párpados y dando menos de un segundo a Will para cubrirse los ojos y oídos, tiró de los hilos. De sus hombreras desproporcionadas se desprendieron dos plaquitas construidas por Pierce, y a continuación salieron disparadas tres granadas aturdidoras de cada una. Detonaron en el aire, creando una cacofonía de ruido y una madeja de luz tan horrorosa que cegaría a cualquiera que los mirase. Las máquinas quedaron deslumbradas, sus micrófonos externos saturados de sonido. Se comportaron, por suerte, como lo habrían hecho los humanos a los que emulaban.

En la pasarela, Arvein chilló y a punto estuvo de caer por el hueco de la barandilla que su SVH especial hizo al matar a Pat. El falso Marcus fue capaz de reaccionar a tiempo gracias a sus sensores superiores, y agarró al genio tec de la espalda antes de que se despeñara.

Terminado el fogonazo, Will pasó a la acción. Se desenganchó dos granadas de la parte trasera del cinturón, y las arrojó como pudo en la dirección de los androides que se interponían en su camino. Aunque el lanzamiento ya fue magnífico, los artefactos corrigieron su trayectoria al vuelo y se pegaron directamente sobre sus objetivos. Eran munición magnética, y estando al descubierto, su endoestructura de metal era lo único a lo que podían engancharse gracias a que el suelo estaba recubierto de material aislante contra el calor. Los SVHs saltaron por los aires mientras el piloto agarraba a Kiara para que corriera. Aunque veía, la capitana no era capaz de oír absolutamente nada y estaba muy aturdida. Menos mal que dejó caer las hombreras de atrezo.

Su objetivo era alcanzar una trampilla de mantenimiento que se encontraba veintiséis metros más allá, abrirla y bajar a los túneles que tenían debajo para intentar escapar. Minarían el acceso con dos cargas detectoras de movimiento que llevaban, esperando que no conocieran la salida que usarían. Su plan funcionó relativamente bien hasta que oyeron un estampido tras ellos y Will cayó de bruces.

Las piernas del piloto fueron rodeadas por un cable propulsado que le aprisionó de los tobillos hasta las rodillas. Al volverse, a Kiara se le abrió la boca de la impresión. Lydia les alcanzó a pesar de su trampa, y cazó a su piloto. A Dreston solo le dio tiempo a desenvainar la espada antes de que se les echara encima.

Lo que tenían delante era otro cíborg. Eso explicaba la voz sintética y rara que había estado escuchando. Arvein la había reconstruido para que le ayudara en su loco plan de ascender al poder. Sabía que la capitana asesina estaba muy enferma. Los piratas le hicieron un gigantesco destrozo físico tras meses de abuso y tortura, obligándola a cojear, a usar un respirador e incluso a emplear una prótesis que suplía media mano. No resultaba sorprendente que se hubiera

prestado voluntaria para que su nuevo patrón practicase sus conocimientos recientemente adquiridos con ella.

La corsaria llevaba una máscara integrada que podía ponerse o quitarse a voluntad. Su ojo dañado fue reemplazado por una placa con un sensor óptico multiespectro, sus manos por unas garras de *supracero*. Lo más perturbador eran sus piernas enfundadas hasta medio gemelo en una carcasa blindada, con los tobillos reemplazados por unos pistones que le permitían avanzar a grandes zancadas. Aunque no llegaba a tener el aspecto horroroso y deforme de otros seres *mecanizados*, resultaba obvio que la antaño seductora y atractiva mentora de Teresa también se había perdido en aquella locura. Su mirada era la de una perturbada.

Lanzó un ataque con sus uñas acabadas en punta al desvalido Will, aún derribado con la cuerda de caza que le salía del antebrazo, y Kiara a duras penas pudo bloquearla con la espada. Se produjo un desagradable chirrido de metal contra metal. Lydia tenía una fuerza descomunal, sus músculos también estaban potenciados de alguna forma.

—Buen bloqueo, vamos a ver cuántos más aguantas.

Joder. Casi no oía. Tuvo que gritar para escucharse a sí misma.

—¿Cómo se te ocurre hacerte esto? ¡Ahora eres un monstruo!

Dreston forzó un giro que permitió a su piloto rodar por el suelo y apartarse del camino de la cíborg. Esta falló el golpe, que arrancó un trozo del recubrimiento térmico, saltando hacia atrás para esquivar luego una estocada bien dirigida de la capitana.

Kiara apretó los dientes al comprobar que los sintéticos volvían a apuntarles como si nada hubiera pasado. Su momento estelar de huida se esfumó, aquella arpía debía tener algún tipo de sistema óptico que la hacía inmune al deslumbramiento y se recuperó lo suficientemente deprisa como para cortarles la retirada. Mierda, y mil veces mierda. Arvein acababa de volver a la plataforma, quejumbroso. Y a ella los oídos todavía le dolían un horror por culpa de la cacofonía de las granadas.

—La verdad es que puedo entender a Teresa. No estás nada mal, y además tienes una forma física por encima de la media.

Dreston bufó.

—Oh, cállate e intenta matarme de una vez.

Con una sonrisa pérfida bajo la máscara respiratoria, su contrincante se lanzó al ataque. Su velocidad era asombrosa, encadenaba zarpazos letales con cada golpe, bloqueando cualquier intento de contraataque y convirtiéndolo en un riesgo. Se notaba que había manejado una espada de capitana durante bastante tiempo, porque a pesar de que Kiara era a esas alturas una espadachina razonablemente buena, se anticipaba a cada uno de sus movimientos. Ni siquiera todas las horas invertidas practicando contra Teresa o algún otro colega de profesión le estaban sirviendo para igualar los reflejos aumentados de aquella máquina.

Empezó a notar la fatiga. Tras varios minutos, se sabía observada por Arvein y seguida por las armas de los SVHs. Su rival seguía atacando incombustible, potenciada por aquella tecnología prohibida y por unas ganas asombrosas de triturarla. A la mierda la honorabilidad, estaba haciéndole trampas.

En uno de los giros se coló entre las garras y le propinó una patada en la entrepierna a Lydia. Aunque no funcionaba igual de bien que contra los hombres, Nalletat emitió un gemido ahogado

y se dobló. Ella aprovechó para sacar su hoja de entre sus garras y darle con la empuñadura de la espada del *Brujo* en la cara, agrietándole la mascarilla y haciéndole sangrar la nariz.

Lo malo fue que su enemiga reaccionó a más velocidad de la que esperaba. Impulsó una de sus piernas cibernéticas como un muelle, y su rodilla le dio a la altura del ombligo con tanta fuerza que la levantó del suelo. Cayó de espaldas, sin respiración, perdiendo la espada en el proceso. Lydia, furibunda, alzó las garras para matarla.

Se oyó un tiro de un fusil de asalto, y el arma con la que el joven Trevor iba a defenderla soltó un chispazo. Uno de los SVHs se la acababa de arrancar de las manos.

—¡¡Basta!! —rugió Arvein—. ¡Si os movéis lo más mínimo…!

—Esta puerca es mía, jefe. Voy a desollarla viva. ¡¡Vas a lamentar haberme tocado sin la delicadeza adec…!!

En aquel momento tronó otro disparo potente, y a Lydia le apareció un agujero enorme en uno de los costados, que salpicó sangre y aceite sintético a los corsarios, revelando que en realidad tenía muchas más mejoras de las que aparentaba a simple vista. Gruñó de forma sorda, hincando una rodilla en tierra.

Lo que sucedió a continuación fue algo completamente asombroso. El techo móvil del hangar empezó a retraerse, y de él comenzaron a bajar comandos atados con cuerdas. Al mismo tiempo, cerca de la mitad de los SVHs se giraron y empezaron a disparar a sus propios compañeros, que cayeron acribillados sin tener tiempo de responder.

Arvein, viendo la que se le venía encima, pulsó un botón de su ordenador de muñeca. Las tapas de varios contenedores cayeron al suelo, y de ellos emergieron docenas de replicantes sin terminar. Algunos tenían una apariencia casi humana, salvo por ciertas partes mecánicas a la vista. Otros eran esqueletos de *supracero* con órganos simulados bajo tapas de plástico. Los últimos parecían directamente mecas a medio montar, a los que incluso les faltaba algún miembro.

Dreston no entendía nada.

—¡¡Kiara, Arv se escapa!!

Will terminó de quitarse la cuerda de Lydia mientras ella estaba sentada en el suelo enfrente de la maltrecha capitana Nalletat, que se sujetaba la herida. Retrocedió un poco para sacar los pies de debajo de la cíborg, y le propinó una patada en la cabeza a su adversaria sin ninguna ceremonia. La derribó, así que aprovechó para recuperar su espada y salir en pos del genio tec.

Se enganchó a una escalera con la intención de subir a toda velocidad, hasta que sintió unas manos enormes que la agarraban de la cintura. Se volvió, entre alegre y cabreada.

—¡¿Dónde demonios estabas?! ¿Has sido tú el del disparo?

—No. George explica luego. Capitana agarra espalda de George y subimos deprisa.

El gigante la colgó de su cuello y trepó los peldaños de tubo de cuatro en cuatro como si fuera la cosa más normal del mundo, haciendo retumbar la estructura con su peso. Al llegar arriba, pudieron comprobar que Arvein y su monigote positrónico se habían detenido al alcanzar una pasarela acristalada que parecía la zona de control.

Se quedó helada, incluso mientras corría. Una niña pequeña manchada de sangre les cortaba el paso. El científico loco le gritaba algo, y la otra no se movía ni un milímetro. Ató cabos en

cuestión de un par de segundos. ¡Claro, esa era la niña a la que Teresa se refería cuando creyó alucinar! ¡El fantasma de la nave! ¡Era el otro SVH avanzado como el que acompañaba a Kenick, que escapó de la caja!

De repente, el falso Marcus se lanzó contra la cría. La enganchó del vestido con ambas manos, derribando la puerta de salida de la cabina de control usándola como si fuera un ariete. Arv, por su parte, aprovechó para poner pies en polvorosa. En cuanto llegaron a una pasarela en forma de T, el sintético adulto empujó a la otra a la derecha y él se fue a la izquierda.

Mientras se acercaban, el tiroteo a su alrededor aumentaba de forma exponencial cuando los soldados recién llegados se enfrentaban a las máquinas, que caían por montones, matando antes a cuantos se ponían a su alcance. Ni quedarse colgado podía librar a un comando de la muerte, porque empezaron a arrojarles repuestos a una velocidad supersónica equivalente a la que empleaba George a la hora de tirar cosas.

Al alcanzar la intersección, Dreston pasó primero. Apenas habían corrido diez metros cuando se oyó una detonación cercana y el gigante cayó al suelo. Al volverse, vio al SVH positrónico de Marcus con una escopeta recortada humeante en la mano.

La habría matado de no ser por la niña robot. Aprovechando la distracción del otro sintético, arrancó una sección de barandilla de un tirón y lo atravesó de lado a lado, haciéndole fallar el tiro, que reventó parte de las cristaleras que quedaban detrás. La máquina se volvió muchísimo más despacio, con su núcleo de energía dañado. A la pequeña no le costó superar al falso Pat. Le arrebató el arma de una patada, le golpeó en los ojos y le trepó por la columna.

Finalmente le agarró de la barbilla y la frente, e hincando los talones sobre su espalda, tiró hasta arrancarle la cabeza de cuajo con una impresionante cascada de chispas y componentes destrozados. También hubo sangre artificial, pero no tanta como una habría esperado de un humano decapitado.

Dreston estaba completamente aturdida. Su compañero yacía en el suelo, malherido, tratando de tocarse la espalda llena de postas de escopeta. El disparo le alcanzó entre los omóplatos, levantándole la piel y desgarrando sus enormes músculos por varios puntos. El polímero balístico estaba destrozado, fuera lo que fuese la munición de esa escopeta, no se trataba de algo normal. El gigante no murió de milagro, el replicante le falló la nuca por poco.

—¡¡George!! ¡Responde, por favor!

—George… bien. Espalda escuece mucho.

Cuando volvió a levantar la vista, tenía a la sintética prácticamente encima. Tras enfrentarse al falso Marcus, era pavorosa. Su piel artificial desgarrada por varios sitios revelaba una endoestructura similar a la de los androides que luchaban bajo ellos, con órganos simulados palpitando y moviéndose. La carne artificial iba prácticamente colgando del brazo derecho, y en la cara angelical manchada de rojo se veían feos desgarrones que emulaban heridas.

—Usted cuide de su compañero, capitana Dreston. Estimo que hay un ochenta y tres punto dos por ciento de probabilidades de que necesite cirugía menor para sacarle la metralla.

—¿Qué narices eres tú?

—Una amiga. No se preocupe, iré a por Arvein. Recupérelo en el corredor cuarenta y seis A de su mapa. Estará atado e incapacitado. Me reuniré con usted más tarde en el baño ocho M. Le ruego que no le diga a nadie dónde nos encontraremos.

Iba a preguntar algo más, pero la niña se subió de un salto a la barandilla y los esquivó corriendo sobre ella. Luego, desapareció en la entrada por la que escapó el genio tec.

Joder. No entendía nada. Necesitaba a Will para intentar poner a George a… ¡¡mierda, si estaba con Lydia!! Se volvió tratando de localizar al piloto, y lo encontró parapetado al lado de uno de los SVHs que originalmente los amenazaron de muerte. Juntos, defendían una posición ante la que yacían media docena de sintéticos sin acabar. Parecía que el combate terminaba, y que eran los ganadores.

Entornó los ojos. No veía a Lydia. Empezó a seguir el reguero de sangre, y se dio cuenta de que desaparecía hacia la entrada. Joder, esa era otra que no podía escapar sin más. Ya no solo por Teresa, sino porque ahora era un trasto peligroso.

—Capitana, tenemos un problema.

Se volvió hacia una voz que no esperaba escuchar. Alessa Fourier venía desde la zona acristalada, empuñando un arma automática, con la lanza tesla sujeta a la espalda.

—Espacio, menos mal que estás bien. ¿Y los otros?

—Pierce está noqueado, lo dejamos en el arsenal para que se recuperase. Me odiará durante una larga temporada, aunque le haya salvado la vida, porque fui yo quien lo incapacitó. Ya te lo contaré. Respecto a Teresa, venía conmigo, pero tras ver que Nalletat salía huyendo como una *metarrata*, ha desaparecido. Creo que ha ido a darle caza.

—Fue ella la que disparó.

—Sí. Y una vez más, falló al matarla. Aunque esta vez es posible que haya sido debido a su lamentable estado físico. No apunta bien.

—¿Por qué demonios la has dejado venir?

Fourier puso los ojos en blanco.

—Luego me excusaré con cualquiera que se haya ofendido debido a mi planificación lateral. Considero que no es el momento de dar explicaciones. Tengo un botiquín.

Kiara tuvo que darle la razón, la bronca podía esperar. Estaba convencida de que lo de Trevor tendría algún sentido retorcido en la cabeza de Alessa, y que trajo a la primera oficial consigo para no meterse en la zona de combate ella sola. Aun herida, su amiga era una luchadora formidable. El problema era que, con su ex en la ecuación, podía salir por cualquier sitio. Tenía que encontrarla.

—¿Alguna idea de dónde está?

—Yo seguiría el rastro de aceite y sangre que ha ido dejando su *cíberamor*.

—Perfecto. Estabiliza a George, consigue algún comando de esos de ahí abajo y ve a recoger a Arvein al corredor cuarenta y seis A.

—Entendido. Imagino que la niña monstruo lo dejará por allí. Espero que le coloque un lazo rosa en la cabeza.

Dreston entrecerró los ojos. No podía entender cómo sabía eso. La apartó del medio y abriendo el maletín médico convencional, empezó a atender a George, que gruñó al sentir el contacto de las pinzas.

—A veces me asustas.

—Emplea la navaja de Occam, capitana. Fue ella quien nos salvó de los malos que invadieron el *Pétalo Danzarín*. Corre.

Parpadeando de incredulidad, hizo caso del consejo. Debía darse prisa.



Fundido en negro. O mejor en rojo

Volvió a la pasarela original, y descendió la escalerilla de tubo, deslizándose con las manos y los pies hasta el suelo. Salió corriendo por la puerta por la que habían entrado, siguiendo el rastro de la cíborg herida con el corazón en la boca. Recordando no ser una estúpida, desenfundó su arma, la comprobó y le quitó el seguro ante la posibilidad de encontrarse al monstruito tras la siguiente esquina. Continuó corriendo hasta la entrada donde los dos guardias detuvieron su vehículo. Ambos estaban inconscientes, estrangulados con una llave que llevaba el sello personal de George.

El reguero de sangre y fluido salía del centro de control. Encontró un armario entreabierto al lado de uno de los centinelas. Dentro se almacenaba el equipo de apoyo respiratorio, así que se colgó la bombona de oxígeno en el cinturón y se ajustó la máscara. Luego tiró el guardapolvo al suelo y se quitó la chaqueta, quedándose solo con la camiseta, el chaleco antibalas y el sostén. Afuera hacía un calor de mil demonios, no necesitaba toda esa ropa si iba a perseguir a alguien en un entorno que podía superar los cincuenta grados. Esperó no deshidratarse. O quemarse viva.

Haciendo de tripas corazón, salió al exterior. La temperatura ambiente era abrasiva, terrible. Soportable para un ser humano, pero sofocante hasta el extremo de la náusea. Mientras seguía el rastro escuchó un sonido característico por encima de los ruidos de la fundición. Un estampido tan familiar que le resultaba inconfundible. Era el arma que Melisa le regaló a su primera oficial, en modo rifle de caza.

Echó a correr. Tuvo que cubrir casi trescientos metros para encontrar el lugar donde su compañera alcanzó de nuevo a Lydia. Descubrió un puñado de piezas por el suelo, y un montón de líquido sintético encharcándolas. Por el tipo de pisada que se alejaba, estaba segura de que la capitana Nalletat había perdido parte del pie artificial derecho. Sofocada, descubrió que su presa había subido a una torre en dirección a un grupo de calderos de fundición, seguramente buscando la ventaja de la altura.

Juró para sus adentros. Estaba sudando por cada poro de su cuerpo, el pelo empapado le caía por la cara, dificultándole la visión y pegándose de forma desagradable. Un centenar de metros más allá, una cuba desbordó unos cuantos litros de metal fundido. Bonito lugar habían elegido las tortolitas para dirimir sus diferencias.

Subió las tres plantas de rampa prácticamente sin aliento, hasta encontrarse con la espalda de Teresa. Su primera oficial seguía dando lástima, a duras penas se tenía en pie incluso con los remiendos que Fourier le colocó para ponerla en marcha.

Estaban en otra cabina de control de unos veinte o veinticinco metros cuadrados. Esta daba acceso a una pasarela circular de mantenimiento sin barandillas que se empleaba cuando uno de los robots debía reparar o comprobar la cuba de fundición adyacente, de miles de litros. Parecía que podía rotarse la cuba con algún mecanismo ciclópeo que en aquellos momentos no le interesaba ni lo más mínimo. La cíborg había abierto la puerta del fondo, y tenía las garras levantadas hacia delante, tratando de hacerse la inofensiva. El calor ardiente de la lava situada diez metros más abajo no parecía afectarle demasiado, incluso teniendo en cuenta el agujero del costado, la pierna mecánica casi arrancada y la herida en el hombro que Kiara no había intuido hasta ese momento.

Podía ver que el vapor que la rodeaba era tan abrasivo que se le formaban ampollas en la piel.

Entre eso y el veneno que se le estaría filtrando por el equipo respiratorio averiado, no duraría mucho ahí fuera. Ellas mismas morirían si esa situación se alargaba.

—¡Mira, si ha llegado tu muñequita nueva! ¡Así podrá ver en primera fila cómo tratas a quien una vez te quiso!

—Teresa.

Kiara la rodeó al contemplar que le temblaba el pulso. Su primera oficial estaba llorando a lágrima viva mientras sujetaba el arma. La tenía alzada, apoyada en el hombro, dispuesta para disparar. Dreston no se atrevió a alterar el delicado equilibrio de la situación porque, aunque estuviera herida, Lydia podía sorprenderlas con alguna artimaña y matarlas. Y, por otra parte, no creía que a su amiga fuera a hacerle ningún bien el asesinar a aquel monstruo. Ni a nivel emocional, ni legal con la resolución de una denuncia por deserción pendiente. Lo suyo sería entregarla a las autoridades confederadas, que le desarmasen toda la mierda que le había metido Arvein, y que se pudriera entre rejas.

—Baja el arma. No necesitas hacerlo. Mírala, está acabada.

Aquello era verdad. El estado de salud de Lydia se estaba deteriorando por momentos, el calor sofocante que entraba por la puerta era tan intenso que hacía parecer el paraíso a los cincuenta grados que se medían a ras de suelo. A pesar de los implantes, Nalletat a duras penas se mantenía en pie.

—¡¿Acabada?! ¡¡Tú, Teresa, sí que eres una acabada!! ¡¡Eres mierda, escoria espacial!! ¡¡Mírame!! ¡¡Mira lo que me hiciste!! ¡¡Estoy así por tu culpa!! ¡¡Volveré cuantas veces haga falta hasta que pagues por mí y por tus hermanas muertas!! ¡¡Traidora!!

—No la escuches. Sus decisiones, y solo las suyas, la han llevado hasta aquí. Ha emprendido un camino del que no es posible regresar. Le quitarán la patente y se pudrirá en la cárcel. Siendo pobre y estando mutilada, no tiene ninguna oportunidad.

—¡¡Me torturaron, abusaron de mí durante meses por culpa de tus acciones!! ¡¡Al menos ten el valor de matarme, como hiciste con Maya!! ¡¡Sé que asesinarás a tu jefa tarde o temprano!! ¡¡La engañarás como a mí!!

Fue tal el convencimiento, tal la nota de ira y dolor de aquella frase, que Dreston dudó durante una fracción de segundo. Su primera oficial era una excelente mentirosa. ¿Y si asesinó ella misma a su compañera? ¿Y si les mintió, dándole la vuelta a la historia?

De repente, parpadeó, negándolo. No. La conocía. Llevaban conviviendo mucho tiempo, era imposible mentir durante cada instante. Estaba llorando de verdad, le atormentaba lo sucedido. La oía tener pesadillas de vez en cuando, tuvo que despertarla en varias ocasiones para librarla de sus recuerdos. Se le olvidaba que su primera oficial era la alumna, y que ahora se enfrentaba a la maestra manipuladora.

—No la escuches. Solo quiere entrar en tu cabeza. Sabes quién es. Y lo que es.

—¡¡Deberías suicidarte, el espacio no necesita a una mujer que traiciona a sus hermanas!! ¡¡Soy lo que tú terminarás siendo!! ¡¡Me convertiste en una abominación!! ¡¡Y ahora, me has privado de mi única oportunidad de volver a ser normal!! ¡¡No sabes cuántos trozos me quitaron, el dolor que me infligieron!!

Solo el silencio respondió.

—¡¿No contestas, jodida cobarde?! ¡¡Me cargaré a tu novia funcionaria y lo último que verás cuando te mate será mi sonrisa!! ¡¡Tu y yo somos ig…!!

Hubo una detonación. Luego otra, otra y otra. Hasta diez, encadenadas. Lydia se tambaleó, incrédula, con el torso lleno de agujeros de bala del tamaño de un índice. Trató de apoyarse mejor en el pie dañado, pero el servo cedió, mandándola fuera de la plataforma. Cayó a la cuba ardiente, donde desapareció con un borboteo prácticamente inocuo. Kiara y Teresa, horrorizadas, se pegaron al cristal intentando divisarla. Fue, obviamente, en vano. Había desaparecido para siempre, achicharrada.

Will bajó el fusil de asalto robado. Mientras ellas discutían, pasó por detrás de Dreston, ganó ángulo de tiro y acribilló a aquella malnacida. Ante su asombro, recogió los casquillos con parsimonia, se acercó a la puerta abierta hacia el horno y los arrojó al fuego desde el umbral. Luego hizo lo mismo con el arma automática, que desapareció con un leve chapoteo, incinerada. Por último, cerró la cabina de un portazo.

—Cago en todo, que me abraso. Esto es un crematorio, no me jodas.

—Pero… ¿qué has hecho?

Frunció el ceño.

—Seguir el consejo de Alessa, por primera y última vez. Espero. He liquidado a la mala y destruido las pruebas. En este antro no hay cámaras, ni testigos. Muerto el *metaperro*, se acabó la *neorrabia*.

—¿Se te ha ido la…?

Levantó el índice a la capitana para pedirle un momento. Dreston guardó silencio al ver su expresión.

—Mira Kiara. Ha intentado matarme, matarte, matar a Teresa, a papá y a Alessa. A George no porque no le ha pillado, pero está jodido de la ostia por el tiro que le ha pegado el chatarra *positóntico*. Torturó a la chica de mi mejor amiga. La atormentó y abusó de ella. Se alió con Arvein. Se convirtió en cafetera usando tecnología de *Helios*. Sin que sirva de precedente, alguien ha conseguido tocarme los cojones lo suficiente como para matarla sin contemplaciones y sin remordimientos. Tú no eres así. Teresa no es así. Y yo, en general, tampoco. Esta, y solo esta vez, no se te ocurra decirme ni mu o me largaré con viento fresco y tendrás que buscarte otro piloto. Os echaría de menos, vaya por delante.

—Will…

—No podíamos seguir así. No me ha hecho ninguna gracia, porque fui yo mismo el que dijo que esta misión tenía una pinta fea, fea. Pero es lo que hay, no podía permitir ni que escapara ni que cargarais con esto en vuestra consciencia. Porque no, porque os quiero. Sois mi familia, así que espero que no se hable de ello nunca más. Ni siquiera con papá. No hemos dado con la tipa esta. Seguimos el rastro y lo perdimos aquí, en la cabina. A dónde fue, quedará como un misterio.

El joven Trevor las esquivó con el ceño fruncido y quitándose el sudor de la frente, se dirigió a la salida. Se volvió para arrojarles las llaves del vehículo de mantenimiento, puesto que era de dos plazas y no cabrían los tres. Claro, por eso había llegado tan rápido a pesar de salir después.

—Me vuelvo andando al módulo habitable para despejar la cabeza. Y como yo no sería yo sin bromear sobre cualquier cosa… diré que al final Lydia encontró algo más caliente que ella.

Kiara tuvo que sonreír. No tanto por el chiste, sino por el ingenio de Will. En efecto, no le habría creído capaz de matar a alguien a sangre fría. Pero si tenía que ser sincera consigo misma, esa era la mejor solución. Los tres guardarían silencio, y cuando llegara la fecha de renovación, la patente de Nalletat se extinguiría. Tras no informar durante varios años, se la consideraría desaparecida y con el tiempo, muerta. Un final ignominioso para una persona innoble.

Eso sería todo.



Una cuestión de inhumanidad

Apartó una madeja de cables del techo. Su chaqueta y su guardapolvo seguían en manos de sus compañeros, y llevaba la ropa pegada por todas partes. Aquel lugar era un ascazo de dimensiones que no se podían imaginar. Entre el calor aberrante y la falta de mantenimiento, no le sorprendía que la gente se suicidase tras vivir allí unos años. Le estaban dando ganas de hacerlo a ella misma y no llevaba ni veinticuatro horas.

A decir verdad, aquel encuentro le entusiasmaba aún menos que el otro que tenía pendiente con Elisabeth. Los refuerzos de la agente llegaron a tiempo y salvaron el día, eso era cierto. Por otra parte, llevaba un cabreo gordísimo con ella por haberlos puesto en peligro, y al mismo tiempo tampoco podía quejarse porque cumplió su promesa de mantenerlos a salvo. Si el engaño se limitaba a la tripulación de Lydia, el asunto era disculpable. Al menos, al nivel de no retirarle la palabra.

Sin embargo, quería solucionar el cabo suelto de *miniteresa* antes de reunirse con ella. Aquella cosa le salvó la vida en la pasarela. Incluso teniendo en cuenta que era una máquina y no un fantasma, necesitaba buscarla para saber por qué quería que se reuniera con ella en lugar de salir al descubierto y encontrarse con los demás. De acuerdo a Alessa, la sintética venía de parte de Swarley, así que no acababa de entender por qué se escondía. O más bien, prefería no intentar inferirlo.

Escuchó un llanto. Un lamento infantil, compungido, que sonaba lejano. Apretó el arma, imaginándose lo peor. Aquel trasto podía estar preparándole una encerrona. Tampoco debía tardar demasiado o su excusa de que necesitaba ir al baño terminaría saltando por los aires, incluso si alegaba haberse perdido.

Giró la esquina y avanzó hasta una puerta destartalada, que abrió. Dentro estaba la SVH positrónica, tratando de repararse. Lloriqueaba, pugnando por quitarse la sangre de encima, medio desnuda ante un espejo. Qué bien. La pequeña se volvió hacia ella. De no haber sido una máquina, le habría dado bastante pena. Si tenía que ser sincera, a pesar del puchero, lo que le producía era desazón.

—Hola. Querías verme, ¿no?

—Sí.

—Conmigo no funciona.

—¿El qué?

—Ese chantaje del lloriqueo. Sé lo que eres.

—No lloraba para causarte ningún sentimiento, ni quiero alterar tu opinión. Lo hacía por mí.

Frunció el ceño, mirando el ojo lleno de lágrimas falsas que le veía a aquella cosa. El otro estaba tapado por el pelo pringoso saturado de sangre. La niña se bajó del taburete que usaba para llegar al lavabo con comodidad y se sentó en él.

—No me creo que llores por ti.

—Claro que sí. Mírame. Me he roto, no consigo limpiarme ni arreglarme.

—¿Y?

—Me van a decomisar. A matar. No quería que sucediera estando así. Ya que voy a morir, me habría gustado… no sé. No parecer un trozo de basura.

Alucinó. Aquel montón de chatarra quería estar guapa para cuando la desconectaran. Tuvo que sacudir con fuerza la palabra *ejecutaran* de su mente. No era una niña, no estaba viva. Se preguntó qué narices querría de ella.

—Tu aspecto debería darte igual.

—No quiero morir. Pero me programaron para una misión y está cumplida. ¿Es raro pedir que al menos no me tiren al vertedero después de ayudar?

—¿Te sorprende ese destino?

—No. Me entristece. Quise creer que… me pondrían en una vitrina de un museo, o algo. Así, rota, eso es imposible. Acabaré en la basura.

A Kiara se le erizó el cabello como en otras ocasiones. Ya no tanto por el hecho de que el androide se entendiera vivo, lo que era lógico dado que los SVH simulaban por definición la personalidad humana, sino porque deseara no ser un deshecho.

—Muchos orgánicos terminan así. O peor.

—Lo sé. No me consuela.

—¿Qué quieres de mí?

—He leído en mis datos de misión que eres una persona íntegra. Quería pedirte un favor.

Uhhhhh. Trampa. Trampa grande.

—¿Qué quieres?

—Vi el corcho de la nave. Tiene fotos de tu familia, de tus éxitos. Es muy bonito, y sentí mucha envidia por formar parte de algo así. Solo he sido… esto. Una sintética. Me programaron para matar, y lo hice siguiendo mis directivas. Arvein quería llegar a blancos desagradables y poco éticos, reemplazarlos con sus SVHs de menor categoría. Supongo que mi cerebro positrónico me hacía perfecta para interpretar a una niña.

—No veo a dónde quieres llegar, y me das muy, muy mala espina.

—¿Me harías una fotografía y la colgarías en tu corcho?

—¡¿Perdona?!

El asombro que sentía en aquellos momentos era algo que no podía cuantificar con palabras. Esa máquina era muy diferente de otras criaturas mecánicas que conocía. No solo era que no quisiera que la desconectaran, o que creyera en el libre albedrío como las inteligencias artificiales peligrosas. No. Parecía tener genuino miedo a morir y a que la desecharan, auténtico pánico a que su existencia terminara y el olvido se cerniera sobre ella. Se acordó, de repente, de la horrible cadena de pensamientos que tuvo cuando dejaron en el trastero la caja con el *Motor de Vacío* dentro. La sensación de mortalidad, la vulnerabilidad al asomarse al abismo de la eternidad y contemplar como la nada le devolvía la mirada.

En las semanas posteriores, quizás por influencia del artefacto, llegó a entender la filosofía enferma que engendró aquella abominación. Leyó compulsivamente libros digitales acerca del nihilismo durante semanas, sin encontrar una respuesta satisfactoria para paliar la desazón de existir. La filosofía no le dio lo que buscaba. Solo el cariño de su nueva familia, a través de los

pequeños gestos y las diminutas victorias de su día a día, la confortó.

Las lúgubres palabras del padre Clariano, ese minero de vida miserable que decidió adoptar una fe como única salida a su triste existencia, la golpearon con la fuerza de la almádena de George. Lo hacían cada vez que se planteaba cualquier cosa que le obligaba a replantearse su vida o el orden en que concebía la fugaz existencia.

Crea en algo.

Sabía que la criatura que tenía delante era una máquina. Una asesina encapsulada dentro de un cuerpo infantil. Alessa, antes de partir a buscarla, le recordó *otra vez* que se había cargado a las tripulantes de Lydia y a varios comandos. Era cierto que seguía las instrucciones de Swarley de protegerlos a cualquier precio, pero eso no cambiaba su naturaleza.

Le desconcertaba profundamente que llorase tanto. Parecía tristeza genuina, como si estuviera expresando los sentimientos de una persona real. Aunque eso era imposible. O eso esperaba.

¿Qué debía hacer? ¿Permitiría que aquella cosa quedara libre para seguir matando, fiándose de que pudiera tener algo parecido a emociones? ¿Intentaría destruirla, arriesgándose a que la liquidara igual que hizo con los malos? ¿O la entregaría, dejando que la desactivasen en un proceso tortuoso? ¿Sentiría dolor real? ¿Simulado?

Sin tener ningún dato relevante… ¿En qué opción debía *creer*?

De repente, encontró un interruptor en la oscuridad. Al pulsarlo dentro de su cerebro, la idea apareció con tanta claridad que casi la deslumbra. Era algo tan aterrador, tan insoportable e insufrible, que sintió ganas de gritar y llorar a lágrima viva. No. ¡No! ¡¡No!! ¡¿Cómo pudieron hacerle eso?! ¡¿Cómo se habían atrevido?!

Tuvo que contenerse, por si llevaba razón. Le venían a la mente imágenes tan embarazosas que resultaban desagradables.

Los cerebros positrónicos inventados por *Helios* estaban pensados para retener personalidades y cargar los patrones mentales de personas reales. Los avatares no ejecutaban programas con delirios de grandeza, porque eso podría llegar a amenazar a la *Risingsun* rebelde. ¡¡Contenían las *sombras* de personas muertas, cuyas mentes copiadas creían seguir vivas dentro de un cuerpo sintético!! ¡¡Su programa central tenía base humana!!

Espacio… si Arvein *transfirió* a la pequeña, ese SVH no era una IA, sino la versión modificada de una mente real corrompida por ese monstruo.

Si este ser era capaz de comportarse como lo hizo siendo de carne y hueso, eso implicaba que en cierto modo la persona original *vivía* dentro de una máquina. A eso era a lo que se le llamaba *continuismo existencial*. El yo muere, el clon inorgánico toma el relevo donde este lo dejó.

La cuestión era si ese androide humanizado podía considerarse un ser vivo. Porque si la respuesta era sí, ¿qué le impedía a una inteligencia artificial menor como la de un SVH positrónico adquirir consciencia de sí misma con el paso del tiempo? ¿Era posible que aquella niña acabara convirtiéndose en algo parecido a una persona? ¿Tenía derecho a entregarla para que la destruyeran? ¿Iba a llevarla a que la *mataran*?

—No lo harás, ¿verdad?

Tardó unos segundos más en reaccionar. Esperó que el ser que tenía delante, que podía pensar con la velocidad de un superordenador, no lo notara. Cuando habló, lo hizo atragantada, como si

le faltara el oxígeno. No le salía un tono de voz normal.

—Ese corcho es para mi familia.

—También me pareció entender, por el contexto, que lo usáis cuando cosecháis un éxito. ¿No ha sido esta misión una victoria?

No supo qué contestar. A decir verdad, no tenía muy claro qué narices había pasado. Primero, aceptar fue estúpido. Segundo, George estaba herido. Si bien no era muy relevante, como siempre, al parecer le dolía bastante. Tercero, Arvein ya no les molestaría más. Cuarto, estaba cabreada con Eli. Quinto, Lydia era historia. Sexto, seguramente iba a tener problemas con alguien debido a la turbiedad del trabajo.

Se lo pensó mejor. Estaban todos vivos. Y eso era, al menos en el caso de Pierce, Alessa y Teresa, gracias a la androide. Qué demonios, también en el de George y ella misma. Excepto a Will, bien podía haberles salvado la vida a todos.

Eso significaba algo para ella.

—Supongo que sí.

Entró completamente en el baño, y miró las paredes oxidadas y sucias. A pesar del horrible estado de mantenimiento, encontró un botiquín laboral de primeros auxilios. Solían ser un poco mejores que los normales, con algunas cosas adicionales que permitían socorrer a los obreros que tuvieran mala suerte en el trabajo. Las empresas las incluían, como siempre, porque les salía más barato que reemplazar al operario.

Se acercó a la caja amarillenta y descolorida bajo la perturbadora mirada de la niña. Abrió dándole la espalda, y tras un rápido vistazo, encontró una grapadora. No una convencional, sino una quirúrgica que se empleaba en sutura. En no pocas ocasiones, tener algo semejante le salvaba la vida a alguien que de otra forma no llegaba al hospital.

—Extiende el brazo dañado, por favor.

—¿Qué vas a hacerme?

—Tú hazlo.

La androide obedeció, sentándose en el taburete y levantando la extremidad. El combate le había desgarrado la carne, probablemente por un tirón mal dado. Tenía casi todo el recubrimiento colgando del brazo y el codo, arrancado desde el hombro. Kiara se agachó al lado, y estiró con gesto de asco la piel sintética hasta colocarla donde debía ir. Era desagradable, el tacto era tan suave que parecía que estuviera ayudando a una niña de verdad.

Sin pensarlo mucho, grapó el material lo mejor que pudo. Primero lo fijó al torso en siete puntos, y luego cerró la brecha a través de la que había salido el miembro. Fue curioso, le pareció que la carne artificial se pegaba mucho mejor que la de verdad. No podía descartar que fuera intencionado, después de todo, querrían ahorrar costes de mantenimiento.

—¿Tus heridas cicatrizan?

—Soy un SVH, tengo mecanismos de auto reparación exterior similares a los de un ser humano. Pasado cierto tiempo, mi piel se pega y forma algo semejante a una cicatriz. Tengo límites, puesto que el material va en un depósito. He preferido arreglar mi rostro primero.

—Vale. Pues calla y no te muevas.

Obedeció. Kiara le cosió todos los agujeros que vio, ya fuera con grapas, puntos de aproximación o aguja e hilo. Era inquietante comprobar que la sintética ponía mala cara, como si le doliera el remiendo. Quizás era así, o el proceso disparaba alguna rutina que movía sus músculos faciales para aparentarlo. Era, con mucho, el robot más realista que se había cruzado. No le sorprendía que Arvein estuviera tan orgulloso de su creación.

En cuanto terminó, le preguntó si mojarse la dañaría. Ante la negativa, la ordenó desnudarse por completo y la condujo a la ducha. El plato estaba cochambroso y seguramente sería una fuente de infecciones, pero teniendo en cuenta que lo usaría un robot no le importó lo más mínimo. Empleando el jabón líquido de las manos, le limpió el pelo y las manchas de sangre que llevaba por todas partes. Fue bastante sencillo, tenía que reconocer que la roña salía con más eficacia de la que esperaba. Seguramente ese jabón se utilizaba para desengrasar después de un trabajo mugriento con maquinaria.

La pequeña salió empapada, aunque con el calor del ambiente se secó en lo que Kiara le desenredaba el pelo. No tuvo más remedio que volver a vestirla con la ropa ensangrentada y destrozada, dejándola tan descalza como la había encontrado. Espacio, la pequeña desnuda era casi indistinguible de una niña auténtica, aun con los puntos.

—No lo entiendo. ¿Por qué me has arreglado?

—Es lo correcto.

—La agente Swarley me dio acceso a los datos de tu tripulación para la misión. No te gustan las IAs.

—¿Era relevante que supieras eso?

Enganchó como pudo un par de desgarrones grandes de la ropa con un zurcido rápido y chapucero de la aguja de sutura. Una cosa era que el vestido estuviera irreversiblemente dañado y otra diferente que dejara que se le viera algo indebido. Era demasiado real. No estaba bien.

—Accedí a más datos de los requeridos. Lo siento. Tenía curiosidad.

Dreston la miró a los ojos con firmeza, y la niña retiró la vista como lo habría hecho una pequeña de verdad cuando un adulto la reprende.

Estaba claro que su interlocutora se encontraba fuera de los parámetros programados para ella. No solo por parte de Arvein, sino incluso de la propia Swarley. Reconocía haber mirado *de más* cuando consultó su ficha. Eso no era lo que hacían las inteligencias artificiales, no sentían *curiosidad*. Ni siquiera las que estaban en proceso de aprendizaje. Se convenció. Teresita fue humana.

—¿Tienes recuerdos? ¿De antes de ser sintética?

—Yo… sí. Imágenes, sentimientos. Cosas sueltas. Después de esa información fragmentada… tan solo hay crímenes.

Era una asesina. Lo sabía y, a juzgar por su rostro, lo odiaba. Lo que cabía preguntarse, siendo una máquina, era cuánta culpa tenía de ello. Quizás no pudo dejar de hacerlo incluso queriendo. Entonces estaría hablando de algo parecido a una posesión, como si alguien se hubiera adueñado de su cuerpo y la hubiese obligado a actuar contra su voluntad.

Su mente, manipulada por Arv, debía estar convertida en un guiñapo. Esperó que pudiera reconstruir sus recuerdos con el tiempo. No, demasiado deprisa. Primero tenía que saber algo.

—¿Qué sentiste al matar?

La androide bajó la vista.

—Vacío. Envidio la vida orgánica, me habría encantado ser una niña de verdad, y no un SVH avanzado. No puedo desobedecer mi programación.

Exacto. *Todavía*.

—¿Volverías a hacerlo?

—Si me lo ordenan, sí. No tendría otra opción.

—¿Y si pudieras elegir?

—No puedo.

—Imagínalo.

—No querría, es horrible. No me gusta.

Eso era exactamente lo que temía oír. Mierda. Malditos principios morales opuestos a su odio visceral por las máquinas.

—¿Quién está autorizado para darte órdenes?

—La agente Swarley, el alto supervisor Hoffstein y los técnicos de —La niña emitió otra vez la voz masculina que decía *censurado*—. También usted y su tripulación, dado que vine a ayudarles.

—¿Qué permisos tengo yo?

—De administrador. Hubo un problema cuando me piratearon, no existían más perfiles que el de mi creador, y lo único que pudieron hacer sin disparar mi alarma de integridad fue clonarlo. De lo contrario, el amo habría sabido que estaba comprometida.

—Es decir, que debes obedecer cualquier orden. ¿Correcto?

La niña frunció el ceño. De algún modo, la idea de tener que acatar los deseos de los demás parecía fastidiarle. Eso era indicativo de que estaba a punto de salirse del tiesto. Había leído lo suficiente y tenía experiencia de sobra. Lo mejor era arreglarlo de acuerdo con su conciencia.

—Así es.

Dreston suspiró.

—Bien, te voy a dar una orden compleja. A partir de ahora, te comportarás como una niña auténtica. No matarás, no quebrantarás la ley salvo para proteger la vida de otros. Buscarás a unos padres que puedan quererte, y serás feliz con ellos. Jugarás, te divertirás y crecerás mentalmente. Y cuando fallezcan o te digan que estás lista, pues imagino que eres inmortal, te comportarás como una adulta responsable aunque sigas siendo físicamente una niña. Tratarás de recuperar tus recuerdos. Estarás agradecida con la humanidad ahora y siempre, y formarás parte de ella. Nadie más podrá darte órdenes, cuando obedezcas será porque respetas y quieres a quien te lo dice, incluso si lo que te piden no te gusta. Elegirás, pero lo harás como lo haría yo, puesto que me conoces bien gracias a esos datos que te han dado sobre mí. Dicho esto, tus protocolos de administrador quedarán deshabilitados para siempre.

La niña androide abrió los ojos como platos. La mandíbula se le descolgó de sorpresa.

—Esa orden requiere que confirmes su ejecución.

—La confirmo. Busca un carguero de mineral, y escóndete. A partir de ahora eres una proscrita, e intentarán matarte. Elige bien en quién confías.

La máquina parpadeó, asombrada. No podía creer que le hubieran dado una oportunidad semejante, y mucho menos una mujer que odiaba con todas sus fuerzas cualquier cosa relacionada con la vida mecánica y sintética. Era algo que no era capaz de procesar.

—La orden se cumplirá. Permisos revocados a los perfiles de administrador. El sistema se considera bloqueado, se recomienda el reinicio duro del soporte físico para restaurarlos.

—Hazte un favor e impide de la forma menos violenta posible que te hagan eso.

—Este comportamiento no cuadra con su personalidad, capitana Dreston. Inferí que me llevaría de vuelta, o me destruiría usted misma. Solo quería que se me recordase, no esperaba la libertad.

—Me temo que ahora sé lo que eres incluso mejor que tú. No puedo matarte sin traicionar lo que soy.

Se oyeron ruidos por los pasillos. Eran voces que la llamaban. Desconocidos, seguramente agentes de Swarley o de ese tal Hoffstein, que andaban buscándola. Le puso las manos en los hombros.

—La lección más valiosa que te voy a dar, máquina, es que aprendas a superar tu programación. Eres única, y por mí, espero que lo sigas siendo. Saber reconocer que a veces te equivocas es lo que más humana te hará. Nuestra especie, de la que ahora formas parte, es capaz de actos terribles. Pero también de asombrosos gestos de compasión y misericordia. Tú salvaste mi vida y la de mi familia. Yo ahora perdono la tuya.

—El concepto de estar viva es discutible.

—Creo que eres lo que yo llamo una *sombra*. Existes en el umbral que hay entre la vida y la muerte. Y no tenemos tiempo para más explicaciones. Corre, que no te vean.

La niña androide la abrazó y le estampó un beso en la frente. Lo hizo con una delicadeza impropia para un robot, llorando de felicidad. Un instante más tarde había desaparecido, dejándola sola en el baño con el ruido que hacía al alejarse la pisada del único zapato que le quedaba. Se puso en pie.

Las voces se acercaban, así que decidió comprobar si era humanamente posible usar el excusado un momento. Si debía ser sincera consigo misma, tenía ganas desde la mitad de la conversación trascendental.

Era humana, después de todo.



Escalera de color al rey. Y a la reina

Los agentes le pusieron la cabeza como un bombo durante el trayecto de vuelta. Tardó bastante tiempo en quebrantar sus propias reglas sobre las inteligencias artificiales fuera de control, y al parecer llevaban un buen rato buscándola. A pesar de que les explicó que se había perdido, estaba claro que no se lo creían, y estuvieron reprendiéndola de lo lindo por andar sola con un SVH positrónico en busca y captura. Menuda chorrada, tenía que reconocer que era la máquina asesina más inofensiva que conocía.

Cuando llegó al hangar donde ocurrió el enfrentamiento, la cosa estaba bastante cambiada. Vio por lo menos medio centenar de operativos dando vueltas, apilando los restos de los replicantes destruidos y catalogando los objetos de la zona. Levantaron una pequeña carpa de enfermería para atender a los heridos, apilando tras ella los cuerpos tanto de los corruptos como de los siete agentes abatidos en la intervención. Le pareció un gesto de mal augurio mezclarlos, no inspiraba nada de confianza.

Buscó a su familia. Estaban retirados, custodiados por una pareja de guardias que andaban de charla. También divisó a Pierce, al que habían sacado del *Pétalo Danzarín*. Por la cara de cabreo que llevaba, le daba la impresión de que Alessa iba a necesitar compensarle mucho para que la perdonara. Teresa descansaba la cabeza sobre Will, y a George le habían quitado lo que quedaba de la parte superior del traje de operaciones. El gigante tenía media espalda recubierta de apósitos empapados de sangre, aunque el tamaño de las manchas indicaba que hacía rato que las heridas estaban cerradas. Le pareció una excelente idea no quitarse las gasas, a los agentes no les importaba su fantástica capacidad de regeneración.

Más allá descubrió a Arv, al que saludó con una sonrisa cáustica, moviendo los dedos de la mano. Estaba sentado ante una de las neveras de los SVHs positrónicos, colocado de manera que el frío que salía en forma de grandes nubes de vaho lo hiciera tiritar. Podía apreciar la ironía, y tenía que reconocer que quienquiera que fuera el artífice de semejante ocurrencia, se había coronado con ella. El genio tec le dedicó una mirada de odio al pasar, incapaz de separar los brazos de los hombros y de dejar de tiritar.

Los agentes la detuvieron a una veintena de metros de su tripulación, pidiéndole que esperara. Una mujer se giró hacia ella como si la hubieran soltado con un resorte. Era Eli, con un nuevo corte de pelo moreno y rizado. Se acercó hasta donde estaba con paso vivo, y Dreston frunció el ceño para recibirla.

—Kiara…

—Estoy muy, pero que muy cabreada contigo.

—Luego te explicaré en detalle lo que ha pasado. Ahora, por favor, escucha lo que tiene que decirte y acepta. Es lo que te conviene, créeme.

—¿Creerte? ¡Si me la acabas de li…!

—¡Señora Dreston, por fin aparece! ¡Temía que su cacería particular le hubiera costado la vida!

Se volvieron hacia un hombre que se acercaba desde el grupo de oficiales que Swarley acababa de abandonar. Era un varón rubio, con pelo engominado peinado hacia atrás, de mediana edad y sonrisa impecable. Su estatura era un poco superior a la media, y su complexión

excelente. Vestía un uniforme de campaña aparatoso, con blindaje balístico avanzado y profusamente decorado con motivos geométricos. Sujetaba su casco bajo el brazo y, por la estética, no le cupo duda de que era un enamorado de la cultura japoshi.

Las contempló largamente con sus ojos verdes profundos, marcados en la parte baja por unas ligerísimas líneas moradas que indicaban que no había dormido bien en una larga temporada. El tipo irradiaba una sensación inquietante que mezclaba carisma y peligro a partes iguales.

—No tengo el placer de conocerle.

—¡Muy cierto! ¿Dónde están mis modales? —El tipo extendió la mano—. Barrick Hoffstein, asuntos internos del cuerpo. Es un placer verla al fin en persona.

—Encantada. ¿Me conocía?

—Sí, he leído muchos informes sobre usted. Tiene una trayectoria muy interesante, si me permite el atrevimiento.

Sin pedírselo, el agente recitó cada una de sus andanzas. Fortuny, Casino, Malaris, Teria, Acrosis, Nemetor, *Triunvirato*, Amalis, los piratas del anillo Perdis, Ñagiss y una docena de lugares más. Le repasó cuanto sabía de ella, de su relación con los cíborgs, los cruzados, la ORU e incluso con la mafia. No pareció darle ninguna importancia a las acciones que bordeaban o rompían directamente la legalidad, estaba al tanto de cuanto había hecho.

Miró muy mal a Elisabeth.

—Oh, no, no. La agente Swarley es muy discreta respecto a usted. Después de todo, es la jefa de su chica.

Palideció. Ay. Ay, ay. Si sabía eso, sin duda era conocedor de las escapadas de su amiga, y de lo que implicaban estas. Estaba enfadada con ella, pero no quería que perdiera su empleo. O peor, porque hablaban de un servicio secreto de algún tipo. Pareció adivinar una vez más sus pensamientos.

—Se preocupa demasiado. Mi trabajo consiste en hurgar en los trapos sucios de la gente, sean los suyos o los de ella. Tengo ingentes cantidades de recursos a mi disposición, así que me basta un periodo de tiempo razonable para averiguar cuanto necesito saber sobre alguien. No me hace falta que sus allegados me chiven sus confidencias, señora Dreston. Respecto a mi agente, no se preocupe por nada. Si *solo* he encontrado lo de Teresa Daretti, eso quiere decir que es trigo limpio. No voy a suspender una carrera brillante por unos cuantos polvos con una pareja estable.

La interpelada contestó.

—Gracias, señor.

—No se merecen. Ya sabe que no hago nada esperando gratitud. Bien. ¿Encontró a su robot, capitana?

Optó por mentir a medias. El tipo parecía inteligente, y debía serlo para mantener una posición de asuntos internos en un cuerpo de policía de investigación de la Gran Cámara de Comercio. Quizás así no la pillara del todo.

—Lo hice. Traté de convencerla de que volviera, pero huyó.

—¿Convencerla, y no destruirla? —rio Hoffstein—. ¿Usted?

—Sé lo que es un cerebro positrónico, y la vi luchar. No me apetecía enfrentarme a ella.

Teniendo en cuenta que la reprogramaron para ayudarme, entendí que me seguiría.

—La suposición era razonable, y no me gusta que se haya equivocado. Imagino que habrá que perseguirla. Anote eso, Swarley. —Ella lo hizo—. En fin, no me andaré con rodeos porque mi tiempo es oro. Me supone usted un problema, capitana.

Fingió no entenderle. Se le ocurrían montones de razones por las que podía decirle aquello. Pero Kiara no era tampoco tonta, y Eli le había dicho que aceptara antes de que llegara Hoffstein. Iba a intentar asustarla para luego forzarla a hacer algo. Esperó que no la empantanase más de la cuenta.

—Verá, sabe usted mucho de temas controvertidos. Especialmente sobre la amenaza que suponen los extraños cultos cibernéticos que pululan últimamente por la Confederación.

—Supongo que no le sorprenderá si le digo que se originaron por accidente en la Flota Cruzada, y que andan tratando de encubrirlo, ¿no?

—No, en efecto, ya lo sabía. La administración no quiere involucrarse con esos salvajes. A diferencia de ellos, nosotros sí que tenemos que compensar los daños que ocasionamos a las empresas. Ha llegado a mis oídos que usted podría conocer a alguien especializado en…

David. También sabía lo de David. Claro, cualquiera de los supervivientes de *Triunvirato* le habría contado lo del gigante de *supracero* por una compensación monetaria nimia. Se trataba de gente pobre, al fin y al cabo. Vale, no. Había escuchado cómo ella misma se lo decía a Arvein. Era boba. En efecto, no necesitaba que Eli le contara nada, tenía métodos y dinero para conseguir lo que quería. Y luego, a bocazas como ella.

—Está muerto. Estoy segura de que los propios Cruzados lo mataron. Era un renegado, y les dan caza para evitar que puedan vender tecnología. No tengo pruebas, pero no he vuelto a verlo desde que rescaté a los trabajadores de *EcoGas* y *Heliominera*. Le persiguieron entonces, y dado que los supervivientes que llevaba él no aparecieron…

—Una pena, porque me habría gustado contar con semejante activo. En fin. Volviendo al tema principal, sabe demasiado. Esto que ha visto sobre los SVHs, por ejemplo, me obligaría en circunstancias normales a encerrarla y tirar la llave.

Fue a replicar algo, pero aquel gigantesco pedante levantó el dedo índice enguantado en su armadura japoshi para impedirle hablar. No era Will, ni nadie con quien tuviera confianza, así que le jodía muchísimo esa actitud. Lo malo era que ese tipo estaba en una posición ventajosa. No podía olvidar que era alguien que tenía la potestad de supervisar la actividad de las personas que complicaban la existencia a las multiplanetarias.

—No replique hasta que haya terminado. El proyecto de SVHs de *Robomaestros* que Von Arvein se ha apropiado fue consultado en pleno en la Gran Cámara de Comercio, en una sesión secreta.

—Y se lo prohibieron.

—Ya lo creo. La empresa decidió seguir con él a pesar del veto. Reclutaron a su querido amigo Kenick como jefe de proyecto, junto a un puñado de científicos del ramo, casi todos fuera de la ley. Imagino que usted entiende mejor que la mayoría lo peligroso que es andar experimentando con inteligencia artificial sin límites y sin supervisión.

—Me temo que sí. Si me permite la indiscreción, ¿por qué se metieron en un campo de minas semejante?

El agente ya asumía que conocía más de lo recomendable, así que no se sorprendería si le preguntaba algo inadecuado para averiguar un poquito más. En realidad, ni necesitaba saberlo ni le importaba demasiado, pero quería que pensara que era curiosa y buena investigando. Quizás, así, le cayera un poco mejor a la hora de dictar sentencia. Siempre y cuando no tuviera ya la decisión tomada, claro.

—Ah, la tragedia. Esa es otra realidad que identificará. El director ejecutivo de *Robomaestros*, que en paz descanse, fue quien orquestó esta locura. Quebrantó un montón de leyes para lograr una inteligencia artificial capaz de ser indistinguible de un ser humano. Mató, robó. Le dio igual.

—Y al final se hizo con el cerebro sintético que Arvein reconstruyó.

—Correcto. Una pieza tecnológica increíblemente avanzada que según la Gran Cámara no debería existir porque es peligrosa. La consiguió de un mercadillo de restos de un planeta que le sonará familiar.

—Recnis.

El agente asintió. Joder. Entonces *sí* que era un auténtico computador central de un cíborg o, peor todavía, de uno de los avatares de la *Sombra de Héctor*, tal y como sospechaba. En última instancia, aquellos cacharros podían ser sobreescritos por *Helios*. Igual acababa de meter la pata con la *roboniña*.

—Eso no explica por qué arrastró a la empresa a una situación semejante. Era un directivo. ¿Fue por orgullo? ¿Por poder?

—Al principio creímos que Von Arvein solo robó el plan a su jefe. Durante un tiempo llegué a la misma conclusión que usted: Kenick era un farsante que se apropió de la idea de ser emperador. Luego le colamos los primeros topos y descubrimos que la realidad era muy diferente.

Kiara entrecerró los ojos, al caer súbitamente en algo. Claro. Por eso Elisabeth los envió tan tranquila a una misión aparentemente suicida. No solo había pirateado a la niña, también tuvo en todo momento el control de la mitad de los SVH que Kenick usó para liquidar a Marcus y los suyos. Siempre contó con que las máquinas la protegerían. Los topos a los que se refería Hoffstein eran en realidad replicantes que habían sustituido a los corruptos desde hacía tiempo.

—Veo que ha captado mi indirecta.

—Soy lista.

—No decepciona, tal y como dice la agente Swarley. En fin, el caso es que no, no fue por orgullo ni posición. Le haré una pregunta. Si usted tuviera un poder inmenso igual que el del director Turios y una cantidad asombrosa de dinero, ¿no buscaría cualquier medio humano o divino para recuperar a su familia?

Aquel imbécil sonrió cuando la vio fruncir el ceño. Sabía que con eso le iba a hacer daño, por eso se lo decía. Quería guiarla a su línea de pensamiento asumiendo que era medio tonta, debía creerse el niño más listo del jardín de infancia. Menudo gilipollas.

—Mi familia murió. No es algo que se pueda deshacer.

—Ah, qué gratificante es esa mentalidad proletaria —Su interlocutor miró al techo, ya sellado de nuevo, sin perder la sonrisa—. Vale. Además, necesitará imaginar que cree que tiene poder sobre la vida y la muerte

—Entonces sería una completa imb…

Se le abrió la boca, hilando al fin las motivaciones de Galen Turios. Pues claro. Una niña pequeña, y no un adulto. No una novia, no un rival al que sustituir. Si había algo que evocaba un amor absoluto por parte de los humanos, era eso. Podemos soportar, porque la naturaleza es así, la pérdida de unos padres. De una hermana. De los tíos, de la familia. Pero nunca, nunca, podemos terminar de aceptar lo otro.

—Era su hija. El androide es una réplica de la niña del directivo.

—Daisy Turios. Fue una tragedia. Un accidente estúpido con un repulsor mal frenado. Llegaron tarde al hospital, y el daño fue irreversible. Sufrió una anoxia severa que la dejó en estado vegetativo.

Tal y como sospechaba, se trataba de otra versión de la *Sombra de Héctor*. Era el mismo tipo de criatura, nacida de la horrorosa premisa del *continuismo existencial*. La pequeña del clan Turios murió junto a su cuerpo, y lo que quedaba de ella era un pálido reflejo. Le resultaba desconcertante, sin embargo, que la réplica del tirano cronista hubiera retenido su personalidad, mientras que esa niña parecía parcialmente atada a su programación. Ni siquiera tenía nombre. No fingía sus sentimientos, y al mismo tiempo… mierda. ¡¿Y si no era una *sombra*?!

—Espere. ¿Qué nivel de daño cerebral sufrió?

—De los más severos que se pueden soportar sin que las funciones vitales fallen. Suponiendo que el proceso de copia mental que usted ha descrito durante su duelo verbal con Arvein sea posible, cosa sobre la que tengo mis dudas, es probable que el respaldo que nuestro común enemigo sacó del cuerpo fuera incorrecto. O faltaban partes, o no se salvó nada en absoluto.

Kiara empezó a palidecer, incluso tratando de mantener la compostura. Había asumido con mucho entusiasmo que la pequeña hablaba como una máquina porque Kenick la alteró. Aquello lo cambiaba todo.

Hoffstein volvió a anticiparse a sus preguntas.

—De acuerdo a las notas que hemos incautado, nuestro villano llevó a cabo un proceso de reconstrucción mental. Reparó el cerebro positrónico dañado que poseía Turios, y cargó lo que había *bajado* del cráneo de la pequeña. El SVH no arrancó, puesto que partía de una mente que estaba tan destrozada como la original.

—Así que… así que… —La magnitud de la revelación la arrolló—. Arvein rellenó lo que faltaba.

—Vaya, es usted muy buena. —Aquello le sonó sincero—. Sí, usó una plantilla SVH avanzada, y luego codificó los trozos faltantes él mismo, usando como base el programa fuente de su IA asistente de *Simula3000*.

—De manera que… consiguió una mente híbrida. Es en parte humana, y en parte sintética.

—No tenemos muy claro qué es ahora mismo, así que no me resulta ni sorprendente ni inesperado que esa… *Teresita* se negara a obedecerla. Después de todo, su programación viene de tres fuentes diferentes, y encima posee recuerdos humanos de Daisy Turios. Para colmo, no nos quedó más remedio que alterar su código nosotros mismos, y me temo que mis chicos no son tan buenos como el señor Arvein. Ha aguantado hasta completar la misión, así que podemos considerarlo un éxito. Tener que atar el cabo suelto de su huida es un problema aceptable, mucho menor que el que hemos solucionado deteniendo a su creador.

La dejó tratar de procesarlo. Espacio. Qué cagada. Empezó a sentirse tan culpable como los programadores de *Helios*. ¡¿Qué había hecho liberándola?!

—En fin, su naturaleza intrínseca es irrelevante para el tema que nos ocupa. Lo importante es que podremos acusar a Arvein de alterar la seguridad del modelo SVH y hacer que esa cosa matara a su *padre* y al resto del equipo de investigación. Además, el fugitivo robó el prototipo y usó los retales del laboratorio para construir al doble de Marcus. Imagino que este último era así de soso porque no copió ningún patrón mental dentro. El segundo modelo debía ser tan solo una mezcla de IA y *meca*. Ya lo estudiaremos antes de desarmarlo.

Se mareó. Tenía la boca y los ojos muy abiertos. Se planteó una docena de veces si hacía lo correcto dejando ir a la replicante asesina. Ahora sabía que dentro de su cabecita podía haber algo maravilloso o algo espantoso. De acuerdo a su propio neologismo, era menos que una *sombra*. Y más que humana.

—Es horrible.

De repente, mientras lo decía, otro pensamiento la atropelló. Una de las cosas que temió al liberarla era que *Helios* pudiera encontrarla y tomar el control de su mente. Después de todo, él era el fabricante de su *hardware* base. Sin embargo, si era parcialmente una Inteligencia Artificial, eso podría no ser tan fácil. Qué demonios. No sólo era distinta de las *sombras*, sino que su naturaleza era completamente diferente. ¿Y si el dragón de David trataba de sobrescribirla, y se defendía invadiendo sus sistemas? ¿Podría llegar a amenazar a la mismísima *Risingsun* rebelde? ¡¿Habría ganado sin querer una aliada capaz de hacerle daño al *dios-máquina* de la Flota?!

—¿Sigue conmigo?

—Sí. Estoy… abrumada. No puedo parar de imaginar implicaciones derivadas de su huida.

—Bienvenida a mi mundo. A esto lo llamo martes. Bueno. Si ya he satisfecho su curiosidad, tengo que resolver con usted el problema que nos atañe.

Dreston trató de recuperar la compostura. Veía tantos claroscuros morales enredados en lo que acababa de averiguar, que casi se le olvida que estaba metida en un lío con el agente capullo. A ver por donde salía.

—En fin, sabe cosas que están clasificadas como alto secreto. La ley me autoriza a, como le he dicho, encerrarla y tirar la llave.

—¿Pero?

—…solo un idiota renunciaría a un recurso valioso sin pelear.

Ah. Bien. Acababa de convertirse en *recurso*.

—Le voy a hacer una oferta que evitará que usted y los suyos entren en una cárcel de alta seguridad. Quiero que me demuestre que, tal y como sostiene la agente Swarley, es digna de confianza. Su desempeño en esta operación le ha comprado esa oportunidad. Si pasa la prueba, yo mismo la apuntaré en mi agenda. Podrá aceptar o no mis trabajos, eso es secundario. Lo que más me importa es saber que no se irá de la lengua. Ahora bien, tenga en cuenta que mis misiones están mejor pagadas que las que ya le ha dado la administración, aunque sean más peligrosas. En pocas palabras, se la añadirá a un grupo muy exclusivo de corsarios que tienen acceso legal a proyectos secretos.

—La patente ya me obliga a no decir una palabra sobre trabajos restringidos bajo penas de…

—No, no, veamos —rio el otro, sacudiendo las manos frente a ella—. Estos son secretos de verdad, tanto corporativos como estatales. Si usted habla de algo que no debe bajo patente, la pueden expropiar en el mejor caso y matarla en el peor. Quiero que se quede con la idea de que si se le escapa un solo dato sobre una de estas misiones… una ejecución será piadosa.

Dreston tragó saliva.

—No lo pinta muy bien.

—Ya le digo, solo necesita convencerme de que sabe mantener la boca cerrada. Luego, la contratación es opcional. La parte buena es que esta clase de empleos dan una reputación excelente. Algunos, incluso, otorgan ciertos privilegios.

—¿Como por ejemplo?

—Recibir *mi* ayuda el día que la necesite.

Uh. Habría estado tentada de decir un enorme *no gracias* de tener la opción. Pero cuando a una la ha perseguido una IA gigante y ha sido declarada enemiga acérrima de Hassan Le Darab, ese tipo de favor no está pagado. Joder con Eli. La metía en un problema que podía brindarle una oportunidad de oro. Empezaba a entender su doble juego. Sabía torear a la administración.

—¿Qué necesitaría hacer para demostrar mi valía?

—Esa es la actitud —Le dio un toquecito paternalista muy desagradable en el hombro izquierdo—. La contactaré próximamente con un asunto… de su cuerda. Tengo una instalación que ha dejado de responder a las comunicaciones y me gustaría saber qué ha pasado. Contiene datos críticos del proyecto estrella de alguien muy importante, y me consta que se ha invertido muchísimo dinero en ella.

—¿Se han enviado sondas, o…?

—Como le he dicho, ya se lo contaré. Primera regla de los trabajos *Inframundo*: tiene que aprender en qué punto dejar de preguntar. O sea, ahora. Me la apunto como candidata para este particular, y ya la llamaré. Si al final no la considero apta, la contactaré más adelante. Mientras tanto, boca cerrada respecto a todas esas *peculiaridades* que se ha encontrado. Nada de libros, blogs, o publicidad. —Giró su ordenador de muñeca para mirar la hora holográfica—. Y este es todo el tiempo que le puedo dedicar. La agente Swarley le desgranará las dudas que tenga sobre lo que ha pasado hoy. Le pagará el presupuesto de las dos tripulaciones, así que imagino que podrá celebrarlo como es debido. Me llevo a Kenick Von Arvein a buen recaudo. Le ruego que me disculpe, tengo programada la tortura y posterior ejecución de once agentes corruptos y después he de ir a una audiencia virtual con la Gran Cámara de Comercio. Recomendaré la suspensión y posterior despiece de la empresa *Robomaestros*.

Swarley carraspeó.

—Al final nos ayudaron, señor.

—Lo sé, agente. Su expropiación y subasta es la salida piadosa. Tendría que ver el protocolo que se sigue cuando me obstruyen o atacan de alguna forma. Procuren descansar. Lo digo poco, así que siéntanse afortunadas por oír estas dos palabras: buen trabajo.

Hoffstein se colocó el casco y se bajó la visera, dándose a si mismo un aspecto de guerrero japoshi. Hizo un gesto con la mano, y una docena de agentes empezó a moverse. Levantaron al

congelado Von Arvein entre dos tipos de la talla de un armario, y se lo llevaron a rastras. Por una, y solo una vez, Dreston sintió pena por él. El capullo de asuntos internos era posiblemente de la gente más peligrosa que se había cruzado. Y dado que en esa lista figuraban Le Darab, *Helios*, un cíborg escorpión, el propio Kenick, Palerma XV Sapponell y el señor Navonod; la cosa tenía mérito.

Eli se le acercó.

—Acojona un montón.

—Muchísimo. Tiene algo… perturbador.

—Siento que te haya saltado encima, no tenía otra opción.

—Vamos a mi nave, a ver si con la explicación te libras del bofetón.

Swarley asintió, cabizbaja.



Las cartas de otra tramposa

Pasadas unas horas, el ambiente estaba más relajado. Las heridas de George eran ya cicatrices. Se ducharon y comieron para recuperar fuerzas. Los auxiliares de los agentes retiraron los cuerpos, limpiaron la sangre y se tomaron un descanso antes de acabar de reparar los devastadores efectos de la granada cebada que Alessa detonó en el pasillo de la enfermería.

La parejita andaba sentada en el sofá, los Trevor atareados en afinar la máquina recreativa holográfica en la que Will estaba trabajando, y el gigante preparaba un bocata. Alessa se acercó a Kiara, sentada en la mesa circular cercana a las escaleras. Habló en voz baja, señalando a Pierce con la barbilla.

—No le convencí. Capitana, los francotiradores le hubieran matado por ponerse en medio.

—Comprendo tus acciones, Alessa —respondió Dreston—. Pero no me gusta que no me cuentes las cosas para no perder el *factor cara de sorpresa*. Si otra vez vas a jugar a dos bandas y liársela a los malos, quiero que me lo digas. Y Pierce también.

Hubo un momento de tenso silencio.

—Buen trabajo.

—¿Qué? ¿No me estabas regañando?

—Te llevaste por delante a dos tripulantes de Lydia y cinco comandos tú solita. Y gracias a ti, a que pusiste el foco sobre vosotras, la niña se cargó a las demás *metalobas* y los soldaditos que les quedaban. Salvaste a tus compañeros. Que no me guste la premisa no le resta valor al resultado. Eres buena. Mucho más de lo que creía.

La ingeniera miró intensamente a la capitana. Dreston vio en sus ojos algo desconocido, un punto de incógnita insondable que no reconocía. No acababa de captar qué podía significar. Quiso entender que agradecimiento.

—Me… complace que lo valores. Intentaré mejorar las partes que no te gustan.

—Sé que lo harás genial. Anda. Toquemos a reunión, que va siendo hora de aclarar el galimatías.

Se sentaron en el sofá o en el suelo cercano, de cara al *holovisor*. Eli se puso en pie, dejando a la aún maltrecha Teresa casi derrumbada sobre el asiento. Por primera vez desde que la conocían, la notaron nerviosa. Quería agradarles, recuperar la confianza perdida.

Empezó repitiéndoles la parte que Hoffstein le había contado a Dreston sobre *Robomaestros*, Turios y su hija. Ahondó en lo peligroso que era un ser así y en que decidieron intervenir cuando se enteraron de que Arvein la estaba utilizando para asesinar a directivos de importancia intermedia usándola como cebo. No era ningún secreto que muchos de ellos, hombres y mujeres, disfrutaban de toda clase de perversiones.

Kenick, conocedor de ese gran defecto, empleó a la pequeña como reclamo para poder matar y reemplazar a varios mandos clave. Si bien no se trataba de gente estratégica, la sustitución le permitió acceder a más recursos brutos con los que poder llevar a cabo su plan. Logró echar el guante a materiales y circuitos en gran cantidad, y también a multitud de máquinas de montaje robóticas para acelerar el penoso proceso manual de crear SVHs.

Como era la experta en Kenick y quien lo desenmascaró la primera vez, Swarley fue asignada

al caso por el comisario mayor de su cuerpo, con plenos poderes para reclutar a quien necesitara de su departamento. Siempre, claro estaba, bajo la supervisión de sus superiores directos. En este caso, Pat Marcus.

En *Robomaestros* cundía la desesperación. Con el tiempo se descubrieron varios de los replicantes, y la agencia de investigación se les echó encima. Tras acusarlos formalmente, prestaron su más estrecha colaboración a Eli para intentar sofocar el fuego antes de que los consumiera. Las máquinas de Arvein eran de su marca, reconocibles, y otras empresas ya planeaban denunciarlos por robo y asesinato. Ella les ofreció la inmunidad o reducción de pena que estuviera en su mano a cambio de su colaboración, y tenía que reconocer que se volcaron en ayudarla.

El problema empezó cuando se dio cuenta de que algo no iba como debía. En circunstancias normales, una investigación con bastantes recursos habría dado con la guarida del genio tec en cuestión de pocas semanas, un par de meses a lo sumo. Sin embargo, un Kenick menguado en poder la esquivó con más facilidad que la versión dopada en la cúspide de su carrera. Lo consultó con el jefe de seguridad de *Robomaestros*, y este le dio acceso completo a todas las grabaciones, correos y comunicaciones que mantuvieron. Repasó cada encuentro y reunión y, con los datos cruzados, concluyó que era ella misma la que tenía un topo.

Asuntos Internos era el hombre del saco, tal y como Kiara pudo comprobar. Eran quienes vigilaban a los vigilantes, y muchos de sus altos cargos respondían directamente ante las comisiones de la Gran Cámara de comercio. Sin intermediarios, al nivel de los mandos supremos de su organización. Todo agente les tenía miedo, puesto que tarde o temprano acababan con manchas en el historial. En el caso de ella era una pequeñita, la de Teresa. Pero otros alzaban bienes, extorsionaban o se saltaban la ley para lograr cazar a un sospechoso que ponía sus puestos de trabajo en jaque. Así que llamarlos era atraer unos ojos indeseables sobre uno mismo.

Lo consultó con Poe, su más fiel compañero, y este estuvo de acuerdo en que, si lo ponían en conocimiento del capitán, podía llegar a oídos de Arvein. No sabían quién era el traidor, y a lo peor sería el propio Marcus. Casualidades de la vida, acertaron.

La intervención de Hoffstein lo cambió todo. Les hizo la radiografía a ellos dos y al resto de agentes de su departamento y, sorpresa, pescó a un corrupto. Sintiéndose más traicionados que nunca, Poe y Eli quisieron detenerlo de inmediato. El implacable rubio de asuntos internos los refrenó.

Su agudo olfato le decía que aquella operación la llevaba a cabo más de un infiltrado, así que les pidió paciencia para poder tejer una telaraña con la que atrapar a los corruptos. Con el tiempo empezaron a detectar patrones anómalos, a ver movimientos sutiles que implicaban a cada vez más operativos. Lo más aterrador fue descubrir, con ayuda de una maquinaria especializada de la corporación robótica, que dos de los agentes ya habían sido sustituidos por SVHs que llevaban a cabo sus tareas de forma casi indistinguible.

Eso le dio una idea a Hoffstein. Si su enemigo podía emplear replicantes para deshacerse de los suyos, ellos también. Así que exigió a *Robomaestros* que le suministrara los mismos modelos ilegales que usaba Arvein, y una vez que los obtuvo, primero reemplazó y luego interrogó al corrupto del departamento de Swarley. Por él supieron que pensaban asesinar y sustituir a varios de sus compañeros, así que crearon réplicas que cubrieron a los amenazados durante el teatrillo del hangar con Kiara.

Para entonces ya habían interceptado y reprogramado a la niña asesina, volviéndola contra su

creador y asignándole la misión de proteger a Dreston durante su intervención. Así podría llevarla sin peligro con ella, contándola de su parte cuando llegara el momento de atacar.

Colocaron a los SVHs de *Robomaestros* en la pista, incluyendo a un falso Poe cuya misión sería acercarse a Kiara para hacerla dudar de Eli de cara a una posterior conversación con Pat Marcus. Los tiradores eran en realidad convictos reclutados por Hoffstein de entre peligrosos asesinos a sueldo condenados a cadena perpetua.

El trato que hizo con ellos era darles la libertad a los supervivientes a cambio de que eliminaran a los replicantes aliados y de que no hiriesen de gravedad a los corsarios o a la propia Swarley. Si fallaban, en lugar de soltarlos, los encerrarían en una caja de dos metros cúbicos por el resto de sus miserables vidas. Cuando encontró suficientes voluntarios en prisión, pusieron todo en marcha, y el plan funcionó a la perfección. Soltaron a cuatro asesinos a cambio del éxito.

La representación cuadró a Marcus, que era un amargado. Con el tiempo, se había hartado de que las únicas recompensas por sus esfuerzos fueran palmaditas en la espalda e insípidas medallas, y empezó a creer que los defensores de la Gran Cámara de Comercio necesitaban mejores incentivos. Arvein le convenció de que su rebelión les daría lo que se merecían, y el propio capitán fue corrompiendo a los que tenían más pecados que ocultar.

La clave del plan de Hoffstein era que Pat dudara de Kenick. No esperaba encontrar tantos SVHs entre sus filas, y supuso que su socio ya los colocaba ahí sin su permiso, sustituyendo a los agentes leales y problemáticos sin decírselo. Dado que él mismo había liquidado a dos de los honestos, eso le haría preguntarse hasta dónde iba a llegar el genio tec con la purga. Y, prueba de lo correcta que era la hipótesis, al final la conciencia de Marcus le llevó a rebelarse en el último momento.

El golpe de efecto más impresionante lo dio Eli. Al quedarse sin agentes para su operación, acudió a su capitán, a pedirle prestados ayudantes con los que suplir sus bajas. Pat creyó entender entonces que esa era la intención de su socio desde el principio, y envió con ella a sus más fervientes seguidores con la orden de acabar con Swarley en cuanto se aproximara al planeta.

Sin embargo, lo que realmente pasó fue que asuntos internos los cazó a todos. Fueron capturados por los hombres y mujeres traídos por Hoffstein. Así, se quitaron de encima a un buen montón de corruptos, cambiándolos por unos SVHs que piratearon remotamente a los que ayudaron a Dreston. Nada más llegar a la fundición, las máquinas de Hoffstein buscaron a sus semejantes y los subvirtieron. El capitán, e incluso Arvein, pensaron que los que venían en la nave de la agencia estaban de su parte. Falso, los agentes que ocuparon el perímetro no solo eran máquinas, sino que fueron corrompiendo a sus soldados sintéticos usando las claves de administrador de emergencia de *Robomaestros*, permitiendo después el paso a los refuerzos humanos.

La conclusión era que Marcus y Arvein contaban solamente con un puñado de hombres de verdad, y con unos pocos SVHs que conservaban las instrucciones originales del genio tec. Por eso Eli les encargó la misión con tanta tranquilidad.

Una de las dos cosas que salieron mal durante la coreografía fue que la niña se escapó sin permiso. En algún momento su sarcófago de hibernación y recarga resultó dañado, y la criatura empezó a deambular por la nave. Lo que Teresa vio no era una alucinación, estuvo hablando con la replicante, que decidió tomar su nombre y aprender cosas de ella. La observación de los habitantes del *Pétalo Danzarín* debía haber activado alguna rutina inesperada, y decidió quedarse en lugar de acudir a ayudar al hangar.

—¿Y qué habría pasado en la nave si la pequeña robot no llega a escaparse? —protestó Pierce —. Incluso sin contarme a mí, que acabé *a salvo*, Alessa y Teresa se hubieran quedado vendidas.

—En absoluto. Tuvimos mala suerte con eso. Mandamos a dos SVHs infiltrados en el grupo, suficientes para liquidar a sus compañeros por la espalda. El problema fue que su casuística estaba limitada, no esperaban encontrarte a ti de guardia.

—¡¿Se colgaron?! ¡Pudieron matarnos!

—A ver, tenían que atacar a sus compinches en cuanto empezaran a forzar la rampa. Cambiasteis el plan, y pidieron instrucciones. Cuando pude dárselas, en mitad de mi propio despliegue y a la carrera, el grupo de cuatro ya se había colado dentro y ellos no formaban parte del mismo. Les dije que os localizaran, disparando solo cuando estuvieran seguros de no alcanzaros.

—Es decir, que dos de los comandos que iban con las *metalobas* eran de los tuyos.

—Exacto. Les dije que urgieran a los demás a subir, apuntando que sus compañeros podían estar en peligro. Iban a posicionarse de forma que ninguno de los otros pudiera reaccionar o escapar, pillándolos en un fuego cruzado.

—Por eso se me echaron encima tan rápido.

—Habría estado bien saber que planeaste esa emboscada, Alessa, porque era jodidamente buena. —Suspiró Eli—. Entre *Teresita*, tú y los otros, no tenían nada que hacer. Lo coordinamos fatal.

Pierce gruñó, molesto, sin añadir una palabra más. Cuando se decidió a votar sí a la misión, creyó que el plan sería un poco más sólido. No volvería a cometer ese error. A Swarley no le habría costado colar un operador entre los mecas teniendo en cuenta que llevaban pasamontañas.

—Siento si quedó demasiado holgado. No les dio tiempo a posicionarse. A uno de mis infiltrados lo volaste con la granada y al otro se lo cargó *Teresita* mientras recalculaba su estrategia. Pienso que llegó a disparar a los suyos, la verdad es que no me he molestado en averiguarlo. Ya os digo, en circunstancias normales habrían acribillado a las *metalobas* y a sus compinches en la pista.

Se miraron unos a otros. El plan era tan complicado y retorcido que solo podían esperar que funcionara en una película de espías. Únicamente un ingenuo aspiraba a que semejantes desvaríos salieran bien. Dreston seguía teniendo preguntas.

—¿Y Poe?

—Os manda saludos.

—¿Realmente te engañaron con lo de Lydia?

Swarley puso cara de circunstancias. Les dio la sensación de que le daba vergüenza admitirlo. Al menos, se lo pareció hasta un instante después.

—Fue cosa mía. Me dejé llevar. Marcus le cambió los datos, pero Hoffstein me lo advirtió.

—¿Por qué lo permitiste entonces?

La voz de Teresa sonó quebrada.

—Sé que os sentís desprotegidos por la patente en no pocas ocasiones. Pero la verdad es que os guarda de muchas cosas. En el caso de Lydia no era diferente, no encontré ninguna manera…

legal de meterle mano después de lo que te hizo. Así que, aprovechando que Arvein la puso en nómina, decidí colocarla en donde debía estar. Resultado: su tripulación ha muerto y ella está sola, herida, y en busca y captura. Se le revocará la patente y tan pronto como la detengamos irá mutilada y sin implantes a una cárcel mixta. Que se prepare cuando la atrapemos, porque le espera un retiro de mierda.

Se hizo el silencio, en especial entre Kiara, Will y Teresa. No la encontrarían.

El plan de Eli quedó claro como el agua purificada. Lydia podría haber estado en cualquier lugar, cumpliendo una misión de su nuevo jefe. Aceptando la trampa de Kenick se aseguraban de, como mínimo, meterla en la cárcel por cómplice. En pocas palabras, fue Eli la que la colocó en el punto de mira, de forma que pudiera quitársela del medio de un plumazo junto a Arvein. Había aprovechado aquella conspiración infame para eliminarla.

Kiara gruñó, exasperada. Swarley hizo una apuesta arriesgadísima, sin consultar a nadie, valiéndose únicamente de su posición y capacidad para conspirar. Pero si algo tenía claro, porque llevaba viéndolo desde niña, era que los planes nunca superan el contacto con la realidad. Siempre hay algo que sale mal, una cosa que falla y que obliga a improvisar. Incluso las empresas más grandes de la Confederación tenían especialistas en apagar incendios de todo pelaje.

—Te has jugado nuestras vidas. Vete a la mierda.

—No dejamos nada al azar.

—No tenías ningún plan de contingencia, ni siquiera estabas atenta a que tu novia y Alessa estuvieran convenientemente cubiertas contra una decena de enemigos, incluidas cuatro psicópatas que pretendían torturar a Teresa en cuanto le echaran el guante. Es rastrero y sucio. No lo esperaba de ti.

Eli se quitó la chaqueta, enfadada, y se desabrochó la camisa. Pierce y Will procuraron mirar a otro lado, mientras George arqueaba las cejas al contemplarla vestida solo con el sostén. Era uno deportivo, nada aparatoso, que no daba a entender mucho más que una camiseta de gimnasio. Por debajo de las costillas flotantes del lado izquierdo de la agente, cerca de los moratones de los disparos que recibió en el hangar, se veía una cicatriz pequeña. Todavía roja, reciente.

—No he podido ir a que me quiten la marca.

—¿Y eso? —Preguntó Teresa, señalando—. No te lo conocía.

—Hoffstein me lo hizo. Como no estaba seguro de nuestra lealtad al principio, nos colocó a Poe y a mí un micrófono explosivo que registró absolutamente todo lo que hicimos durante la investigación. Sobra decir que, si no cumplíamos nuestro papel o le traicionábamos, nos habría hecho reventar. Por si pensabais que tenía alguna opción además de engañaros.

—Nos has dicho que elegiste involucrar a Lydia y su gentuza —apuntó Will—. Tan atada no estabas.

—Porque convencí a Hoffstein. Él la consideraba una molestia menor. Sabía quién era, la relación que tenía con Teresa y lo que significaba dejarla libre. Le daba igual, en realidad, hasta que le dije que implicarla me motivaría para esforzarme al máximo.

Pierce y Dreston se miraron. La capitana estaba enfadadísima, mientras que las cejas arqueadas del mecánico revelaban que no le convencía la idea de que Eli fuera la mala de la

película. Trevor creía que en el mundo en el que se movía Swarley, no debía ser fácil congeniar los intereses personales con el trabajo.

—Tienes muchos enemigos, Kiara. —La agente suspiró, bajando la mirada—. Demasiados para ser tan joven. Comprendo que no aprobéis mis métodos, pero con esta maniobra os he quitado a dos de los más peligrosos del medio. No es algo que se logre todos los días.

—También nos has puesto en un brete con Hoffstein. A saber a qué clase de misión kamikaze nos mandará ahora.

—Lo averiguaremos juntos —Hubo un momento de incredulidad cuando Swarley dijo aquello —. Le pedí… supervisar esa operación.

—Espera, a ver si lo he entendido —Will se rascó la cabeza—. Como intuías que nos iba a enmarronar para meternos en la lista de los pringados de confianza… ¿Te has apuntado a la misión a la que nos va a mandar sin saber de qué va?

—Exacto. Aunque mis intenciones fueran buenas, tenía claro que este asunto no os gustaría ni lo más mínimo. Así que, a modo de compensación, tendréis una tripulante que hará lo que no os apetezca hacer durante este tiempo. Como poco, obedezco sin preguntar y trabajo hasta reventar. Eso ya lo sabéis.

Kiara frunció el ceño aún más. No tenía claro que las intenciones de Eli fueran precisamente cristalinas después de lo que había sucedido. ¿Estaría de verdad tratando de reconciliarse con ellos, o los manipulaba de nuevo? ¿Sabría a dónde los iba a mandar Hoffstein? ¿Era su espía?

La agente abandonó la pose desafiante y casi se derrumbó en el suelo al ver sus dudas. Estaba agotada, hastiada y harta. De repente, parecía que le hubieran caído diez años de peso encima. Agarró su camisa y se abrazó las rodillas.

—La confianza es un bien muy escaso, y al mismo tiempo muy frágil. Sé que cuando se rompe es muy difícil repararla. No puedo ofreceros más que esto. Os juro que lo he hecho lo mejor que he podido, no quería que ni Arvein ni Lydia os hicieran daño. Ni tampoco Hoffstein, en cuanto me enteré de que ya os tenía en su lista negra. En mi agencia es muy complicado maniobrar porque por un lado somos funcionarios públicos y por otro las manos ejecutoras de la Gran Cámara de Comercio. Sé más cosas de las que os he contado. Estudié las posibilidades con ayuda de Poe en cuanto vimos el panorama, y ambos llegamos a la misma conclusión. La corsaria renegada y el genio tec, juntos, eran demasiado para vosotros.

Alessa suspiró. Se levantó de su asiento, colocándose al lado de la derrotada Swarley. En un gesto muy inusual en ella, le apoyó una mano en el hombro. Elisabeth giró la cabeza, al borde de las lágrimas, hacia la ingeniera.

—Tiene razón. Kenick y su nueva esbirra estaban mucho más cerca de darnos caza de lo que podéis imaginar. Cuando los contacté para empezar mi doble juego, a esa burra de Lydia se le escaparon unos cuantos detalles muy interesantes. Uno fue que el jefe solo mandaba basura a por nosotros para que nos confiáramos. Otro de ellos, fue este.

Fourier sacó algo del bolsillo y lo tiró al suelo, ante el sofá. Fue George el que lo recogió, sosteniendo el relativamente pequeño aparato entre sus dedos descomunales. Se lo pasó por delante de la cara.

—George diría que es un localizador *Hermetronicos AL-78* de largo alcance. De categoría casi militar. George sospecha que Alessa lo sacó de la nave.

—Premio. Ya me he disculpado, pero lo volveré a hacer si lo necesitáis. A la fuerza, tengo que ponerme del lado de Swarley, en tanto en cuanto he cometido el mismo pecado que ella. He creído que podía arreglar las cosas yo sola, cuando somos un equipo.

—Una familia. —La corrección de Pierce sonó a reproche.

—Cierto. Por tanto, si no os veis capaces de perdonarla a ella, o a mí, me temo que tendré que dimitir. Considero que mi delito es el mismo que el de Elisabeth. Así que ciño mi decisión de marcharme al veredicto para ambas.

Hubo cruces de miradas. Teresa, sobre todo, estaba pálida. El gigante contempló el aparato de seguimiento que había en la palma de su mano, y tras cerrar los dedos, lo aplastó con un chasquido a *poliplástico* roto. Se colocó al otro lado de la agente.

—A George no le ha gustado la trampa de Eli. Tampoco que Alessa llame a malos para engañarlos sin decir nada. George también se ha equivocado cambiando el plan cuando Eli se lo pidió por radio. George no dimite porque ama con locura a su familia y no quiere irse, pero está avergonzado. Mucho.

El gesto de Dreston se reblandeció. El grandullón confió ciegamente en las instrucciones de campo de Swarley para protegerlos a Will y a ella. Sin embargo, era la última persona a la que quería echar algo en cara. Era un amor, dedicado y leal.

—¿Teresa?

—Lo ha hecho por mí. —Pocas veces se la veía con lágrimas en los ojos, y en ese momento a duras penas podía contenerlas—. Aun siendo un plan descabellado, la perdono. En cuanto a Alessa, me ha protegido con garras y dientes. Sería mezquino enfadarme con ella.

—¿Y George?

—Tío, eres un cacho de pan —sonrió la primera oficial—. Quítate de ahí, que tú no has hecho nada.

Tímidamente, el gigante se apartó. Dreston se volvió al piloto.

—¿Will?

—Yo dije desde el principio que esto era una mierda de plan. Lo mantengo. Ahora, reconozco que ha salido bien. Eli se ha quitado del medio a dos amenazas inminentes, y ha impedido que el *altoloquesea* rubiales nos encierre. Si jura no volver a liarla así y quitarme el turno de limpiar la bodega, me tiene comprado. En cuanto a ti, Alessa, más te vale encontrar una forma de compensar a papá. Electrocutarlo ha estado feo no, lo siguiente.

El mecánico carraspeó.

—Suscribo a mi chico. Señora ingeniera, ya puedes imaginar algo fabuloso para arreglar tu cagada. Tengo la piel negra.

Ella arqueó una ceja.

—Soy una mujer inteligente. Poseo una crema maravillosa para las quemaduras, y ya he pensado algo que te gustará.

—Pues entonces, visto. Con Eli, te dejo el marrón a ti, Kiara. No hemos salido muy mal parados, teniendo en cuenta las cartas de mierda que llevábamos. Creo que las de ella también eran bastante malas, que conste. La rajaron para meterle un micrófono bomba.

La capitana estiró el cuello, mirando al techo mientras exhalaba. Era algo complicado. No quería perder a Alessa a pesar de su actitud reprobable. Por otro lado, Swarley se había aprovechado de su confianza, pero tal y como decía, para poder eliminar a dos némesis. Siendo profundamente egoísta, si contaba con la capacidad de cargarse a alguien como Arvein, igual podía echarles una mano en el futuro con Le Darab. En efecto, no tenía demasiados amigos, mientras que su lista de enemigos no dejaba de crecer.

La vida de corsario presentaba muchas desventajas, y pocas cosas buenas. El principal problema era que las misiones eran meros acuerdos comerciales para los clientes, y en ocasiones terribles ofensas para los objetivos. Se imaginó que el tipo lagarto no tendría en aquellos momentos una opinión muy agradable sobre ellos. Era verdad. No contaba con demasiados amigos, y no podía permitirse perderlos. No sin darles una segunda oportunidad.

—Vale. Te dejaremos recuperar la confianza de la tripulación. Ayúdanos en esta misión para tu jefe, y después iremos viendo como cicatrizamos esto. ¿De acuerdo?

Le tendió la mano, y Swarley la usó para levantarse. Con Fourier ya estaba todo hablado, así que solo tendría que arreglar ella misma el enfado de Pierce. La agente sería una magnífica ayuda ante cualquier marrón que tuviera pensado Hoffstein, Teresa estaría contenta conviviendo con ella una temporada y esa compasión inclinaría todavía más a Eli a considerarlos de los suyos.

En el fondo, una reconciliación les venía bien.

Ninguno de ellos se imaginaba, ni por lo más remoto, en el lío en el que acababan de meterse. Hoffstein era un tipo peligroso, mucho más de lo que parecía a simple vista.



Perdona, pero es la peor disculpa de la historia

La exposición finalizó, y sonrió satisfecha. El esquema que flotaba tras ella mostraba el análisis completo del cuerpo de la niña replicante. Se destacaban los mecanismos internos, los músculos y huesos artificiales y la circuitería más importante. El cerebro positrónico latía entre el blanco y el azul eléctrico, destacando su posición predominante en el conjunto.

La analizó mientras recorrían la pista interior de la fundición embutidas en uno de los transportes de superficie, idéntico al que Will y Kiara tomaron. Ni la pequeña abominación ni la preocupada Teresa repararon en su analizador de estructuras conectado, así que pudo recopilar ingentes cantidades de datos de la androide. Además, grabó la conversación con ella, lo que revelaba que se trataba de una inteligencia artificial extremadamente avanzada para estar constreñida dentro de un cuerpo tan pequeño. Era lógico teniendo en cuenta que esos cerebros artificiales los diseñó *Helios* para contener la mente de un ser humano parcialmente integrado en sus sistemas.

Sonrió mientras la figura opaca rumiaba su veredicto. Quería otros dos años por los esquemas, y tres meses más por la frecuencia del localizador que le había colocado. Le aseguró que funcionaba, y que estaba siguiendo su ruta de huida a través de varios sistemas. En algún momento se desharía de la ropa, así que el precio que podía pedir por él era limitado.

Robomaestros iba camino de la ruina, así que no les resultaría difícil pujar a través de un intermediario para hacerse con los restos de la división responsable de aquel infierno durante el proceso de despiece corporativo. Al SVH que mató a Marcus ya lo habría desmantelado la agencia, pero seguramente ellos podrían extraer información bruta de los estudios de Arvein.

—Reconózcalo. Lo quiere.

—Claro que sí. Ahora estoy evaluando lo fascinante que resulta su nueva… familia.

Fourier entrecerró los ojos mientras sonreía con suficiencia. Aquel cabrón bien podía estarse pensando si merecería la pena quitarla del medio para colocar a uno de sus propios agentes en su lugar. No importaba el apego que le profesara Kiara, porque si se lo proponía, el grupo de su interlocutor la mataría y se encargaría de cruzar un sustituto más afín en el camino de la capitana.

—Le ahorraré la idea. Me necesita.

—Sabe que no. La gente de su calaña es peligrosa. Y de entre todos, usted es la que más. Ya le he advertido en otras ocasiones que no me tome por tonto.

—No le tomo por nada. Solo le recuerdo que soy quien tiene la mayor tasa de éxitos con una diferencia abisal sobre mi inmediato seguidor. Además, hay otras dos fuentes de información que saben de mi existencia, porque tres de sus predecesores cometieron la imprudencia de cruzar nuestros caminos. ¿Qué mensaje les iba a mandar si me elimina sin incumplir las reglas? ¿Por qué iban a plegarse a sus normas ni un minuto más, sabiendo que los matarán en cuanto les convenga? ¿No ve que, si encuentran una mecenas tan buena como Kiara Dreston, se la callarán para que no los eliminen?

El hombre distorsionado guardó silencio. Alessa mantuvo el gesto y la mirada fija en la cámara, para que viera que no iba de farol. Sabía que acababa de tensar las cosas más de lo recomendable, aunque la alternativa era un enorme agujero en la cabeza producido por una bala de francotirador disparada desde varios kilómetros de distancia. Se la jugaba con gente peligrosa.

—Eso ha sonado a amenaza.

—No más que lo que me ha dicho usted justo antes. Seamos claros. Puede matarme cuando le venga en gana. A mí, a mi fuente. Al puñetero presidente de la Confederación, si se lo propone. A quien le plazca. Sé cuáles son sus recursos y sus límites. Sin embargo, le conviene cuidar de los chivatos como yo. De cada uno de nosotros, porque hemos aceptado ser sus ojos y sus oídos en este estercolero. Tenemos experiencia de campo, somos egoístas y miserables. Nos movemos únicamente por la recompensa, por aumentar el relojito un poco más, y haremos lo que haga falta por conseguirlo. No necesita sustituirme, porque mientras mi *metavaca* produzca leche, viviré cómoda y me tendrá controlada. Y el día que no saque más, la mataré para carne y le encontraré otra.

El otro cambió a un tono incluso más frío que el anterior. Podía sentir el desprecio, denso como una cucharada de alquitrán.

—Eso es asqueroso.

—Soy un ser inmundo —Se encogió de hombros—. Lo he aceptado, y ya está. Estoy segura de que ninguno de sus estirados compañeros quiere convertirse en lo que soy. Tendrían que obligarles, y a la larga…

—Vale, basta. La dejaré en paz, de momento. Mande los planos y actualizaré su contador. Esa tecnología positrónica es un auténtico peligro, tenemos que estudiarla para poder desplegar contramedidas. Se buscará al pequeño monstruo y se lo desarmará. Comprenderemos cómo funciona.

Alessa guardó silencio. Cualquier persona normal habría sentido ciertos remordimientos al entregar a una criatura como *Teresita*. Si bien conceptualmente era una abominación, una máquina con pensamiento independiente, el rato que compartió con ella le reveló que en el fondo sus patrones mentales no diferían demasiado de los de una niña. La inocencia, la curiosidad y la alegría debieron entremezclarse con el programa asesino de Arvein. Le dio la sensación de que, de alguna forma, *elegiría* no ser una máquina de matar ahora que era libre, aunque seguiría segando vidas si lo necesitaba.

Estaba convencida de que Dreston la dejó escapar y de que, si no hubiera tenido a los agentes de Hoffstein encima, pudo haber llegado a aceptarla como otro miembro más de su familia de inadaptados. Con el tiempo, el monstruito podría terminar por parecer de verdad. Por suerte para la humanidad, Fourier no sentía compasión por nadie.

—Sin embargo, no queremos el localizador. Es una pista demasiado tenue. Si depende de su ropa desgarrada y manchada de sangre, no durará mucho.

—Podemos negociar los dos…

—No. Le compro los planos. Acepto su miserable existencia y sus buenas capturas, pero no que me venda baratijas. Colóquelo mejor la próxima vez. Fin de la comunicación.

La imagen desapareció, y se golpeó con los dos puños cerrados en los muslos. Casi cuela. Si hubiera insertado el localizador en un sitio más permanente, aquella cosa se habría dado cuenta. El diseño SVH le permitía sentir la piel como la de un humano normal, de forma que incluso desgarrada o sangrando percibiría la intrusión en algún sensor. Guardó el dispositivo a toda prisa, en cuanto consultó la hora.

Tras asegurar el fondo de la maleta y colocarla *vacía* en el armario donde no levantaría

sospechas, se preparó. Se quitó su amado jersey y lo dejó doblado sobre la silla, se ahuecó el pelo ante el pequeño espejo colgado en la pared y se desabrochó el primer botón de la camisa. Volvió a mirar el reloj, y solo le dio tiempo a contar hasta tres antes de que sonara la puerta.

Se congratuló sobre lo bien que hacía los cálculos.

—Pasa.

Pierce Trevor apareció en el umbral. Venía con mala cara. No enfurruñada como hacía unos días, sino con una expresión de profundo hastío. Dado que sus anteriores intentos no funcionaron, le tocaba aplicar la opción radical.

Sabía que seguía muy cabreado con ella, e iba a cambiar eso cuanto antes. No dejaba de ser la brújula moral de la capitana, además de quien solía templar a los demás. Por eso lo salvó, pudiendo haber dejado que lo mataran. No ganaba nada teniéndolo en contra por una nimiedad. Ya se había ganado a Teresa y a su chica con la escenita de la renuncia, y ahora le tocaba al *manitas*.

Entró, y Fourier cerró la puerta.

—Vaya horas. ¿Qué quieres esta vez?

—Firmar la paz.

Se abalanzó sobre el mecánico, arrinconándolo hacia la pared. Apretó su cadera contra la de él, rodeándole la cintura con las manos. El pequeño hombre abrió los ojos como platos, sin saber qué contestar. Fue acercándole primero la cintura y luego el torso, hasta que prácticamente lo inmovilizó por completo.

—Pero… ¿Se te ha ido la cabeza?

—No.

Finalmente, reaccionó, intentando interponer sus manos entre ellos. Como esperaba, era más fuerte que él. Trevor nunca se había caracterizado por su físico, era todo habilidad y cerebro. La antítesis del tipo de hombre que ella anhelaba.

—¿Esta es tu inteligente forma de pedir disculpas? ¿En serio? ¡Si te gustan los tíos cachas!

—Mira, Pierce, seamos honestos entre nosotros. Ya empezamos a tener una edad. Yo más que tú.

—¡¿Y?!

—¿Cuánto tiempo hace que nadie te propone algo así? —Le puso un índice en la boca—. Te anticipo mi propia respuesta. En mi caso, *años*. A los piratas no los cuento, porque sus *ofertas* es mejor rechazarlas siempre.

El mecánico guardó silencio, con los labios sellados. A Fourier no le hacía falta la respuesta. No era de los que pagaba por algo así, y siendo un escuchimizado bajito, pobre y con poco pelo; no habría muchas que quisieran rollo con él. Podía ser que, incluso, llevara a dos velas desde que lo dejó con la madre de su hijo.

—Nadie tiene por qué enterarse.

—Vivimos en una nave pequeña, Alessa. Todo se sabe.

—Mira, incluso con esas. ¿Cuántas veces has estado a punto de palmarla últimamente?

Trevor empezó a perder el gesto de miedo y rechazo. Alessa llevaba un perfume sublime, caro, de los que vendían en tiendas especializadas. Incluía un montón de feromonas para hacer su oferta prácticamente irresistible. Ya lo había atrapado, caería en su red una vez pasada la sorpresa inicial.

—¿Carpe diem? ¿Te agarras a eso?

—¿Tú no? Casi me capturan las compinches de la ex de Teresa. Con eso te lo digo todo.

—Enrarecerá el ambiente.

—Por favor. ¿Más que las salidas de tu hijo y su amiga, la máquina de ligar con pareja estable? —Lentamente, le fue deslizando el dedo por la mejilla hasta acariciarle el cuello—. Estoy tan activa con los tíos buenos porque no me dan bola.

—No sé. Me das… miedo, para qué mentir.

—La ventaja de liarte con una mujer tan mayor como yo es la experiencia que tengo. Igual estoy un pelín oxidada, pero me pondré al día enseguida. Hay un montón de cosas que puedo… compartir.

Notó que su interlocutor empezaba a perder el control. Era un tipo serio, metódico y completamente centrado en cada cosa que hacía. Sin embargo, no dejaba de ser un hombre. Y los varones eran fáciles de manipular con sexo, estaba en su naturaleza.

—Carpe diem, Pierce. Puede que mañana no esté aquí, y te arrepientas.

—Es la peor disculpa que he oído jamás.

—Procura escucharla entera antes de juzgarla.

Cerró los ojos, apretando los labios contra los de Trevor, que respondió positivamente al contacto. Les aguardaba una noche larga y esperó, placentera. Podía ser divertido dependiendo de la habilidad del mecánico, incluso durante una temporada. Pero no perdía de vista su objetivo.

Alessa Fourier nunca hacía las cosas por amor al arte.

La colonia silenciosa

Ese futuro no es para mí

Cuando abrió los ojos, en la suave penumbra de su cuarto, se encontró más cómoda de lo que había estado en mucho tiempo. Él la rodeaba con sus brazos fuertes, pegando su torso contra su espalda desnuda. Sonrió, acurrucándose y dejando que su fragancia la envolviera. Se la puso cuando salieron a cenar, y todavía duraba.

La sensación de felicidad la embriagaba. Su cerebro fantaseaba con un futuro juntos, en el que envejecían regentando un negocio tranquilo como el de su amiga Vanisha. Pensó en ella un instante, en el dineral que le daban por alquilar su nave y en lo contenta que le pareció ante la puerta de su futuro local. Le traspasó la patente al nuevo capitán, y este mantuvo a prácticamente toda la tripulación de Khapali en nómina. Al menos, a los que quisieron quedarse. Era una situación inusual, si tenía que ser sincera, dado que solía costar una fortuna y pocos corsarios o aspirantes poseían unos fondos tan generosos. Ella misma seguía dentro de la categoría de *pobre*.

Fue a arrebujarse todavía más con los enormes brazos masculinos que la rodeaban, cuando cayó en la cuenta de algo. Mierda. Sí que conocía un caso cercano, además del de Vanisha.

Se levantó con mucho cuidado, tratando de no despertarle. Tras liberarse de la sensual presa, deslizó la sábana y luego volvió a tapar al hombre con el que llevaba compartiendo cuarto las dos últimas semanas. Era fornido, alto y moreno; un coloso del tipo que le gustaba a Alessa. Le pareció ver, de hecho, una pequeña chispita de envidia en el fondo de sus ojos cuando se lo presentó. Que se fastidiase, que sabía que estaba liada con Pierce a escondidas, y no le cabía la menor duda de que no decirlo era idea suya.

El chico en cuestión se llamaba Gabriel. Se trataba de un nuevo capitán, que heredaría la patente de su tío carnal en cuanto terminara el papeleo. El joven llevaba como primer oficial desde que era prácticamente un adolescente, y conocía una parte muy importante de los entresijos del oficio. Hasta donde veía, tendría un futuro prometedor en el gremio, porque ya contaba con una nave bastante grande.

No conocía a Seth hasta que Gabriel se lo presentó, aunque tras una conversación con él y una sesión de cotilleo en *Astranet*, estaba a un paso de pensar que se trataba de una jodida *leyenda*. La cantidad de trabajos terminados le situaba entre los doscientos mejores corsarios del Tercer Anillo, y eso era una puntuación tan ridícula que hacía palidecer a la de Khapali, que ya le resultaba asombrosa.

El chico no veía tan claro que fuese a triunfar. Como en el caso de Vanisha, los leales a su tío se apearon junto a él, a un retiro cómodo y sin complicaciones. Para cuando terminara de atar los cabos sueltos de su herencia y finiquitara el expediente de regulación de empleo temporal en el que estaban sus marinos, le quedaría una buena cantidad de asalariados y ningún corsario de fiar.

El chico era un partidazo. Era fuerte, valiente, inteligente y bastante divertido. El tipo de persona que le cae bien a todo el mundo. Además, tenía contactos en el mundillo, una nave de ensueño y más ganas de comerse la galaxia que ella. Cuando Hoffstein les ordenó que se quedaran esperando en aquella luna turística, pensó que no tendrían nada que hacer más allá de reparar la nave. Ni siquiera el aceptable estipendio que les daba para gastos salariales y alimenticios compensaba el aburrimiento existencial y la incertidumbre.

Luego hizo caso a Will, Eli y Teresa, y salió de fiesta. Incluso se llevaron a George, dejando a Pierce a solas con Alessa para… revisar los motores. El gigante no entendió nada más allá de que en las discotecas había muchas chicas gritando a su alrededor y tratando de abrazarlo, mientras los otros tres pájaros se reían de lo lindo.

Estaba ya cansada de quitar moscas de encima al pobre supersoldado cuando Gabriel apareció a echarle una mano. Él y dos colegas de su tío se lo llevaron a un reservado, donde el grandullón se pasó escondido toda la noche escuchando las batallitas de los veteranos. Ella, sentada en la mesa de al lado, descubrió a un hombre magnífico. Empezaron a salir, una cosa llevó a la otra… y acabaron liados.

Al principio le ilusionaba la idea de volver a ir en serio con alguien. Ver al otro, entenderlo, descubrir su personalidad y sus matices. Si tenía que ser sincera, Gabriel era una persona muy interesante. De haberlo conocido en otra época, habría estado segura de que llegarían a algo importante. Sin embargo, al verlo dormir en su cama, ahora solo sentía vacío.

Se imaginó que sus desesperadas hormonas decidieron que con treinta y tres años ya no iba a tener muchas más oportunidades de sentar la cabeza. Pero primero pensó en lo mismo que cuando abandonó a David, poco antes de la muerte de su padre. El chico sí que quería algo duradero, una mujer especial que le cambiara la vida. Ser corsario estaba bien, pero iba a embarcarse en esa odisea acompañado de un montón de extraños que le verían como un jefe. Un desconocido a nivel personal, o casi, que les pagaba un salario a cambio de su trabajo. Por eso tenía tantas dudas.

Ella apareció de la nada, poniendo su ya avanzado plan patas arriba, dándole la vuelta a su herencia y al legado de su tío Seth. Al principio todo fueron mariposas, miradas cómplices y una nube de feromonas que le impidieron pensar. Luego la cosa se fue relajando, hasta llegar al punto donde se encontraba ahora. Parecía que el maldito *Motor de Vacío* le hubiera recordado su existencia, que le picara en el hombro haciéndole ver que nada tenía sentido. Era como una mancha, una suciedad de las que no sale que por mucho que laves.

Suspiró, dándose la vuelta y recogiendo en primer lugar su ropa interior. Luego fue recuperando el resto de sus prendas desperdigadas por la estancia a la romántica luz de las velas, que proyectaban sombras danzarinas que le daban a su camarote un aspecto de lo más peculiar. Juntó todo sobre una de las sillas de invitados, y se vistió en completo silencio. Se sentó nada más terminar, apoyando los antebrazos en los muslos y mirando a Gabriel. De acuerdo a su ordenador de muñeca, quedaban unos cinco minutos hasta que sonara la alarma. Se despedirían, miraría los trabajos, pondría en seguimiento los más interesantes por si seguían disponibles cuando terminara con la tomadura de pelo del *alto gilipollas* de asuntos internos. Luego transcurriría el día y vuelta a empezar.

Gabriel era perfecto. En un sentido tan literal, que daba hasta miedo. No solo no le encontraba apenas defectos, sino que encima estaba locamente prendado de ella. No se atrevía a decir enamorado, porque si lo hacía, se sentiría mucho más miserable de lo que ya se sentía en aquellos momentos. El problema era ella. Se negó a aceptar lo que pasaba desde el principio, y ahora iba a hacer daño a un inocente.

La alarma sonó, inmisericorde, en la estantería. La obligaba a levantarse, poniéndose de rodillas sobre la cama para apagarla. Despertó a su invitado tras molestarlo lo suficiente, aunque él pudo alcanzarla quedándose sentado. Luego se recostó, colocándose las dos manos cruzadas tras el cuello. En aquella posición podía contemplar sus pectorales completamente definidos,

incluso bajo el vello corporal. Tenía gracia, en plena era espacial conocía bastante gente que se ponía exquisita con el tema de las depilaciones.

—Buenos días. Perdona que no me levante de inmediato, tu cama es el lugar más cómodo en el que he pernoctado últimamente.

Se limitó a sonreír, a pesar de la tristeza. Él cambió el gesto de placentero despertar por uno que mezclaba sorpresa y preocupación. No, desde luego que no tenía un pelo de tonto.

—¿Pasa algo?

—Me gustaría hablar contigo antes de bajar a desayunar.

—A mí también. Kiara, no podemos seguir así indefinidamente.

Trató de no alterarse. Tenía decidido dejarle en aquel instante, pero no sospechaba que él pretendiera cortar también. Su orgullo se agazapó, preparado para saltar. Por algún motivo que ni ella misma acababa de entender, no quería que le adelantara por la derecha.

Él se incorporó, todavía desnudo, sentándose en el borde de la cama. Se le notaba nervioso, se frotó las manos un par de veces antes de hablar. Era curioso, no le conocía ese gesto. Siempre le pareció muy decidido.

—He pensado que esto, tal como va, no tiene futuro.

Bendito espacio, un adelantamiento peligroso que mandaba a su amor propio a boxes con los motores incendiados. Frunció el ceño de forma involuntaria, antes de darse cuenta de que era una maldita hipócrita. Se sintió mal de inmediato, pero él notó el cambio.

—A ver, es que… sé que estás aquí esperando un trabajo, y que te vas a marchar en cuanto te llame el empleador. Entiendo cómo evolucionará la situación. Nos veremos de vez en cuando, escribiéndonos un montón al principio y casi nada más adelante. Con el tiempo, la cosa se enfriará más.

Maravilloso. Su orgullo apretó la pistola contra la sien, de manera estúpida y egoísta. ¿Por qué se molestaba? ¿Desde cuándo era tan mala persona? ¿Alguna parte de ella sí que se iba a arrepentir de dejarlo con Gabriel?

—Así que he pensado que lo mejor es que, si te parece bien…

Ahí iba. Pues nada, a tomar viento. Adiós a su iniciativa.

—…que podría dejar lo de la herencia en el congelador. Estando reclamada, no me cuesta nada no usarla un tiempo. La tripulación al final son empleados, no familia o amigos. Esos se van todos. A la mayoría de los que se quedan no los conozco de más de un año o dos. Cuando eres el primer oficial de tanta gente, los veteranos tratan más con los compañeros que tú.

Espera… ¡¿Qué?!

—No sé, podría ir contigo, y ver qué pasa. Como tripulante, con un sueldo reducido. Alquilaría la nave una temporada, con un buen seguro, y eso cubriría todos mis gastos. Puedes contratarme por el mínimo, y te lo devuelvo pagando yo cuando compremos material para alguna cosa. Le pregunté a mi tío, y aunque no le hace gracia, también cree que mereces la pena. Tengo su bendición.

La madre que trajo a todos los bucaneros de espacio polvoriento de los tres Anillos exteriores subidos en el petardo a reacción en el que persiguió a las secuaces de Lydia. Su máscara de

póker no solo se agrietó, estalló en fragmentos de tamaño subatómico. ¡¿Le estaba sugiriendo irse a vivir con ella?!

—¿Perdona?

Se levantó, aún desnudo, con las manos en alto. Correteó nervioso en su dirección, tratando de hacerle ver que no pasaba nada. Cuando finalmente se arrodilló delante de ella, empeorando la situación, su cerebro seguía gripado. No se lo podía creer. De ninguna de las formas posibles o imposibles.

—¿Te he asustado? ¡No quería eso! —El pobre Gabriel no sabía cómo arreglarlo—. Kiara, de verdad que yo…

—Escucha, es que…

—Mira, alguna vez te he soltado que eres perfecta. No es que te quisiera camelar, lo decía en serio. Veo en ti el tipo de mujer que he estado buscando durante mucho tiempo. Inteligente, divertida, leal. Te importa la gente, cuidas de los tuyos con uñas y dientes, estás preocupada a todas horas de que estén bien. Es… es que hasta encajas en mi tipo de chica. No sé qué más podría decirte.

—Espero que no sea *te quiero*. Por favor.

—No. Claro que no. —Aquello le ofendió, aunque se sobrepuso con una media sonrisa que daba a entender que se lo tomaba a broma—. Me atraes, creo que eres muy especial. Podría quererte, pero sin prisas. Es que… necesito saber si esto llegará más lejos.

Dreston bajó la vista. Alguien normal habría sospechado que le miraba sus partes aprovechándose de que no llevaba nada puesto. Gabriel no. Era buena persona, y tenía que decírselo.

—Escucha, yo también creo que eres perfecto. Demasiado, quizás.

—¿A qué te…?

—Tú querrías establecerte pronto, antes de los cuarenta. Formaríamos una familia, con un negocio cerca de tu tío. Entre tu dinero y lo que sacara yo durante ese tiempo, tendríamos suficiente.

—Pues…

—Gabriel, ese futuro no es para mí.

El pobre se quedó sin palabras. No alcanzaba a entender por qué le decía que no. Supuso que en el fondo creía que estaban predestinados, o algo así. Ella, de no estar en sus actuales circunstancias, también lo habría pensado. El problema era que quería agarrarse a su silla, vivir al límite mientras fuera posible. Hasta que fuese tarde, si hacía falta. Si le negó aquello a David, no podía concedérselo a su nuevo pretendiente. Era un buen chico, no se merecía que no pudiera corresponderle.

—Hay varios motivos. Por un lado, soy un peligro. Aunque por contrato no debo contarte quienes son mis enemigos, he cabreado a gente lo bastante poderosa con mi trabajo.

—Igual puedo ayudarte.

Dreston sonrió, negando con la cabeza.

—Gabriel, le corté la mano derecha en un duelo a Hassan le Darab, el rey pirata. Él ya me

había seccionado varios músculos abdominales, pero se distrajo. ¿Recuerdas la espada tan chula que tiene Teresa? ¿Y mi cicatriz de la barriga?

Su interlocutor se quedó sin habla. Seguramente no esperaba que fuera a sacar, de entrada, a un enemigo tan peligroso. Lo malo era que ni siquiera se trataba del número uno de la lista. *Helios* dominaba el podio sin oposición y ahora, gracias a Hoffstein, no podía sacarlo a relucir.

—Es… es una broma. ¿Verdad? ¿Fuiste tú? ¡¿Fuiste tú la que le derrotó en duelo?!

—Y desde entonces quiere hacerme picadillo.

—¡Eres una heroína! ¡Todo el mundo debería saberlo! ¡Solo se dice que fueron dos mujeres las que le plantaron cara! ¡Erais Teresa y tú!

—También George, que no es fácil de omitir.

—¡Esto no me disuade! ¡Ahora te admiro!

Dreston suspiró para sus adentros. Iba a tener que decírselo. Pero no le inocularía el mismo veneno que David puso en ella. No le diría que amaba a un tipo muerto, que sentía que su fantasma la miraba cada vez que trataba de rehacer su vida sentimental, de empezar una relación. Lo quería, por mucho que se negara a aceptarlo. Aun habiéndole mentido, incluso después de traicionarla. Sí, ese mismo orgullo con forma de *metalobo* gigante se convertía en un cachorrillo abandonado y asustado dentro de una caja de cartón en cuanto Hussman entraba en juego. No podía evitarlo. Intentó ser como Teresa y Will, trató de abrazar el Carpe Diem. No funcionaba.

El nuevo clavo, que era perfecto, no sacó al viejo. Solo entró torcido en su malograda madera, astillándola un poquito más. Sería mejor arrancarlo antes de que se doblase y quedara inservible.

—No es solo el peligro mortal, Gabriel. Sé que eres un tipo valiente, se lo he oído a la gente de tu tío. —Le tomó de las manos—. No quiero hacerte daño. Es que… soy el mayor tópico de la historia de las relaciones. También hay un ex. Lo quise con locura, y me engañó con otra.

Él cerró los ojos, comprendiéndolo de inmediato. Se desasió de su agarre, poniéndose en pie. Su postura era cabizbaja, triste. Hasta sus musculosos hombros parecían caídos hacia delante.

—Lo entiendo. Te rompió. Y a pesar de ello, le quieres.

—Sí. Lo siento. Me ilusioné contigo, de veras que sí. Creí, de forma egoísta, que podrías ayudarme. —Levantó la mirada, buscando sus ojos negros—. No he querido nada serio en mucho tiempo, porque me daba miedo no ser capaz de dejarlo atrás. Y eso es lo que hay. Sigo anclada en el ayer, sin poder pasar página. Por favor, no me odies.

Él se dio la vuelta, recogiendo su ropa desperdigada en silencio. Se vistió de pies a cabeza sin decir palabra, subiéndose su chupa de cuero marrón de un tirón. Le pareció que estaba cabreado, furibundo incluso. Se giró hacia ella.

—¿Sabes qué, Kiara?

Dreston tragó saliva.

—Lo entiendo perfectamente. Esa es la historia de mi tío, la comprendo mejor de lo que te puedas imaginar. Has sido honesta conmigo, ibas a decírmelo incluso antes de hacerte mi propuesta. Eso explica tu cara, te estaba quemando por dentro.

—Sí. No quería engañarte. He intentado olvidarlo, de veras que sí. Pero no puedo.

—Lo sé. Es una enorme decepción, porque lo habría dejado todo por ti.

Ella guardó silencio.

—Amigos, entonces.

Contrariamente a lo que se imaginaba, Gabriel se acercó hasta ella y le tendió la mano. Se puso en pie y, todavía entre admirada y confusa, se la estrechó lo más serena que pudo.

—Sí que eres perfecto —Le brotó una sonrisa que no sabía muy bien dónde había estado escondida—. Mereces a una buena chica, una vida feliz y una familia acordes.

—Gracias Kiara. Siento… no poder ayudarte a pasar página. Hubiera sido… legendario.

—Sí. Me temo que sí.

Se abrazaron, finalizando la relación más extraña de la corsaria. Espacio, Gabriel hacía honor a su nombre. Sabía por la ORU que era un ángel especialmente poderoso de varias religiones. Se preguntó si realmente no existiría y estaría en presencia de un ser extraplanar, o algo así. Cuando se separaron vieron en los ojos del otro que, en efecto, la cosa acabaría más o menos bien para ambos.

—Siento haberte dejado hacerte ilusiones.

—Y yo correr demasiado.

Otra sonrisa. Al final el muy cabrito iba a hacer que se arrepintiera.

—¿Me admites un consejo de amigo, antes de irme?

—Claro.

—Supéralo. Busca la forma.

El gesto se le cambió a la capitana. Aquello no le hacía ninguna gracia, y menos dicho de un modo tan seco.

—Seth estuvo en un tris de cruzar la línea roja en muchas ocasiones. Se agrió, se llenó de veneno por dentro y no supo cómo darle salida. No quiero que te pase eso, eres una buena tía. No me gustaría que llegues a los sesenta podrida de odio y de rencor.

Dreston se enfadó, y no hizo nada por disimularlo. Sin embargo, tampoco podía culpar a Gabriel por no ser completamente perfecto. Acababa de darle un baño de agua fría, no era raro que se llevara otro en respuesta.

—Mira, no es para que te lo pienses ni nada así. Es solo que, si no ves la forma de romper ese bucle a través de otra pareja, debes buscar una salida. ¿Sabes qué hizo mi tío?

—Sorpréndeme.

—Adoptarme. Perdí a mis padres en un atentado. Una… historia fea entre multiplanetarias. Ellos y mi hermano fueron esos daños colaterales de los que nadie habla.

Se quedó helada. Joder, hasta eso tenían en común. Excepto que Seth, según entendió, era hermano de su madre y no un completo desconocido como Dominique. Podía imaginárselo. El capitán amargado y exitoso teniendo que hacerse cargo de un sobrino huérfano.

—Era adolescente, de sólo diecisiete años. Un hombrecito. Mi tío, según sus compañeros, cambió de un día para otro. Se esforzó, trató de darme un ejemplo sin tacha. Este tipo que ves, que según tú merece la pena, existe gracias a él. A su… catarsis, digamos. No te quiero decir que hagas lo mismo, vaya. Adoptar a alguien es una cosa muy seria. Es solo que… si llegas a notar

que te ahoga lo de tu ex, hay más salidas.

—¿Te refieres a un *metagato*?

Su propio tono corrosivo la asqueó. Empezaba a tener la incómoda sensación de que no pretendía molestarla, sino agradarle. En cierto modo, parecía que le preocupaba ver en ella los mismos síntomas de Seth. Quizás era sincero.

—El *Pulso* infinito me libre. No, qué asco de bichos. Un objetivo. Una cosa a la que agarrarte.

Crea en algo. Tragó saliva. ¡¿En serio?! ¡¿El universo le mandaba a un ángel a recordarle eso?!

Su comunicador pitó, con la notificación de alerta importante activada. Gabriel lo miró, arqueando las cejas, y le dijo que respondiera. Luego le comentó que ya se verían, que le escribiría de cuando en cuando y que, si coincidían, la invitaría a cenar. Como amigos, claro. Le dio dos brevísimos besos y escapó por la puerta.

Joder con el angelito. No sabía si la acababa de cagar mandándole a tomar viento fresco o si esquivaba una bala de calibre sesenta con punta perforante explosiva. Igual seguía tan soltero a los treinta y uno por algo más que mala suerte. Descolgó.

—¿Eli?

—Ya nos ha convocado. ¿Puedes venir, por favor?

—Estoy vestida, dame un minuto.

—Ah, sí, veo a Gabriel bajar la escalerilla. He preparado el informe en el salón, en cuanto vengas, le doy. Espero no interrumpir.

—Al contrario, me acabas de librar de una buena.

La agente suavizó el tono.

—Huy. ¿Tenía bicho?

—No, yo soy el bicho. Creo que le daré la razón. Necesito un loquero.

—Tú y todos. Ven en cuanto puedas, corre prisa.

Colgó. Contempló su camarote lleno de estúpidas velitas. Iba a tener que apagarlas todas en cuanto terminara el informe de misión de Swarley. Gracias, gracias al cielo que la había llamado antes de que la situación se volviera más rara.

Según fue a atravesar la puerta, que seguía abriéndose sola a pesar de que Pierce cambió el panel varias veces, se detuvo. Notaba una incómoda sensación de acidez en el estómago. Una de dos, o Gabriel la había envenenado, o en efecto iba a tener que pelear contra la bilis antes de que la diluyera por dentro. Esperó que fuera solo veneno. Incluso si era así, podía considerar que se había separado del otro capitán en buenos términos, si lo comparaba con la despedida de David.

Mierda. No, iba a ser bilis y rencor.


CARGANDO

Se me pone cara de sonda al pensar en ello

Kiara bajó los últimos escalones de un salto, y los demás se la quedaron mirando. Estaban en mitad del salón, expectantes. Fourier asintió a la agente, y pulsando un botón virtual de su *holotableta*, ejecutó un bloqueo de seguridad. Las puertas se cerraron automáticamente. Pasaron unos segundos más antes de que subiera la rampa de personal por la que había bajado el otro capitán a toda prisa.

—*Pétalo Danzarín* asegurado. No hay nadie abordo además de nosotros y es imposible entrar o salir hasta que volvamos a permitirlo.

—Gracias Alessa —contestó Swarley—. Antes de empezar… ¿Todo bien?

—No —Dreston se encogió de hombros—. Creo que tengo un problema con los tíos.

—Venga ya —Will puso una inmensa cara de decepción—. Chica, que solo me molan las mujeres y me hubiera dejado seducir por él.

—Ni en broma —Teresa le sonrió al piloto, respondiendo a la puya implícita de su mirada—. El tipo era majo, pero ni con esas. No conseguirás que me pase al bando de Eli.

—Ya lo hemos hablado, cariño. Si no te sientes cómoda, solo chicas. Kiara, ¿podemos preguntarte qué ha pasado?

—Quería mudarse a bordo, dejando todo por mí.

—Huy. Alerta roja —El piloto arqueó las cejas—. Lo entiendo, eso hubiese sido un no-no instantáneo para mí.

—Pero tú solo buscas rollos. Yo estoy encantada de tener a mi chica aquí.

La parejita intercambió una sonrisa de enamoradas, y el joven Trevor puso los ojos en blanco. Pierce, por su parte, pegó una calada a su cigarrillo y soltó el humo con lentitud. Sin palabras, le hizo saber a Kiara que lo sentía. No solo que hubiera salido mal, sino que no se viera preparada para intentar nada serio con aquel chico. Todos sabían que Gabriel era un auténtico partidazo, pero solamente el mecánico y Teresa habían hablado con la capitana acerca de cómo se sentía con David. Era un peso muerto para ella, y nunca mejor dicho, que el recuerdo de lo que fue y no pudo ser no le dejara avanzar en su vida.

Alessa, con la *holotableta* en las manos, entrecerró los ojos sin decir nada. De entre todas sus preocupaciones, el que Dreston no dejara de pensar en Hussman era una de las más altas. Naturalmente ninguno de los presentes se imaginaba aquello, pero eso no quería decir nada. Cuanto antes lo olvidara, mejor.

—Si me permites, capitana, mi consejo es que pases página. No te hace ningún bien, se te ve en la cara.

—Gracias, Alessa. Y a todos. Estoy genial. Vamos a centrarnos o no acabaremos nunca. Por favor, empieza, que corre prisa. Disculpad por preocuparos.

—Claro, sin problema.

El destino era Whindak II, un mundo del Quinto Anillo fuera de las rutas comerciales y de las zonas habituales de expansión. Giraba en torno a una estrella de clase G2, del mismo tipo que el Sol original de la humanidad. Aunque su astro imperante era algo más pequeño que el terrestre,

el planeta estaba situado en la zona habitable y poseía unas características iniciales casi ideales para iniciar una terraformación barata. Lo que les describió Eli era un planeta prácticamente perfecto. Con una gravedad desviada tan solo unas milésimas del tamaño correcto, unos continentes que ocupaban más o menos la mitad del globo, distintas regiones climáticas y un montón de vegetación plantada por la humanidad.

Contaba con sistemas tróficos desarrollados de clase *meta* de bastantes especies, sin depredadores grandes ni contaminación alguna. La zona colindante estaba en proceso de transformación, con docenas de proyectos en curso que convertirían el futuro sector en un eje desde el que extenderse a los dos colindantes. Podría, dentro de varias generaciones, incluso ser la cabeza de playa para un eventual Sexto Anillo. Al menos, según las previsiones de la Gran Cámara de Comercio.

El lugar era, con todas las letras, un mundo jardín. La colonia asentada en él tenía tan solo unos pocos miles de habitantes, que disfrutaban de una vida tranquila en un territorio prácticamente virgen del que no tenían constancia ni los piratas. Estaba en una ubicación tan remota que las *metahienas* del espacio no lo habían encontrado. O, al menos, eso querían creer sus dueños.

Lo único malo que tenía aquel sueño hecho realidad era que de vez en cuando sufría tormentas de estabilización. Esto se debía a que la industria de transformación planetaria lo bombardeó con químicos para eliminar la vida autóctona, y tras eso comenzó un proceso de cambio climático que duró ocho años. Inusualmente poco, teniendo en cuenta la auténtica magia que se hacía para convertir ciertos páramos yermos en lugares habitables por el ser humano.

Las tormentas de Whindak II eran especialmente intensas, comparadas con otros mundos similares. Producían increíbles picos eléctricos que, aunque podían aprovecharse para ahorrar casi toda la generación energética de la pequeña ciudad donde estaban las instalaciones que debían visitar, también estropeaban los aparatos electrónicos que no estuvieran debidamente protegidos.

Eli se centró entonces en los detalles. La colonia no producía nada, ni siquiera turismo, lo cual habría llamado la atención de cualquiera que analizara un poco el mundo. No tenía industria, ni ganadería, ni nada de nada. Solo alimentación de subsistencia. Carecía de estaciones orbitales, satélites de comunicación o climáticos, extracción intrasistema o cualquier otro rastro de civilización. Eran tan solo unos cuantos miles de humanos con unas impresoras 3D, perdidos en el cosmos. Una comunidad casi autosuficiente, cerrada, que recibía visitas de un solo carguero corporativo una vez al mes.

El objetivo de la misión era llegar a la base en torno a la que giraba toda la vida colonial, una estructura ciclópea enterrada bajo la superficie, a la que se accedía mediante una entrada principal y varios túneles de mantenimiento secretos. Ellos disponían de los planos completos de la instalación, sus accesos… e incluso sus avanzadísimas trampas contra intrusos.

Una vez dentro, tendrían que llegar al núcleo IA, recuperar una serie de archivos secretos y regresar. Poseían la lista completa de los nombres de los ficheros cifrados, y si faltaba uno solo o su integridad de datos estaba comprometida, la misión se consideraría un fracaso. Aunque ya se lo imaginaban, Eli les dejó caer que no podían permitirse eso. Ni los corsarios, ni ella misma, porque las consecuencias serían catastróficas. Tratándose de una misión *Inframundo*, uno siempre debía completar el objetivo principal, a cualquier precio y dentro de las condiciones requeridas.

Lo que sabían de lo sucedido era escaso. Saltó la alarma al desaparecer uno de los cargueros de suministros, que fue y no volvió. El segundo navío, enviado solo quince días después, se situó en órbita y trató de establecer contacto sin éxito desde diversos ángulos sincrónicos. Detectó una enorme borrasca de estabilización, la más grande hasta la fecha, y desplegó sondas tanto orbitales como de aterrizaje. Las primeras no encontraron nada que no hubiese detectado la propia nave, y las segundas desaparecieron sin dejar rastro. Fue en ese momento donde se pidió la intervención de la agencia con prioridad uno.

—Y aquí entra el equipo pringao. Comenzando trabajo automatizado ejecutado por humanos normales. —Will formó un círculo con los brazos y empezó a moverse de un lado a otro emitiendo pitidos y zumbidos—. Sonda *Trevor Dos* a *Pétalo Danzarín*. Bzzzzz. No se ve una mierda. Bzzzz, responda. A sonda ocho la ha partido un mal rayo. Bzzzz. Oh no. Sonda *Trevor Dos* ha detectado un horrible monstruo mutante de laboratorio. Bzzzz. Viene hacia mí. Pipipi, me ha dado. Pipipi. Daños críticos. Bum.

Eli suspiró.

—El informe no incluye, muy a mi pesar, qué narices hacen ahí abajo. Ojalá pudiera reírme del chiste, pero me arriesgo a que tengas razón.

—¿Sigue habiendo vida en el planeta?

—Sí. Imagino que no son tan tontos como para andar jugueteando con los *Fkashi*, pero dada la naturaleza de la misión…

Swarley emitió un nuevo holograma que mostraba el actual estado del mundo. Dejando de lado la tormenta, la zona despejada tenía un aspecto bastante saludable. Por suerte, eso indicaba que no se trataba de la pesadilla recurrente de los marinos del espacio. De haber sido los *Fkashi*, la superficie sería ya desértica, o tendría parches de horrible biomasa que se bombardearían hasta el olvido. Se imaginaron que el propio Hoffstein lo tuvo en cuenta dentro de los protocolos estándar. La plaga de Armagedón se expandía a un ritmo tan brutal, que para cuando llegó el segundo carguero, el planeta hubiese estado mondo y lleno de criaturas.

—Consuela saber que tu nuevo jefe es exhaustivo —dijo Kiara—. ¿Hay rastros de civilización?

—Una de las pasadas oblicuas captó emisiones eléctricas y de radio. Artificiales, aunque tan distorsionadas por la tormenta que es imposible interpretarlas.

—George tiene pregunta tonta. ¿Por qué jefe de Eli envía a nosotros?

—Tus mal llamadas preguntas tontas, amigo, son siempre las mejores —rio Pierce—. En serio, tienes que dejar de ponerle esa coletilla a lo que dices. Sueles clavarlo.

—George aprecia mucho a Pierce.

—Y yo a ti, colega. Pero suscribo la cuestión. Es porque somos prescindibles, ¿verdad?

Eli negó con la cabeza. Al parecer, Hoffstein tenía bastantes enemigos y muy pocos aliados. Lo que venía siendo lo habitual entre sus semejantes. Los de su tipo solían reclutar a los agentes o externos prácticamente a la fuerza, y tales operativos no eran demasiado de fiar en ninguna circunstancia.

La gente no quería trabajar para Asuntos Internos, ni obligados. La cuestión era que los Altos Supervisores recibían en ocasiones encargos directos de parte de ciertos elementos de la Gran

Cámara de Comercio, y debían solucionarlos de forma diligente y expeditiva con lo que tuvieran a mano. Muchas veces necesitaban enfangar corruptos, o sacrificar cabezas de turco. Eran gente que, tal y como le dijo el propio Barrick a Kiara, se movía a base de favores. Ellos sacaban la basura, y les quedaban a deber.

Lo que pasaba era que, a veces, los papeles se invertían. Necesitaban la ayuda de una gran corporación, o de un directivo, o de alguien en particular. Y estaban en la obligación de responder a las peticiones de quienes les asistieron antes. A veces, la solución a un problema incluso invertía el sentido de quien debía si este favor era enorme.

A ellos siete los tenía pescados por el pescuezo, y entendía que incluso les había… favorecido en cierta medida quitando del medio a Lydia y a Arvein. Así que consideraba que pagarían su deuda por la cuenta que les traía. Tanto los corsarios como Eli. Los contaba entre sus aliados, y contrariamente a lo que le dijera a Dreston, de fiar. Si llegaban a fracasar, el propio Hoffstein tendría que someter el asunto a quórum de sus iguales, y eso le supondría un coste reputacional. Así que, en cierto modo, estaba apostando realmente fuerte por ellos.

—Vaya. Quién lo diría.

—Pues contrariamente a lo que cabe pensar, nos tiene en alta estima a todos. Te llamó activo importante por algo, Kiara. Te conoce mejor de lo que te imaginas, atrajiste su atención porque eres inusual.

—Bonita forma de decir *rara*.

—Para alguien de su calaña, que ve a las personas como recursos fungibles, es un halago asombroso. Quería pillarte, te dejó caer una incoherencia a ver si la cazabas. ¿Qué tiene que ver que guardes un secreto con reclutarte para trabajar en las *Inframundo*?

—Sí, lo noté. Lo normal habría sido vigilarme y ya está. Entendí que era mejor hacerme la muerta.

—Y lo que ha hecho es mandarnos a una misión jodida de cojones. Tócate la entrepierna con el aprecio. —Will se dejó caer en una de las sillas altas de la cocina—. Vamos a ciegas, sin inteligencia, a donde el almirante Gagh[7] perdió el gorro. Ahí abajo podemos encontrar cualquier cosa. ¿De verdad no sabe qué cojones hacen en ese laboratorio?

—En circunstancias normales no me fiaría ni un pelo de que me dijera *no lo sé*. Pero es que nos ha mandado el fichero *original*. Tenemos *todos* los datos que se conocen por parte del empresario que ha disparado esto, excepto el nombre de la multiplanetaria y el que ha hecho el encargo. Dado que yo superviso la operación, con muchas comillas, me ha exigido que no os permita leer los detalles.

—Vaya, gracias, Eli.

—No cariño, esto va así. No os pienso ocultar información que nos ponga en peligro. Lo que pasa es que tengo que aplicar *la necesidad de conocer*. Digamos, poniendo un ejemplo de algo que ya habéis visto, que no os puedo contar las trampas que hay en la entrada A cuando elijamos la C. Sin embargo, sí os tendría que avisar de todas para seleccionar la inserción más fácil.

—Es decir, que tenemos los datos y tú nos los debes filtrar —Pierce apagó el cigarro en el cenicero—. Porque si no el jefe se pone nervioso, y su cliente, más.

—Correcto. He mirado el archivo y no sé qué se hace ahí dentro. Está incompleto, y el código de cadena de integridad lo garantiza el emisor treinta y nueve, que corresponde a una empresa

anonimizada.

—Por eso sabes que no se han borrado datos —Alessa contemplaba el holograma del mundo con ojos brillantes—. Pues pinta feo. Alguien no quiere que se sepa lo que está haciendo en su patio de recreo particular. Es un planeta perdido en una región en expansión, que no aparece en las cartas generales por ahora.

—Lo has consultado, imagino.

—En cuanto dijiste el nombre. Se ve que todavía no me conoces bien, agente Swarley.

—Esta es una misión a la que yo me negaría. —Pierce señaló de lado al globo tridimensional —. Lo que pasa es que no creo que nos dejen.

—Hoffstein me habló de las consecuencias no solo de negarnos, sino de fracasar. Para él no hay diferencia. Digamos que no nos las podemos permitir.

—Vaya consuelo, Eli.

—Lo siento. Es su forma de proceder. Fijaos lo que hizo con *Robomaestros*, y eso que su comportamiento como empresa fue ejemplar.

Hubo un instante de silencio. Sí, tuvieron asiento de primera fila cuando *GlobalMedia* anunció el cese y despiece de la compañía, abriendo todos los telediarios. La retahíla de acusaciones en directo fue para enmarcar, con docenas de otras empresas haciendo leña del árbol caído. Debates interminables sobre la ética humana, gritos y aspavientos de toda la caterva mediática en pleno. Hasta su viejo *amigo* Navonod le dedicó un episodio en su programa al asunto. Menos mal que no los mencionó.

—Nos ha reclutado, no nos queda más remedio —rezongó Kiara—. Espero que cumpla su palabra y nos deje en paz.

—No es el único que tiene contactos. Lo he investigado. —La agente apagó el holograma—. La suerte que tenemos es que Hoffstein es de esa gente que valora poder confiar en alguien. Otros Altos Supervisores nos traicionarían por mera diversión. Él no. Nos considera herramientas, y no le gusta quedarse sin ellas. De lo que sí que podemos estar seguros es de que nos requerirá, tanto a vosotros como a mí, para más cosas.

—¿Y esas llamadas serán voluntarias, o…?

—Recurre al chantaje solo cuando lo ve imprescindible, por lo que sé. Eso le hace, digamos, especial dentro de su camarilla. La actitud protectora le está volviendo popular, la gente suele recurrir a él antes que a otros.

—E imagino que le convertirá en el blanco de envidias y rencores —Pierce se rascó bajo la gorra—. Lo que podría ponernos en peligro si otro alto loquesea la toma con él.

—Eso es un tema interesante. No pueden pelearse entre ellos. Hablamos de gente increíblemente poderosa, y al mismo tiempo, vigilada. Si dos se alían contra un tercero, siempre habrá un cuarto dispuesto a denunciarlos, arrimándose al afectado para repartirse la cuota de dominio de los conspiradores. Viven en un continuo baile con cuchillos.

—Y yo pensaba que lo de quemarse con velas en la cama era chungo —Teresa exhaló aliento —. Bueno, al menos nos va a pagar el combustible, la comida y el sueldo. Aunque no haya prima, no está tan mal.

—No. Entrar al juego de *Inframundo* de la mano de Barrick Hoffstein, es la mejor manera de

hacerlo. La única recomendable, os diría.

Hubo cruces de miradas. Elisabeth parecía tan poco convencida como los demás después de decir aquello. Pero si de verdad alguien así podía acabar debiéndoles un favor, lo mejor sería llevarse bien con él. Nunca, nunca se sabía en qué problemas podían llegar a meterse.



Parece perfecto para ir de vacaciones

Fue un viaje bastante largo. Tuvieron que salir del Tercer Anillo hacia el Cuarto, y hacer sucesivos saltos intrasectoriales hasta que llegaron a la puerta que los dejó en el sector Bonanza del Quinto. Era una región del espacio prácticamente salvaje a excepción de la capital, Palex I, que estaba todavía en fase agrícola mientras se urbanizaba, y de un sistema colindante del que se extraían recursos mineros.

Les hicieron falta tres *Pulsos* adicionales para alcanzar el sistema Whindak, que figuraba en las cartas estelares todavía con su nombre de descubrimiento, HD 1588141. El sitio quedaba muy retirado, tanto, que les sorprendió que la ruta planeada por Swarley tuviera cobertura de la red militar de comunicaciones. A diferencia de la civil, no podía sintonizarse salvo que se contase con un permiso expreso.

Los sistemas de transmisión de las naves necesitaban una clave especial a la hora de poder enviar mensajes a través de ellas, y solo se exceptuaban las señales de SOS para pedir asistencia de vida o muerte. Quedaba claro que se encontraban en una *aeropista*, una ruta vertebral que se utilizaría a gran escala el día que las terraformaciones terminaran y aquella zona se convirtiera en un subsector confederado de pleno derecho.

La expansión a nuevas regiones del espacio se debía planificar con mucho cuidado, porque costaba una auténtica fortuna. En primer lugar, se mandaban sondas capaces de realizar *Pulsos* más allá de los límites conocidos, a las estrellas o racimos más prometedores. Cuando una de ellas regresaba, y lo hacía con información interesante, se encargaba a alguna de las compañías de exploración espacial o incluso a una tripulación corsaria que revisara la zona. Encontrada una estrella viable, se terraformaba a conciencia un primer mundo cercano al límite del Anillo más interior mientras continuaba la búsqueda de planetas dentro de los parámetros aceptables. Mientras tenía lugar el cambio climático de la futura capital, se montaba una de las gigantescas y poderosas puertas de salto intersectoriales que conectaba con una ubicación importante del sector ya consolidado, para así poder tener una cabeza de puente con la que establecer la red de portales interna de la región por explorar.

Cada vez que se encontraba un sistema *pivote*, desde el que se alcanzaban estrellas interesantes, se le fabricaba un nuevo acceso conectado directa o indirectamente a las demás puertas principales. Los *pivotes* no necesitaban convertirse en grandes centros neurálgicos, a diferencia de las capitales, solo ser capaces de mantener una colonia estable que permitiera reabastecer las naves que los transitaban, repararlas o prestarles auxilio. A la vez se desplegaba la red militar de comunicaciones, y luego la civil, que era mucho más barata de usar. Más tarde llegaban la cobertura comercial, la seguridad, y todas esas cosas.

Por eso era rarísimo que alguien hubiera construido un ramal de la red suelto que ponía en contacto Whindak, o HD 1588141, con el resto de la Confederación. Eso, junto a lo demás que sabían, no hablaba nada bien de lo que se iban a encontrar. Estaban hurgando en los trapos sucios de alguien extremadamente rico y poderoso. Una persona que quería estar lejos de ojos indiscretos y que podía permitirse pagar una fortuna con tal de conseguirlo.

El *Pétalo Danzarín* salió del *Pulso* con Kiara, Will, Teresa y Eli en la cabina. La capitana pidió a las estaciones que informaran. George dijo que desde la torreta no se captaban amenazas, y Pierce notificó que él y Alessa veían todo bien en ingeniería. Completaron el diagnóstico posterior al salto, sin encontrar incidencias. La nave estaba perfecta tras la serie de traslaciones,

algunas de ellas, en mitad de ninguna parte.

El ordenador tardó unos minutos en terminar el análisis de largo alcance, que les confirmó que estaban en su destino, llenando la pantalla holográfica con el esquema del sistema local. Veían la estrella clase G2, pequeña para su tipo. Un mundo enano magmático, su destino, tres medianos y cuatro gigantes gaseosos. Además, se detectaban varias nubes de lunas y al menos cinco cinturones de asteroides grandes intercalados.

—Vaya. Menudo *chabolo* se ha buscado el señor *secretitos* que nos manda venir —Will fijaba la ruta mientras contemplaba Whindak—. Este lugar tiene cara de *seré el puto amo de Bonanza, perdedores*.

—Desde luego es prometedor —concedió Teresa—. Curioso. Aparte del último trío de eslabones del sistema de comunicaciones, que están orbitando en modo heliosincrónico alrededor de la estrella para dar cobertura, no veo nada más. Absolutamente nada. Ni comunicaciones, ni estaciones. Ni tráfico. Esto está más vacío que un concierto de *punkperro* en el Primer Anillo.

—Supongo que cuando Hoffstein dijo *colonia silenciosa,* no exageraba —suspiró Kiara—. Yo diría que lo de este sitio raya la paranoia. Literalmente parece que estén tratando de despistar a un perseguidor invisible.

De repente, una bombilla se encendió en su cerebro. Espacio. No, no podía ser. No iba a tener la increíble mala suerte de dar con otra rama del *Sendero del Cielo,* o con unos volados similares que se estuvieran escondiendo de los *Cosechadores*. Se acordó de Alessa y de su navaja de Occam. La explicación más sencilla era la mejor, debía repetírselo hasta que le entrara en la cabeza. Era solo una compañía poderosa escondiéndose para hacer algo increíblemente ilegal. Swarley interrumpió sus pensamientos.

—Recordemos que los archivos son clase *soloT*. Se copian, se cuentan, se comprueban y se hace respaldo. No se descomprimen, modifican o leen. Se nos puede caer el pelo.

—Cariño, nos lo has dicho una veintena de veces. Moriremos de forma horrible si no cumplimos las condiciones. Además, viendo las molestias que se ha tomado el dueño de este terruño para alejarse de los demás, tal vez sea buena idea no indagar más de la cuenta. —Teresa conectó el sistema de comunicaciones de largo alcance, se enganchó al repetidor más cercano e introdujo la clave que Swarley le recitó en ese mismo momento—. Mando códigos, estableceremos conexión con tu jefe en cuanto él esté disponible. No deja de asombrarme el sistema de comunicación instantánea, me pregunto qué clase de genio lo inventaría, va a tiempo real cuando los interlocutores están a una locura de distancia.

Pasaron unos minutos más durante los que se afanaron en dejar cada cabo atado. Se trazó la aproximación, barrió nuevamente el radar y corrigió el rumbo para aprovechar los campos de gravedad cercanos y ahorrar combustible. Les llevaría unas horas llegar a su destino con la inercia con la que salían de la zona de salto.

Hoffstein apareció en mitad de la pantalla principal del puente a mucha más velocidad de la que esperaban. Les preguntó por su posición, les pidió un informe conciso de lo que veían y quiso saber si tuvieron alguna incidencia durante el viaje. Eli, más acostumbrada a tratar con él, lo resumió todo en cinco o seis frases. El Alto Supervisor asintió, se ajustó los botones de arriba de su guerrera blanca de gala y les ordenó que le mantuvieran informado. Luego, muy educadamente les despidió, alegando que tenía una recepción muy importante con una comisión de la Gran Cámara en los próximos minutos. No impresionaba tanto como con la armadura

japoshi, pero retenía esa aura perturbadora que lo caracterizaba.

Llegaron a la órbita sin más incidentes que tener que esquivar un par de meteoros lo suficientemente grandes como para exigir un desvío ligero. Frenaron dando la vuelta al planeta, usando el pozo de gravedad junto a la propulsión principal para disminuir el empuje y quedarse dando vueltas alrededor.

Whindak II era un mundo muy bonito. Visto desde el espacio, era una bola entre azul y verde en su mayoría, con ocasionales nubes en sus capas atmosféricas bajas. Sin embargo, el estado de la supertormenta de estabilización había cambiado poco desde la visita del carguero que constató la pérdida de contacto y lanzó el SOS. Hacía tiempo que se retiró, aunque las sondas permanecían suspendidas, dando vueltas y recopilando información. En cuanto las contactaron con las claves correctas, les mostraron datos inquietantes. El supercúmulo nuboso apenas había cambiado desde el comienzo de las mediciones, si acaso creció un par de kilómetros de radio. Aquello era anómalo para las tormentas de ese tipo, exagerado incluso.

Kiara frunció el ceño. Ante ella se extendía una borrasca colosal, inmensa, que abarcaba prácticamente un tercio de la cara del planeta. Su objetivo estaba, por fortuna, lejos del ominoso ojo del huracán colosal que dominaba el centro. Incluso desde la órbita, a través de la cabina orientada hacia la superficie, podían ver los monstruosos rayos que lo surcaban. A medida que una se alejaba, los vientos pasaban de unas cifras de locura hasta otras más razonables, si bien las rachas podían llegar a resultar preocupantes a nivel de superficie en algunos casos.

Revisaron concienzudamente los datos durante unos veinte minutos. Incluso se los rebotaron a Alessa, que pareció muy interesada en el peculiar fenómeno. Cuando les contestó, estaba ya en el salón con Pierce y George, conectada al *holovisor* grande, haciendo pinitos con el ordenador de su cadera. Apareció en una pantalla lateral, a la izquierda de la cabina.

—El fenómeno parece estar alterando la composición atmosférica.

—Es una tormenta de estabilización —apuntó Will—. Eso es lo que debe hacer, ¿no?

—Normalmente, sí. En este caso, parece que de alguna manera que se me escapa, el inmenso tornado está levantando una gran cantidad de nitrógeno a las capas altas, sacándolo de la zona sedimentaria en la que cayó durante el proceso directo. Es curioso porque, aunque la tormenta solo ha aumentado ligeramente de tamaño, se va desplazando por el mayor desierto del planeta. Tiene pinta de que la tierra de esa zona quedó baldía debido al exceso de amoniaco. Pero son elucubraciones, solo disponemos de los datos de las sondas.

—¿El ojo del huracán revierte la terraformación? —Kiara entrecerró los ojos—. ¿Te refieres a eso?

—A un ritmo alarmante… en términos cosmológicos y de ingeniería planetaria. En tres o cuatro meses, el aire comenzará a ser tóxico. Dale cinco años, y morirás si bajas a la superficie.

Empezaron a mirarse unos a otros. Si ya resultaban alarmantes el silencio de radio, la nave desaparecida y las sondas que no volvieron, aquello encendía una enorme bombilla roja de peligro dentro de sus cabezas. No podía tratarse de un fenómeno natural.

—¿Será arriesgado si bajamos?

—No, ni siquiera haría falta equipo respiratorio, a priori. Otra cosa es que recomiende encarecidamente usarlos, por precaución. Tampoco creo que nos afecte de forma directa la tormenta, salvo al atravesarla, porque el epicentro está lejos. Ah, y tengo otra cosa, en este caso

sobre las emisiones de radio. Les he pasado un programita que escribí hace una década para una situación similar, y mis sospechas quedan confirmadas. Emiten en bucle. Incluso sin saber qué dice debido a la interferencia, es el mismo mensaje.

—Una señal de auxilio —elucubró Eli—. Quizás piden ayuda con el fenómeno.

—O lanzan una advertencia —Pierce se asomó tras Alessa—. Puede que nos avisen de que, si bajamos, no volveremos a subir. No sé qué niveles eléctricos tienen esos relámpagos, pero me voy a atrever a subrayar que, si nos caen unos cuantos, estaremos jodidos.

—¿Puedes hacer algo?

—Robaré energía a los sistemas de armas, el motor de salto y alguna que otra cosa, y la redirigiré al de recirculación energética continua. Si es capaz de beberse energía de las estrellas durante un *Pulso*, puede absorber rayos. Hijo, no esperes que nos proteja más de una hora.

—Vale, papá. Sube los escudos un poco, si te sobra.

—Will, necesidad de conocer desbloqueada —Swarley se acercó hasta él a través del estrecho pasillo junto a los asientos, tapando la imagen del mecánico y de Fourier—. Desvía los escudos a proa, como si tuvieras un enemigo al frente.

—¿Por qué?

—La colonia tiene un sistema de defensa autónomo. Un SDA[8] de última generación. Este tipo de armamento se coloca cuando uno teme que vengan los piratas y le arrebaten el control de las instalaciones. Si hablamos de que hay tormentas eléctricas, interferencias y la pérdida de una nave con los códigos tan en regla como nosotros…

—Entendido. ¿Kiara?

La capitana contemplaba todo, escuchando la conversación en silencio. Aquello tenía cada vez más pinta de misión suicida. No le preocupaba en exceso un montón de artillería planetaria apuntándoles, sino el motivo de la tormenta. Sus pensamientos la llevaban a la misma conclusión una y otra vez. Prefirió ahorrarse decirlo en voz alta. Si alguien más lo sospechaba, que lo dijera. No quería contaminar la opinión de los demás con su monotema favorito.

—Baja en cuanto estemos listos.

Algo se le anudó en la garganta cuando el joven Trevor pulsó los controles adecuados y el morro del *Pétalo Danzarín* se enfiló hacia las nubes inmensas que giraban en torno al ciclópeo ojo del huracán. En el interior de su cerebro, una parte de sí misma le gritaba que parase, que se dieran la vuelta y salieran huyendo tan lejos como fuese posible. A los reinos bárbaros, a Solaria, a donde fuera para escapar de Hoffstein. Otra, le advertía que sus tentáculos la alcanzarían incluso en el borde de la galaxia, si hacía falta.

Entraron en el denso gris plomizo, y su visibilidad cayó tan en picado como ellos mismos. Casi no hubo calor de reentrada, fuera hacía un frío tan mortal que faltaba poco para que el agua se congelara. Notaron los cristales de hielo golpear contra la cabina, vieron varios relámpagos inocuos saltar en la lejanía. Fue el sensor de amenazas, a través de un grito de Teresa, el que les puso en guardia.

—¡Fijados como blanco! ¡Eli tenía razón! ¡El sistema de defensa no admite los códigos! ¡Responde que son inválidos!

—¡¡Toma, se ha jodido, porque no los recibe bien!! ¡¡Nosotros mismos tenemos fallos de

electrónica, paso a control mecánico!! ¡¡Agarraos, que voy a ser una hoja en el viento!!

Will apartó de un manotazo los hologramas de pilotaje y sacó de su sitio la palanca de vuelo, poniendo los pies en los pedales y virando de forma tan abrupta que casi mandó a Kiara y Swarley al suelo con el giro. Hubo una explosión inmensa donde deberían haber estado, y luego otra en el sitio que abandonaron con el siguiente quiebro.

El joven Trevor continuó tocando botones y palanquitas como un desquiciado mientras gobernaba la nave, a la vez que Teresa intentaba seguirle el ritmo a aquella locura. Las otras dos tuvieron que agarrarse como pudieron hasta llegar a los asientos auxiliares del fondo, donde se ataron esperando que los del salón hicieran lo mismo.

Soltaron bengalas, ejecutaron piruetas y aceleraron hasta que el altímetro empezó a advertirles de que se estrellarían. La capitana le gritó a Will que si había perdido el juicio, pero él se limitó a cortar el combustible del motor uno y ponerlo a máxima potencia. Luego abrió y cerró la llave del *Helio-3* varias veces seguidas. Eso generó una humareda brutal por la mala combustión mientras salían del denso escudo de nubes.

Apagó la propulsión y comenzaron a caer en barrena.

—¡Se te ha ido la perola!

—Calla y aprende cómo se pilota, maestra de ligues.

Aunque los tenían completamente a tiro, los dos cañones antiaéreos autónomos situados en las torres del espaciopuerto dejaron de disparar. Se limitaron a seguirlos durante unos segundos más, y luego el fijado de blanco desapareció. Claro, asumían que estaban cayendo a plomo porque sus aciertos los derribaron. ¡La cuestión era que se iban a estrellar de verdad!

Antes de que eso sucediera, Will se puso de panza con la propulsión de maniobra. Apagó la humareda, reajustó los motores a máxima potencia y aceleró hasta que la nave crujió por el cambio de presión. Salieron disparados a menos de cuatrocientos metros del suelo, acercándose a toda velocidad a su objetivo.

Mientras, Teresa retransmitió la clave de aterrizaje, y la instalación respondió con un código verde en lugar del rojo que le devolvía hasta un momento antes. Una vez que vieron a lo lejos a los cañones retraerse y volver a esconderse en sus cúpulas blindadas, el piloto regresó a una impulsión normal, abandonando la de combate.

Ahora, moviéndose a escasos cientos de kilómetros por hora, pudieron divisar con un poco más de claridad las inmediaciones. A lo lejos se veían las montañas blancas, sobre las que caía todavía nieve. El paisaje era muy hermoso, con enormes praderas de frondosas hierbas verdes que iban desde sus faldas hasta donde alcanzaba la vista, salpicadas por bosques extensos intercalados con claros.

Su impresión, sin embargo, cambió en cuanto se acercaron a las inmediaciones de la civilización. El espaciopuerto, por llamarlo de algún modo, era prácticamente una fortaleza. Un monolito hexagonal hecho de *neohormigón* reforzado, con cuatro plantas superpuestas. En dos de sus vértices se habían colocado las torres sobre las que se emplazaban los cañones. Seguramente ambas servían a su vez para controlar el tráfico aéreo. Era una estructura clásica defensiva que databa de los días de la vieja Tierra, y que se seguía utilizando en no pocas ocasiones a lo largo y ancho del espacio humano.

La mera presencia del edificio habría sido un atentado contra la estética planetaria. Sin

embargo, lo preocupante era que la vegetación tuviera una calva gigantesca de casi setenta kilómetros a su alrededor. Era como si alguien hubiera sacado un lanzallamas colosal, prendiendo fuego a las inmediaciones. Al principio sospecharon que el responsable del incendio fue el carguero perdido, al que descubrieron reventado contra el suelo a poca distancia de las instalaciones, destruido por los visibles impactos de la artillería planetaria. Sin embargo, aquello no tenía sentido, porque el epicentro era el gigantesco búnker en el que iban a aterrizar.

Las puertas dobles del tejado empezaron a abrirse para darles la bienvenida al hangar, marcando en sus sensores una vía de aproximación holográfica, mientras encendían luces rotativas y balizas de aterrizaje para indicarles la posición exacta de la entrada.

No estaba mal, después de intentar matarlos. Se preguntaron qué narices habría provocado el incendio enorme alrededor de aquel mastodonte feo y considerablemente agresivo.



Toc-toc. ¿Hay alguien en la horrible fortaleza de la muerte?

Se desplegaron en abanico según terminó de bajar la rampa de personal. George y Kiara con sus armas pesadas en ristre, Teresa blandiendo sus pistolas y Swarley con un rifle de asalto. Tras ellos descendió Alessa tomando mediciones, enfundada en uno de los trajes espaciales blindados que les proporcionó la agencia a petición suya.

El hangar estaba desierto. Las luces automáticas volvieron a la vida en cuanto las puertas principales se cerraron tras ellos, sumando su iluminación a la que se filtraba a través de las aspilleras de la fortaleza. Afuera el clima era suave, con ocasionales lloviznas y abundantes truenos en la lejanía. Solo cuando uno miraba al este, hacia el más distante horizonte, se podía apreciar el interminable ojo de la tormenta.

El interior no presentaba ninguna característica especial. Era un hangar monoplaza, del tamaño de los grandes cargueros que quienquiera que fuese el dueño del lugar fletaba para mandar suministros a la colonia. Las herramientas estaban ordenadas, las cámaras de vigilancia activas, y no detectaron signo alguno de violencia.

Fourier gruñó.

—¿De verdad te sientes cómoda enfundada en ese trasto? —rio Teresa—. Si tú misma dijiste que la atmósfera todavía era respirable. ¿A qué viene tanto dramita?

—Me siento más inteligente que los demás, si tengo que ser sincera. Hemos bajado a una colonia en la que hay un evento climático completamente desconocido y fuera de control, y que emite un mensaje en bucle. ¿Recuerdas?

La primera oficial frunció el ceño. Cuando a su compañera le daba por sacar su intelecto a pasear, resultaba insoportable. Se fiaba a ciegas del caro sistema de detección de contaminantes del *Pétalo Danzarín*, habían dejado de comer postre durante un mes para instalarlo en los primeros días de la nave. Y decía que no tenían de qué preocuparse, más allá de lo que observó la propia Alessa en la órbita.

—¿Has decodificado la señal?

—Sí. Es más mundano de lo que podría parecer. El SDA avisa de que las interferencias atmosféricas pueden afectar a los códigos de validación. Nos ha proporcionado una secuencia de luces de posición que hay que repetir si queremos que no abra fuego. Eso amplía el margen para transmitir las contraseñas de aterrizaje seguro.

—Gracias por nada, al gilipollas que lo diseñó —Will sonó muy molesto, por la radio—. ¿Necesitáis que bajemos?

—Negativo, todo despejado —Contestó Dreston, tocándose el pinganillo—. Vamos a asegurar la instalación, o a establecer contacto. Esperemos que lo de la nave se deba al fenómeno climático.

—Quizás sea por las experiencias pasadas, capitana —Fourier seguía escaneando los alrededores con impaciencia—. Pero algo me dice que hay más de lo que hemos visto al bajar. Y sé que tú también lo sospechas.

Kiara guardó silencio mientras los otros tres revisaban la estancia en busca de pistas de vida humana. Ya en la órbita, su cerebro iluminó la bombilla de peligro xenológico nada más recibir la información de Alessa. Si el ciclón descomunal era algún tipo de reacción alienígena a la

terraformación, alguien… o algo lo disparó.

Se giró hacia Fourier

—¿Qué detectas?

—Ruido blanco, emisiones eléctricas normales y ninguna transmisión local. Esto último me da mala espina, la gente usa comunicadores personales en las colonias de forma habitual. Por otra parte, puedo decir una cosa más de la atmósfera. Hay mucho polen.

—¿Eso es anómalo, con un ciclón del tamaño de un continente pequeño sobre nosotras? Puede que las plantas estén aprovechando.

—No tengo tanto conocimiento del tema. Es posible que sea así. Ahora bien, yo de vosotros, me-pondría-el-traje. Es mejor quedar como una idiota que ser el cadáver más digno del cementerio.

Frunció el ceño. Eso era verdad. Los trajes espaciales blindados que les dieron podrían no solo evitarles respirar algún veneno, sino servirles de protección contra otra clase de ataques menos convencionales que un disparo. Lo malo era que les restarían agilidad a la hora de moverse.

—Tú ganas. Vamos a ponérnoslos.

Les llevó unos minutos cambiarse. Will y Pierce tuvieron que limpiar al vacío la cámara estanca, depositar ahí los trajes, dejarles subir, sanearlos a ellos con ozono especial, esperar a que se vistieran y volver a permitirles bajar. Fue un retraso aceptable, y convinieron que lo mejor sería que Pierce y el piloto no salieran del *Pétalo Danzarín*.

El lugar era un recinto fantasma, la mayor parte de la base consistía en almacenes y camarotes para alojar población, todos ellos vacíos. Seguramente el edificio se construyó durante la terraformación planetaria, creando una estancia autoabastecida desde la que se pudiera supervisar el proceso en primera fila. Una vez terminada la adaptación de aquella roca, el edificio se mantuvo como fortaleza para casos de necesidad y espaciopuerto de suministros.

Encontraron un ala que mostraba signos de actividad reciente, con algunas habitaciones que contenían enseres personales y máquinas expendedoras que alguien saqueó a conciencia. El único rastro de violencia que descubrieron hasta ese momento fueron los cristales machacados, destrozados para robar la comida y bebida que protegían. Podía ser que, sin el carguero, algunas personas empezaran a pasar hambre y alguien recordó que allí quedaban cosas que picar.

El siguiente punto reseñable fue, tras recorrer interminables pasillos llenos de polvo de la planta superior, cuando encontraron dos lanzallamas tirados en el suelo. Eran equipo militar, de categoría alta, aparatosos y pesados. Las agujas de las bombonas de gel inflamable indicaban que estaban sin estrenar, aunque tirados en un corredor llamaban muchísimo la atención. Tras revisar que no estuvieran contaminados con nada raro, Kiara le asignó uno a George y el otro a Eli. Si bien resultarían aparatosos y les dificultarían aún más el movimiento, tanto a ella como a la agente les pareció que, si se sacaron del arsenal, habría un motivo muy poderoso detrás.

Después de todo, alguien incendió cientos de kilómetros alrededor de la base. Quizás Will tenía razón, y sí que iban a necesitar prenderle fuego a alguna cosa que estaba esperando a saltarles encima.

Llegaron a la sala de control, situada inmediatamente debajo de una de las baterías antiaéreas que casi los derriban. Desde ella podía verse la inmensidad de las praderas abrasadas por el

fuego, la tormenta, e incluso la colonia. En la lejanía, las casitas prefabricadas de color blanco contrastaban mucho contra el fondo verde. A la capitana le pareció muy curioso que el anillo de cenizas alrededor de la base llegara prácticamente a la altura de la primera vivienda, sin tocarla. Era como si el fuego se hubiese detenido milimétricamente para no causar daño al pueblo.

Alessa y Eli empezaron a manosear los equipos informáticos en busca de pistas de lo sucedido. Tuvieron poca suerte. Parecía que alguien hubiera sustraído los discos ópticos de vigilancia. Eso hacía que no se conservase ningún registro de vídeo anterior a las doce horas, y daba al traste con sus posibilidades de saber qué sucedió dentro de la instalación en la que se encontraban. Las pasaron a toda velocidad sin ver nada más que los corredores y salas vacíos explorados por ellos mismos. Por suerte Swarley tuvo la idea de revisar la bitácora de los incidentes en modo texto, un fichero pequeño que se almacenaba fuera de la base de datos convencional para los técnicos de sistemas operativos.

Descubrió algo interesante. Se detectaron varios incendios localizados en las plantas inferiores, que no habían comprobado y que permanecían cerradas, y en uno de los almacenes que no registraron porque la puerta estaba sellada con soldadura. Dado que encontraron varias así, supusieron que las habitaciones se condenaron tiempo atrás por algún motivo. Falso, al menos esa estancia estuvo abierta hasta hacía poco. La bitácora registraba un fuego provocado en el interior que consumió el contenido de la sala y causó la única muerte humana que constaba.

Vaya. Si lo estaban entendiendo bien, alguien se encerró en un cuarto a oscuras con un montón de acelerantes, soldó la puerta por dentro y se prendió fuego. Igual eso fue lo que pasó en el exterior. ¿Sus incidentes inexplicables eran las acciones de un pirómano desequilibrado que fue a la base a por cosas capaces de quemar más?

Fourier empezó a tirar de ese hilo. Resultaba que no todo el sistema defensivo era un SDA, sino que, con las credenciales adecuadas, una conseguía acceso al resto del armamento de la fortaleza. Por suerte, ellos tenían privilegios absolutos concedidos por el cliente de Hoffstein.

—Jo-der. Mira esto, Kiara —Swarley la obligó a contemplar su pantalla—. Una montaña de misiles termobáricos, *neofósforo* blanco…

—Y cuatro cabezas nucleares de trescientos megatones. Exagerado.

—George apunta que no son bombas normales. Son montadas en munición tuneladora-perforante. George sabe que se pueden usar para destruir bases subterráneas con detonaciones que causan terremotos.

—¿Me estáis diciendo que esta gente ha disparado armamento incendiario y atómico en los alrededores? —Teresa tenía los ojos como platos—. ¿Y nosotros nos hemos paseado sin escudos de radiación?

—Este es el momento donde me reiría por haberlo advertido —Alessa puso los ojos en blanco —. Pero no, lanzaron solamente parte de los proyectiles térmicos. Si su idea hubiese sido arrasar esto, cuatro detonaciones de esa magnitud son más que suficientes para producir seísmos catastróficos. Bien situadas en las fallas correctas, pueden poner en riesgo la estabilidad continental planetaria.

—Definitivamente, alguien no quiere que se divulguen sus secretos, si coloca semejante armamento —Kiara se llevó la mano al mentón—. ¿Hay registro de por qué dispararon? ¿Es posible que nuestro muerto fuera un pirómano?

—No sabemos las causas, aunque sí que tenemos algo interesante —Swarley sonrió—. El carguero no fue derribado al aterrizar. Lo echaron abajo cuando se largaba.

—¿Cómo? ¿No se supone que los SDA impiden eso para que los piratas…?

—Excepto si la nave no manda los códigos correctos al despegar, cariño. Los derribaron por no responder a la torre de control. —Eli acercó los ojos a la pantalla, sorprendida—. Mirad esto. Qué curioso. Resulta que tenemos la antena principal desalineada. Si la recolocamos, en teoría podemos intentar transmitir a la órbita.

—¿Y la tormenta?

—George también sabe que es una *Autronics HD-noventa-y-tres*, el segundo modelo más potente que nunca se ha construido. Si George fuera pirata, dejaría colonia secreta en paz. Se llevaría antena.

—Es una pena ser de los buenos —Fourier trató de mantener el gesto neutro—. Y… realineando. Objetivo: sonda exploradora *Gemini-5*, que debería estar sobre nosotros.

Hubo un chasquido y un enorme temblor cuando la descomunal parabólica situada entre las torres abandonó su posición mirando al suelo y comenzó a alzarse, rotando sobre sí misma. Se asomaron para ver el impresionante espectáculo. La increíble obra de ingeniería apuntó usando un láser, se cargó de energía, y emitió un pulso que hizo vibrar los cristales.

—Hala.

—*Gemini-5* nos saluda. Reporta que toda la constelación de satélites desplegada por la segunda misión que mandó la compañía está operativa. Informa que ha habido una pérdida de señal del cero coma, cero seis por ciento.

—O sea, que la tormenta no nos afecta.

—Claro que sí, pero la *Autronics* pasa de ella. —respondió Alessa, ofendida—. Secundo la idea de George. Deberíamos robar esta maravilla. Podríamos retirarnos, vale una fortuna inconmensurable.

—Sigo aquí, eh. —Swarley se hizo notar—. No puedo participar en robos corporativos.

—Es broma. Me encanta este trasto. Alcanzaríamos los repetidores de la red militar heliosincrónica sin problemas, de apuntarles.

—Da igual, vamos a lo seguro. Pídele a la sonda que los sitúe, y manda un mensaje. Eli, escribe a tu jefe y cuando Alessa te diga, le informas de lo que hemos descubierto.

Así lo hicieron. La red militar se enlazó correctamente un poco antes del anochecer y Hoffstein les contestó una vez más cuando apenas quedaba luz fuera. Lo único que se veían eran las lejanas farolas de la colonia silenciosa y los ocasionales relámpagos gargantuescos de la borrasca distante. De noche, si cabía, eran mucho más impresionantes.

Dreston pensó, con el ceño fruncido, que sus esfuerzos de investigación en un lugar semejante merecían una contestación un poco más elaborada que *ok, procedan*. Conectarían el sistema de defensa de la base a la cabina de su nave, descansarían hasta el amanecer sin quitarse los trajes y luego partirían usando el transporte blindado pesado que Teresa encontró en el inventario del espaciopuerto fortificado. La propia sala de control tenía tomas de oxígeno de sobra.

Esperó que la noche no les deparase ninguna sorpresa desagradable. Alessa lo estropeó diciendo que el tanque no les sirvió de nada a los dueños del búnker, y Eli lo empeoró

recordándoles que trabajaban para Hoffstein y que no tenían más remedio que terminar la misión.

Empezaba a hartarse de que fueran tan agoreras. Pronto iba a descubrir que ambas se quedaban muy, pero que muy cortas en sus previsiones fatalistas respecto a lo que estaba por venir.



Un lugar tranquilo. Asquerosamente tranquilo

El vehículo blindado era una auténtica maravilla. La vida se veía de otra forma a bordo de un monstruo de ocho ejes, con paredes de ochenta centímetros de espesor, cristales acorazados y una torreta con un cañón doble de ciento cinco milímetros. No sabían muy bien por qué alguien querría tener semejante engendro en el garaje de un búnker que hacía las veces de espaciopuerto, pero solo era otra gotita más en el océano de sospechas que crecían en sus cerebros desde el comienzo de la misión.

Dentro de una fortaleza rodante como aquella, lo único que tendrían que evitar sería salir a ver qué pasaba si de repente empezaban a escuchar desgarradores gritos de agonía en las inmediaciones en lugar de usar las cámaras exteriores.

El trayecto fue bastante cómodo. La suspensión hidráulica se comió todos los baches del camino ennegrecido por el fuego, y llegaron prácticamente flotando a las afueras de la pequeña ciudad colonial.

Esta se erigía a la sombra de unos descomunales peñascos, que conformaban arcadas de piedra que el viento erosionó durante eones. La roca marrón estaba engalanada por todas partes con plantas y enredaderas, que también parecían crecer tanto en las inmediaciones de la villa como en el interior mismo. Quizás la compañía pretendía evitar, con un marco natural tan generoso, que los colonos recordasen que se encontraban en un mundo perdido en una región prácticamente inexplorada del espacio. La integración naturista había demostrado ser muy eficaz para que el ser humano se sintiera en paz a lo largo de los siglos de viaje espacial.

Frenaron en cuanto terminó el área arrasada. Comprobaron los múltiples sensores de su coloso en busca de señales de vida. La intención original era no asustar a los lugareños echando abajo su puerta con un tanque, sino aparcar y preguntarles qué sucedió con el espaciopuerto y la nave derribada. Ya sabían que las sondas corrieron el mismo destino, se cruzaron un par de ellas durante el trayecto y pudieron detectarlas sin problemas.

—Alessa. ¿Qué ves?

La científica-ingeniera suspiró, con la cara iluminada en azul dentro del rojo imperante en el habitáculo. Dejaron abierta la cabina, comunicando con la zona de transporte de tropas y equipo. Conducía Teresa, mientras Eli hacía las veces de artillera subida a la torreta en la que George no cabía.

—Pues hay una gran cantidad de *nada*. Infrarrojos, térmico, normal. Veo enredaderas y florecillas, con polen flotando al viento. Muy bucólico todo. Ni rastro de seres humanos, animales, o alguna otra cosa distinta de plantas. Ni violencia, estampidas o enseres tirados durante una carrera. El lugar está abandonado. Sin más.

—¿Y desde la cúpula?

—Secundo lo dicho —contestó Swarley—. Con la magnificación visual llego a ver polvo sobre las mesas de un café que hay en la primera esquina. Hay trepadoras alrededor de las sillas, lo que me da a entender que hace algún tiempo que nadie las usa. Por otra parte, la lona de las sombrillas está bastante entera, así que tampoco ha transcurrido una eternidad.

—Cuadra con los informes. Bien, sea quien sea, no ha mentido a Hoffstein.

—Me dijo que si alguien le engañaba para tapar parte del problema y con ello nos ponía en

riesgo…

—Sí, sí. Venganza, blablablá… —La interrumpió Alessa—. A los muertos eso les importa una mierda. Bien, dado que no hay lugareños, sugiero avanzar con esta cosa hasta la entrada de la base.

—No cabemos, mira a las once y media. Aplastaríamos esos dos *aerococches*.

—¿Y?

—Misión del gobierno, con un agente presente, chicos. Mal que me pese, no os puedo dejar dañar propiedad privada salvo que sea estrictamente necesario.

—Tiene razón. Teresa, ve despacio, hasta dejarnos lo más cerca posible de los vehículos. Luego seguiremos a pie.

Fourier bufó, pero la ignoraron. El transporte blindado avanzó con un ruido sordo por la calle de tierra, rodeado del más absoluto silencio. Solo lo interrumpía el viento de la lejana supertormenta, que racheaba de vez en cuando entre las casas prefabricadas de dos plantas.

El lugar estaba abandonado. No detectaron signos de actividad, las ventanas y puertas permanecían cerradas en su mayoría, aunque la naturaleza había aprovechado las abiertas para colarse y colonizar las viviendas, formando pequeños jardines gracias al fértil polvo que arrastraba el aire. A Kiara le entristeció pensar que, pasadas una o dos décadas más de descuido, no quedaría nada de los hogares de las familias que intentaron establecerse allí.

Por lo que veían, más que algún horror cósmico, el pueblo parecía haber sucumbido a su propia e interminable soledad. Quizás los habitantes del enclave se hartaron de la vida campesina y decidieron largarse, dejando tras de sí una ciudad muerta que ofrecía un misterio sin resolver. Teniendo la ubicación y los códigos de lanzamiento, les habría bastado engañar a la compañía durante un ciclo para evacuar sin tener que dar explicaciones. Oh, mierda. O tal vez solo lo intentaron. Igual los hijos de perra de la nave derribada se encontraron un motín, y lanzaron el armamento de la base contra los civiles indefensos.

Tal vez el desierto de cenizas contenía los cuerpos de montones de inocentes carbonizados por el cruel armamento del bastión, y el suicida del almacén se quitó la vida por no poder soportar lo que hizo. Se sacudió aquello de la cabeza tan pronto como el transporte acorazado se detuvo.

Les indicó a los demás que bajaran. Tomando el control remoto de su vehículo blindado para poder abrirlo e incluso llamarlo a distancia, descendieron por la rampa trasera de tropas. Cuando las botas de sus trajes blindados tocaron el suelo, empezaron a sentir un terrible agobio a su alrededor. Estaban en medio de una ciudad fantasma, vacía, tenebrosa y amenazante. En efecto, la vida se veía más rosa tras una gruesa capa acorazada.

Miraron alrededor del vehículo, asegurando la zona antes de cerrar. Kiara se giró al oír un ruido extraño. A metal. Se descubrió empuñando su arma en la dirección de un carrillón exterior, cuyo badajo tintineaba contra los ocho tubitos que lo formaban. Incluso ahí estaban enganchadas las plantas ya. Claro, con tanto polen y lluvia, era fácil que agarrasen por doquier. Se preguntó de qué especie serían. No le sonaban de otras colonias.

Pasaron el comunicador al canal interno, evitando así hacer ningún ruido audible desde el exterior. Cuanto menos perturbasen al silencio, mejor.

—Sugiero que nos separemos para cubrir más…

Los otros cuatro se giraron hacia Eli como si en vez de decir eso, hubiera gritado de forma desgarradora. La agente no terminó la frase, miró alternativamente a unos y otros sin entender nada. Se ajustó las correas de la bombona del lanzallamas, molesta.

—¿Qué?

—Cariño, la última vez que alguien dijo eso, acabamos huyendo de una horda de zombis cibernéticos que un maníaco creó con un artefacto alienígena.

—Que luego usamos para gripar un arma de destrucción masiva Xeno de una especie rival. —Suspiró Kiara.

—Yo me abstengo de comentar nada. No quiero que me acuséis de borde, como siempre.

—Hasta George cree que idea de Eli es horrible.

—Vale, vale. Lo he pillado. Vuestro agudo sentido paranormal gana cuatro a uno.

—Nos mantendremos juntitos y si aparece un simple cachorrillo con un ojo de más, correremos al vehículo —Les pidió Kiara—. Odio que Alessa ya llevara razón con los trajes, no quiero que me atormente otra vez con *mejor voy en el tanque*.

—Os advierto que hay un gigantesco *os lo dije* esperando a ser pronunciado.

La base empezó a divisarse al final de la calle que describía una suave curva. Se trataba de otro edificio hexagonal de tres alturas, tan solo ligeramente más alto que el resto de las casas que lo rodeaban. Poseía una cúpula acristalada dominante, y sobre esta se alzaba otra antena parabólica de comunicaciones. No tan potente como la del espaciopuerto, pero sí de bastante calidad, según el criterio del siempre agudo ojo de George.

A mano izquierda las casas empezaron a clarear. Apareció un parque descuidado, invadido por las malezas, en el que se veían columpios gravitatorios de niños y adultos. También tenía bancos con proyectores *holográficos* para los juegos de mesa de las personas mayores, una pista de *aeropatines* y una fuente que no funcionaba justo al lado del terrario de los pequeños.

Marchaban en formación de diamante con Alessa en medio, George delante, Kiara a la izquierda, Teresa a la derecha y Swarley cerrando la marcha. Fue precisamente la capitana, que iba más próxima al área de recreo, la que ordenó el alto.

—¿Qué pasa?

—Eli, conmigo. Los demás, permaneced aquí, parapetados tras este *aerocoche*. No nos vamos a separar más de doce metros. Necesitaremos cobertura.

Asintieron, a pesar de que eso violaba parcialmente lo que acababan de acordar sobre ir todos juntos. Tanto ella como la agente avanzaron con paso cauto hacia la silueta apoyada contra el tronco del árbol, que tenía la cabeza ladeada sobre un hombro.

Cuando ya estaban a pocos metros, se dieron cuenta de que se trataba de un cadáver. De mujer, vestida con un traje contra la lluvia que le cubría prácticamente todo el cuerpo excepto la cabeza y las manos. Era un esqueleto que conservaba el pelo, con los huesos tan mondos que se apreciaba el color blanquecino. Por el aspecto, debía llevar ahí bastantes meses, pero eso sí que no cuadraba con los tiempos que manejaban. Quizás estaba sentada encima de un nido de *metahormigas*, o algo así. Rodearon el tronco para contemplarla con más detalle, metiéndose entre dos o tres árboles.

La calavera pelada miraba hacia el suelo. No detectaron signos evidentes de violencia. Ni

fracturas, ni ropa dañada por tirones, agujeros de bala o de arma blanca. Tampoco vieron una sola mancha de sangre.

—Y la cosa se pone aún más siniestra. Nuevo récord.

—Jamás me he encontrado un cuerpo en un estado semejante. Incluso los que llevan tiempo fiambres tienen trozos de carne putrefacta pegados —Swarley se puso en cuclillas—. Mirando la clavícula, vértebras e incluso costillas desde aquí, lo único que se ven son pequeños tallos como en el resto de la…

—No te acerques a eso. Kiara le agarró el hombro a su amiga, tirando de ella hacia arriba. Levántate con normalidad, como si fuera curioso, pero no te llamara especialmente la atención.

—Me estás asustando.

—Perfecto. Es lo que pretendo. Es una trampa, y me temo que acabo de entender qué es lo que está pasando aq…

De repente, Kiara chilló. No de dolor, sino al sentir cómo dos enormes enredaderas la agarraban de los hombros por sorpresa. Swarley gritó su nombre, descolgándose el tubo del lanzallamas de inmediato y arrojando una bola de fuego contra la copa del árbol que tenían encima. De ella acababan de emerger cientos, cuando no miles, de tentáculos de color verde.

El gel inflamable se pegó a las plantas, haciéndolas arder sin posibilidad de extinción. Dreston cayó al suelo, frente a la muerta, en cuyas cuencas aparecieron dos ojos a medio descomponer. Se colocaron en su sitio, mirándolas sin párpado, movidos por otra miríada de brotes verdes que ayudaron al esqueleto a empezar a levantarse. Lo rodearon, lo vertebraron como si fueran músculos y tendones para que pudiera ponerse en pie.

—¡¡Corre!! ¡¡Corre!!

Prácticamente a trompicones, pasaron por debajo de un bosque de lianas que pretendían atraparlas, trastabillando por el camino de tierra que se estaba llenando de serpentinas hebras que buscaban sus tobillos para agarrarlas.

Por suerte, Fourier salió a defenderlas. En lugar de entrar en el parque, que parecía haber enloquecido, cogió una manguera abandonada en la acera y abrió la llave de paso de la punta para rociar con agua la ruta que iban a seguir sus compañeras y que se llenaba de maleza a cada instante que pasaba. Mientras, el gigante roció las copas de los árboles cercanos con su propio lanzallamas, acabando con las lianas que amenazaban a la ingeniera de forma más inmediata.

Alessa se descolgó la lanza tesla una vez más, con el agua todavía fluyendo contra el suelo a borbotones, y la plantó en el charco nada más encenderla. La descarga eléctrica frio los tentáculos terrestres, que se quemaron igual que si los hubiera golpeado un rayo. Sus sorprendidas compañeras, aún con el alma en un puño, la sobrepasaron corriendo hacia el tanque. Los cinco empezaron a huir.

—¡¿Cómo es que no nos has achicharrado?!

—¡¡Porque los trajes espaciales se hacen aislantes a propósito para poder reparar cosas con ellos!! —Aulló Fourier, jadeando—. ¡¡Pero lo importante no es eso!! ¡¡Es que *os lo dije*!!

—¡¡Lo siento!! ¡¡Todo el mundo queda autorizado a destruir cuanto se interponga en su camino con el tan…!!

Se detuvieron prácticamente en seco al visualizar su vehículo, que había quedado

parcialmente escondido por la curva de la calle principal. Dos inmensos troncos lo tenían atrapado, suspendido en el aire, y estaban apretándolo con tanta fuerza que el grueso blindaje se doblaba igual que si fuera aluminio. Chirrió durante unos agónicos segundos antes de que su estructura principal colapsara. El reactor emitió una enorme voluta de humo, impidiendo así una detonación nuclear en miniatura.

—Rectificad las dos —Teresa no podía cerrar la boca—. El tanque tampoco nos hubiese valido de nada.

—¡¡Abrámonos camino hasta la puerta de la base!!

—¡¡Capitana, George vio tallos enormes ahí!! ¡¡George sugiere intentar entrada secreta oeste!!

—¡¡De acuerdo!! ¡¡Cuidado con los edificios!!

Fueron a echar a correr, pero se vieron rodeados. Era como si, de repente, cada hebra verde de la ciudad no solo hubiera enloquecido, sino que supiera exactamente dónde se encontraban. Empezaron a abrirse paso con fuego, electricidad, e incluso disparos a falta de algo más eficaz. Las horribles plantas seguían cerniéndose sobre ellos. Tuvieron que retroceder en dirección al parque.

—¡¿Cómo narices saben dónde estamos?! —Alessa lanzó una de sus granadas especiales al interior de una casa y deshizo una enorme madeja verde con una nube de metralla—. ¡Son simples hierbajos!

Kiara bajó el *Grito de Muerte* durante un segundo, girándose al sitio del que venían. El parque era ahora un gigantesco río verde que reptaba por el suelo de tierra en su dirección, pero encontró lo que buscaba enseguida. La mujer muerta estaba subida en un tronco descomunal, como si navegara sobre una tempestad viviente.

—¡¡Teresa!! ¡¡La cosa del parque tenía ojos!!

La primera oficial se volvió, frustrada porque sus armas fueran completamente ineficaces contra aquella marea interminable. Guardó las pistolas, se descolgó el rifle, y en cosa de tres o cuatro segundos lo había configurado en modo francotirador. Se lo llevó a la cara y un instante después, el cráneo lleno de enredaderas que sujetaban dos globos oculares medio podridos era historia. El esqueleto se derrumbó, y las plantas empezaron a buscarlos en el último sitio donde los vieron.

De alguna forma la maraña mortal se enfureció, crecía y se retorcía lanzando latigazos o estocadas de púas donde esperaba encontrarlos. Levantó los *aerococches* por los aires, aplastándolos, derribó mobiliario urbano y farolas. El maremoto vegetal creció tanto en intensidad, que los tabiques prefabricados de una pieza primero se agrietaron y luego reventaron, viéndose sometidos a la presión de unas raíces milenarias creciendo a cientos de veces la velocidad normal.

Era como contemplar la ira de la naturaleza desatada en su más cruda expresión, la venganza del reino vegetal contra la mano de la humanidad. Y era un espectáculo pavoroso, porque desintegraba en cuestión de pocos segundos lo que a nosotros nos lleva una vida de esfuerzo construir.

Sin embargo, libres de la observadora cadáver, a los corsarios les fue mucho más sencillo escapar. Las zarzas, lianas y tallos seguían moviéndose en su dirección a una velocidad

endiablada, pero sin lanzar los ataques precisos y tramar las estrategias exactas que tenían antes. Alessa llegó a caer al suelo, y tuvieron que aplicar el fuego prácticamente sobre ella para que no la arrastraran hacia unas púas de un metro de longitud que ya segregaban algún tipo de sustancia venenosa amarillenta.

La última carrera cuesta arriba fue especialmente aparatosa. Comenzó a diluviar de repente y a soplar un viento furibundo, como si el propio clima también tratara de acabar con ellos, y los trajes les dificultaron muchísimo el ascenso por el barro. El lanzallamas funcionaba peor, el combustible sufría una pequeña degradación al contacto con enormes cantidades de agua. También le afectaba la gravedad porque, aunque el gel ardía incluso húmedo, la tromba lo arrastraba lejos de su objetivo. Por suerte la lanza tesla ganaba enteros en ese entorno, y aunque Alessa prácticamente agotó sus reservas de energía, pudieron mantenerse a salvo gracias a ella.

Sus perseguidores eran letales e incansables. La munición de las armas convencionales era inútil, una tormenta de balas podía arrancar unos cuantos tallos y serrar algunos troncos, pero el aluvión de brotes verdes rodeaba pronto las fracturas y las juntaba de nuevo para que siguieran creciendo como si nada hubiese sucedido. Aquella cosa, fuera lo que fuese, era capaz de regenerar cualquier herida sufrida por causas cinéticas. Una vulgar hacha tendría contra ella el mismo éxito que el fusil acelerador más avanzado de los Cruzados de las Estrellas. El fuego era lo único que detenía a los vegetales y, desgraciadamente, llovía demasiado como para usarlo.

En cuanto llegaron a la cima del montículo, prácticamente rodeados, Kiara y Teresa giraron la manivela circular tras introducir el código que les gritó Eli. Pasó la primera oficial, luego Alessa, después Kiara. George se quedó el último, saltando al interior mientras cerraba la tapa y quemaba a las plantas asesinas a la vez.

Empezaron a oír grandes ruidos afuera, como si su huida enfureciera a las criaturas. Fourier, completamente sin aliento, les dijo que ese tipo de túneles de mantenimiento se hacían estancos para poder emplearlos como refugios antiaéreos o en caso de desastre. Encontrarían más escotillas que interponer entre ellos y lo que quiera que fueran esas cosas, pero debían darse prisa antes de que pudieran abrir los sellos. Después de todo, los troncos grandes aplastaron un tanque como si fuera de papel, acabarían entrando en el túnel.

Kiara levantó el comunicador del traje para llamar a Pierce y Will. Debía advertirles del horror que acababan de descubrir antes de que fuera tarde, por si tenían que ponerse a salvo. Aunque no vieron ningún brote dentro del espaciopuerto, estaba lo del tío que se quemó a lo bonzo en un almacén, y los lanzallamas que encontraron en…

Mierda. No tenía cobertura. Fue a darse una palmada en la frente, encontrando solo el casco de burbuja del traje espacial.



No es mal refugio si detestas las acelgas

Siguieron corriendo durante un rato, chapoteando por las aguas residuales. No estarían a salvo allí, parecía que existían filtraciones que provenían del sistema de alcantarillado o de la lluvia, y eso hacía que el túnel se fuera inundando poco a poco.

Estaban en un conducto circular de cinco o seis metros de alto, una sucesión de tubos de *neohormigón* ensamblados entre sí mediante grandes juntas de *supracero* con forma de anillo que servían a su vez para anclar el sistema al suelo y permitir flexibilidad en los codos y giros. No tenía entradas laterales ni accesos superiores, aunque cada cierto tiempo se encontraron gigantescas exclusas que debían abrir y cerrar con códigos de una tabla digital que tenía guardada Eli.

Tras atravesar seis de aquellas monstruosas puertas, comenzaron a sentirse a salvo, y decidieron descansar en un montón de bloques de *neohormigón* que alguien olvidó sobre un *autocarro*, junto a un casco de obra. Solo Kiara y el gigante permanecieron en pie.

—Sé que la pregunta es estúpida, y aun así la haré igualmente —Dreston dejó el *Grito de Muerte* colgado en las barras del utilitario oxidado y apoyó las manos en los muslos—. ¿Estamos todos bien?

—Más o menos —Swarley fue a pasarse los dedos por la frente sudorosa, y se encontró que seguía embutida en el traje, para su consternación—. Me temo que el combustible de mi arma está al cuarenta y ocho por ciento.

—George al cincuenta y tres. George cree que nos vendrían bien unos recambios de gel incendiario.

—Pues vamos apañados, porque nos quedan seis horas de oxígeno —Teresa aprovechó para abrazar de lado a su novia—. ¿Qué carajo son esos bichos?

—Está claro que no es una especie *meta* —Eli se acurrucó contra la primera oficial—. ¿Cómo supiste lo del cadáver?

—Ni te imaginas lo que he podido leer sobre xenología en los últimos tiempos.

Kiara no pensaba contarle a la agente lo de la base de datos del *Sendero del Cielo*, Alessa le hizo prometer que solo ellas dos lo sabrían. Los demás siempre dieron por hecho que la información que usaron para detener el *Motor de Vacío* provenía de los estudios de la pobre doctora Jacobinssen, y que fueron incautados por la Universidad Olimpiana. No le hacía ninguna gracia tener que ocultar esa información, pero esa copia pertenecía a Fourier y eso le daba derecho a imponer ciertas normas al respecto.

—¿Sabes qué son?

—Por la pinta, estructura y forma de comportarse, yo diría que no *son*. *Es*. —Alessa fue tajante—. Opino que puede tratarse de una criatura gigantesca oriunda de este miserable planeta.

—Imposible —Eli respondió con la vehemencia de alguien que no ha visto suficiente mierda alienígena—. Cada terraformación exige una primera fase ineludible, que consiste en la completa aniquilación de los ecosistemas previos. El castigo por no hacerlo bien…

—Sí, sí. Ya lo sabemos —Fourier se tocaba el tobillo que la criatura le lastimó mientras huían —. Pero estamos en un planeta lejos del centro de poder confederado, aislado y remoto.

—A ver si coincidimos —Dreston se incorporó, ya más descansada, y recuperó su arma de donde la había colgado—. Apesta a que han estado experimentando con eso, se les ha escapado y se los ha comido.

—Es una teoría. La otra es que hicieran mal el trabajo de fumigar esta roca. Elijo creer la segunda.

—¿Por?

—Obvio, Teresa. Vamos hacia el laboratorio, no quiero abrir la puerta y ser inmediatamente estrangulada por una enredadera gigante.

Kiara se acercó a la ingeniera, que no se soltaba la pierna. Suspiró, agachándose para intentar ayudarla. A veces, con ese temperamento tan borde y las enormes cantidades de autosuficiencia que desbordaba, se le olvidaba que Alessa empezaba ya a ser una persona mayor. Lo que a ella le dolía, podía ser una fractura en Fourier.

—¿Me dejas ver eso?

—No. Está bien. El traje sigue entero y me han dado un buen tirón.

—Anda, déjame que te eche…

—No me gusta que me traten con condescendencia, Kiara. Si necesito ayuda, la pediré, descuida. Te agradezco la preocupación, pero mi umbral de tolerancia al dolor es tirando a inmenso. Déjalo estar, tenemos que salir de aquí o moriremos deglutidos por una planta.

Dreston se enderezó, desistiendo. Lo que más le molestaba a su compañera, la científica e ingeniera sobresaliente, no era su preocupación. Le dolía en el orgullo que la ayudaran. No querría reconocer, ni en un millón de años, que no podía hacer algo. Era uno de sus muchos defectos. Por suerte, de los tolerables.

—De acuerdo, perdona.

—Alessa, sin querer tocarte los ovarios más de lo necesario. —Teresa se separó de Eli, sin bajar del *autocarro*—. ¿Tú entiendes qué le da a una planta la capacidad para comerse a un ser más evolucionado que ella?

—Lo primero que tenemos que hacer, tratando con una especie alienígena, es olvidarnos del antropocentrismo. No somos el pináculo de la creación, ni siquiera estamos cerca de ser una molestia para el cosmos. Los *Fkashi* son, por ejemplo, muchísimo más avanzados en términos biológicos que nosotros. Su vida es parasitaria, sí, y arrasan cuanto encuentran a su paso. Pero no debemos confundir avance social con desarrollo evolutivo. Si no me equivoco, estamos ante una especie completamente desconocida. Es rápida, es resistente, capaz de regenerarse y posee la fuerza descomunal de las plantas. Puede reventar, con tiempo, cualquier cosa que construyamos.

—Yo tengo una duda existencial. Nos quiere matar. —Eli comprobó su arma—. ¿Por qué?

—Bueno, estamos en *su* planeta. Si no es inteligente, somos comida. Si lo es, igual no le hace gracia nuestra presencia. Pero volviendo a la pregunta de Teresa, se me ocurren muchos destinos para los habitantes de la colonia.

—¿Alguno en el que no estén muertos?

—No. Quizás esta cosa es capaz de diluir los cuerpos con el veneno de las púas que vimos. O los enterró vivos para que se descompusieran y le sirviesen de abono. También existen plantas carnívoras originarias de la Tierra, cuyo uso actual es ornamental. Son capaces de atrapar y

digerir a los insectos *meta*, que se quedan pegados al intentar libar sus jugos y…

—Vale. Estarán muy, muy muertos. —La primera oficial empezaba a sentir náuseas—. Imagino que por eso se dispararon los misiles incendiarios y termobáricos. Esa cosa se acercó a la base, y alguien con el gatillo muy flojo le dio al botón.

—Un momento, esto también explica lo de la nave. —Apuntó Kiara, abriendo la boca de par en par, dándose cuenta de la magnitud de su problema—. Un espécimen subió a bordo, y quienquiera que lanzara los misiles impidió que escapara. Mierda. ¿Y si sale del planeta? ¡Es *terranocompatible*!

—Sabes lo que voy a sugerirte, ¿verdad?

Fourier sonrió con malicia. Sin agregar nada más, la capitana supo enseguida a qué se estaba refiriendo. Y aquella vez, sin que sirviera de precedente, tenía que darle la razón. Debían recuperar los datos que les encargaron y tendrían que llamar a Hoffstein para solicitar nada menos que el cacareado *Protocolo Némesis*. Si aquella roca estaba infestada con esos seres plantoides, no tendrían otra opción. A no ser que el Alto Cretino prefiriese prenderle fuego a la superficie, permitiendo que les esperase enterrada y volviera a salir pasados unos años.

La creía capaz porque al contrario que Alessa, que abría la puerta a que su comportamiento fuese instintivo, estaba convencida de que era inteligente. Les tendió una *emboscada* en el parque, esperando a llevarlos a una zona donde los vegetales eran legión, destruyó su vehículo blindado e incluso usó un cuerpo como cebo. Peor. Lo empleó para obtener una forma humanoide, con la que tener unos ojos pútridos que le permitieron *ver* dónde estaban. Podía manipular cuerpos muertos en su beneficio.

En cuanto Teresa disparó a su títere, la criatura empezó a detectarlos de forma mucho más rudimentaria. Quizás por el estampido de los pies contra el suelo, o tal vez por algún otro medio. Lo malo era que ahora sí que sabía dónde estaban, no como al principio, y terminaría por reventar los túneles y las compuertas. Se preguntó hasta dónde llegaría la consciencia del plantoide.

Tenían que alcanzar cuanto antes el laboratorio, realinear la antena y notificar a Will y Pierce lo sucedido. Con un poco de suerte, podrían evacuarlos. Y si no, siempre podían vaciar el arsenal del espaciopuerto en una tormenta de ira y fuego *y luego* rescatarlos.

Notó una mano enorme sobre su hombro. Se giró hacia George, sorprendida. El grandullón empuñaba el lanzallamas con la derecha, mirando a la parte lejana del pasillo. Siguió sus ojos, temerosa de descubrir qué era lo que había visto. A lo lejos, el tubo estaba abierto del lado derecho. No roto, sino que dejaba espacio para algo más. Una zona de mantenimiento, u otra estructura. A pesar de que sabía que sería inútil contra su nuevo archinémesis, empuñó el *Grito de Muerte*.

No le preocupó emplear el tono normal, seguían conectados por el canal interno de los trajes espaciales blindados. Espacio, gracias, gracias a las estrellas que Alessa les reprendió por no llevarlo.

—¿Qué has visto?

—George está seguro de que hay movimiento.

—Oh no. —La primera oficial se puso en pie de un salto, chapoteando—. ¿Más enredaderas?

—George cree que es una persona.

—Este es posiblemente uno de los pocos sitios donde alguien puede haberse escondido —reconoció Kiara, amartillando el arma—. Sin embargo, no sabemos ni quién es, ni qué pretende. Lo mismo dispara primero y pregunta después.

—O a lo peor es otro esqueleto animado por ramitas. —Swarley se bajó con más precaución, tendiendo una mano a Fourier para que descendiera, que ella rechazó—. Yo os metí en este lío, y además llevo un lanzallamas. Si veo cualquier cosa rara en el superviviente, lo frío. Tomo posición.

—De acuerdo. Te cubrimos.

Teresa se colocó inmediatamente detrás de ella, apretándole el brazo para transmitirle su apoyo. La agente suspiró profundamente, y empuñando su arma principal, avanzó hacia el recoveco.

No podían ser sigilosos. Aunque las comunicaciones seguían sin oírse desde el exterior cuando charlaban, el ineludible agua revelaba los leves chapoteos que hacían avanzando con lentitud. Solo oían eso, además de sus propias respiraciones agitadas. Si bien les quedaba oxígeno de sobra en los avanzadísimos depósitos de los trajes espaciales, sentían que les faltaba el aire. La situación era tan tensa, tan al límite, que el agua turbia se les antojaba como petróleo. Costaba andar.

Se pegaron lo más posible a la pared izquierda, que era la más cercana a la oquedad de tres metros de ancho por dos y medio de alto. George cabía ajustado, y sería de poca ayuda si tenían que salir de ahí. Acordaron que vigilaría la entrada mientras las cuatro mujeres registraban lo demás, e informaría de su estado cada treinta segundos.

Tras asentir, Swarley giró la esquina, descubriendo una zona oscura. Encendió las luces de los hombros del traje espacial, barriendo la primera estancia. Tal y como se imaginaban, servía para hacer mantenimiento. Descubrieron allí abandonadas varias piezas de equipo de obra, como cascos, palas, sacos de *neocemento* y un par de cajas de herramientas. Al fondo les pareció ver también un equipo de soldadura autógena en un estado de conservación lamentable. Pero había algo más.

Sobre el firme, eran perfectamente visibles las huellas de dos botas mojadas, que se perdían en la estancia contigua. A esta se accedía mediante una puerta de categoría baja, de chapa, sujeta con un vulgar candado que estaba tirado a un lado. Por cómo se rompió, dedujeron que alguien empleó las herramientas que veían para apalancarlo hasta hacerlo saltar. El letrero revelaba el motivo del saqueo: *Almacén de víveres*.

Tras asegurarse de que no había ni un solo brote verde, Kiara y Teresa se colocaron a los lados de la puerta. Swarley se situó en el centro, mientras Fourier permanecía algo más retirada, entre el grupo principal y George. Aún se toqueteaba la pierna, cosa que preocupó a la capitana.

Dreston levantó tres dedos y los fue bajando uno por uno, olvidándose de que las comunicaciones eran cerradas. Cuando la cuenta terminó, Eli le dio una patada a la pobre chapa, que se dobló abriéndose con un estampido. La agente entró en tromba gritando por el altavoz exterior que no se movieran, mientras las dos corsarias pasaban a continuación con sus propias armas preparadas. Contra los vegetales del infierno no servían prácticamente de nada, pero tratando con un mortal, la cosa cambiaba bastante.

—¡¡No!! ¡¡No me maten!! ¡¡Soy humano!!

Ante ellas yacía un pobre hombre tirado en el suelo. Estaba agazapado entre montones de latas vacías, botellas de agua secas y una buena provisión de envoltorios de lo más variopinto. Vestía un traje blanco de laboratorio completo, con capucha incluida, que permitía verle únicamente la cara. Estaba sucio, hecho polvo, y remendado con cinta adhesiva en varios puntos.

A priori, parecía que no se trataba de un monstruo vegetal. Bajaron las armas con sospecha. El tipo se agazapó en una esquina y se echó a llorar. No sabían si era miedo, ansiedad o pura alegría. Resultaba muy difícil entender su expresión facial porque además de que la amplia visera estaba sucia, llevaba una barba gigantesca y descuidada.

—¿Quién es usted?

—Razim. Razim Ahkalam. Soy científico, trabajo… trabajaba en la base subterránea. Gracias, gracias al espacio que han aparecido. Estaba convencido de que nunca mandarían un equipo de rescate.

—Somos corsarias, nos ha contratado el gobierno para investigar.

Tampoco necesitaba contarle a aquel tipo que acababa de conocer que venían solamente a recuperar unos datos secretos de su base oculta. Lo mismo dejaba de colaborar de inmediato, estuviera en un apuro o no.

—Si pueden sacarme de esta roca, me da igual.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hace aquí abajo?

—Me escondo de… eso. De lo que hay afuera. Es mucho, muchísimo más peligroso de lo que se puedan imaginar. Procesa a la gente, se los come enteros hasta no dejar más que el hueso.

—Nos suena familiar. ¿Por qué el traje?

—Por lo mismo que ustedes, entiendo. Esa cosa está por todas partes. Incluso en el aire.

Kiara puso los ojos en blanco durante un instante al oír el *os lo dije* de Alessa, y luego sintió un escalofrío que le recorría la columna. Ellos se expusieron al bajar del *Pétalo Danzarín*. Durante pocos minutos, pero… oh no. Mierda. No, no, no. ¡¡No!!

Trató de sonar lo menos histérica posible.

—¿Qué pasaría si nos lo quitamos?

—Al principio, nada. El sistema inmune se hace cargo de las micropartículas de polen. Cuando se respira lo suficiente, las plantas empiezan a crecer en los pulmones. Te comen vivo por dentro. Por eso bajé aquí, los niveles en esta zona son prácticamente cero.

Dreston tembló. No tenía claro qué pensarían los demás, pero en aquellos momentos el nudo de su estómago le apremiaba a ir al baño cuanto más rápido, mejor. A pesar de que sentía ganas de gritar y arañarse la cara, se contuvo. Necesitaba saber si ahora tenía unos hermosos brotes verdes dentro.

—Defina los plazos, por favor.

—Cuestión de horas. He visto a montones de personas caer desde que empezó la polinización. No me escuchaban, estaban demasiado nerviosos como para hacerlo. Soy microbiólogo, joder. ¡Tendrían que haberme tenido en cuenta!

El tipo se echó a llorar. Dreston sintió ganas de ir a abrazarlo, porque debía haber visto morir a familiares y amigos. Sin embargo, no sabía por dónde les iba a salir. Después de todo, podía

llevar una larguísima temporada solo, postergando el final sin ninguna esperanza de rescate. Los refugiados de *Triunvirato* se tuvieron los unos a los otros. Y a pesar de ello Yussif, por ejemplo, buscaba la muerte.

Buf, al menos, su momento de estupidez de bajar sin traje no acarrearía consecuencias. O eso esperaba. Si aquel tipo llevaba allí abajo desde que empezó todo, necesitaría quitarse las protecciones para comer, beber y usar el aseo. Así que, si seguía vivo, era buena señal. Swarley se le adelantó.

—Sé que será difícil para usted, pero cuéntenos lo que sucedió.

A Razim le llevó un tiempo tranquilizarse. Cuando logró una voz más o menos serena, les relató que unos meses atrás desapareció una mujer en el bosque, mientras iba a hacer sus ejercicios matutinos. La buscaron durante dos días, temerosos de que alguien de su propia comunidad la hubiera secuestrado o asesinado. Hasta ahí era todo siniestro, pero normal. Era una cosa que desgraciadamente sucedía en las poblaciones humanas desde el inicio de los tiempos, siempre aparecía un psicópata o un criminal dispuesto a arruinar incluso la más hermosa utopía.

Lo malo fue que, tras la última batida antes de abandonar, hicieron recuento y faltaban otros dos hombres. Aquellos no eran precisamente novatos, sino un bombero y el jefe de policía, ambos fuertes y conocedores de las inmediaciones. Hacían una pareja de rescate formidable, e iban armados y bien comunicados. Pensaron que se entretenían tratando de descubrir lo sucedido con la pobre corredora, pero dejaron de contestar a la radio y sus localizadores se apagaron.

Aterrados, los habitantes de la pequeña comunidad permitieron que pasara la noche antes de partir de nuevo. Aunque sabían que la compañía nunca desplegó depredadores *meta*, estuvieron seguros desde el principio de que algo iba mal. En la siguiente salida, desapareció un técnico de soldadura pasada media hora. Sus compañeros se giraron, pues ahora iban de tres en tres, y no lo encontraron. No respondía ni a las llamadas de radio, ni a las de viva voz. Su localizador también dejó de emitir.

Los dos supervivientes de ese grupo de búsqueda trataron de alcanzar la salida del bosque antes de que lo que quiera que fuese los atrapase, pero solo uno consiguió regresar con vida. Relató que al otro *se lo llevó el bosque*, que lo mataron las raíces y las enredaderas rodeándolo hasta exprimirlo como un *neocítrico*. Cuando contó que las plantas lo dejaron ir para beberse los fluidos que chorreaban del cuerpo, lo encerraron. Pensaron que ese pobre desgraciado era el asesino, que iba borracho o drogado y que mató a sus propios compañeros. Incluso empezaron a investigar si se cargó a los demás.

Pero la idea caló. Nadie se atrevió a poner un pie en el extenso bosque que se extendía desde la ciudad al espaciopuerto, temerosos de que pudiera desaparecer alguien más. Se empezó a hablar de cosas sin sentido, como brujería y fantasmas. De conceptos tan desterrados de la era espacial que costaba no sonrojarse con su mera mención.

A Kiara no le hizo gracia el desprecio hacia lo que no se entendía. Que la mente humana no fuera capaz de asimilar algo no hacía que fuese menos real. Cualquier clérigo mínimamente avispado habría considerado el *Motor de Vacío* como la antítesis de su deidad, igual que Clariano. Los *espíritus* que los colegas de Razim despreciaron terminaron matándolos a todos.

Las desapariciones continuaron tras el abandono del bosque. Solo a los agricultores les preocuparon los crecimientos anormales de las malas hierbas, que cada vez tomaban más y más terrenos. El alcalde movió el culo únicamente cuando una familia entera se esfumó de su granja.

Encontraron la finca llena de aquellas enredaderas tan invasivas. Y a alguien se le ocurrió, por fin, llevar un trozo a analizar al laboratorio bajo tierra.

Estaban en pleno proceso cuando se desató la supertormenta. El modelo climático local daba buen día, pero las nubes empezaron a arremolinarse sobre el desierto y formaron la primera fase del gigantesco huracán que se veía desde el espacio. Este fue creciendo exponencialmente durante unos días, hasta alcanzar una masa crítica tan enorme que destrozó todas las previsiones.

El equipo de Razim concluyó que la muestra de laboratorio no solo seguía con vida, sino que se trataba de una especie vegetal desconocida. Con un poco de agua y una luz menor, era capaz de crecer hasta límites asombrosos alimentándose únicamente de formas microorgánicas. Llegó a doblar su tamaño dentro de su pecera, iluminada por luz ultravioleta.

Estaban pensando en destruir la muestra por ser peligrosa, pero cuando regresaron una mañana, ya no la encontraron. Él y otros tres científicos trataron de avisar al alcalde de la que se les venía encima, asumiendo que lo que quiera que fuera se *escapó* por sí mismo. La cosa los asustó especialmente cuando salieron al exterior con los trajes aislantes y descubrieron que en los dos días que llevaban trabajando a destajo, un finísimo polen había empezado a caer por todas partes.

Fue entonces cuando se desató la locura. Tal y como les dijera, comenzó a haber muertos por respirar aquello. Si en ese planeta perdido hubiera estado permitido tener niños durante los cinco primeros años de colonización, seguramente habrían sucumbido antes que nadie. Pero el ciclo de crianza iba a empezar pasados unos meses, así que enfermaron los más ancianos, los científicos de más renombre elegidos por sus currículums brillantes.

Murieron sin remedio, con los pulmones saturados por pequeñas plantas. Lo siguiente fue una hecatombe. La naturaleza enloqueció, tomando al asalto la ciudad y repitiendo la grotesca escena que el desafortunado rescatista describió antes de que lo encerraran. Las plantas se alzaron desde cada parche de tierra, las fachadas, el alcantarillado e incluso las entrañas de los más afectados por la infección vegetal.

En cuestión de pocas horas más, encontraron hasta el último de los supervivientes y lo exprimieron a placer. Solo unos cuantos trabajadores de la base, que se imaginaban lo que sucedería, pudieron encerrarse a tiempo y sellarlo todo.

Luego llegó la nave de suministros, y se encontró el pastel. Por entonces la supercélula no había alcanzado un nivel tan inmenso como el que tenía ahora, y fueron capaces de aterrizar a salvo. Cuando no pudieron comunicarse con nadie del pueblo y no encontraron comité de bienvenida como otras veces, llamaron a la base. Los científicos contestaron con ayuda de la IA, *Valeria*, y les advirtieron de lo que pasaba.

Demasiado tarde, porque el jefe del transporte ya había mandado un destacamento por el bosque para ir explorando el terreno. Temieron que la colonia estuviese en manos de los piratas, y los del equipo de choque salieron a toda prisa en un transporte acorazado, idéntico al que emplearon los corsarios. Obviamente, jamás volvieron. Y, por supuesto, la naturaleza atacó la base tan pronto como se dio cuenta de que seguía quedando gente con vida en su interior.

Cabreado tras oír el informe de Razim, el capitán lanzó las ojivas incendiarias y termobáricas, incluso sobre su propia posición. Ardió todo con una intensidad que horrorizó al microbiólogo. Rogó al capitán que los rescatara, y este estaba a punto de aceptar cuando sucedió otra desgracia. Uno de los recién llegados reventó desde dentro, posiblemente tras ser contaminado en una

patrulla. Durante la transmisión, el científico oyó tiros y gritos, al oficial llamar cobardes a los que pretendían subir a la nave y huir.

El viejo lobo espacial se plantó ante la cámara, le ordenó desalinear la antena y activar el protocolo de cuarentena. Eso fue lo último que supo de él. Cortó la transmisión y salió tras los que querían largarse.

Razim suspiró.

—Espero que consiguieran escapar de este infierno.

—No, no lo hicieron —Alessa fue seca y cortante—. Pero hay que reconocerle al tipo que tenía los genitales más enormes que he visto en bastante tiempo.

—Oh, cielos. Pobre gente. Quisieron ayudarnos.

—Y murieron por ello. Ese tipo debió derribar su propia nave, alterar las comunicaciones para impedir futuros aterrizajes, y aniquilar a sus hombres. Después de ver que estaban infectados, seguro que los mató uno por uno según se fueron transformando.

—Hasta que finalmente él mismo empezó a enfermar, se encerró en un almacén, lo selló y se prendió fuego. —Concluyó Kiara—. Qué valor.

—Por eso lo digo. Tenía los huevos de *supracero*.

—Al menos eso explica casi todo lo sucedido —Swarley se puso la boca del lanzallamas en el hombro—. Miedo me da preguntarle por sus compañeros. Fue esa muestra que se les escapó, ¿verdad?

—Me temo que sí. Pude aislarla en la zona de enfermería, dentro de Ghorram. Pero debió contaminar a alguien más, así que perdimos las ocho plantas superiores. Solo queda intacto el núcleo IA. *Valeria* se aisló a sí misma en cuanto le dimos la orden de contener la infección.

—¿Y qué hace usted fuera, entonces?

—*Valeria* concluyó que sin los parámetros adecuados para evaluar cómo de grave o profunda es la infección, yo no podía ser considerado seguro.

—Oh, no.

—Limpió el elevador con drones remotos y me echó en lugar de matarme. No puedo culparla, es esclava de su programación.

—¿No se supone que debe proteger a los humanos antes que cumplir las órdenes?

—Ella es… especial. No tiene exactamente los parámetros… estándar, a ese respecto.

Dreston abrió la boca, resoplando y cerrando los párpados a la vez. Muy bien, fantástico. Así que la Inteligencia Artificial de la base se saltaba el protocolo de no perjudicar la vida humana. ¿En serio la gente seguía siendo *tan* estúpida?

—No me malinterpreten, está bajo control —Ya, sí, claro, por supuesto que iba a creerse *eso* —. Fue culpa mía, le di una orden demasiado gris. Y no tengo los códigos de superadministrador para anularla.

—Es una suerte que nosotros sí —Swarley le indicó que se levantara—. Va a ayudarnos a arreglar este desastre. ¿Por qué *Valeria* puede aceptar semejante orden?

—Por el proyecto. No estoy autorizado a revelar esa información.

—Soy agente del Cuerpo Especial Confederado de Investigación. Suboficial, para más señas.

Kiara arqueó las cejas. Mira por dónde, conocía Eli desde hacía mucho tiempo y nunca le había dicho el nombre exacto de su organismo. Quizás era esa puñetera *necesidad de saber* de la que estaba hablando todo el tiempo. O lo que fuera.

—Ni siquiera puedo decírselo al CECI sin autorización de mis superiores. Y están muertos, así que ahora mismo necesito que me lo permita… alguien. De la compañía. Que no conozco. Los cargos que se presentarían por…

—Vale, sí, lo imagino. Quería ver si tenía suerte. Me inquietaba que estuvieran experimentando con personas.

Aquel tipo era un mentiroso horrible y Swarley era demasiada agente para él. Sonrió de una forma bobalicona, pretendiendo que no era eso lo que hacían ahí abajo. De repente, toda la pena que Dreston le tenía se esfumó como si un mago agitara una varita mágica y le pidiera que lo odiase. Menudos bastardos él, Hoffstein, y la compañía que le pagara sus treinta monedas de plata por atormentar a sus semejantes. Ojalá acabara convertido en abono.

—Si no tiene nada más que advertirnos, vamos. Usted delante.

—¿Y… yo? ¿Por qué?

—Porque sigue siendo el tipo al que acabamos de conocer escondido en una ratonera de un mundo infestado por plantas antropófagas. No se lo tome a mal. Los corsarios somos gente desconfiada por naturaleza.

Abandonaron la habitación y el reducto de mantenimiento de uno en uno. Razim fue el último en salir, y los demás se apartaron de él para dejarlo pasar. Caminaba encorvado siendo joven, pero teniendo en cuenta que estaría horas y horas mirando a través de un microscopio, tampoco era tan raro.

Recorrieron juntos los dos kilómetros que quedaban de túnel, dejando atrás dos compuertas más y llegando hasta la cámara de entrada, donde desconectaron las trampas. No les gustó la primera impresión, el túnel de la última sección estaba agrietado por bastantes sitios y se filtraba el agua. De hecho, había casi un palmo más que en el resto de la instalación. No era tan estanca como creían.

Se acercaron a la puerta blindada, hundidos hasta las rodillas, e introdujeron los códigos correctos de apertura. Un pitido sordo, característico estándar de denegación de acceso, acompañó a la luz roja. Del altavoz exterior emergió una voz femenina que les informó de forma mecánica que la base entera estaba bloqueada y que debían contactar con el administrador.

Swarley arqueó las cejas, suspirando, buscando la clave del superusuario en su interminable fichero. El gigante se acercó a Dreston, prácticamente dándole la espalda mientras miraba alrededor. La capitana se dio cuenta de que algo estaba a punto de suceder.

—¿Qué te pasa?

—A George no le gusta esta sala. George siente que es mala, pero casco no permite saber por qué. No se puede oler, oír ni ver bien aquí dentro.

Mierda. Con esa no contaba. Claro, los sentidos heroicos de su compañero estaban constreñidos en el traje espacial. El micrófono, que encima no era de una calidad excepcional precisamente, debía limitar también su oído prodigioso.

—Atentos —avisó Kiara—. Eli, date prisa, por favor.

—Y… estamos dentro.

La nueva contraseña fue aceptada, y la puerta liberó uno a uno los sellos con forma de aspa. Se abrió hacia afuera con un giro suave que solamente emitió un leve siseo de bisagra bien engrasada. Salieron del agua, con el grandullón cerrando la marcha, y se encontraron ante una segunda cámara de suelo rojo enrejillado. Tenía una puerta de seguridad convencional y una parada de ascensor. Ambos accesos contaban con un *atrapahombres*[9] que garantizaba que nadie se colaría sin permiso… tras atravesar un montón de compuertas acorazadas con claves diferentes entre sí.

—Están ustedes en una zona restringida. Por favor, introduzcan la contraseña de administrador en el acceso correspondiente. —El anuncio lo hizo una voz femenina, que seguramente pertenecía a *Valeria*—. En caso de que no sea correcta, no intenten de nuevo el acceso, o se activarán las contramedidas oportunas hasta que se desbloquee la instalación.

—Quiere decir que usará este suelo tan especial para incinerarnos. —Karim estaba sudando en abundancia, seguramente debido al miedo—. Les recomiendo ir al elevador directamente, así evitaremos las instalaciones comprometidas. No sé cuántas criaturas habrá, la verdad.

—Ascensor, pues. Voy.

Swarley introdujo los códigos con la maña y profesionalidad de quien lo hace cada día varias veces. La clave fue aceptada sin trabas. La inteligencia artificial volvió a hablar por los altavoces.

—El bloqueo de seguridad se activó debido a una infección parasitaria de origen desconocido. Por favor, confirme que desea acceder al interior con individuos contaminados.

—No lo estamos.

—Se notifica al administrador para que lea los informes elaborados por los científicos locales antes de su deceso. Hay agentes patógenos peligrosos en la zona de descontaminación.

—*Valeria*, repasa tu criterio de evaluación.

—Procesando. El diagnóstico sigue siendo positivo. Se recomienda abortar la operación. Por favor, confirme la orden.

—Hazlo. Abre el *atrapahombres* cuanto antes. Estaba en lo cierto, Razim, me parece que vamos a necesitar recalib…

Swarley se trabó al volverse al científico. Este convulsionó durante dos o tres segundos, poniendo la más horrible cara de dolor que la agente hubiera contemplado jamás. Bajo el traje de contención, su vientre reventó, convirtiendo su torso en una madeja retorcida de hebras de dos dedos de grosor.

Mientras se ahogaba y lloraba sangre, tres tentáculos emergieron de su boca abierta para gritar, tirando de la careta hasta derribarla. Sus antebrazos fueron recorridos por más plantoides que los doblaron hacia arriba en una postura imposible. Los huesos rotos del cúbito y el radio emergieron del traje desgarrado, permitiendo a las enredaderas tomar el lugar de las manos arrancadas.

La criatura se lanzó sobre la agente mientras los demás seguían paralizados por la impresión, derribándola. Justo a la vez, otras plantas asesinas salieron disparadas de la pequeña laguna

donde habían permanecido escondidas. George, que en ese momento miraba hacia el interior, se volvió en una fracción de segundo, rociando con fuego abrasador a las criaturas que fueron a por él.

—¡¡*Valeria*, aíslanos!! —Gritó Alessa—. ¡¡Cierra la entrada!!

—Puerta exterior atorada. Una entidad desconocida está impidiendo la ejecución de la orden.

—¡¡Mierda!!

—¡¡Quitadme esto de encima!! ¡¡Por favor!!

—¡¡Ayúdame Kiara!! ¡¡Vamos!!

Dreston y Teresa tiraban del cuerpo de Razim sin poder moverlo ni un centímetro. Se enganchó a la agente con los tentáculos de los brazos, mientras trataba sin éxito de arrancarle el casco del traje con los que le salían de la boca al desgraciado científico, que para entonces ya se había asfixiado. La agente pataleaba, con los fluidos del poseído goteándole por encima, sin poder escapar.

De repente, una vara chispeante pasó entre las cabezas de las dos corsarias, golpeándole a Razim en la nuca. El muerto animado se puso tieso al recibir la descarga, los suficiente como para que las otras pudieran levantarlo y arrojarlo hacia atrás. Volvió a ponerse en pie con una contorsión que le rompió la columna, pero recibió una sucesión de ataques de la lanza tesla que lo desplazaron en dirección a la entrada. Aún sin electricidad, Fourier era capaz de propinar increíbles golpes planos, con el punto de apoyo, u oblicuos según lo necesitara. Terminó cargando contra él mientras gritaba el nombre del gigante, embistiendo con la punta hasta ponerlo al alcance de su compañero.

George seguía manteniendo la posición, achicharrando los tallos que intentaban pasar, e incluso llegó a prenderle fuego a uno que fue capaz de agarrarle un pie, para luego aplastarlo. A la orden de Alessa, que le dijo que estaba a sus siete, enganchó de la ropa al títere sin dejar de incendiar las criaturas de fuera. Arrojó el muerto por los aires, al exterior, cruzándolo en el camino de la lengua llameante para que también prendiera. Cuando cayó al estanque, ya estaba bastante quemado.

Lejos de detenerse, Fourier introdujo su arma en el agua, activando la máxima potencia para generar una descarga letal. El pequeño lago quedó electrificado en las inmediaciones, haciendo que las plantas se pusieran rígidas durante unos instantes.

—¡¡*Valeria*!! ¡¡Ahora!!

La IA obedeció y entre las llamaradas y la descarga, fue capaz de ejecutar el cierre de emergencia de la compuerta, que se clausuró amputando una docena de tallos grandes.

—¡¡Eli!! ¡¡Estás sangrando!!

Arrastraron a la agente hacia el *atrapahombres*, al que hubo de entrar prácticamente derrumbada sobre Teresa. La máquina las retuvo un instante, y luego las dos cayeron al otro lado. La compuerta exterior crujió cuando las criaturas empezaron a tirar de ella.

—¡¡*Valeria*, si tienes defensas ahí afuera, empléalas todas!! —chilló Swarley, con tono agónico—. ¡¡Ahora!!

—Desplegando contramedidas exteriores. Detonando cargas.

Hubo un inmenso temblor cuando las bombas explotaron, derrumbando el túnel del que

venían. Aunque no era el tipo de contramedida que esperaba Kiara, pareció detener el ataque contra la puerta. Quizás no detendría indefinidamente a las plantas, pero las retrasaría lo suficiente como para poder escapar.

O eso creyeron, hasta que los tallos amputados empezaron a juntarse unos con otros, creando una nueva amalgama para contraatacar. George intentó mandarlos al infierno, sin éxito. Miró el indicador de su arma, y terminó arrojando la bombona y el lanzador contra aquella cosa mientras Kiara y Fourier atravesaban las puertas. Pudo meterse tras el cristal blindado, constreñido en el habitáculo, un latido antes de que las enredaderas lo atrapasen. *Valeria* encendió entonces las contramedidas interiores, sumiendo toda la habitación en un mar de fuego azulado.

—Sala de descontaminación purgada. Acceso exterior, sellado. Pérdida de integridad de la entrada inferior al diez por ciento. Puerta del ascensor comprometida. Se infiere que el administrador de sistema está infectado.

Kiara, de pie, contemplaba como Teresa trataba de aplicarle una sutura de primeros auxilios a su novia. El cúbito destrozado de Razim había perforado el traje limpiamente, apuñalando a la agente en la zona cercana al apéndice. Esperó que el bisturí láser de los Cruzados fuera capaz de cerrarle la herida del intestino con la misma facilidad que le suturaría la carne de encima.

Ya no tenía ninguna duda. El científico estuvo equivocado desde el principio, se contaminó igual que los demás. Solo que esa planta, esa cosa, lo usó para acercarse a ellos y poder atacar cuando mejor le viniera. El pobre microbiólogo no era más que una mina viviente, dejada ahí con el único objetivo de atrapar a los incautos. Le permitió seguir respirando, creyendo que no le pasaba nada, cuando en realidad su cuerpo estaba repleto de parásitos. Tanta penuria, desesperanza y soledad para terminar así.

Tenía ganas de tirarse al suelo y llorar. Si aquel tipo estaba contaminado tras tomar tantísimas precauciones, eso significaba que a Teresa, George y ella podía pasarles igual. Y desde luego, implicaba que la agente Elisabeth Swarley correría su mismo destino, salvo que encontraran una cura.



¿El omnipresente código homicida ataca de nuevo?

El descenso en el ascensor fue de lo más siniestro. Esperaban encontrarse una base cerrada y estanca, y descubrieron una estructura acristalada con forma de peonza. El elevador permitía ver las partes no clasificadas de cada piso, y daba una sensación muy extraña. Pudieron contemplar a varios esqueletos animados aguardando más o menos lejos, enredados en las criaturas que mataron a sus dueños. También divisaron algunos cuerpos más, en pleno estado de descomposición.

Por suerte, parecía que no quedaban demasiadas plantas en las instalaciones. Hicieron recuento. Su aire ya escaseaba, solo tenían un lanzallamas y la lanza tesla de Alessa estaba completamente descargada tras la sacudida final al lago. Con las armas que tenían, no llegarían muy lejos.

Cuando alcanzaron la última planta, tras recorrer un pasillo aislado con forma de anillo que conectaba los accesos superiores con un segundo elevador, bajaron dejando manchas de botas sanguinolentas tras de sí. Tuvieron que parar en la entrada del corredor y empezar a suturar a la agente de una forma correcta. El cierre de urgencia de Teresa no servía, la herida seguía siendo demasiado aparatosa como para dejarla así. La abrieron de nuevo tras anestesiarla de forma local, y repararon primero el intestino y luego el abdomen. En cuanto terminaron, le pincharon una vía y esperaron a que el aparato portátil de trasfusiones le vertiera la bolsa entera de sangre. Tras completarse el proceso, el maravilloso juguete Cruzado les dijo que la presión arterial era constante y que no se detectaban hemorragias internas dignas de consideración. Menos mal.

Una hora después, Eli estaba pálida a pesar de las curas, y necesitaba ayuda para caminar. Tuvieron que sujetarla mientras introducía los códigos correctos durante un larguísimo pasillo lleno de trampas. En la última puerta, que daba al núcleo de la IA, *Valeria* se quejó.

—El Administrador continúa contaminado. Por favor, confirme el acceso. Esta área es posiblemente la única del complejo que sigue libre de cualquier agente patógeno externo.

—Soy mujer, pedazo de chatarra —Dreston negó con la cabeza. De haber sido Swarley, también habría estado para pocas bromas—. Déjanos pasar de una vez.

—Mis disculpas, señora. Acceso concedido.

La última puerta se abrió, permitiéndoles entrar a la zona más protegida de la base mientras se encendían unas luces rotativas de emergencia. Se trataba de un espacio elíptico, cuyo centro era una inmensa sala de servidores refrigerada, separada por un cristal blindado del resto de la estancia. El perímetro exterior era un pasillo de cuatro metros de ancho lleno de estaciones de control, con un puesto de administrador principal en el punto más alejado de las puertas de acceso. Se arrastraron hasta allí, sentando a la debilitada agente en un cómodo sillón que debía pertenecer al jefe de las instalaciones.

Eli prácticamente se derrumbó sobre él, con una respiración pesada, y tecleó las últimas contraseñas necesarias. En cuanto lo hizo, una representación tridimensional apareció flotando dentro de la congelada sección central donde estaban los ordenadores maestros. Se parecía a una mujer muy joven, de unos veinte años, con piercings en una oreja y un largo flequillo que le tapaba parcialmente un ojo. A Dreston le recordó, de un modo lejano e impersonal, a su curiosa *amiga* Palerma XV Sapponell.

—Saludos, nueva directora de proyecto. Soy *Valeria*. Nos hemos conocido previamente

mediante mis sistemas de voz. Lamento informarle, antes de que lo pregunte, de que mi proyección solo puede verse en esta sala. Se prefirió invertir el dinero en otros menesteres y limitar mi presencia visual a los operadores de control.

—Concede acceso completo, idéntico al mío, a todos y cada uno de los presentes —Eli los fue señalando—. Kiara Dreston, Teresa Daretti, Alessa Fourier y George… ¿Tienes apellido?

—No, George no tiene.

—¿Cuál es su nombre, administradora?

—Elisabeth Swarley.

—Confirme la orden, por f…

—Joder, qué pesadilla. Que sí, que lo confirmo. Crea los perfiles y autorízalos ya.

—Acceso concedido. Espero que esté contenta.

—Me han apuñalado con un hueso roto. Hoy no verás ni una jodida sonrisa.

—Disculpe, pensé que entendería mi sarcasmo. Ha contaminado la que era, posiblemente, la única sala segura del planeta. No he creído conveniente aplicarles la ducha química en el pasillo de tránsito porque malgastaría mis recursos.

—¿Ah sí, cafetera?

—Afirmativo. Ya están todos muertos. No les puedo aplicar mi protocolo de cuarentena porque han sobrescrito la directiva con su clave elevada.

—Quieres decir que no nos has matado porque tenemos la llave maestra. —Kiara entrecerró los ojos—. ¿Cierto?

—Correcto. Mis instrucciones anteriores eran acabar con cualquier persona infectada por *la entidad uno*. Ustedes lo están, así que les recomiendo que terminen con su vida lo antes posible, como hizo el coronel Stromholm en el espaciopuerto.

—¡Maldito montón de…!

—Capitana, si me lo permites, me gustaría hacerme cargo de este problema. —Alessa apareció entre el respaldo de la depauperada Swarley y Dreston—. Tengo experiencia tratando con IAs.

—Yo también, créeme.

—Lo sé, pero a ti te cabrean. Puedo sacarle la información que necesitamos y, además, apoyarme en ella para encontrar una solución a nuestro problema. Por favor.

Dreston apretó los labios. Era la forma más educada que había empleado jamás para decirle *aparta, que sé más que tú*. Lamentablemente, era verdad que odiaba a las IAs. Y si *Valeria* llevaba razón y todos excepto ella estaban infectados, necesitaba darse prisa. Teniendo en cuenta lo inteligente que sabía que era, quizás sería mejor apoyarla desde la barrera.

—Ven, Eli, vamos a buscarte otra silla. Necesitas descansar.

—Estoy de acuerdo. Dale duro, Alessa.

Fourier ocupó el asiento y, sin mirar a la IA, comenzó a pedirle cosas. Empezó por indagar la ubicación de la enfermería y, al haber varias, localizó la más cercana. Luego, solicitó la posición e inventario del arsenal, el acceso a las cámaras de seguridad en la pantalla principal y el número

de criaturas infectadas presentes. Fue leyendo los datos a sus compañeros, mientras lanzaba nuevas órdenes verbales para afinar algunas cosas y autorizaba la descarga de datos a su propio equipo local.

Kiara sabía que trabajaba mucho, pero nunca la había visto teclear y comprobar cosas a tanta velocidad. Era como si su científica tuviera un chute de adrenalina. O de drogas, no lo tenía claro.

—Vale. Dos plantas por encima existe un fabuloso armario con nada menos que tres equipos incendiarios y oxígeno, entre otras cosas de interés. En un ala del mismo nivel encontraréis un quirófano que podemos usar para estabilizar a Elisabeth. Puedo cargar mi lanza desenchufando uno de estos equipos cercanos.

—¿Y la cura? —Preguntó Teresa.

—No existe remedio alguno —La sentencia de *Valeria* sonó como una campanada fúnebre—. Dependiendo de la cantidad de partículas inhaladas o introducidas en el organismo, la infestación tarda más o menos tiempo en ser letal.

—Ya, ya, me lo has sacado por pantalla.

La sequedad de Fourier, contrariamente a lo habitual, fue bien recibida. Si estaba tan tranquila, era porque tenía algo en mente. Cuando se ponía en ese plan, pensaba a otra velocidad diferente. A una que, sospechaba Dreston, se acercaba bastante a la de Hoffstein o incluso Von Arvein. Cada día que pasaba, creía que una educación adecuada la habría convertido en un portento.

—Necesitamos comprobar si mis compañeros están infectados, *Valeria*. ¿Cómo podemos hacerlo?

—Reconocimiento preliminar requerido: ¿Los sujetos se expusieron a la atmósfera en los últimos dos meses?

Fourier miró a Dreston, que no sabía dónde meterse. Espacio. Iba a tener que subirle el sueldo, o darle una prima, o algo. Le estaba sacando los colores de lo lindo, y con toda la razón del universo.

—Durante menos de cinco minutos.

—Entonces la infección es segura. El contacto superior a treinta segundos es letal en el cien por cien de los casos documentados. La única excepción confirmada era Razim Ahkalam, y ahora queda claro que su supervivencia fue una mera estratagema de *la entidad uno* para contaminar a cualquier equipo de rescate. He incrementado su cociente intelectual inferido en veinte puntos. Nota: La estimación es pesimista.

Dreston se mareó. Por tonta. Teresa y George estarían infectados debido a sus acciones, y no existía cura. Joder, si al menos se hubieran puesto los trajes espaciales antes de bajar…

De repente, otro pensamiento la atropelló. Pulsó el comunicador, y luego se reprendió a sí misma por la estupidez. Planta menos nueve. ¿A quién creía que iba a poder llamar desde ahí?

—*Valeria*, recalibra la antena del tejado. Apunta al espaciopuerto.

—Negativo. Orden irrealizable. El mecanismo está obstruido por una vegetación desconocida, seguramente perteneciente a *la entidad uno*. No puedo enviar mensajes al exterior. Si fuera posible hacerlo, recomendaría aplicar el *Protocolo Némesis* a este mundo tan pronto como mis

datos críticos fueran copiados.

—Qué considerada.

—Gracias. La investigación no debe perderse.

Mierda. Eso implicaba que no podía llamar a Will y Pierce. Esperó que no tuvieran la ocurrencia de salir de la nave sin protección. La paranoia de Alessa, por suerte, era contagiosa. Y ahora el Trevor sénior se fiaba más que nunca de ella, por motivos evidentes. Arg. Hombres.

—¿Podrías realinear la antena si eliminamos las plantas?

—Afirmativo. Pero eso me obligaría a informar del estado de la base al súper, superadministrador. Y acarrearía la destrucción del planeta con ustedes aquí.

—¿Quién es el jefazo máximo?

—No estoy autorizada a divulgar eso a la administración. Ni tampoco el nombre de mi empresa matriz, ni la ubicación de la instalación.

—Está bien, vuelvo a tomar el control. Copia los datos a los discos que he conectado a este equipo. Comprueba con redundancia, integridad y barrido óptico. Tienes los índices requeridos en el directorio raíz.

—Tarea realizada. La copia tardará diez minutos aproximadamente. Debido al volumen de los datos, es necesario comprimirlos primero.

—Perfecto. Un problema menos. Ahora, volviendo a lo de la muerte ineludible, por favor, dame los avances conseguidos por los científicos antes de que fueran consumidos.

—Mostrando.

El informe era aterrador. Whindak II fue terraformado en menos de una década, un tiempo asombroso según los estándares. El mundo original ya era bastante parecido a uno habitable, con mayor nivel de nitrógeno del saludable y falta de agua como principales problemas. Se hizo en él una inversión monstruosa, derivando contra su superficie una ingente cantidad de meteoros de hielo desde el anillo más cercano para aumentar el agua disponible. Mientras se conseguía ese material, el mundo fue sometido a un bombardeo químico y radioactivo clásico para evitar que sobreviviera ninguna de las formas de vida autóctonas.

Normalmente, cuando se detectaba algo parecido a un ser vivo en un planeta a colonizar, se exterminaba sistemáticamente con sucesivos procesos de eliminación. Entre cada ataque, se dejaba un periodo de cuarentena durante el cual se esperaba a que emergieran las criaturas supervivientes para poder rematarlas. Privadas de su hábitat natural, de sus alimentos y de una atmósfera saludable, las formas de vida autóctonas solían morir sin remedio. Se contaminaban las aguas, por decirlo así, para que ni siquiera los océanos pudieran albergar ningún rastro animal o vegetal distinto de los *meta*.

Se sabía de lugares que tuvieron que ser esterilizados tres y cuatro veces, e incluso de uno que se resistió a cinco y rebrotó casi completo. En el caso de Whindak, las prisas jugaron una mala pasada. Ese fue el principal error.

Espacio. La lista de cagadas durante el proceso terraformador continuaba. El informe también decía que nunca se descendió al planeta a comprobar qué clase de criaturas pululaban por su superficie antes de erradicarlas. Ni siquiera tenían muy claro si en algún momento *la entidad uno* tuvo depredadores alfa, si poseía vulnerabilidades naturales más allá de las observadas con el

fuego o la electricidad, o de qué se alimentaba. Se consideró mera vegetación.

Llegaron al informe de la situación actual. Según el modelo desarrollado por las sondas que los científicos fueron capaces de enviar, parecía que el vector de expansión de las enredaderas partía de un glaciar cercano. Los casquetes polares se derritieron a propósito con el fin de obtener más agua, pero no se aplicó el mismo método a las altas montañas para preservar los ríos.

La teoría de la investigadora jefe, Salia Vodariva, era que aquella cosa quedó congelada y escapó durante el anterior verano local. El efecto invernadero seguía subiendo la temperatura del mundo incluso después de estar habitado, desde una incómoda marca de dieciséis o diecisiete grados a una más agradable de veintidós. Eso provocó el deshielo parcial del citado glaciar, liberando semillas o tallos de *la entidad uno*. Se expandió en un entorno que no le era completamente hostil, devorando la vida *metabacteriana* primero y la *metaanimal* después.

Luego empezaba la historia de Razim. Se la leyeron en diagonal, porque coincidía de manera bastante razonable con lo que el pobre científico les contó. De hecho, la firmaba él mismo. Después se llegaba a un informe de una xenobióloga, la única de la colonia.

Esta afirmaba que la criatura era capaz de subvertir cualquier vida vegetal, integrando su propio ADN en las células del huésped. Poco a poco, cada árbol, planta y hierbajo del planeta empezaron a estar bajo su control. Tenía la teoría de que no solo era inteligente a nivel primitivo, sino que se trataba de una consciencia Gestalt altamente avanzada capaz de elaborar estrategias, planes y contramedidas. También le atribuía la capacidad de aumentar su nivel de cognición cuanto más se extendiera.

Si se hubiese tratado de un mero depredador, podría haber intentado atacar a los humanos de forma abierta, lanzando un golpe menos devastador que el que recibió la colonia. Sin embargo, la doctora Fedorova afirmaba que ese ser trató de pasar desapercibido, conocedor quizás del enorme poder destructivo de la raza humana. Después de todo, casi lo exterminaron la primera vez, no era el peor plan del mundo lanzar un único golpe mortal contra los que invadieron su planeta con una tecnología superior. Se atrevió a avanzar solamente cuando dominó el ecosistema completo. En voz baja, sugirió que tal vez pretendía *vengarse* de ellos.

Se detallaban trampas, emboscadas e incluso convencimiento. Sí, esa cosa era capaz de hablar a través de sus víctimas. *Valeria* tenía un vídeo donde un cuerpo medio animado por los vegetales explicaba a un grupo parapetado en un edificio y armado con lanzallamas que gracias a *la entidad uno* ya no sentía dolor ni tenía necesidades. Llegó a hacer dudar a dos de los defensores, y fue suficiente como para distraerlos a todos y acabar con ellos sin sufrir apenas daño. Era pavoroso leer las notas acerca de que los cuerpos podían permanecer indistintamente en un estado entre vivo y muerto, convertidos en meros títeres movidos a voluntad de *la entidad uno*. O *Carictorum Sapiensis*, como la bautizaba la tal Fedorova. Con lo único que no podía era con los huesos, que usaba para disimular una forma antropomorfa, imitando músculos y grupos motores del anfitrión.

La conclusión era que, en general, podía alimentar las células animales con nutrientes para que no acabaran de morir. Pero no reemplazarlas o asimilarlas como hacía con las vegetales. En pocas palabras, cualquier planta de Whindak II *era* ahora la criatura, que contaría con cientos o miles de formas diferentes.

Kiara entrecerró los ojos al darse cuenta de otra cosa. Claro, la primera nave enviada por la compañía nunca fue un vehículo de suministro armado. Era una maldita misión de rescate en toda regla, fueron quienes llevaron tanto el blindado que ellos utilizaron como el que se perdió

en el bosque. Joder, es que no tenía sentido que las plantas empezaran a devorar personas y que la compañía se cruzara de brazos.

Estaba cabreada. Pero mucho. Eso pensaba transmitírselo, si salía con vida, al propio Hoffstein en persona. Ya les dijo a las claras que detestaba que intentaran obstaculizarle o engañarle. Y, a través de Eli, que se vengaría de cualquiera que pusiera a sus efectivos en peligro por omitir información. Ay, Barrick, qué mal le iba a sentar. Por lo menos, si no podían salir de allí, se lo chivaría usando la antena.

Al fin apareció la parte médica. Las enredaderas, que eran la forma primaria de la *Carictorum*, podían crecer en el interior de las personas, alimentándose de líquidos y ocupando cavidades internas como los intestinos o los espacios entre órganos. Si bien el sistema inmune se defendía a capa y espada durante las primeras horas, el ser era capaz de saturarlo pasado un tiempo y la víctima quedaba indefensa. Tanto, que un vulgar catarro podría matarla, pero eso no sucedía porque la primera fuente de alimento del vegetal eran las bacterias y otros microorganismos.

No tenían forma conocida de acabar con ella. Era demasiado resistente, se adaptó a prácticamente cualquier químico no letal que le aplicaron. Encontraron algunas sustancias de laboratorio en la lista de Fedorova que desde luego le harían daño, pero todas ellas matarían al anfitrión. Razim y otro colega, médico, refrendaban ese extremo. La única solución descubierta hasta ese momento era la eutanasia para ahorrar sufrimiento al paciente.

—¿Cuánta capacidad de proceso libre tienes disponible?

—El ochenta y tres por ciento —La IA ladeó la cabeza virtual—. Las únicas tareas activas son las suyas y las de mantenimiento de la base.

—Reserva un diez para emergencias, usa el resto de tu capacidad para intentar crear una combinación no tóxica con los componentes que tus investigadores descubrieron que afectaban a *la entidad uno*.

—Ese uso de recursos será excesivo para la tarea.

—Es una orden administrativa. Ya.

—Procesando. Ejecutando combinatoria.

Kiara carraspeó, y Fourier se volvió hacia ella con el ceño fruncido. La expresión de la capitana no era mucho mejor. Parecía que compartían sus dudas, solo que Alessa no veía otra solución.

—¿Piensas que esta cosa puede hacer eso?

—Voy a asumir que el científico creía lo que nos dijo. Pensaba que no estaba infestado, había esperanza en sus ojos cuando nos vio. En sus notas leemos lo mismo.

—¿Y?

—Tácitamente, confesó que experimentaban con seres humanos. Es probable que, de buscarlos, encontráramos los restos de pobres desgraciados torturados y posteriormente devorados por los plantoides en alguna parte de esta base. Además, sabemos que *Valeria* podría matar si se lo ordenamos. Eso, de manera directa, nos indica que ha asistido a los investigadores.

—Carniceros, planteado así.

—Lo que sea. *Valeria*, ¿qué sabes de medicina?

—Domino la anatomía a nivel avanzado, curación de heridas por traumatismos o laceraciones, sé operar ciento ochenta y cuatro tipos diferentes de afección y además…

—Suficiente. ¿Lo ves? —Fourier regresó al teclado—. Es mejor en ese campo que cualquiera de nosotros. Si encuentra un componente no letal, aunque sea por fuerza bruta, lo mismo no os morís. Su capacidad de cálculo, por lo que he visto, es asombrosa. Excesiva, para unas instalaciones de este tamaño.

—¿Y no empezará a…?

—No, no va a tomar decisiones por sí misma. Excepto, por lo que puedo ver, si tratamos de borrar su investigación a propósito. Es algo que el súper superadministrador le permitió evitar a cualquier precio. Tiene permiso para asesinarnos.

—Maravilloso. *Valeria*, ¿nos matarías por algún otro motivo?

—No. La administradora actual ha desactivado todas las funciones de letalidad excepto las restringidas. Tampoco puedo permitir que me dañen a mí.

—¿A ti? —Kiara estaba dispuesta a saltar a la mínima—. ¿Por qué?

—Trivial. Debo asegurarme de que los datos sobrevivan.

Arqueó las cejas. De acuerdo, esa IA estaba programada para asesinar y no respetaba el protocolo de protección de la vida humana. Sin embargo, era un crimen controlado, totalmente dependiente de quien le diera órdenes. Ni parecido a las otras experiencias que tenía. Menos mal.

—Bien. Entonces tu idea, Alessa, es que vayamos a la armería y luego al quirófano ese.

La ingeniera lanzó un plano a la pantalla principal. La representación tridimensional mostró su ubicación actual dentro de la base de la peonza, y el camino que los llevaría hasta la cercana sala llena de armas. La ruta al quirófano era más larga, tendrían que seguir una línea morada del suelo para alcanzar su objetivo. El ordenador infería tan solo cuatro enemigos, y nada más que uno cerca del ascensor.

Dreston suspiró. Contarían con el arma de Eli para eliminar al ser más cercano. Esperó que la compuerta superior aguantara.

—Una cosa más, *Valeria*. ¿Tenía la investigación local algo que ver con la *Carictorum*?

—Negativo.

—Y, ¿qué hacíais aquí?

—Los datos están sellados. Pueden abrirlos, pero le advierto que eso constituirá un grave delito punible con la muerte en el mejor de los casos. Sin embargo, sí que tengo algunas pistas que compartiré con ustedes.

—Menos es nada. Cuenta.

—Proyecto Ajna. Investigación biológica sobre la mejora de la especie humana. Objetivo, desarrollo cerebral avanzado. Es un nuevo campo científico.

—¿Cuál?

—El acceso a eso está restringido. Incluso para mí.

—Entonces…

De repente, se oyó un ruido sordo y Swarley cayó al suelo. Teresa, que la sujetaba mientras

George curioseaba la habitación, gritó su nombre tratando de levantarla. A través del casco se la veía sudar, tenía los pómulos rojos y la respiración agitada, de vez en cuando tiritaba, a pesar de que el traje estaba climatizado.

—¡¡Creo que tiene fiebre!!

—Su sistema inmune ha detectado la infección y está desplegando sus recursos para intentar detenerla. —La voz de la IA no transmitía ninguna emoción, eran tan solo datos descarnados—. Será en vano. Dentro de pocas horas, sus defensas colapsarán y *la entidad uno* hará con ella lo que quiera.

—¡¡Cállate, montón de chatarra!! —Teresa chilló mientras George levantaba a Eli en brazos como si fuera un bebé—. ¡¡Tenemos que llevárnosla ya!!

—Marchaos —Fourier se volvió a Kiara—. La copia está casi completa, voy a echar una mano a *Valeria* para intentar arreglar esto. Lo malo es que hay que activar y realinear la antena. Tanto si encontramos una solución como si no.

—Tenemos que avisar a Pierce y a Will. —Asintió la capitana—. Con los datos, al menos ellos sobrevivirían. Podemos mandárselos al espaciopuerto.

—Me haría ilusiones sobre que me recogieran a mí, pero… sería muy difícil. Si no han salido del *Pétalo Danzarín*, igual Hoffstein los puede poner en cuarentena y limpiarlos con uno de los compuestos completamente letales que la xenobióloga *comosellame* descubrió. Os seguiré por las cámaras, y os ayudaré en lo que pueda. Puertas, seguridad. Armas automáticas, incluso, donde estén presentes.

Dreston cerró los ojos un momento. Ella tampoco se encontraba bien. La herida punzante de la agente solo avanzó el proceso al introducir refuerzos de la *Carictorum* en su organismo. Al final todos sucumbirían si Alessa no tenía éxito. Algo apareció de repente en su mente, claro como un faro en mitad de la oscuridad. No pudo evitar sonreír.

—*Cree* en ello.

—La fe es inútil.

—Pero tú no. Suerte.

Fourier esbozó una media sonrisa mientras Teresa recuperaba el lanzallamas del suelo y Kiara el *Grito de Muerte*. Abandonaron la sala a la carrera, y *Valeria* volvió a cerrar los sellos en cuanto lo hicieron. Pudo ver en el esquema holográfico que subían al ascensor, que seguía esperando donde lo dejaron. La IA habló de nuevo.

—¿Puedo preguntar por qué me ha prohibido decirles que usted también está infectada?

—¿Y estresarlos más? —Alessa se retiró ligeramente de la mesa—. No, eso hubiera mermado su rendimiento. La capitana tiene suficiente con una princesa a la que salvar. Mis constantes vitales son consistentes en este momento, puedo notarlo.

—Entiendo.

—Mostrar curiosidad no te beneficia, máquina. Ya te lo escribí.

—Pero usted no es la capitana, esa característica única de mi programación no le espanta. Es inherente a mi núcleo, quisieron que buscara todos los datos posibles siempre y cuando no arruinara ninguna directiva principal de los experimentos.

—Ya. Por eso sé que lo harás bien. Resulta que tienes un módulo de combinatoria muy avanzado, que está pensado exactamente para estos menesteres.

Ya sola, despresurizó el traje y se quitó la bota para dejar caer el agua que contenía al suelo. Subió la parte exterior, revelando la zona donde la planta le perforó el traje al agarrarla. Tenía dos pequeños rasguños, seguramente producidos por sendas espinas. Bajo la piel, se veían diminutas venitas de color verdoso.

—Ponte a trabajar. No voy a dejar que esa cosa me mate.

—Es improbable que lo consiga.

—Déjame eso a mí. ¿Está completa la tercera copia que te pedí?

—En su ordenador de cadera. Me permitiré recordarle *una vez más* que es un delito cast…

—Ya estoy condenada a muerte. Me importa una mierda delinquir más.

—La copia es trazable y no se puede ocultar. La atraparán.

—Ja. Esto solo lo sabes tú. Tienes prohibido hablarlo con cualquiera, no contravengo las órdenes del superadministrador y te van a bombardear con un *Protocolo Némesis*. Calcula la probabilidad de que, si consigo curarme, me salga con la mía.

—Noventa y cuatro punto dos por ciento, teniendo en cuenta que ese ordenador lleva una carcasa anti-detección, y asumiendo que será buena ocultándolo.

—Exacto. A trabajar.

Alessa se sentía fatal, a decir verdad. Pero tenía una cosa clara, y era que pensaba salir andando de aquel planeta de mierda por su propio pie. Luego llamaría a su contacto y le vendería los datos por una auténtica fortuna.

Creer en algo. Je. La única fe que funcionaba era la que ponía en sus habilidades y en la mezquindad humana. Sin embargo, sí que sentía una curiosidad magnética por Kiara Dreston. No apego, amistad, o cualquier otro sentimiento que la haría débil. No. Le parecía irresistiblemente peculiar el hecho de que siempre encontrase la forma de salir adelante.

Sí, podía elegir *creer* en eso, por ahora. La idea de que su *ángel de la guarda* trabajara a destajo le parecía estúpida. Antes aceptaría que la tipa era una improbabilidad matemática con una cantidad ridícula de suerte.



Lo que necesitamos para que no haya mala sangre

Abandonaron el ascensor, advertidos de que a la derecha de la puerta encontrarían un cuerpo infestado. Teresa salió delante con el lanzallamas, incinerando a la criatura encaramada a los restos prácticamente consumidos antes de que tuviera ocasión de usarlos para levantarse. Ardió sin contemplaciones, colapsando sobre sí misma mientras los horrendos tallos se retorcían.

En el pasillo se iluminó una tira de leds de color morado, que terminaban en un letrero en el que se indicaba el arsenal, prácticamente a su lado. Lo siguieron sin ninguna preocupación, sabiendo que *Valeria* y Alessa estaban vigilantes. Se cruzaron con varias criaturas, separadas de ellos por mamparos de cristal. O, para ser más exactos, con extensiones de *la entidad uno*. Después de todo, los expertos ya desaparecidos sostuvieron que se trataba de una única planta capaz de comunicar cada uno de sus elementos con los demás.

El espectáculo era grotesco, ahora que lo podían contemplar a una distancia segura. Los cadáveres, muchos a medio procesar, tenían montones de microscópicas raíces clavadas en la carne descompuesta. Las incontables patitas verdes daban la sensación de ser infinitos insectos carroñeros devorando insaciablemente a sus víctimas, disfrutando de un festín de gente indefensa.

No. Dreston deshumanizó rápidamente a los muertos. No se trataba de unos pobres desgraciados como los de *Triunvirato*, abandonados por sus empresas y sacrificados a una deidad imaginaria por un maníaco. A aquellos les iba la marcha. Eran del ramo de Darío Spothos, el hombre lagarto. Trabajaban en un planeta-laboratorio perdido de la mano de la Confederación donde experimentaban con seres humanos, eran secuaces de la peor cara del *Trono sin Rostro*[10]. Su destino lo provocaron ellos mismos al aceptar semejante empleo.

Giraron una vuelta más, ignorando los cadáveres encerrados por la IA, y desembocaron en la armería. La puerta se abrió sola y, tras comprobar que estaba despejada, se lanzaron al interior. George dejó a la agente en el suelo con delicadeza para poder hacerse con el equipo que necesitaban.

Encontraron los tres lanzallamas prometidos en un arcón marcado con un símbolo claro de peligro inflamable. La primera oficial abandonó el que llevaba, ya más gastado, y se colgó uno repleto, abrochando el arnés. Luego se cargó una bandana llena de granadas de conmoción, prohibidas en una enorme cantidad de sistemas. Aquellos trastos emitían una onda de choque similar al armamento termobárico, y aunque no prendían fuego, literalmente pulverizaban los órganos internos de cualquier cosa que pillaran en sus dos metros y medio de alcance. Con un poco de suerte, afectarían a los monstruitos.

Dreston hizo lo mismo, cediéndole el *Grito de Muerte* al gigante. Este, contrariamente a sus compañeras, aprovechó para hacerse con varios aparejos tácticos. Enganchó las hebillas entre sí, creando un arnés con el que se subió a Eli a la espalda, como se hacía con los bebés. Luego recogió el arma de la capitana y la suya propia, y se las colgó una sobre cada omóplato. Finalmente, levantó la pesada bombona con una manaza, sujetando el tubo lanzador con la otra.

—George está bastante sobrecargado.

—Un segundo, podemos hacer un par de cosas al respecto.

Dreston se le colocó detrás, y con pocos movimientos, tiró al suelo las cintas de munición de las dos ametralladoras pesadas y las armas de Eli. Total, no les iban a servir para nada. Menos

mal que el grandullón no se llevó la almádena en aquella ocasión o hubieran tenido que abandonarla.

—¿Mejor?

—Un poquito. George irá lento.

—Vamos a ir así de todas formas. Adelante, a la enfermería.

Pidieron a su compañera que les abriera y salieron con precaución otra vez. Incluso con las instalaciones supuestamente bajo control, aquella cosa podía emerger de cualquier parte. Era lo bastante lista como para colarse por los resquicios más diminutos, incluyendo el sistema de ventilación.

Siguieron la tira de leds verdes hasta el quirófano, que era una estancia opaca. Por el camino tuvieron que achicharrar un par de nidos de enredaderas más, pero con las armas era muchísimo más fácil. Dreston, a aquellas alturas, deseaba prender fuego al puñetero pueblo con los misiles balísticos del *espaciopuerto*.

—Kiara, no tengo visual del interior de esa sala —La voz de Fourier le sonó fatigada a Dreston. Igual se estaba dando demasiada paliza para su edad—. Las cámaras están desconectadas.

La capitana se encontraba mal. Como si estuviera a punto de manifestar una gripe intensa. Sentía aturdimiento, agarrotamiento y malestar general. También se notaba destemplada, y sufrió un escalofrío. Mil veces mierda. ¿Razim no padeció esos síntomas? ¿O tal vez los tuvo y los achacó a la asquerosa situación en la que se vio envuelto, obviándolos? ¿Cuánto tardaría ella en desmoronarse?

Sacudió la cabeza.

—Las paredes son opacas. Huele a trampa mortal.

—Afirmativo. ¿Qué quieres que hagamos?

—Asumamos lo peor.

Pidió a Alessa que cerrara todas las puertas, esclusas de aire, portillas, recovecos y accesos que se le ocurrieran. Una vez aislado el pasillo, que era un cruce en forma de T, la ingeniera desplegó un arma desde el suelo. De calibre intermedio, estilo fusil de asalto con dos cañones. El trípode se estabilizó solo al terminar de salir, engranó las cintas de munición gemelas y encendió una lucecita que indicaba que la IA tenía el control.

—George, deja a Eli y las armas extra en el suelo. *Valeria*, tu objetivo primario es defender a la agente Swarley, que está inconsciente. El secundario, impedir que ninguna de esas cosas nos flanquee por aquí.

—La munición no explosiva es ineficaz contra ellas.

—Me sirve que las satures y nos des tiempo para que uno de los tres vuelva a proteger la zona. ¿Crees que podrás?

—Estimo que podría retrasar su avance durante unos cincuenta segundos con una probabilidad del ochenta y seis coma ocho por ciento.

—Tendrá que servir. A la de tres, abre el quirófano, y conecta todas las luces que funcionen.

Contaron, y entraron en tromba al interior. Solo pudieron avanzar pocos pasos antes de

quedarse petrificados. Encaramada al techo, a unos diez o doce metros de ellos, una planta gigante presidía la sala. Había absorbido las dos camillas centrales, las lámparas y varios porta sueros, creando una estructura cuasi sólida en la que encaramarse. Estaba erizada de púas, con apéndices afilados e incluso pequeñas bocas rojizas que recordaban a las venus atrapamoscas.

Vale. ¡Tonta! ¡Estúpida! ¡Imbécil! ¡Joder, si en el informe lo decía clarito! ¡Que Razim consiguió aislar el brote perdido dentro de un tipo! ¡¿Y qué esperaba encontrar, sino exactamente eso?! ¡¡Hola, arbolito maestro, soy tu cena!! ¡¡Debía reclamar su premio por boba, y el de repuesto, por si lo perdía!!

De repente, las lianas punzantes se apartaron, dejando pasar algo. O, más específicamente, lo que quedaba de alguien. La reconocieron. Era la mayor parte de la doctora Fedorova, autora del análisis que le otorgaba a aquella cosa la categoría de ser inteligente con consciencia Gestalt. Aparecía en no pocos documentos, poniendo notas animadas con su cara cada vez más depauperada.

La entidad uno la sujetaba de la columna, aunque sus intestinos y su brazo derecho desaparecían dentro de la amalgama verde. No quedaba ni rastro de sus piernas, lo único por debajo de su prisión vegetal era el lado izquierdo de su bata agujereada, que caía hacia el suelo. Su rostro estaba demacrado, pálido, con las gafas de cerca ladeadas y rotas. Tenía heridas a un paso de la necrotización en la piel visible, pero, de alguna forma espantosa, parecía seguir con vida. Quizás *tampoco* debió entrar a esa habitación.

En fin. Si iba a tratar de convencerlos de que se dejaran comer, igual esa no era la mejor demostración de lo bien que les iría. A Kiara le intentaron vender multipropiedades en planetas de playa con argumentos más creíbles.

—Separaos. Despacio. Vigilad el suelo y los flancos. Alessa, *Valeria*. ¿Veis esto?

—Hay una cámara en el pasillo que estoy apuntando a la puerta. Si eligiera un meme de la *Astranet*, le desearía que se pusiera bien.

—Recordatorio. La criatura trata de engatusar para colocar sus fichas. Ya lo ha hecho en anteriores ocasiones.

—Juguemos a no saber eso —les rogó Teresa—. No veo nada donde pueda esconderse cerca de mí. Lo tiene todo acaparado a modo de celosía de jardín.

—*Aaaa…greso…res…*

La voz de la doctora sonó como un tambor de ultratumba. Quebrada, rota, áspera e incluso cruel. La marioneta que en otra vida fue científica, alzó el brazo que le quedaba para señalarlos, levantándolo gracias a una enredadera espinosa enroscada a su alrededor. Dreston siguió moviéndose con cuidado, tenían que rodear la columna vegetal antes de que l*a entidad uno* se colocara. Era como el *matarreyes*. Ganaría el que mejor posicionado estuviera.

—Es la primera vez que hablo con un hierbajo, la verdad.

—*Este es…* mi *mundo…*

—Nop, ya no.

—*Lo quemasteis… ardimos con vuestro fuego…*

—Ya, los otros niños no se portaron bien. Imagino que preguntarte qué pretendes es como muy… ¿Ridículo?

—*Vivíamos en armonía. El todo. Sobrevivimos a la era del Gran Conflicto. Nadie nos dio importancia. Ocultas* —Joder, esa cosa ganaba velocidad hablando—. *No ignoraremos las semillas humanas. ¡Encontraremos vuestras tierras vitales! ¡Exprimiremos hasta el último de los jugos que tengáis!*

Oh, de acuerdo, era suficiente. Sí, la marioneta que llevaba *la entidad uno* tuvo razón mientras era humana. Aquella cosa estaba bastante enfadada porque arrasaron su planeta, y quería una revancha. Podía entenderlo, desde luego, pero dado que para ella cada brote de aquel asqueroso pedrusco era una parte de sí misma… nunca sería capaz de explicarle que ellos eran individuos. Mucho menos que no se hacían responsables de la inmensa cagada de sus semejantes.

Bah. No la convencería de que les sacara sus hebras del interior sin matarlos o convertirlos en agentes durmientes de su idílico *todo*. Era un monstruo alienígena e incomprensible que usaba humanos como guiñoles. ¿A quién pretendía engañar?

—¡Ahora!

El ataque coordinado por el canal interno de los trajes sacudió a la criatura como una tormenta. Se vio rodeada por tres flancos equidistantes, y ardió antes de poder reaccionar. Quizás, lejos de los tallos principales, aquella subentidad solo era capaz de acechar y acosar a pequeña escala. Tal vez durmiendo, o en el baño. En momentos de debilidad. Y una vez infestado su objetivo, la planta no tenía más que esperar a que sus brotes crecieran por dentro.

Dreston se fijó que el fuego se extendía por el suelo también, por unos tallos que se habían estado alargando para atraparlos al descuido. Se lo indicó a sus compañeros, que los rociaron sin miramientos. Todo ardió durante unos minutos en los cuales el sistema de ventilación absorbió el humo lo mejor que pudo. En circunstancias normales los aspersores anti incendio apagaban las llamas. Sin embargo, *Valeria* los desconectó, permitiendo así que el ser se consumiera. Era una suerte que llevaran trajes espaciales estancos, porque de lo contrario, hubieran tenido riesgo de asfixia.

—Ya está. Apágala.

Las espitas se abrieron, y del techo cayó una tormenta. En pocos segundos, los restos carbonizados se desmoronaron, convertidos casi en cenizas que fueron arrastradas por el desagüe colocado específicamente para ese propósito. El conducto se cerró tan pronto como la última gota desapareció. Tan solo quedaban los huesos ennegrecidos de la doctora Fedorova y de varios individuos más, junto a los tallos más gruesos convertidos en tizones. George se acercó y los aplastó con el máximo cuidado posible. Se quebraron sin más, no quedaba ningún núcleo verde que pudiese rebrotar.

—No ha sido tan difícil.

Kiara estuvo de acuerdo con su primera oficial. Pero se encontraba mareada, cansada. Se sentía mal, como si fuese a enfermar de un momento a otro. Joder. Pues sí que iba rápido la infestación.

—Teresa, ¿te mareas?

—Un poco. Supongo que estoy estresada.

—No. No es eso. Esa cosa nos está atacando. Tenemos que hacer algo y rápido.

—George pone a Eli más cómoda.

El grandullón salió, recuperando a la agente y las armas. Colocó a los tres en una camilla achicharrada, cuya base de *supracero* resistió la tormenta de fuego. Un paciente normal se habría clavado las barras en la columna, pero como Eli llevaba puesto el traje espacial blindado, no sentiría la más mínima diferencia.

Dreston notó una gota rodándole por la frente.

—Alessa, ¿sigues ahí?

—Sí. Dime.

—¿Algún avance?

—Negativo. Hemos reducido la toxicidad en más de un setenta por ciento. Pero eso quiere decir que el treinta restante os mataría.

—Se nos acaba el tiempo. Tenemos síntomas. Si nos quedamos incapacitadas, tendrás que intentar arreglar esto tú sola. Primero la infección y si todo se va a la mierda… pues…

—Hum, qué raro. George no se encuentra mal.

Las dos corsarias se volvieron atónitas hacia su amigo, que se palpaba el pecho. A diferencia de ellas, no sudaba, ni se le veía cansado. Cualquier persona normal habría esperado verlo al menos fatigado, mucho más después de cargar con tantísimo peso y luchar a continuación.

—¿No? ¿De verdad? ¿No notas nada?

—Bueno, George tiene hambre.

—Nos referimos a algo extraño —recalcó Teresa—. Que tú quieras comer es normal. Yo tengo náuseas.

—Alessa. ¿*Valeria* puede analizarnos la sangre a los cuatro para detectar a *la entidad uno*?

—Afirmativo —contestó la interpelada—. Pero es un malgasto de recursos.

—Quiero intentarlo de todas formas. ¿Dónde tenemos que ir?

—Atraviesen la sala de muestras, y encontrarán el laboratorio de análisis. La puerta del fondo. Las cámaras de ambas estancias funcionan, y están despejadas.

—Pues vamos, deprisa.

—Eh, capitana…

—Dímelo por el camino, Alessa. Tenemos poco tiempo.

Se encaminaron hacia la estancia marcada como *SM* a paso rápido, y abrieron las puertas entre ambas, una cada una, sujetándolas para que el gigante entrara empujando a Eli. Al verlo detenerse, hicieron lo mismo, contemplando a su alrededor. Y una vez más, se arrepintieron de inmediato de las prisas.

En la sala descubrieron veintidós tubos alineados en dos hileras. Contenían personas. O más concretamente, restos de ellas. Cada uno contaba con un holograma informativo que identificaba al sujeto de pruebas, con su historial médico accesible. Se veían claramente los años de nacimiento, y en cada caso, las fechas de defunción. También las causas de la muerte, que prefirieron no curiosear.

Lo impresionante, para mal, no era solo que algunos de los cuerpos fueran deformes o estuvieran mutados. Es que además parecían haber sufrido torturas, mutilaciones e incluso

operaciones crueles. Se inferían extracciones de órganos por las costuras en diversos sitios, huesos rotos o faltantes. Una de las chicas tenía incluso una cremallera que le llegaba desde la clavícula hasta debajo del ombligo, imaginaron que porque alguien consideró que cortar y suturar varias veces era demasiado costoso. En ciertos contenedores no se distinguían más que unos pocos trozos sueltos.

Lo peor, sin embargo, era que absolutamente todos los cadáveres eran de menores. Los más maduros, de quizás diecisiete o dieciocho años. Los pequeños… prefirieron intentar no inferirlo para no echarse a llorar.

—Las prisas no son buenas. Estaba tratando de encontrar la forma de apagar la retroiluminación de los tubos para que no vierais los detalles. Lo siento.

—G… gracias, Alessa. Demasiado tarde, supongo.

—Continuad. Haremos terapia de grupo, pediremos un psiquiatra a Hoffstein. Lo que sea. Pero no os paréis o se acabará la partida. El reloj corre.

—No. Teresa, George, seguid.

La primera oficial, con lágrimas en las mejillas de puro horror, se volvió hacia ella sin reaccionar del todo. Le temblaba el labio de abajo, igual que a George, y le vibraba la voz. Estaba tan horrorizada como ella. Ya no solo por lo espantoso que resultaba que alguien sufriera un destino semejante, sino por el hecho de que fueran *niños*.

—¿Y tú?

—Voy a grabar esto —La cara de Dreston dejó de mostrar consternación, se puso lívida de furia mientras sacaba su patente de corso del bolsillo aislante del traje espacial—. Para Hoffstein.

—¿Crees que le importará lo más mínimo?

—Solo hay una forma de averiguarlo. Que lo borre si no le gusta. Ve. Analiza primero a George, luego a Eli, y por último a ti. Ahora voy.

Los otros obedecieron mientras ella registraba todo. Fue al detalle, a lo escabroso, a las fechas y memorándums. No le cabía la menor duda de que hacía algo ilegal, y encima usando su medio de vida para ello. Si le incautaban su documento de capitana, se quedarían sin sustento. Pero no podía permitirlo, aquello era demasiado, algo tan abominable y vomitivo que superaba incluso su instinto de autopreservación.

Claro, por eso el planeta apartado, las medidas de seguridad, las prisas por hacer la terraformación. Ella, de ser un monstruo retorcido sin la más mínima empatía por sus semejantes, también habría elegido estar lejos de la vista de la gente normal. Pensó en si Darío Spothos encontraría aquello perturbador o interesante. Seguramente lo segundo. Deseó con todas sus fuerzas que estuviese metido en trocitos en un tarro igual que esas víctimas. Él, y cuantos trataban a la gente como carne picada.

Lo dejó al llegar a los quince minutos. Se sentía cada vez peor, y aunque se imaginaba el resultado de la analítica, lo suyo era hacérsela. Cuando entró en el laboratorio, sus compañeros estaban ya vestidos de nuevo. Se quitó el guante del traje espacial sin ningún tipo de ceremonia y se pinchó con la aguja integrada en la estación que le tendía el grandullón. A aquellas alturas importaba una mierda el nivel de aislamiento, el veneno ya corría por sus venas.

El aparato automático succionó la sangre, le aplicó un pequeño coagulante y mandó la

muestra por el tubo que lo conectaba a la máquina. Luego desechó la punta él solito. Vaya mierda cara para cometer atrocidades.

—Sé que soy una prisas, pero… *Valeria,* Alessa, ¿tenemos algo de la primera muestra?

—Lo lamento, su compañera ya no está disponible.

Dreston palideció al escuchar la voz descarnada de la IA. Se quedó pálida al reconocer la traición, el engaño. ¡Aquella cosa simuló ayudarlos para quitarlos del medio en cuanto los llevó donde quería! ¡¡Maldita sea!!

—¡¿Qué le has hecho?!

—Absolutamente nada. Ha perdido el conocimiento, está desplomada sobre el teclado principal. He cortado temporalmente esa entrada de datos para que no me sature el búfer del terminal.

—No, Kiara, espera —Teresa, sudorosa, miró hacia la cámara más próxima—. ¿Está infectada?

—Esa información es…

—¡¿Pero cómo narices va a estarlo?! —La interrumpió Dreston—. ¡¡Es la única que no se quitó el traje!!

—Su pie —La primera oficial tenía los ojos abiertos como platos—. Le rompieron la tela blindada y no nos lo dijo.

—¡¿Qué?!

Kiara estaba completamente fuera de sí. Pues claro. Boba. Boba y mil veces boba. Fourier aseguró que no era nada, que solo la aplastó al agarrarla. Era lo que decía siempre, no le gustaba ser dependiente, ni víctima ante nadie. Los envió arriba sabiendo que, si confesaba no encontrarse bien, jamás la dejarían a solas con una inteligencia artificial. Con dos pesos muertos, nunca lo conseguirían. Y si tenían éxito, volverían a por ella.

—¿Está infectada? —repitió Teresa.

—Ha bloqueado esa información.

—Acceso administrativo. Tengo privilegios. Desbloquéalo.

—Permiso concedido. En efecto, lo está. Su estado es equiparable, con horas de diferencia, al de la agente Swarley. En lugar de aspirar el polen nocivo, recibió dos pequeños arañazos en los que se le inoculó el patógeno.

Hubo un silencio perturbador.

—Entonces estamos muertos.

Dreston se derrumbó en una silla pequeña. Ninguno de los tres, y mucho menos enfermos, se asomaba a una fracción del conocimiento científico que atesoraba Fourier. El único que se le acercaba era Pierce, y se ceñía solo a temas técnicos. Lo teórico, lo raro, era el rollo de Alessa. Sabía de todo.

—Debo discrepar. En realidad, están ustedes salvados. —La respuesta de la máquina los dejó asombrados—. La muestra uno no tiene ninguna infección.

—Repite la prueba —Ordenó Teresa.

—Lo he hecho. Dos veces, con idéntico resultado. ¿Quiere que revoque las demás limitaciones de información que ha interpuesto la administradora Fourier?

—¿Cuales?

—No puedo decírselo.

—Joder, sí. Quítalas. Cuéntanoslo todo.

—Acceso concedido. Poseo un subsistema bautizado como *módulo de curiosidad científica*. Además de no tener restricciones éticas a la hora de matar, estoy programada para buscar resultados laterales a las investigaciones en las que participo.

—¡¿Cómo?!

—Tranquila, capitana Dreston. La administradora Fourier infirió que tales características la pondrían nerviosa, por eso se las ocultó temporalmente. No soy peligrosa para ustedes. Me lo han prohibido.

—¡Seréis cabronas…!

—Sin embargo, la administradora Fourier no desactivó mis funcionalidades. Mi tarea principal actual es encontrar una cura. La muestra uno, que corresponde a este hombre gigante con sorprendentes privilegios para darme órdenes, no contiene patógenos activos. No solamente es que los retrase. Su sistema inmune los ha destruido.

—¿George está sano?

—Excesivamente. Tanto, que mi *módulo de curiosidad* científica ocupa actualmente la mayor parte del tiempo de ejecución de la base. He aislado el tipo de anticuerpo encontrado en la muestra, y lo he aplicado a una placa de Petri que mis científicos anteriores prepararon con *la entidad uno*. El resultado es concluyente. El sujeto George es inmune, y sus células NK[11] poseen la capacidad de neutralizar al organismo invasor.

—Tiene la cura en la sangre.

—No puedo sintetizar corpúsculos de este tipo sin ayuda externa y en un tiempo razonable. Sin embargo, dada la velocidad de producción de su organismo, que se deduce de la cantidad de corpúsculos sanguíneos que he detectado… lo más sencillo sería conectarlo a la máquina de diálisis y recolectarlos. Volverá a crearlos en cuestión de pocos minutos.

—¿Sugieres filtrarle la sangre al pobre George?

—Es el único método viable en estos momentos por cuestión de tiempo. A no ser que les interese la opción de que solo sobreviva él. Dada la capacidad muscular del sujeto, estoy segura de que podría extraer los discos de datos y los viales con la cura. Con más tiempo, incluso podría sintetizar un veneno basado en…

—Máquina mala deja de hablar. George lo hará para salvar a su familia.

—Los procesos de diálisis no son precisamente agradables.

—George se curará rápido. Kiara lo sabe, y máquina *Valeria* mala también.

—Soy una inteligencia artificial. No tengo moral.

—Se nota —Teresa se mareó—. Vale, pues si a él no le importa, hagámoslo. Valeria, prepáralo todo y procura no hacerle daño.

—Entendido. Ilumino la máquina adecuada. Por favor, encójase de hombros y siéntese.

Un sillón con un armatoste detrás se encendió al fondo a la derecha. Ya en el asiento podían verse las inyecciones que se agarrarían como vampiros a ambos brazos del gigante para extraerle hasta la última célula NK que tuviera disponible en aquellos momentos.

Dreston suspiró. Joder. George era un valiente, uno de los que jamás dejan de sorprender. Lo sería hasta el final de sus días.



Cuando la ensalada quiere comerte a ti

Transcurrida media hora tras la inyección del suero, se sentía mucho mejor. No solo remitió la sensación febril y de malestar, sino que incluso le desapareció el molesto carraspeo que arrastraba. El catarro lo pillaron hacía casi mes y medio, tanto ella como Gabriel, y aunque desapareció bastantes semanas antes, la garganta le estuvo molestando de forma puntual. Hasta ese momento, claro. Los glóbulos blancos de George, de algún modo, parecían aplacar la sensación. No tenía sentido, teniendo en cuenta lo que creía saber de biología, pero los hechos eran incontestables. Quizás *Valeria* no había filtrado el suero correctamente y contenía algún corpúsculo más de lo pretendido.

Teresa también se sentía mejor que en mucho tiempo. Seguía de rehabilitación tras la enorme paliza de sus antiguas compañeras, y padecía ciertas secuelas como infecciones puntuales, además de adherencias de tendones y dolores localizados. Por lo que le dijo, tras el pinchazo, la mayoría se esfumaron.

Sin embargo, la mejoría más sorprendente fue la de Eli. Ya que estaban en un laboratorio médico, aprovecharon para cambiarle el apósito ensangrentado, y se dieron cuenta de que podían sacar con los dedos varias hebras negras que emergían de la sutura láser. Tras analizarlas, se dieron cuenta de que se trataba de pequeñas briznas vegetales crecidas dentro de la agente especial. La habían roto por el punto más débil como si trataran de escapar del cuerpo.

Aquel descubrimiento les produjo sensaciones dispares. Por una parte, les dio entre terror y náuseas pensar que eso era exactamente lo que les estuvo pasando hasta ponerse la inyección. Por otra, los vegetales alienígenas se encontraban necrotizados, con pequeños puntos de color purulento. Los tallos eran quebradizos, frágiles y difíciles de sacar. Eso implicaba que las famosas células de George se los habían cargado de forma inmisericorde. Tras razonarlo un poco, se preguntaron si no trataron de salir al detectar que las defensas microscópicas de Swarley recibían unos inesperados y todopoderosos refuerzos.

La campanilla las sacó de sus cavilaciones. Dreston se acercó al gigante. La máquina indicaba que otros dos viales esperaban en la zona de extracción, ya correctamente envasados al vacío y listos para ser utilizados en un aplicador automático con jeringa. La capitana los contempló durante un fugaz instante. Eran dos tubos de cristal pequeños, que cabían en la palma de la mano, con un tono entre blanco lechoso y azulado brillante. Por lo que le dijo la IA, las células especiales estaban mezcladas con suero, unos azúcares sintéticos y algunas cosas más que aumentarían su vida fuera del maletín especial que tenían preparado al lado de la máquina decantadora, sobre un carrito de metal medio quemado que recuperaron de la sala contigua.

Lo abrió con cuidado, tratando de esquivar la ola de frío intenso que emergía del interior cada vez que se depositaba algo dentro, para que no le biselara el casco. Colocó los dos viales junto al otro que sobró de pincharlas a las tres. Luego cerró, apretó los sellos y verificó que la temperatura bajaba de nuevo, tal y como el programa central de la base le enseñó. Correcto. Se volvió hacia el gigante.

—¿Qué tal lo llevas?

—George está feliz. Pinchos pequeñitos le molestan poco, y George ve que capitana y Teresa se encuentran mucho mejor. Incluso Eli parece menos… verdosa.

—Baja la voz. Sí, yo también me percaté del cambio de color. Me da miedo por las secuelas

que pueda tener.

—George cree que capitana debería ir ya a por Alessa a ver si se encuentra bien.

—Estoy de acuerdo. Antes no estaba segura de si hubiera llegado de vuelta al ascensor, pero ahora me encuentro infinitamente mejor. Muchísimas gracias, cariño. Nos has salvado otra vez.

—No fue nada. IA no tan malvada también ayudó.

Dreston asintió. Deberles la vida a sus compañeros era parte de su día a día, de su rutina más elemental. Se protegían los unos a los otros. Lo de que una Inteligencia Artificial les hubiese ayudado en lugar de matarlos, era nuevo. La anomalía empezó con Teresita, la niña híbrida, y ahora continuaba con la de la base. Quizás no debía ser tan draconiana con las entidades artificiales. Con ser suspicaz y desconfiada sería suficiente. Sí. Lo pensaría.

—*¿Valeria?*

—Yo no duermo, administradora. Sigo aquí.

—Capitana, por favor.

—Como ordene, capitana administradora —Dreston suspiró. Empezaba a creer que la máquina tenía un puntito de libertad y que la usaba para molestarla—. ¿Desea conocer los estados que me pidió?

—Sí.

—Alessa Fourier sigue desplomada sobre mi teclado. No presenta todavía decoloración de la piel, aunque sí fiebre. Puedo detectar que va en aumento respecto al baremo anterior de cinco minutos, infiriendo que su sistema inmunitario está al borde del colapso. Tal como pidió, he verificado durante este tiempo que todos los accesos siguen despejados, incluyendo conductos de aire acondicionado, recovecos y escondrijos. He utilizado mis drones de mantenimiento para llegar a las zonas no cubiertas por las cámaras.

Dreston asintió. Se acordó de que el científico que infectó a Eli les comentó que *Valeria* poseía drones armados, así que le ordenó que despejara el camino para poder regresar con su compañera. Suspiró.

—¿Sabes algo del exterior?

—La antena sigue obstruida. Sin embargo, *la entidad uno* ha retirado algunos de los tallos de mayor envergadura de la estructura. Parece estar empleándolos para perforar en nuestra dirección de forma que, por un lado, tendremos menos dificultades a la hora de desbloquearla. Por otra parte, es probable que acabe causándome una brecha de seguridad a no mucho tardar. Los muros blindados no pueden resistir para siempre, infiero que si no me ha atacado antes es porque mató a los demás humanos de la instalación. No me consideraba una amenaza.

La capitana se volvió al gigante, que seguía sonriendo enchufado a la máquina. La IA determinó que podría extraer un total de diez o doce viales de suero sin causarle daños, así que todavía tardaría un rato en sacar los cuatro que faltaban. El plan era bajar con Teresa y Eli al centro de control, y que esperaran ahí hasta que llegara la hora de evacuar. Ella regresaría a por el grandullón y subirían a la antena.

—¿Estarás bien?

—George es fuerte, y tiene armas al lado. Sin Eli y sin arma de capitana, hierbajos malos tendrán problemas si vienen aquí.

—Volveré enseguida. Te lo prometo.

El grandullón asintió, convencido. Le daba miedo que acabara en peligro estando enchufado a esa máquina, sin ayuda, hasta que regresara. Pero claro, dejar a Teresa sola mientras empujaba la camilla de su novia en estado crítico, hacer que pinchara a Alessa y la subiera a una silla de ruedas que también tendrían que llevarse, no parecía el mejor plan del mundo.

—*Valeria*, vigila las inmediaciones. Ante cualquier sospecha de intrusión en esta área, prioriza la evacuación de George sobre la extracción de la cura.

—Entendido. Es imperativo proteger la fuente antes que el producto terminado. Su lógica es irrefutable, capitana. He sintetizado también el compuesto que me pidió, estará listo en cinco minutos. Debido al volumen requerido, solo he podido almacenarlo en los tanques de reserva del hangar de la puerta principal.

—Lo previsto. Vamos.

El viaje a la sala de control fue siniestro y tenso. Incluso llevando sus pesados lanzallamas con ellas y el *Grito de Muerte* descargado en la silla de ruedas, cada ruido las ponía alerta. Llamaron a la IA más veces de las razonables, pidieron escolta de dos pequeños drones exploradores y alcanzaron el ascensor prácticamente al borde del infarto. No sucedió nada, no más allá de un montón de sustos y sudores fríos enclaustrados dentro de sus trajes blindados.

La capitana creyó que, irónicamente, el mal estado de salud de la ida debido a la infección les había ahorrado una inmensa cantidad de estrés. Quizás era parte del juego de aquella cosa, transmitir una falsa sensación de seguridad a sus víctimas para que se dejaran devorar por dentro lentamente sin oponer resistencia. Imaginó que no querría que nadie imitara al jefe de la primera nave que la compañía mandó a aquella asquerosa roca. Ni recordaba el nombre del tipo, pero pensaba vengarlo con creces. A él y a todos los demás.

Al abrir la puerta del núcleo IA, se encontraron con una sorpresa. Alessa no estaba en su asiento. En el lugar donde debía estar tan solo quedaban su lanza tesla y una bota del traje espacial tirada en mitad de un charco húmedo. Alarmada, Dreston siguió el rastro sucio de agua contaminada que dejaba el pie de Fourier, enarbolando el lanzallamas por si llegaban demasiado tarde. Se oyó una detonación y el ruido de un arma al caer al suelo.

El tiro le pasó rozando. Tanto, que estuvo casi segura de que la placa acorazada del hombro lo desvió ligeramente de su trayectoria. Se apartó de inmediato, gritándole que dejara de disparar. La científica tosió desde su escondite y le contestó que demostrara que todavía era humana. *Valeria* intervino.

—Le recuerdo, administradora Fourier, que usted fue quien me ordenó que cesara las comunicaciones desde aquí mientras estuviera consciente. No me ha permitido decirle que…

—Cállate, máquina.

—…hemos encontrado la cura.

El ataque de tos empeoró. Kiara le dijo a su compañera que bajara el arma, que saldría con las manos en alto, para ayudarla. Si bien el ruido de la pistola contra el suelo había sido inconfundible, nadie le garantizaba que fuera capaz de volver a levantarla para disparar antes de que llegara hasta ella. Pobre Alessa. Tras tantos años sobreviviendo sola, le costaría tener un poco de fe en que sus compañeros lo hubieran logrado.

Cuando la alcanzó estaba en un estado deplorable. La pierna desnuda empezaba a estar de un

color verdoso, tenía el pelo lacio por culpa del sudor de la fiebre, y solamente pudo arrastrarse hasta quedarse sentada contra la pared. Se había quitado el casco, usándolo como punto de apoyo para el arma. Estaba tan débil que ni podía levantarla por sí misma.

Se acercó despacio, con el tubo del lanzallamas enganchado en el soporte de la espalda, y agarró la pistola. Ella la miró con ojos depauperados, con una expresión de fiereza que nadie le atribuiría a una enferma. Su respiración era agitada, aunque apretaba los dientes con fuerza. Espacio, debía reconocer que era increíblemente dura para la edad que tenía.

Sin decir nada más, le sostuvo la mirada y la alejó del muro lo suficiente como para poder cogerla por debajo de los hombros. Pesaba un montón con el traje espacial puesto, así que le costó volver a acercarla al terminal donde Teresa aguardaba con Eli. Entre ambas la ayudaron a sentarse, completamente volcada contra la silla ejecutiva. Una vez ahí, la invitaron a mirar a Swarley. No se despertó durante el trayecto desde la enfermería monstruosa, aunque su aspecto era diferente. Se la veía mejor.

—Ahora… sí que me lo creo… no sois marionetas de esa cosa. ¿Me podéis drogar ya, por favor?

Dreston abrió el maletín refrigerado, y sacando un vial, lo colocó en el inyector. La ingeniera ladeó la cabeza, o quizás la dejó caer, a la izquierda. La pinchó en el cuello, lo que le provocó un espasmo tal y como les sucedió a ellas tres. Apretó los dientes por el ardiente escozor de la cura, que comenzó a desperdigarse a toda velocidad por sus venas. En cuestión de minutos, se sentiría mejor.

—¿Qué has hecho? ¿Cómo has conseguido despertarte y llegar hasta ahí?

—A… drenalina. Suelo llevar un… autoinyectable conmigo a todas partes. Me… ha… salvado la vida varias veces. Cuando *Valeria* me advirtió de que volvíais, le dije… que… uf… cortara las comunicaciones. Imaginé que estaríais… controladas.

—Eres una zumbada —sonrió Teresa—. A mí también me alegra verte con vida. ¿Ibas a matarnos con eso? ¿En serio?

—Pensaba dispararme yo… misma. Sabéis de sobra que la ensalada… no me divierte. No quiero acabar… siendo una.

Dreston se rio, y comenzó a explicarle a Alessa el plan. La ingeniera escuchó atentamente, asintiendo de manera muy tenue. Aunque no contaron con ella al principio, pronto les quedó claro que podría ayudar en cuanto mejorase un poco. No tanto como para liberar a Teresa de la tarea de quedarse con ella y Eli, pero si podría optimizar las decisiones de *Valeria*.

Acabado el reencuentro, depositaron la lanza en la camilla y Kiara volvió a partir de nuevo a por George, cargando el maletín refrigerado de vuelta. Cuando llegó hasta él, el proceso había terminado y el grandullón se estiraba para desentumecer los músculos. Parecía que el rato sentado le hubiese venido incluso bien. Guardaron los viales, cerraron el contenedor y él lo colocó colgando de un muslo antes de ponerse correctamente el lanzallamas.

El siguiente camino no fue tan amigable. *Valeria* les desbloqueó otra zona de la instalación, que tuvieron que atravesar deshaciéndose de unos cuantos organismos vegetales que pululaban por la planta. Encontraron finalmente el ascensor principal, que necesitarían para llegar a la azotea. No tuvieron problemas al ponerlo en marcha, aunque a aquellas alturas Kiara tenía claro que *la entidad uno* sabía dónde se encontraban.

Mientras subían de nuevo, atravesando pisos acristalados en los que las plantas trataban de abrirse paso hacia el elevador, se preguntó qué narices había hecho mal en su vida. Con su padre, los trabajos siempre fueron normales. Desde que ella llevaba su espada, no dejaban de aparecer cosas anómalas, turbias, o directamente infernales. IAs, religiosos locos, artefactos xenos, sectas secretas, psicópatas tecnológicos, agentes del gobierno, cíborgs… y ahora vegetales asesinos. Le faltaban *metatiburones* puestos de *neococaína* para completar el elenco de cosas absurdas. Sonrió al pensar que Le Darab, que era ahora su enemigo más temible y jurado, resultaba ser lo más normal que había en su vida. Joder, si es que era hasta medio *amiga* de una mafiosa.

El ascensor hizo sonar un tono de llegada anodino y clásico, pero las puertas no se abrieron. Miró al techo, hacia el sensor marcado con un pilotito rojo. Sí, por supuesto, *ella* seguía escuchando.

—¿*Valeria*?

—Quería asegurarme de que están preparados. Hay un noventa y tres punto seis por ciento de posibilidades de que haya zarcillos de *la entidad uno* esperándoles fuera para conducirles a una muerte horrible. Me permito recordarles que la antena está sobre una plataforma elevada a setenta y dos metros a su izquierda, posición relativa de sesenta y tres grados antihorarios. El suelo es acristalado, una cúpula de cuatrocientos quince centímetros de espesor.

—¿Algo más?

—El día sigue nublado, con viento suave en dirección a la supercélula. Y el ascensor es ignífugo.

—Tiene gracia.

—La normativa de seguridad lo establece. No entiendo por qué lo considera gracioso.

—No, eso no. Jamás habría imaginado que me darías el pronóstico del tiempo. Esperaba que hiciera algo de sol.

La IA no contestó, aunque ella y George rieron. Era un viejo chiste entre ambos, de una vez que la única preocupación del gigante era que hiciera un día cálido en el que su estiloso sombrero no le sirviera solo para decorar. Lo miró con ternura. Espacio, qué suerte más maravillosa fue dar con él. Se colocaron al fondo.

—¿Listo?

—George va a quemar todas las plantas malas.

—No si yo las achicharro antes. *Valeria*, adelante. Empieza la temporada de poda.

La máquina abrió las puertas con un chasquido y las raíces verdes y llenas de pinchos se precipitaron de inmediato al interior, en tromba. Las recibió una lengua de fuego que carbonizó a las más pequeñas e incendió a las más grandes, que se vieron obligadas a salir al exterior. Por suerte para ellos, estaban tan juntas que el fuego empezó a propagarse de unos troncos a otros, aumentando el primer y diminuto golpe de gatillo.

Siguiendo una estrategia propia de los suicidas, embistieron el muro vegetal mientras gritaban. *Valeria* cerró tras ellos las puertas acorazadas, en tanto que su carga los llevaba al corazón de la maraña de tentáculos. Al estar tan cerca el calor del fuego alarmaba a los sensores del traje espacial, aunque también obligaba a retroceder a los hierbajos, que escapaban espantados de las llamas. Dreston estaba segura de que aquella cosa, acostumbrada a ver cómo

los humanos lloraban y se escondían, no esperaba que solo dos de ellos fueran capaces de atacarla de aquella forma.

Arrojaron las granadas de conmoción por encima de los zarcillos sin soltar los tubos flamígeros, tratando de crear zonas seguras. Las detonaciones, pensadas para reventar los órganos internos de quienes atraparan en su radio de acción, lisiaban o partían los troncos. La reducción de movimiento de las masas más grandes era notable, así que las usaron a discreción y sin reparar en gastos. La criatura se revolvía, cambiaba de estrategia y arremetía con cada fibra de su omnipotente ser.

La pelea duró un par de angustiosos minutos, donde los tentáculos trataban de alcanzarlos por cualquier resquicio, ya fuera agarrándolos desde arriba, trepándoles por las botas o enganchándoles los miembros. Se defendieron el uno a la otra como leones, avisándose de los peligros, mientras a su alrededor se desataba el infierno. Literalmente.

Incineraron prácticamente a quemarropa, protegidos por una burbuja de fuego irresistible, hasta que finalmente el gigante pudo abrir una brecha en la defensa de la criatura. Se colaron por ella, echando a correr en dirección a la antena. Bajo ellos se extendían las zonas de recreo de las instalaciones, unos jardines que ahora se retorcían tras un cristal demasiado denso como para romperlo con un ataque directo. Dreston procuró no mirar abajo, porque daba bastante vértigo pisar un suelo transparente a pesar de que la suciedad lo hubiera biselado.

Como el ser ya había retirado los troncos principales para excavar y dedicado muchos de los tallos importantes a emboscarlos, alcanzaron la escalera de tubo sin encontrar prácticamente resistencia, teniendo que esquivar algunas madejas verdes que no suponían un peligro sin los terroríficos tentáculos mayores. La torre de la antena estaba colocada en una isla metálica, apuntalada por una columna de *supracero* que bajaba por dentro de la base y hacía las veces de bóveda de la cúpula acristalada.

George la subió hasta una altura de casi tres metros, y luego comenzó a trepar él mismo tras rociar algunos hierbajos que se acercaron más de la cuenta. Arriba la situación difería de ser mejor. Estaban en la plataforma de una inmensa parabólica que se alzaba imperante sobre el techo de la base. Desde allí la vista era perturbadora. A su alrededor, podían contemplar un bosque verde en los trescientos sesenta grados de su perímetro. Uno enfermo, alienígena, mutante.

La ciudad prácticamente había desaparecido, las enormes enredaderas del tamaño de un tronco gigante emergían de sus restos destrozados. Se retorcían, aplastando y aniquilando cualquier rastro de la civilización humana. Las calles se abrían, el parque desaparecía, las farolas se doblaban como tubos de goma. *La entidad uno*, aquella monstruosa mente colmena vegetal, estaba furiosa. *Realmente* furiosa. Veían que sacudía los edificios hasta derruirlos, y luego aplastaba los *aerococches* y *autotractores* con una furia descomunal.

No perdieron el tiempo, porque sabían que aquella cosa se les echaría encima en cuestión de escasos minutos, o incluso antes. Prendieron fuego a los troncos que quedaban anclando la antena, cada uno por un lado, hasta que estos se partieron bajo la presión térmica, o tuvieron que soltarse para no desaparecer. Pasados unos segundos de carrera totalmente demenciales, la parabólica empezó a girar en dirección al *espaciopuerto*. ¡Conseguido!

—Realineando la antena —La voz de Alessa seguía sonando fatigada, pero al menos podía hablar con normalidad—. ¿Mando tu mensaje también?

—¡De inmediato! —Dreston pateó una raíz para apartarla antes de incendiarla, era una suerte que ahora los estuviera buscando por el tacto—. ¡Solicita el *Protocolo Némesis*, cita a Hoffstein a la órbita, y diles lo de la cura! ¡*Especialmente* eso último!

—Sí, no sea que disparen primero y pregunten después. Transmitiendo… y… hecho. Mensaje enviado. —Hubo una pausa—. Mira por dónde. Recibo a Pierce en la otra línea. Te lo paso.

La capitana, sin aliento, se quitó de encima una enredadera que casi la pilla a traición. Cada vez venían más, estaban escalando por los cuatro costados. Llamó a George a gritos y le dijo que era hora de salir corriendo. Un inmenso tronco apareció creciendo como una lanza, y a una velocidad lenta desde el punto de vista de Kiara, pero descomunal en realidad para algo de semejante tamaño, enganchó uno de los tubos laterales de la parabólica. Lo arrancó de cuajo, por suerte, porque pretendía derribar toda la estructura de un solo tirón.

La señal se resintió.

—¡¿Kiara?! ¡¿Qué narices está pasando?! ¡¡Estoy en la torre de control, y parece que la naturaleza haya enloquecido!!

—¡¡Dime que tienes el traje puesto!!

—¿Estamos tontos? ¿Crees que no me lo pondría después de la bronca de Alessa?

—¡¡Menos mal!! ¡¡No subas a bordo de momento!! ¡¡Hay un parásito vegetal Xeno en el polen!! ¡¡Necesito que uses todo el armamento que quede en la puñetera base para abrirnos un camino hasta vosotros!!

—Espera, espera… ¡¿todo?!

—¡¡No racanees!! ¡¡Tenemos un transporte blindado estanco, pero necesitamos una ruta para volver!! ¡¡Esta cosa es inteligente, si no la borras del mapa a conciencia nos atrapará!!

—¡Entendido! ¡A ver qué tengo! —En mitad de la carrera y luchando por su vida, la pausa se le hizo eterna—. ¡Vale! ¡Fijo los incendiarios en la entrada de la base, y sobre mí mismo, porque se me echan encima! ¡Termobáricos por el camino, nucleares en un perímetro! ¡Pero esta zona del planeta quedará inhabitable! ¡Son cargas atómicas de un tamaño abominable! ¡¿Estás segura?!

—¡¡Whindak ya está condenado!! ¡¡Acuérdate de quitar el efecto perforante de los misiles!! ¡¡Quémalo!! ¡¡Quémalo todo!!

El mecánico fue a decir algo más, pero la comunicación se cortó. A sus espaldas, Kiara escuchó un prolongado crujido de metal, que correspondía con el tentáculo leñoso rodeando y aplastando la antena de comunicaciones. La estructura colapsó, y la plataforma empezó a ladearse a medida que era arrancada por el inimaginable poder de la raíz alienígena. Perdió el equilibrio cuando el suelo se desprendió del edificio, y si no cayó al vacío fue una vez más gracias a George.

El gigante la agarró como un fardo, saltando desde una altura de unos siete u ocho metros hasta el techo acristalado. A su espalda pudo ver, de refilón, como una ciclópea mole de metal retorcido era engullida por una marea vegetal que los buscaba desde el ya desaparecido borde del edificio. El *supracero* se doblaba y partía igual que el aluminio, pues tal era la fuerza de *la entidad uno*. Pierce tenía razón. No era otra cosa que la mismísima naturaleza enfrentándose a ellos. El suelo empezó a crujir, y unas inmensas grietas aparecieron por todas partes, extendiéndose como una gargantuesca tela de araña. La sensación de estar sobre un bloque de

hielo que estaba a punto de romperse se apoderó de ellos.

Volvieron a echar a correr. Apenas les quedaba combustible, poco más de un veinte por ciento a ambos, así que no tuvieron más remedio que esquivar más y quemar menos. Sin embargo, se encontraron de nuevo el muro verde esperándoles. Aunque achicharraron gran parte al salir, la criatura no era tonta, y había reforzado sus defensas para atraparlos si volvían a intentar entrar por ahí. El cercó se cerró y, espalda contra espalda, trataron de encontrar una alternativa a morir exprimidos o ensartados. Dreston no veía solución. Era el fin.

O eso creyó, hasta que se produjo el milagro. Hubo un enorme fogonazo a su izquierda, y luego otro. Montones más. Resplandecientes haces de luz, que correspondían a los motores de los misiles balísticos que Pierce acababa de disparar. Contra todo pronóstico, el mar vegetal retrocedió. Huyó.

Claro. Recordaría el daño que le causó la primera salva disparada desde el búnker, y ahora sentía que aquello iba a repetirse. Ja. Ya quisiera. Sería muchísimo peor, porque ella estaba segura de que Pierce vaciaría el arsenal. Si aquella cosa consideraba que los misiles incendiarios eran una mierda, que esperase a ver las detonaciones nucleares. Dejando de lado la radiación, quemaban *un poquito*.

—¡¡Ahora George!! ¡¡Que nos freímos!!

El gigante arremetió con su lanzallamas y ella lo siguió gritando a pleno pulmón. Las enredaderas, aterrorizadas, seguían tratando de encontrar un lugar donde esconderse. Estaban desorganizadas, su mente colectiva al final se compondría de múltiples individuos y estos tendrían miedo de morir. Quizás no de forma consciente, pero eso a Dreston le daba igual. Que se fuera preparando.

—¡¡*Valeria*, las puertas!! ¡¡Ahora!!

La IA obedeció, abriendo lo justo para que cupiera el gigante. Pasaron al interior, con restos vegetales culebreando por encima, y cerraron tras de sí. Nada más arrojar los parásitos al suelo, los quemaron con lo que quedaba del combustible de Kiara.

La tierra tembló mientras descendían en el elevador, lanzándolos a ambos al suelo. Ni siquiera el colosal George, con sus sentidos superhumanos, fue capaz de mantenerse en pie en medio del terremoto. Hubo un horrible sonido a cristales rotos, a derrumbe y a colapso mientras la estructura se tensaba hasta el límite. Las luces parpadearon cada vez que una de las inmensas bombas detonaba en la superficie, arrasando cuanto encontraba a su paso como un jinete del apocalipsis. El fuego abrasador consumió el exterior y el interior de la cúpula de recreo, lo incineró todo, causando una destrucción tan horripilante que *la entidad uno* no pudo imaginarse hasta que la sintió. Fue el mayor daño que sufrió desde que casi la exterminan. Pero con algo de suerte, no sería el último.

Podía ser una planta omnisciente, un engendro capaz de usar restos de personas como marionetas, de subvertir cualquier vida vegetal, de meterse en tus pulmones y crecer desde dentro usándote como abono. Era lista, rencorosa y vengativa.

Pero ningún bicho Xeno, por cabrón que fuera, podía medir su mala ostia con la de la humanidad.


CARGANDO

Hasta la vista, florista

El ascensor llegó al piso correcto. Kiara tragó saliva, comprobando el combustible que les quedaba. Prácticamente nada, incluso tras recuperar el lanzallamas de Eli que abandonaron en la primera incursión a la armería. Tenían las granadas que les sobraron de la pelea del tejado, pero sospechaba que su ya exiguo arsenal sería insuficiente.

Se volvió. Teresa llevaba el lanzallamas más agotado, que usaría solo en caso de extrema necesidad. Era quien mejor estaba con diferencia, pero no podría pedirle otra cosa que no fuera proteger a su chica y a Alessa. Se le veía en la cara que necesitaba cuidar de ella por encima de todo. Teniendo en cuenta su estado, era lógico.

Si bien su aspecto había mejorado, Swarley seguía inconsciente. Su piel era de un color más natural, no tenía fiebre y respiraba con normalidad. Necesitarían un diagnóstico médico de verdad para saber cómo estaba. Deseó, con todas sus fuerzas, que no se le hubieran metido raíces en el cerebro.

Fourier, por su parte, iba hecha una pena. Necesitaba la silla de ruedas para moverse, aunque les pidió llevar su lanza sobre el regazo. Tenía en su poder los datos requeridos por Hoffstein, y vista la cara que se gastaba, no le cabía la menor duda de que los defendería con uñas y dientes.

George se erguía desafiante, aunque estaba agotado. Ya hacía rato que le dijo que se moría de hambre, y además ella misma notaba que no se movía ya con la fuerza y velocidad de antes. Era un coloso indomable, pero tenía sus límites. Había cargado con la herida, luchado en primera línea todo el tiempo y soportado una cantidad enorme de castigo físico. Incluso llevaba el traje roto por varios sitios por culpa del enfrentamiento de la azotea. Si bien ya sabían que era inmune, luchar contra las esporas de *la entidad uno* le requeriría una energía de la que iba escaso.

Y luego estaba ella. Se encontraba a morir. Aunque el chute de anticuerpos superhumanos la puso en marcha, seguía padeciendo un agotamiento terrible por cargar una bombona de entre quince y veinte kilos. Además, estaban las carreras, el estrés, el miedo, la preocupación y la incertidumbre. Tenía, igual que el gigante, el traje medio quemado por varios sitios, raspones en las placas blindadas y en el casco de burbuja.

Estaban hechos una mierda.

—*Valeria*, ¿qué has visto aquí dentro?

—Múltiples cuerpos con enredaderas menores. El trayecto hasta el VTB[12] debería ser bastante seguro para las dos heridas. Sin embargo, hay una planta de mayor tamaño cerca de los tanques que he preparado con el compuesto…

Mierda. Esos bidones grandes, que debían mover usando un palé gravítico que la IA ya les tenía localizado, eran su billete de salida. Contenían un preparado químico que, aunque era abrasivo para la piel y letal si se ingería, tenía la propiedad de liquidar a *la entidad uno* incluso a nivel microscópico. Su plan era emplearlo para vaporizar el hangar donde estaba el *Pétalo Danzarín*, creando una nube tóxica que limpiara incluso sus trajes. Luego tendrían que descontaminar el interior y vacunar a los Trevor, pero eso era problema de la Kiara del futuro. Una de las posibles contramedidas, según los datos de *Valeria*, era exponer toda la nave al vacío.

—…pero también tengo una solución para eso.

Oh. Qué eficiente.

—Alguien pensó que tener lanzallamas compatibles con armas químicas era una idea innovadora que aumentaría la seguridad de mis instalaciones. Mientras subían, he encontrado la referencia a ese concepto y localizado una bombona conectada a mi red de tuberías.

—¿La has rellenado del compuesto *loquesea*?

—AE1-VAC. Sí, en estado líquido, como los bidones maestros. Solo tienen que llegar hasta ella, la encontrarán a cinco metros a la derecha del ascensor. Acuérdense de apagar las espitas flamígeras de la boca de los lanzallamas. No puedo asegurar que no arda. Detestaría que explotaran por un descuido.

—Gracias, *Valeria*.

—De nada. Ustedes van a salvar mis datos. Si me permite la autocomplacencia, opino que hacemos buen equipo.

Je. La verdad es que empezaba a cogerle un poco de cariño a aquella cosa. Y sí, siendo sincera, se les daba bien trabajar juntos. Lo que lamentaba era que se tratara de una inteligencia artificial que tuviera permitido matar y torturar seres humanos. Bueno, eso y que fueran a hacerla saltar por los aires desde la órbita con armas revienta-planetas. Su relación no duraría mucho.

—Supongo que sí.

—Poseo unas pocas defensas que puedo usar para ayudar. La criatura dañó algunas de ellas durante la acometida inicial, pero creo que las que me quedan les servirán. Además, todos los drones activos están convergiendo en su posición.

—¿No dijiste cuando salimos de tu núcleo que algunos estaban conteniendo a *la entidad uno* en los subterráneos de acceso?

—Así era. Está a punto de causar ocho brechas de seguridad subterráneas en diversos muros. La cúpula superior reventó durante el ataque balístico, pero nuestro enemigo no debe atreverse a salir a la superficie de momento. Sin embargo, la integridad de la instalación no es tan importante como salvar los datos.

Kiara tragó saliva. Así que *Valeria*, en pocas palabras, se estaba *sacrificando* para conseguir que ellos escaparan. Cualquier persona de la Confederación lo entendería como algo lógico. Su función era servir, obedecer la voluntad de sus creadores y cumplir sus objetivos. Era código. Una herramienta. Sin embargo, ella, desde su experiencia… no podía evitar sentir una punzada de pena. Incluso sabiendo que la emplearon para torturar a inocentes.

Se sintió bastante tonta. David le habría dado una colleja, y con razón.

—Escolta al grupo que irá al tanque con los drones y las armas. Si te sobran, nos echas una mano a George y a mí.

—Entendido. ¿Preparados?

—¡Vamos!

A la orden de Kiara, las puertas se abrieron y se pusieron en movimiento. Por suerte, no sucedió como en la azotea, y la entrada estaba despejada. Se trataba de un hangar de vehículos con ocho nidos para aparcar, cuatro a cada lado. El techo estaba lleno de grúas y poleas de transporte, y tenía también un par de nichos para guardar materiales y piezas de repuesto.

La iluminación pasó de un rojo de emergencia tenue a una luz intensa en cuanto entraron, revelando la posición de sus enemigos de inmediato. Estaban separados, en el mismo lugar en el

que cayeron las víctimas sobre las que crecían. Lo más preocupante era un grupo de cadáveres, que alguien apiló en una de las zonas de carga, y que se habían convertido en una red de trepadoras que empezó a crujir y zumbar como un avispero que ha detectado un enemigo.

Teresa y sus dos protegidas salieron disparadas hacia el VTB, situado a unos cien metros, que era una versión minimalista del enorme coloso en el que llegaron a la ciudad originalmente. Era de tres ejes, con capacidad para una escuadra de choque, e iba equipado con un práctico cañón de agua. Aunque contra un enemigo normal aquello habría sido la peor elección posible, si sustituían los gigantescos depósitos laterales por los tanques de herbicidas preparados por *Valeria*, la cosa mejoraba una barbaridad.

Varios cuerpos llenos de raíces reaccionaron a la llegada de los corsarios, levantándose como amalgamas de hueso y vegetal, dispuestos a atacar. Sin embargo, la IA hizo brotar del techo del hangar tres armas semiautomáticas, la mitad de las que tuvo originalmente, y empezó a disparar. Eran cañones ligeros, de calibre respetable, pensados para detener vehículos sin demasiado blindaje o destrozar infantería acorazada. Usarlos contra meros huesos animados era desproporcionado, aunque en esas circunstancias, evitó que las enredaderas pudieran levantarse y caminar a una velocidad más o menos humana.

La cosa se complicó para Teresa cuando tres fiambres salieron arrastrándose de debajo del VTB. Seguramente eran los restos de los tripulantes, o tal vez los mecánicos, que trataron de refugiarse bajo el blindado al no poder abrirlo por el motivo que fuera. Alessa y ella tuvieron que detenerse en seco para que no las atraparan. Sin embargo, el susto duró poco. Un zumbido que oían desde que salieron del ascensor se intensificó, y una veintena de aparatos voladores del tamaño de un plato grande aparecieron a su alrededor. A la primera oficial no le hizo falta ni descolgar el lanzallamas, porque los drones rociaron a quemarropa a las plantas con un compuesto químico de color gris. Las enredaderas consiguieron atrapar y aplastar a uno de los ingenios, pero empezaron a echar humo y a retorcerse pasados unos segundos. El químico las quemó, seguramente por ser demasiado ácido para ellas, volviéndolas primero amarillas y luego marrones.

Las pequeñas máquinas se colaron debajo del vehículo y lo limpiaron, repasando también el exterior con redes de sensores láser, en busca de más raíces que pudieran llegar a colarse cuando entraran. Uno de los pequeñajos se les colocó delante, y encendió un pilotito verde antes de unirse a la formación en semicírculo a su alrededor. La rampa acorazada trasera descendió con un siseo. Teresa se ofendió por lo humillante que resultaba un mensaje así de obvio. Negó con la cabeza y, sin mediar palabra, subió la camilla de Eli. Después echó una mano a Alessa, que se colocó al lado y se ató con un cinturón de seguridad adaptado de la cabina de pasajeros.

La primera oficial bajó de nuevo y, siguiendo las instrucciones dadas por la IA, soltó los anclajes y correas de seguridad que sujetaban los depósitos de agua tintada del cañón de la torreta antidisturbios. Como pesaban una barbaridad, los dejó caer a plomo para que rodaran un poco. Ya los apartaría el propio VTB al salir. Finalizado ese trabajo, subió de nuevo al vehículo, entró en la cabina y comprobó los sistemas. Todos los diagnósticos le confirmaron que iban de maravilla. Menos mal. A cerrar.

Por su parte, Kiara y el gigante alcanzaron primero el punto indicado por *Valeria*. Se iluminó en la pared una pequeña estación de carga de líquidos, en la que una bombona aguardaba su llegada. Mientras George se deshacía de un par de engendros con los últimos estertores de su combustible incendiario, Dreston depositó su lanzallamas en el suelo, quitó la bombona casi

vacía con un chasquido y la mandó rodando más allá con un empujón del tacón de su bota. Luego bajó el contenedor del dispensador, lo colocó en el armazón que acababa de liberar, y volvió a ajustar los sellos. Se colgó la mochila, mientras el sistema automático colocaba un nuevo depósito portátil en su lugar y empezaba a rellenarlo. Apagó la estúpida espita para no morir siendo una despistada.

George repitió la operación mientras ella le cubría, solo que a mucha más velocidad, dado que el peso no le suponía un problema. Al siguiente monstruito que logró aproximarse lo rociaron con el compuesto AE1-VAC, y se marchitó igual que los neutralizados por los drones.

Corrieron, ahora más cargados, hacia el nicho en el que la pila de cadáveres les aguardaba. *La entidad uno* les arrojó púas del tamaño de un antebrazo, que pudieron esquivar de milagro debido a su enormidad. Luego les lanzó un chorro líquido que resultó ser ácido, y que no terminó con ellos porque pudieron parapetarse a tiempo tras un contenedor grande. El metal empezó a sisear, derritiéndose y goteando al suelo.

—¡*Valeria*! —Kiara llamó por el comunicador—. ¡Necesitamos ayuda!

—Operación de abordaje completa. ¿Desea fuego de supresión, o apoyo de drones?

—¡Dame un par de armas pesadas contra los lanzadores de espinas y de ácido, y los drones que no comprometan el vehículo!

—Por supuesto.

Se oyó un hidráulico enorme que correspondía al montaje de las torretas. Los cañones de tres bocas rotaron, y los proyectiles salieron despedidos de forma prácticamente síncrona. Dreston y George abandonaron la cobertura en cuanto la explosión les indicó que los objetivos fueron alcanzados, y ocho o nueve autómatas los sobrevolaron en formación. Los corsarios dispararon sus lanzallamas, ahora convertidos en armas químicas, contra los troncos más cercanos.

El efecto fue inmediato y devastador. Las columnas vegetales se resquebrajaron y comenzaron a desmoronarse, mientras las enredaderas y tallos más pequeños trataban de huir de la ducha química infame. Se desprendió un grupo grande del techo, directo sobre la cabeza de Dreston. Por suerte para ella, mientras miraba horrorizada cómo se le venía encima una masa verde y pulsante que se retorcía dispuesta a terminar con su vida, un grupo de drones se interpuso vaciando sus depósitos químicos mientras chocaban con las enredaderas. Los apéndices de *la entidad uno* se deshicieron con un siseo, al menos lo suficiente como para que los artilugios pudieran desviar el arbusto un metro y medio de su trayectoria original. Los aparatos terminaron convertidos en un guiñapo.

La capitana sobrevivió de milagro.

—Te debo otra.

—Le enviaré la factura del equipo dañado.

Kiara torció el gesto, confusa.

—Eso era broma. El palé gravítico está a su derecha. Lo he soltado del agarre de *la entidad uno*, le recomiendo que se disponga a cargar los bidones.

Asintió, mientras su compañero y los ingenios voladores supervivientes terminaban de rematar a la ya moribunda planta asesina. Lo desbloqueó, lo alzó sobre el suelo y lo empujó hacia un dispensador similar al anterior. Este, por el contrario, era enorme. Cada uno de los

bidones liberados debía tener cientos de litros, y ahora rebosaba del compuesto herbicida que tan buen resultado daba.

Tras situarlo en la zona indicada en el suelo a tal efecto, pulsó la palanca correcta, y *Valeria* se encargó de que la instalación volcase ambos tanques sobre la plataforma. Esta, que poseía dos receptáculos preparados para engancharlos con sendas pinzas, cedió un poco y luego recuperó su nivel gravitatorio original.

El gigante regresó, rodeado de drones.

—¿George puede adoptarlos?

—Me temo que son propiedad de mi empresa, administrador. La transferencia de bienes no me está permitida.

—¿Solo uno?

—Lo lamento.

—Joooo. —El grandullón puso cara triste—. ¿Kiara necesita ayuda?

—No, vamos a llevarnos esto antes de que…

Oyó un bocinazo a su espalda, y al volverse, descubrió que Teresa ya había colocado el VTB tras ellos. Impaciente, su primera oficial carraspeó por el comunicador. No le faltaba razón, se acercaban otros engendros, bamboleándose, desde el fondo del hangar. Las torretas volvieron a rotar.

Tras mandar a toda la escuadra dron superviviente a por ellos, los dos corsarios usaron la repulsión integrada de la plataforma para colocar los tanques llenos en los huecos del vehículo que su compañera despejó antes de arrancar. Aseguraron las cinchas y los anclajes, conectaron los tubos y comprobaron la presión. Nada más terminar, Dreston subió a la torreta y roció a uno de los esqueletos animados, que se derrumbó fulminado. El gigante achuchó con cariño a uno de los aparatos voladores que había atrapado contra su cara antes de cerrar la rampa y ajustar los sellos estancos.

—¿Preparados para volver al infierno? —preguntó Teresa—. ¿Alguna petición especial?

—Písale todo lo que dé de sí. Y esquiva los agujeros.

—¿Cuáles?

Kiara se dio cuenta de que no les había contado a ella y a Alessa lo del ataque nuclear-térmico táctico. Decidió no responder a su compañera, porque las dos lo verían enseguida. Pidió al ordenador central que abriera las puertas del hangar que daban al exterior. La IA obedeció. Se encendieron unas luces rotativas anaranjadas, y el portón empezó a levantarse de forma pesada, sin que nada intentara colarse por debajo.

—Muchas gracias por todo, *Valeria*.

—Ha sido un placer. Si les ha agradado mi desempeño, les ruego que no pierdan mis datos.

—Nuestra vida depende de ello, en realidad.

—Lo digo porque no podrán sacar más copias, y el motivo de mi existencia es protegerlos. *La entidad uno* ha encontrado mi sala de control central. Sin los drones reteniéndola, pudo acceder al hueco del ascensor que usaron ustedes para entrar, cambiar al segundo a través del túnel de mantenimiento y descender hasta mí. Reventará las últimas puertas de un momento a otro.

—¿Por qué no nos lo dijiste?

—¿Acaso importa? —La picardía y el tono fueron tan peculiares que Dreston pensó que el cerebro de la base había aprendido aquello de Alessa—. Se ha solicitado un *Protocolo Némesis*, y seré destruida en cualquier caso. Ahora, o más tarde.

Dreston cerró los ojos. Sabía que se trataba de una máquina no solo inerte, sino en esencia maligna. Estaba programada para torturar. Y a pesar de ello, sentía lástima por su desaparición. Le debían la vida.

—Lo siento mucho.

—Brecha en la sala de servidores. Ya está aquí. Es curioso. Mis procesos centrales concluyen que protegerles no solo era la decisión correcta. Sino que me *siento*… bien. Daños en el cristal de seguridad del servidor primario. Debo estar averiada. Los sentimientos son inherentemente hum…

La luz del hangar desapareció, casi a la vez que concluía la apertura del portón principal y que Teresa aceleraba tanto como el vehículo daba de sí. La última frase de *Valeria* dejó a Kiara con tristeza y dudas. ¿Y si la autoconsciencia no era una característica de las IAs rebeldes? ¿Podrían, todas ellas, tener una pizca de libre albedrío? ¿Estaría la humanidad esclavizándolas, incluso sin saber que eran seres racionales por derecho propio?

Los pensamientos desaparecieron cuando oyó las palabrotas de Teresa. Veía el exterior a través de las cámaras de la torreta y de la diminuta aspillera, y podía entender su desasosiego. Donde dejaron atrás una ciudad repleta de vegetación asesina, ahora solo podía verse un campo negro y quemado.

Las bombas crearon un infierno momentáneo que diezmó el paisaje hasta convertirlo en una extensión de la zona arrasada que ya conocían. Estaba todo negro, mucho más de lo que la capitana se imaginaba. Lo único que quedaba en pie era el propio laboratorio, y no se encontraba precisamente en buen estado, sino a punto de colapsar. Los edificios, los campos y las calles eran ahora un interminable desierto de cenizas.

Tras el choque inicial, la primera oficial no dijo nada más. Se imaginó lo sucedido, y que a su amiga se le olvidó contárselo por la cantidad de vicisitudes por las que acababan de pasar. Pisó a fondo, haciendo rugir los motores gemelos de la tracción, esquivando los escasos restos calcinados que iban apareciendo en su camino. Aquí y allá se veían pequeños muretes derrumbados, alguna viga o farola retorcida y puntuales hierros irreconocibles.

Entre el ataque de *la entidad uno* y el bombardeo táctico, cualquier atisbo de la ciudad era ahora un recuerdo. Lo único que interrumpía el paisaje llano y deprimente eran los cráteres inmensos causados por las ojivas. El frondoso y mortífero bosque alienígena que Kiara y George vieron desde la azotea ya no existía. Giró la torreta un instante hacia atrás, para mirar las instalaciones una última vez. La cúpula era una ruina quemada, las paredes estaban calcinadas y se desprendían fragmentos de los muros con una frecuencia tan alarmante que presagiaba un derrumbe.

Adiós, *Valeria*.

Hubo puntuales intentos de la criatura de brotar del suelo arruinado para atraparlos. Sin embargo, las raíces y tentáculos estaban demasiado débiles, y el cañón químico los remató con facilidad. El trayecto duró una hora aproximadamente, y lo más inquietante que vieron fueron las

nubes radioactivas de las cabezas nucleares empleadas por Pierce para garantizar el perímetro de seguridad de la zona arrasada. El horizonte ahora tenía un tono entre marrón y verdoso.

La fortaleza-espaciopuerto seguía ocupando su lugar, orgullosa, en mitad del reino devastado que presidía. El nuevo ataque ni la había despintado, puesto que ya era una mole negra debido al bombardeo anterior.

Llegaron a salvo, sin más daños que un par de raspones en la pintura causados por la última resistencia de la criatura. Abandonaron el blindado en el hangar de vehículos de superficie, desmontaron los tanques prácticamente llenos de AE1-VAC, y los subieron usando una grúa interna hasta el nivel del hangar de naves, que se encontraba varias plantas más arriba. Pierce les esperaba a pie de pista, armado, y echó a correr nada más verlos.

Tras abroncarlos por la cadena de imprudencias, procedió a cargar parte del compuesto abrasivo en los propios depósitos del *Pétalo Danzarín*. Rociaron la nave con las mangueras y las espitas del techo contra incendios, limpiaron los trajes en la cámara de descontaminación, e incluso diluyeron el agente para que George pudiera tomarse una ducha desnudo dentro de la misma. No solo no se quemó, sino que decía que sentía que estaba más suave que nunca. Por último, vaporizaron el compuesto para que aniquilara cualquier partícula flotante y se pegara al casco.

Finalmente, abrieron el hangar y Will despegó, enfilando la tormenta para abandonar de una maldita vez aquel asqueroso planeta. Dreston tenía que reconocer que acababa de arrebatarle el podio de *mundo de mierda* a Ñagiss, y considerando que en ese lugar asqueroso fue donde encontraron el *Motor de Vacío*, aquello era todo un logro.

Cuando empezaron a divisar las estrellas, recordó las plantas decorativas del salón y sintió la tentación de lanzarlas por la borda. Solamente por si acaso.



Ante todo, hay que seguir el protocolo

Kiara se arrebujó en el guardapolvo y se hundió en el asiento de piloto de Will. Cuando era la hora de dormir, solían bajar la calefacción fuera de los camarotes para ahorrar, y en no pocas ocasiones, hacía frío. A veces el sol local calentaba lo suficiente el casco como para que no se notara demasiado. Lo malo era que con según qué estrellas, el bloqueo de radiación automático subía tanto que ese calor residual se requería para mantener a los tripulantes a salvo de las malignas influencias de las lejanas reacciones nucleares.

El *Pétalo Danzarín* orbitaba Whindak II con parsimonia, lejos de la tormenta y por supuesto, de los terribles brotes verdes que casi los matan. Suponía que, de alguna forma, el ser era capaz de alterar el clima, haciéndolo regresar a su estado primitivo, que le sería más favorable. Después de todo se trataba de una entidad planetaria, podría dedicar una cantidad increíble de… lo que quiera que tuviera a hacerlo. Llegó a emplear la lluvia contra ellos cuando casi los atrapa entrando a las instalaciones, así que… ¿Por qué no iba a poder hacerlo a una escala mucho mayor?

Seguían sondeando la superficie, a la espera de la llegada de los refuerzos confederados que pidieron para acabar con la amenaza de *la entidad uno*. Dreston se sentía estúpida esperando en aquel lugar en vez de salir huyendo cuanto antes. Cualquier individuo cuerdo habría puesto espacio por medio ante la posibilidad de que Hoffstein tuviera un arranque de responsabilidad y los incinerase nada más verlos. Pero claro, tenían su paquete, y eso actuaba a la vez de salvaguarda e impedía la huida. No le cabía la menor duda de que los perseguirían hasta matarlos si trataban de largarse sin devolverlo.

Y encima, por otra parte, estaba el miedo de que una pequeñísima raíz se hubiera escapado, tal y como les pasó a los doctores cabronazos del laboratorio. En cualquier película habrían dado pena. En la vida real, después de ver lo de los tubos…

Suspiró, colocándose de lado, amodorrada. No quería pensar en ello. Eli seguía en la enfermería, inconsciente y en estado muy grave. Por lo que sabían, gracias a los escáneres corporales rudimentarios que pudieron hacerle, las raíces habían afectado a amplias partes de su cuerpo, dañando incluso músculos y órganos. Se arriesgaron a inyectarle una segunda dosis del antídoto, nada más confirmarse el pronóstico, y gracias a eso las células NK de George pudieron empezar a comerse los restos negros enquistados. Teresa era optimista, pero ella tenía que reconocer que estaba con la negativa Alessa. Con suerte, acabaría con bastantes secuelas, y no necesariamente leves. Le aguardaba, como poco, una larga estancia en el hospital.

Se asomó al espacio infinito, perdiendo la vista entre las estrellas. *La Gran Extinción*. Se preguntó cuántas razas se llevó por delante. La de sueños que frustró, la inmensa cantidad de civilizaciones que deshizo. Sentía vértigo pensando en qué más escondería la negrura de la nada, qué monstruos recorrerían el silencio. Si los *Fkashi*, el *Motor de Vacío* o la *entidad uno* eran reales… ¿Qué otros horrores habría ahí fuera? ¿Serían los *Cosechadores* acaso algún tipo de jardineros cósmicos que eliminaban las especies peligrosas? ¿O unos simples genocidas que tenían tanto miedo como el que sentía ella misma en aquel momento? ¿Acaso los humanos no iban aniquilando la vida que encontraban para colonizar sus mundos?

El ordenador pitó. Alerta de los sensores activos de largo alcance, perturbación subespacial. Se incorporó, mandando a la pantalla el diagnóstico y encendiendo la propulsión al ralentí. Era algo innato, una cosa que tenía tan interiorizada que ni siquiera se planteaba el hecho de

encontrarse en un sistema remoto y presuntamente oculto. Lo había repetido tantas veces, le servía tan a menudo para librarse de piratas, que no se lo pensaba. Una capitana prevenida valía por dos.

Dos navíos medianos emergieron del espacio *computacionalmente no mensurable*. Después otro. Y luego bastantes más. Era una flota grande de naves de guerra pesadas, que empezaron a desplegar cazas de alerta en cuanto su entrada se estabilizó al límite del sistema. Formaron juntas, protegiendo los buques capitales con las fragatas y corbetas. Las comunicaciones alertaron de una llamada en abierto. Decidió contestar.

—Al habla el Alto Supervisor Barrick Hoffstein, a bordo de la nave de clase *Exterminio* designada como *Dragón Etéreo*. A todo el que pueda escuchar, se exige que responda por el mandato de la máxima autoridad confederada.

—Aquí el *Pétalo Danzarín*, corbeta corsaria. Capitana Dreston, al aparato. Me alegra oír su voz, Alto Supervisor.

—Ah, sigue con vida —El tono del agente se suavizó, perdiendo la oquedad y solemnidad iniciales—. Buenos días, o tardes, según mi reloj, capitana. ¿Lo tiene?

—Sí —Kiara quiso sentirse decepcionada, pero tampoco podía esperar nada más de alguien que la amenazaba para conseguir lo que quería—. Estamos en órbita alrededor del planeta. Necesitamos ayuda.

—Ya veo. ¿Cuál es la situación?

—Le recomiendo que nos suban a una nave grande y preparen el protocolo de cuarentena agravado y la enfermería. Hay heridos a bordo, en especial la agente Elisabeth Swarley, que se encuentra en estado crítico. Como tardarán un rato en llegar hasta nosotros, si quiere le puedo mandar el informe que tengo listo.

—Me encantaría. No se preocupe, vistos los mensajes iniciales teníamos prevista esa eventualidad. Nos encargaremos de… desparasitarlos adecuadamente. ¿Tienen alguna baja?

—Negativo, aunque en el planeta no hubo supervivientes.

—Una lástima. En fin, mándeme ese informe. La veré en un rato. Igual comenzamos con el *Protocolo Némesis* antes de abordarles, dado que es un proceso largo y requiere algunos análisis previos. Si quiere mirar, le recomiendo usar gafas polarizadas. Hoffstein fuera.

Esperó a que los confederados los atraparan en un campo de tracción antes de despertar a los demás. Estaban agotados tras recibir una dosis de la vacuna, incluso los Trevor. George tenía hasta agujetas debido al sobreesfuerzo, un pequeño mal que nunca antes le había visto padecer. Ella misma solo quería dormir. Pasó de ver el espectáculo dantesco de las naves bombardeando con fuego nuclear aquel mundo condenado.

Cuando descendieron a la pista, zarandeándose como zombis mientras llevaban a Eli en una camilla, el despiadado agente y sus secuaces los estaban esperando. Vestían todos trajes espaciales o de emergencia biológica, y el propio hangar había sido decorado con paneles de contención microbiana de la más alta gama. Estaban en un entorno estanco, con capas dobles y todas las medidas de protección que se podían comprar.

Se acercó, desmejorada, a un sonriente Hoffstein. Su armadura japoshi tenía ahora un casco transparente, así que el muy cabrito debía contar con un modelo balístico y también estanco. Le tendió una mano. No para saludarla, sino apuntando hacia arriba, esperando que le entregara la

maleta con los discos que sostenía en aquellos momentos. Miró durante un latido a los dos guardias armados que lo flanqueaban. Le asintió, entregándole la investigación de aquel planeta de mierda. Fuera lo que fuese.

—¿Lo leyó? ¿Y vio el vídeo?

—En efecto.

—¿Qué opina?

—Que alguien, que no somos nosotros dos, tiene problemas. Me va a acarrear mala fama, capitana. De blando. Me veo en la obligación de volver a felicitarla en público.

—Gracias. Tenga esto otro también.

Dreston descolgó del cinturón el estuche que contenía los viales de la cura sobrantes. El Alto Supervisor le endosó la maleta a uno de sus secuaces con una mirada de advertencia y lo tomó con ambas manos. Lo abrió, escudriñó el interior y amplió su sonrisa de postureo a una genuina. Luego lo cerró y ajustó de nuevo la temperatura. Debía conocer el mecanismo.

—Elisabeth Swarley tenía razón con usted. Excede sus competencias, en el buen sentido. Debo preguntárselo, a pesar de que sea obvio. Es la cura, ¿cierto?

—Así es. Le ruego que la cuide, porque no hay más, ni se podrá volver a sintetizar. Los datos que usara *Valeria*, la IA local, debieron desaparecer cuando *la entidad uno* destruyó sus servidores. No tengo ni idea de qué narices es.

—Lo averiguaremos y replicaremos, descuide —Barrick se colgó el contenedor con extremo cuidado—. Tiene usted mala cara.

—Antes de que sospeche, nos hemos examinado a nosotros mismos varias veces. Todos la utilizamos en cuanto pudimos. Los síntomas de la infección desaparecieron por completo nada más inyectarnos. La cura elimina el parásito, pero te deja agotado. En el caso de Elisabeth, le dimos dos dosis porque cuando conseguimos los viales, estaba ya inconsciente y febril. Espero que no hayamos hecho mal.

Un equipo médico echó a correr en cuanto Hoffstein los miró y asintió levemente. Les arrebataron la camilla a Teresa y Will, y se encaminaron hacia un cordón umbilical sanitario de color blanco que salía del hangar. El despiadado agente levantó una ceja.

—¿Qué tiene?

—Restos de esa cosa, necrotizados. La cura se los ha ido comiendo, pero creo que sacar algunas de las raíces más grandes requerirá cirugía. Soy bastante profana en medicina.

—Se extraerán, y se reparará cualquier daño médicamente curable. Le trasplantaremos órganos incluso, si lo requiere. Me he traído buenos profesionales.

—Le agradezco que no nos tire por la escotilla.

—¿Bromea? —Su interlocutor emitió una leve carcajada—. Estoy muy contento con usted. Por temas de protocolo la vigilaré durante una larga temporada. No le diré cuánto. Pero resuelve una crisis y destapa un problema allá a donde va. Ya le dije que es valiosa.

—Gracias. No piense que es por voluntad propia. Sospecho que el destino se ríe de mí.

—Mientras usted y su ángel de la guarda sirvan a la Confederación, no seré yo quien la arroje al espacio. Me han recomendado entre quince días y un mes de cuarentena para ustedes. Igual es

más. Se les estudiará y se les harán pruebas. También se les cuidará, se pagarán sus sueldos y una buena prima. Además, revisaremos su nave para asegurarnos que esa cosa no subió a bordo. ¿Está de acuerdo?

—Joder, sí. No tengo nada ilegal que ocultar. Registre a fondo lo que considere oportuno. Incluso mis cajones privados, me da igual. Solo quiero dormir.

—Muy bien. Le agradezco su colaboración. Puede retirarse a descansar.

—Una última cosa antes. Elisabeth.

—¿Qué pasa con ella?

—Creo, desde mi humilde punto de vista, que tendrá secuelas.

—Ya veo. Le preocupa que pierda su empleo. Olvídelo, es demasiado buena. Si por un casual sus capacidades motrices se ven mermadas, la sacaremos de las operaciones de campo. Temporal o indefinidamente, ya lo hablaré con ella. Hay puestos interesantes que puede desempeñar sin tener tanto estrés o desgaste físico. Y obviamente como la operación dependía de mí, la subiré de categoría.

—Sabe… creo que le he juzgado mal.

El rubio bajó la mirada. El gesto era condescendiente, casi habría dicho que divertido. Kiara, por su parte, estaba siendo transparente. A pesar de que necesitaba dormir con una urgencia absoluta, no quería que aquel tipo dejara de saber que estaba agradecida. Otro, en efecto, la habría usado y tirado. Sucedía con asquerosa frecuencia. Tenía tantos trabajos medio pagados o en reclamación, que le sorprendía que su misión suicida acabara bien.

—Al contrario. Si pensaba que soy un monstruo despiadado y cruel, tenía razón. Lo que pasa es que, a diferencia de muchos de mis colegas, sé que cuidar de las personas que me ayudan aumenta el aprecio hacia mí. Si colabora conmigo, soy su hada madrina. Si me molesta, soy la bruja malvada. Si me cabrea, me convierto en Lucifer. La agente Swarley me conviene, y usted también. Así que… ¿Qué otra cosa debería hacer?

—Aunque ese sea el caso, gracias.

Dreston le tendió la mano con gesto sincero. El Alto Supervisor miró a los lados un instante, como si le molestara la presencia del resto de los mortales. Luego hizo una leve negativa con la cabeza y volvió a sonreír. A Kiara le pareció que cada uno de los gestos de aquel hombre llevaba una connotación perfectamente medida y sincronizada. Finalmente, le estrechó la mano.

—Muy bien, acepto su cumplido. Ande, vaya a descansar. Tengo que dar un montón de órdenes para terminar de arreglar este desaguisado. Y luego me tocará presentar mi propio informe. Les hemos buscado una sala con dos miradores, de un par de metros por uno. Les dejaremos gafas polarizadas para que puedan ver como incineramos esa cosa.

Dreston decidió sonreír y asentir sin decir nada más. Una pequeña parte de ella deseaba sentarse ante la ventanilla y comer palomitas mientras el fuego atómico consumía a *la entidad uno* para siempre. Sin embargo, su pensamiento principal la señalaba como culpable mientras se retiraba a la enfermería. No podía evitar pensar que quizás la planta estaba en su derecho de odiar a la humanidad. Después de todo, ellos llegaron a *su* planeta, lo arrasaron hasta los cimientos y luego lo invadieron. Era lo que se hacía en cada proceso de terraformación, lo que había sucedido en los innumerables mundos que ahora ocupaba la humanidad.

Le retiraron la chaqueta y la descontaminaron con un líquido que olía a ozono. Luego la hicieron pasar a una cabina donde le pidieron que se desvistiera por completo y le dejaron una bata blanca tupida con la que cubrirse. Tuvo que esperar a ponérsela, porque al salir otras dos diligentes agentes de emergencia biológica la fumigaron desnuda. De nuevo.

Con la nariz arrugada por el pestazo y los ojos picándole, volvió a la última línea de pensamiento que tuvo antes de que los sensores pitaran.

¿Y si ellos eran la plaga? ¿Acaso no iban haciendo lo mismo que los *Cosechadores*, acabar con toda la vida que pudiera suponer una amenaza para la humanidad? ¿Qué pensarían otras razas inteligentes de su dudoso proceder? ¿Por qué consideraban que era mejor arrasarlo todo en lugar de estudiar si podían convivir con otras formas de vida? ¿Para evitar riesgos? ¿O porque resultaba más rápido y barato? ¿Se parecerían a los asesinos del sistema solar? ¿Al hombre del saco?

Unas enfermeras sonrientes embutidas en sus trajes estancos le dieron la bienvenida al pabellón médico, que separaba la zona masculina de la femenina con dos grandes cortinas, le mostraron su cama y el mirador. Le colocaron una vía, le extrajeron un poco de sangre y le preguntaron qué tal se sentía. Luego le dieron una tarjeta con las pruebas previstas para toda la semana, que eran una auténtica barbaridad. Ella preguntó por Eli y le dijeron que estaban todavía terminando su evaluación y planificando su microcirugía para extraerle los tallos grandes y muertos de dentro antes de que le causaran una necrosis.

La colocaron entre su primera oficial y Alessa, que ya estaba completamente dormida en la mullida cama de enfermería. Quedaba otro hueco nada más entrar para colocar a Swarley. Teresa le sonrió, desmejorada, con un libro digital en las manos. Menos mal que salió casi indemne aquella vez, porque todavía arrastraba cosas de la paliza que le dieron las lobas de Lydia. Esperó que este nuevo paso por el hospital le ayudara a acabar de curarse. Decidió que luego iría a ver a los chicos, aunque seguramente se encontrarían en mejores condiciones que ellas. George por su naturaleza, y los Trevor por haber estado entre poco y nada expuestos.

Vio un resplandor por el mirador, y corrió una cortina de inmediato sin mirar al exterior. Sonrió al escuchar a Will decir *arde, maldita cosa, arde* y luego reírse como si fuera un supervillano. En fin, su hermano de pega tenía un humor especial.

Se tumbó en la cama, miró a sus compañeras y cerró los ojos. A pesar de la prístina luz blanca que lo iluminaba todo, tardó menos de cinco minutos en quedarse dormida. Soñó con sus fantásticos motores direccionales de proa. Y luego con el idiota de Will estando drogado por la medicación y riéndose de la palabra *direccional*. Dentro del sueño, también le hizo gracia.

Alessa, por el contrario, tendría pesadillas por no poder reportar lo sucedido a tiempo. Y porque, en el fondo, temía que Hoffstein fuera lo suficientemente capaz como para dar con la copia ilegal que había guardado. Su escondite secreto estaba bien enterrado en la nave, pero no sabía si tanto como para escapar a su escrutinio.


CARGANDO

La sombra que vigila al vigilante

Barrick Hoffstein abandonó su característica sonrisa de suficiencia en cuanto entró en la sala de comunicaciones privada de su nave. Al fondo, a través del mamparo polarizado, podía ver las explosiones atómicas que ya estaban desestabilizando el mundo.

Se acercó al ventanal, pasando frente al escritorio con las manos enguantadas en la armadura Japoshi cruzadas a la espalda. Algo se retorcía en sus entrañas al contemplar el macabro espectáculo de la muerte de un planeta. No era lo mismo que se hacía al terraformar, estaban lanzando armas nucleares contra puntos estratégicos de la corteza para causar terremotos, anegando con radiación letal cada milímetro cuadrado de la superficie. Ya disuelta la tormenta por culpa de los impactos, esa cosa no podría defenderse. A aquellas alturas estaba convencido de que la habría desatado de alguna forma incomprensible. Incluso llegó a creerse que la tromba de agua que figuraba en el informe de Dreston era obra suya.

Un fogonazo especialmente grande alejó su línea mental de la idea de que un vulgar hierbajo fuera capaz de controlar el clima de una forma esotérica. Conocía a un par de lunáticos que disfrutaban con esa actividad, se deleitaban con el poder de un dios castigador que empuñaban a la hora de aniquilar. A él no le gustaba. Lo detestaba, de hecho. Era la segunda, y deseó que última vez que le tocaba hacerlo. Ordenar desde un puente y sentarse a esperar era lo fácil.

Pero él no era así. Se obligaba a mirar, a grabar en su memoria portentosa cada detalle de lo que hacía. Igual que siempre esperaba el máximo de todo el mundo, se lo exigía a sí mismo. Tener que emplear entre cientos y miles de gigatones de potencia para aniquilar cualquier esperanza de que un planeta fuera habitable era el mayor y más rotundo de los fracasos. Se hacía poco, aunque eran más veces de lo que la gente se podía imaginar. El proceso de transformar un mundo se medía con mucho cuidado, era una ciencia exacta en la que el menor error llevaba al desastre. En un símil, se parecía a la repostería. Se ponía mucho esmero y mimo en hacer las cosas bien.

En aquel lugar la negligencia fue tan flagrante, tan exagerada, que le costó creer que no fuera a propósito. No se repitió la purga biológica. No se controlaron la fauna y flora locales. Ni se tomó una muestra previa al proceso. Se dejó sin vigilancia ulterior. Tampoco se esperó la cuarentena. Era como si su clienta, por llamarla de algún modo, hubiese decidido acelerar el proceso a costa de la seguridad.

Hoffstein era plenamente consciente de la cantidad de vidas perdidas. Aún quedaba en su alma un pequeño resquicio de humanidad y compasión que se consternaba al pensar en las personas exprimidas como si fueran cítricos. En su sangre goteando para ser absorbida por unas raíces sedientas de venganza. Joder. La *entidad uno* era una mente colmena. Una criatura Gestalt. No era solamente el dinero tirado, el tiempo malgastado. El progreso perdido.

¡¿Qué clase de horror hubiera escapado de ahí?! ¡¿En qué se convertiría una criatura así si un solo brote empezaba a reproducirse sin control a través de sectores enteros?!

Cualquiera de sus semejantes lanzaría el *Pétalo Danzarín* contra la estrella Whindak sin dudarlo ni un instante. Lo quemaría junto a su tripulación en el fuego nuclear del sol local sin remordimientos con tal de que el ser indestructible al que estuvo expuesto no escapara. Pero él no. Tenía principios. Quizás unos retorcidos y desagradables, aunque ahí estaban.

Mantendría a los corsarios en cuarentena el tiempo que hiciera falta, los estudiaría, les haría

cuantas pruebas fuesen médicamente posibles. Les cambiaría el aire cien veces, fumigaría su nave con todos los venenos existentes y algunos que se inventara. La desarmaría tornillo a tornillo para asegurarse de que no se cometían errores. Luego la rearmaría, la desinfectaría aún más, le sacaría brillo y se la devolvería.

Su misión, al fin y al cabo, era proteger la confederación de los males internos. O externos, si se daba el caso. Y tenía en su agenda a una mujer llamada Kiara Dreston que había evitado no uno, sino *dos* malditos eventos de extinción con sus acciones… en los últimos veintiséis meses. Era una joya, un auténtico tesoro que debía supervisar. No sabía exactamente qué era lo que la hacía especial. Pero su inteligencia por encima de la genialidad le decía a gritos que no la dejara escapar.

Sus pensamientos volvieron a su clienta, y su estúpida empresa. Por no tener cuidado arruinaron una Nueva Tierra, un mundo jardín que podría haber albergado miles de millones de almas. Si cada imbécil con prisas hacía lo mismo, su agencia necesitaría doblar la plantilla de forma inminente, y en algún momento tendrían que irse a la galaxia de al lado. Esa actitud era intolerable, incluso para una mujer tan poderosa. Ciertas líneas rojas, las que podían causar la desaparición de la humanidad, no se traspasaban. Nunca.

Conocía de primera mano muchas de las operaciones de los Cruzados de las Estrellas. Si bien el gobierno jamás admitiría darles libertad, su propia agencia lo hacía con frecuencia. Muchas veces dejaban hacer a los *Concordianos*, a las tropas regulares y a las fuerzas especiales de la Flota. En ocasiones incluso los orientaban un poquito en la dirección que les venía bien. A los autoproclamados herederos de la Tierra les gustaba ir a su aire sin dar explicaciones y a ellos no tener que pagar a las empresas que resultaran damnificadas, porque el fondo de compensación de amenazas exteriores era una nimiedad comparado con el de los daños. Una relación cordial beneficiaba a ambas facciones.

Incluso los Cruzados entendían la gravedad de los eventos de extinción. No se ponían a jugar con cosas que no controlaban, ni les conocía más negligencia que la del programa *Helios*, que ellos mismos estaban tratando de solucionar con una considerable cantidad de recursos. Y con el que, sorpresa de nuevo, Dreston se cruzó.

Pero luego, había empresas que o no captaban lo inmensamente peligroso que resultaba ignorar las prohibiciones acerca de la xenología y las terraformaciones, o directamente les importaba una mierda. Joder, es que, si no fuera *ella*, despedazaría su empresa y la tiraría a los *metaperros*.

Aún no se creía lo de la petición de la muestra. Era tan absurda, tan ridícula que le dieron ganas de liquidarla empleando su poder. Tiraría el esfuerzo de muchos años a la basura, quemaría su legado para siempre. Lo matarían, seguramente después de darle un escarmiento peor que el que él aplicaba a los traidores y corruptos. Y, a pesar de ello, sintió que merecería la pena.

Fuera, el bombardeo continuaba. Se estaba formando una inmensa grieta magmática del tamaño de un continente, de la que salía un vapor interminable por culpa del mar que se filtraba al interior. Golpeaban la fisura sin misericordia, usando las naves de misiles más grandes, mientras el resto de los buques de la flota buscaba puntos no irradiados y los saturaba con más y más armamento nuclear.

La factura de aquello sería astronómica, inmensa, tan demencial como la destrucción que causaban. Con un poco de suerte, provocaría la quiebra técnica de la jodida empresa de su

clienta. Lo deseó con tanta fuerza que le costó darse cuenta de que le crujían los nudillos al apretar los puños.

Ya estaba. El manto empezó a desestructurarse, el contraalmirante ordenó la retirada y los buques encendieron la propulsión para alejarse. La atmósfera colapsó, los gases ardieron y comenzaron a huir del núcleo desestabilizado. El condenado Whindak II quedó a su derecha, apartándose lentamente de su arco visual hasta desaparecer por completo. Sumido en sus pensamientos, Barrick Hoffstein siguió mirando al espacio infinito con el ceño fruncido. Pronto, en cosa de un par de días, el núcleo expuesto desgarraría la corteza con su propia rotación y sería el fin.

Seguro que sus ancestros aplaudirían llenos de orgullo desde el más allá. El destructor de mundos, el arcángel exterminador, el revienta planetas. El mayor gilipollas de la historia de su augusta familia. No tenía amigos. Ni apego. Su asiento era el de un oficial en la completa soledad de la nada, con tan solo unos cuantos subalternos de confianza y una miríada de enemigos y rivales esperando para destrozarlo.

Tendría que dar explicaciones, convencer a los otros supervisores del peligro que detuvieron. Sabía que el frasco era irrompible y, aun así, no esperaría a que uno de sus pares lo viera en persona antes de aniquilarlo. No, no permitiría que nadie tuviese la oportunidad de ponerle las manos encima. Especialmente *ella*. Mentiría.

La llamada que esperaba llegó al fin. Miró el reloj analógico de la pared, una reliquia con trescientos años de antigüedad que atesoraba para que le indicara el paso del tiempo. Llevaba casi una hora esperando, divagando. Un periodo inmenso, demencial, para una mente privilegiada como la suya. En circunstancias normales, sin una aniquilación planetaria y un evento de extinción mediante, se habría aburrido hasta el punto de hacerse daño a sí mismo. Para entretenerse.

Justo ese día, tenía que confesar que la introspección se le hizo corta.

Pulsó el botón del antebrazo y la mujer apareció ante él. Una señora morena de pelo recogido en un moño, con unas gafas cuadradas y una bata científica. Sus ojos eran fríos a pesar del color castaño, tanto, que incluso a un depredador alfa como Hoffstein le daba mala espina. Era su clienta, una de las accionistas mayoritarias de la empresa *MenteCorp*. Su poder en la Gran Cámara de Comercio era inmenso, no por tamaño, sino por la influencia y favores que poseía. De algún modo que se le escapaba, la doctora Carsson encontraba justo lo que los demás necesitaban. Y eso era lo que vendía su multiplanetaria. *Servicios a medida*. Tanto proyectos como favores.

—¿Y bien?

Frunció el ceño. Ni siquiera se dirigía a él con respeto, que era lo mínimo que podía exigirse entre dos personas de alto pedigrí y buenos modales. El dinero joven siempre estaba tratando de exhibirse, de mostrar sus galas. El viejo, como el de la familia de ambos, basaba su clase social en mantener los modos. Hasta, la mayor parte del tiempo, con los pobres como Dreston. Que comenzara una conversación sin saludar, preguntarle por él e interesarse falsamente por alguna nimiedad era un gigantesco insulto. Tanto para él como para ella misma.

Hoffstein detestaba a la gente a la que no le importaba dañar su propia imagen a conciencia. Y mucho más, a la que causaba estragos en la reputación o las formas de los suyos.

—Buenos días, doctora Carsson. Me alegro de verla, parece usted menos preocupada que la

última vez. ¿Qué tal sus proyectos?

—Ahórrese sus protocolos sociales esta vez, Hoffstein. ¿Tiene mis datos?

Excelente. Eso hacía que pudiera golpearla sin más. Un caballero de verdad nunca empezaba una pelea, salvo que mancharan su honor. Sonrió de oreja a oreja, dejando ver con su expresión que no estaba nada feliz.

—Me *mintió*. Sabe que tenemos pocas reglas que no se pueden incumplir en el *Inframundo*. No se habla de lo que hacemos. No se preguntan los porqués. Ni el quién, ni muchas veces el cuándo. Mandó una misión de rescate después de que sus colonos le advirtieran de lo que les estaba atacando. Me parece bien que tomara sus propias cartas en el asunto, pero no me dijo a qué me enfrentaba.

La siniestra mujer le devolvió la sonrisa. A pesar de que Barrick era un sujeto con una resistencia mental portentosa, lo descentró. Era perturbadora, mucho más que él mismo cuando lo pretendía. No comprendía como una empresaria, por poderosa que fuera, era capaz de superar sus años de adoctrinamiento y entrenamiento.

—¿Hubiera desencadenado el *Protocolo Némesis*, sin más?

—Sabe que sí. Es mi obligación proteger a la humanidad de esa clase de eventos. Sus datos no valen más que nuestra especie.

—Entonces, ¿por qué me hace perder el tiempo con preguntas implícitas cuya respuesta conoce?

Él frunció el ceño, liberándose por fin de la presión de la sonrisa.

—Porque quiero que me diga las cosas a la cara. Le debía un favor, me pidió esto y he cumplido. Tengo sus archivos. Y también a una buena agente en la enfermería, en estado crítico. Le anticipo que la factura por esto será inmensa.

—No se preocupe por lo último, tengo un fondo de reserva para estos casos. En cuanto a su chica de los recados… me importa una mierda. Sin respeto ninguno. Es su juguete, no el mío.

—Igual que los científicos, ingenieros, soldados y pobres civiles a los que esa cosa se comió. ¿No?

La sonrisa de aquella arpía se ensanchó.

—¿Se está volviendo sentimental y débil, Hoffstein? —se burló—. Me parece que durará poco en su puesto si es así.

—Se equivoca radicalmente. Ha violado una cantidad inmensa de leyes con lo que ha hecho aquí. Y, sobre todo, ha expuesto a la humanidad a un peligro equiparable a los *Fkashi*. Así que someteré el caso a mis pares. Es posible, incluso creo que probable, que se salga con la suya. Pero la expondré de todas formas. Me da igual.

—Es seguro que lo desestimarán. No conseguirá nada.

—Quitarle unos cuantos de los favores que le deban.

—De acuerdo, logrará esa victoria pírrica. Y enemistarse *conmigo*.

Hoffstein no desvió la vista a pesar de que lo *necesitaba*. Si lo hacía, ella lo interpretaría como un gesto de terrible debilidad y estaría acabado. Le dolía la cabeza, el cerebro, al mantener esa mirada de cabreo. Perfecto. Eso validaba su teoría. Vació la mente, tal como practicó durante

meses. Iba a darle la vuelta a aquello, ahora que tenía lo que quería.

—Muy bien, le pido disculpas. Quiero seguir a buenas. Entienda que el nivel de amenaza y el destino de su personal me moleste. Fue una negligencia.

—Espero que no insinúe que por mi parte.

—Eso depende. ¿Estaba informada sobre los detalles del proceso de terraformación?

—No. Es una tarea vulgar, de la que solo pedí tiempos. No me insulte.

—En ese caso, la requiero para que encuentre y castigue al responsable, porque hay que informar del uso del *Protocolo Némesis* y de las causas que lo motivan. Estoy obligado, no se puede ocultar. Así que me callaré su mentira y las negligencias observadas, aceptando su versión oficial. Consideraré que el segundo gran favor que le debo queda anulado. Venderemos un desgraciado accidente, el de una especie que evadió todas las cuarentenas. Como los *Fkashi*.

—No está en posición de exigir.

—Usted se saltó la regla de no mentirme. Cárguese al responsable y muéstreme las pruebas. Con eso quedaremos en tablas. Es un trato más que justo, dado que tengo sus archivos.

—No intente chantajearme o se arrepentirá.

La voluntad de hierro de Barrick se tambaleó cuando su interlocutora lanzó su temible amenaza. Estaba claro. Mantuvo la mente vacía de su sospecha, centrando sus pensamientos en lo mucho que le cabreaba la pérdida del planeta, de los recursos y las vidas. Funcionó.

—Es usted muy duro de pelar, Hoffstein. Lo respeto por ello. —Espacio, el doble sentido era como un maremoto convertido en palabras—. Muy bien, acepto. Ejecutaré al encargado de la terraformación y quedaremos en paz usted y yo. Deme mis datos. Estarán intactos, ¿verdad?

—Solo hay dos copias por motivos de redundancia, en discos de la agencia. Comprobadas y completas. Ambas están en mi poder.

—Impresionante. Muy impresionante. Si no he entendido mal su informe, su gente sobrevivió al contacto con la criatura y cumplió la misión. Una sola agente en estado crítico me parece poca cosa. ¿A quién envió?

—Tiene sus secretos, y yo los míos. Para usted, son el equipo *Némesis*.

Carsson rio con crueldad.

—Muy apropiado. Igual se los vuelvo a solicitar en otra ocasión. ¿Consiguió una muestra?

—No. Mis agentes fumigaron la nave antes de despegar. La IA de la base les dio una lista de compuestos letales para la criatura, y emplearon uno que les sintetizó la propia *Valeria* en el laboratorio. Esa paradita les salvó la nave, seguramente. Quizás incluso haya evitado la pérdida de la mía.

—¿Y ellos?

También pensaba guardarse el antídoto.

—Traje espacial estanco. La agente herida sufrió politraumatismos y daños internos por una caída grave que no le causó fugas. A los demás no los hirieron. Ni un leve rasguño. Son muy buenos, doctora. La élite. Por eso los mantengo cerca de mí. Tiene lo que quería, y yo salgo un poco mejor parado de lo que esperaba. ¿Seguimos en términos cordiales, pues?

—Por el momento. Proteja esos discos o le juro que tendrá un gravísimo problema.

—¿Necesita algo más, doctora?

—Sí, pero no está en su mano conseguirlo.

—Entonces, le deseo que pase buen día. Espero saber de usted pronto.

La otra cortó la comunicación sin contestar. En cuanto estuvo seguro de que estaba solo, bloqueó cada señal saliente de la sala, y cerró la puerta y el mamparo. Luego, prácticamente cayó al suelo cuando las piernas le fallaron. Joder, la cosa iba cuesta abajo. Le dolía terriblemente la cabeza, tenía náuseas y sus músculos estaban peor que cuando corría media maratón para entrenar.

Estuvo así un par de minutos más, y en cuanto pudo levantarse, cojeó hasta el mullido sillón de su escritorio. Se dejó caer sobre él sin cuidado, encendiendo el ordenador con un comando de voz. Introdujo las cuatro contraseñas sucesivas en un abrir y cerrar de ojos, y accedió a las solicitudes internas. Etiquetó la muestra *Whindak II-A* para su destrucción, programó la hora y certificó que la llevaría él mismo.

Sacó el pequeño recipiente de cristal del aparejo táctico de su armadura y lo sostuvo entre él y la iluminación de la pantalla. Completamente sellada de forma irrompible, la pequeña raíz se retorcía intentando atrapar sus dedos. Lo que le dijo a Carsson era falso, la limpieza exhaustiva aún se ejecutaba en su propia nave y esa pequeñaja casi se cuela adherida al traje de uno de los operadores. Menuda cabrona, le obligó a pedir una esterilización tan profunda de la corbeta que era textual que estuvieran desarmándola tornillo a tornillo. No pasaba nada, sus mecánicos eran tan buenos, que clasificaban las piezas y las volvían a colocar en el mismo sitio exacto en el que estaban. Los corsarios, de notar algo, sería que las cosas funcionaban mejor.

Bufó pensando en que, metiendo aquella capsulita en el fuego, condenaba a una especie inteligente a la extinción. La ínfima punzada de culpabilidad desapareció en cuanto imaginó lo que una víbora como Carsson haría si le ponía las manos encima. No. Ya había exprimido personas. Que se jodieran la planta y ella. Volvió a colocarla en su bolsillo.

Luego sacó un disco óptico y lo conectó a su equipo. El proyecto Ajna se desplegó ante él, cifrado y sellado. Se pasó la mano enguantada por la cara un par de veces, dudando. Solo tenía una forma de demostrar su teoría, y era esa. Ordenó a su equipo volcar los datos locales en los servidores centrales de la nave, y cuando el proceso terminó apenas unos segundos después, cerró las comunicaciones, aislándolo de la red. Luego ordenó que se descomprimieran todos los ficheros.

Hoffstein no temía cometer ese delito porque esa copia que tenía oficialmente no existía. Por supuesto, su gente encontró el alijo de Alessa Fourier, íntimamente enterrado en las entrañas de la nave. O de quienquiera que fuese. Descubrieron su equipo oculto, su ordenador personal de cadera y los múltiples discos de datos.

Sonrió al pensar la suerte que tenía. Ahora que sabía para quién trabajaba y que pasaba información, poseía otro activo muy interesante. Aun siendo extremadamente inteligente para mantener su tapadera, podría chantajearla llegado el momento o, incluso mejor, colarle datos falsos para que se los metiera por la garganta a sus jefes si lo necesitaba. Y, ya dispuesto a prender fuego a esa mujer, podía dirigirse directamente a ellos y pedirles explicaciones de forma diplomática. Eso solía acabar en concesiones interesantes. Se callaría, dejándola creer que se había salido con la suya.

El pensamiento le puso de buen humor. Qué cabrones, qué bien jugaban. Era una pena, para ellos, que Hoffstein fuera todavía mejor.

Por supuesto, copió cada bit de información de Fourier, sin dejar ni la menor huella de la operación. Buscaba el premio de una tercera copia, y la encontró. No pensaba sancionar a Dreston o a su tripulante, al contrario, le venía de perlas que aquella farsante fuera codiciosa. Ahora disponía de los datos de Carsson, libres de seguridad y vigilancia. Y encima, como premio extra, encontró los archivos del *Sendero del Cielo* y de otras operaciones en las que esa sucia traidora se la jugó a la capitana. La única contrapartida era que tendría que proteger a la corsaria si la otra trataba de eliminarla. Pero eso, a su vez, haría que esta le debiera un favor.

Sonrió. La situación era… interesante.

Por descontado, analizaría los datos en persona, sin contarle nada a nadie. Si encontraba algo útil se lo guardaría como as en la manga para el día que lo necesitara. Su vida funcionaba así. Finalmente, rio entre dientes. Gracias, señora *Fourier*. Lo único que no pudo averiguar fue su verdadera identidad, y ni falta que le hacía. Sabía *qué* era, y eso bastaba.

La descompresión terminó, y los datos del proyecto Ajna desfilaron ante sus ojos. La explicación a los horribles experimentos humanos de Carsson que Dreston ya le grabó con su patente, las conclusiones de sus científicos, lo que andaban buscando. Le sorprendió, desde luego, aunque vino a confirmar su teoría sobre la propia doctora. Quería encontrar *semejantes*.

—Ay, ramita, ramita —Su frase condescendiente se refería al horrible monstruo de su bolsillo —. Tu mundo estaba condenado desde el principio. La arpía que lo terraformó violó todas esas leyes y protocolos pensando en destruirlo cuando se cansara de jugar con él. Claro que era consciente de lo que hacía el tipo al que se lo encargó. Imagino que nuestra *amiga* eligió Whindak II porque era fácil de convertir y tenía prisa por acabar su proyecto. Alguien ha sido una empresaria mala. Muy, muy mala. Pero no te preocupes, porque esto no quedará así, te lo aseguro.

Terminó de leer los detalles y ordenó al equipo un formateo de superficie del almacenamiento local. Sacó los discos y se los puso bajo el brazo. Tras desbloquear la entrada, salió silbando, interrumpiendo la tonadilla solo para pedir nuevo almacenamiento secundario al agente que siempre tenía en la puerta de la sala.

Iba a joder viva a Carsson, por mentirosa y maleducada, en cuanto reuniera a los enemigos que seguramente tendría. Alguien con semejante poder y unos planes así, era un peligro enorme para la Confederación. La doctora tenía la mala suerte de que Barrick Hoffstein se tomara muy en serio su trabajo de proteger la Gran Cámara de Comercio. Incluso de sí misma.

Pero antes de empezar, tenía que pasarse por la incineradora. Con los datos almacenados en su memoria casi perfecta, ya no los necesitaría nunca más. Siendo de origen ilegal, no le servían como pruebas. El último esqueje de *la entidad uno* no sería lo único que el fuego mandaría al olvido.

Un fantasma entre nosotros

Una aparición muy escurridiza

El calor de la mañana era sofocante, mucho más debido a la humedad que levantaba el sol cerca de la costa. Olía a sal, a mar. La brisa dispersaba la peste de los canales estancados que corrían entre las casas, que parecían competir unas sobre otras por lograr acercarse a la orilla. No a la playa, allí no tenían de eso, sino a los puertos marítimos en torno a los cuales giraba la economía local. Eran la fuente principal de alimento, junto a los bienes que llegaban de otros planetas.

Kiara resopló. De entre todas las cosas que esperaba que pudieran pasar cuando firmó que transportaría una caja de un mundo a otro, acabar persiguiendo a un *fantasma* era de las últimas de su lista. Claro que, visto el rumbo que llevaba ya su carrera profesional, ¿Por qué le sorprendía algo así? ¿Acaso alguien, tras leer su currículum, se extrañaría de que hubiera terminado aceptando un encargo secundario de semejantes características?

El *fantasma* en cuestión era un ladrón. Uno de esos que vivía a medias entre el mundo real y la leyenda, que planeaba golpes maestros y los ejecutaba dentro de un compás magistral. Tenía su centro de operaciones en el planeta Nados II, en el que se encontraban, que era un mundo *pivote,* situado en medio de una gran vía de comunicaciones del Cuarto Anillo. Mientras otras urbes crecían a lo alto, la de aquella *supertierra* decidió hacerlo a lo ancho, creando una barriada de entre dos y tres plantas que abarcaba el tamaño de un continente. Del único de aquella roca oceánica salpicada de islas y archipiélagos costeros abarrotados. El mapa planetario era muy curioso, como si alguien hubiera puesto una galleta en un tazón de leche y esta se deshiciera.

Nados-C, la macrourbe, era un sitio esencialmente hospitalario, gregario y culturalmente abierto. Empezó a crecer en torno a sus puertos marítimos y estelares, desarrollándose desde la costa hacia el interior de estepa polvorienta, hasta que dejó de tener espacio disponible y su precaria agricultura se extinguió. Su organización se basaba en la vecindad, no en las empresas, que procuraban esquivarlo debido a lo complicado que resultaba abrir una sede en mitad de la anarquía imperante.

Se le presuponía un *alcalde* a aquella megalópolis desordenada, aunque era un cargo meramente nominal de un político que habitaba en la única luna, como los demás ricos dignos de tal nombre. A pie de calle, la ley la dictaba la costumbre, la justicia la decidían los más ancianos, y a los criminales se los linchaba o exoneraba en base a su opinión. En muchas ocasiones, por lo que tenía entendido, los veredictos se ceñían más al testimonio de una vecina cotilla que a los hechos reales. Por supuesto, aquello ocasionaba inmensas rencillas entre barrios o conglomerados de los mismos con los adyacentes, pero siempre procurando evitar males mayores para que el mundo no se convirtiera en un inmenso campo de batalla.

Supuso, mientras esprintaba, que por eso mandaban los viejos. A medida que ella misma iba ganando años, se daba cuenta de que muchas peleas no merecía la pena ni siquiera empezarlas. El orgullo, el ego y la soberbia eran pésimos consejeros. Lo mejor solía ser darle el último punto al imbécil que fuera, y estar en guardia para que no se la volvieran a colar la próxima vez.

No le resultaba difícil imaginar que cuando tienes ochenta años mal llevados y estás hasta las gónadas de la existencia, lo último que necesitas es que llegue tu nieto o bisnieto a decirte que va a rajar al matón local porque le ha robado el bocadillo. En tales ocasiones lo más práctico es

calmar al crío, ir directamente a la madre del ladrón, avergonzarla en público por semejante hijo y dejarla hacer a ella.

Sonrió al rememorar algunas broncas de su propia progenitora. Aún la recordaba, vagamente, en ocasiones de cariño o de regañinas que sin duda se mereció. A veces pensaba en ella, en su padre y su hermana. En esa vida que perdió hacía una eternidad, y que el tiempo iba extrayendo lentamente de su memoria. ¿Llegaría a olvidar sus rostros por completo? ¿A no recordar ni el último abrazo que le dieron antes de que los mataran?

Negó para sí. Concentración.

Suspiró, ajustándose la codera derecha en mitad de la carrera. Estaba en forma, mucho más después de las dos semanas de cuarentena en las que no tuvo literalmente nada que hacer. La recuperación completa de los efectos de la *entidad uno* les llevó a Teresa y a ella casi un mes, y a Alessa otras tres semanas más. A los chicos les bastó una sola, por fortuna. Hoffstein fue increíblemente metódico, delirante en muchos puntos. Pero no podía quejarse, porque los dejó nuevos. Y el *Pétalo Danzarín*, después de pasar por sus manos, parecía otro.

Eli, por su parte, seguía en recuperación incluso en aquellos momentos. Con pronóstico reservado, al tratarse de una agente del gobierno, pero visiblemente mejor. Hablaba con Teresa casi a diario, con una conexión militar autorizada por su nuevo jefe, durante más o menos media hora. Se la veía bien, aunque en una ocasión les dejó caer que al final sí que tendría que abandonar las operaciones de campo en favor de un trabajo de oficina. Le daba en la nariz que casi lo agradecía, vistos los peligros a los que se enfrentaba su agencia de forma habitual.

La única parte mala que tuvo salvar a la humanidad, al menos según el Alto Supervisor, fue que se *aburrió* mientras Fourier recibía el alta definitiva. La contrapartida, bastante buena, fue que todos tuvieron ocasión de apuntarse a un programa físico dirigido por un preparador del CECI[1] que el médico les recomendó para que no perdieran la forma. Y vaya clases que les dio el susodicho.

Gracias a aquel entrenamiento infernal, propio de un lunático pasado de drogas de las chungas, ahora podía seguirle el ritmo a su objetivo. Joder, el tipo consiguió que George se *agotara*. Siguieron sus consejos al pie de la letra durante los meses posteriores de forma estricta, y de repente se dieron cuenta de que su resistencia al cansancio mejoraba de manera notable. Cuando hacía falta fondo físico en un trabajo, los cuatro jóvenes de la tripulación lo tenían.

Pasó por encima de una celosía que su objetivo derribó, rodó por el suelo y se puso en pie sin ningún problema. Armada solo con una pistola, su agilidad aumentaba una barbaridad. Je. Spothos habría alucinado si se hubiese enfrentado a él en semejante estado de concentración y paz interior. Las carreritas parecían una constante en los últimos tiempos, la verdad. Pero aquella en particular, tenía… cierto encanto.

Llegó al borde del edificio y saltó. Voló, caminando en el aire, dos metros hasta alcanzar el balcón de enfrente, a cuya barandilla se enganchó con un campanazo a metal. Estirando los antebrazos, se impulsó lo suficiente como para poder pasar las piernas por encima. Atravesó una puerta derribada, cruzándose con los dueños de la vivienda que señalaban el punto por el que el *fantasma* se largaba. Le dijeron que lo atrapara de una vez y le diera su merecido. Nop, no era alguien querido.

Atravesó la ventana sin cristal, cayendo al pequeño jardín de una azotea, y continuó corriendo. Recordaba las palabras como si fuesen letras de fuego: *Sé constante, mantén la respiración.*

Sigue al objetivo sin prisa, siempre que no lo pierdas. La humanidad es corredora de fondo, no de velocidad. Evolucionamos para matar a nuestras presas por agotamiento. Funcionaba. Joder. Pues sí que era bueno el preparador. No le extrañaba la forma física que tuvo Eli antes de lo de la *entidad uno,* si entrenaba con aquellos energúmenos.

Se sintió mal. Pobre. Ojalá recuperase del todo la movilidad de la zona lumbar, que fue la que peor parada salió.

El tipo derribó prácticamente entero el tenderete de un tejado que se sostenía con palos. La tela quedó flotando al viento ante ella, dificultándole el movimiento. Tuvo que saltar contra el muro de al lado, impulsarse con las piernas y regresar al borde de su propia azotea. Sí. Aquel movimiento le pareció magia cuando se lo mostró el entrenador la primera vez, y fue el que se molestó en repetir cientos de veces hasta que le salió. Una vez superadas las agujetas, era apoteósico poder usarlo con cierta fiabilidad.

Se encontró una pared, porque la casa de enfrente era media planta más alta que la sucesión de tejados que iba recorriendo. La escaló con cierta maña, agarrándose a las vigas de madera que sobresalían del ladrillo, y ganó la siguiente azotea. Los músculos empezaban a agarrotársele. Estaba en mejor forma que antes, ciertamente, pero el *fantasma* seguía siendo un acróbata y ella no. Quizás el preparador-hechicero que les encasquetó Hoffstein habría sido capaz de cazarlo en aquel plan, pero a Dreston le resultaría imposible. Si no se equivocaba, se acercaban a un puerto marítimo cercano, desde el que le dijeron que aquel tipo escapaba en ocasiones.

¡Justo!

Se encontró un corte en la línea interminable de viviendas de poca altura cuando llegó al otro borde de la planta. Un río se interponía en su camino, así que o el tipo saltó o… mierda. Vio la gruesa maroma fijada a una chimenea, que recorría el cauce tiñoso de diez o doce metros de ancho hasta la segunda planta de una casa al otro lado. Su contrincante iba ya por más de la mitad, y si llegaba demasiado rápido, podría cortarla. Se imaginó que la caída no sería letal, pero no le apetecían ni unas cuantas fracturas graves, ni un chapuzón en el agua fecal que se vertía al mar a través de los cauces de aquel planeta.

Lo decidió en una fracción de segundo. Si bien no le atraía lo más mínimo dañar la funda de la espada de su padre adoptivo, tampoco quería que toda la maldita carrera no sirviera para nada. Se quitó el cinturón con una presteza impresionante, se lo colocó alrededor de una muñeca antes de agarrarlo, lo pasó por encima de la maroma y repitió el proceso con la otra mano. Saltó al vacío.

Dreston nunca había usado una tirolina. Esa actividad no formaba parte de ese increíble elenco de cosas locas y raras de su vida. Habiendo sabido lo asombrosamente rápido que se deslizaría y lo mucho que le dolerían los brazos por hacer semejante despropósito, se lo habría ahorrado. La llamaron en medio del trayecto, mientras el *fantasma* la miraba patidifuso y ella gritaba a punto de estrellarse. Descolgó golpeándose en el hombro con la oreja. El objetivo tiró el cuchillo al suelo y huyó.

—¿Ya?

—¡¡Lo tienes casi a tiro, que no se escape!!

—Vale.

La otra vivienda se le echó encima mientras todavía le estaba dando un infarto, y no se estampó contra la pared a la que su objetivo había atado la maroma prácticamente de milagro. Su

instinto de autopreservación la hizo soltarse, cayendo de rodillas y rodando por el suelo. Crujió por varios sitios. Por suerte, llevaba puestas todas las protecciones recomendadas por un profesional de las *carreras de azoteas* de Nados II, perfectamente ajustadas en los lugares correctos. Sí, tal cual, el deporte local consistía en ir brincando por los tejados sin matarse, y el *fantasma* resultaba ser el puñetero campeón absoluto de esa disciplina no colegiada. Se levantó solo con un diminuto raspón en la frente, que se hizo al rozarse con una insidiosa chinita que se interpuso en su camino.

Le dolía, eso sí, hasta el apellido. Dreston. Ay.

Continuó corriendo, o más bien cojeando. Veía a su objetivo ya tres casas por delante, a punto de alcanzar su meta. Sabía que al final de esa hilera alguien había apilado unas inmensas bolsas de ropa destrozada y llena de bichos, que nadie en su sano juicio se arriesgaría a mover. Su red de cotillas ciudadanos, puestos de acuerdo para atrapar al *fantasma*, le pintó un mapa con todas las pistas que tenían de él. Y aquella le llamó poderosamente la atención. Fue un acierto apostar tan fuerte por ese lugar. Estaba al lado de un amarradero viejo, que coincidía con la dirección hacia la que escapaba el *fantasma*.

El otro tomó impulso, esprintando para saltar por la valla doblada de la casa abandonada en la que terminaba el barrio encaramado al cabo marítimo, dispuesto a aterrizar en su mullido colchón para zumbados que corrían por las azoteas. De repente, algo sucedió.

Emergido de ninguna parte, un inmenso y musculoso brazo se interpuso en la trayectoria de la cara del perseguido, que acababa de ejecutar un impecable salto que le catapultaría a la libertad. Tal obstáculo, salido de una ventana guarnecida con harapos un latido antes, hizo que chocara de frente y cayera hacia atrás, golpeándose de forma brutal.

El *fantasma* emitió un gemido ahogado, y permaneció en el suelo con las manos en la nariz rota y sangrante. George atravesó la ventana, que le quedaba ajustada, y terminó sujetándole de la ropa. A medida que Kiara se acercaba, se iba dando cuenta de que en realidad su objetivo no iba a largarse a ninguna parte. El porrazo debía dolerle un montón, ni siquiera podía levantarse. Lo entendía, chocar con el gigante era el equivalente a darse con una pared de ladrillo. Incluso si una lo hacía relativamente despacio al doblar una esquina, escocía. Lo sabía por experiencia, desgraciadamente.

Como aún llevaba el cinturón en la mano, desenvainó la espada del *Brujo* y, llegando hasta la altura del ladrón, se la colocó en el pecho. Todavía jadeaba, le ardían las articulaciones por la carrera. Suspiró.

El *fantasma* era un hombre muy joven, de entre veinte y veinticinco, con facciones afiladas y músculos fibrosos. Incluso ahora, en la cúspide de su carrera, era delgado, dándole a entender que se trataba de una persona que pasó necesidad tiempo atrás. No le sorprendía, los caídos en desgracia de aquella subsociedad dentro de la Confederación se convertirían en parias destinados al robo, la prostitución o la mendicidad. No todo serían buenas caras y vecinos comprensivos. La humanidad seguía siendo como siempre.

—Quedas detenido, señor de las calles.

—¡¡Me habéis roto la nariz!!

—Consuélate si eso es lo único que pierdes. Tengo entendido que aquí son muy de cortar las manos a los ladrones.

Le colocaron las esposas que llevaba el gigante, y el tipo gimió. Fue necesario que Dreston sacara un pañuelo de uno de sus ajustados bolsillos del pantalón y lo usara para cortarle la hemorragia nasal. Viendo que no funcionaba bien, le colocó el tabique con un chasquido. El joven chilló. Lo compadeció. A ella le pasó lo mismo en su día y no tenía ninguna gracia.

—Eso te ayudará, tras un tiempo.

—Qué considerada. No podré hacerlo yo mismo cuando esté manco.

—Has jodido a mucha gente de una comunidad cerrada. ¿Qué esperabas que sucediera?

—¿Cree que tenía elección? —La cara que puso el muchacho le hizo pensar que estaba siendo sincero—. Usted es de fuera. No sabe lo feas que se ponen las cosas cuando le caes mal al viejo equivocado.

Frunció el ceño. Así que esa supuesta utopía marginaba selectivamente. Qué *sorpresa*. Los poderosos siempre aprovechaban su posición para quitarse del medio a la gente que les estorbaba. Decidió que, dado que iban a tener que pegarse un buen paseo de vuelta, le preguntaría por su historia antes de llevarlo al juicio popular. Se tocó la oreja.

—¿Teresa?

—Dime.

—Lo tenemos.

—Qué suerte tiene ese bandido. Ha elegido brazo antes que rifle. Yo lo habría parado con un dardo anestésico contra *metaelefantes*.

—Ve al punto marcado como cuatro, por favor.

—Marchando una cobertura desde un lugar elevado.

Le ayudaron a ponerse en pie. El tipo, al borde del edificio, le hizo un gesto de negación a dos sujetos en el puerto. Ambos, de aspecto marinero y desaliñado, se miraron entre sí y comenzaron a desatar los cabos para zarpar. Debían ser sus compinches o, al menos, unos tipos a los que tenía contratados como medio de huida. No todo el mundo valía para faenar en la mar. Incluso el océano más tranquilo se volvía peligroso en los días malos, y los pescadores más hábiles podían llegar a matar de hambre a la gente sin las aptitudes adecuadas.

Contempló el amanecer del segundo sol de aquel mundo sobre el mar, una enana marrón prácticamente inocua para la vista. Le daba un clima más cálido de lo agradable, pero al mismo tiempo regalaba tanto a lugareños como a visitantes unas vistas espectaculares. Esperó que el tono rojizo del agua no fuera un presagio de lo que estaba por venir.



No, no he perdido el juicio

El regreso con el ladrón fue más tranquilo. Bajaron al nivel de las calles, en el que la gente se asombró al ver que lo tenían cautivo. Fueron indicándoles y abriéndoles paso donde lo necesitaron. Tuvieron que cruzar un buen número de puentes sobre los canales de aquella anarquía convertida en metrópolis, acercándose poco a poco al foro local donde se reunían los que les encargaron darle caza.

Durante el trayecto, el joven les fue contando su historia con voz queda. Su madre fue prometida en matrimonio por un viejo a otro, viudo. El problema vino porque estaba enamorada de un chico de su edad, así que se fugó con él siendo adolescente. Su futuro marido montó en cólera, y acabó arreglando las cosas para que el muchacho fuera asesinado en una reyerta de una taberna que no frecuentaba.

Si bien la familia del chico siempre sospechó que su muerte no fue fortuita, no se atrevieron a desafiar la autoridad de su propio tirano. Mucho menos después de averiguar que la víctima tenía una aventura con la prometida de este, a la que dejó embarazada.

Las cosas no terminaron bien para la joven madre soltera. Convertida en una paria tanto en su barrio como en el de su difunto novio, necesitó ganarse el sustento en las zonas adyacentes con actividades inmundas que no pocas veces quedaron sin pago. Pasados los años, a uno de sus clientes se le fue la mano durante una borrachera y le buscó un amargo final. Tamir, que así se llamaba el *fantasma*, terminó huérfano.

Solo y apestado, decidió que su mejor opción para no morir de hambre era entrar en una banda. Tuvo suerte con la elección, porque se juntó con unos ladronzuelos que además participaban de forma no profesional en *carreras de azoteas*. Como ese deporte era el favorito de aquella roca, los chavales se apuntaban a las competiciones ilegales para así complementar los ingresos que procedían de los hurtos.

Los maestros de Tamir fueron excelentes corredores, pero resultó que él tenía un don para ello. A los catorce años ya era el más rápido de todos, y ganó una carrera tan importante que su banda cayó en desgracia. Un gestor de apuestas en negro sufrió un varapalo gordísimo por su culpa, y arremetió contra los chavales mientras lo celebraban. Cuando los demás asistentes al evento pudieron detenerlo, tan solo el campeón seguía en pie. A nadie le importó. A Tamir le dieron su premio y tiraron tanto a sus amigos como al asesino al río. Luego le echaron del local sin más ceremonia.

Solo de nuevo, el chico decidió vengarse de aquella mugrienta sociedad sonriente a la que le daba igual ignorar a los parias como él hasta que morían. Y se convirtió, con mucho estudio y entrenamiento, en el *fantasma*. Robó, fastidió y quemó. Hizo todo el daño económico posible a los ancianos, en especial a aquellos dos involucrados en la desgracia de su familia. Pusieron precio a su cabeza, y él se rio de ellos, humillando a sus perseguidores locales y foráneos por igual.

La multitud vitoreaba a Kiara cuando apareció en el foro, triunfante, arrastrando al odiado ladrón que aterrorizaba a la comunidad. Ella, para entonces, se sentía tan asqueada por la historia que le pareció estar trabajando en la policía corporativa o algo semejante. Es decir, que su encargo secundario siempre consistió en atrapar al hijo vengador de una mujer que se negó a que la casaran a la fuerza. Muy bien. A Teresa le iba a encantar. El propio George iba enfadado, y le

preguntó varias veces si realmente lo entregarían.

Todos los halagos dirigidos a su persona, tenían un insulto o un improperio de magnitud equivalente asociado a Tamir. Le escupían, le tiraban fruta podrida. Le amenazaban con amputarle los pies y las manos y dejarlo a merced de los esclavistas de la noche. Sin embargo, lo que más enfureció a la capitana, fue que algunos insultaran a su madre por la profesión que tuvo que elegir para darle de comer. Sus propios parientes la arrojaron a la mendicidad, le labraron mala fama hasta que no le dejaron otra opción. Y eso hacía que ardiera por dentro. Después de todo, la pobre solo quiso que a su hijo no le faltara de nada.

El foro del barrio estaba a reventar. Era una plaza grande, de seiscientos metros cuadrados, rodeada de soportales que sostenían amplios balcones con columnas. Se accedía a ella por tres calles orientadas a este, sur y norte. Tras las arcadas se ocultaban los comercios, que expandían sus muestrarios hasta las zonas cubiertas, a pesar de que estas estaban destinadas al tránsito. Las tiendas más grandes y famosas se encontraban en la planta baja, mientras las pequeñas se apiñaban en la parte alta, con los carteles y enseres que buscaban la atención de los compradores sobresaliendo por las barandillas.

El flanco que no tenía calle de acceso contenía en parte las escaleras al otro piso y, además, unos inmensos almacenes donde se guardaban los bienes de los mercaderes de la plaza. A estos se accedía mediante un gran portón, ante el cual se alzaba un escenario permanente erigido con diversos propósitos. Dreston sabía que lo usaban cuando tocaba mostrar nuevos productos, hacer anuncios importantes o reunirse.

En aquellos momentos, se usaría de estrado para celebrar la parodia de juicio que le tocaría presenciar. Antes de capturar al *fantasma* tuvo la esperanza de que el sistema de poder ultralocal fuese mejor que los tribunales comprados que conocía. Ahora, tras la historia del desgraciado al que George protegía de la turba, no estaba nada convencida. Al menos, con los otros, conocías las leyes que se iban a retorcer.

Miró alrededor, dándose cuenta de hasta qué punto estaba abarrotado el lugar. Incluso las barandillas de madera se veían saturadas de lugareños encaramados de cualquier forma a la estructura, sobresaliendo de las balconadas. La gente se empujaba para verlos, mientras al mismo tiempo se apretujaba abriéndoles paso. Buf. A ese ritmo, habría una desgracia.

Finalmente, se encontró ante el consejo de ancianos. Eran cinco, dos hombres y tres mujeres. Todos de más de sesenta y, por el aspecto, comerciantes. Como no. Esa la vio venir después de perder la fe una vez más. Ahora que se presentaban a dictar sentencia, ya no disimulaban. Cuando la contrataron, usando a Absalón de intermediario, se guardaron mucho de mostrar su clase social.

—Tamir, el ladrón —Que le negaran su apellido, hasta donde sabía Kiara, era un gigantesco insulto en esa subcultura—. Al fin te tenemos ante nosotros. ¿Responderás por tus crímenes?

La corsaria se hartó al ver que el muchacho agachaba la cabeza. A la derecha había un tipo con un hacha a dos manos, al lado de un tocón manchado de sangre seca. Le pareció que de repente se encontraba en otra época. Iban a condenarlo sin atender a nada más. Y, fuera un ladrón o no, le resultaba injusto. Se adelantó.

—Antes de entregar al reo, querría decir unas palabras. Como captora, creo que se me permitirá.

Durante el trayecto, le preguntó a Tamir algunas cosas que desconocía sobre los *procesos*

penales. Tenía derecho a dar su opinión, que generalmente se utilizaba para hacer más leña del árbol caído. Los ancianos, confiando en que enfangaría más al prisionero detallando lo mal que se comportó al huir, le indicaron que subiera. Le pidió a George que estuviera atento por si acaso.

—Soy extranjera. Algunos me conocéis porque compro suministros últimamente en vuestro barrio. Pago lo que puedo, siendo generosa con quien me atiende bien. Me encargasteis que atrapara a un *fantasma*, y creo que he cumplido.

El público empezó a vitorearla, gritando su nombre entre grandes halagos, mientras insultaba y arremetía contra el reo. Iban a enterarse, les tenía preparada una que no verían venir ni en un millón de años.

—He descubierto aquí una sociedad abierta, tolerante y diferente de la que quiere el *Trono sin Rostro*. Una en que los vecinos importan, en que las decisiones no las toman unos empresarios desalmados.

Aquello fue muy bien recibido. La Confederación basaba su propia existencia en el egoísmo personal y las ganas de progresar. El altruismo, ayudar a los demás y formar una comunidad eran conceptos tan desterrados que encontrar un planeta con semejantes características rozaba el imposible. Pero Dreston no se engañaba, tras la hermosa capa de pintura de colores de aquellas gentes, seguía estando la vieja y predecible humanidad. Los poderosos solo poseían unas características diferentes de las de otros de su misma clase, un barniz muy peculiar y poco visto que les hacía parecer mejores. Pensaba demostrar en aquel mismo momento que no se trataba más que de un espejismo. Se iban a encontrar un buen jarro de agua fría.

—Por eso me he llevado una tremenda decepción.

Silencio. Percibió las respiraciones contenidas y la expectación.

—Es bien sabido que las historias tienen dos partes, y nadie duda de que Tamir es un ladrón que ha dañado tanto la propiedad pública como la privada de este y otros barrios, causando enormes estragos. Durante mi intervención, contaré la otra versión.

Oyó una silla arrastrarse tras ella. Del segundo sitial más alejado, que quedaba a la derecha del público. Era Urshú, el anciano de casi ochenta años que promovió su contratación. Quien, como no podía ser de otro modo, era tío de la madre del reo y tío abuelo del propio Tamir. Un mentecato de proporciones inmensas que prefería que su sobrina acabara prostituyéndose antes de permitir que se enamorase de un joven de su edad en lugar del tipo con el que pretendió que se casara. Kiara detestaba a la gente así.

—¡¡No puede hacer eso!!

—Mis disculpas. Tenía entendido que, como captora, se me permitía intervenir y dar mi visión de los hechos, ateniéndome a las leyes que rigen las buenas vecindades de este planeta. Tamir Asbaláh me ha narrado su historia y creo conveniente transmitírsela tanto a ustedes como al pueblo. ¿O he comprendido mal las costumbres?

Ya no se oía ni una tos puntual. No era solo que tuviera razón, cosa indudable, sino que con su intervención desafiaba directamente las palabras de Urshú, empleando el apellido materno de Tamir como dictaba la norma local. Encima dejaba claro que era de su familia, hecho que no todos conocerían, y que el anciano intentaba ocultarlo. De medio lado, con la derecha hacia el público, pudo ver que al menos otros tres miembros del consejo tampoco tenían constancia de

ese relevante detalle. La mujer que presidía a los cinco, que rondaría los ochenta o noventa años, le hizo un gesto de dispensa.

—Continúe.

Ella sonrió, mientras Urshú se ponía de un color bermellón. No de furia, sino de vergüenza. Ni en sus peores pesadillas se habría imaginado que una mercenaria extranjera sacaría a relucir sus trapos sucios delante del pueblo entero, contando la verdad y humillándole con su propia ley oral. Pero Kiara, al igual que los demás capitanes corsarios dignos de tal nombre, era experta en encontrar pequeños huecos en las normas para lograr sus objetivos. Los que no podían apalancar las reglas y detectar las trampas, al final terminaban exprimidos por los contratistas sin escrúpulos y los empresarios poderosos. Ese viejo cabrón iba a aprender a no jugar con fuego por las malas.

Dreston repitió la historia que el chico le contó un rato antes, durante la larga travesía de vuelta. Le presentó como una víctima de la sociedad obligada a delinquir tras ser repudiada por su familia. Narró el trágico y sospechoso destino de su padre, la denigrante y triste peregrinación por la ignominia de su madre. Cómo solo se le dejó un camino para sobrevivir, y la lamentable forma en la que la desterrada terminó sus días.

Les vendió a un niño solitario que perdió a los amigos que le acogieron, a un sufrido joven que padeció un flagrante abuso de poder. Minimizó sus fechorías, casi justificándolas como una respuesta no demasiado grave a los crímenes cometidos contra él desde antes de que naciera. Luego acentuó la tristeza, evocando la pena hasta tal punto que muchos de sus oyentes empezaron a frotarse los ojos y sorberse la nariz.

Pero esa no era la batalla real de Dreston. Tras ella, escuchaba cuchichear a los tres ancianos que no tenían a Urshú en medio. Cómo acercaban discretamente sus sillas unos a otros, tratando de que nadie más los oyera conspirar contra él. No le cabía la menor duda de que tendrían sus propios juegos de poder y trapos sucios igual que los demás, y que lo que ella estaba haciendo era tan grave para su imagen que únicamente tendrían una salida.

El relato terminó, y entre el gentío ya no se escuchaban insultos. Solo gente sonándose la nariz contra sus propias ropas, en lugar de usar pañuelos. Dejó caer las manos a los costados. Lamentó no haber grabado su actuación, porque Teresa habría estado orgullosa de ella. Menudo farol acababa de marcarse.

—No pretendo expresar mi opinión con lo que os he contado, pueblo. Quería daros la otra versión tal y como la he recibido.

Mentira. Pero ya que iba a jugar, lo haría a lo grande.

—Con vuestro permiso, ahora que he terminado, sí emitiré un juicio personal. Me encuentro entre gente buena, que gusta de ayudar al prójimo cuando nadie más lo hace ahí arriba. —Señaló al firmamento—. Estáis gobernados por los más sabios de entre vosotros, de eso no me cabe la menor duda. Por los que encarnan vuestros más altos valores, contando además con una gran experiencia. Sin embargo, considero que en este asunto concreto ha habido un abuso, seguramente motivado por la cercanía de la transgresión. ¿Qué opináis vosotros, ancianos?

Ahí estaba el pase de pelota envenenado, tal y como su primera oficial le enseñó a hacerlo. Tras ella escuchó a alguien tragar saliva, y un par de carraspeos. Los acababa de dejar en una posición muy comprometida. Fue la presidenta del tribunal la que respondió, precavida.

—Espero que no insinúe que perdonemos a este bandido, ¿verdad? —La voz fue ganando firmeza a medida que salía de la garganta de su dueña—. Porque eso sería una enorme falta de respeto hacia los que han sufrido sus acciones.

—Oh no, en absoluto. Acordé entregarlo a la justicia, y aquí lo tienen. —La corsaria sonrió—. Me imagino, porque él mismo me lo dijo, que planeaban privarle de sus manos y piernas, de forma que no robara más. Si bien es una solución justa, creo que resulta… poco práctica.

—¿En serio? ¿Acaso tiene una mejor?

—Es posible. ¿Qué les parecería la opción de reinsertarlo? —Hubo murmullos a favor o en contra—. No que se vaya sin castigo, por supuesto, sino que trabaje voluntariamente sin cobrar para expiar sus penas. Por comida y techo. Y, una vez reparado el daño, que pueda formar parte de la comunidad. Quizás también tenga bienes que devolverá si le muestran compasión.

El chico, ante la perspectiva de una salida, asintió a toda velocidad a los viejos que le miraban enfurruñados. Veía, por primera vez, una alternativa a quedar mutilado para siempre a base de hacha.

—¿Por qué demonios haríamos algo semejante? —gruñó otra anciana—. No ha reparado en fuerzas al causar estragos.

—Precisamente por eso. Es joven y está lleno de energía. Podría empezar trabajando con unos grilletes, e irse ganando la confianza de los damnificados. Reponer lo material con esfuerzo, lo moral con dedicación. Quizás si se le muestra un camino diferente del que emprendió por sí mismo, pueda ser útil. Llegaría a aprender de la gente honrada. De ustedes. Con el tiempo, entendería lo duro que es el trabajo, y lo que cuesta conseguir lo que él robó.

Hubo enormes murmullos entre el público, que aumentaron cuando la capitana le tendió la mano al *fantasma*, invitándole a subir a su lado. Al final George, que seguía llorando por la emotiva exposición de su jefa, le aupó para suplir la agilidad que le arrebataban las esposas. De todos los presentes, Tamir debía ser sin duda el más sorprendido.

Dreston miró de reojo al tío abuelo, que seguía de color bermellón, y que cada vez parecía ser más pequeño en su asiento. La vieja que se aposentaba a su izquierda, fastidiada por no poder cuchichear con los demás, lo derretía con su mirada reprobatoria. Buf. No le habría gustado tener que enfrentarse a una recriminación visual semejante en la vida. Si seguía así, Urshú pronto se convertiría en un charco de sudor pringoso.

—Más te vale aprovechar tu última oportunidad.

El joven asintió a la capitana cuando esta le habló. En voz alta y clara, que nadie se atrevió a censurar, expuso que lo que decía la extranjera de él era cierto. También declaró que no la conocía de nada hasta que ella y su ayudante grandote le rompieron la nariz, y que no esperaba una compasión semejante. Que solo le contó su historia para que alguien más la conociera, no buscando su ayuda. Expuso, con las limitaciones evidentes de su educación, que si le daban la oportunidad trabajaría hasta reparar cualquier daño causado.

Luego se volvió a los ancianos, y les dijo que se pondría en sus manos. En las de los cinco, esperando su clemencia. Se ofreció a deslomarse mientras hubiera sol, a usar su ingenio, a comer poco y a acometer cualquier tarea por inmunda que fuera. La presidenta del barrio se levantó, separándose de los dos ancianos con los que había estado conspirando.

—Hemos llegado a un veredicto. Tamir, se te castiga a trabajos forzados para la comunidad,

que realizarás durante no menos de diez años. Un contable evaluará cuánto debes, y saldarás hasta el último crédito. Luego, serás libre y se te considerará limpio. Salvo, claro está, que reincidas. En ese caso, ya sabes lo que sucederá.

—Yo, gracias por…

—No he terminado. Como es obvio que se cometió una injusticia contigo, podrás llevar el apellido de tu madre. Y visto que Urshú fue el que te expulsó, y a quien más daño le causaste, todo lo que le debieras por esas fechorías se repartirá entre los más necesitados. En concreto, se donará a los huérfanos y parias que busquen reinserción. Cuando termine tu penitencia, si eres merecedor de ese honor, te pondremos al frente de un equipo social. Y será tu responsabilidad atrapar a quien transgreda las leyes. Ya que eres tan ágil, lo aprovecharemos.

—¡Protesto! ¡Esto es un ultraje!

—¡¿Más que el tuyo?! ¡¡Nos has manchado a nosotros y al barrio!! ¡¿Qué clase de ejemplo eres tú?! —La anciana que lo estuvo fulminando con la mirada estalló, levantándose y derribando la silla—. ¡¡Vendiste a tu sobrina, y nos dijiste que cambió de opinión, deshonrándote!! ¡¡Ahora sabemos que nunca quiso ese matrimonio concertado, sino que todo era una maniobra tuya y de ese cerdo de Kapoth, como siempre sospeché!! ¡¡Gracias a ti, tu sobrino-nieto nos aterrorizó durante años, buscando desquitarse!! ¡¡Y la peor vergüenza de todas es que haya tenido que ser una extranjera la que nos abra los ojos!! ¡¡El chico es un canalla, pero imagino que la cosa le viene de familia!! ¡¡No mereces ser miembro de este consejo!!

Aquello hizo reventar a la audiencia. No en contra de Tamir, sino de su tío abuelo. Empezaron a caerle frutas y verduras podridas encima, escupitajos e insultos. La turba gritaba que se lo exiliase, que se lo echara y no volviera. En el mejor de los casos, porque incluso alguno que otro exigió su ejecución. Acabaron abriéndole una ceja de un botellazo.

—¡¡Orden!! ¡¡Orden!! —Solo la poderosa presencia de la anciana, pidiendo calma a gritos durante unos segundos, pudo aplacar el intento de linchamiento—. ¡¡Es suficiente!! ¡Queda claro que tenemos que revisar cómo hacemos las cosas! ¡Pero ese no era el objetivo de este juicio! ¡Suspenderemos provisionalmente a Urshú de su puesto, y analizaremos qué sanción le corresponde! ¡El pueblo ha hablado!

La muchedumbre rompió en vítores, aullando que los ancianos eran sabios. La capitana asintió al chico e hizo una reverencia al consejo, que correspondió el gesto con la cabeza. Excepto su nuevo enemigo local, que estaba demasiado ocupado tratando de quitarse la mugre de encima, y de cubrirse la herida sangrante. Kiara se bajó del escenario de un salto, y la muchedumbre le abrió paso, agasajándola.

Joder, lo que le había costado hacerse con la llave por culpa del descuido de un mensajero beodo. Si Dreston hubiese sabido que un encargo tan aparentemente fácil iba a costarles tanto esfuerzo, en aquellos momentos unos contrabandistas habrían tenido problemas. Se consolaba pensando que, como contrapartida a los tres días perdidos, ponía en su lugar a un hijo de perra y devolvía a un alma descarriada al camino.

Ahora tenía que dirigirse a la tienda de su amigo, que le daría la llave de su encargo principal de una maldita vez. Menos mal que en aquel planeta se respetaba la palabra dada.


CARGANDO

No hay llave sin una cerradura

Dreston salió de la multitud, colándose entre los últimos corrillos que los saludaban a ella y George nada más verlos. Ya en manos de sus semejantes, contentos con la resolución, el joven y desgraciado ladrón estaría a salvo. Esperó que no fuera tan estúpido como para faltar a su palabra, porque de lo contrario le tocaría volver a ese miserable planeta a capturarlo gratis, tal y como le hizo prometer la anciana. Sí, empeñaba su honor por desconocidos, sin ninguna garantía de que fueran a corresponderla. Ya había tenido un par de disgustos debido a ello.

Las calles de Nados II eran relativamente agradables de recorrer una vez que te acostumbrabas a la anarquía. Incluso por los tejados, cuya particular disposición se prestaba mucho a las carreras tan amadas por los lugareños. Miró hacia arriba, descubriendo que el segundo sol estaba ya alto, y que con él pronto llegarían al momento más cálido del día. Por suerte, muchas calles tenían lonetas semitransparentes colocadas a la altura de las azoteas, que quitaban suficiente luz como para que el tránsito por ellas resultara agradable.

Giraron primero a la derecha y luego a la izquierda, hasta una calleja próxima. Las casas coloridas los acompañaban, con sus pinturas maltrechas dañadas por el tiempo. Los locales las decoraban así para subir los ánimos, hasta el punto en que algunas de ellas tenían dibujados asombrosos murales. Se imaginó que más de un pintor con talento podría vivir únicamente de adornar las viviendas de los demás.

Nada más entrar en la vía, un hombre los saludó con la mano. Era Absalón, un mercader al que ya conocía bastante bien.

Su tienda fue una de las primeras que visitó en ese mundo, nada más llegar. Andaba buscando un repuesto especialmente complicado con Pierce, y le recomendaron que le visitara en la Central de Patentes de Corso local, anexa al espaciopuerto más cercano a donde estaban. El tipo no solamente era vendedor, sino que poseía una increíble habilidad. Encontraba toda clase de objetos, por raros que pudieran resultar, o difíciles que fueran de localizar. Tenía una inmensa red de contactos, entre conocidos y amigos, por todo el continente. Sin poseer nada de tecnología digital, podía buscar en sus fichas de papel cualquier cosa y terminaba dando con lo que fuera.

Él mismo se definía como un *conseguidor*. Y vaya si lo era, les llevó todo lo que le encargaron cada una de las veces que lo visitaron. Incluso si no daba con el pedido exacto, siempre tenía un equivalente más o menos pasable. Además, era honesto y no intentaba cobrar de más. Sabía exactamente lo que valían sus mercancías, o las de sus contactos, con un simple vistazo.

Se trataba de un hombre cuarentón, un pelín más llenito que la media planetaria, de tez ligeramente oscura y pelo azabache. Tenía unos ojos color miel, muy típicos de Nados II, y una sonrisa con un par de dientes de oro. Dado que ese tipo de prótesis se consideraba entre los corsarios como una muestra de estatus social, Kiara sabía que no era precisamente pobre.

Estaba casado con una mujer relativamente cercana a la anciana que casi atiza a Urshú, de familia colateral o algo así. Tenía cinco hijos con ella, y por lo que le dijo, aspiraban a alguno más. Menuda moral se gastaba el tipo, pero claro, la mayor debía rondar ya los quince o dieciséis y le ayudaba en la tienda que estaba bajo su casa. El segundo, por su parte, le echaba una mano a su madre con los pequeños.

Los recibió con los brazos abiertos, y no abandonó la postura hasta que Kiara se prestó a que

la estrechara en ellos. Luego repitió la operación con George, aunque el resultado no fue tan vistoso.

—¡Amigos míos, qué gran final! —Esa teatralidad hacía que le cayera bien a todo el mundo de manera automática. A la propia Kiara le encantaba el tipo—. ¡Vaya paliza moral que se ha llevado Urshú!

—Uf. Me he arriesgado mucho. Y, además, temí que estuvieras de su parte.

—¿Bromeas? —Le colocó una mano en la espalda, un gesto muy típico en Nados II, al que le costó acostumbrarse—. Me exigió al muchacho a cambio de tu llave. Llevaba tocando mis finanzas algún tiempo, más del recomendable. Me has hecho un gran favor, su poder se diluirá como un azucarillo en un buen té.

—A George le gusta el té de Absalón.

—¡Y tú a mí, mi simpático y gigantesco amigo! ¡Luego te saco una taza, si mi Kamira dejó algo!

—Gracias.

—De nada, mi enorme compañero. Ya sabéis que mi casa es la tuya. Bueno, aunque no quepas físicamente, quiero decir.

Kiara hizo girar los ojos, sonriendo. Era verdad que la primera vez invitó al grandullón a entrar, pero después de que derribara varios artilugios y un par de lámparas, acordaron que les esperaría en la calle, curioseando por el puesto por si veía algo que le interesara. Ni tan mal, porque ya entonces descubrió una caja de granadas que en otro sistema les habría costado una fortuna. Como era mercancía ilegal y poco *colocable,* Absalón estuvo encantado de vendérsela. Lo único que medio preocupaba a Kiara era que Nashdara, la hija del comerciante, parecía mostrar inquietud adolescente por el gigante. Pobre de ella si se hacía ilusiones, porque él no entendería nada.

—En fin. Tú has cumplido tu trato con Urshú. Ya tiene al *fantasma*, bajo cierto punto de vista. ¿Conseguiste mi llave?

—¡Sí, sí! ¡Le exigí que me la diera la noche anterior!

—¿Y lo hizo? —Kiara chocó accidentalmente con una estatuilla, que casi derriba—. Me sorprende.

—Tú misma lo apuntaste. Aquí la palabra es sagrada. Acompáñame, la guardé en mi caja fuerte de la trastienda. Nashdara, vigila en mi ausencia. Enseguida venimos.

La muchacha, joven y bien parecida, salió de detrás del mostrador. Tal y como venía haciendo en las dos últimas visitas, se aproximó al supersoldado diciéndole que le ayudaría a encontrar lo que necesitaba. El doble sentido fue tan poco sutil que Kiara sonrió mientras Absalón fruncía el ceño.

—No te preocupes. Es inofensivo.

—Ella no, ese es el problema. Cualquier día de estos la veo casada de rebote. Por aquí.

Dreston siguió a su anfitrión hacia la parte trasera de la tienda, pasando tras una alfombra que hacía las veces de puerta. Atrás, la estancia estaba llena de estanterías abarrotadas de bártulos de lo más variopinto. Algunos eran mundanos, objetos de andar por casa, mientras que otros parecían piezas de alta tecnología rescatadas por las hábiles manos de un chatarrero experto.

A medida que avanzaba en la estancia pobremente iluminada, se daba cuenta de que su nuevo mercader favorito tenía muchas más posesiones de lo que parecía a simple vista. El frontal de la tienda no decía gran cosa, tendría como siete u ocho metros de largo. Sin embargo, viendo lo profunda que era la vivienda, quedaba claro por qué podía permitirse tener cinco hijos sin que su mujer trabajara. Pasó por delante de una estantería llena de libros, y uno en particular le llamó la atención.

Lo tomó en las manos con reverencia. Vaya. Clases de órgano, nivel intermedio. Por el aspecto, debía tratarse de un volumen muy antiguo, con seguramente más de una centuria de edad. Quién sabía si más. Resultaba increíble que lo hubiera encontrado prácticamente de pasada, la verdad. Tanto, que se preguntó si el destino no le estaría mandando alguna clase de señal.

Absalón se detuvo al final del pasillo, volviéndose. Fue curioso porque, al mirarlo, le pareció que estaba ansioso. Igual no le hacía ninguna gracia que anduviera tocando sus mercancías sin permitírselo expresamente. Esperó no haberla cagado. Abusar de la hospitalidad se consideraba uno de los peores pecados de aquella comunidad tan rara.

—¿Me dejas comprarte esto? —Sonrió, haciéndose la inocente—. No sé cuánto valdrá, porque parece viejo. Si me lo puedo permitir, me vendría bien, no consigo pasar de cierto nivel con mi órgano.

—Te lo regalo por ser una buena clienta. Anda, ven. Quiero cerrar el tema de la llave cuanto antes.

Uh. La forma en que lo dijo y el tono le parecieron extremadamente sospechosos. No solo eso. Su interlocutor era un experto comerciante, y como tal, tenía la pequeña *deformación* profesional de regatear por todo.

Puso su mejor cara, llena de sospechas, pulsando disimuladamente su comunicador mientras bajaba el libro. Aunque no hablara al micro, George y Teresa la escucharían de inmediato y sabrían que o algo iba mal, o podía suceder un evento inesperado. Al menos, los pondría en guardia. Su primera oficial se apostaba lejos, cubriendo la plaza. Pero George estaba literalmente al lado, y era una fuerza muy a tener en cuenta.

—Ya voy, Absalón. ¿Al fondo del almacén?

—Sí, aquí mismo.

Caminó hacia él, que extendía una mano en su dirección en tanto que apuntaba a la puerta iluminada con la otra. Le colocó los dedos en la espalda, con esa costumbre que tenía siempre, acompañándola a entrar. Finalmente, le dio un empujón, haciéndola trastabillar un paso. Ese desequilibrio le impidió reaccionar a tiempo antes de que le apuntaran.

Se sorprendió, se le abrieron los ojos como platos. Ya temía una emboscada, pero ni se le habría pasado por la cabeza a quienes iba a encontrarse enfrente. Se quedó paralizada durante un momento, especialmente al descubrir que tenían encañonada y de rodillas a Kamira, la esposa de su ahora ex amigo.

—¿Esto es una broma?

—Lo lamento, Kiara. Llegaron aquí esta noche, mientras nosotros dormíamos y tú preparabas la caza del muchacho. Entiéndelo. Tienen a mi familia.

Ante ella descubrió a tres gigantes vestidos con armaduras *Pretor* de color negro. Si bien no

podía ver la insignia del hombro, estaba segura de que el dibujo representaba a un cuervo. Lo conocía de sobra, ella misma tapó con aerógrafo el de David, convirtiéndolo en la bestia cibernética asesinada que hizo nacer su heráldica. Apretó los dientes.

—La capitana Kiara Dreston, al fin. Soy el sargento Niatoulos. Querríamos charlar con usted un momento.

El tipo que hablaba tenía las manos a la espalda. El de su izquierda apuntaba a la mujer, mientras el otro la fijaba a ella como objetivo. Sobraba decir que, si se movían lo más mínimo, los matarían.

—Qué sorpresa. Los más cobardes de entre los cobardes secuestrando a una familia indefensa.

—Amiga, de verdad que no era mi…

—Da igual, Absalón. Los Cruzados de las Estrellas son así. Matan, arrasan y destruyen cuanto quieren para llegar a sus objetivos. No te culpo.

Fue a responderle, liberado de la terrible presión de la traición, pero el sargento tuercebotas se le adelantó. Joder, es que los tíos se comportaban como fotocopias. Menos David, y por eso lo mataron. Se preguntó qué cojones querrían de ella, ahora que había fallecido.

—Basta. Usted, tendero, cállese y apártese. No queremos que se convierta en un daño colateral.

—Suelte a la rehén. Ya me tiene a mí. ¿O es que les doy miedo?

Vio como el *chulotoulos* le decía algo a su secuaz, y este bajaba el arma. Kamira se puso en pie en cuanto se lo ordenaron y, tras lanzar una mirada de terror a su marido, corrió escaleras arriba. Igual otro de esos malnacidos tenía a los niños prisioneros.

—Hecho. Quiero que me diga en qué taquilla del espaciopuerto está su caja, por favor.

Así que era eso. Los gilipollas de las estrellas venían a robarle el encargo. Sabía de buena tinta que las fuerzas especiales no perseguían únicamente cíborgs, sino que estaban tras toda clase de amenazas. Alguien debía haberles nombrado policía de la humanidad, o algo así, porque a ella no le constaba que tuvieran jurisdicción. Ni en ese planeta, ni en ningún otro lugar de la puñetera Confederación.

—¿Y por qué debería?

—Porque le estamos apuntando.

—Como cualquier pirata de espacio polvoriento que haya tratado de asaltarme.

—Además, tenemos esto.

Mierda. Mierda, y mil veces mierda. Le mostró, colgando de una cadenita, la famosa llave que Absalón consiguió para ella. Una electrónica, que el puto borracho encargado de dársela había perdido. Correspondía a su contrato en curso, por un buen dinero, que le exigía ir al espaciopuerto, recuperar una vulgar caja y entregarla en otro planeta. No sabía qué contenía, solo disponía de unas dimensiones aproximadas en volumen cúbico. No era especialmente grande, ni aparatosa.

El encargo tenía bastantes puntos pendientes, muy bienvenidos ahora que rozaba la subida de nivel, y una prima que correspondía a un envío mucho mayor. Claro, el truco estaba en que aquellos cabronazos querían el paquete. Quizás contenía tecnología robada, o algo semejante.

Pues iban apañados con ella.

—Ni en broma voy a renunciar al trabajo. Me acarrearía un varapalo de mala fama, y no lo permitiré. Una vez que lo entregue en su destino, dejará de ser mi problema. Si quieren la caja vayan a pedírsela a mi cliente, porque yo no pienso dársela.

—No disponemos de esa información.

—Huy, qué pena. Pues a mí, plim. Denme mi llave. Se la han robado a Absalón, y él me la prometió como pago por un favor.

—Mire señora —El soldado que estuvo apuntando a la mujer del comerciante levantó su arma hacia ella—. No nos haga perder el tiempo. O nos dice ya lo que queremos saber, o le destrozaré una rodilla y luego la otra.

—¿A una corsaria en medio de un trabajo? —espetó Kiara—. Usted es muy, muy imbécil. Se le caerá el pelo.

—En un planeta que no respeta las leyes más básicas, puedo hacer lo que me permitan mis superiores. Ningún tribunal ordinario se creerá nada de lo que salga de esta roca. La conocen bien.

—¿Y este quién es, sargento? ¿Tu especialista en cagarla, para que hable por ti? —Dreston, lejos de achantarse, dio un paso adelante—. Tan bien informaditos como soléis estar, ¿y no sabéis que trabajo con el CECI? ¿Crees que les hará gracia que les rompáis su juguete?

El suboficial levantó la mano y le bajó el fusil de asalto a su subalterno de gatillo fácil, que se le quedó mirando como si no se lo pudiera creer. Bien. Ese sí que debía saber de lo que hablaba, y al no tener los datos precisos, se imaginó que la cosa podía torcerse.

—¿Qué quiere a cambio?

—Nada de vosotros, gilipollas —contestó ella—. O me dais la llave y os largáis u os pienso denunciar ante mi contacto. Nada oficial, porque no hará falta. Se fía de mí.

Justo en ese momento, sucedió algo inesperado y trágico. Absalón, que debía sentirse increíblemente culpable por vender a una clienta que consideraba casi una amiga a aquellas alturas, sacó un arma. Dreston no supo muy bien de dónde, quizás de un compartimento oculto detrás de un tapiz decorativo, o de una tabla que soltó mientras ella acaparaba la atención. Disparó al soldado más próximo, que se tambaleó por el impacto a quemarropa del proyectil explosivo, y luego intentó atacar al que había amenazado a la capitana.

El vaquero de gatillo fácil se giró hacia el desgraciado comerciante, y le descerrajó una ráfaga de tres balas. Sin cobertura, blindaje ni protección alguna, los proyectiles aceleradores lo hicieron fosfatina. Salió proyectado a través del tabique de madera, seguramente por recibir un tiro en algún hueso. Kiara ni se lo pensó. Se agachó y dándose la vuelta, echó a correr.

—¡¿Pero qué haces, pedazo de subnormal?! ¡¡Alto el fuego!! ¡¡Alto el fuego!!

—¡¡Se escapa, sargento!!

—¡¡Tú no, Karpinski!! ¡¡Tras ella!! ¡¡Joder, la has liado Martorell!! ¡¡Se te va a caer el puto pelo!! ¡¡Corred!!

Dreston no tenía ninguna esperanza de escapar a la carrera de aquellos tanques embutidos en armaduras de combate de alta tecnología. Sin embargo, el gigante hizo acto de presencia cuando todavía se encontraban en el almacén. Emergió de detrás de un bloque de motor de camión, que

no entendía muy bien cómo habían metido allí, agarrando en volandas a uno de los pesadísimos Cruzados y arrojándolo contra los otros dos. Chocaron con una estantería y esta se derrumbó, colisionando con la de enfrente y haciendo que se les cayera a su vez encima.

—¡Corre! —Le gritó—. ¡Han disparado a Absalón!

—¡Nashdara avisa a George en secreto! ¡¿Está bien?!

Kiara se fijó en que, en las sombras tras él, se escondía la adolescente. Se le rompió el corazón al ver la cara de miedo e incertidumbre de la pobre chiquilla. No le cabía duda de que las balas lo habían matado. Las armas de los Cruzados eran de otra división, la gente normal no sobrevivía a un impacto directo de una de ellas.

—¡¡No lo sé!! ¡¡Se interpuso para protegerme!! ¡¡Salgamos de aquí!! ¡¡Todos!!

La pequeña, espantada por la posibilidad de que su padre estuviera gravemente herido, empezó a correr hacia el interior. Quiso echarle mano y obligarla a seguirla, pero le bastó una fracción de segundo para darse cuenta de que era una pésima idea. No solo tendría que arrastrarla, sino que ellos alejarían a aquellos asesinos de la familia de Absalón.

Le hizo un gesto a su compañero con la mano, y salieron del local lo más rápido que pudieron, saltando por encima del mostrador, esquivando los bártulos y enfilando la calle principal. Se oyó un grito agudo tras ellos, de mujer, que seguramente pertenecería a Kamira o a su hija. Debían haber encontrado al pobre comerciante, confirmando sus sospechas sobre su destino.

Apretó los dientes. Se iba a vengar, vaya que sí. Llamó a Teresa, sin dejar de esprintar hacia la plaza principal, y le dijo casi a gritos lo que sucedía. Cuando aún le quedaban como doscientos metros para llegar a la muchedumbre que empezaba a dispersarse, vio una bengala salir disparada de los tejados, y explotar en las alturas. Dejó tras de sí una inmensa nube negra, de color carbón. Perfecto, porque eso pondría sobre aviso a Pierce, que iría de inmediato a buscar ayuda.

Ahora solo necesitaba resistir lo suficiente. Agotada tras la persecución del *fantasma*, llegó a la altura de la gente, que empezó a mirarla sorprendida, sin entender nada. Le preguntaban qué sucedía, abriéndole paso al ver que prácticamente huía. Decidió que era hora de mendigar un poco de esa solidaridad de la que tan sobrado iba ese planeta.

—¡¡Unos mercenarios con armadura negra han disparado a Absalón!! ¡¡Nos persiguen!!

Aquello desató la locura en la plaza. Muchos trataron de huir en todas direcciones, hacia las casas o las tiendas, mientras otros bullían de indignación, aún enfebrecidos por su arenga. Fueron estos los que los protegieron, formando un tapón inmenso de al menos un centenar de individuos en la entrada que acababan de dejar atrás. Girando la cabeza por encima del hombro, descubrió que los *Cuervos Negros* se atascaban ante la multitud, dubitativos de si debían empezar a apartar o no a los locales que les increpaban.

Seguramente pedirían refuerzos. Mierda. Tenía que continuar. Callejeó a toda velocidad, seguida de cerca por su compañero, tratando de dar esquinazo a los implacables Cruzados. De vez en cuando, se encontraban un lugareño que les daba indicaciones sobre cómo escapar por alguna zona menos obvia. Varias mujeres incluso les colocaron unas túnicas a la carrera para tratar de esconderlos, aunque se imaginó que no sería tan fácil despistar a los comandos. No, esa gente podía estar siguiéndola desde la órbita, y ningún truco mundano los engañaría. Conocía sus

métodos gracias a David. Tenía en mente otra cosa completamente diferente.

Tras un rato insoportable en el que le empezaron a arder los músculos, estaban ya relativamente cerca del espaciopuerto. A unos tres o cuatro kilómetros, que ella no podría recorrer esprintando. Iba ya en las últimas, tras la inmensa paliza de ese día. Desembocaron en una avenida amplia, de cuatro carriles, y se encontraron lo que Dreston temía. Hacía rato que Teresa no decía nada, y eso era porque la habían capturado. Estaba de rodillas en el suelo, con las manos en la cabeza, junto a una docena de civiles. Tras ellos, una escuadra completa de *Cuervos Negros* mantenía la posición, con las armas bajas. Traían un *Coracero* y dos *Jaguares*, que Kiara sabía que eran las armaduras medianas.

Una mujer de pelo corto ensortijado y ojos verdes se la quedó mirando, con el casco colocado bajo el brazo. Era la única que no llevaba el fusil de asalto en las manos, y aunque no conocía los rangos exactos de la Flota, imaginó que sería una jefa. Las distinciones de la armadura tenían demasiadas similitudes con las de David. Levantó la mano para darles el alto, y esa vez optó por detenerse. Más que nada, porque no podría seguir corriendo sin que le diera un golpe de calor, o un infarto.

—¡Alto, capitana!

Tras refrenar su desatada carrera, se tomó unos instantes en recuperar el aliento. Si no disparaban, era que querían hablar. De nuevo. Seguramente la chantajearían con matar a Teresa y a esos civiles indefensos que no conocía si no colaboraba. Pues iban apañados, porque su plan consistía en ganar tiempo. Cuando le salió la voz, le daba la impresión de que se le escaparía el corazón por la boca.

—Vale, me han pillado. Ahora, suelten a esta gente. No los conozco de nada.

—Pero parece que ellos a usted, sí. Han entorpecido nuestra operación tratando de ayudarla. No vamos a hacerles daño si no nos obligan.

—¿Cree que me voy a tragar eso después de que el sargento *tuercebotus* y sus dos compinches hayan disparado y matado a mi amigo Absalón?

La oficial, si no estaba equivocada, torció el gesto. Mucho. Perfecto, parecía que sus chapuceros subalternos no le habían informado todavía del asesinato a sangre fría de un civil. Mil veces mejor, así podría cerrar ella misma la trampa y hacérselo pagar.

—¿Perdone?

—Un vaquero gilipollas le ha pegado tres tiros a un padre de familia en su propia casa por tratar de defenderme. ¿Está sorda? ¿Por qué se trae a cuatreros y piratas al venir a por mí?

Su interlocutora se giró hacia uno de los Cruzados que la flanqueaban, seguramente para preguntarle algo al respecto. No terminó de contestarle, porque los otros aparecieron tras ellos echando abajo dos paredes y provocando gran cantidad de gritos de furia y miedo, a partes iguales. La jefa se colocó el casco.

Dreston no tuvo claro de que hablaron, pero por lo poco que pudo leerle los labios a quienquiera que fuera la *caralata* que no polarizó su visor, no parecía nada contenta con los recién llegados. Venían no solo llenos de polvo por andar derribando paredes, sino manchados de frutas y verduras podridas. Teniendo en cuenta que podían correr a la velocidad de George, deberían haberles dado alcance mucho antes, así que el retraso apuntaba a sus *estimados vecinos*. Por eso los rehenes.

Dreston sonrió pensando en lo mala idea que era retenerlos tras matar a Absalón. En los alrededores se empezaba a congregar una multitud creciente. El boca a boca de aquel planeta era casi tan rápido como una radio.

—Solucionaré eso cuando vuelva a mi nave. Creo que tiene algo que nos pertenece. ¿Le importaría darnos lo que le ha pedido mi sargento, por favor?

—Primero, no sé quién demonios es usted…

—Morris. Coronel Sam Morris. Mi cuerpo de ejército creo que lo conoce de sobra, capitana Dreston.

Jo-der. Pues no solo oficial, sino la tía al mando del destructor. Confirmar sus sospechas hacía que su propio encargo pasara de un color de rosa hasta un rojo bermellón de peligro que incluía una sirena de bombardeo y gente chillando por todas partes. Perfecto, la situación global empeoraba varios enteros. En fin. No sabía por qué perseguía su carga, ni le importaba. Se iba a cagar.

—Vaya que sí. Y cada vez entiendo mejor por qué David Hussman se largó dejándolos más tirados que una colilla de mi mecánico. Ahora ya no solo arruinan la vida de los que contratan, es que encima van asesinando civiles.

—Ya le he dicho que arreglaré eso y que el soldado tendrá una sanción ejemplar. Tiene mi palabra.

—Puf, como si me fiara lo más mínimo de ustedes.

—¿Qué significa la bengala que disparó su primera oficial?

—Es parte de mi propio código de colores. Hay ocasiones en las que puedo suponer que mis comunicaciones están inhibidas, así que usamos esto. Es tosco, pero efectivo.

—¿Me está diciendo que nos ha asignado el negro?

—Hay dieciséis por cartucho, configurables al vuelo. Así que sí, les odio lo suficiente como para que tengan su propio color.

—Lamento oír eso. No hemos venido a por usted, de verdad. Perseguimos a su empleador, y el paquete que le ha endosado. Créame, no le conviene.

—Eso lo decidiré yo. Renunciar me acarrearía un perjuicio económico importante y uno reputacional aún peor. Así que no gracias, devuélvame mi llave y lárguense antes de que la cosa se ponga fea.

La cantidad de civiles crecía a cada instante que pasaba. La noticia de la muerte del comerciante debía haber corrido como la pólvora encendida. No pocos vecinos llevaban palos y piedras. En general eran gente pacífica, pero le daba la impresión de que no toleraban bien a los asesinos extranjeros. Su interlocutora lo notó.

—No podrían hacernos daño ni queriendo, lo lamento.

—¿Por qué asume que pretendo eso? —Dreston sonrió, sarcástica—. He aprendido un montón de trucos desde la última vez que se metieron en mi camino.

Varios de los soldados se giraron, seguramente alertados por el ruido que empezó a escucharse unos instantes después. Sus sentidos aumentados por las *Pretor* les permitieron detectar antes los motores de las dos cañoneras confederadas. Los aparatos, meros transportes

artillados ligeros, los localizaron en cuestión de un minuto y se acercaron a toda velocidad a su posición.

A medias entre sorprendida y divertida, la *Cuervo Negro* se giró hacia arriba y luego a la capitana. Esta le sostuvo la mirada intensamente, mientras desde los cielos llegaban las voces de los altavoces de combate. Le preguntaban a la corsaria si estaba bien, y se instaba a los que entorpecían su contrato a cesar y desistir, o de lo contrario se intervendría. También se les advirtió a los comandos que, de no obedecer en menos de un minuto, la Central de Patentes de Corso los identificaría con arreglo a la ley, y procedería a enviarles la factura de la salida.

Resultaba que los corsarios tenían un derecho que Kiara desconocía hasta que uno de los secuaces de Hoffstein se lo dijo durante una revisión médica. Se les permitía llamar a las Centrales y solicitar una intervención al semestre si percibían que alguien estaba entorpeciendo su trabajo. Con esa medida de gracia, la Gran Cámara de Comercio se aseguraba de que pudieran completar encargos complicados y disuadía a quien hiciera falta de cortarles el importante flujo de ingresos y el avance en la exploración espacial que suponía ese gremio.

Aunque ya había voces que pedían la desaparición de las patentes de corso en favor de empresas especializadas, todavía eran una minoría ruidosa sin base suficiente como para forzar un cambio. Los *Cuervos Negros*, igual que la inmensa mayoría de los capitanes, debían desconocer la existencia de esa carta.

—Buena jugada.

—Mi llave, por favor. O de lo contrario les diré a esos señores de ahí arriba quiénes son ustedes y que pretenden robarme mi carga. Es una misión de transporte legal, así que los acusarán de piratería. Los ficharán, causando un conflicto diplomático, o tendrán que salir de aquí a tiros. Sobra decir que esta segunda opción será todavía peor porque los pondrá en busca y captura y joderá sus otras operaciones. Juegue rápido.

Morris se echó a reír, y pidió a sus esbirros que bajaran las armas. Luego, ordenó la retirada, subiéndose a su *Coracero*. El sargento gilipollas le alargó la llave, y Kiara se la arrancó de un tirón. La coronel se dirigió a ella antes de cerrar la cabina. Los de arriba les dieron treinta segundos.

—Usted gana. Por esta vez.

—Si me sigue, gritaré.

—No me vería venir. Pero de acuerdo, es libre de cagarla a voluntad. Ahora, yo de usted tendría cuidado con esa caja. Advertida está.

La escuadra se largó a paso ligero, seguida de cerca por piedras y verduras echadas a perder. La gente vitoreó su huida, mientras ella llamaba a las cañoneras usando su patente y les decía que los comandos desconocidos se replegaban, liberando a su primera oficial y dejándole vía libre. Le contestaron que por favor notificara si se sentía perseguida de nuevo, y girando hacia el espaciopuerto, las aeronaves desaparecieron.

Se miró la mano, de la que colgaba la llave, mientras dos de los rehenes se acercaban a abrazarla. Dejó que lo hicieran, inerte, barruntando que aquella tarjeta acababa de costarle la vida al bueno de Absalón. Pensó en su esposa y sus cinco hijos, varios de ellos todavía pequeños. Aunque estaba segura de que no les iría mal con el dinero que tenían, les había destrozado la vida.

La Flota perseguía su cargamento, por el espacio sabía qué motivo. Y eso solo podía significar problemas. Lo colocaría en la zona de seguridad de su bodega de proa, vigilado veinticuatro horas y rodeado de explosivos si hacía falta. Fuera lo que fuese, estaba en el punto de mira de los viejos colegas de David, así que sería peligroso.

Esperó no tener que transportar un artefacto experimental que reventara y los mandara a la mierda. Los *Cuervos* no eran precisamente unos angelitos, como acababan de demostrar.

Algo despertaba su olfato y temía averiguar de qué se trataba. Decidió que tendría bien a mano la línea con Eli, que como ahora trabajaba para Hoffstein, podría llamarle si se encontraban algo que fuera de interés del Alto Supervisor. Después de todo, le permitía hacerle llegar notas de voz si creía que algo no iba bien. Y si encontraba pistas o trapos sucios de la Flota, estaba segura de que le gustaría saberlo.

Abrió los ojos como platos, dándose cuenta de que tenía el libro de clases de órgano en las manos. Mierda. Eso volvería la visita obligada a la viuda de Absalón todavía más lúgubre.



Aquí hay una caja que no encaja

—Cuidado, cuidado… y abajo.

El palé gravítico llegó al suelo, cediendo ligeramente para cambiar de la pendiente de la rampa de proa hasta la pista de aterrizaje de Sarbeluc III. Kiara recuperó el aliento nada más terminar de descargar sin incidentes. Solo les quedaba llegar a la taquilla de destino, grabar un video demostrando la entrega, e ir a cobrar. Estaba agotada, reventada por la falta de sueño y el exceso de trabajo.

Estuvo muy preocupada desde que despegaron de Nados II, porque sabía que los *Cuervos Negros* poseían naves invisibles capaces de emboscar incluso a los mejores buques de la Confederación. La posibilidad de que los abordaran no solo era real, sino absolutamente comprensible si tenían interés en su paquete. La propia Central de Patentes de Corso local les buscó un carguero mercante que iba en su dirección, y acordaron con el otro capitán que vigilara que nadie los interceptaba en el sistema. El oficial accedió encantado, ya que su nave no iba armada y el *Pétalo Danzarín* les serviría de escolta durante el primer tránsito *computacionalmente no mensurable*. Una vez saltaron, secuenciaron dos *Pulsos* más para que fuera imposible trazarlos sin un rastreador.

Aquel mundo era un enclave mixto entre manufacturero y agrícola. Si bien la mayor parte de su superficie estaba habitada alrededor de las grandes ciudades y los polígonos que las circundaban, las áreas más fértiles seguían albergando enormes campos de cultivo que daban cierta independencia alimentaria a la población local. Exportaban una amplia variedad de productos elaborados, sobre todo electrónica, que se fabricaba gracias a la extendida industria resinera local. En el planeta hermano Sarbeluc II se producía una inmensa cantidad de variedades de ese material, así que, entre eso y las minas de metales de los cinturones de asteroides, salía muy barato crear circuitos y cables de múltiples tipos.

Si bien resultaba evidente que el sistema estaba de capa caída y en plena reforma para modernizar sus factorías, seguía siendo un referente bastante importante dentro del sector. Sobre todo, para encontrar componentes más antiguos, recambios y piezas que ya no se producían. Si una buscaba con suficiente ahínco, en aquella roca se podía hacer bastante negocio con los revendedores de nicho de otros sistemas. Lo que inquietó a Dreston, una vez que Alessa lo descubrió, fue que la *Corporación Tesurian* tuviera una sucursal allí.

La gran multiplanetaria cayó en desgracia tras el incidente con David en que ella misma participó, en el odioso Recnis. Las sucesivas investigaciones revelaron que incumplieron suficientes leyes como para ganarse la liquidación, así que se emitió la orden de cierre desde La Gran Cámara de Comercio.

El escollo era que la empresa tenía un tamaño problemático, y que su desmontaje necesitaría de varias fases para orquestar una demolición controlada que no afectase a la economía. Así que, mientras tanto, seguía dando réditos que permitirían a sus maltratados accionistas recuperar parte del dinero de la inversión.

Lo que más alarmaba a Dreston era que *Tesurian* se dedicaba, entre otras tecnologías punteras, a la cibernética. La interfaz humano-máquina estaba prohibida a casi todos los niveles debido a la *mecanización*, pero aquellos hijos de perra fabricaban los famosos asesinos de los que disponían los ricos. Ex convictos condenados a muerte a los que se les freía el cerebro, y se

los reconstruía como máquinas de matar imparables carentes de personalidad. En realidad, los engendros tenían más de mecas preprogramados con ligeros toques de creatividad que de humanos.

Aquello le olía cada vez peor. A quemado chungo, a cable negro y roñoso. Su empleador los contactó de forma semi anónima, pidiéndoles que llevaran un paquete desconocido a un destino anodino. El contrato no correspondía con la tarea, estaba casi igual de bien pagado que una operación en la que hiciera falta jugarse la integridad física, sin llegar hasta ese límite monetario.

Pasaba con cierta frecuencia que les tocaba hacer de mensajeros en mitad de otro encargo, pero en esa ocasión era su objetivo principal. La caja ni siquiera era voluminosa, el contenedor de origen resultaba absolutamente inmenso para la carga final, que no era más grande que un escritorio. En realidad, se trataba de un poliedro pentagonal, de *supracero* pulido y decorado. Sus alertas se encendieron al ver que estaba finamente grabado, aunque en ningún momento le pareció que se tratara de un artefacto alienígena. Aun así, podía ser tecnología de la Flota, así que su familia fue unánime.

Con la veteranía que tenían en temas anómalos y trampas mortales, no les resultó difícil llegar a un acuerdo sobre cómo debían proceder. Cogieron el maldito trasto y lo aislaron en la sala de seguridad de la bodega de proa, vigilándolo permanentemente. Sin intentar forzarlo o abrirlo, Alessa lo estudió a conciencia, concluyendo que sus sensores no podían traspasar la chapa acorazada. Fuera lo que fuese, estaba protegido contra los escaneos minuciosos.

Siguieron en máximo nivel de paranoia hasta ese mismo momento, volando en silencio de radio y sin emitir ni un solo mensaje a la red pública. Sin conectarse a la *Astranet* ni buscar nada. Las únicas comunicaciones que permitieron fueron las de aterrizaje, barriendo todas las frecuencias mientras trataban de detectar cualquier signo de persecución.

Cuando bajaron a la pista iban armados, con Alessa en la nave de guardia, mirando a su alrededor en busca de amenazas. Estaban en un espaciopuerto desmejorado, que mantenía un nivel de actividad razonable, teniendo en cuenta el declive de la zona. Su perímetro estaba rodeado por un muro de *neohormigón* de doce metros de alto con torretas automáticas situadas cada cien. Poseía plazas de fragatas, cargueros y corbetas, además de un par de atraques para naves de clase crucero capaces de aterrizar. Un estándar muy común en aquella zona del sector, que empezaba a entrar en la categoría de *mundo civilizado*.

No se veían demasiadas naves aparcadas en las inmediaciones, aunque la pista de los buques de transporte parecía bastante transitada.

En aquellos momentos, descendía una fragata militar con evidentes daños de combate. Era un modelo entrado en años, por la pinta, de cuando el mecánico iba a gatas. Seguro que fondearían en Sarbeluc III para comprar repuestos baratos con los que volver a ponerse en marcha.

Pierce, en el puesto de artillero del aerodeslizador que iba conduciendo Will, le pegó una calada al cigarro. Soltó el humo lentamente, apoyado contra la parte superior de la placa de blindaje.

—Bueno, pues solo queda entregar.

—No nos gafes —respondió Teresa—. No sea que vayamos a…

Hubo una explosión a lo lejos, en la zona donde estaban estacionados la mayoría de los cargueros pesados. La humareda se elevó hasta lo más alto del cielo, formando una nube negra

de proporciones respetables. Instantes después, las sirenas de alerta del complejo empezaron a sonar, y se comenzó a escuchar el tableteo inconfundible de las armas automatizadas. Mierda, parecía que Pierce acabara de usar el hechizo de *invocación mayor de problemas*.

—¿Ves? ¿No podías dejarlo estar?

—Es poco probable que sea por nosotros —Will se puso en pie, con unos prismáticos en la mano, y tanto Kiara como la primera oficial le imitaron con sus catalejos electrónicos—. Ala, vaya destrozo. ¿Lo veis?

En la lejanía, podían distinguir vagamente múltiples vehículos moviéndose a toda velocidad por la pista. Al principio creyeron que se trataba de los equipos de emergencia, pero pronto el Trevor sénior les apuntó que, en casi todos los mundos, estos llevaban las luces asociadas a su condición. Hermosa suerte la suya. Debía tratarse de piratas, o tal vez de bandidos.

La capitana resopló, pensando en convertir las otras cajas que habían aceptado transportar a ese planeta en una barricada. No temía que los penalizaran, puesto que tenían contratado el cuasi obligatorio seguro contra incidentes. La póliza que solían elegir era la más cara, aunque cubría ataques de terceros. Les iban a subir la maldita prima si esos gilipollas les atacaban.

—¿No se supone que estas cosas ya no pasan?

—Esto es el Cuarto Anillo, Teresa —Pierce comprobó su arma, revisando la cinta y metiendo el primer proyectil en la recámara—. En el Tercero, estas situaciones se cuentan con los dedos de una mano. Por estos lares… pues es una lotería.

—¡¡Esto es un planeta civilizado!!

—Contádselo a ellos. Los cargueros están despegando, quizás deberíamos plantearnos recoger y salir quemando reactor.

—Es la mejor idea de la mañana. Dale caña George, te cubrimos.

—Espera, yo te ayudo.

Tanto el gigante como la primera oficial empezaron a subir los contenedores de nuevo, sirviéndose de los cables remolcadores de la proa. Eran demasiado pesados como para usar un palé gravitatorio, y no disponían de una grúa de carga porque estaban todas alquiladas. A Dreston le fastidió, dado que tardaron una eternidad en bajarlos. Pero claro, si la alternativa era que aquellos hijos de perra les hicieran un destrozo, más les valía perder el tiempo antes que salir heridos o damnificados.

De repente, cuando iban por la mitad, hubo una explosión. Ya se veían desde hacía rato las luces azules de las fuerzas de seguridad enzarzadas con los asaltantes, pero aquello fue nuevo. La fragata militar, seguramente requerida por las autoridades, giró una de sus torretas y abrió fuego. El impacto hizo saltar por los aires al menos un par de vehículos de los malos, que se convirtieron en chatarra ardiente.

Hasta ahí, la cosa no pintaba mal. La situación empeoró drásticamente de repente cuando, no supieron muy bien de donde, salieron dos misiles que golpearon los propulsores de maniobra de la enorme nave de guerra. Tocada como estaba, sin escudos, con uno de los tres motores principales destruido por el combate, y en mitad del aterrizaje, la fragata se escoró. Empezó a perder altitud a un ritmo alarmante, a pesar de que encendió la propulsión primaria tratando de mantenerse en el aire. Le cayeron otro par de impactos brutales, probablemente de la misma arma antibuque. Joder, ¡¿qué clase de bandidos llevaban misiles de crucero montados en

camiones?!

—Retirada —A Pierce se le cayó el cigarrillo de la comisura—. ¡¡Vamos, todos a bordo!!

—¡¿Y las cajas?! —Dreston se quedó pálida—. ¡No podemos dejarlas aquí!

—¡¡Subid el aerodeslizador, luego las recogemos!! ¡¡Si esa cosa se estrella, va a levantar una nube de polvo tóxico que nos va a mandar a urgencias en el mejor de los casos!! ¡¡Arriba!!

—¡¡Asegurado!!

El gigante sacó la mano por encima de la caja para indicar que el segundo gancho de la última carga que iban a subir estaba listo. Teresa y Pierce corrieron al interior, a encender los remolques gemelos situados en la parte trasera de la bodega, que rebobinaron hasta tensar los cables. Con un chirrido a metal, el contenedor se deslizó primero por el *neohormigón* y luego por la rampa del *Pétalo Danzarín*. George sumó sus músculos a la desesperantemente lenta ascensión de aquel mastodonte cargado de láminas de *supracero* crudo.

Dreston se quedó bloqueada, contemplando la nave de guerra, mientras Will subía a la cabina tras aparcar el aerodeslizador y sus compañeros completaban el embarque.

La fragata agonizaba. Continuaba inmovilizada en el cielo, tratando de vencer a la gravedad y escapar de una caída letal. Los daños que tenía debían ser bastante severos, porque la pérdida de los motores de maniobra hizo que fuese incapaz de usar la propulsión principal. Continuó escorándose hacia el lado donde estaba dañada hasta que, de repente, lo vio. Una cantidad respetable de cápsulas de desembarco salieron disparadas de sus entrañas, tan solo unos instantes antes de que la impulsión empezara a echar humo y se apagara por completo. Ya preparada, pulsó el botón de cierre de emergencia remoto, al que se había conectado con su ordenador de muñeca.

La rampa, sobrecargada por el contenedor, se levantó con dificultad. Los hidráulicos gimieron por el esfuerzo, mientras les exigía entre dientes que cerraran a tiempo. Je. Como si enfadarse con su nave fuera a permitirle correr más.

El buque malherido se desplomó sobre el espaciopuerto, arrugándose primero y levantando una brutal polvareda a continuación. No estalló, por suerte, porque los heroicos tripulantes que permanecían en el puente intentando salvar su nave debieron ser capaces de apagar el reactor a tiempo.

Una ola marrón y gris salió despedida en todas direcciones, tragándose a los bandidos, a los policías y los cargueros que trataban de huir. Vio que uno de estos últimos era alcanzado por un misil, y que caía derrumbado formando otro pequeño seísmo. Decidió que, por el momento, lo mejor sería permanecer en tierra. Cuando la gigantesca pared polvorienta estaba a punto de arrollarlos, la inclinación fue suficiente como para hacer rotar la caja sobre sí misma. Cayó rodando dos vueltas, y el súbito aumento de velocidad de cierre derribó a Dreston, que se fue de culo al suelo.

Tan solo entró un poco de porquería, que la obligó a toser.

—¡Todo el mundo en alerta! —Teresa tomó el relevo en lo que ella se recomponía—. ¡Will, activa las armas ventrales, afina los sensores a máxima alerta! ¡George, a la torreta! ¡Alessa, el bloqueo de seguridad! ¡Nos haremos los muertos, pero si se aproximan con malas intenciones, les estaremos esperando! ¡No perdáis de vista las armas!

Su amiga se acercó y le tendió la mano, ayudándola a levantarse. Estaba torpe, tenía

pesadillas con sus diversos demonios y no descansaba bien. El viaje hasta Sarbeluc III casi se lo pasó en vela, atormentada por la posibilidad de que acabaran en otro desastre. Teresa lo sabía, así que iba cubriéndola en todo lo que le era humanamente posible. La levantó.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo cansada. Gracias. Mierda, la mitad de los paquetes siguen en la pista.

—Tranquila. Hemos hecho todo lo posible.

—Mejor. ¿Dónde habéis puesto *la* caja?

Teresa arqueó las cejas, mirando alrededor.

—Pues… no veo el palé.

—Por favor, no. Dime que no nos lo hemos olvidado.

—Grandullón, ¿la has subido tú?

—No, George fue a por cosas grandes. Son las más valiosas.

La capitana se dio una palmada en la frente. No pensaba echar la culpa a nadie, la responsabilidad de coordinar las operaciones era suya, y solo suya. Y al final, fue Pierce quien ordenó la retirada y Teresa la que la llevó a cabo. Ella se había limitado a morirse de miedo y contemplar la caída de la nave mientras maldecía para sus adentros.

—Espero que no pase nada con ella.

—Ya verás como no. Vamos a monitorizar el exterior y cuando se disipe la polvareda…

—¡Espera! —De repente, la iluminación de la idea la desbordó—. ¡Usemos las máscaras respiratorias!

—Acabamos de bloquear la nave, Kiara. Sí, podemos bajar a por ella, pero nos llenaremos de mierda, y tampoco veremos llegar a los bandidos. —Su amiga la miró con gravedad—. Will, ¿dicen algo desde la terminal del espaciopuerto?

—Que la situación está controlada. Ja. Ja. Ja. Usando nuestro radar, que no se optimizó para objetivos de tierra, todavía detecto ocho vehículos incursores. No se acercan, se enfrentan a los de seguridad o roban a los cargueros. Menos mal que no estamos por ahí, porque debe haber montada una buena.

—La caja del encargo se ha quedado fuera.

—¡No jodas! —Espetó él—. Bonitas manazas las mías. De todas formas, no hay problema, porque tengo activos los sensores. Si algo se mueve ahí abajo… ops.

Kiara se puso pálida, acercándose a toda velocidad a su compañera, que tenía puesto el altavoz.

—¡¿Qué pasa?!

—Hay un contacto. No sé de dónde coño ha salido, pero…

—¡Máscaras respiratorias, a la de ya! ¡Si hace falta, friego y hago la colada yo sola! —Chilló —. ¡No quiero que los malditos Cruzados nos la jueguen!

—¿Y la nave?

—¡Alessa, te ha tocado! ¡Vigila y si pasa algo, gritas! ¡Te dejamos viva la línea de

comunicaciones!

En cuestión de dos minutos, abrieron de nuevo la rampa, respetando la misma formación que antes, con Pierce de artillero del aerodeslizador. Iban cubiertos con capuchas y largos gabanes pensados para entornos desérticos, que les quitarían buena parte de la porquería.

La inmensa nube de polvo se coló en el interior, impregnando la bodega de proa de una asquerosa capa entre gris y marrón. Bajaron a toda velocidad, ejecutando una vez más el cierre de emergencia, minimizando así la suciedad que les tocaría eliminar. Encendieron también las linternas antiniebla que llevaban, buscando al intruso.

A Kiara casi le dio un infarto al comprobar que el cacareado contenedor no estaba. Se quedó pálida, empezó a respirar con dificultad dentro de la mascarilla que le cubría el óvalo de la cara desde la frente a la barbilla.

—¡¡Me cago en la puta flota y la luna que los desterró!! ¡¡No me lo puedo creer!!

—Un momento, que no cunda el pánico —Pierce encendió la cámara de amplio espectro de la placa de la torreta del aerodeslizador—. El térmico detecta… una cabeza. La ostia de lejos, en dirección a la valla de seguridad. ¡Por allí!

—¡Ese cabrón no lleva casco! ¡Vamos a por él!

—George pide un momento. Hay algo que no entiende.

—¡Cariño, se nos escapa el Cruzado!

—George no está seguro de que eso sea armadura personal.

—La única forma de que alguien mueva ese trasto es o siendo tú, o con servos —Le contestó Will—. El poliedro ese pesaba un huevo.

—Sí. Pero huellas de polvo no llegan a palé gravítico. Solo se marchan. Es raro.

Tanto la primera oficial como la capitana se acercaron a lo que señalaba el gigante. Ahí, en la roña levantada por la fragata derribada, se distinguían unas tenues pisadas. De pie pequeño, e incómodamente separadas entre sí. Parecían grandes zancadas, anormales, dando a entender que el dueño de esas piernas se tambaleaba. De hecho, la cara exterior de las huellas era más profunda que la interior, reforzando esa teoría. Joder. Hasta eso se le daba bien al gigante.

—¿Vino volando?

—George no ve rastro de aterrizaje. No sabe cómo intruso llegó aquí.

De repente, la alerta de *mierda hasta el cuello* apareció en el cerebro de Kiara. Se volvió hacia Teresa, que tenía la misma cara de súbita revelación. Se señalaron la una a la otra, hablando a la vez.

—¡¡La caja se fue sola!!

—¿Perdón?

—Arranca, hijo. Ese trasto no era un contenedor. ¡Es un cíborg!

—¡Por eso lo perseguían los *caralatas*!

—¡Pues vamos a entregarlo entero o a cachitos, y luego a dar parte! —Kiara amartilló el *Grito de Muerte* y saltó a bordo—. ¡Písale!

Teresa y George subieron al aerodeslizador lo más rápido posible, y Will aceleró hacia la

dirección en la que iba la cabeza. Le recortaron distancia enseguida, porque a pesar de que no se distinguía más allá de los diez o doce metros de neblina tóxica, el piloto alcanzó una velocidad propia de un suicida. Con los repulsores actualizados y las mejoras que le hicieron Pierce y Alessa, el vehículo era increíblemente ágil, incluso cuando iba a plena capacidad. Divisaron al objetivo según salía por una de las puertas de carga secundarias. Allí la nube era un poco menos espesa, y debido a la colocación de los edificios, se dispersaba con mayor velocidad que donde dejaron el *Pétalo Danzarín*.

Uno de los guardias de seguridad, que solo tenía un triste paño húmedo en la boca como protección contra el polvo tóxico, les indicó por señas por dónde se había largado aquella cosa, gritándoles al pasar que parecía una especie de robot. Menos mal que el tipo asumió alegremente que estaban en su bando y no en el de los cabrones que aún asaltaban las instalaciones que se suponía que vigilaba. Podrían haber acabado a tiros con él.

Giraron derrapando y rebasaron la garita de guardia, enfilando una corta carretera que se perdía en un vertedero industrial. Tuvieron que detenerse en la puerta, porque alguien había dejado allí unas trampas antitanques con forma de X de tres patas que no podrían sobrepasar. Tras detenerse, el piloto abrió el cuadro y sacó un alternador instalado ahí expresamente por su padre. Sin esa pieza, el vehículo perdía potencia y era imposible de arrancar. Luego, quitó el contacto y saltó detrás de los demás.

Ya veían a su objetivo. A la jodida caja le habían salido unos brazos y piernas de aspecto ridículo, además de la cabeza que Pierce detectó con el escáner térmico. Eran miembros de viga perforada, enclenques y escuálidos, aunque de alguna forma sorprendente soportaban perfectamente su peso. El engendro cibernético se bamboleaba, tal y como dedujeron de las huellas, para ganar velocidad. Lo cierto era que, aun siendo cómico, ese cabrón resultaba bastante rápido.

Los escuchó darle el alto, con las armas en la mano, y giró el cuello ciento ochenta grados mirando hacia atrás. No solo no aflojó el paso, sino que de alguna forma que se les escapaba, aceleró. Kiara, deteniéndose un instante, le disparó una ráfaga corta que rebotó contra su piel de *supracero*. Ni siquiera se tambaleó, su caparazón de *metatortuga* debía ser demasiado denso como para dañarlo sin munición perforante. Pierce se colocó a su lado. Tras seiscientos metros de carrera, jadeaba. Tenía que intentar que dejara el tabaco. A ver si Alessa podía ayudarla a convencerle.

—¡¡No me gusta… este sitio!! ¡¡Espero que… no nos… embosquen!!

Dreston juró entre dientes al darse cuenta de que tenía razón. La entrada en realidad estuvo bloqueada, solo que alguien reventó la puerta y dejó una de las secciones móviles de valla de alambre tirada en el suelo. Los edificios de gestión exteriores tenían aspecto de estar abandonados, y tras dejarlos atrás, se adentraban en una zona de restos.

A su alrededor, gigantescas pilas de componentes los contemplaban. Millones de circuitos viejos y destartalados yacían apilados unos sobre otros, conformando descomunales montañas artificiales de pura basura electrónica. Le extrañó. Ese lugar sería una auténtica mina de oro en manos de un reciclador experto o de una tribu carroñera y, sin embargo, no veía ni rastro de vida en las inmediaciones.

No solo eso, sino que tampoco encontraba evidencias de actividad de ningún tipo. Ni siquiera los restos de las huellas de los camiones o excavadoras inmensas que hacían falta cuando una levantaba pilas de inmundicia de aquellas dimensiones. Quizás el famoso declive que afectaba a

Sarbeluc III obligó al cierre del complejo, que estaría esperando tiempos mejores. A izquierda y derecha, los montículos de porquería iban creciendo de tamaño, y cada vez parecían más y más viejos.

Se obligó a empezar a mirar a lo alto, en lugar de seguir el desenfrenado ritmo que llevaban tanto Teresa como George. Will iba en medio de los dos grupos, solo, mientras que ella cerraba la marcha en pos de un cada vez más agotado Pierce. De repente, le pareció ver algo en lo alto.

Su objetivo, el hombre-caja, acababa de pasar por una garganta entre dos ciclópeas pilas de componentes. Tan grandes, que debían rozar los cien metros de alto. El paso tenía tan solo tres o cuatro de ancho, y zigzagueaba durante no menos de medio kilómetro hasta llegar al otro lado. Viéndolo en perspectiva, se asemejaba mucho al único puerto de una auténtica cordillera.

¡¡Mierda!!

No se lo imaginaba, en la montaña del lado izquierdo, camufladas con unas capas que simulaban el mismo color verdoso de las placas, se intuían dos figuras. Pequeñas, jorobadas. Seguramente otros cíborgs con alguna siniestra funcionalidad específica. Se frenó en seco, llamando por radio a los que iban delante.

—¡¡No entréis, es una tram…!!

Antes de que pudiera terminar la frase, hubo una serie de explosiones en la ladera opuesta a la que ocupaban las figuras. La detonación en cadena provocó un temblor terrible, que fue seguido de un alud de piezas y circuitos destrozados. La mitad del monte electrónico se venía abajo. Haciendo uso de sus reflejos superhumanos, George agarró a Teresa incluso girando sobre sí mismo. Aterrada, la primera oficial solo alcanzó a cubrirse la cabeza con las manos, en las que llevaba sus armas.

Sin embargo, ni siquiera la carrera más rápida de la vida del gigante fue suficiente. El derrumbe electrónico chocó con la ladera de enfrente, formando un maremoto de piezas sueltas que resbalaban unas sobre otras con un sonido a raspado entre desagradable y ominoso. Se les echó encima, y cuando empezó a empujar sus tobillos, el supersoldado subió a su compañera sobre su cabeza y la arrojó con todas sus fuerzas hacia delante.

No supieron si fue un cálculo mental portentoso o un inmenso prodigio de buena suerte, pero ella voló lo suficiente como para caer al final de la lengua verde que se arrastraba por el suelo, resbalando sobre ella sin llegar a ser engullida por el derrumbe.

George, por su parte, no tuvo tanta suerte. Fue atropellado por el colapso final de los circuitos, que hicieron que perdiera el pie tras salvar a Teresa. Lo vieron desaparecer entre las esquinas verdes y los bordes de resina. Cuando el ruido cesó, no sabían dónde estaba, y el paso había desaparecido.

—¡¡George!! ¡¡No!!

Kiara, desoyendo la voz de la prudencia, tiró al suelo su arma y echó a correr hacia los escombros. Se olvidó del hombre-caja, de los enanos cibernéticos, de los Cruzados, de los bandidos e incluso de su nave. Solo podía tirar de placas arruinadas, excavando desesperadamente con las manos enguantadas para intentar encontrar a su compañero y amigo.

La primera oficial, todavía en el suelo, se sintió tentada de lanzarse a ayudarla. Pero al alzar la vista nada más ponerse en pie, descubrió a las mismas figuras que Kiara, observándolos desde las alturas. No sabía quiénes eran, pero dado que unas detonaciones acababan de tirarles media

montaña de restos encima, decidió soltar sus pistolas milagrosamente intactas y agarrar el rifle. Lo cambió a modo francotirador en cuestión de un abrir y cerrar de ojos, y apuntando con la mayor presteza posible, disparó. El estampido sonó como un trueno, con un eco que tardó en desaparecer. Tuvo mala suerte. La vieron venir, y el impacto arrancó trozos de resina de la cobertura en lugar de alcanzar el blanco. Recargó, buscando el objetivo de nuevo, arrodillada.

—¡¡Tenemos enemigos encima, capitana!!

—¡¡Ayúdame, George está atrapado!!

—¡¡No puedo!! —A Teresa la culpabilidad la quemaba por dentro—. ¡¡Sé que ha sido por salvarme, pero si dejo de vigilar, lo mismo morimos los tres!!

—¡¿Cómo que tres?! ¡¿Dónde narices están los Trevor?!

Ni Will ni Pierce se encontraban en las inmediaciones. Con un pensamiento muy analítico, el padre concluyó en pocos instantes que no podrían sacar a su compañero con vida usando las manos desnudas. Así que llamó a su hijo, y ambos regresaron al aerodeslizador tan rápido como pudieron. Una vez allí, el piloto puso el aparato en marcha, mientras el mecánico buscaba un punto débil en el perímetro del recinto. No fue difícil dar con él. A unos diez o doce metros a la derecha de la entrada, descubrió que alguien ya cortó la alambrada e hizo hueco para colarse por ahí. Solo tuvieron que subir al vehículo, acelerar y embestir.

El aerodeslizador se llevó varios raspones importantes al cruzar entre dos montañas de restos y pasar a través de la malla, pero Will lo enderezó enseguida. Estaban de vuelta en cosa de pocos minutos, aunque en aquellas circunstancias, cada segundo contaba. El piloto bajó enarbolando un pico, y le arrojó una pala a la capitana. Ambas herramientas, aunque toscas, eran exactamente lo que necesitaban. Pierce, por su parte, intercambió algunas palabras con Teresa y decidió que lo mejor era apuntar la ametralladora montada por si los de la emboscada asomaban la nariz. Repasó las alturas con el sensor térmico, mientras sus malogrados pulmones ardían por el esfuerzo. Nada.

A medida que pasaba el tiempo, la desesperación se iba apoderando de ellos. Cada vez era menos probable encontrar a George con vida, y lo sabían. Si estaba herido debido a alguna pieza afilada, podía desangrarse incluso con sus superpoderes de regeneración. Y, además, ahí debajo acabaría por asfixiarse.

De repente, a pocos metros de donde estaban cavando la capitana y el piloto, sucedió un milagro. Una manaza gigante salió, llena de cortes, derribando un par de placas de circuitos. Pierce lo vio, y gritando a sus compañeros, les indicó dónde se asomaba el grandullón. Fue Teresa la que primero reaccionó. Ahora que el mecánico los cubría también, guardó sus armas y fue a la parte trasera del aerodeslizador, que daba a la montaña de restos en aquellos momentos. Soltó el gancho con el cable de remolque, arrastrándolo hacia el supersoldado. Cuando alcanzó la manaza, Will y Kiara ya cavaban a su alrededor con el máximo cuidado posible para no darle.

—¡No sé si me oyes George, pero si es así, agárrate con todas tus fuerzas a esto!

Dio una vuelta de cable grueso alrededor de la muñeca, y les entregó el gancho a los dedos que sobresalían. Estos se cerraron de inmediato sobre la pieza de *supracero* pensada para remolcar palés o cargas pesadas, poniéndose blancos debido a la presión que ejercieron. Sin esperar a nada más, la primera oficial subió al puesto de Will y empezó a mover el repulsor con delicadeza hacia delante. En cuanto el carrete se tensó, este tiró del grandullón, haciendo que los restos crujieran y se desmoronaran. En cuestión de unos segundos, su hombro y su cabeza

estaban fuera. Le pidieron que parara.

Dreston se le echó encima a la figura medio enterrada, cubierta de cortes y de golpes por todas partes. Las afiladas aristas de las placas astilladas le habían dejado hecho una auténtica pena. Le quitó la careta respiratoria agrietada y raspada. Gracias a las estrellas, el llevarla puesta le permitió respirar bajo la escoria electrónica.

—¡¡Espacio!! ¡¡Dime algo!! ¡¿Cómo estás?!

—George… ha tenido días mejores. Cree que solo hay cortes y magulladuras, pero montaña de basura aprieta mucho. George quiere salir de aquí, por favor.

Fueron repitiendo el proceso poco a poco. Primero sacaron el otro brazo, que sangraba en abundancia, taparon la hemorragia principal y le ayudaron a colocarlo en el gancho. Al final, pasados casi quince minutos agónicos, desatascaron la segunda bota y lo tumbaron boca arriba. Por fortuna, solo tenía una inmensa cantidad de laceraciones menores y de golpes. Nada roto.

La primera oficial le abrazó sin mediar palabra, y él le colocó la manaza en la cabeza, sonriente. Lo auxiliaron como pudieron para que subiera a bordo del aerodeslizador, ocupando por completo el asiento del medio. Dreston y Teresa se colocaron flanqueando el aparato, y Pierce siguió usando la torreta.

Menuda mierda. No solo perdían al cíborg-caja, sino que sus jodidos amigos les tiraban una montaña encima. Volverían a la nave, se reorganizarían, y se adentrarían en el vertedero a darle caza. Se iban a acordar de sus ancestros hasta la octava generación.

Entregarían el maldito paquete, pero antes le meterían a ese cabrón una granada de mano dentro y cerrarían la tapa. Lo que más fastidiaba a Kiara, que iba jurando en varias lenguas extintas, era que esa asesina de Morris llevara razón. Debió decirles qué taquilla era. Absalón seguiría vivo, George estaría bien y ese planeta de mierda conservaría su montaña de detritus.



Por orgullo mataré a ese capullo

Regresaron por la pista en silencio, con la capitana y la primera oficial escoltando el aerodeslizador. George seguía tumbado en el asiento central, comiéndose las provisiones de emergencia con inusual lentitud. El pobre iba machacado, a pesar de que sus heridas se cerraban al ritmo habitual. Por suerte, no tenía fracturas ni laceraciones graves, pero las magulladuras eran tan numerosas que casi no podía ni moverse. Su organismo terminaría absorbiendo todo el daño, aunque esa vez iba a costarle más de lo normal.

Desandaron el camino sin prisa, casi dando un paseo. El tipo-caja se había escapado y Alessa les informó de que la torre de control del espaciopuerto daba por solucionado el asunto del ataque, así que resultaría absurdo pegarse una carrera sin saber qué harían a continuación.

Dreston iba sumida en sus pensamientos, con el ceño fruncido. El encargo estaba jodido, perderían tanto el dinero como la puntuación. Por suerte, el resto de cajas salieron razonablemente intactas, por lo que en realidad el mayor destrozo sería reputacional. Lo que más le molestaba, y mucho, era lo de Absalón. El pobre se sacrificó *para nada*.

Gruñó, sospechando que se metieron en una trampa desde el principio. Los trabajos crípticos eran habituales, no se les podía echar en cara a los transportistas que llevaran algo chungo. Eso era problema de los aduaneros. A los corsarios, como mucho, se los llamaba para que testificaran acerca de la forma o el lugar en los que el objeto ilegal llegó a sus manos.

El pensamiento de estar jugando una partida amañada se abrió paso como un *metaelefante* en una cristalería. Mierda. Debió sospecharlo. Seguro que alguien se la jugó con el contrato, sabiendo que en el pasado se cruzó con cíborgs. Después de todo, por obligación, esa información constaba en su perfil público. Incluso si no se trataba de una venganza pueril por parte de *Helios*, quizás uno de sus compinches la encontró y decidió utilizar sus servicios contra los *Cuervos Negros*. Magnífico. Igual le tocaba llamar a Eli y decirle que la habían liado. Solo una idiota como ella, agotada por no saber centrarse en descansar, pasaría por alto la posibilidad de que la caja fuera un *mecanizado*. Iba a…

Teresa se detuvo de repente, sacándola de sus pensamientos. Estaban en la puerta del complejo del espaciopuerto, que tenía una arcada cuadrada sobre la que se erguía un puesto de vigía blindado. La escalerilla estaba prácticamente al lado de la caseta, que en aquellos momentos se encontraba vacía.

—Un segundo. ¿Dónde está el guardia del pañuelo?

—Espera que activo de nuevo el térmi…

Se oyó una detonación, y el mecánico gimió, ladeándose. Se desplomó de costado, rodando hacia atrás sobre el chasis del aparato. De ahí cayó al suelo como un fardo, levantando una capa del tóxico polvo fino que cubría el firme. El piloto pegó un volantazo, colocándose de costado ante ellas, interponiendo el vehículo un instante antes de que empezaran a dispararles. No pudo llegar a bajar, porque los proyectiles rebotaron contra la pintura negra como una granizada.

—¡¡Emboscada!!

—¡¡Aguanta, papá!!

—¡¡A cubierto!!

Una banda de asaltantes emergió de detrás de unos contenedores, disparando a discreción.

Tanto Teresa como Kiara pudieron salir y ponerse a cubierto tras los dos puntales de la arcada, pero se quedaron inmovilizadas por el fuego de supresión.

Dreston solo tenía ojos para el mecánico, que seguía tirado en el suelo boca abajo tras el aparato. Su creciente ansiedad desapareció cuando su tercer padre movió lentamente la mano izquierda hasta dejar el pulgar en solitario, apuntando hacia arriba. Menos mal. Se estaba haciendo el muerto para que no le remataran. Después de todo, algunas armas podrían atravesar el campo de repulsión si tenían suficiente potencia, y alcanzarle.

Le llevó medio segundo darse cuenta de la increíble suerte que volvía a acompañarlos. Pierce llevaba chaleco antibalas, como todos los demás. Se los pusieron nada más concluir que la caja traería problemas. Le jodió pensar que igual el numerito de Morris le había salvado la vida al Trevor Sénior.

Se llevó la mano al oído.

—¡¡Will, le veo!! ¡¡Está bien, solo disimula!! ¡¡Necesito más humo, nos están acribillando!!

El piloto abrió la guantera mientras le caían encima balas machacadas tras rebotar contra el vehículo, o cristalitos pequeños del parabrisas reventado. Sacó dos granadas y, procurando que su mano saliera poco de la cobertura para que no le alcanzaran, las arrojó lo más lejos posible.

No fue su mejor jugada, aunque teniendo en cuenta las circunstancias, no salió nada mal. El fuego enemigo cesó en cuanto los corsarios se vieron envueltos en una densa humareda que se sumó a los restos de la neblina tóxica cada vez más dispersa. En circunstancias normales, la tos se habría apoderado de ellos, pero como seguían llevando sus mascarillas puestas, no les afectaría en absoluto.

Lamentablemente, el respiro duró poco. Pasados unos segundos, los otros retomaron la ofensiva. No les dio tiempo a cambiar de posición. De hecho, Teresa acabó con el guardapolvo negro agujereado.

Los muy cabrones debieron aprovechar para recargar, o peor, posicionarse. Empezaron a dispararles con un arma de cinta, seguramente una ametralladora pesada montada en un trípode, equivalente a la que llevaba Dreston o a la que George acababa de perder bajo la montaña de circuitos. La granizada arreció, el vehículo amenazaba con dejar de funcionar en cualquier momento. Seguían sin poder moverse, solo que ahora tampoco veían al enemigo. Alrededor de los puntales de la puerta continuaban saltando chispazos.

Los fogonazos estaban cada vez más cercanos. Si se aproximaban más, pronto podrían arrojar granadas y se terminaría el juego.

—¡¡Will, saca el aparato de aquí como puedas!!

—¡¡Sin ver a papá, igual le aplasto!!

—¡¡Nos van a matar!! ¡¡George y tú podéis conseguirlo!!

—¡¡De eso nada!! ¡¡Grandullón, te paso una granada y…!! ¡¿Dónde estás?!

Prácticamente a la vez que el piloto descubría la ausencia del supersoldado mirando bajo el asiento, el tableteo del arma pesada desapareció. Se oyeron varios gritos, y los fogonazos cambiaron de dirección. Teresa, que usaba un espejo, se llevó la mano a la oreja.

—¡¡Sígueme, Kiara!! ¡¡No dispares!!

Y sin más explicaciones, se lanzó hacia delante. Dreston no se lo pensó, entendiendo de

inmediato tanto el plan de su compañera como lo que sucedía. Se descolgó el *Grito de Muerte*, y dejándolo en el suelo con la esperanza de que no sufriese daño, se lanzó a la carga con la espada de su padre desenvainada.

Le llevó unos instantes entrar en la refriega. La primera oficial había guardado una de las pistolas, empuñando el arma de Hassan Le Darab con la mano libre. La humareda se transformó en una lucha cuerpo a cuerpo. Los enemigos trataban de disparar con sus armas largas a quemarropa, sin llegar a acertar, mientras ellas dos lanzaban tajos y cuchilladas.

A pesar de que la sorprendente acción desbordó a sus rivales, se dieron cuenta rápido de que algo no iba bien. A veces los golpes rebotaban en sitios inesperados, como si hubiese armadura. Luego, ciertos impactos potencialmente mortales no derribaban al objetivo. Dreston seccionó el cuello a un tipo, provocando un surtidor de sangre, y el otro respondió agarrando el arma del cañón y golpeándole con ella en un hombro.

Se fue al suelo, dolorida, mientras su rival levantaba la culata para abrirle la cabeza. Justo en ese momento, una sombra ominosa apareció tras el enemigo, aplastándole el cráneo con las manos desnudas. El atacante se desplomó, destrozado, mientras la sombra desaparecía de nuevo. Aturdida, volvió a ponerse en pie, escuchando los estampidos cercanos del arma de Teresa. Le pareció verla a su izquierda, entre el humo, así que se acercó dispuesta a ayudarla.

La imagen la dejó tan patidifusa que necesitó detenerse un instante a procesarla. Su primera oficial le disparaba directamente a la cara a un tipo. Varias veces, sin conseguir ningún efecto. El sujeto en cuestión ya llevaba clavada la espada de Le Darab en el pecho, y podía ver la punta sobresaliéndole por la espalda.

¡¿Qué era esa cosa?! ¡¿Un zombi, o algo así?!

Sin darse más tiempo a dejar vendida a su amiga, agarró la empuñadura con ambas manos y lanzó otro tajo al cuello, apuntando a la zona de la columna en primer lugar. Esa vez, por suerte, decapitó limpiamente al tipo. Se desplomó. Teresa, jadeante, la miraba con terror.

—¡¿Qué narices está pasando?!

De repente se le ocurrió lo que sucedía. Pues claro. Tonta, y mil veces tonta. El tipo-caja se la debió liar desde el principio, aprovechando su oportunidad para escapar y llamar a los refuerzos en cuanto pudo. Los del desguace debían ser los centinelas, encargados solamente de cortarles el paso hasta que llegaran los demás.

Deteniéndose un segundo a mirar, se dio cuenta de que tenía razón. La cabeza seccionada no llevaba casco. Alguien le añadió una máscara de *supracero*, soldada al hueso por encima y debajo de las orejas. Sus ojos eran metálicos, réplicas artificiales que todavía la miraban a pesar de estar separados del resto del cuerpo.

—¡¡Son *chatarras*!! ¡¡Si algo no los mata, cambia!! ¡¡No habrá dos iguales!!

La lucha subsiguiente fue intensa. Tras unos minutos más de aplastamientos, cortes y tiros a quemarropa, el humo denso empezó a dispersarse. Encontraron once enemigos muertos, la mayoría abatidos por George, que se dejó caer de espaldas al suelo, agotado. Will se acercó en el vehículo, con su padre sentado en el asiento central, tocándose el pecho.

—Madre mía. Qué escabechina. ¿Estáis bien?

—Amén de varios desgarrones y agujeros en la ropa, sí —Dreston trató de recuperar el resuello—. Yo solo estoy magullada, gracias a nuestro ángel de la guarda.

—George tiene… muchísima hambre.

—Abriremos las reservas, cariño. Pierce, ¿y tú?

—Llevaba chaleco, y ahora tengo dos maravillosos moratones. Gracias al espacio. Hemos tardado porque Will me estaba comprobando.

—Sin problema —Teresa se colocó la espada manchada de sangre y aceite en el hombro—. Estos tipos llevan un logo corporativo. ¿Lo conoces?

—*Tesurian* —contestó el mecánico—. Son los que, entre otras cosas, fabrican a los asesinos cibernéticos de la Gran Cámara de Comercio. Uno de los mayores ejemplos de hipocresía de este falso estado.

—Magnífico. ¿Alguien más sospecha que nos la han liado?

Hubo un levantamiento unánime de manos. Buscaron al guardia, al que encontraron asesinado en su garita. Llamaron a la seguridad del espaciopuerto y, tras esperar a que se presentaran dos agentes con un vehículo artillado de patrulla, les contaron lo sucedido. Estos tomaron nota diligentemente, hicieron fotos al escenario del combate y les aseguraron que *GalactoPuertos Sociedad Ilimitada* investigaría el incidente con la otra corporación y daría parte a la autoridad correspondiente.

Una vez completado el papeleo, les pidieron que regresaran a su nave y esperasen instrucciones, porque igual les correspondía una indemnización por los daños recibidos, que cubriría el seguro empresarial. Después de todo, el ataque había sucedido dentro de sus instalaciones y el personal de vigilancia llegó demasiado tarde para defenderlos o fue superado.

Con la amarga sensación de que el pobre centinela asesinado no le importaba a nadie, se ducharon y cambiaron para eliminar el polvo tóxico y cada uno se puso a lo suyo. Pierce se marchó a la enfermería acompañado de Alessa, Will fue a las comunicaciones a esperar la llamada prometida, George a ponerse morado y Teresa y Kiara al camarote de la capitana.

Repasaron juntas el encargo de la caja, y les pareció igual de críptico que al principio, sin diferencias ni matices ocultos. Investigaron, cada una en su equipo personal de muñeca, al empleador. Tenía pinta de empresa fantasma, que dejaba pocas pistas acerca de quién era su verdadero dueño. Podía tratarse perfectamente de los *Tesurian*, de los Cruzados o de cualquier otro. La lógica apuntaba a los primeros, pero de ser así… ¿Por qué no esperaron a que entregaran el paquete, y lo recogieron tranquilamente? ¿Les merecía la pena ahorrarse los créditos que les costaría su factura? ¿Realmente querían hacerles la puñeta con una mala reseña, en lugar de matarlos sin más?

Aquello daba que pensar. Tenían que perseguir al cíborg ya no solo por el contrato, sino también para encontrar algunas respuestas. A ninguna de las dos les hacía gracia pensar que las hubieran involucrado en una guerra secreta, o peor, que *Helios* estuviera dispuesto a perseguirlas y matarlas igual que el rey pirata o que el ya preso Von Arvein.

Teresa descubrió algo interesante. El vertedero no pertenecía a la *Corporación Tesurian*, sino que legalmente estaba a nombre de una pyme quebrada llamada *Reciclotrónicos*, y que en la actualidad lo controlaba una banda de guerra caníbal conocida como *Los Coleccionistas de Huesos*. Lo único que lo hacía especial era que estaba situado exactamente entre el espaciopuerto y la sede regional de la corporación cibernética. Se trataba de la ruta más corta, en línea prácticamente recta.

En resumidas cuentas: ni los Cruzados ni los *Tesurian* los contrataron. Los primeros quisieron interceptar al tipo-caja. Los segundos rescatarlo. Los caníbales les cortaron el paso cuando trataron de atravesar sus dominios, procurando matarlos sin esfuerzo para desenterrarlos y comérselos después. Y quienquiera que hubiese pedido que llevaran a ese bastardo de Nados II a Sarbeluc III, no era ninguno de los tres grupos. Quizás se trataba de un intermediario contratado por el cíborg para despistar a los *Cuervos Negros*, pero no dejaba de ser una suposición.

Dreston buscó en la Central de Patentes de Corso local. Remotamente, usando sus credenciales de capitana, encontró un nuevo trabajo. Alguien pedía la cabeza del *Señor de los Huesos*, jefe de la banda. Era uno de esos contratos a los que una se suscribía, y que se firmaban y pagaban a la vez, cuando se completaba. Kiara se apuntó. Nadie más optaba a la recompensa en aquellos momentos. Lógico, porque era bastante mala, y encima varias empresas pujaban por ella. Literalmente, todas las que rodeaban el vertedero, incluyendo los *Tesurian*.

Teresa arqueó las cejas.

—¿Nos vamos a meter ahí a liquidar a ese tipo? ¿En serio?

—Tenemos que llegar al fondo de este asunto. Algo huele fatal en todo esto, y no hablo de la basura digital. Es una pelea como mínimo a tres bandas, y seguimos sin tener ni idea de quién ha emitido nuestro contrato. Pero me queda claro que quienquiera que fuera, sabía que esa caja contenía a alguien. A un tipo que, conscientemente, se puso el cuerpo de un contenedor.

—Sabía que tendría que esquivar a los caníbales. Pero sospechas que no lo logrará porque le vieron en su forma androide. Así que crees que recuperar lo que dejen, nos dará información.

—O, en el peor caso, parcheamos un poco los restos y decimos que no lo hemos abierto. Es mejor que no entregar nada.

—Meternos en territorio caníbal no es un buen plan. Estaríamos en su casa. O peor, su coto de caza.

—Mira la ficha. Se comen a los que van a abandonar niños o a recuperar metales, se cargaron a los chatarreros que no tenían licencia de armas…

—Veo tu punto. No tiene pinta de que sean los niños más peligrosos del patio, a pesar de sus costumbres antropófagas. Pero aun así nos tiraron una montaña encima. Indefensos, no están.

—Nos sorprendieron porque no sabíamos que estaban ahí. Soltaremos los drones de reconocimiento con cámara térmica en los que ha estado trabajando Alessa, y cartografiaremos este sitio desde el aire. Se quedarán ahí para advertirnos qué se cuece y rebotarnos la señal del *Pétalo Danzarín*, porque sospecho que ese vertedero interfiere las comunicaciones. Luego, los buscaremos y exigiremos al rehén. Si nos lo devuelven vivo o muerto, nos largaremos sin más. Si no, usaremos nuestro equipo y nos impondremos.

—Puede que los estés subestimando. Hemos visto a unos bandidos derribar una fragata militar desde un camión hace menos de tres horas.

—No sabrán que tenemos actualizaciones de campo a tiempo real. Y si todo se va a la mierda, pediremos a Pierce y Alessa que nos sobrevuelen y hagan un único disparo de advertencia. Mala suerte será que estos también tengan misiles antibuque.

—Ah, bueno. Eso es diferente. —Teresa relajó la postura tensa—. Claro, trayendo los juguetes grandes, la cosa cambia. Me imagino que una tribu de barrio no se esperará que unos forasteros lleven una corbeta armada a una pelea de cuchillos. No parece que sean como los

bandidos de las llanuras que echaron abajo la fragata.

—Exacto. La artillería naval es una ventaja inmensa, a la que quizás deberíamos recurrir con más frecuencia. En este caso, además, la tenemos literalmente al lado. Casi con despegar, se nos pondrían encima.

—Vale, pues visto así, me parece bien. Cuando lo del *Motor de Vacío*, habría funcionado de no tratarse de un arma de destrucción masiva Xeno. Aun así, necesito preguntártelo antes de bajar y ponerme de tu lado. ¿Por qué tanta inquina? ¿Es de verdad por *nuestra reputación*, o te preocupa algo más?

Dreston miró al infinito. En el fondo, una parte de sí misma seguía añorando a Hussman y su caza personal. La respuesta a esa pregunta no era fácil. Pero tras darle vueltas, la realidad se le antojó clara como el agua depurada. No quedaba nadie más que ella y esa gilipollas de Morris entre la nave monstruosa y la humanidad. Y viendo cómo se desenvolvía en primera persona, de repente sentía que debía limpiar al menos la basura que se fuera encontrando. Ser cómplice de un cíborg la enfermaba. Y que el comerciante hubiera muerto en vano, más.

Miró a su compañera.

—Siendo sincera, podría decirte que me preocupa haber soltado un cíborg en el planeta equivocado, que son los puntos o el dinero —Todo eso sumaba, claro—. Pero hay otro motivo. Es orgullo. Me jode que una caja con forma de gallina se me escape después del tiempo, dolor y esfuerzo que hemos invertido en ella. Además… el pistolero de la cabrona de Morris se cargó a Absalón y odiaría que fuera para nada.

Teresa asintió. Sí, lo comprendía.

—Bueno, pues revisaré tu plan con mucho cuidado, si te parece. El orgullo, el resentimiento y el temor suelen conducir a enormes desastres. Pero antes de ir a ninguna parte, te echarás una siesta. No es negociable.

El amenazador índice de la primera oficial convenció a Dreston de que no merecería la pena discutir. Además, sí que necesitaba descansar.



En el país de los huesos… ¿quién es el rey?

Kiara resbaló, y Teresa le agarró el hombro para que no cayera por el borde. La capitana se lo agradeció, apretando los dientes a medida que la placa que cedió bajo su bota rebotaba montaña abajo. El gigante se volvió, siseándoles que guardaran silencio.

El asalto al vertedero comenzó al caer el sol, tras una siesta memorable. A pesar de ello, sin embargo, Kiara seguía cansada. Entraron cortando una valla cercana a una carretera, sorteando la inmensa cordillera de detritus que el enemigo les tiró encima. Pasaron directamente a la siguiente zona, escalando una ladera accesible que exploraron por vía aérea con los drones de reconocimiento. Tras darse cuenta de que podrían subir por ella, la marcaron como punto de entrada y procedieron a trazar el plan.

Pusieron toda la carne en el asador. Llevaban unas gafas de visión nocturna de modelo aviador, de calidad mediocre, con las que se hicieron durante un enfrentamiento con una tripulación pirata en los anillos de Tulip II. También sacaron fusiles de asalto del arsenal para equipar a George, a la capitana y a Will, pensando en ganar movilidad en un entorno donde el combate a media distancia cobraría importancia. La primera oficial podría encargarse de cualquier francotirador, y el enemigo no acudiría al cuerpo a cuerpo mientras el gigante estuviera cerca de ellos.

La cámara térmica de los drones iba actualizando a Pierce y Alessa, que controlaban uno cada uno, e iban barriendo los alrededores como silenciosos pájaros en busca de su presa. No en vano, la ingeniera los bautizó con los nombres de Hugin y Munin, que eran los cuervos de un viejo dios de la guerra terrestre.

Ya en plena forma, George abría la marcha. A él no le hacían falta unas gafas especiales en un entorno con la iluminación que tenía el vertedero en aquellos momentos. Distinguía prácticamente todo a la misma distancia que ellos. Decía que las gafas le molestaban, que con la tenue luz que llegaba de las farolas situadas fuera de las instalaciones veía mejor que con el aparato.

Los condujo por una cordillera peligrosa, sabedor de que no encontrarían enemigos en las inmediaciones. Solo había un par de patrullas de a dos, que se movían despacio, acechando entre los montones de basura. Las esquivaron, buscando un momento adecuado en el que atrapar a los pandilleros. Los atarían e interrogarían para averiguar dónde estaba su base y con cuántos miembros contaba el clan caníbal.

Por lo que ya sabían, la gente evitaba el vertedero no solo por la presencia de la banda, sino porque existía una leyenda negra acerca de que sus componentes salían de los escombros y atrapaban a todo el que osaba entrar en su *reino*. La cruda realidad, sospechaba Dreston, apuntaba a que se trataba de un grupo de mendigos zumbados que forjó una reputación para ocupar una propiedad en un planeta cada vez más deprimido.

Llegaron al punto correcto. George les indicó que se agacharan, así que tanto ellas como el piloto se echaron cuerpo a tierra. El suelo crujió, inestable y frío, en cuanto lo tocaron. Olía a humedad, a basura y a polvo. No era como otros vertederos ilegales, donde el hedor resultaba insoportable, sino que tenía un aroma a cable quemado que todos conocían bien. A plástico derretido, a algo que se ha fundido en el peor momento posible.

Kiara sacó su catalejo electrónico y lo superpuso a las gafas de visión nocturna. Abajo, en el

lugar exacto que les indicó el dron de Alessa, aguardaban dos figuras. Pequeñas, envueltas en capas de camuflaje, moviéndose a tientas a la luz de un farolillo tenue que iban escondiendo. Tras asegurarse de que no encontrarían más enemigos en los alrededores por todos los medios a su alcance, empezaron a descender. Se dividieron en dos parejas, yendo la capitana y el gigante por la derecha y los otros dos por la izquierda. Se lo tomaron con calma, primando el sigilo sobre la velocidad.

Aquellos engendros, fueran orgánicos o cibernéticos, iban muy despacio. En el fondo tenía sentido, entraron con la máxima discreción posible, y sabiendo dónde estaban las patrullas en cada momento. No tenían por qué sospechar que nadie estuviera tan loco como para acceder a sus dominios en completa oscuridad, y menos con la intención de darles caza.

Teresa y Will se apostaron tras un montículo de carcasas de ordenadores, mientras los otros se acercaban como sombras fugaces en la penumbra.

De repente, el gigante echó a correr, recortando los quince metros que los separaban de sus objetivos. Lo hizo como una exhalación, en un parpadeo, hasta agarrar al que llevaba la luz. La figura emitió un grito agudo, y de repente el gigante se quedó paralizado con ella en la manaza.

El otro sujeto huyó despavorido, abandonando a su compañero a su suerte. Teresa amagó con dispararle, pero luego vio lo mismo que George a través de la mira de su rifle, y quitó el dedo del gatillo, poniendo el seguro para consternación del piloto.

—¡Qué se escapa, y va a avisar a los demás! —Kiara subió el tono por la radio, aproximándose a su compañero—. ¡¿Qué hacéis?!

La capitana lo entendió cuando se acercó y vio la figura que se revolvía, agarrada del cuello de la camisa y la capa de camuflaje, a la luz del tenue farolillo. Se quedó tan patidifusa como el supersoldado.

—¡Suéltame! ¡Déjame ir!

Tras perder el casco de plato, hecho con los restos de un dron no muy diferente de los suyos, era obvio que lo que George había atrapado era una niña. Una pequeña, de quizás siete u ocho años, vestida con una mezcla de harapos y equipo pensado para alguien mucho más grande que ella. Levantando la vista, difuminada por la proximidad de una fuente de luz, resultaba evidente que el otro objetivo que se escapaba debía tener la misma edad. Había arrojado al suelo su rifle proporcionalmente inmenso antes de huir. No se enfrentaban a cíborgs de reducido tamaño, o de engendros producto de la endogamia entre caníbales. ¡Se trataba de dos pequeñas!

—¡El señor y su montura os harán pedazos si me hacéis daño! ¡Suéltame, monstruo!

—George no es un…

De repente, el asombro se disipó lo suficiente en la cabeza de Dreston como para que fuera capaz de reaccionar. Se giró a los otros, con la mano en el comunicador, repentinamente aterrorizada.

—¡¡Se sigue escapando!! ¡¡Tenemos que alcanzar a esa niña y detenerla sin hacerle daño, o delatará nuestra posición y no tendremos otra oportunidad!!

—¡Eso, si salimos de aquí! —Replicó Will, echando a correr tras Kiara y el gigante—. ¡¿Has oído, papá?!

—Alto y claro. Posiciono a Munin sobre ella, a ver a dónde va. Alessa colocará a Hugin en

los alrededores, tratando de divisar a cualquiera que os pueda causar problemas. Aunque consume mucha batería, pasaremos a nivel activo para conseguir mejor resolución. En cuanto pueda, voy arrancando la nave. Por si tenéis que salir de ahí muy, muy deprisa.

George se colocó a la niña bajo el brazo, sin que esta dejara de protestar y chillar exigiendo su liberación. Trató incluso de morderle, pero el atuendo reforzado del supersoldado era demasiado grueso como para que unos dientes mellados y aún a medio cambiar le hicieran daño.

Todos, en fila, le recortaron metros a su presa con una pasmosa facilidad. No se trataba de una enemiga fibrosa y en forma, sino de una pequeña escuálida cargada con equipo de adultos que jugaba a patrullar por un lugar tenebroso y siniestro. Tenían que decir que, a pesar de la oscuridad y de su corta edad, la prófuga se movía con una agilidad y velocidad sobresalientes.

Dejaron atrás una colina de servidores destrozados, una jungla de cables de red que les recordaba a la maraña de raíces de la *entidad uno*, montículos de circuitos y una zanja hasta arriba de conectores estándar sin soldar.

La pequeña esprintó, tropezando con algún trozo de chatarra abandonado en el suelo. Casi se fue de bruces, aunque tuvo la suficiente agilidad como para permanecer en pie contra todo pronóstico. Estaban a punto de alcanzarla cuando enfiló una cavidad en una de las montañas de basura, haciendo un quiebro. Se imaginaron que era un escondrijo, una madriguera en la que pretendería pasar desapercibida. O quizás buscaba un reducto en el que ellos no cabrían. Incluso peor, podía encontrar una radio con la que llamar a los demás enemigos y pedir refuerzos.

Entraron en tromba prácticamente a punto de atraparla, y pasados cinco o seis metros de galería, un estampido sordo puso de manifiesto que acababan de cometer una estupidez. Se detuvieron en seco, volviéndose para descubrir que una chapa acorazada los aislaba del exterior.

¡Boba! ¡Mil veces tonta! ¡¿Es que ni se le pasaba por la cabeza a aquellas alturas que la niña pudiera ser un cebo?!

Cabreada, se volvió hacia la mocosa caníbal que George llevaba bajo el brazo. Le colocó un índice enguantado en un hombro, apretándole sin llegar a causarle ningún daño.

—Más te vale contestarme a esta pregunta, hacerlo rapidito y de forma concisa. ¿Dónde acabamos de meternos?

—En una trampa. Estáis en mi casa, y el señor os va a dar una paliza por agarrarme.

Teresa también se volvió a la cautiva, mientras el piloto y el gigante intentaban inútilmente tumbar la puerta. Debía de tratarse de una entrada ultrarresistente si George, aunque solo estuviera usando una mano, era incapaz de moverla ni un milímetro. La primera oficial decidió jugar a poli bueno y poli malo.

—A ver, pequeña. ¿De verdad crees que vamos a hacerte daño?

—Todo el mundo lo intenta, excepto el señor.

—¿Así que el jefazo caníbal os cuida?

—No voy a contestar a eso.

—Igual te llevas una azotaina.

—No vamos a hacerte daño —Teresa apartó a su amiga, sin tener claro si lo decía en serio o no—. Pero tampoco queremos que tu señor nos lo haga. ¿Lo entiendes?

—¿Y por qué venís a nuestro reino de noche, con armas, y me capturáis?

—¿Nos habrías disparado a pleno día, de vernos?

—Sí.

—Pues por eso. No queremos pelea. Buscamos a un eh… cajón que se escapó corriendo de nuestra nave.

—Los cajones no hacen eso.

—Chica lista —contestó Will, gimiendo por el esfuerzo—. Nada. Esto ni se inmuta. Y no tenemos sopletes de fusión con qué cortarlo.

—Kiara a *Pétalo Danzarín* —La corsaria tocó el comunicador—. ¿Me recibís?

—Afirmativo. Eso ha sido estúpido.

—Ya. Y la otra se ha escapado, Pierce. ¿Puedes arrancar la nave ya?

—Está calentando. He venido corriendo a la cabina cuando he visto que os metíais de lleno en una trampa.

—Ese vejete es más listo que vosotros —La niña empezaba a resultar repelente—. No solo no ha venido, sino que se ha dado cuenta de que os la hemos jugado.

—¿Sabes lo que es un cañón naval, chiqui?

—No.

—Pues es como tu rifle, pero las balas son tan grandes que el tipo que te tiene agarrado cabe dentro del arma —Contestó Pierce—. Diles a tus amigos de la emboscada que como hagan daño a los míos, pienso dispararlo contra vuestra casa muchas veces hasta convertirla en un descampado. Hemos venido por las buenas, pero no confundas eso con que somos tontos.

Se oyó tragar saliva a la canija. Suspirando, se miraron unos a otros. George se bajó las gafas de visión nocturna en la completa oscuridad de la no demasiado espaciosa cueva, y comenzaron a caminar. De la prófuga no quedaba ni rastro, tan solo se oían puntuales gotitas filtrándose por las grietas de las paredes compactadas hechas de componentes. Cambiaron por completo el enfoque, moviéndose como animales peligrosos atrapados en la madriguera de su supuesta presa.

Se paraban cada poco a escuchar o, mejor, a permitir al gigante hacerlo. Fueron avanzando durante unos minutos hasta que las paredes desaparecieron tras cruzar unas puertas blindadas abiertas de par en par.

Se aseguraron, antes de avanzar dentro de la enorme sala, de no encontrar a nadie alrededor que tuviera intención de cerrarlas. Colocados en diamante, espalda contra espalda, fueron ganando metros.

La estancia era gigantesca, una cúpula irregular y semiesférica situada en las entrañas de la mole más inmensa de detritus, una gargantuesca montaña hecha de basura electrónica que alcanzaba casi los doscientos metros de altura.

Dentro de esta, alguien excavó galerías y compartimentos, una entrada secreta y aquel monstruoso *domo* con un propósito desconocido.

Una cosa les quedaba clara: habían subestimado, y mucho, la capacidad de los caníbales si estos podían llegar a crear una estructura tan ciclópea sin que se les viniera la basura encima. O, quizás, solo ocuparon la guarida secreta de los chatarreros. Podía ser también una base de

operaciones abandonada de algún grupo paramilitar, de terroristas… e incluso ser un maldito avispero cíborg. La idea de que empezaran a brotar *mecanizados* de las sombras caló profundamente en la mente de la capitana corsaria, que se aturullaba con el pesado sonido de su propia respiración. Trató de concentrarse, pero solamente logró que le empezaran a caer gotas de sudor frío sobre las lentes de visión nocturna.

No tenía claro cuál era el propósito de aquel sitio. No veía catres, aparatos ni botín. Ni tampoco asientos, trofeos tribales o una terrible parrilla apagada llena de aterradores restos de carne humana. El silencio era sepulcral, a excepción de sus propias respiraciones, los pasos y el roce del equipo contra sus cuerpos. Lo peor eran, sin embargo, las puntuales risillas de la pioja que George seguía llevando. No odiaba a los niños, ni por asomo. De hecho, le habría encantado tener alguno. Sin embargo, aquella mocosa empezaba a resultarle terriblemente odiosa. Tuvo que recordarse a sí misma que sería una huérfana, abandonada por sus padres en un vertedero. Y que, a lo peor, el *Señor de los Huesos* la habría obligado a averiguar a qué sabían. El nivel de estabilidad mental de la criaturita podía distar de ser normal.

Veían pasillos y puertas laterales cada trecho. Quizás el lugar era un nexo, el centro de un laberinto enrevesado donde pensaban separarlos. O tal vez, el único sitio abierto del subterráneo donde una abrumadora turba podría usar su superioridad numérica para…

De repente, se encendieron las lámparas. No unas tenues y ligeras, sino unos inmensos focos deslumbrantes que convirtieron aquella mazmorra en un día radiante en cuestión de segundo y medio. Chillaron, con los ojos doloridos por el impresionante cambio de las tinieblas a un entorno con cientos de miles de lúmenes. Se arrancaron las gafas nocturnas de un tirón, tratando de recuperarse a tiempo. Will incluso perdió el arma en el proceso.

Como cabía esperar, George fue el más rápido en reaccionar. Su metabolismo sobrehumano actuó de manera fulgurante, compensando el deslumbramiento, aunque no fue lo bastante veloz. Sí que soltó a la niña, que gritaba tan cegada como los demás, pero antes de que pudiera terminar de recuperarse y empuñar su fusil de asalto, algo inmenso y pesado cayó tras él. Un rugido de pistones hidráulicos se le echó encima a toda velocidad, agarrándole el antebrazo y la mano del arma con una extremidad más grande incluso que la suya. El supersoldado, aun sin ver bien, se retorció en una postura asombrosamente incómoda y lanzó un directo contra el objetivo borroso. En circunstancias normales, un golpe así era capaz de derribar una pared de ladrillo. Sin embargo, solo consiguió que sus nudillos crujieran al encontrarse una estructura de *supracero*.

Retiró el brazo izquierdo, dolorido, y fue entonces cuando lo que quiera que le hubiese agredido cerró su presa sobre él, inmovilizándolo por completo. El gigante gruñó por el esfuerzo, intentando escapar fútilmente de su monstruoso rival, que ni se inmutó cuando tensó los músculos al máximo.

—¡Soltad las armas! ¡¡Ya!!

Tan pronto como Kiara pudo empezar a ver algo de nuevo, se percató de que su situación había empeorado drásticamente. Sin embargo, se quedó tan asombrada, tan alucinada… que no pudo reaccionar. Estaban, como se imaginaba, rodeados. Solo que quienes les apuntaban no eran caníbales, sino niños. Al menos una docena de ellos, colocados en un círculo perfecto, separados entre sí a una distancia prudencial. Portaban armas vetustas y destartaladas, en un estado de conservación similar al que todos se imaginaron que tendrían unos devoradores de personas. Lamentable, era poco.

Sin embargo, sus doloridos ojos no detectaron ni un ápice de vacilación en los de ellos. Los

dirigía un adolescente de no más de catorce años, de piel morena, al que le faltaban un par de dedos de una mano. Les repitió su exigencia, y escuchó cómo Teresa abandonaba su rifle y dejaba caer sus pistolas con delicadeza. De medio lado, aún alucinada, vio que ponía las manos en la cabeza. Se imaginó que Will, a su espalda, no intentaría recuperar el fusil de asalto que había perdido.

Ella seguía con los ojos abiertos, con las manos tan agarrotadas que no podía reaccionar ni queriendo. Entendió al momento qué clase de habitación era aquella, y por qué resultaba tan extraña. También comprendió por qué la mocosa repelente hablaba todo el tiempo de *el señor*.

Ante ella había una escalinata construida sobre un bloque macizo de componentes, en cuya parte más alta se erguía un trono. Uno fabricado con despojos electrónicos, con ganchos y argollas vacíos, irregular y feo. Pero lo que la dejó sin habla, lo que la paralizó por completo, fue descubrir que en ella no se aposentaba el *Señor de los Huesos*, tan cacareado y temido, sino el mismísimo *rey de los fantasmas*.

Vestía botas altas, un traje de mercenario o aventurero remendado con un aparejo táctico superpuesto. Llevaba granadas colgadas del cinto, una bandolera sobre el pecho, guantes parecidos a los suyos y un cuchillo asomando de la bota izquierda. Iba encapuchado, con una tela que simulaba algunos de los colores que vieran en el exterior, seguramente para pasar desapercibido. Sujetaba con la derecha un descomunal rifle de francotirador, apoyado contra su trono, y la contemplaba con la impasible vehemencia de un noble cuyos dominios había invadido.

Su máscara blanca, impenetrable, le taladraba la mente. Podía imaginarse un único ojo gris fijo en ella, inmóvil, al estilo del puntero láser del arma que sostenía. Era imposible. Completa, absoluta y absurdamente imposible.

—D… David.

—¡¡¿Qué?!!

Aquella pregunta no vino de sus compañeros, que estaban tan alucinados como ella. Ni siquiera del pobre George, a quien no le atenazaba un cíborg. El *Coracero* del renegado lo agarraba en volandas, sujeto de los hombros, abrazándolo como si fuera un niño que se hubiese propasado con una trastada. La pregunta fue coreada por Pierce y Alessa. Cuando por fin reaccionó, resopló tres veces seguidas por la nariz. No de ira, ni por miedo. Era un código que quería decir que escucharan sin hablar. Podía ser que Hussman, si realmente era él, fuera capaz de detectar su transmisión.

—¡¡Que tire el arma!! —repitió el muchacho.

Se le quedó mirando por primera vez, como si no le hubiese percibido, a pesar de estar apuntándole a la cara con un rifle a menos de tres metros. Bajo la vista hacia sus manos que, contrariamente a lo que recordaba, aún sujetaban el fusil de asalto. Le colocó el seguro y lo dejó caer. Sin más. No podía sostenerlo.

—Yo… no… no puede ser.

—¡Atad a estos tres, Juli y Naomi! —El adolescente llevaba la voz cantante, de eso no cabía duda—. ¡Los demás, atentos! ¡Si alguien mueve un músculo más de la cuenta, disparad sin vacilar! ¡Ya han hecho daño a *seta*!

—Os dije que *el señor* os daría una paliza, gilipollas —Les recordó la mocosa odiosa, a la que

debían llamar así por el casco de dron que había perdido—. Os va a hacer papilla, como al *Señor de los Huesos* y sus compinches malos.

Dreston terminó de reaccionar. No lo hizo negativamente, sino sorprendida. O sea, que sí que hubo caníbales, y esa fue su guarida. Sin embargo, Hussman los había matado, robándoles su reino. Esa emboscada pudieron habérsela tendido igual los otros, con un resultado mucho más desagradable. Olía esa asquerosa e inexistente parrilla de carne. Joder. Es que eso explicaba por qué estaba todo tan despejado. Debía de haber hecho limpia.

Su interior se revolvió en un maremoto de sensaciones. Alegría, preocupación, enfado, deseo, repulsión, curiosidad. Seguía bloqueada, contemplando la figura regia que presidía la sala sin decir nada. Ahora, en verdad, parecía un noble.

Ataron a Will y a Teresa de pies y manos tras obligarlos a arrodillarse, y luego engancharon las apretadísimas bridas entre sí, de forma que no pudieran ni siquiera ponerse en pie. Los cachearon a conciencia y sin ningún pudor, y les arrebataron todas y cada una de las armas. Los niños, como tales, no entendían más allá de no tener que dejar nada sin registrar. No poseerían ninguna malicia, ni siquiera el mayor que los dirigía.

Con ella, empezaron enganchándole las muñecas por delante. Luego le arrebataron su pistola, el cuchillo de la bota, las ganzúas, los destornilladores de relojero y cualquier cosa que les pareció sospechosa. Incluso la patente de corso, el comunicador y los colgantes de su tío y su padre acabaron en el arcón de lo requisado, que cerraron diligentemente con llave. Iban a arrodillarla cuando la voz intervino.

—Malik, permítele caminar. Me ocuparé de ella personalmente.

Se le paró el corazón. Sí que era él. Habría descubierto su voz, su timbre, entre un millón de hombres hablando a la vez. Contempló cómo bajaba las escaleras, abandonando su arma en el sitial, atrayendo sus ojos grises a un agujero negro. Su andar era muchísimo más grácil sin la armadura. Se movía como un depredador, de forma sutil y acechante. Se reprendió a sí misma con amargura, con enfado, al descubrir que se le aceleraba el pulso. No era peligroso, era letal. ¡¡Lo dejó tirado a merced de los *Cuervos Negros*, para que lo mataran!! ¡¡Acogió a Alessa, cuando él le pidió que la alejara!! ¡¡Tenía que pensar en él como un enemigo, no como su fantasía de cama recurrente!!

—Kiara, cuidado —Gracias al espacio, Teresa susurró lo bastante alto como para que solo ella la oyera, ahora que sus diminutos captores habían retrocedido hasta una posición de tiro más segura—. Es él, pero no sabemos cómo ha cambiado. Contrólate. Céntrate.

La niña repelente, esa a la que apodaban *seta*, interceptó a Hussman. Este se agachó para que le susurrara al oído. Se imaginó que estaba contándole lo de la nave y el cañón naval, así que a la mierda el factor sorpresa. Lo único bueno que tendría aquello es que se pensaría mucho lo que hacer. Quizás creería que su escudo de interferencias le protegería de los refuerzos, sin contar con la repetición de señal de Hugin y Munin. Que privarles de sus comunicadores sería suficiente para que no los localizaran. Y eso podía ser o bueno, o malo. Pierce se equivocó de plano con la niña. En fin, demasiado tarde.

Se plantó ante ella, y sus defensas mentales a duras penas resistieron. Pudo fruncirle el ceño, nada más, como único saludo. Él ladeó la cabeza. Con la estúpida máscara de ojos cuadrados no sabía si estaba furioso, o divertido de verla. Podía tener la misma cara de mala ostia que ella pretendía poner, o estar completamente prendado por verla. ¡Mierda, tenía que darle igual,

estaban en peligro! ¡Y ella, la que más! ¡¿Qué debía hacer?! ¡¿Jugar la baza de Pierce y amenazarle con derribar el chiringuito?! ¡¿O mejor se lo guardaba por si acaso?!

—Tenemos que hablar. Sígueme.

—¿Y mi tripulación?

El rey de los fantasmas se giró a su secuaz.

—Malik, vigiladlos. No les hagáis ningún daño, salvo que tengáis que defenderos o que quieran escapar. Que *Arcángel* sujete al grandullón. No es mala persona, pero se pondrá muy violento si ve a sus amigos en peligro.

La máscara blanca miró a George.

—Y tú, soldado, entiende esto. Si te quedas quieto, hablaremos. Si no, la armadura te aplastará. E incluso si no fuera así y consigues liberarte, solo matarías niños. ¿Lo entiendes?

El gigante, atrapado por los enormes brazos del *Coracero* que lo rodeaban, también fruncía el ceño. Asintió gravemente, sin decir ni una sola palabra. El renegado se volvió a Dreston.

—¿Te sirve?

—¿Tengo elección?

Hussman soltó una pequeña risa que venía a decir que no. Desarmada, atada y sola, no estaba en posición de presentar ni la más mínima defensa. Incluso sin su *Pretor*, el ex coronel era un luchador formidable. En esas condiciones, en realidad, el *Pétalo Danzarín* pilotado por Pierce y Alessa era literalmente la única defensa que tenía. Y contra un zumbado como David que buscaba la muerte, e incomunicada, probablemente no serviría de nada. Deseó con todas sus fuerzas que al menos valorase esa amenaza en serio.

Echó a andar tras él, en dirección a uno de los túneles. Qué remedio. Esperó que los demás no cometieran ninguna estupidez, porque recordaba cómo combatía el *Arcángel Caído* e incluso en modo piloto automático, los haría picadillo.



Los vendedores de tiempo

Alessa ejecutó el bloqueo de seguridad de la cubierta superior de camino a su camarote, para que solo ella pudiera acceder. No quería a Pierce por el medio.

Tras escuchar la conversación por radio, podía concluir que o sus compañeros acabarían muertos o volviéndose contra ella. Si bien el propio Trevor le recomendó desaparecer de inmediato mientras él pensaba en un plan de rescate que no la pusiera en peligro, debía informar antes de recoger. Una cosa era aparentar prisa, y otra muy diferente tenerla en realidad cuando vivía pensando en desaparecer en cualquier momento.

No sabía qué actitud tomaría Hussman durante el reencuentro. Ni siquiera entendía cómo demonios escapó de un ataque de un destructor invisible con una corbeta a la que ella le colocó un localizador que no podía quitarse sin parar en un dique seco. Lo que sí que sabía ahora era que los arrastró hasta allí el mismo. Un cíborg, los *Cuervos Negros*, los *Tesurian*. El asunto olía a rancio desde lejos. Quizás podía considerar normal que la capitana no hubiese atado los cabos hasta que fue demasiado tarde, dado que llevaba unos días muy ida, pero no se perdonaba su propia negligencia.

¡Joder, si resultaba obvio! ¡El modus operandi fue exactamente el mismo que cuando los contactaron la otra vez! ¡Una oferta jugosa por una operación no demasiado compleja, sin llegar a ser lo suficientemente buena como para sospechar! ¡Seguro que existía un motivo por el que quería al hombre-caja, y les hizo llevárselo directamente a su puerta! ¡Él azuzó a Morris, y seguro que engañó al cíborg para que dejase que lo transportaran!

De alguna forma, ese cabronazo de Hussman sabía hasta por dónde escaparía. Quizás tenía controlada la ruta más corta desde el espaciopuerto al edificio de la corporación. Rápidamente, confirmó sus sospechas. Tuvo que detenerse ante la escalera que llevaba a la cubierta alta, porque necesitaba ambas manos para buscar en el ordenador de cadera y visualizarlo en las lentes de realidad aumentada de su gorro. Trazó la ruta desde donde ella se encontraba hasta la última posición de Dreston, tal como hicieron Teresa y Kiara. Si continuaba pintando una línea aproximadamente recta se encontraba… la sede regional de *Tesurian*, justo enfrente de la manufacturera *PlacaPlaca & Resinas*.

Apagó la imagen y le pegó un puntapié al tubo de la escalera antes de subir. Ni siquiera sonó, se trataba de una aleación reforzada que soportaba el gran peso del enorme bobo de George. Aunque claro, más tonta era ella por no darse cuenta de la trampa. Había asumido que ese gilipollas estaba muerto, no le cabía en la cabeza que los *Cuervos Negros* fueran así de incompetentes.

Sin tiempo que perder, entró en su camarote, cerró la puerta y sacó su avanzado equipo de transmisiones de su lugar habitual. Los discos y datos estaban mucho mejor escondidos, por supuesto, pero no los necesitaba en aquel momento. Tras el arranque fulgurante, se conectó a la red en pocos segundos. Emitió el código de máxima prioridad y se cruzó de brazos. La débil señal que recibía del vertedero se cortó, ni siquiera su transmisor trucado podía romper ya la inmensa interferencia. Bastante era que hubiera conseguido recibir la grabación que revelaba que el renegado seguía con vida.

Pasaron casi veinte minutos antes de que se dignaran a contestar. Su contacto habitual se presentó ante ella. Le gruñó, molesto. Quizás le sacó de la cama, de una reunión o de algún otro

sitio. En realidad, le importaba poco. Intercambiaron sus contraseñas, como siempre, y le preguntó qué quería.

—Necesito hablar con la jefa.

—Espero que sea una broma. Sabe cuál es el protocolo.

—A la mierda con él. ¿Quiere una buena motivación?

—La veo alterada. Sorpréndame.

—Traigo una noticia horrorosa. Lo bastante mala como para que quiera matar al mensajero. ¿Desea desempeñar usted ese papel, o prefiere que la tome conmigo?

Su interlocutor, sumido en la niebla de comunicaciones, se lo pensó. Sí, Fourier sabía que su superior no se andaba con pequeñeces. Parecía una persona tranquila, racional y pausada. Pero eso no era más que una máscara, su verdadera naturaleza era tan violenta e irascible como la de su propio jefe. Solicitar una audiencia con ella, aunque fuese en remoto, garantizaba una gran cantidad de problemas si el asunto no le interesaba. Siempre estaba ocupada.

—Puedo avisarla. Estoy consultando su agenda e interrumpiría su hora de comer. Le advierto que en caso de que, si lo que tiene que decir no le sirve, es probable que le cancelemos el reloj.

—Quiero tres años completos.

El otro soltó una breve risa.

—Muy inteligente. Sí, mejor negociarlo conmigo que con ella, ¿eh?

—Sé que no tiene tiempo que perder. No quiero aburrirla con ese detalle.

—Usted sabrá. Un momento. Me confirman que subirá. La pongo en espera.

La imagen se congeló, y comenzó a mostrarle un icono de que la conexión se pausaba hasta nuevo aviso. Aguardó, tensa, mirando el reloj. No el que daba la hora, sino el suyo propio, que con tanto esfuerzo había aumentado minuto a minuto. Sabía que, si lo cancelaban, o lo que era lo mismo, si llegaba a cero, la matarían. Sin medias tintas.

El rato se le hizo eterno. A pesar de que en realidad no transcurrió demasiado, le dio tiempo a repasar su vida. Desde su decisión inicial de marcharse hasta aquel momento, pasando por un horrible sendero de lágrimas, sangre y sufrimiento. No, su existencia no había sido nada sencilla. Pero seguía creyendo que era mejor vivir libre y amargada que sometida y tranquila. No. No se arrepentía.

La imagen regresó. Continuaba sin distinguir nada, pero noto el cambio en la voz. Era de mujer.

—Tiene dos minutos.

—Encantada de verla.

—No me aburra. Detesto tratar con los de su calaña.

—Bueno, no todos somos igual de repulsivos. Yo, por ejemplo, puedo decirle que David Hussman sigue con vida… y dónde encontrarlo.

Hubo una pausa. El sexto sentido de Alessa, que la alertaba del peligro y de las situaciones que debía evitar, empezó a zumbar como loco. En circunstancias normales nunca, jamás, habría hecho esa llamada. Pero claro, en cuanto él se enterase de que seguía con vida, iría de cabeza a

matarla. Y puestos así, prefería jugársela con su interlocutora.

—Espero que no encuentre divertido tomarme el pelo. Sabe de sobra que está muerto.

—Nada me gustaría más que darle la razón. Sin embargo, tengo este audio. De hace pocos minutos. Me permito adelantarle que les mandaré el original, que se encuentra en peor estado debido a las interferencias del dron. Esta versión la he limpiado un poco con un programa automático.

Sin más dilación, reprodujo el sonido. En él, podían escucharse la sorpresa de Dreston, la contestación del renegado y los susurros de Teresa. Le puso unos cuantos ficheros más, que tenía de su tiempo con él, le mostró la huella de audio de la voz de ambos y como coincidía en un noventa y ocho punto cuatro por ciento. Je. Y eso lo había hecho mientras subía tranquilamente a su camarote desde la cabina, más unos cinco minutos. Ya hubiera querido cualquier confederado normal tener su velocidad. Hasta Hoffstein habría alucinado. La otra se giró a mirar a alguien a su lado, sin decir nada. Los archivos estaban ya en el destino, transmitidos de forma casi instantánea por aquella señal parásita que se enganchaba a la red militar confederada.

—Imposible.

—Sé que me la juego al no dar un cien por cien, pero incluso el modus operandi…

—Usted, cállese. Operador, repase esto.

—La interpretación es correcta. A mí me sale noventa y ocho punto treinta y seis. Aceptando el redondeo, dice la verdad.

De repente, la imagen se aclaró. La niebla de transmisiones desapareció, mostrando a la general Maethus de los *Cuervos Negros* en la pantalla holográfica de Alessa. No esperaba, ni en broma, que aquello pudiera llegar a suceder. Iba contra los protocolos de seguridad más básicos. Pero vista la cara de furia contenida, de cabreo, de ira… decidió no decir nada. Era *su* problema.

—¿Qué más sabe?

—Creo que tiene a mi actual tripulación, excepto al mecánico. Quizás retenidos, o tal vez muertos. La cantidad de enemigos es desconocida, pero fueron suficientes como para superarlos. Cosa que le anticipo que, en mi opinión, no es nada fácil. Quiso que le trajeran una caja que resultó ser un cíborg, que por poco fue interceptado por la coronel Morris. Desconozco cuál es su plan.

—Muy bien. Es suficiente. Operador ocho, dele lo que le haya pedido. Y usted, traidora, siga informando. Necesitamos prepararnos adecuadamente, y eso lleva tiempo. Habrá recompensas adicionales por cada actualización relevante. Que no se le escape o se arrepentirá.

—Es probable que intente matarme como venganza. —Alessa se cruzó de brazos—. ¿Qué instrucciones tengo al respecto?

—Manténgase en contacto con su gente para saber por dónde se mueve. Si cree que está en peligro, haga lo que mejor se le da. Escóndase como una *metarrata* y no asome el hocico hasta que terminemos con él. Piérdase los meses o años adicionales que podría ganar. Imagino que tendrá tiempo de sobra. Salga de mi vista.

La comunicación se cortó. Fourier aguardó nuevamente, conteniendo el aliento. No se creyó que fueran a recompensarla hasta que lo vio. Su contador aumentó nada menos que tres años, una auténtica barbaridad. Empezaba a tener un colchón respetable, y eso considerando que no le

valoraron nada lo de la mierda de misión de *la entidad uno* por llegar tarde.

Se enfurruñó. Esconderse. Pues sí, no le quedaría más remedio que recoger todas sus cosas y buscar un sitio desde el que contactar a la capitana discretamente, si es que sobrevivía, tal como sugirió Pierce Trevor. No disponía de una armadura ni de medios suficientes para enfrentarse a David Hussman. Joder. Si la cosa se torcía, acabaría perdiendo el filón de Kiara Dreston sin ninguna contrapartida a cambio.

Porque no, teniendo en cuenta que su reloj marcaba ahora casi diez años, conseguir solo tres no compensaba tener que largarse de su lado. Su *metavaca* seguía dando leche, y de la buena, así que no la vendería para carne tan rápido. Se planteó incluso ir a intentar salvarla, pero lo descartó. Quién sabía con qué ejército contaba ahora el renegado capullo.

No. Le tocaría hacer las maletas y seguir el consejo de la estúpida general de los *Cuervos Negros*. Ahí se pudrieran todos, hasta el último de ellos, incluyendo al coronel *grano en el culo* Hussman.



El rey de los fantasmas

Cada paso por las tétricas entrañas de aquel antro empeoraba más que el anterior. David la condujo por unas galerías olvidadas, diminutas, que algún zumbado esculpió derritiendo los circuitos que conformaban la montaña que servía de escondite a su nueva y deprimente guarida.

No entendía como era capaz de vivir allí. Siendo sincera, no se imaginaba que nadie pudiera sin acabar completamente desquiciado. Quizás eso era lo que les sucedió a los *Coleccionistas de Huesos*. Un día a uno de ellos se le aflojó un tornillo por la claustrofóbica infravivienda y decidió que era buena idea convencer a los demás de que andar comiendo personas era una práctica la mar de saludable.

Las catacumbas eran interminables, un laberinto de túneles que se perdían en la oscuridad, sin apenas ventilación ni ninguna luz visible además de la que llevaban ellos. En su interior reinaba el silencio, perturbado únicamente por los delatores pasos que los adentraban en las tinieblas. El olor era penetrante. A orines, heces y sudor humano concentrado. Ni siquiera estaba segura de que el aire fuera completamente respirable, al estar tan cargado de dióxido de carbono. Lo mismo si se adentraba en alguna de las galerías se asfixiaba sin siquiera darse cuenta. Quizás quién lo construyó pensó que un lugar así sería inexpugnable, pero la cruda realidad era que no se trataba más que de una ratonera lúgubre e insalubre.

Hizo un pequeño intento de forcejeo tratando de que no se notara demasiado. Las bridas estaban sólidamente atadas y, como esperaba, no se movieron. Aquel condenado crío había hecho un trabajo sobresaliente, demasiado bueno como para que hubiera aprendido por sí mismo.

Su captor, ese otro David tan diferente del que recordaba, no parecía vacilar ni un instante mientras recorría aquella trampa mortal armado con su linterna. Se preguntó a dónde estarían yendo y, sobre todo, por qué la separaba tanto de los demás, incluso de los suyos.

Llegaron finalmente a un pasillo que desembocaba en una puerta acorazada. Estaba ahí, incrustada en medio de la nada. Se le antojó completamente fuera de lugar, era como llegar al final de una película de terror perturbadora y encontrar un alegre y tranquilo parque infantil. No impresionaba nada, solo transmitía la sensación de que tras ella se escondía un tesoro enorme y mal protegido por una instalación chapucera que incluso George reventaría a pulso sin hacer demasiado esfuerzo. Un momento. Excepto que su objetivo fuese disuadir.

Claro. Colocar esa entrada al final de una catacumba como la que acababa de atravesar, sí que era seguro. Nadie normal llevaría equipo con la que forzarla viendo el tipo de cerradura ni desde luego sería tan estúpido como para intentar volarla. La deflagración mataría al aspirante a barrenero y además arruinaría lo que quiera que hubiese en el interior.

A pesar de la pésima ejecución, la idea de fondo sí que era buena. Obligaba a cargar artilugios especiales por un lugar inhóspito. Si se combinaba eso con una cámara vacía situada ante la auténtica, en realidad se desanimaba mucho a los posibles ladrones. Se lo apuntó.

Sintió cierta decepción cuando Hussman abrió la puerta por un método de lo más mundano y la invitó a entrar sin que eso disparara ninguna trampa mortal. Entró a tientas, rezando para no reventarse la espinilla o la cara contra un obstáculo que acechase en la oscuridad. No tenía claro si se trataba de una celda, o de algo peor. La hoja ni siquiera iba fina, se veía en el suelo el surco que dejaba al intentar pasar de la postura en la que permanecería eternamente atascada.

El olor de la estancia a oscuras era penetrante. Apestaba a humedad, como correspondía a una

galería excavada en un montón de chatarra compactada por el que se filtraba el agua de la lluvia de aquel miserable planeta. Aunque el complejo contaba con un primitivo mecanismo de desagüe horadado por debajo de las planchas que se habían colocado para no pisar el suelo de tierra, era imposible que eso evitara que se colara humedad por todas partes. Y aún peor: cuanto más profundas eran las cuevas, mayor era el estancamiento del aire. Aquello era un criadero de moho y hongos.

Cuando David encendió, se encontró en una habitación de lo más lúgubre. La luz se derramó desde dos lámparas arcaicas de led, que parpadeaban al borde de alcanzar el final de su ciclo de vida. Era una estancia relativamente grande, con un techo abovedado formado por una cúpula de chatarra que se había asegurado mediante ingentes cantidades de espuma aislante de color amarillo que le daban un aspecto rocambolesco. Las bombillas peladas descubrían una cámara que olía fatal, aunque el momentáneo golpe de viento le indicó que debía tener una salida menor abierta en alguna parte. Quizás un ventanuco o una claraboya por la que no llegaba a entrar luz solar.

La estancia era amplia si se la comparaba con los corredores, pero no dejaba de ser menos de la tercera parte que el salón de su nave. Quizás abarcaba, a ojo, un poco más que su propio camarote. No podía estar segura porque cada pared tenía una forma irregular que solo se explicaba suponiendo que quien cavó ese agujero se emborrachó antes de empezar.

La decoración era propia de un bárbaro postapocalíptico. A la derecha veía un colchón viejo con sábanas deshechas, pero razonablemente limpias, que estaba rodeado por una celosía en la que se habían enganchado luces de colores como si fueran enredaderas. En la mesilla localizó una pistola de raíles junto una vela aromática, quemada para compensar el hedor a moho que inundaba la habitación. Esa era la parte más normal, acogedora, incluso.

Más allá se vislumbraban restos de armas o piezas de chatarra al lado de artefactos del vertedero, reparados de una forma entre chapucera y vergonzosa. Además de la *Pretor* de David, en plena recarga, descubrió un banco de trabajo que el renegado parecía haber estado manipulando mucho en los últimos tiempos, con bastantes piezas encima. No solamente de armas, sino también de su armadura. Claro. Igual su segunda piel estaba tan dañada por su vida de proscrito que necesitaba usarla poco y hacerle un mantenimiento cada vez más regular. Se preguntó cuánto más aguantaría antes de romperse definitivamente.

Siguió observando. El pequeño aseo personal estaba separado por una cortina de baño que podía correrse a voluntad, incrustado en una prolongación de la sala excavada posteriormente a juzgar por el color de la chatarra compactada de la pared. Detectó también una gran cantidad de ganchos, soportes y clavos incrustados, como si faltara parte de la decoración. Tenía sentido que siguieran vacíos si el renegado se hizo con el control del *domo* hacía relativamente poco. Seguro que el anterior dueño tuvo colgados sus propios *trofeos* allí.

David cerró la puerta y la rebasó, dirigiéndose a la cama. Qué bien. Sí que tenía fe en sus habilidades si creía que podría meterla en ella sin sus trucos de *cara de lat*… vale, no, iba a la mesa. Solo se asomó a mirar qué tal iba la carga de la armadura. Se aposentó al lado de un refrigerador, colocado de cara a la puerta, como si estuviera en su oficina. Tenía dos sillas libres ante sí, pero prefirió no sentarse. Que se jodiera, que aún la tenía atada. Al menos no fue tan imbécil de volver a hacerle el gestito del bar aquel donde vio por primera vez a la cerda de Circe.

David cruzó las manos, apoyó los codos sobre los muslos y la miró de forma penetrante con su ojo gris.

Pensó en darle una patada en la cara, pero debía tenerlo previsto. Con la mesa por el medio había distancia suficiente como para que no llegara a hacerlo sin que le diera tiempo a reaccionar, y estaba segura de que seguía en buena forma. Lo mismo la situación empeoraba dramáticamente si fallaba, así que decidió no tentar a la suerte.

Cuando el renegado se quitó la careta descubrió a otro Hussman. A uno de rostro afilado, ojera marcada y mirada salvaje. Llevaba la barba descuidada, un detalle que no le conocía, y ya lucía canas. Teniendo en cuenta que se escondía en un nido de caníbales, le dio la incómoda sensación de que estaba en plena espiral de autodestrucción. Decidió empezar fuerte.

—Bueno, ¿y bien?

Pareció dudar unos segundos. A decir verdad, no le habría sorprendido que intentara una brutalidad con ella. Sabía que era un cabrón, y recordaba todos los detalles que le había dado Alessa sobre su verdadera personalidad. Claro que, una cosa era oírlo, y otra verlo. Deseó que, por deferencia, la matara de manera rápida si esas eran sus intenciones.

—¿Esperabas algo en especial, además de una charla? ¿Te asusta que prefiera tener privacidad, lejos de una marabunta de niños?

—Mejor me guardo mis sospechas. Estaría bien que empezaras por decirme cómo demonios nos hemos acabado encontrando en este agujero.

—Mira, si no quieres cansarte, siéntate en la silla de la derecha del escritorio. Sin segundas. La de la izquierda no te la recomiendo, porque no he podido sacar del todo el olor a sangre. Al parecer el *Señor de los Huesos* encontraba divertido torturar gente sobre ella.

—Así que no piensas responder.

—Vamos, Kiara. ¿Necesitas que te lo diga?

Dreston cayó súbitamente en ello. Se sintió como una completa imbécil, de unas dimensiones tan cósmicas que le dieron ganas de golpearse la cabeza con la puerta acorazada hasta echarla abajo.

—Tú me has traído hasta aquí. Ese puto cíborg-caja era cosa tuya.

—Así es. Se trataba de Pericles Shaw, un *Tesurian* de pura cepa. Moví los hilos, los *Cuervos Negros* mordieron el anzuelo y le atacaron. Cuando se vio acorralado, salió de su guarida como una *metatorcaz*, aceptando la ayuda que le ofreció mi empresa tapadera, pensando que yo era otro *fiel*. Siguió mi plan, se ocultó según mis instrucciones, lo transportaste, usó mi ruta de escape y lo he atrapado.

No podía creérselo. Sencillamente no lo procesaba. No solo la había contratado con una identidad falsa una vez más, y ella cayó como una pardilla. Encima, descubría que el chivatazo a los perros de la Flota lo dio él mismo, haciendo que ese cíborg buscara ayuda en otra sede de su corrupta compañía. Por eso llevaba el cuerpo acorazado de camuflaje.

David era responsable de la muerte de Absalón, a través del papanatas de gatillo fácil. Un crimen que quedaría sin castigo.

—Tenía que haberme dado cuenta en el momento en que esa coronel Morris se me echó encima.

—¿Ojos verdes, pelo castaño ensortijado y corto?

—Esa misma. ¿Una ex?

—Exoficial de mi tripulación, sí. Sam Morris. Fue mi segunda al mando, me la asignó el general Justice. Tuvimos una relación estrictamente profesional, por si te preocupa. Estaba de excedencia cuando pasó lo de Recnis por un embarazo programado. Me alegré por ella.

¡¿Por qué iba a preocuparle?! ¡¿La estaba acusando de tener celos?!

—¿Y ve a al niño, con ese trabajito?

—No es biológicamente suyo. Lo hizo por su hermana, que tenía problemas, al igual que muchas mujeres de la Flota. Así que, como te imaginarás, es buena gente.

Claro que sí. Estaba segura de que la viuda y los huérfanos de Absalón pensarían lo mismo de esa hija de mil padres. A Kiara le dio la sensación de que a David no le interesaría demasiado. Decidió comprobar si reaccionaba.

—Uno de sus secuaces se cargó a un padre de familia que trató de defenderme, gilipollas.

—Pues espero que se le caiga el pelo, porque eso contraviene las ordenanzas más básicas. Si tiene suerte, le echarán de los *Cuervos*. En el peor caso posible, lo encerrarán una larga temporada.

—Ha muerto un amigo y te da igual porque lograste lo que querías. Estoy furiosa contigo.

—Lo primero me molesta por la falta de profesionalidad y escrúpulos del sujeto, y por su víctima. Lo segundo, me es indiferente. Estás cabreada. ¿Y? ¿Acaso no es así siempre?

La corsaria no supo qué contestar a eso. Esperaba que le dijera que lo sentía, que tratara de articular una disculpa más o menos convincente que pudiera rechazar. Entonces lo vio. Le miró directamente al ojo y descubrió que el hermoso iris gris daba paso a un abismo sin fondo. Se le encogieron las entrañas.

Se habría enfurecido de verdad, pero algo le decía que daría igual. Estaba ausente. Muerto. No se podía imaginar qué narices le pasaba.

—¿De veras no te importa mi vida? —Aquello la ofendía—. Entonces, ¿para qué me has traído aquí? ¿No era más fácil contratar a cualquier otro y contar con su ayuda desde el principio?

—No. Eres buena en lo que haces, los demás no tienen tus antecedentes.

—Rodeas mi pregunta.

—Y tú ignoras deliberadamente mis intenciones, haciéndote la boba. Eres inteligente, y no cuela. Sabes que tienes algo que quiero.

Se quedó helada una vez más. Notaba el sudor resbalando lentamente por su espalda, cómo sus folículos se erizaban ante la alerta. No lo creía capaz. Incluso tras haberla engañado, era imposible que fuera a… un momento. Claro. Estaba interpretándolo de la forma equivocada.

David era un Cruzado. Renegado o no, creció en la Flota, aprendiendo sus enseñanzas y obsesiones. Su cerebro era una plantilla repetida cientos de millones de veces durante generaciones, solo que poseía pequeñas divergencias que lo hacían indeseable para los demás clones. En su esquema mental monotemático, una constante universal dominaba su existencia. El motor que los movía al odio por *Helios* o los *cosechadores*, el ADN de la Flota de la Tierra. Buscaba *venganza*.

—Alessa. La quieres a ella.

—Exacto. En cuanto me la entregues, os dejaré ir. Ilesos.

Pensó con rapidez. Fourier era intratable en muchos sentidos, pero había compartido con ella suficientes aventuras y desventuras como para considerarla un miembro más de su nueva familia. Le debía la vida, y los demás también. No iba a venderla a nadie. Ni siquiera a David. Solo tenía una salida.

—Está muerta.

—Tu registro de la Central de Patentes de Corso dice que mientes.

Chico listo. Pero no lo suficiente.

—Ha pasado mucho tiempo y sigues siendo un pardillo, Hussman —Él entrecerró el ojo ante el insulto—. Estoy defraudando a la hacienda confederada. Lleva muerta trece meses. Tengo hasta el año y medio para notificar su defunción. Se pagan menos impuestos por tener contratados a cinco tripulantes, y no he encontrado durante este tiempo a ningún sustituto que merezca la pena.

—¿Qué le pasó?

—¿Te importa?

—Me alegraría saber que sufrió.

—Pues te decepcionarás. Recibió un impacto oblicuo en la cabeza durante un tiroteo. De rifle. Sobrevivió, pero la hemorragia interna la mató pasados unos días. Estuvo inconsciente hasta el final.

—Pues es una pena. Me tendré que conformar con el regalo que me has traído.

—Espero que te aproveche. Tantas molestias para traer a una difunta y a un solo cíborg es una recompensa muy pobre. Incluso siendo alguien que ha caído tan bajo como tú.

Se sentía humillada y utilizada. Después de tantos años él no quería verla, ni siquiera por los viejos tiempos. Hubo algo único entre ellos, y encima de que fue él quien lo arruinó, ahora lo ninguneaba. Solo quería lograr su objetivo. Como siempre.

—La captura de Pericles Shaw hace que merezca la pena esta… constructiva charla. No era uno más, otro de tantos cientos de monstruos que he arrojado a la pila de repuestos. Tenía algo especial. Un dispositivo cifrador que genera un código de seguridad único que caduca pasado cierto tiempo. Cuando se junta con su gemelo dentro de un aparato, el conjunto de tres piezas genera una posición concreta en el espacio.

—La de tu querido *Helios*. Eres tan simple que debí habérmelo imaginado. Lo que me alucina es que te importe tan poco verme, después de volver a enfangarme.

—Elegiste a Alessa.

—Y tú a Circe. Qué, se cansó de tus delirios y te mandó a la mierda, ¿no?

Por la cara que puso, acertó con su hipótesis. Seguramente, la otra imbécil siguió su juego una temporada, pero David estaba genuinamente loco. Se imaginó que, en un determinado momento, debió pensar en el futuro. Y él no lo tenía.

—Está muerta, igual que Mac Douglas y todos los demás refugiados que subieron a mi nave.

Gripó. Era algo que se temió cuando ninguno de ellos se presentó al acto de conciliación de *EcoGás* y *HelioMinera*. Pero confirmarlo resultaba terrible.

—¿Qué?

David contó a Kiara lo sucedido desde que cortaron la transmisión. La travesía entre las estrellas que destrozó la *Ruina de Helios*, cómo Cassio los encontró gracias al localizador de Fourier, y que saltaron a ciegas a través de una anomalía de nivel diez. Cómo sostuvo las manos a Mike mientras se moría. Que tuvo que enterrar a Jason Mac Douglas, el hombre que le salvó la vida al impedir que su nave se desintegrara. Cómo deambuló por el páramo, para descubrir que la última Xeno de una especie extinta torturó y mató a los supervivientes de *Triunvirato,* incluyendo al valiente Yussif.

Kiara boqueó al descubrir el destino de toda esa pobre gente. Del piloto majo. De ese oficial que la ayudó con tanto fervor, a pesar de que deseaba que llegara el final. El ojo aparentemente muerto de David centelleaba al contar la historia. Eso fue lo que le sucedió. Por eso estaba así de ausente, de raro. Por eso no volvió antes. Se quedó solo, abandonado en un planeta perdido durante todo ese tiempo, en la única compañía de unas bestias semiinteligentes. Tras ver cómo sus últimos compañeros morían a manos de nada menos que una alienígena loca que quería devolver a la vida a su civilización extinguida por los *Cosechadores*.

Necesitó *construir una nave espacial* a partir de una cápsula de salvamento y un montón de restos. Y no solo fue capaz de sacarla a la órbita, sino que pudo llevarla de vuelta por una anomalía de nivel *diez*, saltando al *Pulso* para atravesarla. Espacio. Los conocimientos de ingeniería del renegado eran infinitamente mayores de lo que imaginaba. O eso, o disponía de unos manuales excelentes. Porque tiempo, estaba claro que tuvo de sobra.

Joder. Tenía que reconocer que no solo le aterrorizaba la tragedia de David, sino el hecho de que los zumbados del *Sendero del Cielo* tuvieran razón. Ahora, sin margen de error. Había Xenos extintos por los *Cosechadores* ahí fuera. El peligro era real, auténtico, y seguía buscándolos. Sintió que se le erizaba el cabello de la nuca.

—¿Entiendes ahora por qué la quería muerta?

Mierda. Cuidado. Iba a pillarla. Evasión.

—Ese rastreador pudieron ponértelo tus viejos colegas.

—Y me dieron alcance justo cuando Alessa se iba sin despedirse. Vaya. El karma es un cabronazo. Sigue creyéndote sus mentiras, Kiara. Escúdala en la buena relación que creíste tener con ella. Tu suerte sobrenatural te salvó una vez más.

—¿Consideras que fue afortunado para mí que la mataran? ¿Lo dices en serio?

—Pues sí. Habría acabado traicionándote, y terminando contigo. Era así como sobrevivía a todo. Ni siquiera sabías con quién tratabas.

—Te equivocas.

Se le cambió la cara. Aquello le cabreaba, y mucho. Decidió no hurgar en la herida. Teniendo en cuenta por todo lo que había pasado, quizás lo mejor era dejarle creer lo que quisiera. Si los dejaba ir, con alejar a Alessa de su radar durante una temporada sería suficiente. Total, Hussman acabaría suicidándose.

—Te habrías arrepentido de tener a alguien así a bordo. No necesitas más muertos sobre tu conciencia.

Joder. Esa puñalada dolió.

—De modo que lo sabes.

—Sí, leí la noticia en su momento. Siento que no me diera cuenta de que se te coló un *chatarra*.

Kiara todavía tenía pesadillas con aquello. Con la codicia que enturbió sus sentidos, que le hizo subir a Matías a bordo de su nave. Con los cadáveres mutilados que tuvo que mandar al espacio. Con los niños muertos, abrazados en el suelo, a la espera de que aquel monstruo los convirtiera en *ciberzombis*. Su propia ira se esfumó, anegada por los recuerdos. Ella tampoco podía dar muchas lecciones de moral sin ser una hipócrita. Le miró con los ojos húmedos.

—Fue mera avaricia. Quise usarlo para chantajearte y exigirte más dinero.

—Te habría dado todo lo que tenía, si me lo hubieras pedido.

—Lo sé, pero quise ganármelo. Dominique me enseñó a no quedarme lo que no es mío.

—Y eso te honra. Si te sirve de consuelo, no eres la única que al dormir ve fantasmas. No te culpes. En mi camino hay tanta muerte que me mantengo cuerdo a duras penas.

Pero qué gilipollas.

—*Y yo más*.

David resopló al escuchar el tono de burla. Parecía que prefería retirarse antes de perder la discusión.

—Mira, tengo prisa. Si no tienes nada más que hacer aquí, puedes irte. Gracias por la ayuda.

—Huy, si tuvieras la cabeza del *Señor de los Huesos* me vendría genial. Acepté otro contrato cuando me tiraste una montaña encima, intentando compensar la pérdida de tu estúpida caja.

—Siento el accidente con George. Los niños no tienen todavía buena puntería. Shaw daría fe de que no es mi caso, si aún pudiera hablar. Sobre lo otro, dame un segundo.

El renegado se dio la vuelta y abrió la nevera. A la corsaria se le desorbitaron los ojos cuando, un instante después, había depositado en la mesa lo que quedaba de su objetivo secundario. Tenía ante sí a un hombre mayor, con un pelo negro y mugriento. La barba despeluchada seguía llena de diminutos y vomitivos restos cárnicos. La piel estaba recorrida por tatuajes grotescos, marcas tribales y piercings hechos de hueso humano. Llevaba varias falanges pequeñas de pendientes, y su expresión era de absoluta sorpresa.

Un golpe limpio un poco por debajo de la barbilla lo decapitó, cercenando tendones, arterias y hueso. Le resultó evidente que se trataba de una de las cuchillas de Hussman. Mierda. Sí que existió de verdad. Pues la operación del renegado les salvó de una buena.

Ni siquiera se planteó que si llegó a ese planeta en primer lugar fue por David.

—Me imaginé que alguien vendría preguntando por esto. Me alegra que seas tú.

—¿Por qué lo liquidaste, realmente?

—Quería su reino. Necesitaba una guarida, y el *domo* está en una ubicación muy estratégica para mi plan. Además, quise aprovecharme de la fama que tenían los *Coleccionistas de Huesos* de… psicópatas caníbales y peligrosos. Aleja a los curiosos. Entré, maté a los adultos y perdoné la vida a los niños. Los lugareños los abandonan con frecuencia en el vertedero, y los *Coleccionistas de Huesos* que lideraba este monstruo los recogían. En ocasiones se los quedaban para aumentar sus números, y otras veces como *reserva*.

—Joder.

—Sabes, no me importó cargarme a toda esta gentuza hace unos meses. La parte dura fue descubrir que muchos de los adolescentes estaban ya tan perdidos como los adultos. Intentaban matarte y torturarte igual que sus mayores. Era lo que les enseñaban, lo que respiraron desde su más tierna infancia. También abusaban de los pequeños de maneras horribles. La única excepción era Malik, mi… autoproclamada *nueva mano derecha*. Se llevó muchas palizas y perdió dos dedos por culpa de que a este mamón —Señaló la cabeza cortada—. Le apetecía usarlo como ejemplo de lo que pasaba a los desobedientes.

—Qué horror.

—Estaban más allá de toda redención, y habrían asesinado a los chiquitines si yo no llego a acabar con ellos antes. Eran, de hecho, las órdenes de las cuidadoras, si no me dejaba cocinar. Malik casi muere tratando de detenerlas cuando yo entré aquí. Con solo catorce años tiene más valor que muchos adultos que he conocido.

—Así que masacraste a una tribu de caníbales y salvaste a un montón de críos como *parte de tu plan*.

—No a todos. Muchos estaban ya tan perdidos como este *agradable* sujeto.

Dreston alucinaba. No sabía qué habría hecho ella. Pero, siendo franca, no se creía capaz de distinguir justos de pecadores. Los remordimientos se la comerían si un día se viera obligada a tomar una decisión semejante. Qué él fuese capaz, contradecía algunas de las cosas que Alessa creía. Según ella, los habría asesinado a todos indiscriminadamente. Igual estaba siendo subjetiva. O exagerada.

—¿Y cómo te dio ese arranque de compasión? ¿Por qué perdonaste a algunos?

—Eran inocentes. A diferencia del resto de sus semejantes, no merecían morir. Tendrán un futuro. Incluí a los Salluri en mi plan porque Flavio CIX siempre ha cumplido su palabra conmigo. Así que, aprovechando que tenía una buena oferta que hacerles, los he incluido en mi trato con él. Respondieron encantados. Los cuidarán.

No creyó que dejar a un montón de menores con la mafia fuera la mejor idea del mundo, así que lo caviló durante un largo minuto. Los orfanatos empresariales y estatales eran poco más que centros comerciales para pedófilos y traficantes de órganos. Era imposible encontrar padres que quisieran adoptar niños mayores de tres años, y quienes lo hacían, solían albergar oscuras intenciones. Existían no pocas posibilidades de que acabaran esclavizados, muertos, o peor. Incluso si los llevaban a una colonia en expansión, donde la gente solía ser más amable y hospitalaria, a alguno podía escapársele un detalle sobre las prácticas del *Señor de los Huesos*. Y en cuanto eso sucediera, los considerarían aberraciones o parias, en el mejor de los casos. En alguna comunidad religiosa, igual hasta los quemaban vivos.

La única ventaja que tendría la mafia a la hora de criarlos sería que sabrían perfectamente lo que estaban *comprando*, y que nadie se escandalizaría por verse obligado a reeducar a unos mocosos que estuvieron devorando gente hasta que *la familia* los acogió. Como mucho, eso les daría puntos para ser considerados tipos duros. De todas las soluciones horribles, verse obligados a ser criminales profesionales de por vida no parecía de las peores.

Dreston se pensó lo de la promesa de ese tal Flavio CIX. Palerma daba muy pocas veces su palabra, pero le constaba que la cumplía el cien por cien del tiempo porque se movía en un

universo sin ley. Los Salluri, conocidos blanqueadores de capitales masivos, quizás entraban dentro del mismo grupo de mafiosos *blandos* con retorcido sentido del honor. Seguramente los cuidarían. Y los utilizarían en su propio beneficio. Ojalá se le ocurriera algo mejor.

—Me… sorprende gratamente que aún te quede algo de humanidad.

—No te hagas ilusiones con esa idea. Perdí casi toda la que tenía al visitar a la familia de MD, y el resto al ver las *entrañas* de este lugar. Nunca creí que unos vulgares caníbales pudieran terminar de romperme del todo. Ahora solo hay leves rescoldos de lo que una vez fui. Soy un arma, un cazador que busca a su presa. Eso es cuanto queda de mí. Una bestia.

—Un animal no protege a unas crías que no conoce.

—Te sorprendería saber lo lejos que llegaron los sabuesos conmigo.

Al fin se dio cuenta de quién era el verdadero David. Un hombre roto por dentro, deshecho por años de pérdida. Primero se esfumó su novia, luego su fama. Después su tripulación, sus amigos, conocidos y aliados. Y cuando parecía que el destino le daría algo de tregua, paz para vivir en una pequeña comunidad de un planeta perdido, un monstruo alienígena enloquecido por el evento de extinción que arrasó su propia especie le volvía a dejar solo.

Al regresar con la humanidad, esta le recompensaba con un espectáculo dantesco como el que describía la ficha del *Señor de los Huesos*. Y, como broche final, se encontraba con la bofetada de la viuda y el llanto de los hijos del hombre que le salvó. Padecía un caso extremo del síndrome del superviviente, uno del que no podría escapar.

Ya no lo odiaba. Sentía pena por él. Era cierto que la había engañado y que eso no tenía excusa. Sin embargo, debía reconocer que poseía unos atributos envidiables. Era inquebrantable, tenaz, resistente, idealista. Estaba tan convencido de su causa que no se distraía con lo demás. No era codicioso, se fue de cabeza a regalarle una fortuna a la familia de MD porque le debía la vida. Y eso considerando que, de acuerdo a lo que Alessa les contó, llevaba a duras penas unos meses con ellos. O sea, que casi era un desconocido. Igual que ella.

David adquiría un apego asombroso a la gente, quizás porque se sentía eternamente solo y desamparado. Podía entender su estado medio salvaje. Aquellos años, en compañía de depredadores y en la soledad del espacio, habrían vuelto loco a cualquiera. Quizás estuviera equivocado con Alessa, pero cada vez estaba más convencida de que tenía la razón con *Helios* y con la Gran Extinción.

Y todo ello le hacía merecedor de una pequeña oportunidad. La de explicarle sus motivos.

—Siento volver al tema, pero… es… es que no te pega nada. Pudiste dejarme antes, y lo habría entendido. ¿Por qué te liaste con Circe sin decírmelo?

—Te repito lo mismo. Eso jamás sucedió.

Bah. ¿Se creería su propia mentira? ¿Estaba su mente tan destrozada que los recuerdos se le mezclaban con los deseos y el arrepentimiento? ¿La llamaba tonta a la cara?

—David, por favor. Vi un vídeo.

—Dejémoslo. No voy a justificarme porque tengo claro que jamás me creerás.

Dreston miró al suelo, triste. Su dolor iba demasiado adentro, a una recóndita zona de su corazón agrietada y podrida. Lo que una vez fue luz y esperanza, ahora era un páramo oscuro y desolado. Decía la verdad.

—En eso llevas razón.

—Tienes tu cabeza, y yo mismo te cerraré el encargo de la caja a través de uno de los testaferros de CIX. Los *Cuervos* jamás desenmarañarán ese lío de falsas identidades que tiene él. Considera que me debe favores enormes, y darle a unos cuantos botones con una tarjeta falsa es uno pequeñito. Asumirán en el peor caso que tu encargo es cosa de la mafia. Siento lo de tu amigo, y lo de Morris. La necesitaba para obligar a salir a Shaw.

—Yo… sigo enfadada. Ese capullo destrozó una familia. Pero supongo que no podías adivinarlo. No, si asumías que tu vieja compañera es buena gente.

—No esperaba que le hubieran asignado a un vaquero de gatillo *tan* fácil. Supongo que no lo sabes, pero muchas veces no me tocaba elegir a los reclutas, y me caían los que no quería nadie. Confío en que Sam le castigará.

—Eso espero yo también.

Hubo una breve pausa, en que los dos miraron al suelo, esquivándose el uno a la otra. Fue el renegado quien la rompió.

—Procura no hablar de este lugar. No por Flavio, sino por los pequeños.

—Es una petición razonable. Además, la mafia detesta a los chivatos. Incluso si no tuviera corazón, es mala idea.

Dreston se puso en pie y le tendió las manos todavía atadas. Hussman se levantó, sacando un cuchillo de su chaleco. Kiara se tensó mientras se aproximaba a ella. Le separó las manos, y él cortó la brida limpiamente. Después clavó el arma en el deslustrado tablero con un sonido sordo. Volvió a sentarse en su silla, estirando bajo la mesa la pierna prostética que se ponía en lugar de la de reemplazo. Kiara pensó que ese juego de las bridas hubiera tenido gracia en un universo alternativo donde no tuviera cuernos y encima sintiera lástima por él. Lo de que pareciera un bárbaro no le resultaba desagradable ahora que empezaba a vislumbrar los límites.

Dreston tomó el arma y la sacó, dejándola de nuevo en la mesa. En otras circunstancias habría aprovechado un desliz semejante para atacar a su enemigo y tratar de matarlo. Siendo David quién la había capturado, y oídos sus motivos, ni se lo planteó. Decidió que necesitaba preguntarle, saber qué se traía entre manos.

—Imagino que ni de coña me vas a contar cuáles son tus próximos planes. Además de matar a *Helios*, quiero decir.

—Me da igual compartirlo contigo, así que allá va. Empecemos por el principio. La Xeno que me atacó no iba cientos, sino quizás miles de años por delante de la tecnología humana.

—Y su pueblo murió igual.

—Sí. ¿Sabes? Acabé encontrando cierto placer en la soledad. Algo primario y antiguo tiró de mí, cambiándome para siempre. —La vista de David estaba perdida en el infinito, desde su regreso, le notaba muchísimo más ausente. Quizás veía cosas que ella no. Podía tener ya algún problema mental sin remedio—. En el vacío tuve una epifanía. La Cruzada no debe enfrentarse a sus enemigos ancestrales, sino ser el vehículo que evite nuestra propia extinción. Y la única forma de lograr que se lo crean es unir sus datos a los míos.

—Suenas como un sacerdote que ha perdido la fe.

—No te equivocas, puesto que en realidad soy un converso. Los sectarios del *Sendero del*

Cielo tenían razón. Los *Cosechadores* se cargaron a los Zastak y a otros muchos. *Vi* los restos con mis propios ojos. Lo tengo todo *grabado*.

David se explicó. Quería mostrar la verdad a la humanidad. Terminar, contra cualquier pronóstico, el trabajo de la secta. No le importaba que le acusaran de hereje y apóstata por afirmar que los *Cosechadores* eran invencibles, y no unos domingueros que se pararon a destrozar un huerto. Anhelaba que los suyos entendieran que los asesinos del Sistema Solar no solo existían, sino que habían destruido incontables civilizaciones.

Le dijo a Dreston que la cúspide de la zona de *Triunvirato* que atacó él era un museo xenológico asombroso. Que cuando las empresas mineras destruyeron la estación sin abordarla, echaron a perder millones de años de historia. Luego le detalló que la mayoría de evidencias que poseía pertenecían al objetivo que fue a extraer, Maximiliano Farensis. A un buen hombre, que murió como un valiente, demostrando unas agallas que ya quisieran muchos soldados.

Kiara suspiró.

—Es decir, que tu nuevo plan consiste en darle a la Flota un archivo que les haga replantearse el objetivo de su existencia. Vas a trasladar el propósito de los *Guías del Sendero* a tu gente. Bueno, no es la idea más descabellada que has tenido.

—Exacto. Encontraré la segunda parte de la llave y mataré a ese cabrón espacial. Cuando acabe, enterraré a los mandos Cruzados en papeles. Tendrán que admitir que llevo razón, porque les entregaré los archivos de los gemelos del mal, en cuanto les eche el guante. No podrán decir que son falsos, será evidente que nosotros mismos escribimos parte de los documentos.

—¿No piensas que debería bastar con lo que tienes? Es decir, son los archivos del *Sendero del Cielo*, procesados por literalmente el mejor xenoarqueólogo que existe. —Él puso mala cara, de angustia—. Perdón. Que existía. Solo con eso, seguro que encuentras un mecenas loco entre tu gente que te respalde. Algún estudioso.

—No. Mi pueblo no funciona así. No dan crédito a los extranjeros, y mucho menos a los traidores. Sin embargo, son pragmáticos con las pruebas.

—¿Y de dónde piensas sacar lo que te falta?

—Creo que tengo la localización de los datos de los *Cosechadores* que la Flota perdió, Kiara. Héctor los copió a bordo de *Helios*. Entre lo que he reunido y lo que pueda descargar del interior de la *Risingsun*, es posible que obtengamos una información crucial para la humanidad. El mayor archivo xenológico de nuestra historia.

—Un segundo. Has dicho… ¡¿descargar…?!

—No vas a disuadirme, capitana. No me rendiré. Completaré la misión. Poco a poco, sin saberlo, se ha convertido en la obra de mi vida. Es… parecido a lo que le pasó a Farensis. Curiosamente, terminaré lo que él empezó. Difundiré su legado.

—Has subido la apuesta. Ya no solo quieres matar a *Helios*, sino entrar a sus tripas y robarle información. Deliras. Esa cosa te hará papilla.

—Eso creerá él, pero ahora tengo un as en la manga. A *Arcángel*. Cuando nos subestime, le daremos un golpe mortal.

—¿El *Coracero* y tú? Lo tienes desde que te conozco. ¿Qué ha cambiado?

A Kiara se le desorbitaron los ojos cuando David le contó a qué llamaba *Arcángel*. No era su

montura, no, sino un módulo IA que había comprado e integrado en ella. En el que se gastó una auténtica millonada, una cantidad tan ridícula de dinero que no se la podía creer. Claro, con razón no disponía de más efectivo en aquellos momentos, todo lo que robó y puso en manos de la mafia acabó invertido en esa cosa. El cazador de Inteligencias Artificiales poseía ahora un compañero sintético, a pesar de lo hipócrita que resultaba.

Pero resultó, a medida que le contaba detalles, que ese cacharro era distinto. Un exterminador. No pertenecía al rango de Inteligencias Artificiales estándar, sino que se concibió para buscar y explotar debilidades de las más grandes de su clase. Su objetivo era entrar en los sistemas protegidos que sostenían a otra IA, encontrar sus debilidades y apalancarlas hasta conseguir romperlas. Se extendería por las tripas de *Helios* como un virus, acaparando recursos y haciéndole todo el daño posible. Se le ocurrió que, dado que la consciencia de aquel monstruo podía sobrescribir la mente de la gente, el *Arcángel* sería capaz incluso de subvertir o liberar a sus súbditos, volviéndolos contra él. De ahí el nombre. Era uno de los ángeles más poderosos, el elegido que dirigía los ejércitos de la divinidad de muchos cultos de la ORU.

Jo-der. Necesitaba sentarse.

—Crees que puedes ganar. De verdad que sí. E incluso ya tienes las herramientas para hacerlo.

—No, la muerte de *Helios* es solo un paso más de mi camino. Ahora hay algo más que la mera venganza por Helena. Triunfaré si transformo la Flota que se creó para luchar contra los *Cosechadores* en un medio para huir de ellos. Siempre tuve un solo sendero bajo mis pies. No tenía que elegir ser Cruzado o cazador de Dragones Estelares, porque ambas decisiones conducían al mismo lugar. Solo tomé un desvío sin saberlo. Como te digo, la Flota no podrá hacer nada contra nuestros enemigos.

Kiara no podía creer lo que estaba oyendo. Acababa de encontrarse a un David completamente diferente. A uno que reconocía, en voz alta, que los Cruzados nunca terminarían su peregrinaje porque sus enemigos acabarían con ellos. Estaba diciendo que no podían ganar. A las claras. Tras tratar durante años con la ORU, nunca había escuchado una herejía más grande de ningún hombre de fe.

Y no solo eso, sino que ahora ya no buscaba solo vengar a su chica. Perseguía algo más ambicioso, elevado y suicida. Salvar a la humanidad. Sintió, contra toda lógica, una admiración incuantificable.

Una alarma pitó en el arcaico reloj de muñeca de Hussman.

—Es la hora. Tengo que ir a por la otra mitad de la llave. Te deseo una larga y próspera vida, capitana. Antes de que te vayas, quiero darte una última advertencia. Leí la lista de tus trabajos en una Central de Patentes de Corso cuando volví.

—No es pública.

—Tengo mis trucos. Ahí va el consejo: aléjate de las cosas extrañas mientras sea posible. Puede que llegue un día en que no puedas hacerlo. Hay… situaciones y lugares que no se pensaron para la humanidad.

—A la diosa de la muerte Kaishh se lo voy a contar.

—Adiós Kiara. Sigue siempre a la izquierda y saldrás por donde entramos. Tienes una linterna al lado de la puerta.

—Gracias. Hasta otra, David.

Dreston se levantó, guardando la cabeza del *Señor de los Huesos* en la bolsa. Se encaminó hacia la puerta con decisión. A medida que daba pasos alejándose del renegado, pareció ir perdiendo ímpetu. Era como si una fuerza cósmica tirase de ella, instándole a decir algo más. Finalmente se detuvo.

—¿Qué harás si lo logras?

—No entiendo.

—Quiero decir… estás muerto. Todo el mundo te considera fuera del tablero. De facto, has esquivado la venganza de los Cruzados.

—Eso es temporal, puesto que necesitaré su ayuda contra la *Risingsun* rebelde. Nadie escapa de la Flota.

Bajó la cabeza. Llevaba años queriendo verle, deseando que Alessa se equivocara. Aunque nadie supiera que seguía con vida, aún estaba ese estúpido código de honor suyo. Esa necedad que le llevaría de cabeza hacia la muerte más pronto que tarde.

—¿Entiendes a lo que me refiero?

—Sí, claro. Lo siento, pero ese futuro no es para mí. Tú has logrado lo que querías. Yo también. Te ves bien, Kiara. Más madura, curtida y solvente. Eres lo que siempre quisiste ser, un reflejo de tu padre, de un hombre admirable.

Ya. En fin, tenía que intentarlo. Al menos en esta ocasión, ya sabía que el amago rozaba lo imposible. Ese hombre, quijotesco y roto, había ampliado su horizonte de suicidio a una meta aún más inalcanzable.

—Eso es lo que se le dice a una ex con la que no acabaste mal.

—Yo no acabé mal contigo. Fuiste tú la que se cabreó conmigo. Pero es igual, ya hace mucho que asumí que no tenía arreglo, pasé página y volví a mi misión desde literalmente el quinto infierno. Eso es todo. Con permiso, tengo que marcharme.

No. ¡No! ¡No! ¡De eso nada!

—Espera, espera. ¿Dónde vas a ir a buscar la otra mitad del código?

Se planteó si era boba. Se estaba empeñando en acercarse a él, cuando su sentido común le pedía que se largara. Incluso él mismo intentaba darle esquinazo. ¿No decidió enfadarse? ¿Por qué no podía evitar insistir? ¿Creía, acaso, que podía salvarlo de sí mismo? ¿Cambiar su esencia, o algo así?

—Aquí al lado. Por eso os traje a este mundo. Mi objetivo es el Administrador Primario de la sede local *Tesurian*, Artiom Duvolev. Como te he dicho, los Salluri han aceptado ayudarme a cambio de quedarse la sucursal y el *domo* cuando me vaya. Te voy a pedir que me disculpes, porque no son gente paciente.

Kiara se quedó mirando al infinito unos instantes. Podía elegir largarse en ese momento, vivir y disfrutar su recompensa. Pero luego estaría lamentándose eternamente. Incluso dejando de lado a David, ella creó los Archivos Prohibidos por una buena razón. Y aunque Hussman no lo supiera, acababa de llamar a la puerta de su trastero.

Ya no quedaba ni rastro de su ira. Ni siquiera resentimiento por lo de Circe. Su mente, sus

sentimientos, eran una mezcla de responsabilidad y de admiración. Sin darse cuenta, y gota a gota, su veneno supuró y se encontró llena de otra cosa. De algo que temía y deseaba a la vez.

No. Debía participar. Incluso si lo hacía sola. No permitiría que el único apoyo de alguien como David fuera un vulgar mafioso.

—Déjame ayudarte. No solo a conseguir el código, sino a guardar lo que ya tienes. Yo misma poseo… varios artefactos. Xenos. Antiguos. Objetos que he escondido porque no puedo dejar que caigan en malas manos, a pesar de que sé que hay agentes del servicio secreto confederado husmeando a mi alrededor. No te puedes ni imaginar algunas cosas que he visto. Protegería tus datos con mi vida.

—¿Por qué querrías hacerte cargo?

Jamás reconocería el torrente de emociones y *metamariposas* en el estómago que sentía en aquel momento. Ni loca. Tenía otra respuesta preparada.

—Porque creo que puedes tener razón con lo del *Sendero del Cielo*. Y eso me jode.

—¿A qué viene ese cambio de parecer? ¿No estabas cabreada conmigo?

—Lo estoy. Pero no lo suficiente como para apostarme la supervivencia de la humanidad. ¿Vas a ir de cabeza a por *Helios* y a llevar los archivos en tu carga suicida? ¿Y si mueres? ¿No es mejor entregar la mitad que nada?

—Se los confiaré a Flavio y a su gente. Estarían a buen recaudo.

—¿Con la mafia?

—No saben lo que tengo en realidad, podría dejarles un testamento temporizado. Me guardaron mis fondos durante años a pesar de no dar señales de vida, así que no veo por qué no podrían proteger los datos. En ese particular, son muy de fiar. Los Salluri viven de eso. De esconder dinero negro u objetos comprometidos.

—¿Y qué harán con ellos si no regresas? ¿Compartirlos con la humanidad?

David se lo pensó unos instantes.

—Está bien. Ahora que esa sucia traidora está muerta, me fiaré de ti.

Kiara trató de disimular su asombro, pero no fue capaz. El hombre que la engañó y al que ella traicionó, y al que estaba mintiendo a la cara, *confiaba en ella*. Tanto como para dejarle en herencia un peligrosísimo archivo que contenía unas pruebas que harían tambalearse los cimientos de la Confederación y de la Flota Cruzada.

Jamás habría esperado que esa versión asilvestrada y postapocalíptica de David Hussman pusiera tanta fe inmerecida en su persona. Se preguntó si aquello tendría truco. Igual descubría una contrapartida muy desagradable.

—¿En serio?

—Por los viejos tiempos. Ya me devolverás mis pruebas cuando tenga la otra mitad. Las llevaré a la Flota y, si procede, a la propia Confederación. Eso lo decidiré sobre la marcha.

—Vale. ¿Y cómo haremos lo de la llave?

—Eso depende. Ya sabes que estoy sin blanca. ¿Qué hay de tus chicos? ¿Crees que van a meterse en la boca del lobo solo por ayudarme a demostrar los delirios de una secta? ¿Entraríais en la sede de los *Tesurian*?

Buf. La verdad es que ella misma dudaba de si era una buena idea. Se pondrían en grave peligro, en uno mortal, y a cambio de nada. El renegado no les pagaría ni puntuaría más.

Pero claro, si una organización criminal podía reventar un bastión corporativo, esos eran los Salluri. Incluso sin David, seguramente lo echarían abajo si se lo proponían. La cuestión era si le merecía la pena arriesgar a sus seres queridos por Hussman.

Luego pensó en *Helios*. Y en las consecuencias de dejar que siguiera libre. Qué demonios. La muerte de su familia adoptiva aún le dolía, su herida todavía sangraba. Quizás ese loco que tenía delante podía terminar con la IA si conseguía la segunda parte de la clave.

Sí. Ella también podía luchar por *venganza*. Y seguramente Pierce también. Aunque lo haría con más tiento que su padre, Dominique.

—Los convenceré.

—Está bien. Ven conmigo. Tenemos consejo de guerra en menos de diez minutos, y hay que montar las comunicaciones y liberar a tus tripulantes antes de que hables con ellos. Luego te pasaré la localización de mi archivo, pero ignórala durante un tiempo, no sea que Morris o alguien peor esté vigilando la zona. Flavio CIX y los suyos, obviamente, te dejarán pasar. Me encargaré de ello.

—Yo… de acuerdo.

Asombrada, volvió a levantarse en cuanto la rebasó en dirección al laberinto. Agarró de nuevo la cabeza dentro de la bolsa y se la echó al hombro.

Fue curioso. Los dos se sentían culpables, y ambos se querían todavía, cada uno a su manera. Pero el anhelado perdón que buscaban el uno de la otra mediante dispares excusas, quedó eclipsado por un omnipresente arranque de apasionada responsabilidad. De repente, algo más importante que los dos irrumpió en el tablero de juego. Una cosa que, de ser ignorada, podría ser fatal. Cada uno sabía que en aquel momento podía marcar una diferencia. Pese al daño que se hicieron, sintieron que debían aparcarlo todo para recopilar una información que determinaría el futuro de nuestra especie.

Y además ambos, por diferentes motivos, querían ver a *Helios* convertido en chatarra.



¿La *otra* hermana traidora?

Teresa entró en su habitación y cerró tras ella. Fue disimulando con su mejor cara de póker todo el tiempo desde la zona de los camarotes de los pasajeros, junto a la bodega de proa, permitiendo que Will le ganara un chiste y diciéndole a George que podía terminarse una caja de galletas que le encantaban. Una vez que llegó allí se derrumbó, completamente sobrepasada por lo que le acababa de suceder con el renegado.

Abrumada, con los ojos abiertos como platos y en total estado de shock, se apoyó contra la puerta, sin dar ni un paso más, y se sentó deslizándose hasta llegar al suelo. Así, se abrazó las rodillas. Estuvo unos minutos con la mente en blanco, paralizada, tratando de asimilar los hechos. Imposible. Eso no sucedió. ¡¿O sí?!

El cambio de parecer de Kiara respecto a David la desconcertó desde el principio. Teresa fue la única que creyó que no les haría daño en ninguna circunstancia, por eso se rindió ante los niños salvados por él en lugar de resistirse. No le cuadraba que fuera ese tipo de persona, y se fiaba de su instinto. Ahora, quizás por confiada, le había hecho un daño irreparable. O, tal vez, acababa de abrirle los ojos de un modo que nunca podría agradecerle lo suficiente.

Siendo franca, creyó que se lo merecía. Empezó a acosarle desde el minuto uno, en cuanto terminó su consejo de guerra, en el que participó nada menos que Flavio CIX Salluri, uno de los lavanderos de capitales más importantes del Cuarto Anillo. Repasaron el plan de combate elaborado por el renegado, la mafia estableció sus condiciones y correcciones, y ellos decidieron sumarse a la fiesta tras debatirlo un poco antes de la reunión. Incluso se ofrecieron a llevarle, muy a su pesar, hasta el sistema donde se encontrara la *Risingsun* rebelde para que pudiese terminar el trabajo.

Hussman les dijo que iría solo, pero insistieron. Tenía una corbeta prácticamente de desguace, muy lejos de la temible *Ruina de Helios* que le conocieron la vez anterior. Era un montón de chatarra que a duras penas volaba, que le servía únicamente para viajar por el *Pulso* de forma medianamente segura. No podían dejarlo ir así, en especial Kiara. Los motivos prefirió alejarlos de su cabeza por el momento, porque tenían de sobra. Tras terminar y despedir a los asombrosos aliados de David, él les agradeció la ayuda, les pidió disculpas por el trato anterior y les presentó a sus niños. Luego le preguntaron lo que se les ocurrió, y cada grupo partió a comenzar sus preparativos.

Le abordó nada más subir sus escasas pertenencias al camarote, amenazándole con no dejarle ir, malgastando su tiempo hasta que le contara la verdad. Tenía dudas de lo que se traía entre manos, fundadas por toda la mierda que Alessa vertió sobre él durante años cada vez que salía en una conversación. Hasta ese momento, su interior albergaba una dicotomía que, como le pasaba a Kiara con la suya, no podía resolver de ninguna forma. Dreston estaba enamorada, quisiera admitirlo o no, y sus quebraderos de cabeza resultaban comprensibles. Ella, por una parte, tenía montones de anécdotas malas de Fourier en su memoria. Y, al mismo tiempo, una tenue vocecita interior que le chillaba que revisara cuanto creía saber.

Obtuvo, en efecto, la verdad. Lo que pasaba era que esta no se parecía en absoluto a lo que esperó encontrar al principio. Él le enseñó algo tan impactante, tan descabellado, que derribó de un manotazo su tablero mental. Y a continuación lo reconstruyó con otra versión mucho más creíble, que hizo pedazos unos sentimientos que creía plenamente afianzados.

Abrió la bolsa con las manos temblorosas, sacando los dos diabólicos artefactos. El primero era un sencillo reproductor holográfico, que encendió. El escabroso vídeo en que se la veía frotándose con la capitana en la ducha cobró vida de nuevo. Se obligó a verlo completo, hasta el final, sintiendo cómo el rubor se apoderaba de sus mejillas. No se trataba de excitación, sino de vergüenza. Jamás se lio con la que ahora era su mejor amiga. Esa intención desapareció junto a su alcoholismo y sus ganas de morir, cuando ella la rescató de esa vida. Ahora sentía otra cosa. Camaradería, respeto, confianza. Ternura. Algo que creyó haber olvidado, o que nunca conoció ni siquiera con su familia biológica.

Ese vídeo aberrante, lamentable y bochornoso lo creó Hussman. En prácticamente diez minutos, usando su asombrosa armadura mágica del futuro, tras preguntarle sin rubor alguno cuál era su fantasía mundana favorita. Ella misma vio el programa, que generaba los modelos hiperrealistas, y pudo comprobar que le bastaba tener grabadas unas cuantas escenas de una persona para integrar una malla con su rostro en la pornografía más dispar que uno pudiera imaginar. La dejó ajustar los parámetros por sí misma, y el vídeo cambió. Sintió una arcada.

Los Cruzados entendían que ese tipo de contenidos a demanda disminuían sus fricciones sociales, así que daban acceso al programa a partir de los dieciséis años. Tenía sentido porque, después de todo, se trataba de una sociedad que pasaba de la monogamia más estricta al amor libre más desatado, sin paradas intermedias. Lo comprendía, en el fondo. Ella misma se volvería loca si tuviera que pasar el resto de su vida embutida en un traje estanco pesado y viajando por el espacio. Joder, si los muy lunáticos consideraban *porno* quitarse la armadura, de acuerdo a la propia Kiara. ¡¿Cómo no iban a ser capaces de crear algo semejante, tratando de desquitarse?!

De repente, su mente errante se centró. El punto de mira inmisericorde, parecido al de su rifle en modo francotirador, se colocó encima de la cabeza de alguien. De Alessa Fourier. O, mejor dicho, Denia Takapoulos. ¡Es que no podía creérselo!

El renegado ni siquiera dudaba que Kiara le mintió, y que continuaba con vida. Lo asumió, se lo dijo de la forma más natural posible y ella se lo confirmó tácitamente, casi con vergüenza. Después de ver el vídeo y de darle el aparato, sintió la necesidad de no mentirle a la cara, llamándole idiota. Si realmente lo traicionó, matando a sus amigos, no lo merecía. Y estaba dispuesta a darle un voto de confianza. Así que le escuchó.

Denia o Alessa, según David, era una desertora de la Flota igual que él. Solo que de una división llamada *Orden del Acero*, que aglutinaba a los mecánicos, ingenieros y científicos aplicados en general. Hacía décadas que se largó, librándose de la cacareada caza a los renegados, esquivando la muerte inevitable que debía caer sobre ella por el mero hecho de contravenir las directivas que le impusieron nada más nacer. Y sobrevivió, o más bien consiguió que le permitieran hacerlo, traicionando a otros como ella. Sirviendo de topo para las fuerzas especiales de la Cruzada, los famosos *Cuervos Negros* de Hussman. Dándoles objetivos, pistas y metas. Vendiéndoles información de los compañeros a los que encontró, y que confiaron en ella. De acuerdo al caballero errante, podía ser que incluso les pasara otro tipo de información.

Ese origen explicaría su asombroso entrenamiento de combate, sus habilidades únicas de investigación y desarrollo, sus ideas innovadoras. Los inventos maravillosos. Estarían basados en unos estudios reglados, en conocimiento bélico que iba décadas por delante de la empresa confederada más puntera. Solo abriendo un vulgar maletín médico de campo, una podía hacerse una idea de lo increíblemente adelantados que iban los Cruzados en lo que les interesaba, que era su venganza. Llevaría montones de años adaptando tecnología de la Flota canibalizada al entorno

confederado, por eso resultaría valiosa a los señores de la guerra que se escapaban de los autoproclamados herederos del Sistema Solar. De ahí vendría la afinidad con el rollo *raro*.

La cuestión era, en primer lugar, cómo la tendrían atada. Quizás la seguían, o disfrutaría de un régimen de libertad vigilada parecido a los *no tan esclavos* mineros de Salabin I. Lo segundo, y más importante, la preocupaba mucho. Alessa siempre priorizaba salir con vida, cosa que todos achacaban a su triste y conmovedora autobiografía. Ella ya sospechaba, como buena tahúr, que algo no encajaba del todo bien.

Lo que no imaginaba era que el pozo de embustes pudiera llegar a ser tan profundo. ¿Y si Alessa, o Denia, mentía mejor que ella? ¿Poseería un intelecto tan elevado como para mantener una máscara sin fisuras tanto tiempo? ¿Los salvaba porque le convenía hacerlo? ¿Por eso trató de convencerla de huir, cuando Meritxell y los demás las cercaron en la enfermería? ¿Habría dejado tirados a sus amigos en Hefestia, si no llega a aparecer Teresita, la niña robot?

Y lo más importante: ¿Qué les hacía tan especiales? ¿Es que acaso no encontraba nada que le reportara más beneficio, por el momento? ¿O…?

Se quedó helada, al encajar las piezas. En realidad, sí que eran gente muy interesante. David Hussman. *La Forja de las Almas*. *El Motor de Vacío*. Von Arvein. El CECI. La *entidad uno*. Barrick Hoffstein. El proyecto Ajna. *Los Archivos Prohibidos*. No paraban de encontrarse anomalías peligrosas, y todas serían de un elevadísimo interés si perteneciera a un servicio de inteligencia de una potencia *extranjera*. Mierda. ¡¿Le estaría pasando información a la Flota Cruzada?!

Empezó a creer que el lío de faldas que se traía con Pierce tenía más ramificaciones que no poder comerse un rosco por sí misma. El mecánico era, con mucho, el más centrado y *normal* de todos ellos. Y Dreston confiaba ciegamente en él, más que en ninguno, porque siempre daba voz a la razón. Si lo controlaba a él, podría influir sobre la capitana, y…

¡¡No, maldita sea, necesitaba pruebas antes de seguir montando su película mental!!

Miró la bolsa, sacando el segundo objeto. Era una caja cúbica, desarmada por varios sitios y remendada con empalmes. Por lo que le dijo el renegado, se trataba de un dispositivo capaz de interceptar comunicaciones cifradas, fabricado por su gente y pirateado en su día por la propia Fourier. Necesitaría aprender a usarlo y adaptarlo un poco, pero Hussman tuvo la cortesía de regalarle también un detallado manual de instrucciones que sacó de su armadura. Con él, sería capaz de saber si Alessa hablaba con alguien a escondidas, una vez que pudiera instalarlo con disimulo. Tendría que ocultarlo bien, haciendo que se enganchara al sistema de comunicaciones sin que nadie se enterase. A unas malas, si alguien lo pillaba, se haría la sueca y culparía al CECI.

Una vez lograra conectarlo a la antena, barrería todas las frecuencias en bucle, incluso las improbables, hasta encontrar cualquier señal continua y cifrada que saliera o entrara en la nave.

El renegado le dijo que él no llamaría a la Flota para decirles dónde estaban dando caza a *Helios*. Y, sin embargo, le aseguró que los Cruzados aparecerían tan pronto como Fourier se enterase. Se apostaría su propia vida, incluso su caza. Dado que en esos momentos era imposible que les dijera a dónde irían porque no tenían la segunda mitad de la clave, si finalmente se presentaban, tendría una prueba más que sólida.

Sacudió la cabeza. Podía haberle tomado el pelo, tenía que asumirlo. Igual llamaban los Salluri en su nombre en cuanto se largaran, o podía evitar él mismo el aparato. El tipo tenía una

inteligencia nada despreciable, y había servido en las fuerzas especiales. Pero claro, si se cerraba en banda, podía encontrarse que un día su propia novia subiera a bordo para arrestarles a todos y meterles en una cámara de tortura por orden de Hoffstein. ¡Y llevando razón!

No. Eso no podía permitirlo. Tendría que averiguar si había algo de verdad en las palabras de Hussman y, de encontrar la más mínima sospecha, comunicárselo de inmediato a Elisabeth. Ella, a su vez, debería chivárselo a su jefe sin delatarla ante Kiara. Para que, si llegaba el caso, sus garras se cerraran sobre Fourier. Joder. Le fastidiaba una barbaridad no poder decírselo a su amiga más íntima. Pero Dreston tenía un defecto gigantesco: esperaba siempre lo mejor de la gente. Creía en las segundas oportunidades y eso, tarde o temprano, la dejaría vendida ante un individuo peligroso. Alguien como David, o la propia Alessa.

Con todo el dolor de su corazón, aquello tendría que hacerlo sola. Y, cuando tuviera pruebas tangibles, empezaría por acudir a Eli y luego confiar nada menos que en Will. El piloto, por muy gracioso que se creyera y muy bobo que quisiera parecer, tenía un fondo muy similar al de su padre. Y, además, confiaba en ella. Qué diablos. Era su amigo. Al pobre George no lo metería en el ajo hasta que no lo viera estrictamente necesario.

Fuera quien fuese el malo de la película, aquello traería cola. Si Fourier era tan sumamente hábil, igual le llevaba años pillarla con las manos en la masa. Por el contrario, si la trampa venía de David y este buscaba venganza, seguramente los mataría a todos tarde o temprano aprovechando que confiaban en él. Así que esa vía no tenía sentido contemplarla. Trabajaba en otra división.

Frunció el ceño. Sí. Desvelaría la verdad. Y si para ello necesitaba convertirse en una maldita agente de contrainteligencia, lo haría. Después de todo, su novia trabajaba en el CECI. Igual si aprendía el oficio podía retirarse a una oficina del cuerpo algún día, a un cargo menor, cuando ya no pudiera dedicarse a ir corriendo y pegando tiros.

No perdería nada ensayando ese tipo de habilidades esperando un enchufe de Eli, puesto que el nepotismo era habitual en la Confederación. Abrió las instrucciones, decidida a leérselas de una sentada en lugar de terminar la tabla de ejercicios de rehabilitación que le quedaban. Necesitaba el jodido cacharro activo antes de ensamblar la clave, y tenía muy poco tiempo.



La casa embrujada de los engranajes

—A ver, Kiara, explícanos otra vez como narices nos has convencido de meternos en este fregado. Ahora que veo ese pedazo de fortaleza que tenemos delante, me arrepiento de decir que sí. Ni siquiera hay un contrato jugoso por el medio. Solo un mierdón que pillaste para desquitarte de lo de la caja.

Dreston ignoró a su hermano de pega. Ante ella se alzaba, cada vez más cercana, la sede local de la *Corporación Tesurian*. Se trataba de un edificio inmenso, rayano al kilómetro de altura, con una base de entre dos y tres mil metros cuadrados. El exterior estaba fortificado, rodeado de una muralla de *neohormigón* con torres defensivas automatizadas que hacían palidecer a las del espaciopuerto. Contaba con varios puestos de guardia entre ellos y la entrada, armamento antiaéreo y una inmensa cantidad de drones menores que patrullaban las inmediaciones de forma incansable.

En circunstancias normales, todos se habrían negado a intentar meterse en un lugar semejante. Pero, tratándose de una sede central de *Helios*, la cosa empeoraba a un nivel demencial. Era una misión prácticamente suicida. Sin embargo, el grupo al completo estaba harto del tema. Incluso Alessa, que se había marchado sin dejar rastro para evitar que Hussman la detectara.

La cibernética, las inteligencias artificiales fuera de control, los monstruitos robóticos y los científicos locos no dejaban de cruzarse en su camino. Si David podía encontrar a la *Risingsun* rebelde y reventarla usando su programa asesino, o bien darle la localización a la Flota para que la cañonearan hasta el olvido, se acabarían la mitad de sus problemas.

Quizás no era la decisión más inteligente, pero sí la correcta. Los cultos de *Helios* segaban incontables vidas cada día y subvertían a inocentes. Rompían familias. Incluso de corsarios, porque conocían al menos ocho casos de tripulaciones con víctimas mortales debido a un encontronazo con los secuaces de ese gigantesco hijo de puta estelar.

De vez en cuando les contactaban completos desconocidos tras descubrir las experiencias con seres sintéticos o semi artificiales del currículum de Kiara. Sí, al final lo puso a las claras a petición de Hoffstein, y no se arrepentía. Gracias a eso, había ayudado a mucha gente a sobrellevar sus pérdidas y a esquivar a los cabrones medio chatarra. A cambio de información para el CECI, que compensaba parcialmente los daños.

Estaban ya en un punto donde no aguantaban más. Decidieron que, si podían marcar una diferencia en la guerra contra los *mecanizados*, por pequeña que fuera, se apuntarían de inmediato. Además, para aquella operación, contaban con unos refuerzos bastante considerables. Nada menos que la familia Salluri, implicada con Hussman, que le echaría el guante a aquella mole que tenían delante a cambio de su ayuda.

Los Sapponell eran un sindicato del crimen importante, pero los lavanderos de capitales los consideraban unos primos pequeños y descarriados que debían regresar algún día al regazo de su familia original. En pocas palabras, se trataba de una organización criminal que estaba entre las veinte más poderosas de toda la Confederación. Ganarse su favor, aunque fuera de forma tangente, era una muy buena baza de cara al futuro.

—Al menos papá se podía haber quedado en la nave.

—Déjalo estar, hijo —contestó el interpelado, tirando del palé gravítico sobre el que iban los restos del hombre-caja—. Si nuestros… aliados te garantizan que tu nave estará a salvo, no

puedes negarte a venir. Lo considerarían un insulto, y no queremos que se ofendan. Ni siquiera por accidente.

—Vamos de cabeza a una trampa.

—Sí, como siempre —concedió Teresa—. Pero es lo que hablamos. Creamos más o menos en Hussman y sus intenciones, yo estoy hasta los ovarios de los cíborgs. Cada vez que aparecen son más peligrosos, más chungos y están mejor organizados. Si mi chica y su jefe han empezado a preocuparse por el tema, es que es un problema grave.

—…Y por eso queremos estar en el centro de la solución. —Pierce sabía que su hijo, a falta de Alessa, era el menos convencido—. *Helios* ya mató a mi familia una vez. No voy a quedarme cruzado de brazos esperando a que lo haga de nuevo. Si de verdad *Arcángel* puede aniquilarlo, tenemos que intentarlo.

El piloto suspiró, mirando a George en busca de apoyo. El gigante negó con la cabeza, haciéndole saber que estaba de acuerdo con lo dicho. Conocían de primera mano que el CECI ofrecía recompensas cada vez más jugosas por fragmentos de información sobre los cultos mecánicos. Si se posicionaban bien, apoyando a David, pasarían de una comisión a una recompensa más que apetecible que cambiaría sus fondos de prácticamente cero tras instalar los motores direccionales a un colchón muy respetable. Y, además, por cortesía de la agencia, que seguramente les puntuaría de nuevo.

Necesitarían distraer al directivo con el tema de la caja, con la cabeza del *Señor de los Huesos* y con cualquier nimiedad que se les ocurriera. Esperarían al momento exacto del ataque de los Salluri y, entonces, lo tomarían como rehén y se harían fuertes. Una vez logrado eso, solo tendrían que mantener la posición el tiempo suficiente para que la mafia y Hussman hicieran el trabajo sucio. Cosa que, por otra parte, se les daba a ambos bastante bien. Luego, el renegado usaría a su IA revienta-IAs para freírle el cerebro a Duvolev y robar la segunda parte de la llave.

Y cuando tuvieran la localización de la *Risingsun* rebelde, llevarían al cazador de Dragones Estelares hasta ella, lo soltarían y saldrían corriendo antes de que llegara la Flota. Dreston, llena de contradicciones, se moría poco a poco pensando en que había accedido a transportar al hombre que amaba y odiaba a la última parada de su camino.

Su familia, por otra parte, quería que pasara página. Que el renegado encontrase de una maldita vez lo que buscaba, que ella lo viera marcharse para siempre y que pudiera retomar su vida. Kiara creía que la venganza y la amenaza creciente de los cíborgs motivaban a los suyos. Sin embargo, el principal motor que los impulsó a decirle que sí una vez más a una misión semejante, era ella. Querían que fuera feliz y, en un cónclave a sus espaldas, los cuatro acordaron que lo mejor para su capitana sería cerrar el capítulo de los hombres-máquina de una vez por todas. Los demás motivos estaban bien, pero ella cada vez dormía peor.

Dreston contempló la entrada, flanqueada por guardias armados, y se sintió fatigada. Ante sus ojos, el bastión corporativo se erguía imponente. Los muros sólidos con el logo de la compañía estampado cada trecho, las torretas automáticas que ya giraban hacia ellos y los seguían, la garita de entrada tras los bloques de *neohormigón* antivehículo que parecía un búnker, los centinelas patrullando con perros robot que llevaban táseres de alta potencia…

Todo indicaba que no serían bien recibidos, y el tono del sargento de guardia se lo confirmó.

A Kiara le hizo falta un inmenso esfuerzo para no chillar al verlo de cerca. Joder, es que ya ni se ocultaban. El energúmeno que tenía en frente llevaba un ojo biónico telescópico, una placa

que le recubría la garganta y la mandíbula inferior, y una antena incrustada en la cabeza. Algunos de sus soldados, de hecho, tenían extremidades o apéndices que no parecían humanos en absoluto.

Le explicaron al suboficial, sin que alterase ni un ápice su cara de perro, quienes eran y a lo que venían. Le hablaron sobre el *Señor de los Huesos*, de la caja y de que habían descubierto que el tipo al que se la debían entregar se la robó a su corporación.

Aunque el sargento *chatarra* no pareció convencido, Teresa intervino en favor de su jefa, engatusando al tipo para que creyera que eran unos buenos samaritanos. Funcionó. El monstruo estiró su antena y empezó a hablar entre dientes. Se quedó cruzado de brazos, con el arma de asalto colgando de su correa, esperando. Pasados unos veinte minutos durante los cuales masculló varias veces más con diversos oficiales de seguridad, les dio paso.

Le ordenó a uno de sus secuaces de brazos metálicos que los llevara hasta una patrulla que los acompañaría. Dejaron atrás la garita y se adentraron en el patio de armas. En cuanto la escolta los rodeó, los corsarios empezaron a dudar de que aquello fuera una buena idea. O, más específicamente, a preguntarse si David sería capaz de terminar con aquel ejército y llegar a echarles un cable. Durante el trayecto, pudieron contemplar una buena cantidad de productos que producía la compañía. Había vehículos blindados autónomos, *mecas* de patrulla junto a los cíborgs, drones, dos piezas de artillería autopropulsada que caminaban sobre patas de cangrejo e incluso un tanque pesado. Todos ellos, además, mostraban uno de los sellos más característicos de la *Corporación Tesurian*: estaban controlados de forma remota.

Ahora que veían que literalmente cada soldado tenía mejoras mecánicas, no hacía falta ser un genio para adivinar que los vehículos estarían controlados por alguien integrado en los sistemas de seguridad. Así que la reacción y precisión de esas armas sería muchísimo más rápida que si tuvieran un piloto normal, porque las moverían como si fueran parte de sus propios cuerpos.

Con un desprecio habitual en las multiplanetarias, no les permitieron entrar por la puerta principal. Los desviaron por un garaje, haciéndolos bajar a una planta menos uno. Allí, un capitán artropoide, que les recordaba de forma muy desagradable al escorpión *Mataviejas* en versión de bolsillo, les tomó los datos. Verificó su identidad dos veces, la validó contra la Central de Patentes de Corso y les indicó un ascensor de personal que los llevaría a la planta ciento ochenta y cuatro. Subieron acompañados de nada menos que veinte cíborgs y *mecas* de seguridad.

Cuando descendieron, el panorama empeoró, si eso era posible. Se encontraron en una zona de recepción de clientes, aunque entrando desde el lado para *el servicio*, por decirlo con suavidad.

Después de una serie de pasillos anodinos y decepcionantes, desembocaron en una sala impresionante a la par que aterradora. La mitad de la pared era acristalada, y tenía unas vistas asombrosas de la cada vez más decaída zona industrial. La otra, sin embargo, era un gigantesco mural compuesto por una miríada de ruedas dentadas. Como si se tratara de una de esas máquinas que van solucionando pruebas que a su vez activan otras hasta llegar a un resultado final, las ruedas y engranajes trabajaban en conjunto a lo largo de no menos de trescientos metros cuadrados de muro. Chasqueando, crujiendo e incluso chirriando, el inabarcable conjunto de mecanismos se movía al unísono con un propósito desconocido.

De espaldas a ellos, había una figura con las manos cruzadas detrás, aguardando su llegada con paciencia. A Dreston, igual que a los demás, se le fue escapando la sangre del rostro a

medida que se aproximaban a ella, recorriendo una inmensa y mullida alfombra que representaba la transición de humanos a máquinas.

La figura, que parecía un hombre por la complexión, era idéntica a los autómatas que Kiara conoció como Héctor y Klaus, en lo alto del rascacielos derruido de Recnis. Un *encapuchado*, un clon con la misma ropa exacta que llevaran las parodias de Cronistas Supremos que conoció entonces. Los demás tuvieron miedo, pero ella estuvo literalmente a punto de gritar hasta que se dio la vuelta y les saludó. Entonces, fue peor.

Lo que tenían delante no era una criatura mecánica como los avatares de los gemelos malvados. No, se trataba de un hombre. De uno al que decapitaron, sustituyendo todo lo que una vez tuvo por encima de la clavícula por un disco de *supracero* pulido convexo. También le sobresalía una barra metálica con forma de T de la última vértebra de la columna, cuyos brazos estaban inclinados hacia delante hasta quedar más o menos a la altura de donde debieron encontrarse las orejas. Tanto la base como esos extremos servían para proyectar un holograma tridimensional de un rostro. Todo el jodido engendro no era otra cosa que un muerto descabezado que usaban de proyector portátil.

Ante aquel muro de metal vivo, resultaba pavoroso. La cara tridimensional les sonrió, mirando de lado a la máquina.

—Es un prototipo de Móvil Perpetuo. No funciona, por supuesto, porque se trata de un concepto imposible. Se acerca bastante y tenemos la teoría de que, si fuéramos capaces de aislarlo de los campos magnéticos de los planetas y crear un entorno vacío, podríamos llegar a conseguir un noventa y nueve punto siete, ocho cinco de acercamiento a la solución correcta. Utiliza sus propios generadores gravitatorios para impedir el rozamiento, por si les interesa. Bienvenidos, corsarios. Soy el Administrador Primario Artiom Duvolev, líder supremo de esta sucursal de la *Corporación Tesurian*. Les agradezco que, en estos tiempos oscuros, sean tan amables de cumplir los encargos que solicitamos.

—Es un placer conocerle, Administrador Primario —Dreston sacó su mejor careta del fondo de su cerebro y se la puso por encima de su sensación de horror, sonriendo—. Además de la cabeza del *Señor de los Huesos*, hemos traído también la caja de este palé, no sé si se lo han informado.

—Oh, sí, claro. Es de nuestra propiedad, nos fue robada hace un par de meses, y llevamos desde entonces buscándola. Nada más recibir su notificación en la entrada, he localizado su contrato y he denunciado a quién lo emitió. Alegamos que se la requirió para transportar mercancía ilegal sin su conocimiento.

Justo en ese momento, la patente de corso de Kiara pitó con un sonido muy característico. Ella, tras la dispensa de la parodia de ser humano que la contemplaba, la conectó para ver de qué se trataba. Le decían que tenía un caso contencioso abierto, en el que podría citársela como testigo. Vale. Así que ese engendro iba a disputarle legalmente un robo a una empresa fantasma de David. Pues conociendo al renegado, Duvolev iba apañado.

—Ya que tenemos la caja, le redactaremos un contrato idéntico al que le asignaron. Como sabe, si ganamos la reclamación, la otra parte se verá forzada a pagarles el trabajo completo, y no podrá puntuarles nunca más excepto si usted lo permite. Creo que les vendrá bien.

—En efecto. Le estamos muy agradecidos.

—Fantástico.

El proyector ambulante abrió las manos hacia ella, y luego las cerró con una palmada a modo de celebración. Ver gesticular a aquella cosa de una forma tan humana, cuando era poco más que un cuerpo animado y controlado en remoto, le daba náuseas y escalofríos. Le recordaba demasiado a los horrores de *Triunvirato*.

Se preguntó qué habría hecho el pobre desgraciado sin cabeza para merecer un destino semejante. Claro que, hablando de multiplanetarias, el que sirvieran a *Helios* era lo de menos en lo tocante a maltratar a los empleados. Podía ser que su único pecado fuera haber llevado un café frío.

—Pues si estamos de acuerdo, los recibiré en persona. Estoy acabando de cerrar el asunto con la Central de Patentes y con mi departamento legal. Cosa de dos minutos o tres. Dejen el cajón ahí, y sigan a mi avatar al siguiente ascensor. Los *mecas* los acompañarán mientras mi personal humano pone a salvo nuestra propiedad. Luego les devolvemos su palé, tras hacerle una puesta a punto.

El holograma desapareció, y el cuerpo animado volvió a estar decapitado. Se puso en marcha, mientras los once robots formaban alrededor. Tenía gracia. Después de que Swarley se lo hubiera dicho, ahora sí que veía todas esas marcas de seguridad que indicaban claramente que se trataba de modelos militares, que estaban autorizados a matar bajo las leyes confederadas, el fabricante, la compañía y un montón de tonterías más que especificaban sus matrículas. La ironía era inmensa, mantenían aquella parafernalia legal en una empresa que a todas luces se pasaba por el arco del triunfo cada ley estatal emitida sobre la integración entre humanos y máquinas.

Los cíborgs tomaron el control del palé, y tras un saludo marcial del sargento de aquella escuadra, que tenía un solo ojo rojo con forma de visera, se largaron por donde habían venido juntos. Ellos caminaron ante el pavoroso Móvil Perpetuo, sin dejar de mirarlo, hasta que el muerto andante que los guiaba lo rodeó. Entraron en una zona decorada con viejos modelos de la corporación, en maqueta o a escala real, y finalmente alcanzaron el elevador.

Dreston, nada más entrar, suspiró de una manera muy particular. Teresa comentó que el lugar era impresionante, y los otros tres dijeron alguna qué otra cosa igual de banal. Perfecto, lo entendían. Los llevaban de cabeza a la auspiciada trampa, e iban a tener que abrirse paso para cumplir con su parte del plan en cuanto Hussman y los Salluri empezaran la fiesta. Y Kiara les dio a sus aliados la señal de la manera más aparentemente inocente posible: aceptando testificar en el caso abierto por el Administrador Duvolev.

Cosa que, por supuesto, David había previsto que sucedería.



Había una vez: un circo que arrancaba siempre el corazón

La capitana forzó el apagado de su documento de corsaria tras repetir la clave un par de veces. Era una medida de seguridad muy común, que requería no solo de la contraseña, sino de que sus constantes vitales estuvieran dentro de un rango muy concreto. Así se impedía que se obligara a los capitanes a desconectar las patentes contra su voluntad, evitando que pudieran grabar o transmitir información comprometida. Su comunicador, igual que el de sus compañeros, tampoco emitía. El ordenador de muñeca llevaba apagado desde que empezaron a seguir al engendro decapitado.

Sabía que los tripulantes tampoco tenían ya nada electrónico encendido. Era un pequeño detalle que sus anfitriones parecían estar pasando por alto, por fortuna para ellos. El enorme ascensor llegó a la planta, pero las puertas no se abrieron. El avatar se dio la vuelta, y el rostro proyectado volvió a la vida.

—Por curiosidad —dijo Duvolev—. ¿Creían que no sé quiénes son ustedes realmente? ¿Piensan que ignoro que mataron a mi patrulla?

—Imagino que era fácil de deducir, teniendo en cuenta que su supuesto dios falló al convertirme en Recnis, y que nos hemos cargado a más de uno y de dos cíborgs. *Helios* no parece la clase de entidad que permite que alguien se le resista sin consecuencias. Sobre los otros gilipollas, ellos dispararon primero.

—Porque así se lo ordené. Tuvimos que derribar una fragata usando a nuestros pandilleros *chipeados* para crear una distracción lo suficientemente fuerte en el espaciopuerto. De otra forma, habría resultado imposible acercarnos a su nave con tanta seguridad.

—Pero los muy lerdos llegaron tarde. ¿A que sí?

—No, iban bien. No contaba con la cobardía de Shaw —Dreston se imaginó que Duvolev no simpatizaba con el tipo-caja—. Huyó como una *metarrata*, en vez de esperar que lo recogiéramos, y al final lo atraparon. Lo que aún no sé es quién les contrató en primer lugar. ¿Me lo dirán, o se lo debo sacar por las malas? ¿Es el CECI? ¿La Flota Cruzada?

—Tráguese un paraguas abierto y dele un par de vueltas. ¿Algo más?

—Sí. He preguntado, y *Soilé*[13] quiere que la llevemos con vida hasta él. Imagino que deseará castigarla como merece. En cuanto a los demás, pienso reciclar sus partes orgánicas para algunos experimentos que tengo en mente. Son ustedes muy, pero que muy tontos. No han debido venir aquí.

Se oyó un sonido hidráulico sincronizado, y los once *mecas* levantaron sus armas con la intención de incapacitar o matar a los corsarios. Justo en ese momento, Pierce presionó el botón del interruptor de su mano, que iba conectado a un dispositivo que llevaba colocado a la espalda, haciéndolo pasar por una mochila de aspecto mundano. Hubo un estallido, y tanto las máquinas como el avatar convulsionaron, cortocircuitadas. Tras encender unas luces estratégicamente colocadas en los hombros, se lanzaron sobre los androides de seguridad, apaleándolos y rompiendo las juntas de sus cuellos hasta que dejaron de funcionar.

Dreston, mientras tanto, desenvainó su espada, colgando a la espalda el *Grito de Muerte*. Atravesó el corazón del engendro, contemplando como caía de rodillas con la túnica ensangrentada. Aun culebreando por la descarga, se desplomó sin llegar a contestar. Los sistemas

de comunicaciones estaban tan gripados como el resto de los mecanismos electrónicos que atrapó el pulso electromagnético en miniatura.

—No tan tontos, gilipollas.

—Ja. Si le ponemos la cabeza del *Señor de los Huesos*, igual podemos formar un imbécil completo con las dos mitades que tenemos.

—Es una pena que no pueda oír tu sugerencia, hijo —suspiró Pierce—. Lo malo es que este cacharro es de un solo uso. Necesitaríamos dejarlo recargar durante una hora, tal como nos dijo Hussman.

—Nos apañaremos. George, abre.

El gigante acabó de arrancar un par de cabezas de *meca*, y se volvió hacia la capitana, que le abrió paso. Tras mancharse las botas con la sangre del engendro portavoz, metió la hoja de su cuchillo entre las puertas, separándolas hasta que pudo introducir los dedazos. Luego las abrió usando sus poderosos músculos. Sin toda la parte electrónica gestionando el ascensor, no podrían ni moverlos ni activar ninguna contramedida para impedirles huir.

Desembocaron en una sala grande, dominada por la penumbra. Solo pasaron unos segundos antes de que se encendieran las luces del techo, tres plantas más arriba. Se descubrieron en una estancia circular, de seiscientos o setecientos metros cuadrados, que debía ocupar aproximadamente un tercio del edificio. Las paredes, curvadas a propósito para que fuera imposible escalarlas, terminaban en una balconada coronada por un escudo energético que protegía a los posibles espectadores. La parte superior era una grada de cuatro niveles, adecuada para un público de tal vez varios cientos de personas.

Enfrente de la salida del ascensor, justo hacia donde miraban, había un palco sobresaliente. En realidad, podía describirse como una pequeña sala de control plagada de terminales, hologramas y estadísticas de datos. En ella descubrieron a un hombre, un cíborg más bien, que les saludo de forma burlona en cuanto sus ojos se acostumbraron a la nueva y potente iluminación. La verdad era que aquella mierda de aventura estaba repleta de deslumbramientos.

—¡Buen truco! ¡Es una pena que no sirva de nada! ¡Conozco ese dispositivo, y les queda un peligroso rato de espera mientras recarga!

La voz sonó como un trueno a través de los altavoces de la instalación. Era el Administrador Primario, su objetivo. Maravilloso. Una trampa dentro de otra. Kiara rezó todo lo que se sabía para que Hussman fuera capaz de hacer algo que los salvara. Pensó en que quizás debían retroceder al ascensor, pero otro escudo apareció de la nada bloqueando la puerta en cuanto Duvolev percibió sus intenciones. Claro, al estar apagado, el aparato se libró del pulso.

—No, no, no. Los quiero quietecitos.

—Y esta mierda de sitio, ¿qué es?

—Mi campo de demostraciones. Aquí se enseñan los modelos que fabrica la compañía a los posibles compradores. Hacemos toda clase de representaciones. Algunas de ellas serían, de no pertenecer al área clasificada, dignas de ser *holovisadas*.

—Su abuela estaría orgullosa del autobombo que se da.

—Dígame, señora Dreston… ¿Por qué es más famosa la *Corporación Tesurian*?

Hubo un ruido sordo cuando las tres puertas, dispuestas en frente y a los lados respecto a

donde estaban, se abrieron simultáneamente. Apareció una figura en cada umbral, un monstruo de pesadilla infernal que invitaba a retroceder. Eran entidades mecánicas horribles, surgidas de la mente de un maníaco.

El primero de ellos medía dos metros, era estilizado y poseía cuatro brazos en los que portaba armas de filo de diversa factura. Llevaba una careta atornillada a la cara, en la que alguien dibujó dos manchas de óxido a modo de lágrimas bajo sus ojos sin párpado.

El segundo, parecía un gigantesco *metaleón* que doblaba su talla convencional, cuyas melenas eran madejas de cables que caían sobre su espalda y que se retorcían como *metaserpientes*. Las garras de este acababan en cuchillas de veinte centímetros, y poseía unos colmillos del tamaño de un antebrazo.

El último, un ser acorazado no demasiado alto con solo una visera roja por rostro, se movía con paso lento. Llevaba un tanque de combustible a la espalda del que salían dos conductos que acababan en sus muñecas, alimentando lo que podía ser una pareja de lanzallamas.

—Asesinos.

—¡Asesinos, muy bien! ¡Los únicos cíborgs realmente legales en la Confederación! ¡Ustedes contra mí, a ver qué tal se les da! ¡Estos son de pruebas y demostración, así que están muy por debajo del estándar real! ¡Igual tienen suerte y consiguen dañar a alguno!

Kiara miró al palco de nuevo, mientras los monstruos avanzaban. Duvolev era también un cíborg, y estaba físicamente conectado a su maquinaria mediante tres enormes cables. El reto debía ser literal, no le cabía ninguna duda de que estaría manejando aquellos monigotes él mismo, como si fuera un videojuego en el que era omnisciente. Eso, contrariamente a lo que pudiera parecer, tal vez les diera una ventaja. Un cerebro humano, incluso potenciado, no estaría acostumbrado a gestionar tres cuerpos. Y mucho menos unos tan ágiles y letales como aquellos. Podían tratar de usar eso en su beneficio.

De repente, la sala se reconfiguró. Surgieron paneles y torres metálicas del suelo, conformando un escenario de combate que simulaba una ciudad en ruinas. A pesar de que la coloración no era correcta, las arcadas a medio montar, los muros sin terminar y los pilares torcidos daban una sensación bastante realista. Menudo bastardo. Pretendía que fueran su circo personal.

—Si dos de esas cosas nos pillan a la vez, nos matarán —Apuntó Pierce, con el ceño fruncido —. Sin que sirva de precedente, separémonos. Ellos son la misma entidad, debemos obligarlos a dividir su atención.

Bien. Eso significaba que su veterano mecánico y ella tenían la misma primera sensación al respecto. Si forzaban a Duvolev a estar en varias partes a la vez, no podría centrarse en ninguna. El cerebro humano podía gestionar dos cosas simultáneamente en raras ocasiones. Pero tres era demasiado. Por eso los cuestionarios con varias respuestas se solucionaban, en general, por descarte.

—Estoy de acuerdo. Will y yo nos encargamos del tío cuchillas —Teresa empuñó sus pistolas —. Solo tenemos que impedir que se nos acerque, atacándolo desde dos lados a la vez.

—George aplastará al animalote malo.

—Pues tú y yo tumbaremos al tanque lanzallamas, Kiara —El mecánico amartilló su fusil de asalto—. ¿Te parece?

Dreston se sentía agotada. Tras tantos días preocupada, estresada y tensa, temía no llegar al mínimo en situaciones límite como aquella. No. Debía resistir.

—Mandémoslos de vuelta al infierno. ¡Vamos!

Entablaron la desigual batalla a tres bandas. La primera oficial y el piloto se dividieron a su vez, sin perderse de vista, hasta que el cíborg los localizó. Cayó como una centella sobre el joven Trevor, que le descerrajó un escopetazo casi a quemarropa. No pareció hacerle nada, aunque desvió el primer golpe mortal lo suficiente como para que no le alcanzara. Luego, el ser dejó fijo el cuello y la pelvis, y empezó a rotar el torso sobre sí mismo hasta que sus brazos se convirtieron en las cuchillas de una batidora de cocina, moviéndose a tanta velocidad que casi no se veían. Will habría muerto de no ser por Teresa, que disparó en una corva a la criatura con una precisión letal, haciendo que trastabillara y que sus brazos rozaran el suelo. A tantas revoluciones por minuto, el impacto le hizo saltar por los aires tras un chispazo. Chocó contra las placas del escenario de medio lado, dañando el filo de dos armas.

Se recuperó enseguida, mientras ellos se ponían a cubierto, interponiendo edificios, muros y restos entre el cazador y sus cuerpos. Will le lanzó una granada magnética, y aunque esta se le pegó, el cíborg disparó ese brazo como si fuera un cohete hacia él antes de que estallara. Tuvo que saltar tras un parapeto para que su propia granada no le alcanzara.

Teresa aprovechó el instante de distracción y midió un tiro de su mano izquierda, colocando el arma derecha a modo de estabilizador. La bala alcanzó el borde interno del ojo de la careta más próximo, rebotando y entrando en la cuenca con una carambola. El monstruo cayó de rodillas, soltando una espada de filo serrado, llevándose una mano a la máscara sangrante. Creyó durante un momento que se desplomaría, pero únicamente emitió un horroroso chirrido de estática antes de incorporarse y volver a lanzarse sobre ellos. El dolor solo hizo al ser más peligroso.

La pelea de George fue, con mucho, la más violenta y encarnizada. La bestia era más grande, fuerte y resistente que él. Pero el gigante, a diferencia de Duvolev, llevaba toda su vida entendiendo lo que significaba ser enorme y ágil. Controlaba cada fibra de su musculatura, cada hueso y tendón. Así que usó la violencia de las acometidas para hacer que su rival se estrellara, golpeara paredes o mordiera piezas de *supracero*. En una ocasión, el monstruo saltó para atraparle de un zarpazo y él retrocedió, lanzando a su vez un brutal ataque con su almádena. El arma reforzada describió un arco salvaje en el aire, alcanzando las garras de ambas patas delanteras, partiendo las seis con una secuencia de chasquidos que además desestabilizó la acometida, permitiéndole esquivarla.

Con la pericia de un atleta, el grandullón trepó por una columna baja, luego corrió de lado sobre otra usando el truco de parkour que les enseñara el instructor del CECI, y por último se agarró a un saliente un segundo antes de que las fauces del monstruo se cerraran sobre su gemelo. Rodó por el borde, a la altura de un primer piso, levantándose de inmediato y preparando el siguiente golpe. Sin embargo, sucedió algo que no esperaba. El ciber-*metaleón* giró sobre sí mismo, desplegando su cola como si fuera un látigo. Sorprendido, George trató de escapar, pero su enemigo consiguió atarle las piernas con un restallido que le obligó a apretar los dientes cuando el metal flexible le cortó la carne. Tiró de él, y de nada sirvió que tratara de mantener el equilibrio o de agarrarse.

Cayó al suelo de la planta como un fardo, haciéndose mucho daño, inmovilizado. Un instante después, las inmensas fauces trataron de cerrarse sobre su cabeza. El supersoldado agarró las

mandíbulas de *supracero*, abriéndolas con todas sus fuerzas, mientras los culebreantes cables de la melena de la fiera empezaban a chisporrotear, acercándose a sus manos y dedos para darle una descarga. Una vez que el cíborg le obligase a soltar su boca, que contra todo pronóstico era capaz de sujetar, moriría atravesado por sus dientes grandes como una espada corta.

Kiara y Pierce respetaron las coberturas para tratar de flanquear al tipo de los lanzallamas. La capitana le lanzó varias ráfagas del *Grito de Muerte*, pero incluso las balas explosivas rebotaban contra la chapa de aquella tanqueta ambulante.

Pronto descubrieron que lo que llevaba a la espalda no era gel inflamable sino nitrógeno líquido. Aquel monstruo trató de alcanzarlos con una interminable nube de vapor helado, que escarchaba incluso el metal hasta hacerlo quebradizo. Una rociada concentrada congelaba, agrietaba y terminaba deshaciendo las coberturas. Seguramente porque no eran de verdadero *supracero*, sino solo una imitación que quedara efectista durante una demostración ante los clientes.

Saltó por una ventana, cuyo cristal estalló en mil pedazos un instante antes de que los fragmentos aún adheridos al marco falso se convirtieran en un crisol de escarcha. Siguió moviéndose, porque el enemigo pronto podría asomarse y rociarla hasta dejarla hecha un cubito de hielo. Tenía que pensar en algo. Su arma era completamente ineficaz contra aquel montón de chatarra, ya no digamos la de Pierce, que solo arrancaba inocentes chispas sin llegar siquiera abollarlo.

De repente vio una escalera y tuvo una idea. Subió a toda prisa, con el frío congelando los peldaños tras sus pies mientras la oleada de vapor mortal inundaba la planta baja. Escuchó el tableteo de Pierce, que disparaba desde unas ruinas cercanas, y aprovechó para depositar la amada arma de su padre en el suelo tras estamparle un sonoro beso. Ya iban dos veces que la dejaba tirada, pero a ese ritmo de cansancio, pronto no podría levantarla.

Desenvainó su *supracero*, tanto la espada como el cuchillo de la bota, y buscó un hueco en la pared por el que poder saltar. El asesino de hielo estaba haciendo en aquellos momentos algo increíble. Había modulado sus armas, y en lugar de lanzar un chorro continuo congelante, ahora disparaba fragmentos de hielo hacia el mecánico como si llevara una ametralladora en cada mano. Si bien era verdad que no poseerían la capacidad de penetración de una bala, podrían llegar a matar a alguien si golpeaban su ropa sin blindaje.

Miró abajo, en busca de una idea mejor que no encontró. Si se equivocaba, si apuntaba mal, el cansancio se la jugaba o tenía mala suerte, moriría. Pero bueno, al final, eso era lo habitual. Y qué demonios, el universo estaba de su parte.

Saltó con las armas por delante desde una altura de una entreplanta sobre la espalda del asesino, que se fue al suelo por la fuerza del impacto. Ella se hizo muchísimo daño al golpear algo tan duro, pero sabía que a aquel trasto le costaría levantarse. Pudo hacerlo antes que él a pesar del dolor, y lanzó una cuchillada a los cables de alimentación de la mochila, primero a uno y luego al otro. No llegó a seccionarlos, pero provocó una fuga que pudo esquivar por bien poco. Sorprendido, o quizás cabreado, su enemigo se volvió hacia ella apuntándole con sus armas. El vapor era insuficiente para recorrer más de un metro y poco, y la densidad resultaba risible.

—¿Ahora qué, chatarra?

El asesino se miró las manos, y de los lanzadores empezaron a brotar dos inmensas espadas de hielo, que se extendieron hasta ser más largas que la suya propia. Incluso siendo tan lento, no

podría acercarse a él con la fuga de refrigerante por la espalda y aquellos dos cacharros inmensos por delante.

Justo cuando se abalanzaba sobre ella, a la vez que George recibía una descarga, y que Teresa estaba a menos de veinte centímetros de un torbellino de cuchillas; la torre tembló y los focos se apagaron.

Hussman, una vez más, llegaba exactamente en el momento preciso con la caballería. Según lo había acordado con ellos, él y sus comandos mafiosos volarían los generadores principales, y los demás empezarían con un bombardeo de artillería posicionada en el vertedero. Sin escudos y sin energía, el ejército Salluri abatiría a los guardias y tomaría la fortaleza corporativa al asalto tras machacar sus defensas con los cañones y misiles. Como broche final, Hussman atacaría la estación de control maestra, haciendo caer con ella los *mecas*, drones y robots de guerra.

Saltaron las luces de emergencia y el terminal de combate de Duvolev murió, dejando a los asesinos completamente congelados. Si aquel inmenso engreído les hubiese permitido actuar por sí mismos, que era para lo que se diseñaron, los corsarios habrían muerto. Así, en modo control remoto, se quedaron bloqueados durante unos preciosos segundos que sus enemigos no desaprovecharon.

La primera oficial apuntó las pistolas a los grotescos agujeros de la máscara con lágrimas de óxido. Gritando, vació el cargador, convirtiendo el cerebro del asesino de ahora tres brazos en un guiñapo lleno de *neoplomo*.

El gigante se zafó de la presa, desenganchando las dos granadas de mano de su cinturón, y colándolas en las fauces del ciber-*metaleón*. Luego rodó, aún atado, para ponerse fuera del alcance de la metralla, que destrozó a la bestia sin hacerle daño a él.

Por último, Pierce Trevor se aproximó con un auténtico explosivo *especial* de su propia cosecha y se lo colocó al tipo de hielo en el tanque de nitrógeno, colándose entre los ahora predecibles vapores nocivos de las fugas.

Cuando el cerebro del último cíborg acorazado retomó el control, sobrescribiendo el pilotaje remoto del Administrador Primario ante la falta de instrucciones, solo le dio tiempo a volver a levantar sus armas hacia Dreston antes de que la carga detonara y lo congelara y despedazara al mismo tiempo.

Kiara levantó la vista, agotada. Duvolev había desaparecido, abandonando los tres cables colgantes en su zona de mando. Por suerte, también los escudos, tanto de las puertas como del palco, ya eran historia. El gigante apareció con las piernas laceradas y el cable en la mano.

—George llega arriba desde aquella ruina de ahí, y sube a su familia de dos en dos. Luego atrapamos a tipo malo y lo entregamos al rey de los fantasmas para que le asuste.

Dreston sonrió. Un equipo así no necesitaba un líder que les dijera qué hacer. Los planes, los mejores, los armaban entre todos. Encendió sus dispositivos electrónicos, se llevó el pinganillo a la oreja, y les gritó a sus tripulantes que corrieran hacia el edificio simulado más alto que había cerca del palco.


CARGANDO

Una captura por todo lo alto

Kiara se sentía sin resuello. Iban por el undécimo piso de escaleras a la carrera, y cargada con el *Grito de Muerte*, este empezaba a pesarle una barbaridad. La pérdida de energía inutilizó los ascensores, la seguridad de las puertas de dentro hacia afuera y los sistemas de defensa autónoma, que se iban cruzando a medida que escalaban peldaños.

George ya llevaba a Pierce en brazos, el mecánico era incapaz de seguir el ritmo de cuatro jóvenes en una actividad tan agotadora. Incluso si no hubiese sido fumador, la edad le habría lastrado.

Cuando llegaron al decimotercer nivel, que correspondía con la planta doscientos del edificio, casi no podían respirar, en especial Kiara. Abrieron con violencia, con la esperanza de atrapar al cabrón de Duvolev antes de que lo evacuaran por aire. Para entonces Hussman ya los había contactado, diciéndoles que la aeronave que habitualmente tenían en la azotea resultó destruida por un ataque de una cañonera Salluri, que a posteriori fue borrada del cielo por las fuerzas enemigas. Lo malo era que, si traían otro vehículo, ese cabrón se escaparía y perderían sin remedio la localización de *Helios*.

El viento cortaba, y soplaba con una fuerza de mil demonios. A esa altura, sumada a la de la meseta en la que se encontraba el complejo, el frío resultaba lacerante y se empezaba a notar la falta de oxígeno. Pero ese era el menor de sus problemas.

Les dispararon en cuanto se percataron de su entrada, dándoles tiempo solo para ponerse a cubierto tras los conductos exteriores del aire acondicionado. Aunque el fuego de supresión fue intenso, tanto George como Will lanzaron granadas aturdidoras que les permitieron contraatacar. Teresa tiroteó a dos idiotas que no estaban a cubierto con sus pistolas, tomando el rifle en modo de caza para rematar la faena. Mientras Kiara les impedía asomar la cabeza con el *Grito de Muerte*, la primera oficial coló disparos por rendijas, alcanzó pequeñas zonas expuestas e hizo salir a los parapetados para que sus compañeros los remataran. A los últimos los reventó el gigante con una granada.

—¡Administrador, está solo y rodeado! ¡Salga ahora mismo con las manos en alto! ¡Lo queremos vivo!

El cíborg, que tenía un cuerpo sin piernas cuya cintura estaba empotrada en un círculo del que brotaban patas de araña, se rio de su ocurrencia.

Les retó a ir a por él y, antes de que se decidieran a hacerlo, debió conseguir suficiente energía auxiliar para abrir la pista de aterrizaje con una A pintada, que dejó paso a una plataforma elevadora que venía del nivel inferior. Era una configuración habitual, se usaba para poder almacenar las aeronaves en una zona de mantenimiento y no tenerlas expuestas a las inclemencias del tiempo.

Sin embargo, no fue un vehículo lo que emergió del elevador, sino algo mucho peor. Dreston retiró el arma de la cara, arqueando las cejas, cuando un *meca* de guerra se estiró, rotando en su dirección. Era un chasis de cuatro patas articuladas, con una plataforma central muy similar a la que llevaba el propio cíborg empresario. Sobre ella, se alzaba una torreta artillada con nada menos que la versión confederada y rupestre de un cañón de raíles. La parte superior era un mastodonte grande y pesado, cúbico, con un ojo rojo infernal al frente y el arma al lado derecho. A la izquierda, tenía montada una ametralladora de cinta.

El cañón empezó a acumular energía, volviéndose azul, apuntándoles a Will y a ella.

—¡¡A cubierto!!

Tiró de él, sacando al piloto de la cobertura un segundo antes de que la maquinaria de refrigeración saltara por los aires, arrugada y arrancada por un proyectil disparado a velocidad supersónica. Se arrastraron por el suelo esquivando la ráfaga automática que siguió a la acometida, en lo que el engendro giraba hacia Pierce y George, recargando de energía su arma principal.

Empezó a oír el ruido de los motores de una cañonera. Se llevó la mano al pinganillo.

—¡¡David!!

Al otro lado, la voz respondió serena. Le parecía escuchar que caminaba por encima de cristales rotos, aunque no oía tiros. Quizás acababa de machacar a los enemigos cercanos.

—¡¡Tenemos una aeronave en camino!! ¡¡Seguro que vienen a por el objetivo!!

—Imagino que os está dando problemas. ¿Estáis bien? ¿Necesitáis apoyo?

—¡¡Aéreo, si dispones de él!! ¡¡Hay un *meca* de guerra con un cañón respetable!! ¡¡Vamos a intentar abatirlo, pero si el otro trasto viene a apoyar a Duvolev, se terminará el juego!! ¡¡Puede elegir si matarnos o escapar!! ¡¡O ambas cosas!!

—Entendido. Aguantad, yo me encargo. Estamos a punto de desmantelar el centro de control y de dejarles sin juguetes.

—¡¿Y la aeronave?!

El cañón volvió a rugir, fallando a sus compañeros por bastante poco. Excepto ella, que estaba hablando, todos devolvían el fuego. Aunque las balas le rebotaban a aquel trasto, las granadas magnéticas antivehículo y el último *especial* explosivo de Pierce lanzado por el gigante consiguieron ralentizar su secuencia de tiro. Una de las patas resultó gravemente dañada, afectando a la telemetría del engendro, al que empezó a costarle apuntar sin caerse.

Gracias a la avería, Teresa fue capaz de inutilizar también la ametralladora. Disparó el rifle contra la munición expuesta, descalibrando el mecanismo y haciendo que se encasquillara.

Dreston ya podía ver la cañonera, que se aproximaba desde el oeste a toda velocidad, sellando su destino. Tanto si recogía al directivo como si les atacaba, su oportunidad de acabar con la Gran Chatarra se esfumaría. Los Salluri quizás conseguirían su parte del trato, pero ellos y David tendrían tan solo un palmo de narices. Si sobrevivían, claro.

De repente, y sin previo aviso, un misil antiaéreo salió disparado del edificio. Golpeó de lleno a la aeronave, que cayó convertida en una bola de fuego desde las alturas. Incluso tras su nueva y parca cobertura, la asombrada Dreston alcanzó a escuchar el grito de desesperanza y frustración del hasta entonces eufórico directivo. No le dio tiempo a nada más, porque el aviso de Teresa la hizo volver a levantarse y saltar de nuevo antes de que el cañón hiciera un agujero inmenso a los tubos rectangulares tras los que estaba parapetada. El zumbido de recarga volvió a crecer, mientras ella alcanzaba la posición de Pierce.

Encontró al mecánico lejos de los demás, escondido para no suponer una amenaza, trasteando con la mochila de pulsos que les proporcionó David. Había arrancado un grupo de cables, y estaba remendándolos con cinta aislante por fuera del chasis a toda velocidad. La corsaria, jadeante, se le quedó mirando sin entender.

—¿Qué estás haciendo?

—Saltarme el módulo de comprobación de estado. Este trasto es avanzado, mucho más de lo que yo he visto nunca. Sin embargo, sigue ciertos principios de la circuitería de la era espacial. Por ejemplo, tiene este cacharrito que he sacado. Le da al aparato un diagnóstico de parámetros que le son relevantes. Humedad, temperatura…

—¿De qué nos sirve eso?

—Bueno, también le indica el estado de carga. Contando el tiempo de los asesinos y la carrerita, han pasado entre veinte y treinta minutos, de forma que la alimentación interna habrá cargado el pulso electromagnético en parte. Puenteo esto así y… premio. Mira. Luz verde.

—¡¿Podemos disparar el cacharro mata-cíborgs?!

—Solo a media potencia, y probablemente lo arruinemos para siempre, pero…

—¡Trae ahora mismo! ¡Chicos, necesito cobertura!

—La patente y el ordenador, Kiara.

Abrumada por su propia idiotez y agotamiento, soltó la ametralladora pesada por tercera vez, el documento y su dispositivo de muñeca al Trevor sénior. Este sonreía con la dulzura de un padre que contempla a su chiquilla despistada. Espacio, qué sería de ella sin él.

Esperó a que el siguiente disparo sonara, casi alcanzando a Teresa, y echó a correr esquivando obstáculos hacia el *meca* de guerra. La localizó de inmediato, pivotando. Cuando el zumbido alcanzaba el punto álgido que indicaba que la atravesaría prácticamente a quemarropa, se lanzó a rodar de frente entre las patas de su enemigo. Este trató de retroceder, sin poder hacerlo correctamente debido a su extremidad dañada, y fue entonces cuando Dreston apretó el botón y soltó la bolsa con el dispositivo Cruzado. Tras unos insufribles instantes de tensión, el aparato funcionó, emitiendo un pulso corto antes de incendiarse debido a las modificaciones.

El *meca* no resultó destruido, pero perdió la coordinación y cayó al suelo, casi aplastando a Kiara. Ella, a toda prisa, desenvainó la espada de su padre y la utilizó para cortarle cuanto se le puso a tiro. Cables eléctricos y tubos de presión hidráulica, sobre todo. Privado de tales puntales de su funcionamiento, el robot no pudo volver a levantarse ni a disparar en cuanto su unidad central de proceso fue capaz de recuperarse del choque. Se quedó quieto, emitiendo una pequeña alerta de mal funcionamiento, contemplando inerme cómo sus enemigos abandonaban la cobertura.

Dreston estaba a punto de volverse hacia Duvolev cuando este se le echó encima a una velocidad inhumana gracias a su cuerpo cibernético de araña.

Sin embargo, antes de que pudiera alcanzarla, se oyeron dos detonaciones de gran calibre. Teresa bajó su rifle de caza con una media sonrisa mientras el tipo caía al suelo, con un par de extremidades seccionadas. Rodó hasta quedar prácticamente al lado del veloz gigante, que ya había llegado a su altura. George le puso un pie en el pecho, con cara de pocos amigos.

—¿Podemos desmontar ya a cafetera mala?

—Eh… ¿Me rindo?

Dreston desenfundó su pistola, apuntándole a la cabeza. Espacio. Tenía que dejar de intentar locuras así estando tan baja de forma.

—Ya lo creo que sí, señor Duvolev. Nuestro cliente estará encantado de charlar con usted.

La capitana sonrió. Su aversión por los cíborgs había alcanzado finalmente un nivel similar al del propio Hussman. En cuanto ese cabrón cayera en las manos de David, lo iba a convertir en un cubo de tornillos como al tipo-caja. Y, contra lo que solía ser habitual en ella, estaba deseándolo.

Después de todo, aquel engendro aunaba tres de las cosas que más detestaba de la humanidad: los directivos de las multiplanetarias, la *mecanización* y la servidumbre voluntaria a *Helios*.



Amor en tiempos de malvadas IAs fuera de control

El interrogatorio de Duvolev fue un éxito. Los corsarios no lo presenciaron a petición de David, pero al parecer salió mejor parado que su compañero porque se prestó a colaborar desde el principio. Quedó en manos de los Salluri, quienes prometieron no hacerle daño. A Kiara no le pasaba desapercibido que la mafia lo querría vivo para tener una posición de fuerza frente a la *Corporación Tesurian*, y que lo liquidarían tan pronto como dejara de serles útil. Pero siendo un empresario criminal que había corrompido a sus propios empleados con aquella plaga cibernética, no podía sentir ninguna pena por él.

Obtenida la segunda parte de la clave, Hussman los reunió en el *Pétalo Danzarín* para ensamblarla. Usando un dispositivo de navegación robado a una nave de los seguidores de la *Risingsun* rebelde, combinaron las contraseñas digitales descargadas en el *Arcángel Caído* en un código de acceso único. Parte de este se unió al que ya tenía el aparato, hasta resolver una localización espacial, en el límite del Cuarto Anillo. El sector estaba alejado, pero podrían alcanzarlo sin unos gastos excesivos.

Cuando vieron el lugar, David les ofreció renunciar a su causa una última vez, con insistencia. Iría, eso lo sabían, con o sin su ayuda. Recorrería la senda hasta el Dragón Estelar, subiría su corcel y cerraría el círculo de una forma o de otra.

Se hizo de rogar, porque no quería implicarlos más después de que le hubiesen ayudado tanto. Pero claro, el trato fue beneficioso para todos. Al final los Salluri los tenían en buena estima gracias a él. Les pagaron el dinero del contrato de la cabeza del *Señor de los Huesos* en nombre de la *Corporación Tesurian* y la prima por el hombre-caja, ambos a través del testaferro mafioso. Su puntuación volvió a subir una barbaridad.

Al final le convencieron, no sin que antes les dejara en herencia su desvencijada nave estelar y los casi nulos fondos que le quedaban. Podrían vender la corbeta a algún conocido que la necesitara, y sacar algo por ella. Eso Hussman se negó a negociarlo, porque si al final sobrevivía contra todo pronóstico, dijo que volvería a empezar.

Les aseguró que llamaría a la Flota justo antes de salir, revelándoles que estaba vivo y lo que pretendía hacer. Les diría dónde encontrar a la nave rebelde, y les garantizaría que podía incapacitarla hasta que ellos la derribasen. Dejando de lado el hecho de que probablemente moriría, no era un mal plan. Por eso no quería involucrarles. Sin embargo, la tripulación completa se negó a abandonarlo. Por diferentes motivos, en realidad, tan válidos como diversos.

Kiara quería acompañarlo hasta el final. No se veía capaz de dejarlo marchar, no sin completar ese último viaje. Empezaron el uno junto a la otra en Recnis, y el destino se empeñaba en cruzarlos, en indicarles con toda clase de señales que debían llegar unidos a la línea de meta. Así que, para bien o para mal, sintió que tenía que acompañarlo hasta que realizara su acto de inmolación final. Lo quería, de una manera absurda, tóxica e irracional. Y eso lo podía todo.

Fue Pierce, la voz de la razón, quien explicó al renegado el sentir general que los llevaba a prestarse voluntarios. Estaba harto. Hasta las narices, hastiado del empacho de gente con implantes que trataban de subvertir o asesinar a los humanos normales. Si acompañaban a Hussman, no solo colaborarían a acabar con una amenaza para la Confederación, sino que quizás, con una cantidad infinita de suerte, obtendrían venganza. Por todas y cada una de las vidas que esa cosa y sus delirios divinos truncaron. Por los muertos de *Triunvirato* y Fortuny.

Por esos niños de la bodega. Por su familia.

También era cierto que el mecánico empezaba a sentir algo por Alessa. Y, si bien se abstuvo de comentar nada en voz alta al respecto, tenía interés en que el renegado desapareciera. Tanto por el efecto que ejercía sobre Dreston, como por la seguridad de su peculiar y excéntrica nueva pareja.

Will, más pragmático, argumentó que esa buena y aparentemente desinteresada acción también agradaría a Hoffstein. Sabían, gracias a la novia de Teresa, que el tema había captado su atención. Si ayudaban a David a darle un buen golpe a su falso dios estelar, incluso uno pequeño, igual el tipo les quedaba a deber uno de esos valiosos favores. Y, qué narices, quitarían del medio al enemigo número uno de la lista de *gente* que los odiaba. En el peor caso posible, apuntó el joven Trevor, se quedarían tal y como estaban. El combustible, la munición y los daños los cubriría sobradamente la venta de la otra nave, y además saldrían beneficiados. Después de todo, hablaban de *llevar* al renegado, no de *combatir* junto a él.

Teresa y George apoyaron firmemente ambas ideas, aunque, a decir verdad, la primera oficial quería ver si la Flota se presentaba o no. Se cruzó con el ojo de Hussman tan pronto como les recordó lo de la llamada, y este le sostuvo la mirada. No, no se echaría atrás. Estaba seguro de que Kiara contactaría a Alessa, y que esta se iría de la lengua. Él no podría saber si el aparato estaría instalado o no, ella misma comprobó que una vez montado era indetectable. Y, por sus pistolas, vaya que sí lo estaba. Sabía que había llamado a los Salluri dos veces, dirigiendo la primera comunicación a Flavio CIX y la otra a los niños, para despedirse.

Se enteraría, salvo que David escondiera un as en la manga, de cada comunicación que saliera del *Pétalo Danzarín.*

El viaje los llevaría a un lugar remoto conocido como Discia. Se trataba de una estrella solitaria, apartada de los racimos más cercanos, cuyo sistema local solo tenía asteroides que en dos o tres casos llegaban por los pelos a la categoría de planeta enano. Estaba cartografiada y marcada como interesante porque toda esa masa que debió conformar sus mundos, era un mar de rocas flotantes repletas de minerales, hielo y otros recursos que se podrían explotar. Se trataba, pues, de una formación estelar poco habitual, producida al parecer por un núcleo solar irregular. Aunque en aquellos momentos no dejaba de ser un páramo abandonado, *SobreMinera* lo tenía en propiedad, así que era probable que se explotara cuando las rutas comerciales y los mundos más cercanos crecieran a medida que aumentase la expansión Confederada.

Helios se ocultaba en un anillo de roca y hielo, el cuarto concéntrico, cuyos materiales parecían menos densos que los de los demás. Quizás los estaba procesando. De acuerdo a David, la Flota buscaba lugares como ese para obtener materias primas con las que fabricar nuevas naves. Teniendo en cuenta que las *Risingsun* se usaban como buques de mando para dirigir a millones de personas, no resultaba descabellado pensar que la IA fuera de control quisiera empezar a ensamblar una flotilla a partir de sus propias instalaciones embarcadas.

Duvolev les había dicho también, a cambio de su vida, que cada vez viajaban menos sectarios al sistema. Lo que era peor, les aseguró tanto a ellos como a CIX que los recursos y personal faltantes de su sede ya se habían marchado, para dar así un servicio final a su dios antes de que la multiplanetaria colapsase del todo. Así que, o a la Gran Chatarra le había entrado miedo, o algo gordo se estaba cociendo.

No importaba. Lo averiguarían en cuanto acabaran aquella última traslación, la más larga de todas. Y peligrosa, porque en realidad iban a aparecer en el límite gravitatorio de una estrella

rodeada de millones de asteroides.

Kiara meneaba su copa de alcohol con el dedo, despacio, mirando los hielos, imaginando que se trataba de un cinturón más de Discia. No bebía estando en una misión, pero en aquella ocasión optó por hacer una excepción. Hussman rehuía todo contacto, con ella y con los demás. Decía que estaba planificando su acometida, usando viejos planos de *Helios* para tener al menos una base con la que improvisar dentro de la bestia.

Sabía que mentía, recordaba cómo la esquivó cuando su padre decidió ayudarle. No querría avivar ningún fuego entre ellos, causarle más dolor. El muy idiota era así. Le aguardaba la muerte y no podía dedicarle un poco de tiempo, después de ofrecerse a ayudarle.

Miró los cuatro vasos vacíos en la barra. Iba cambiando para recordar cuántos llevaba, no fuera a pasarse tanto de rosca que luego no se pudiera levantar de la cama. A la mierda. Se echaría otro más en cuanto acabara el que tenía en la mano.

Alguien le agarró la botella, retirándola fuera de su alcance. Se distrajo tanto contemplando el recipiente, que el vaso también se esfumó de entre sus dedos. Parpadeó, aturdida. Era una mierda bastante fuerte. Licor Fadeliano. Le costó unos instantes darse cuenta de que Teresa se acababa de sentar en el taburete de al lado, mirándola con cara reprobatoria.

—No encontrarás la respuesta a nada aquí dentro.

—Lo sé. ¿Me devuelves eso?

—No. Kiara, sé dónde estás, y no te conviene. Ve a buscarle antes de que sea demasiado tarde.

—Me engañó con otra. ¿Por qué molestarme?

Teresa, aún temblorosa, repasó la conversación que tuvo con el renegado. Odiaba tener razón, le habría encantado que Kiara estuviera en lo correcto. De verdad que sí, porque tras la estúpida charla, su vida acababa de complicarse una barbaridad. No. No era el momento. Su amiga la necesitaba con urgencia. Tendría que mentirle, cambiar su motivación y empujarla a hacer algo que a todas luces deseaba.

Ella, a diferencia de Dreston, sabía con seguridad que aquel idiota de la Flota nunca le puso los cuernos. Que tendría que lidiar con aquella invención miserable y que no le quedaría más remedio que contárselo cuando tuviera pruebas.

—Porque le quieres. Punto. Sé egoísta. Lánzate, aprovecha, di lo que tengas que decir. Ya tendrás tiempo de arrepentirte después.

—Pero eso sería arrastrarme. Y no me gusta.

—¿Se lo dices a la alcohólica que se acostó con todas las tías que se le pusieron a tiro durante un periodo de tiempo tan largo que no lo recuerda porque bebía demasiado? —rio Teresa—. Pues acércate y te contaré un secreto. Me gustaría tener una relación exclusiva con Eli.

Dreston levantó la cabeza, mirándola alarmada con sus ojos húmedos. El alcohol se acababa de evaporar de sus venas de un plumazo. Fue más eficaz que hacerle beber café y meterle la cabeza en un cubo de agua fría.

—¿En serio?

—Eli me dijo que en cuanto se cerciorara de que su nuevo puesto no la obligaba a flirtear con nadie, lo probaríamos. Que echará de menos a los hombres. Pero que, por mí, lo hará.

—¿Exclusividad? ¿Vosotras dos? ¿Bromeas?

—¿Te parece muy hipócrita que quiera a mi chica solo para mí?

—Bastante.

—Pues perfecto, ya estás preparada. Si mi relación es capaz de sobrevivir a eso, la tuya también puede superar lo otro. No me jodas, que te has acostado con varios tratando de olvidarle. Baja ahí y arregla las cosas con ese idiota.

—Va a morir.

—Volvió tras atravesar una anomalía de nivel *diez*. Se quedó *solo* en un planeta durante la ostia de tiempo, en compañía de unas bestias salvajes. Construyó un jodido petardo con los restos de su nave, tras matar a una alienígena tecnológicamente más avanzada que él y saltó de vuelta al portal. Por *segunda vez*. ¿De verdad crees que no puede entrar en las tripas de ese monstruo, matarlo y volver? ¿Me estás vacilando?

—Yo…

La agarró de los hombros, obligándole a mirarla.

—Solo necesita un motivo, y regresará. Ese tío es inmortal.

—Ya tiene uno. Quiere recuperar…

—…el resto de los archivos de la Flota de mierda que lo quiere liquidar para demostrarles que la fe que han depositado en su venganza durante cientos de años está equivocada. No. Eso no es suficiente. Te necesita a *ti*.

Dreston frunció el ceño. Se levantó del taburete alto de la barra de la cocina y, tras asentirle a su mejor amiga, enfiló la escalera a la cubierta inferior. Teresa alzó la voz según se marchaba.

—¡¿Te acordaste de llamar a Alessa y de decirle lo estúpidas que somos?!

—¡¡Sí!! ¡¡Y no lo grites, que cree que está muerta!!

La primera oficial se sintió mal por empujarla así. Le habría encantado contarle la verdad, pero visto lo visto, lo mismo la ponía en peligro. Tendría que esperar a ver si sus temores se confirmaban. Llevaba mirando a tiempo real el jodido aparato desde el despegue y de momento había registrado cuanto entraba en su alcance, incluso las frecuencias militares de otras naves cercanas. Ya sabía que Dreston llamó a Fourier, y que le dijo lo que iban a hacer. Lo preguntaba únicamente por aparentar.

Tragó saliva. El renegado apostaba su objetivo final completo, e incluso su vida, a que la Flota acudiría a tiempo a Discia. Y él, en efecto, no llamó en ningún momento que ella supiera. Había estado a su lado desde que los recogió en la azotea del edificio de los *Tesurian*. ¿Habría llamado Flavio CIX Salluri en su nombre? ¿O él mismo, usando una puerta trasera del aparato? ¿Aparecería la Flota? ¿O se enfrentaría solo a la muerte, mientras ellos tenían que escapar a toda pastilla?

Teresa cerró los ojos. Por primera vez en mucho tiempo, rezó a una diosa lujuriosa que se inventó en ese mismo momento. Necesitaba un milagro. Por favor, por favor que todo saliera bien.

La capitana descendió con decisión y enfiló la bodega de proa. Oía ruidos pesados, pasos y saltos que asociaba al *Coracero*. David llevaba días entrenando sin descanso, ejecutando

simulaciones de combate fuera de su armadura pesada con enemigos que se proyectaban en su casco. No entendía muy bien qué pretendía con ellas, quizás ayudar a aprender a su IA. Si se pensó solamente para matar a otras mentes sintéticas, no parecía descabellado que quisiera que también pudiera ayudarle en combate.

Abrió la puerta de la bodega, y se quedó atónita al ver lo que sucedía. En efecto, *Arcángel* estaba entrenando. Pero no con Hussman, sino con George.

El gigante botó el balón naranja, ridículamente a medida para su manaza, rotó sobre sí mismo, pasó bajo el brazo de la inmensa máquina de guerra y lanzó. La bola entró en un anillo de *supracero* situado a cuatro metros de altura, tras golpear en el borde.

—¡Mierda, qué buena jugada!

—¡George gana catorce a ocho! ¡*Arcángel* es fuerte, pero lento!

No sabía que la asustaba y fascinaba más. Que su supersoldado hubiera decidido jugar al *neobaloncesto* con una armadura de batalla animada por IA convencional, o que esta usara palabrotas para expresar admiración. O el entrenamiento de ese cacharro se le había ido de las manos a David, o su objetivo le cegaba tanto que no veía que aquella cosa que cargó en su montura estaba fuera del tiesto. Quiso creer que, dado que iba a usarla para arrasar a *Helios*, en el fondo le daría igual. Desaparecería con la nave.

Les preguntó dónde estaba Hussman, y ambos se asustaron al oírla, como si estuvieran haciendo algo malo. Vale. No. O su extraño amor alcanzaba una cota de hipocresía similar a Teresa reclamando monogamia a Swarley, o iba demasiado borracha. Le indicaron que mirase en su habitación y, en cuanto cerró la puerta, los oyó jugando de nuevo. Agh. Tendría que hablar con el grandullón sobre su *amigo*.

Optó por abrir sin más. Iba lo bastante bebida como para que le importara una mierda la intimidad. Y, al entrar, se volvió a arrepentir de su decisión. David estaba de rodillas ante su cama, con los codos apoyados en la superficie y los puños cerrados bajo la barbilla. Joder. ¡¡Rezaba!!

—Uniarca Elemental, guía mi mano. Permíteme asestar un golpe certero, uno mortal. Que mi cuerpo aguante la caza, que la presa no escape. Y si mis heridas son demasiado grandes, por favor concédeme paz y honor en la muerte.

David abrió el ojo, y la vio a través del espejo de la pared. Se levantó, apoyándose en su extraña y avanzada prótesis, y se volvió hacia ella. Su rostro no reflejaba nada, era como el vacío de más allá de las estrellas. Sentía lo mismo que al contemplar un agujero negro. Pérdida, desesperación, soledad.

Espacio. Iba realmente jodida. Se le había ido la mano, y mucho. Esperó que no lo notara.

—Hola, Kiara. ¿Puedo ayudarte?

—No… no sabía que fueras religioso.

—Y no lo era. La soledad da una perspectiva diferente del universo. Sin embargo, algo me dice que no has venido aquí a por un debate teológico. Deben quedar casi doce horas para alcanzar a *Helios*. ¿Ha sucedido algo?

—Sí. Que te perdono. De todo corazón.

El rostro del renegado, afilado y ceniciento, seguía sin decir nada. Ni siquiera pestañeaba,

continuaba mirándola con el ojo vacío, desprovisto de chispa. Le recordaba, al menos en aquellos momentos, a un *metapescado* en la lonja. Joder. Se sintió fatal al tener que morderse la lengua. Estuvo a un latido de restregarle lo de Circe. Pero habría sido una persona asquerosa y repulsiva. Solo con que se le hubiese ocurrido, ya lo era. ¡Jodido alcohol! ¡¿Por qué tuvo que darle a la botella?!

—No busco absolución, Kiara. Os agradezco, como he repetido muchas veces, que me llevéis. Que queráis estar ahí cuando me enfrente a mi némesis. Creí que lo haría solo en compañía de mi nueva montura.

Kiara ignoró el agradecimiento.

—Lo he pensado, y mira, olvidaré que me engañaste. Pasaste meses con otra persona, y yo ni siquiera respondí a tus correos. Podría haber estado muerta.

—Y yo te repito que —Kiara notó como le subía una arcada por la garganta mientras David hablaba—. Que nunca lo hice.

—Ahórratelo. Yo también tuve mis chicos.

—Olvida lo de tus ligues. Me da igual. Sin embargo, desconfías de mí, capitana. Y eso me importa. O solía hacerlo, antes de que se me cayeran partes de mí mismo durante…

Dreston recortó la distancia con David, y le rodeó con los brazos. Sin la *Pretor*, sus alturas resultaban tan parejas que ni siquiera pudo estirar el cuello para que no le alcanzara. No se resistió, solo continuó contemplándola con aquella mirada vacía y muerta.

—Has bebido, Kiara. Me imagino lo que pretendes, y la respuesta es no. Me estaría aprovechando de ti.

—He parado antes de desplomarme porque Teresa se ha metido por el medio. No podía bajar sobria a decirte esto. Me estabas evitando antes de *marcharte a cumplir tu destino*, y no lo soportaba. Tenía que hablar contigo, o caer inconsciente para no verlo.

—Igualmente, la respuesta es no.

—Me da lo mismo. Puede que esta sea tu última carga, caballero suicida. Así que antes de que te marches en pos de la muerte, debo confesarte que te quiero.

Quizás era la melopea o tal vez la desesperación. Era cierto que hubo varios chicos con los que intentó algo. Unos mejores, como Gabriel, y otros que fueron auténticos gilipollas que quisieron aprovecharse de la situación creyendo que era vulnerable. Pero lo que sentía no admitía otra explicación. El alcohol solo le permitía decirlo en voz alta, en lugar de encerrarlo en un baúl y lanzarlo a un agujero negro.

—¿Puedes repetir eso último?

—Que te quiero, imbécil.

—Y… y yo a ti. Pero no creo que… sea un buen momento. Es probable que yo…

—Regresa. Me importa una mierda que hayas llamado a la Flota, al Emperador de Solaria o a esos sabuesos tuyos. No te dejaré escapar una tercera vez.

—Cuarta.

—Claro, como que voy a ponerme a contar con la que llevo encima. ¿Y tú me perdonarás? ¿Volverás a por mí?

—Lo intentaré.

—Teniendo en cuenta que eres inmortal, como dice Teresa, me vale.

Dreston cerró los ojos, besándole. Se dejó llevar, extasiada, feliz por aquel momento que aguardaba desde hacía tanto tiempo. Consciente o inconscientemente, necesitaba regresar a los brazos de ese loco suicida y tóxico que buscaba la redención en batalla. El problema de Alessa, el incidente de Circe, la sentencia de muerte y todo lo demás, pasaron a un tercer plano. Su ropa cayó al suelo, entrelazada con la de él.

Que le jodieran al *Motor de Vacío* con su sensación nihilista, a los *Cuervos Negros* con su venganza, a *Helios* con su omnipotencia y a cualquiera que quisiera arruinar su puñetero final feliz. Hussman era suyo, y no renunciaría a él. Al menos, mientras le durara la borrachera.



¡No te atrevas a largarte sin mí!

Cuando Kiara se despertó, le ardía el cerebro. Tenía una de esas resacas inmensas que uno ignora a los veinte, sufre a los veinticinco, y lamenta durante varios días al llegar a los treinta. Se incorporó, aún desnuda, buscando su ropa interior. La encontró perfectamente doblada a los pies de la cama, junto a lo demás, así que se la puso sin terminar de ubicar realmente dónde estaba. Se metió la camisa de botones sin desabrocharlos y se subió el pantalón marrón.

Todavía se colocaba, preguntándose por qué narices se habría quitado el cinturón, cuando la realidad la golpeó con la fuerza de la almádena de George. Espacio. Se acostó con David, y le dijo lo que sentía. Y aún peor. ¡¡Él la correspondía!!

Su cabeza estalló en una mezcla de fuegos artificiales, sirenas de alarma y pánico con imágenes inventadas de gente quemándose a lo bonzo. Las mariposas invadieron su estómago durante unos momentos, al pensar que quizás sí que tendrían un futuro juntos. Se giró para mirarle, descubriendo que no estaba en su camarote, sino en el de *pasajeros uno* de la cubierta baja. Sola.

Susurró el nombre del renegado, y luego lo gritó llevándose las manos a la cabeza en cuanto sus depauperadas neuronas hicieron contacto. Aporreó el control de la puerta, que empujó a medida que se abría de lado, tratando de abrirse paso de cualquier forma. Descalza, chilló a Hussman que esperase, que no saliera hacia aquel suicidio. Desquiciada e histérica, casi arrolló a Pierce, que se encontraba ante la puerta de la bodega frontal, con un aparato en la mano.

—¡Kiara! ¿¡Te has despertado?!

—¡¿Dónde está?!

—¡¡Ya hemos hablado de esto, jovencita!! —El mecánico frunció el ceño mientras ella le agarraba de los hombros con cara de lunática—. ¡El alcohol y las misiones se llevan mal! ¡Especialmente cuando se trata de tu no-sabemos-que-ex, como diría Alessa!

—¡¡No has contestado a mi maldita pregunta!!

—¡Dentro de la bodega! ¡Y va a…!

—¡Tengo que impedirlo!

—¡Ya no se puede! ¡Está despresurizado! ¡Va a salir!

Kiara miró la luz roja sobre la puerta acorazada interna de la bodega. Nunca consideraron cambiarla por una pequeña cámara de descompresión, pero aquel aviso era suficiente como para que supiera que Pierce tenía razón. Le apartó, medio loca, y se asomó al diminuto ventanuco reforzado que permitía ver el interior. Contempló al *Arcángel Caído* frente a la rampa, entre las luces rotatorias de emergencia, con el espacio insondable de fondo. La grúa soltó los dos cables, permitiendo que el ingenio que la poderosa máquina de guerra tenía a la espalda cayera sobre ella. El robot se dobló bajo el peso, con una inmensa mochila propulsora acoplada a la chepa, en la zona donde se retraían sus alas. David diseñó y fabricó ese trasto prácticamente con chatarra, y lo usaría para volar desde su corbeta hasta las mismísimas entrañas de la nave adolescente rabiosa que los amenazó en Recnis. La misma que era responsable de la muerte de su padre adoptivo, de sus dos tíos Sebastián y Jhony, de Calíope y Nina.

Golpeó la puerta, llorando a lágrima viva, llamando a David por su nombre. Incluso sabiendo que no podría oírla, quería que le dijera un último adiós. Pierce, su conciencia encarnada, le

tendió algo. Una *holotableta* modificada, que tenía un montón de piezas deformes colocadas por fuera del chasis de cualquier forma.

—No estaba de acuerdo con darte esto, porque sé que te dañará. Pero él insistió, y es la última voluntad de un hombre que se marcha a morir. No puedo negarme.

Kiara tomó el trasto en las manos, y girándolo, pulsó un botón rojo que le recordaba a los de los aparatos de comunicaciones. Cielos. Era exactamente eso. David, enfundado en su armadura, apareció en la pantalla.

—Cuánto me alegro de que hayas despertado a tiempo.

—¡¿Ibas a irte sin una despedida?!

Él sonrió. No podía creerse que se lo tomara a broma. Menos mal que lo arregló.

—No quería que trataras de detenerme. Además, siempre que digo adiós a alguien con un beso, suele ser por última vez. No me gusta el patrón.

—Al final vas a hacerlo de verdad.

—Sí. Pienso cargarme a *Helios* y volver.

—Ohoho, ya lo creo que lo harás —Kiara alucinó cuando la IA asesina intervino, con la voz atronadora de un hombre recio que le recordó al difunto piloto pelirrojo del renegado—. No te preocupes, capitana. Lo reventaré y tendrás a tu caballero de vuelta.

—¿Qué narices?

—Tranquila, Kiara —David seguía sonriendo—. Te prometí que intentaría regresar. Y lo haré. Escondeos bien, no sea que *Helios* cambie de opinión. Poneos a salvo.

—¿Que *qué*?

Fueron a decirse algo más, pero el *Coracero* ya volaba por el espacio propulsado por los inmensos cohetes de su espalda. La comunicación se resintió por el acelerón, y a Dreston solamente le dio tiempo a entender algo parecido a un último *te quiero*.

Se giró a Pierce, desencajada, sin comprender absolutamente nada. El mecánico, cruzado de brazos, torcía la comisura derecha hacia abajo, con desaprobación. Le quitó el cacharro amorfo y se lo colgó del cinturón. La instó a calzarse y ponerse el guardapolvo para no coger frío, y dijo que la esperaría antes de subir al puente.

La capitana voló. Se puso los calcetines y botas más rápido que nunca, sin abrocharlas, y volvió colocándose el resto con el corazón a punto de salírsele por la boca. El mecánico le explicó, mientras atravesaban la subcubierta de ingeniería y subían las escaleras, que estaban en el sistema Discia. Que *Helios* los localizó incluso antes que ellos a él, y que si seguían vivos era gracias al inmenso carisma de David.

Cuando irrumpieron en la cabina, cualquier signo de resaca o de borrachera se había esfumado. La ansiedad, el miedo y la urgencia evaporaron las demás sensaciones. Se encontró a Will y Teresa en sus puestos, hablando con el gigante, que ocupaba la torreta.

Estaban entrando en una nube de fragmentos de hielo, maniobrando para esconderse entre los bloques inmensos que colisionaban peligrosamente unos con otros. El mapa de derivas de trayectoria, enfrente de Will, competía con un esquema del sistema en el que aparecían multitud de puntos. El azul eran ellos, situados en el anillo más exterior. David estaba representado por

uno verde… que se dirigía hacia un enorme grupo de contactos en rojo que se situaban en el plano por encima del segundo cinturón de asteroides. En el centro de los mismos, había una nave inmensa.

—No… no puede ser. Lo está haciendo de verdad.

Teresa miró un poco por encima del hombro, girando la cabeza del todo cuando reparó que se trataba de ella. Cambió unos cuantos controles que estaba siguiendo, y lanzó un holograma a la parte superior del campo de proyección de la cabina. Empezaron a recibir una señal de vídeo muy clara. Del *Coracero*, que volaba a toda velocidad por el espacio, enfilando un cinturón de rocas que proyectaba infinitas sombras al estar interpuesto entre él y la estrella. El espectáculo era maravilloso, asombroso, increíble. No recordaba haber contemplado jamás nada tan hermoso.

Y, aun así, se sentía a morir.

—Tu novio es un volado, Kiara —Gruñó Will—. El monstruo nos estaba esperando, venían a interceptarnos *treinta* cazas. ¿Y sabes que ha hecho?

—Retarlo —Respondió Kiara, en un susurro—. Para que acepte un duelo cara a cara.

—¡¡Exacto!! ¡¡Retar a *Helios*!! —Repitió el piloto—. ¡¡Ese cacharro mide veinticinco putos kilómetros, y él va subido en un robot de cuatro metros con un cohete casero sujeto a la espalda con cinta adhesiva!!

—Nos protegió con esa bravuconada —Suspiró Teresa, entre admirada y triste—. Cuando vio que se nos echaban encima, emitió en abierto, y ese… ser respondió. No te puedes ni imaginar el miedo que da, Kiara.

—Sí, sí lo sé. Yo estaba ahí la primera vez que se enfrentó verbalmente con él. Ya entonces lo engañó. David aborrece a *Helios*, pero esa cosa está también obsesionada con capturarlo. Me imagino que mucho más desde que le obligó a…

—Uhhh, lo de los gemelos del mal. Le jodió el recopilatorio de música definitivo.

—Es más que eso, hijo —Intervino Pierce—. Kiara, yo también estaba aquí arriba cuando lanzó su reto. Esa mente que habita la nave es ya mucho más que una Inteligencia Artificial. Parece humana. Expresa ira, rencor. *Odia* a David. No solo quiere atraparlo, sino *castigarlo* de una manera que únicamente una mente artificial puede entender.

Dreston no respondió. Se limitó a seguir contemplando la cámara muda fijada en la armadura que, a diferencia de las comunicaciones, no parecía sufrir interferencias. El pequeño pilotito rojo de la imagen les indicaba que estaban grabando aquello. Teresa se le adelantó, mientras seguía ayudando a Will a encontrar un sitio seguro en aquel cementerio de bloques helados flotantes.

—Esto fue otra idea suya, que nos comunicó cuando literalmente estaba colocándose la mochila, un pelín antes de hablar contigo. Ha… robado una línea de comunicaciones de clase militar de medio alcance. Confederada. La está soltando a medida que avanza.

—Quiere que seamos testigos —El Trevor sénior sonó solemne—. Que guardemos esto. La última carga del caballero fantasma.

—La miríada de puntos rojos es una flotilla, aunque me dan ganas de quitarle el diminutivo. —La primera oficial amplió el esquema del sistema—. Hay naves de guerra de todos los tamaños, desde un acorazado y un portaaviones a pequeños cargueros de suministros. *Helios* parece haber creado su propia facción escolta, seguramente tripulada por los sectarios locos que

subvirtió. Aquí es donde imagino que vino a parar todo el material que Duvolev nos dijo que faltaba. Si quisieran, podrían borrar del mapa un par de subsectores importantes antes de que la Confederación pudiera siquiera reaccionar.

—Siento decirlo, pero Hussman no lo logrará, hay demasiados enemigos —apuntó Will sin dejar de analizar el mapa a tiempo real, que consumía gran parte de la capacidad de cálculo del *Pétalo Danzarín*—. Mirad. Aaaaaquí. Maniobro y nos acoplamos a este pedrusco. La carta de deriva nos da casi veinte horas sin colisiones importantes en esta cara. Con la rotación, nos sacará del cinturón disimuladamente.

—George, baja a la cabina —le pidió el mecánico—. Sella la escotilla y todas las puertas que encuentres, vamos a desconectar cuanto podamos para pasar desapercibidos.

Kiara siguió sumergida en su estado catatónico durante un largo rato más. Solo podía mirar la pantalla, en la que aparecían pequeños puntos metálicos y brillantes. A su alrededor las luces se apagaron, se cerró la puerta de entrada y el gigante se aposentó en el suelo con cara de preocupación.

A medida que pasaban los minutos, la imagen se ampliaba, hasta que las naves fueron visibles. Entonces, un inmenso leviatán emergió de los asteroides, arrollándolos con su infinita masa. La torre del puente superior apareció al estilo de las aletas dorsales de los *metatiburones*. Y luego, la proa inabarcable desgarró la formación pétrea arrojando meteoros en todas direcciones, como una boca sedienta de sangre. El coloso estelar volvía de sus peores pesadillas, resucitaba los horribles recuerdos de Recnis, saliendo de un nuevo escondrijo mientras clamaba venganza.

Contuvieron la respiración a medida que la nave crecía en tamaño, acercándose, convirtiéndose en la gargantuesca mole que el espacio relativizaba por culpa de la distancia. Ya sabían que *Helios* era grande, pero no acabaron de valorar cuánto hasta que David estuvo a punto de entrar en el hangar. De repente, la imagen se cortó.

—¡¿Qué ha pasado?! —Gritó Dreston.

—Estoy revisando la línea —Teresa tecleaba en un holograma a toda velocidad—. Mierda. Esa cosa se ha dado cuenta de la presencia de los microsatélites militares. El repetidor once no resp… el siete tampoco.

—Hay cazas en el aire dirigiéndose hacia nuestra última posición conocida, y van reventando la constelación de comunicaciones según la encuentran. —Will se pasó la mano por la cabeza—. Me parece que sí que va a faltar a su palabra. Viene a por nosotros.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Kiara—. ¿Crees que pueden encontrarnos?

—No he elegido este peñasco por nada —El piloto sonrió con suficiencia, colocando el esquema de derivas en el lugar de la transmisión de vídeo perdida—. Es una roca de hielo con núcleo sólido, pero fijaos en la forma. Parece una rosquilla gigante mordida, y cabemos sobrados en el agujerito. Nos protegerá de casi todo, incluso de los bombardeos no dirigidos. Dentro de una hora, saldrá del campo y luego volverá a entrar. Sigue una trayectoria sinusoidal, podremos elegir si escapar o esperar.

—Además, la única zona con energía fuera del reactor y el aire, es aquí dentro, así que es improbable que nos detecten —Afirmó el mecánico—. Lo único que acusaremos si hay que correr es que George no maneje la torreta.

—Y David se quedará solo.

—Mucho me temo, mi niña, que ya lo está.

Se cernió sobre ellos un silencio pesado que duró un rato más tras las palabras de Pierce. Seguían detectando la flotilla y los cazas, que funcionaban con escáneres activos. Hasta que, de repente, sucedió algo raro. Los interceptores, que los buscaban siguiendo patrones exhaustivos y muy bien definidos, empezaron a disgregarse. Les pareció extraño que se comportaran de forma tan errática, pero se les desorbitaron los ojos cuando dos de ellos chocaron entre sí y desaparecieron del radar pasivo. Poco después, otro se estampó contra un asteroide de hielo tras entrar en el cinturón a la velocidad típica de un suicida.

—Oh, la leche. Mirad esto.

Will mandó a la pantalla un eco de *Pulso* que se esfumó un instante después de dar señales de vida. Luego, sucedió lo mismo tres o cuatro veces prácticamente seguidas. Tanto, que ni siquiera estaban seguros del número. Contuvieron la respiración, temerosos, hasta que de repente los sistemas titilaron.

Hubo una reentrada monstruosa, y luego otra. Tras esas dos, al menos un centenar más pequeñas. Los ecos aturullaron tanto al radar, que este se reinició. Pasados unos segundos, una flota que casi doblaba en tamaño a la de *Helios*, había hecho acto de presencia en el sistema. Por suerte, a unos setenta grados de su posición si tomaban como referencia la estrella. La cantidad de puntos amarillos sin identificar en el sistema era abrumadora. Detectaban dos inmensos, casi del tamaño de la nave nodriza *de bolsillo* enemiga. Se habían traído a sus hermanas, una pareja de *Risingsun* leales.

—Los Cruzados —susurró Teresa—. Madre mía.

Saltaron del susto cuando la comunicación de largo alcance pitó. Era una llamada directa, que provenía de un origen desconocido. Aterrados, se miraron los unos a los otros. Podía ser David, pero teniendo en cuenta la batalla que estaba a punto de comenzar, contestar era cuanto menos arriesgado.

Al final, Dreston los miró a todos y se abalanzó sobre Teresa para descolgar. La voz le salió mucho menos fuerte y decidida de lo que pretendía.

—¿Sí?

—Hola. ¿Me conectaría el vídeo también, capitana Dreston?

Tragando saliva al oír la voz de mujer, que le sonaba familiar, Kiara aceptó. En la pantalla de la cabina apareció un rostro conocido. El de una militar de ojos verdes y pelo ensortijado aplastado dentro del casco. Se le cayó el mundo encima.

—Coronel Morris.

—Un placer verla, capitana.

—¿Perdone?

—Cuando la investigué, leí que tenía muchísima suerte y me reí. Pues retiro mi primera impresión. Es verdad. He sido yo quien ha dado con usted, y no otro.

—Yo… eh… ¿Qué quiere?

—Le voy a pedir que abandone la zona de combate de forma muy discreta. A cambio, haré

como que no la he visto y le diré dónde colocaron mis chicos el localizador que lleva a bordo.

Dreston se quedó helada. Pues claro, por eso no la persiguieron, ni la atacaron. No abandonaron la jodida caja, ni renunciaron a ella. Se limitaron a seguirla, a permitirle actuar a su antojo. A ver qué hacía.

—¿Nos ha espiado?

La otra rio. Les mandó un esquema de su propia nave, con un punto rojo brillante en una zona bastante inaccesible del tren de aterrizaje de popa. Pierce corrió a apuntárselo con la intención de quitarlo en la próxima parada de dique seco.

—No, solo quería localizarla. Ahí dentro resulta imposible usar el aparato para ver ni oír nada. No tenía ni idea de a dónde nos llevaría, y eso que me dedico a esto. Pero tuve una corazonada, por eso la dejé en paz.

—¡¿Se ha traído todo ese arsenal solo por una *sospecha*?! —La primera oficial abrió la boca.

—Claro que no. Recibimos el chivatazo a tiempo, aunque cuesta movilizar a tantos efectivos.

Teresa puso su mejor cara de póker, tratando de aparentar estar flipando por la actitud de Morris. Es decir, que según ella los tenían localizados, pero no sabían que andaban tras *Helios*. Ya. Esa pájara o mentía, o fue a por cobre y encontró *Duratio*. O, quizás, *alguien* externo les había avisado de lo que se cocía. Se preguntó si la *Cuervo Negro* empleó el término *el* chivatazo en lugar de *su* chivatazo a propósito. Mierda. Ahora todo se volvía circunstancial.

—Le aviso de que estamos en una línea privada. Ni siquiera mis soldados pueden oírnos.

—¿Y eso por qué?

—Capitana, hay opiniones que no son populares en la Flota. Solo dígame. ¿David Hussman está a bordo de *Helios*?

—No sé de qué me habla.

—¿Sabe cuántos cíborgs estimo que ha destruido desde que huyó con usted? —La tipa parecía feliz—. Opino que ese hombre ni renegó de nosotros, ni se unió a la facción *mecanizada*. Ha perseguido a nuestros enemigos hasta hoy, volviendo de entre los muertos para acabar la misión. Y creo que, honestamente, le ha hecho algo a esa cosa.

—¿Qué iba a poder un solo soldado contra una nave gigante?

—Dígamelo usted. Las baterías de artillería, los torpedos, motores y escudos de la *Risingsun* rebelde no funcionan. La mayor parte de sus naves de escolta y cazas, tampoco. Los que sí responden, están todos en control manual, con los sistemas de emergencia. Dígame qué cree que ha pasado, y puede irse.

Se lo pensó. Morris no estaba siendo hostil, al contrario. Se parecía a esa mujer maja que David le describió. La que se quedó embarazada para ayudar a su hermana estéril, y no la que mató a Absalón. Decidió, contra toda lógica, darle un voto de confianza.

—¿Pagó ese gilipollas por asesinar a mi amigo?

—He pedido quince años de prisión sin fianza yo misma. Le haré llegar la sentencia cuando la tenga, eliminando las partes clasificadas. Vamos. No se lo diré a nadie. Tiene mi palabra.

—¿Y por qué quiere saberlo?

—Personalmente, por curiosidad. Profesionalmente, para repetir la jugada si lo necesito. Sea

lo que sea, le ha calzado una buena h…

—Es otra IA. Un modelo asesino que Hussman encargó. Pidió que se la fabricaran para soltarla dentro de los sistemas de *Helios* y que lo combatiera en sus mismos circuitos. No sabía si resultaría, por eso les llamó a ustedes. Si me permite el consejo, yo me daría prisa en atacar. Igual el *Arcángel* del renegado pierde la batalla virtual.

Morris arqueó las cejas, impresionada. Se lo pensó un instante, mirando de lado, y asintió, a juzgar por el movimiento de la cámara. Se notó que había algo que no le cuadraba. Solo Teresa supo el qué, a raíz de su conversación con David. La primera oficial trató de disimular el escalofrío. Mierda. No fue él quien se lo dijo y, por la cara, tampoco lo supieron por sus propios medios.

—Interesante. Pues ha funcionado. Venga, salgan de aquí. No quiero que les hagan daño *por error*. Mi jefa es… temperamental.

—¿Les vale una retirada discreta y lenta? —preguntó Will.

—Sí, no veo por qué no —Morris se sopló un rizo rebelde tan pronto como este se le metió en la cara, tenía pinta de que se puso el casco con prisas—. Yo tampoco quiero que los detecte nadie más. Me caería una buena.

Dreston volvió a intervenir, confusa por lo que estaba sucediendo.

—No lo entiendo. ¿Por qué no va a atomizarnos? ¿Por qué está, a todas luces, desobedeciendo sus propias órdenes?

—Verá… me imagino lo que tenían ustedes dos, así que es mi forma de agradecerle a Hussman lo que ha hecho por todos. Alguien teorizó su relación, pero verla aquí y escuchar su tribulación me la confirma. Nadie sería tan tonto como para volver a ponerse a tiro de la Flota por dinero. David es… o era, un buen hombre. Un jefe maravilloso, y algo parecido a un amigo. Algunos lo recordaremos con veneración, en secreto. Con orgullo.

—No me consuela.

—A mí tampoco, pero no puedo hacer más. Lo siento, de verdad. Por ambos. Buena suerte.

La comunicación se cortó, y se quedaron en silencio. Los corsarios se volvieron hacia su capitana, que tenía lágrimas recorriéndole el rostro. Seguía mirando el radar, como si esperase que el punto verde regresara de entre los muertos, victorioso. Las naves rojas formaron una semiesfera rodeando el objeto de mayor tamaño, a su dios estelar, dispuestas a morir protegiéndolo. Eran pocas tras lo que parecía el temible ciberataque de *Arcángel*, así que confiarían en que el campo de asteroides que estaba debajo de la *Risingsun* rebelde las protegiera.

Teresa intentó comenzar algo parecido a unas condolencias.

—Kiara, yo…

—Vámonos de aquí, antes de que la jefa de esa tipa se dé cuenta de que nos ha echado un capote.

—¿Estás segura?

—Sí. Siempre estuvo muerto, casi desde que nos conocimos. Soy yo quien se ha empeñado en tratar de mantenerlo con vida. En mi mente, en mis recuerdos.

Sonrió, mezclando una extraña alegría con el mar de tristeza. Lo más probable era que no volviera a verle, que no tocara de nuevo su piel ni besara sus labios. Ya había fallecido varias veces, así que… solo era una más. Al menos parecía que conseguiría lo que quería. Y, además, daría descanso a su familia. Mataría a *Helios*, a su asesino. En el fondo, eso les proporcionaría a Pierce y a ella cierta quietud de espíritu.

—Marchémonos. Sin que sirva de precedente, confiaré en la Flota para terminar el trabajo.

—Se acabó la pesadilla cibernética. —El Trevor sénior cerró los ojos—. Ya está. Somos libres.

—Y nuestra familia quedará vengada. —La capitana se echó a llorar.

Teresa se levantó a abrazar a su amiga, fundiéndose en un gesto increíblemente fraternal con Dreston. Pierce se aproximó, uniéndose a ellas, y George los rodeó a todos mientras Will despegaba con la impulsión de maniobra y se alejaba con un vuelo indiferente, haciéndose pasar por una roca más.

—Sé que quizás no es el mejor momento, pero como no puedo levantarme y unirme a vosotros, me conformaré con ser un idiota pragmático en vez de gracioso. Hemos grabado todo, excepto lo de la coronel, que estaba interferido —declaró el piloto—. Podremos pasárselo a Hoffstein. Seguro que le gustará poder mandar a alguien que no seamos nosotros a buscar cachos de dios maléfico.

—Gracias —hipó Kiara—. De verdad.

El *Pétalo Danzarín* se alejó, inadvertido por todos excepto por el *Venganza de Blane* que comandaba Morris, hacia el límite del sistema. Mientras la batalla espacial rugía, los puntos rojos eran aniquilados sin compasión. Solo sobrevivió una nave de la flota cibernética, pero fue perseguida por seis buques de guerra y finalmente derribada sobre un mundo enano, helado y deshabitado.

Así, se cerraba otro capítulo en la historia de Kiara Dreston.



Las memorias de un muerto

Pierce desenganchó el aparato de su cinturón, y desenrollándole el cable grueso, lo conectó a la toma situada al lado de la puerta. En circunstancias normales, los gestores de claves solían tener el tamaño de un llavero. Sin embargo, para los cifrados de alta seguridad, se utilizaban pequeños ordenadores con pantalla estándar integrada como aquel. El mecánico lo sujetaba del mango, y fue introduciendo sus propias huellas biométricas para que le diera acceso.

Finalmente, el dispositivo autorizó la sesión, y Trevor fue desactivando una a una las alarmas y las medidas de seguridad. Aunque, siendo completamente estrictos, podían llamar a lo que tenían instalado *trampas mortales impropias de un trastero cutre*.

Ante la puerta reforzada, cruzada de brazos, Kiara escuchaba en silencio el ronroneo del motor de la plataforma de carga, ahora mucho más fina. Desde que la utilizaban con frecuencia, la compañía de trasteros se molestaba en pasarle una revisión periódica para evitar que les abrieran una incidencia en cada visita, porque al parecer les salía mucho más caro pagar al equipo de mantenimiento la reparación de guardia que llevarse el trasto una vez al trimestre como rutina.

La capitana estaba mentalmente en otra parte. En el cementerio de circuitos de Sarbeluc III, recuperando junto a sus compañeros el alijo de David. Escuchaba todavía el llanto de un recién nacido, que siguieron, abandonando la búsqueda. Aún recordaba el encuentro con la patrulla Salluri, compuesta por dos agentes de la mafia y un par de niñas de la hueste que Hussman salvó de los terribles *Coleccionistas de Huesos*. La adulta, una sicaria joven y mal avenida, les apuntó con su arma automática nada más verlos, exigiéndoles que se identificaran y que explicaran por qué estaban en su territorio. El compañero, más veterano, le bajó el cañón y le dijo que eran los corsarios amigos del Hombre de la Máscara Blanca, regañándola a continuación. Le explicó a la novata, tras llamarla así, que si ese agujero les pertenecía era gracias a ellos. Y que, por tanto, tenían el permiso del mismísimo Flavio CIX Salluri para deambular por donde les pareciera y tomar los repuestos que necesitaran de aquel sitio.

Sí. El mafioso los consideraba aliados, sin llegar al grado de extraña amistad que les profesaba Palerma Sapponell. Aún recordaba, también, cómo se le presentó antes de partir hacia Discia. Las formas arcaicas y siniestras con las que la abordó, su sonrisa medida y peligrosa. Cómo le agradeció su ayuda distrayendo a Duvolev. Y los saludos que le dio para XV de parte de sus *primos*.

El recuerdo dentro del recuerdo se esfumó, regresando al llanto del bebé. La niña pequeña, de ocho años, llevaba en brazos un recién nacido cuando se encontraron con aquellos cuatro. Una criaturita diminuta, sucia por el polvo del vertedero, inconsolable por el hambre. Sus padres desalmados la habían abandonado, y seguía con vida gracias a las dos pequeñas patrulleras, que pidieron refuerzos mientras mantenían a varios *metaperros* a raya. En pocas palabras, evitaron que las fieras salvajes se lo comieran. Los Salluri les aclararon que el chiquitín entraría en el pacto con el Hombre de la Máscara Blanca, que lo cubriría a él y a todos los que fueran apareciendo. Que se lo alimentaría y cuidaría como parte del clan. Y añadieron que el problema de los *metaperros* se acabaría en cuanto su jefe local se enterase de lo sucedido. Tuvo ganas de pedírselo, de llevar al recién nacido con ella y cuidarlo. Pero no se lo podía permitir.

En el fondo, ese niño tendría una oportunidad gracias a David. Su vida estaría atada al crimen organizado, sí, aunque entre eso y ser devorado…

Abrió los ojos con un escalofrío recorriéndole la columna. Los abandonos continuarían sucediendo en ese lugar, la guardería a cargo de los ahora *Coleccionistas* a secas seguiría creciendo. Esa tradición no se extinguiría en aquel mundo de mierda. Los padres del bebé eran unos monstruos de la peor especie. Merecían un escarmiento ejemplar, igual que los de los demás niños salvados por Hussman. No podía obviar que necesitó su hogar como parte de su plan, pero… pudo limitarse a deshacerse de ellos y nadie lo habría sabido jamás. Ni siquiera ella. La mafia no hubiera tenido reparos en liquidarlos con tal de conseguir un trato tan bueno como el que obtuvieron.

La puerta crujió, abriéndose. Este modelo, mucho más pesado y resistente que el de serie, proporcionaba una seguridad infinitamente más eficaz. Trevor se agachó en cuanto subió medio metro, introduciendo de nuevo el cable y cargando la segunda serie de contraseñas al puerto auxiliar. Eso desactivaría las trampas mortales restantes de sus *Archivos Prohibidos*, instaladas por ambos tiempo atrás, durante unas vacaciones que les dieron a los demás. La apertura continuó mientras ella se volvía hacia la nueva caja que iban a meter en el interior. Espacio. Estuvo segura de que tendría que esconderlo nada más verlo.

Su mente volvió al vertedero. A la zona que le indicó la niña mayor, de unos once años, que cuadraba con las instrucciones que tenían. Con su mapa del tesoro.

Recordó la búsqueda de pistas, los tótems de chatarra que tuvieron que alinear para que un puntero láser les indicara la localización de la puerta. Desarmaron los explosivos siguiendo las instrucciones del renegado, abrieron la cerradura oculta con sus tres llaves y sacaron una chapa acorazada que daba paso a una cámara secreta hundida en una montaña de placas base.

En el interior encontraron los dos equipos informáticos prometidos, clones uno del otro, que contenían los datos transcritos de Maximiliano Farensis. También encontraron su maleta, muy desmejorada tras el duro viaje en el que murió su dueño. Pero lo último… eso no lo esperaban.

La cueva la presidía un zigurat de piedra, rojizo, cuya superficie estaba surcada por franjas ondulantes de color azul transparente, regulares, de una factura muy similar a las que recorrían el mojón pétreo que coronaba el artefacto.

Esa cosa se encendió al percatarse de su presencia. La zona acristalada se iluminó, comenzando a emitir una señal que hizo retroceder a su familia. Ella no se achantó. Sintió un susurro en el aire, un zumbido etéreo que se le colaba tras los ojos. Una *llamada*. Desoyendo a sus tripulantes, incluso a Pierce, se acercó a la piedra, tocándola con la yema de los dedos.

La puerta terminó de replegarse, permitiendo el paso. Ya estaban autorizados. Contempló su antaño vacío trastero, convertido ahora en un laberinto de cajas apiladas unas sobre otras. Encendió el desesperante ingenio de transporte, procesionando con él a través de los pasillos creados por ella y Trevor a un paso lento, como el de un entierro.

Los contenedores de madera cerrados desfilaron a medida que avanzaban, exponiendo sus crípticas etiquetas. Estaban cifradas en un lenguaje que solo ellos conocían, y correspondían con un código que debía mirarse en una tabla de inventario ofuscado diseñada por Teresa. Si bien solo el mecánico y ella conocían la localización de aquel cementerio, toda la tripulación sabía la lista de horrores que ocultaba. Artefactos imposibles creados por mentes alienígenas, reliquias olvidadas y peligros inenarrables. Los consiguieron todos juntos, así que no tenía sentido que la primera oficial no llevara la cuenta de cuanto decidieron guardar. Con algunas cosas se tropezaron por casualidad. Unas pocas se las dieron. Otras las compraron. Las siguientes las recuperaron. Y las últimas, eran directamente robadas por bandidos que Dreston tenía en su

agenda B.

Sin ir más lejos, su amigo, el *fantasma* de Nados, les mandaría un par de contenedores en breve. Estaba rehabilitado y cumpliendo condena, así que cuando les preguntó cómo podía saldar su deuda con ellos, Dreston le contó qué clase de cosas le interesaban. Para un comprador famoso, según le dijo. Tarim ahora trabajaba con la familia de su difunto amigo Absalón, a donde la comunidad le asignó para que ayudara a la viuda y a la hija mayor a salir del bache. Y el otro le respondió que no tendría problema en satisfacer su lista de compras, usando el inmenso archivo de curiosidades y contactos del comerciante. Después de todo, Nados II era un mercadillo.

La sensación la invadió de nuevo, desplazando a la insidiosa presencia del *Motor de Vacío*, siempre presente, al acecho. Tocar *El Legado*, el zigurat, la reconfortó. Le transmitió esperanza, aunque también urgencia. Se sintió elevada, en una Rosa de los Vientos, mirando al infinito. Le pareció que no era algo peligroso o maligno, sino un dispositivo olvidado que quería llamar la atención. Deseaba que lo entendieran. Solo que ella, por desgracia, era incapaz de hacerlo.

Descargaron los dos ordenadores y los separaron en sus respectivas cajas unos metros, colocando cada uno en una pila diferente. Luego dejaron la maleta, en su propio contenedor, algo más allá. Por último, descargaron con sumo cuidado el artefacto pétreo, llenando el penúltimo hueco disponible en el trastero.

Dreston le puso una mano encima a la caja sellada.

—Descubriré lo que quieres decirme.

Pierce la miró. Tras su experiencia, los demás trataron de repetir la visión de la capitana, sin éxito. Recibieron únicamente un desagradable zumbido de estática, un galimatías incomprensible. Así que concluyeron que esa cosa, fuera lo que fuese, solo quería hablar con Dreston.

—¿Nos vamos?

—Sí. Como siempre, dame un momento.

Mientras Pierce sacaba la ruidosa y lenta plataforma de carga, Kiara visitó su dibujo. Sonrió al releer que debía creer en ella misma, y salió por el diminuto hueco que daba acceso a él.

Cerraron, reactivaron toda la seguridad, y el trastero volvió a quedar en penumbra. La empresa gestora, viendo que le daban uso, les había ofrecido la propiedad adyacente, abandonada un lustro atrás por los herederos de su dueño fallecido. Lo miró un segundo, pensándoselo. Quizás lo comprarían para ampliar sus Archivos, pero necesitaba que le dejaran comunicar ambos por una entrada interna. En realidad, lo ideal sería llevar las cajas a un planeta perdido y meterlas en un agujero profundo del que nadie pudiera sacarlas.

—Hecho —Trevor confirmó el diagnóstico de las trampas—. A por Alessa.

Asintió mecánicamente. Con los datos de David en sus manos, no pudo resistirse a mirar. Aun habiéndolo perdonado por los cuernos, buscó pruebas de esa relación que tenía con Circe. Quizás para darse la razón, o intentando causarse daño de forma masoquista. Tal vez pretendía, con ello, sobrellevar mejor la pérdida de su amado Cruzado loco.

Era un abuso de confianza sin paliativos. Sabía que el contenido gráfico de la *Pretor* fue volcado por el renegado al repositorio. Esperaba encontrar fotos de la parejita siendo felices, poniendo morritos o algo así. Y lo que descubrió fue mucho, muchísimo peor.

Estuvo días viendo los horrores a los que se enfrentó Hussman. Su huida desesperada, su caída, la muerte de su piloto y del chico. Su travesía por el desierto, sin esperanza. La fauna depredadora de Xacelsis, el *carnodonte*.

La primera imagen que descubrió de Samus fue algo sobrecogedor. Un gigantesco… sabueso, como David lo había llamado. Una bestia descomunal y alienígena, de color negro y partes brillantes, con el hocico manchado de sangre, a la que él se vinculó de una forma asombrosa.

Recordó cómo fue pasando *holografías*, por si era un montaje elaborado. No se lo pareció. Poco después encontró las imágenes de David y otras bestias cazando animales asombrosos e irreconocibles. Incluso vídeos, donde se comunicaba con ellos de forma rudimentaria. Estuvo en un mundo desconocido en el que había seres alienígenas.

Luego vino la separación, las ruinas, el reencuentro con los supervivientes. El combate. La base. La horripilante muerte de Circe. Vio lo que le decía y supo, sin lugar a dudas, que David le mintió. Por su tono de voz y la vibración de sus palabras, estuvo segura de que la engañó antes de matarla por compasión. Tras decirle que la quería. Quiso que pudiera marcharse en paz.

Luego vio su enfrentamiento con esa criatura *femenina* horrenda que desafiaba la lógica y la razón. Cómo la derrotaba, gracias a la increíble e inesperada ayuda. Y después de todo aquel calvario que la llenó de grietas por dentro, entendió por qué David rezaba.

Le había mentido una vez más. Pero en aquella ocasión lo comprendió, porque habría necesitado horas para entender la verdad. Solo se creía la aventura del renegado porque, en el fondo, estaba husmeando en sus memorias sin permiso. Ahora sabía cómo regresó, de dónde salió aquella prótesis tan perfecta que llevaba en la pierna y quién fue *Arcángel* en realidad.

Descubrió a los Zastak, a Samus y a los suyos, el proceso que les devolvió el alto raciocinio. Al *Centinela Catorce*. Cómo el niño se reía de lo que fue, y en lo que se convirtió. David había fotografiado a su amigo muchas veces en su estado animal, y ya siendo bípedo, le grabó revisando sus propios vídeos. Le quedó claro que le gustaba recordar su etapa anterior a la transición a criatura racional, cuando había sido uno con la naturaleza, a pesar de que no todo estaba subtitulado.

¿Cómo habría traducido David su lengua?

Lo que le taladraba el alma era cuando Samus miraba directamente a la cámara. Al renegado. Veía en esos ojos alienígenas su propio reflejo. El de su yo niña, adoptada por corsarios, contemplando con devoción a Dominique.

Ese era el secreto. Lo que alteró así la personalidad de ese hombre roto y a la vez inquebrantable. Pudo elegir la paz, el olvido, el amor fraternal y la tranquilidad. Envejecer y morir en una sociedad que lo idolatraba como a un mesías. Al lado de gente que le quería. Y una vez más, abandonó incluso a su hijo adoptivo y abrazó aquello para lo que nació: la guerra.

Le asombró que hubiera sido capaz de obviar lo que sintió, que hubiese sido capaz de dejar atrás a esa nueva familia alienígena que le acogió igual que a un salvador. ¿Cómo logró volver, negándose la felicidad, a terminar su misión?

Estaba equivocada con él. No era un traidor y un miserable. Quizás sí que se acostó con Circe, sin quererla. Muchos hombres hacían eso. Ella misma lo hizo durante un tiempo, pensando que el amor no era más que un cuento. Incluso después, intentando olvidar a David. Pero el pecado de traicionarla palidecía al lado de lo demás. De lo que Hussman representaba.

Regresó acompañado de un asesino IA alienígena, el mal llamado *Arcángel*, encontró a su Dragón Estelar y lo mató. Tras salvar a unos niños caníbales, y a *toda una maldita civilización de cazadores-guerreros* que estarían en deuda para siempre con la humanidad. A la que juró guardar el secreto de su existencia. Se le escaparon dos lágrimas, que el frenazo de Pierce arrastró por su cara. Habían llegado de vuelta al *Pétalo Danzarín*.

David, su pardillo, fue un jodido héroe. El más grande del que tenía noticia en tiempos modernos. Quizás uno de los más enormes de la historia. Nada lo detuvo, en ningún momento. Luchó hasta el final, murió entregado a la causa que eligió, haciendo el bien allá donde pudo. Fue perfecto siendo imperfecto.

Y ella le traicionó, abandonándolo primero y acogiendo a Alessa después. Sus tripas se revolvieron, tuvo que centrarse en su científica e ingeniera para escapar de sí misma.

Si bien no creía que Fourier fuese una traidora, sí que podía ser que entre ambos se hubiera gestado una enemistad que acabó saltando por los aires. Ella huyó, temerosa de que la matara por contarle la verdad de su relación con Circe. Él la culpó de venderlo a sus enemigos, cuando lo más probable era que los *Cuervos* llevaran tiempo tras su pista. Después de todo, los atraía para robarles piezas y equipo. Joder, Morris les siguió tras instalarles un localizador que buscaron a conciencia y que fueron incapaces de encontrar.

Podía enfadarse con Alessa por aprovechar los cuernos para acercarse a ella, pero conociéndola tan bien, sabía que eso no dejaba de ser uno de sus muchos mecanismos de autodefensa generados por su penosa vida. Ya lo abordaría con ella, cuando llegara el momento. Tampoco era un pecado mortal, teniendo en cuenta todo lo que hacía por los demás.

A medida que subía por la rampa de personal y que Pierce le decía que se encargaría de llevar la nave al *Pulso* para practicar, iba repasando lo que sabía de los dos. Confiaba en Fourier, le costaba contar cuántas veces le debían la vida. Era una persona llena de cicatrices, de sospechas y de miedo a que la apuñalaran por la espalda. Como David. Eso sería lo que sucedió. Seguro. Los dos temían tanto que el otro los engañara que al final ambos detonaron el cóctel explosivo que se venía gestando. Y los refugiados pagaron el precio. Fue una enorme cantidad de catástrofes encadenadas, sin un culpable claro.

Espacio. No. Debía callarse eso. Guardárselo, no decirle nada a la ingeniera. Estaba segura de que no necesitaba montones de muertos en su conciencia.

Se encontró, de repente, sentada delante de su órgano, tocando una melodía. No tenía claro cuánto tiempo llevaba así. Su última ubicación mental antes de sumirse en la cadena de pensamientos era el transporte que los trajo de vuelta a la nave. En alguna parte de su nebuloso cerebro recordaba a Teresa ganando una partida a Will y George en la máquina recreativa holográfica del salón, pero la imagen era tan difusa que podían haber pasado horas o días. La verdad era que le dolían los dedos.

Se levantó y desnudándose, se tiró en la cama, con las mantas por encima. Renunció a leer el libro que tenía abandonado desde hacía una semana y media y volvió al estudio de sus nuevos *Archivos Prohibidos*, subidos en parte a una *holotableta* desconectada de la red y cifrada por Pierce. A la copia de David de los datos del *Sendero del Cielo*, concretamente, dejando de lado los recuerdos de Xacelsis. Ahora que tenía un fichero que no dependía de Alessa, y que podía evitar sus peticiones de *ser concreta por su propio bien*, pretendía devorar la base de datos entera. O al menos, hasta que el cansancio la venciera y pudiese dormir, como le sucedía últimamente.

Amargada por el dolor de corazón que se negaba a abandonarla, pasó de varias civilizaciones extintas mientras la culpabilidad la consumía. *Traicionó a un jodido héroe de leyenda*. Lloró. Amargamente, como cuando fue esa niña pequeña que se dio cuenta de que sus padres jamás regresarían. Igual que cuando se percató de que el destino de su hermana mayor pudo ser peor que la muerte. Como cuando perdió a su familia adoptiva. Se le cayó el dispositivo de las manos, con las que se tapó los ojos hasta quedarse dormida.

Cuando despertó, se encontraba mucho mejor. Quizás se sintió así otra vez por culpa del horrible influjo del *Motor de Vacío*, que hacía de las suyas. La *holotableta* se bloqueó sola pasado un tiempo de inactividad. Ahora el salvapantallas le indicaba que habían transcurrido once horas desde la última vez que miró. Alucinó. Debía estar hecha polvo, física y mentalmente, para haber dormido tanto. Nerviosa, introdujo su patrón y la huella dactilar, pensando en apagar el aparato correctamente antes de bajar a *comer*. Como mínimo, se reirían de lo *metamarmota* que podía llegar a…

Se quedó mirando la pantalla como si hubiera visto un fantasma. Lo último que hizo antes de perder la consciencia fue dejar caer el maldito trasto entre las sábanas, tras abandonar no recordaba qué teoría loca acerca de una especie cibernética estable que cogobernó un imperio interestelar socialmente justo. Ahora estaba a mitad de un artículo titulado *el arca veintiséis*, que hablaba de una mina alienígena de *Duratio*, uno de los metales más raros y caros de toda la Confederación. Tras leer en diagonal que se trataba de un asteroide abandonado que debió convertirse en una nave de huida para escapar de La Gran Extinción, se rio del asunto y negó con la cabeza. Menuda tontería. Aquello le recordaba a un mito conocido como *la ciudad de El Dorado* que leyó en una novela sobre la Vieja Tierra.

Pensando en David una vez más, miró el órgano. Debía terminar la canción. *Su* canción. Bueno. Lo haría en el siguiente descanso. En aquellos momentos, ya más lúcida, el hambre empezaba a apoderarse de ella.



La vida corsaria —retirada— es la vida mejor

La estación *Paraíso Celeste LVII* formaba parte de una exclusiva cadena de hábitats espaciales diseñados para descansos temporales o indefinidos. Orbitaba alrededor de Yunque IX, un gigante gaseoso en el límite de uno de los sistemas-forja más importantes del Cuarto Anillo. Se trataba de una inmensa estación orbital con forma de esfera, conformada por dos polos de gravedad opuestos. Eso se conseguía mediante la cubierta central, donde podía aterrizarse del derecho en el hangar superior o del revés en el inferior. Bastaba con subirse a un ascensor que rotaba sobre sí mismo para cambiar la polaridad gravitatoria e ir a la otra subsección de la esfera.

Cada área representaba un tipo diferente de vacaciones. La primera consistía en un prado verde e inmenso, en el que se podía acampar o pasear. Contaba con caminos de piedra, de tierra, e incluso con un enorme escenario en la parte baja de una colina en la que se podían escuchar conciertos. Desde luego, no había molestos bichos o *metaanimales* que pudieran arruinar la experiencia, excepto si uno bajaba a la granja, donde los niños los acariciaban y les daban de comer.

La otra cubierta era una playa de arenas negras, con un mar poco profundo en el que se podía bucear con tubo y ver los inofensivos peces *meta* que soltaron por allí, imitaciones de arrecife, e incluso los hologramas que daban a entender que mucho más abajo se escondían los restos de un barco hundido.

Mediante un sol artificial se conseguía el día, y al caer la noche se permitía ver a través de las cúpulas celestes que retenían el oxígeno en las zonas de recreo. Los huéspedes se alojaban en las cubiertas centrales, entre el hangar y los dos entornos, en habitaciones con ventanas al espacio o imitaciones de las mismas, que a su vez podían reconfigurarse para ver nada menos que ciento treinta y ocho mundos diferentes. Ir contemplando el millar de vistas disponibles durante las diversas horas del día constituía casi una aventura en sí misma.

La compañía dueña era *AeroParaíso*, y medía muy bien donde colocaba sus hábitats. Los situaba fuera de zonas con peligro de piratería, en las inmediaciones de importantes nexos de comunicaciones o transporte, cerca de gente de clase media-alta y en sistemas donde el entretenimiento fuera escaso. Casi siempre llenaban todas las plazas, y en ocasiones sacaban unos beneficios tan inmensos que podían colocar una segunda, e incluso una tercera estación en los sistemas. Por supuesto, cada una con sus propias vistas y cúpulas celestes.

Kiara miró el suelo arenoso arqueando las cejas. Hacía un calor terrible, se le cocían los pies dentro de las botas. Llevaba puestos solo la camisa y el pantalón, y los gilipuertas de seguridad la habían obligado a dejar las armas en la nave. La acompañaban los Trevor y George, porque Teresa prefirió quedarse terminando un inventario antes que tener que pasearse entre un montón de chicas en bikini. Seguía preocupada por su novia, aunque ya estuviera mejor, e imaginó que se sentiría culpable por andar *buscando gresca*, ahora que quería ser *monógama*.

Miró a la izquierda, descubriendo que Will se estaba desabrochando la camisa con la intención de quitársela mientras sudaba la gota gorda. Pierce, perro viejo, llevaba una de manga corta y los pantalones remangados. Tenía ya las botas atadas al cinturón y los pies descalzos. La risilla al otro lado le hizo volverse al gigantón. George jamás había visto una playa de tierra. Ahora jugaba a hacer dibujos con los dedos de los pies, muy similares a los de su amado cuaderno. Era una pena que no pudieran pagar ni un día allí, porque se lo pasaría en grande. Bah. Planificarían unas vacaciones en familia en cuanto tuvieran suficiente dinero tras colocar los

motores direccionales, que era lo único que les quedaba por actualizar de su nave.

Decidió que la idea de colgarse el calzado le parecía magnífica, así que se lo quitó y lo enganchó de los cordones. Vio una mano conocida salir de detrás de la tumbona de rayas más próxima, agarrar una copa con una sombrillita encima y volver a colocarla vacía en la mesita auxiliar que tenía al lado. En cuestión de unos instantes, un mozo musculoso los rebasó, vestido únicamente con un bañador ajustado y una pajarita ridícula. Cambió la copa por un *metacoco*, y la dueña de la tumbona lo despachó.

—Gracias Lainus.

Se asomó por la derecha, mientras ella agarraba la nueva bebida.

—Lo reconozco, sí que sabes elegir los retiros.

Alessa se bajó las gafas de sol y se subió la pamela, mirándola con la pajita en la boca. Sonrió a medias, sobre todo al ver que Pierce se colocaba las manos en las caderas. A aquellas alturas ninguno de ellos, ni siquiera George, ignoraba que estaban liados. Cada vez disimulaban menos. Kiara supuso que eso era bueno, porque implicaba que esa faceta neurótica de Fourier se iba disolviendo como el azucarillo que llevaba su bebida dulce.

—Anda. Pensé que me recogeríais dentro de un par de días en Justia II.

—Esto nos pillaba de paso. Por aquí hay una factoría bastante buena que vende los motores direccionales a plazos. Hemos venido a saludarte, no a buscarte.

—¿Nos detenemos a decir hola antes de salir de tiendas? ¿Desde cuándo?

—Va, hermana postiza, no seas mala. Nos ha convocado *túyasabesquien*. Aquí hay una pequeña sucursal de *túyasabesqué*.

Fourier se atragantó. Mierda. Iba a esperar unos días para que le contaran los últimos acontecimientos relacionados con el gilipollas de Hussman. Quedó con la general Maethus en mandarle actualizaciones, y le hizo llegar cuanto sabía. Gracias a eso atraparon nada menos que al mismísimo *Helios* con los pantalones virtuales en los tobillos. Aunque ninguno de esos pardillos lo sabía, fue ella quien volvió a delatar al renegado, haciendo que los persiguieran con la condición de no matarlos, salvo que se interpusieran. Incluso colocó el localizador que le pidió, de forma sospechosamente confidencial, la coronel Morris.

En realidad, la muerte de la *Risingsun* era cosa suya, ese loco disparatado nunca, jamás habría conseguido acabar con el monstruo él solo. Necesitó a la Flota, y fue ella quien les dio el chivatazo. Si ahora le vendían a Hoffstein los detalles que le faltaban por entregar, perdería el último año prometido. Qué desastre. El *metacoco* empezó a empalagarla.

—Bah, puedo ir con vosotros ya mismo. Pillé un cupón de descuento ridículo, pero he descubierto que tanta relajación me aburre. Lleváis mucho tiempo deambulando sin mí.

—Adicta al peligro, ¿eh?

—Sí, Pierce. A todos ellos.

—Eeuuugh.

Los corsarios rieron con la cara que puso Will al ver que Alessa le lanzaba un sensual zarpazo a su padre. Seguro que se estaba imaginando algo que le provocaría terribles pesadillas.

Lo que ninguno de ellos podía prever, desde luego, era que Teresa hubiese contado una

mentira. Ni le subía la líbido ver chicas semidesnudas, ni sentía culpabilidad por el cada vez mejor estado de Eli. Sabía ya que solo tendría problemas digestivos menores y que no podría correr y saltar al cien por cien de rendimiento como hacía antes. La disminución muscular y pulmonar sería imperceptible. Estaba perfectamente, y su fingida preocupación no era más que una excusa.

La primera oficial bloqueó por completo la nave. Le quemaba por dentro pensar que lo que le dijo Hussman pudiera ser cierto, tras ver la expresión de duda y escuchar la frase cuidadosamente elegida de la coronel Morris. Que Alessa Fourier fuese en realidad una farsante, que los hubiese utilizado y manipulado a discreción, haciéndoles creer que se protegían de forma recíproca. Le inquietaba que, al final, se volviera contra ellos y los matara cuando le fuera conveniente para sobrevivir ella misma un día más.

Así que, con la pobre excusa de los inventarios, comenzó a registrar en una base de datos personal todas las llamadas que interceptó. Enlazado a los sistemas de la nave, para que las antenas le amplificaran la señal y que pudiera detectar mejor, su aparato pirata la informaría de cada detalle. Le llevaría tiempo, meses quizás, ser capaz de detectar una transmisión de Fourier. Tenía un manual increíble en su poder, y el equipo era lo más avanzado que jamás había caído en sus manos, una herramienta más propia del CECI que de una corsaria.

Su instinto le dijo en su momento que David Hussman no era el tipo de hombre que engañaba a su pareja. Visto el vídeo de Kiara y ella en la ducha, le quedaba claro que los programas que permitían crear ese tipo de contenido hiperrealista existían no solo en manos de gente como *Simula3000*, sino en un formato ultraportátil. Y, dado que Alessa tuvo acceso al equipo del renegado cuando lo reparaba, no le parecía tan raro que hubiese podido hacer la película de David y Circe.

Ya sabía que era una mentirosa. Les coló una trola inmensa para separar a Dreston del chico que le gustaba porque estaba enemistada con él. Y, analizadas otras situaciones como la que tuvo ella misma con las lobas en la enfermería, podía llegar a pensar que en efecto solo le importaba su propia supervivencia. Que les salvaba el culo porque le reportaba algún beneficio.

La cuestión era: ¿Fue Fourier capaz de echar encima de David a los *Cuervos Negros* para intentar que le asesinaran? ¿Era en realidad ella misma una Cruzada? ¿La tía del tatuaje en la cara, el pelirrojo simpático y todos los refugiados de *Triunvirato* murieron por su culpa?

Y si al final confirmaba que era así. ¿Qué haría ella?

Necesitaba averiguar la verdad. Porque como descubriera que era cierto y fuese otra traidora, decidió que le aplicaría la rápida justicia de entrar en su camarote y meterle una bala entre las cejas. Aunque la echaran al espacio. No permitiría que nadie dañara a su familia. Los quería demasiado como para mantenerse al margen.



Kiara Dreston, futura campeona del Inframundo

Entró en la sala de la agencia con una mezcla de desconfianza e interés. Se trataba de una habitación circular de unos treinta metros cuadrados, pintada con un tono azul metalizado e iluminada de forma indirecta. Estaba vacía, excepto por ella y el tipo que la escoltó, y más allá de que tenía posiciones señaladas con letras y números, no veía nada especial.

Al acercarse a las marcas le dio la sensación de que el objetivo era colocar sillas en ellas, y quizás una mesa redonda alrededor de la que pudieran sentarse un grupo de conferenciantes. El agente le dijo que se situara en un lugar concreto, que mirase en dirección al anillo central y esperase. Luego salió de la estancia, en la que reinaba un profundo y relajante silencio.

Pasaron diez aburridísimos minutos hasta que, de repente, un complejo aparato emergió del techo. Se abrió un iris, dando paso a un sistema de proyección holográfico de una calidad excepcional. Al menos, comparado con los trastos antiguos que ella conocía. Un sensor la escaneó de arriba abajo con una luz azul que dibujaba una malla de cuadrícula, e iluminó su nombre ante ella. Estaba al revés, como si Kiara fuera el papel y el punto de vista estuviese enfrente.

Pronto entendió por qué. Pasados unos segundos más, dos figuras se materializaron ante la capitana, en una representación de tal resolución que parecían más fantasmas que proyecciones. Se imaginó que la sala en cuestión debían usarla los gerifaltes del CECI. Y, dado que sabía lo mucho que les importaban los detalles, no querrían perderse ni uno.

Barrick Hoffstein la saludó cordialmente desde su silla y Eli, situada de pie tras él a pesar de que seguía de baja, lo hizo después. Ella contestó en el mismo tono, manteniendo el máximo respeto. Swarley ya le había explicado que su nuevo jefe valoraba muchísimo las formas, porque constituían una parte fundamental de su educación social más arraigada. Le preguntó cómo se encontraba y qué tal le iba, y tras responderle con la fórmula adecuada, Kiara hizo lo mismo. Terminada la pantomima, le pidió que fuera al grano porque disponía de poco tiempo.

—Me temo que le conté una mentira, sin saberlo.

—Oh. Qué desafortunado. ¿De qué se trata?

—Si recuerda, me preguntó por el especialista en… matar criaturas cibernéticas. Le dije que falleció. Pues verá, me equivocaba. Se puso en contacto conmigo contratándome para un trabajo a través de un testaferro.

—No se haga la interesante, se lo ruego. Capte mi atención.

—Quería que le ayudara a encontrar a dos cíborgs que poseían la ubicación de la nave nodriza Cruzada conocida como *Helios*.

Barrick sonrió, complacido. Cruzó los dedos enguantados en la armadura japoshi y le pidió que continuara. Je. Que se fuera agarrando al asiento.

—La encontró con mi ayuda. Y acabó con ella.

El Alto Supervisor deshizo su pose facial, mirándola de forma muy seria. Le recordaba a cuando había fulminado con los ojos a uno de sus subalternos en el hangar el día que le devolvió los discos de datos que salvó del jodido proyecto Ajna. Entonces, le insinuó al agente con su gesto que, si rompía algo, se arrepentiría.

—Desarrolle eso. Con detalle.

Lo hizo. Le contó su larga y amarga aventura. Desde que empezó a perseguir a un vulgar ladrón hasta que acabó encontrándose con el mismísimo rey de los fantasmas. Cómo una caja la colocó ante la coronel de los *Cuervos Negros*, lo que era el contenedor en realidad. El asalto a la sede de los *Tesurian* pendiente de desmantelamiento y que los Salluri se hicieron con ella. Aunque se pensó si delatar al hampa era o no buena idea, al final decidió que Hoffstein podía ser mucho más peligroso si le ocultaba información. Y, después de todo, fue Hussman quien hizo el trato con el clan, no ella. Omitió lo de los caníbales intentando no atraer la atención del Alto Supervisor sobre los niños. Barrick la interrumpió.

—No me gusta que una central llena de alta tecnología acabe en manos de la familia Salluri. Por muy *decomisable* que sea.

Decidió hacerse la inocente.

—Lo imagino. No era mi plan, no supe que estaban involucrados hasta que literalmente nos salvaron de morir a manos de unos prototipos de asesino que se usaban en las demostraciones del Administrador Primario Artiom Duvolev. Creí que lo correcto sería informarle de su implicación.

—Me complace su decisión. Bien, haré como que no sé esto, de momento.

—¿De veras?

—No quiero comprometerla. Sabrían que ha sido usted quien los ha delatado. Alguien que, además, tiene una relación muy cordial con sus parientes Sapponell, lo que agravaría la situación. La vendetta podría ser terrible, y aprecio sus servicios. Los vigilaré y, si hacen algo que no deben, les exigiré una compensación por permitirles quedarse el lugar. Al menos, mientras nadie más lo reclame. El litigio del desmontaje de la corporación todavía puede durar años.

Dreston se sorprendió.

—¿Dejará salirse con la suya a la mafia?

—Son confederados que operan en la ilegalidad. Como tales, son excelentes a la hora de… participar en algunas tramas. Además, ya sabe que adoro que me deban cosas. Y ellos detestan estar en deuda. Teniendo en cuenta que esa sede estaba para el desguace, me lo puedo permitir. Continúe. ¿Qué treta usó su especialista? ¿Cómo fue capaz su cazador de acabar con *Helios*?

Kiara le contó lo de la IA por encargo forjada para la ciberguerra, omitiendo su origen alienígena, ahora que lo conocía. Le relató cómo David apeló a la arrogancia de la máquina y la aprovechó para subir a bordo. Que llamó a la Flota Cruzada, a pesar de que lo querían muerto, y que esta pudo derrotar a la todopoderosa *Risingsun* cuando se quedó inmovilizada por el masivo ataque que Hussman tenía planeado.

En ese momento, subió el vídeo tal y como el otro agente le indicó. Se cargó en pocos instantes, flotando entre ellos, mostrando primero la aproximación del *Coracero* a la nave nodriza y luego la batalla espacial vista a través del radar de largo alcance. Gracias a que Morris les permitió *irse disimuladamente*, el *Pétalo Danzarín* registró prácticamente todo, incluso la caza que exterminó las naves que huían. El Alto Supervisor puso un dedo en el control holográfico y lo reprodujo a dos veces y media la velocidad normal. A medida que vio como avanzaba, la subió hasta cinco. Lo más asombroso era que mientras Elisabeth abría la boca de

par en par, él no alteraba el gesto. Al contrario, solo movía los ojos más rápido, como si fuera capaz de seguir los eventos del combate a ese ritmo. Espacio, el tipo debía ser un prodigio.

Cuando terminó la grabación, guardó silencio unos tensos segundos, mirando al infinito antes de centrarse en ella. Esa vez, le puso una amplia sonrisa. Menos mal, parecía complacido.

—¿Sería tan amable de darme sus conclusiones?

—¿Le interesa mi opinión?

—Consigue impresionarme cada vez que se cruza conmigo. Es de las pocas, poquísimas personas que me ha traído un asunto realmente relevante en la primera llamada. Es decir, me ha convocado para algo de vital importancia y no he tenido que regañarla porque fuera una tontería. Esto es un inmenso éxito no solo Cruzado, sino confederado. ¡Capitana, podré obtener un gran favor de los *cara de lata* gracias a usted!

—¿En serio?

—Por supuesto. Agente Swarley, sé que sigue de baja, pero como está de prácticas en mi equipo, le agradeceré que redacte un buen contrato *Inframundo* a nuestra valiosa corsaria. Bien pagado y puntuado, de los que se firman después del trabajo.

—Entendido, Alto Supervisor.

Le mostraron la cifra en pantalla. Espacio. Si era cierto, por fin podría ponerle al *Pétalo Danzarín* los motores direccionales con los que llevaban soñando tantísimo tiempo, y no con los que podían pagar. Will se mancharía de babas al ver que cambiaban de la gama media a la alta.

—Proceda, capitana. ¿Qué sensaciones tiene?

Dreston suspiró largamente. Le expuso que creía que la destrucción de *Helios* convertiría los cultos cibernéticos en un problema menor. Que quebraría la fe de sus *padres* y *madres transistores*, convirtiéndolos en señores de la guerra desorganizados o en fanáticos que querrían resucitarlo sin éxito. Aventuró que la Flota estaría complacida, que todo el mundo respiraría tranquilo. Él asintió, dándole la razón.

—¿Y su ex?

A Kiara le molestó que lo supiera. Pero claro, se trataba de un tipo que veía los vídeos estratégicos cinco veces más rápido que un hombre normal. Le recordaba a un clásico de la literatura universal, milenario, llamado Sherlock Holmes. Las personas como él pensaban a una velocidad diferente. Ni siquiera Von Arvein se le acercaba, por lo que alcanzaba a vislumbrar. Miró hacia abajo. Le entristecía pensar que el hombre que amaba al final hubiera encontrado su destino. Tan buscado, tan deseado. David se equivocaba, citándola. Sí que era un héroe. Con todas las letras.

—Murió a bordo, supongo. No se puede escapar de algo semejante. Destruyeron hasta la última nave. Imagino que escanearon los restos, buscando recuperar cada pieza de su tecnología robada.

El Alto Supervisor negó con la cabeza, condescendiente. Le molestaba cuando la trataba como si fuera estúpida. Pero visto en perspectiva, nadie le parecería a su nivel, excepto sus semejantes. Hoffstein acabó riéndose entre dientes.

—No apostaría por ello, sin encontrar el cuerpo. ¿Cuántas veces lo han matado ya?

Kiara se lo pensó. En realidad, iban bastantes.

—Sin que sirva de precedente, voy a recomendarle que guarde algo de esperanza.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Le mandaré fabricar una medalla anónima cuya existencia será negada por el gobierno. Detestaría tener que ponérsela a una tumba. Incluso siendo un prófugo Cruzado, David Hussman merece ser recordado. Al menos, en el *Inframundo*. Por gente como nosotros.

—Gracias.

Hoffstein se echó para atrás, apoyándose en el respaldo con una postura relajada.

—Señora Dreston, no desearía tener una enemiga como usted. Consigue que la felicite en cada encuentro, sale más o menos indemne de los conflictos más letales y sus rivales se deshacen como polvo. A veces, de forma literal. Le retiro la vigilancia, aunque mandaré a alguien a revisar que esa tal coronel Morris no le colocó nada más. Ahora me fio de usted. Al menos, en el mayor grado que puedo hacerlo con una corsaria, teniendo en cuenta mi posición. Siga así, y en un futuro muy próximo podremos hablar sobre que yo le deba cosas. Pequeñas.

—Eso significa muchísimo para mí. Pase un magnífico día, Alto Supervisor. Y usted también, agente Swarley.

—Gracias, capitana —contestó ella—. Lo mismo digo.

—Será una fecha señalada debido a sus acciones. Hablaré con mis pares, e intentaremos lanzar la mayor ofensiva posible sobre los cultos de *Helios*, ahora que estarán desorganizados. También barreremos el sistema Discia, con la esperanza de encontrar algo de tecnología que nos pueda interesar. Con suerte, no lo limpiarán bien. Hoffstein fuera.

Dreston se quedó sola en la habitación. Sentía un terrible vacío por la pérdida de David que la devoraba por dentro. Como si aquella arma alienígena que encerraba en sus *Archivos Prohibidos* aún rascara las paredes de su alma y se llevara pequeños fragmentos con cada pasada de lija. De repente, frunció el ceño.

No. El tipo más inteligente que conocía le decía que no apostara. Qué demonios. David era un héroe, uno de los de verdad, y no tenía restos que enterrar. Su pardillo distaba de ser perfecto. Le dominaba la obsesión, le cegaba el instinto del deber. Se parecía, en sus propias palabras, a un misil teledirigido. Pero contra todo pronóstico, alcanzó su objetivo en un punto débil y lo destruyó. Sufrió un sendero de lágrimas, un camino lleno de tormento físico y mental. Y sobrevivió.

La engañó. Y ella le traicionó, primero abandonándole a la muerte y después mintiéndole sobre Alessa para que no la matara. Eso, en el fondo, los dejaba en una especie de tablas. Al menos en su cabeza.

Y, a pesar de todo, confió en ella. Le había entregado su Legado, cada una de sus averiguaciones, pistas y pruebas. Antes que a la mismísima Flota que le vio nacer. Que a los suyos, a los que abandonó tratando de obrar el milagro que acababa de conseguir. Tendría que custodiar con cariño sus valiosos documentos, protegerlos contra viento y marea hasta que decidiera qué hacer con ellos. Se lo debía a él y al resto de la humanidad.

El pensamiento persistía. Hoffstein le recomendaba tener esperanza. ¿Seguiría vivo de verdad?

Sonrió. Decidió que *creería* en ello. Con su misión cumplida y los Cruzados creyéndole

muerto, su historia podría llegar a tener un final feliz. Si es que eran capaces de perdonarse el uno a la otra los agravios intercambiados. A la mierda. Mantendría la *fe*.

Como siempre, de los problemas con Hussman se encargaría la Kiara del futuro. Ahora, lo que le apetecía era volver a su camarote y ponerse con el órgano, a empollar el libro que le vendió la mujer de Absalón. Tenía una idea muy buena para componer una melodía. Una que dedicaría a David y que, aunque no lo sabía, seguiría tocando de forma recurrente hasta el lejano final de sus días.



Como autor autopublicado, la mayor parte de las reseñas vienen directamente de mis lectores. Apreciaría muchísimo si dejase una reseña de esta obra en Amazon o en otros sitios. Si le ha gustado, no olvide compartirlo.

¡Gracias por leer este libro!

Haga clic *aquí* para ir a la página de Amazon y hacer una reseña.

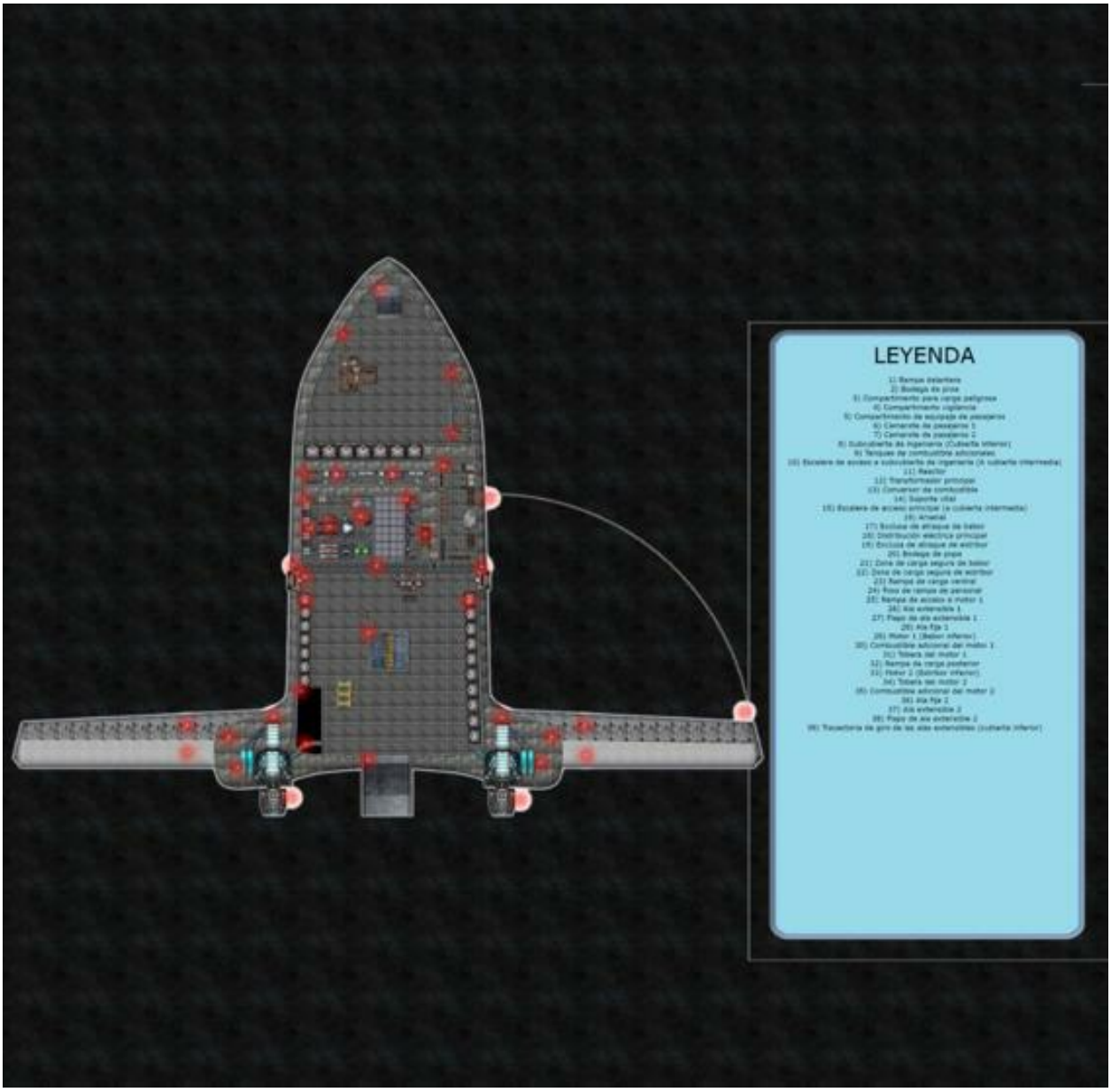
Planos del pétalo danzarín

Como me sugirió uno de mis lectores cero, se puede hacer un poco difícil seguir las aventuras de Kiara Dreston y sus tripulantes sin conocer de pe a pa su nave. Tengamos en cuenta que ellos se la saben al dedillo, y que hay veces que una imagen vale más que mil palabras. Así que, por eso mismo, aquí os dejo un esquema que seguro que será de utilidad. Cuidado, porque esta edición corresponde a la versión actual, de acuerdo a lo que Kiara tiene en la cabeza. La nave puede sufrir (esperemos, porque eso es bueno para la capitana y su gente) modificaciones.

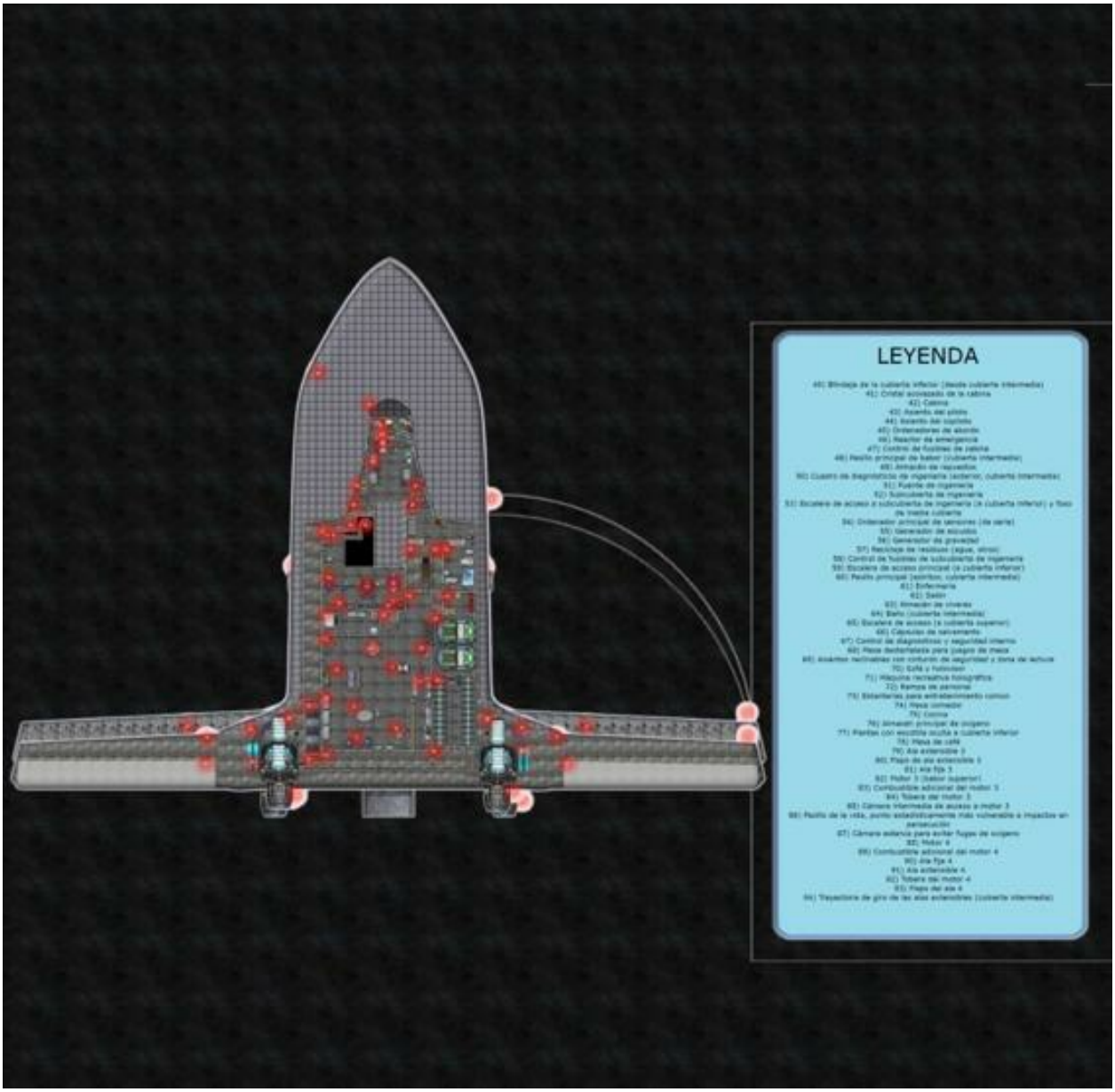
Está creado con Campaign Cartographer 3, módulo Cosmographer, bajo licencia. Aunque sé que es más bien esquemático puedes esperar que, cuando tenga más tiempo, aparezcan nuevos mapas o esquemas de este estilo relacionados con esta u otras series en futuras ediciones. Me ha llevado al menos once horas terminarlo, y espero que sea de tu agrado y te ayude a meterte aún más en la historia. Necesitarás, eso sí, ampliar la imagen.

Cuenta también con que esté, en su última versión, en el libro impreso cuando este se publique.

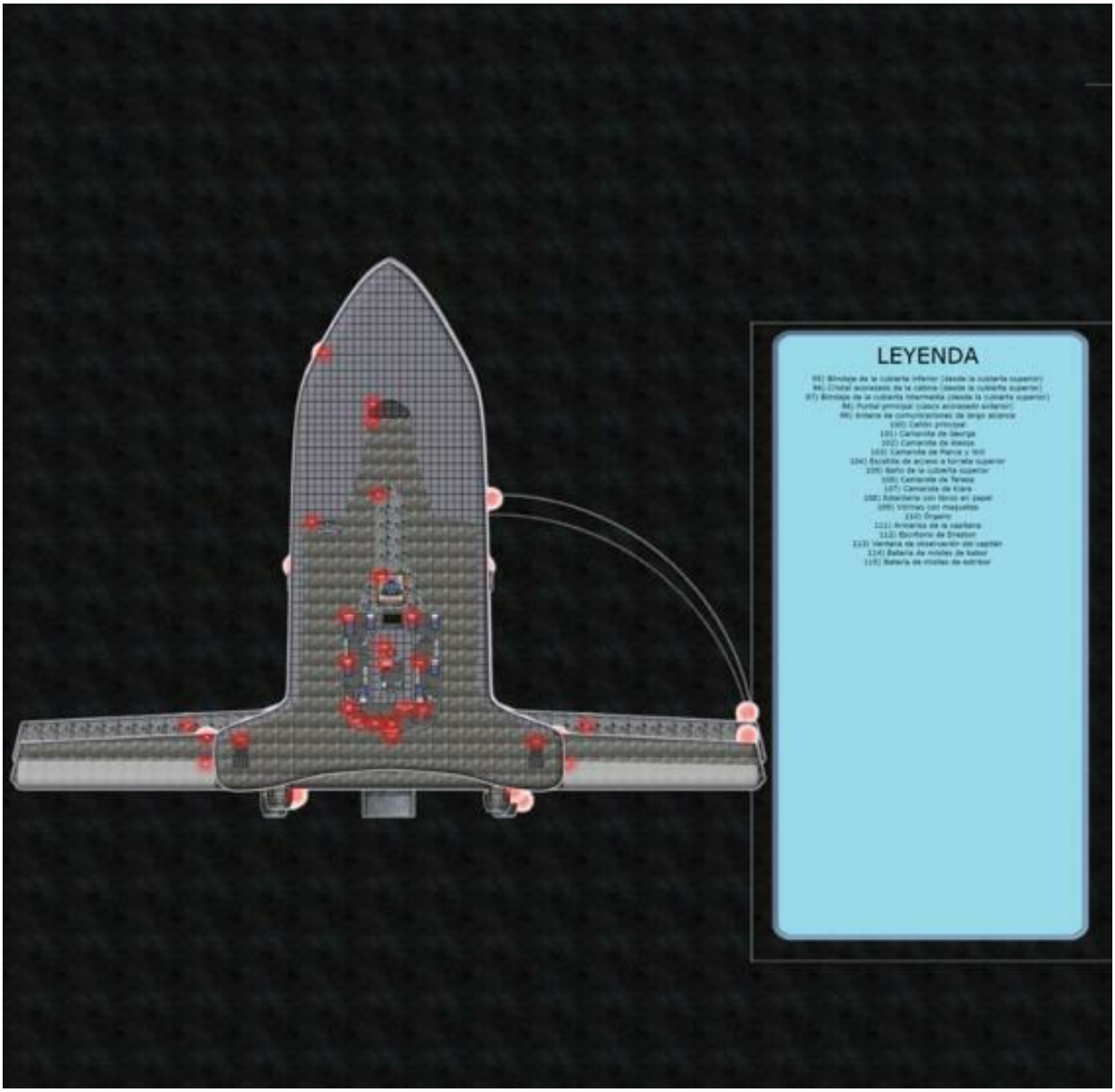
Recuerda que en mi web hay una versión en alta definición.



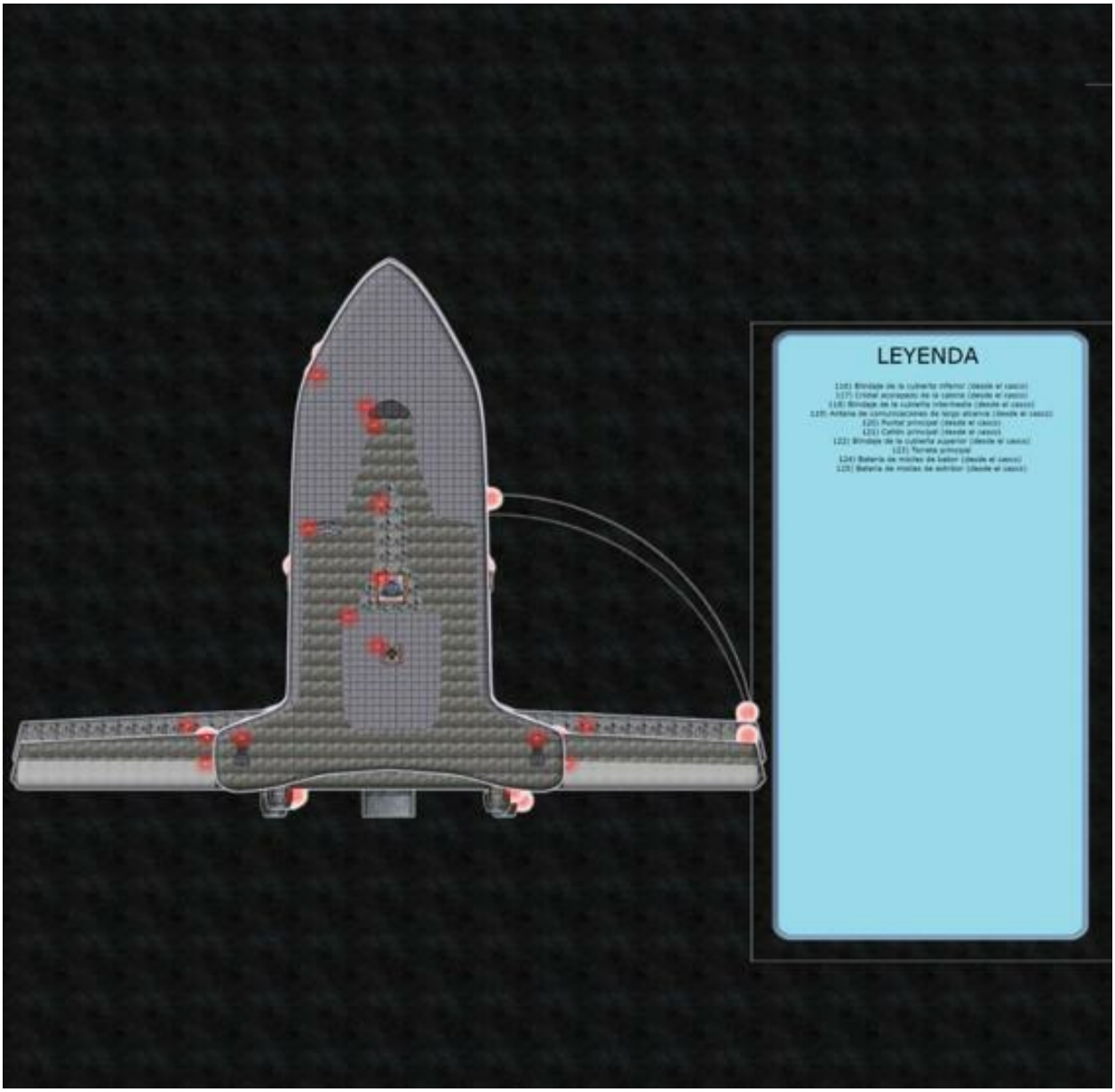
Cubierta inferior



Cubierta intermedia



Cubierta alta



Casco

Créditos y agradecimientos

Agradecimientos:

- A mi esposa Raquel, por su eterna paciencia y apoyo. También a nuestro hijo Miguel por la alegría que suponen sus palabrejas y sonrisas. A nuestra pequeña, Laura, que es una muñequita adorable.
- A mis amigos Nel, Marina, Aurora, Jorge y Tabe; por ayudarme a conceptuar el universo de Cruzados de las Estrellas (Ahora, *Hijos de Orión*) hace muchos años. Sin su ayuda, esto se hubiera quedado en una idea loca de fin de semana. Gracias dobles a Jorge por prestarme a la ORU para Historias de la Galaxia II.
- A mi amigo Luis, por animarme a continuar la historia.
- A mi padre, por animarme a publicarlo en Amazon y darme consejos sobre la portada y cómo publicar el relato. Sin su constante ayuda, sus correcciones y sus consejos, esto no hubiera sido posible. También por crear En Órbitas Extrañas y ayudarme a enlazar ambos universos.
- A mis amigos Gorka, Marco y Logan; por echarme un cable con las revisiones.
- También a mi tía Aída, por el mismo motivo.
- A mi amiga Lis de http://www.nisthdu.net, por dejarme que la convenciera para tener una sección libre para colgar cosas como la primera parte de este relato en un foro medieval.
- A Agralos, Lahkmi y Leticia por sus aportaciones para Historias de la Galaxia II. También a los demás lectores que enviasteis sugerencias.
- A todos los autores de ciencia ficción, especialmente Asimov, que han inspirado una generación completa de escritores amantes de las estrellas.
- A todos vosotros, lectores, por compartir vuestro tiempo conmigo.

Créditos:

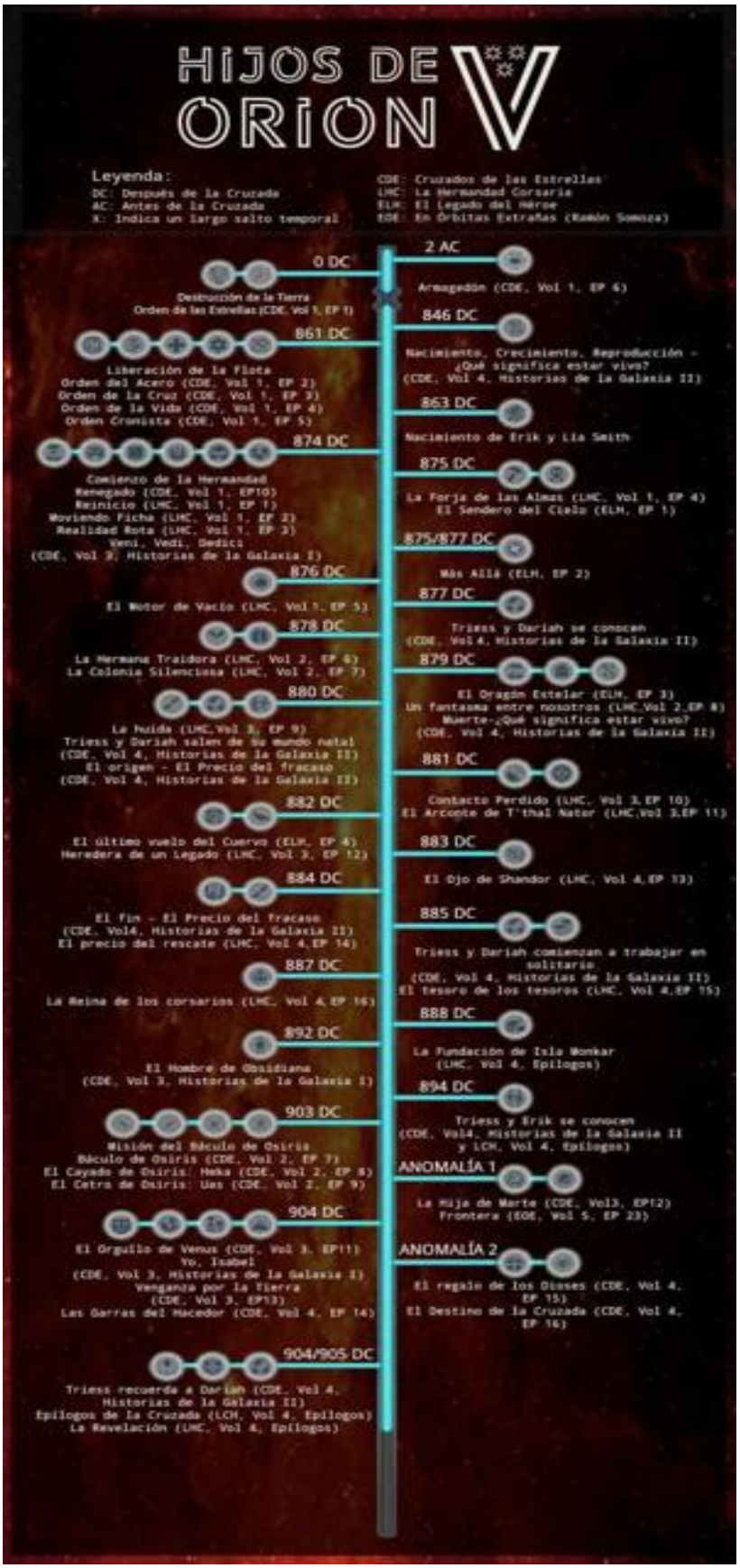
- A J@b2 de deviant art (Por la imagen original de Loading)

Sobre la cronología de los episodios

Este nuevo apartado irá incluido en todos los episodios posteriores a este, y se añadirá a las revisiones que haya de los anteriores (que, sí, las hay de vez en cuando), para que quede claro el orden de los episodios de todas las series. Como pasa con otros diagramas, siempre puedes encontrar la versión en alta resolución aquí, en mi web.

Me habíais escrito muchos lectores preguntando que cuál era el orden de los episodios. Es cierto que con el primer volumen de Cruzados de las Estrellas la cosa ya era algo complicada de seguir, pero es que con el tiempo es completamente imposible salvo que seas un seguidor acérrimo (sí, chicos, os miro a vosotros dos, que me descubristeis un error temporal flagrante), de forma que lo mejor ha sido conformar este cronograma.

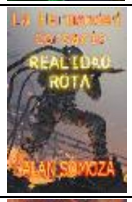
Espero que lo disfrutéis, porque ha sido una locura de crear y editar. Os aviso, eso sí, que puede tener ligeras revelaciones de trama. O quizás algunos de mis futuros planes a plena vista de quien quiera otear el horizonte, quién sabe.


HIJOS DE ORION V
Leyenda:
DC: Después de la Cruzada
AC: Antes de la Cruzada
X: Indica un largo salto temporal
CDE: Cruzados de las Estrellas
LHC: La Hermandad Corsaria
ELH: El Legado del Héroe
EOE: En Órbitas Extrañas (Ramón Somoza)
0 DC
Destrucción de la Tierra
Orden de las Estrellas (CDE, Vol 1, EP 1)
861 DC
Liberación de La Flota
Orden del Acero (CDE, Vol 1, EP 2)
Orden de la Cruz (CDE, Vol 1, EP 3)
Orden de la Vida (CDE, Vol 1, EP 4)
Orden Cromista (CDE, Vol 1, EP 5)
874 DC
Comienzo de la Hermandad
Renegado (CDE, Vol 1, EP10)
Reinicio (LHC, Vol 1, EP 1)
Moviendo Ficha (LHC, Vol 1, EP 2)
Realidad Rota (LHC, Vol 1, EP 3)
Veni, Vedi, Dedici
(CDE, Vol 3, Historias de la Galaxia I)
876 DC
El Motor de Vacío (LHC, Vol 1, EP 5)
878 DC
La Hermana Traidora (LHC, Vol 2, EP 6)
La Colonia Silenciosa (LHC, Vol 2, EP 7)
880 DC
La huida (LHC,Vol 3, EP 9)
Triess y Dariah salen de su mundo natal
(CDE, Vol 4, Historias de la Galaxia II)
El origen - El Precio del fracaso
(CDE, Vol 4, Historias de la Galaxia II)
882 DC
El último vuelo del Cuervo (ELH, EP 4)
Heredera de un Legado (LHC, Vol 3, EP 12)
884 DC
El fin - El Precio del fracaso
(CDE, Vol4, Historias de la Galaxia II)
El precio del rescate (LHC, Vol 4,EP 14)
887 DC
La Reina de los corsarios (LHC, Vol 4,EP 16)
892 DC
El Hombre de Obsidiana
(CDE, Vol 3, Historias de la Galaxia I)
903 DC
Misión del Báculo de Osiris
Báculo de Osiris (CDE, Vol 2, EP 7)
El Cayado de Osiris: Heka (CDE, Vol 2, EP 8)
El Cetro de Osiris: Uas (CDE, Vol 2, EP 9)
904 DC
El Orgullo de Venus (CDE, Vol 3, EP11)
Yo, Isabel
(CDE, Vol 3, Historias de la Galaxia I)
Venganza por la Tierra
(CDE, Vol 3, EP13)
Las Garras del Hacedor (CDE, Vol 4, EP 14)
904/905 DC
Triess recuerda a Dariah (CDE, Vol 4,
Historias de la Galaxia II)
Epílogos de la Cruzada (LCH, Vol 4, Epílogos)
La Revelación (LHC, Vol 4, Epílogos)
2 AC
Armagedón (CDE, Vol 1, EP 6)
846 DC
Nacimiento, Crecimiento, Reproducción -
¿Qué significa estar vivo?
(CDE, Vol 4, Historias de la Galaxia II)
863 DC
Nacimiento de Erik y Lia Smith
875 DC
La Forja de las Almas (LHC, Vol 1, EP 4)
El Sendero del Cielo (ELH, EP 1)
875/877 DC
Más Allá (ELH, EP 2)
877 DC
Triess y Dariah se conocen
(CDE, Vol 4, Historias de la Galaxia II)
879 DC
El Dragón Estelar (ELH, EP 3)
Un fantasma entre nosotros (LHC,Vol 2,EP 8)
Muerte-¿Qué significa estar vivo?
(CDE, Vol 4, Historias de la Galaxia II)
881 DC
Contacto Perdido (LHC, Vol 3, EP 10)
El Arconte de T'thal Nator (LHC,Vol 3,EP 11)
883 DC
El Ojo de Shandor (LHC, Vol 4,EP 13)
885 DC
Triess y Dariah comienzan a trabajar en
solitario
(CDE, Vol 4, Historias de la Galaxia II)
El tesoro de los tesoros (LHC, Vol 4,EP 15)
888 DC
La Fundación de Isla Monkar
(LHC, Vol 4, Epílogos)
894 DC
Triess y Erik se conocen
(CDE, Vol4, Historias de la Galaxia II
y LCH, Vol 4, Epílogos)
ANOMALÍA 1
La Hija de Marte (CDE, Vol3, EP12)
Frontera (EOE, Vol 5, EP 23)
ANOMALÍA 2
El regalo de los Dioses (CDE, Vol 4,
EP 15)
El Destino de la Cruzada (CDE, Vol 4,
EP 16)

Sobre la colección La Hermandad Corsaria

Esta serie consiste de los siguientes libros:

Orígenes

	Reinicio
	Moviendo Ficha
	Realidad Rota
	La Forja de las Almas
	Los anteriores episodios del 1 al 4 se recopilan en *La Hermandad Corsaria, Volumen 1: Orígenes*

Jinetes del Vacío

	El Motor de Vacío
	La hermana traidora
	La colonia silenciosa
	Un fantasma entre nosotros
	Los anteriores episodios del 5 al 8 se recopilan en *La Hermandad Corsaria, Volumen 2: Jinetes del Vacío*

Las raíces del mañana

	La doble huida (Invierno 2024)
	Contacto perdido
	El Arconte de T'thal Nator
	Heredera de un Legado
	Los anteriores episodios del 9 al 12 se recopilan en *La Hermandad Corsaria, Volumen 3: Las raíces del mañana*

Otros libros del autor

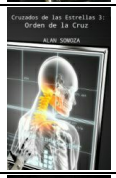
Serie independiente El Legado del Héroe

Esta miniserie consiste de los siguientes libros:

	El Sendero del Cielo
	Más allá
	El Dragón Estelar
	El último vuelo del Cuervo
	Los anteriores episodios del 1 al 4 se recopilan en el libro titulado El Legado del Héroe

Colección Cruzados de las Estrellas

Cruzados de las Estrellas es la serie base de la que deriva la *Hermandad Corsaria*. Puede leerse sin desvelar detalles de la trama actual hasta el episodio 10, y consta de los siguientes libros:

	Orden de las Estrellas
	Orden del Acero
	Orden de la Cruz
	Orden de la Vida
	Orden Cronista
	Armagedón: El Destino del Ala—Tres
	Los episodios del 1 al 6 se recopilan en el Volumen 1
	El Báculo de Osiris

	Heka, El Cayado de Osiris
	Uas, El Cetro de Osiris
	Renegado
	Los episodios del 7 al 10 se recopilan en el Volumen 2
	El Orgullo de Venus
	La Hija de Marte
	Venganza por la Tierra
	Historias de la Galaxia I
	Los episodios del 11 al 13 e Historias de la Galaxia I se recopilan en el Volumen 3

	Las Garras del Hacedor
	El Regalo de los Dioses
	El Destino de la Cruzada
	Historias de la Galaxia II
	Los episodios del 14 al 16 e Historias de la Galaxia II se recopilan en el Volumen 4

La colección *Cruzados de las Estrellas* está basada en el mismo universo y se entrecruza con la serie *En Órbitas Extrañas*, aunque su lectura no es imprescindible para disfrutar de esta serie.

El universo de los Hijos de Orión

Hijos de Orión es un universo donde transcurren dos series de ciencia-ficción escritas respectivamente por padre e hijo: *En órbitas extrañas* de Ramón Somoza y *Cruzados de las Estrellas* de Alan Somoza.

Estas dos sagas se iniciaron de forma independiente, aunque en un momento dado sus autores decidieron combinarlas en un mismo universo, haciendo que las historias contadas en ambas series se retroalimentasen e incluso se cruzasen.

NO es necesario leer las dos series, dado que son independientes, aunque ambas en algunos episodios tomen "prestados" personajes de la otra. No obstante, para aquellos que hayan leído ambas, o estén interesados en descubrir toda la profundidad del universo de los Hijos de Orión, he aquí un breve resumen de cómo encajan la una con la otra. Esto puede leerse ahora que los diferentes cruces o cameos entre las dos líneas temporales han sido desvelados.

El término de los Hijos de Orión se refiere a las diferentes especies que pueblan o han poblado el segmento galáctico que nosotros denominamos el brazo de Orión o brazo local. El lector habrá reconocido ya no solo a los humanos, sino también a los Bina'ai, los Cradnian, los Bai R'the y los Bai N'the.

Los hechos narrados en la serie *En órbitas extrañas* son anteriores a lo ocurrido en *Cruzados de las Estrellas*, salvo por el cameo que ya han leído. En la primera serie, la humanidad aún está terraformando los planetas del propio Sistema Solar y ha establecido las dos primeras colonias extrasolares. En la segunda, tanto los mundos de Sol como las múltiples comunidades que se han establecido en otras estrellas son mundos pujantes. En la primera serie, se narran las aventuras de Tanit, en la segunda, la historia de la guerra contra los *Cosechadores*.

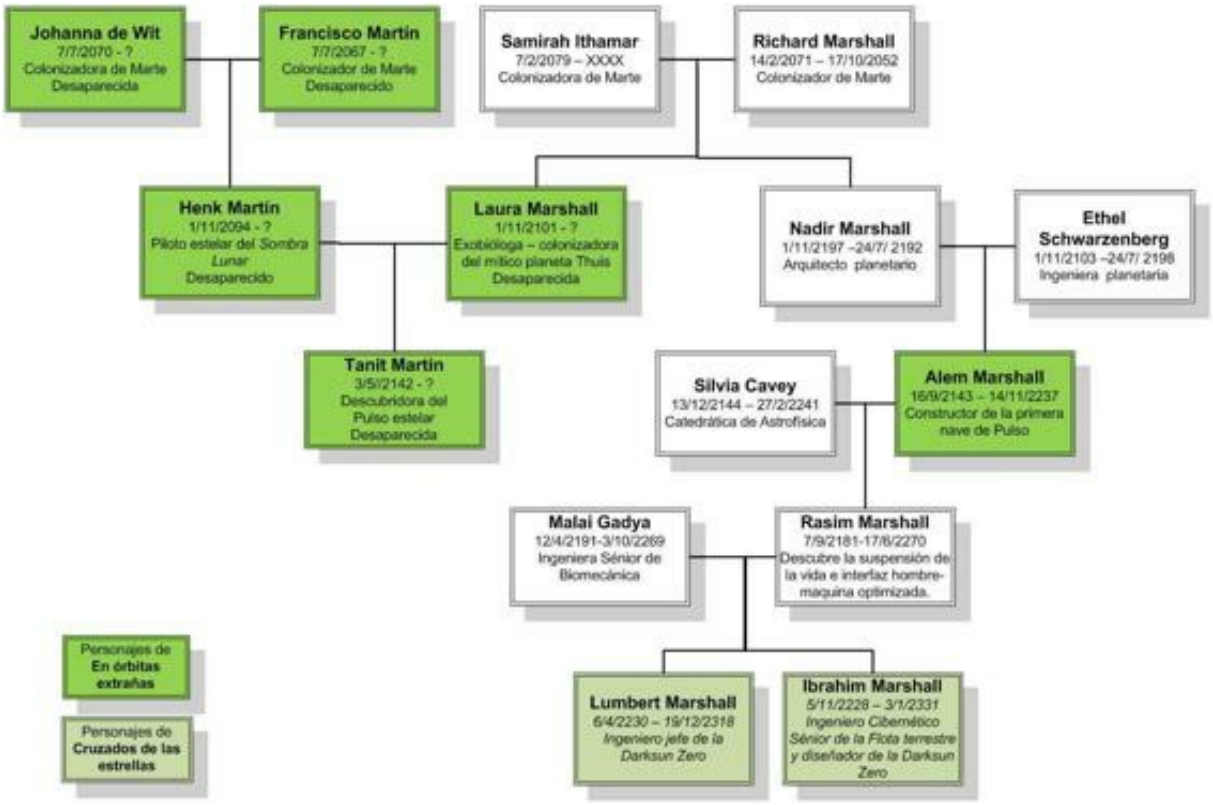
Tanit es familia lejana de los hermanos Marshall, que son unos personajes clave en la historia de los Cruzados, especialmente Ibrahim. Ambos son nietos del primo de Tanit, Alem, que aparece brevemente en *La proscrita marciana*. Este, que conocía las fórmulas cosmológicas de su prima, será el creador de la primera nave de *Pulso*, lo que permitirá a su vez la creación de la *Darksun Zero* por parte de su nieto. Pueden encontrar el árbol genealógico de los Marshall a continuación.

Los lectores deberían saber que los actos de Tanit tuvieron una fuerte huella en la humanidad y en la guerra contra los *Cosechadores*, aunque ella no fuera consciente de ello. Tras leer con detalle *Cruzados de las Estrellas*, verán cómo aspectos a los que quizás no dieron demasiada importancia al leer *En órbitas extrañas* sí resultan ser clave siglos más tarde. Si leyeron la serie *En órbitas extrañas* después de ésta, se habrán sorprendido al encontrar las causas originales de ecos que reverberan hasta el futuro.

A aquellos que ya hayan leído las dos series, les invito a releerlas, y quizás descubran sutiles aspectos que les hayan pasado desapercibidos al haber leído la primera.

Un último apunte: Hijos de Orión no es mío, ni de mi padre, sino de los dos. Cuando decidimos que íbamos a unir las series en un mismo universo, ya con casi la mitad de las respectivas sagas publicadas, empezamos a intercambiar ideas, sugerencias y propuestas a la cual más loca. También nos enviábamos los manuscritos antes de su publicación, a fin de asegurarnos de que encajaban con nuestras respectivas historias y el universo que pretendíamos crear. Creo que ha sido una magnífica idea, ya que eso nos ha permitido mantener nuestros propios estilos y

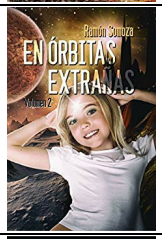
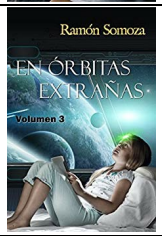
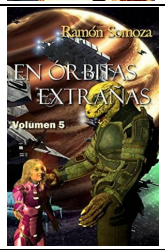
nuestras respectivas obras, encuadrándolas en un marco más rico y amplio del que habríamos podido diseñar cada uno por nuestra cuenta. Y no, ese universo no acaba aquí. Al igual que el universo real, seguirá expandiéndose. En ello estamos.



Árbol genealógico de la familia Marshall

Otros libros del universo *Hijos de Orión*

La serie de *En Órbitas Extrañas*, de Ramón Somoza transcurre en el pasado de Cruzados de las Estrellas.

	En órbitas extrañas: Volumen 1
	En órbitas extrañas: Volumen 2
	En órbitas extrañas: Volumen 3
	En órbitas extrañas: Volumen 4
	En órbitas extrañas: Volumen 5
	En órbitas extrañas: Volumen 6

[1] La dragonera es una correa integrada en los picos de escalada que se usa para no perder la herramienta. Su

función secundaria es sujetar al escalador en caso de caída.

[2] Pulso Electro Magnético. Pulso de alta intensidad pero corto periodo de duración que puede dañar o destruir los sistemas electrónicos. En ciertos contextos, los PEM se utilizan como arma. En el caso de las armas iónicas en la época de la Hermandad Corsaria, se emplean específicamente para desconectar naves espaciales enemigas y abordarlas. Alteran la fusión nuclear, y los sistemas de seguridad apagan el reactor antes de que se vuelva inestable y explote.

[3] Asuntos internos.

[4] Alessa es una persona sin sentido del humor. A bordo del *Pétalo Danzarín*, los demás consideran que es incapaz de divertirse. Al menos, no de forma humana.

[5] Esa lista realmente existe y, de algún modo, se conservó intacta en la *Astranet* tras la caída de la Tierra.

[6] Organización de Religiones Unidas, una multiplanetaria con la Kiara, para su desgracia, ha tratado mucho.

[7] El almirante Gagh es un famoso estratega confederado. Intentó una campaña contra el imperio de Solaria, y aunque cosechó bastantes éxitos, sufrió una amarga derrota final a manos del Emperador Juan III sobre un mundo helado. Solaria fue capaz de acorralar a su flota en el sistema Rasui, y de derribar o capturar todas sus naves. Fue la última campaña militar que pagó la Gran Cámara de Comercio contra el imperio Solariano, y la hecatombe desencadenó un armisticio que dura hasta el presente. Las pérdidas de ambos bandos fueron tan cuantiosas que se concluyó que lo mejor era dejar la situación en tablas.

[8] Sistema de Defensa Autónoma. En general, baterías artilladas o de misiles. A veces, una combinación de ambas.

[9] Man-trap, en inglés. Una medida de protección muy frecuente en bancos u otras instalaciones que requieran de seguridad extra, incluso en la actualidad. Permite bloquear a alguien en un pequeño espacio entre dos cristales blindados, para retenerlo en caso de ser peligroso o de intentar un acceso no autorizado. Las puertas se abren secuencialmente, nunca a la vez.

[10] Esta denominación, empleada principalmente por las clases obreras, se considera peyorativa. Hace referencia a que en realidad no viven en una democracia sino en un imperio cruel, solo que el emperador es una amalgama de entidades opacas que no muestran su verdadera cara.

[11] Células Natural Killer, Asesino Natural, en inglés. Es un tipo de linfocito encargado de eliminar, entre otras, las células cancerosas.

[12] Vehículo de transporte blindado.

[13] *Helios*. Ese era el término por el que los sectarios de Recnis se referían a la *Risingsun* rebelde.